

# Herrumbrosas lanzas

# Juan Benet



Lectulandia

**Herrumbrosas lanzas** es seguramente el proyecto más ambicioso de la literatura española contemporánea. Concebido a partir de una historia militar de la Guerra Civil, Juan Benet traslada la contienda a su mítico territorio de Región, a sus hombres y mujeres enlazados en la luz y la sombra, la pasión y la duda.

Publicada originalmente en tres volúmenes, se reúne ahora en un solo tomo, que incluye los fragmentos inéditos destinados al cuarto volumen —en el que Juan Benet estuvo trabajando los últimos años de su vida—, un prólogo de Francisco García Pérez, un texto de Javier Marías y el mapa de Región.

La primera parte se centra en los acontecimientos bélicos del año 36. La segunda nos transporta al siglo pasado con la historia de la familia Mazón. La tercera parte y los inéditos narran la ofensiva contra Macerta del año 1938.

Lectulandia

Juan Benet

# Herrumbrosas lanzas

Prólogo de Francisco García Pérez

ePub r1.0  
eqnx 11.01.14

Título original: *Herrumbrosas lanzas*

Juan Benet, 1998

Prólogos: Francisco Javier García Pérez y Javier Marías

Imagen de portada: Hombre a caballo (Gerard ter Borch)

Diseño de portada: eqnx

Editor digital: eqnx

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

*Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas, y en traje de cañón, las parameras donde cultiva el hombre raíces y esperanzas, y llueve sal, y esparce calaveras.*

MIGUEL HERNÁNDEZ, («Elegía Primera», Viento del pueblo)

*Herrumbrosas lanzas* constituye el más ambicioso proyecto literario al que se enfrentó Juan Benet, si atendemos a la amplitud del mismo y a lo que esa colosal crónica sobre la Guerra Civil en el paisaje mítico de Región significaba como desarrollo y cierre de algunas historias, tan sólo esbozadas en anteriores novelas, y como resolución de ciertos enigmas cuyo planteamiento podrá rastrear el lector curioso a lo largo de la obra benetiana.

En vida del autor, vieron la luz los doce primeros Libros de tan magno conjunto, aparecidos en tres volúmenes y espaciados en el tiempo: desde 1983 hasta 1986. Pero esas más de ochocientas páginas no concluían el proyecto: aún faltaba el punto final, la derrota de las tropas regionatas, fieles a la República, a manos de los sublevados. Juan Benet continuó trabajando a lo largo de los años ochenta en la búsqueda de esa conclusión, de esa catástrofe final que cerraría *Herrumbrosas lanzas*. Siguiendo su costumbre, escribía un primer borrador, lo corregía (a estilográfica, por lo general), lo redactaba de nuevo y aún se reservaba algunos cambios, ya sobre las pruebas de imprenta. Más adelante, trataré de aventurar algunas de las razones por las que Benet no quiso ver publicado un nuevo volumen de *Herrumbrosas lanzas*, a pesar de tener redactado y corregido en parte un primer borrador del Libro XV, y trazadas las líneas maestras del XVI, como la presente y definitiva edición demuestra. Pero hagamos antes un poco de historia.

El martes 18 de octubre de 1983, Juan Benet acudía a la sede madrileña del Colegio de Ingenieros de Caminos para presentar la primera entrega de *Herrumbrosas lanzas*.

Si alguien creyó verlo aquella tarde de otoño más preocupado que de costumbre, no andaba descaminado. Recién cumplidos los 56 años, con una producción literaria cercana a la treintena de títulos, con una sólida reputación como ingeniero, con la fama de provocador y polemista auestas, se enfrentaba ahora a un reto que le preocupaba como pocos: había decidido narrar la Guerra Civil en Región, en ese espacio mítico del que era dueño desde que lo creara allá por 1961.

Un par de días antes, Eduardo Chamorro le preguntaba en *Diario 16* si había merecido la pena todo el esfuerzo literario desarrollado hasta entonces: «Yo creo que

sí, y desde todos los puntos de vista», responde un Benet que se ha dejado crecer un bigote que le asemeja aún más a su admirado Faulkner. «Desde el punto de vista privado, que es el que más puede importar a un hombre, creo que ha merecido mucho la pena. Hay que tener en cuenta que las horas consumidas en escribir pueden resultar las más gratificantes. Es una manera de abordar el tedio y convertir en llenas unas horas vacías. Yo no conozco otro procedimiento para lograrlo. Desde otro punto de vista, mucho menos personal, pues ahora veo los frutos, por decirlo así, de veinte años de trabajo... desinteresado. Tengo veinte libros publicados y mi nombre empieza a ser algo conocido... Me encargan cosas».

He aquí la exacta medida de Juan Benet: en un momento en que vivir de las rentas le hubiese resultado lo más fácil, emprende el camino difícil. La Guerra Civil española y sus atroces consecuencias constituyen el telón de fondo de todas las novelas que ha escrito hasta entonces. Además, ya le había publicado *La Gaya Ciencia*, en 1976, *Qué fue la Guerra Civil*. ¿Por qué volver ahora sobre ella, arriesgándose a fracasar si sólo acertase a ofrecer más de lo mismo? ¿Por qué le sigue aún retando el cainita enfrentamiento del 36? Hay tres razones que lo explican.

En 1980, habían aparecido *Saúl ante Samuel* y *El aire de un crimen*, las dos novelas que preceden cronológicamente a *Herrumbrosas lanzas*. Con la primera de ellas, Benet es consciente de haber finalizado una línea de trabajo: ni está dispuesto a emprender otra obra de semejante tonelaje ni cree que pueda dar más de sí aquel modo de contar. Ésa es la primera razón: la necesidad de una nueva vía. Veamos la segunda: con *El aire de un crimen* llega a la final del Premio Planeta y eso le permite gozar de un número de lectores que quizá nunca se hubiese imaginado: ¿por qué no seguir acercándose al lector con una literatura no de mayores concesiones, pero sí menos atenta a la retórica? Hay, pues, que cambiar y da mucho gusto que a uno lo lean.

Pero falta la tercera y definitiva razón. Desde mucho tiempo atrás, Benet contemplaba el proyecto de escribir una historia militar de la Guerra española del 36. Bromeaba con ello: lo haría cuando estuviese retirado, tal vez en el campo, en tardes sosegadas, con tono erudito... Sin embargo, ¿por qué no salir del camino cerrado, al que parece llevar *Saúl ante Samuel*, mediante una crónica de la Guerra Civil en Región que permita conservar los lectores conseguidos con *El aire de un crimen*? Descartado por antibenetiano el seguir adelante sin riesgo, se matan tres pájaros de un tiro: la exploración de una nueva salida narrativa, el seguir conservando o acrecentando lectores, y el desarrollo de un proyecto muy querido.

¿Por qué, entonces, tanta preocupación como la que Benet dejaba traslucir aquel martes de 1983? No podía inquietarle el no estar a la altura de las circunstancias a un escritor que, con abundantes libros a sus espaldas, ya era poseedor de un vigoroso y muy personal estilo. Tampoco, abordar un asunto que conocía de sobra. Me aventuro

a pensar, aunque incurra en herejía para los benetólogos, que a Benet le desasosegaba el posible rechazo del público. El 6 de febrero de 1984, me escribe desde Madrid: «Sabes muy bien que acerca de las *Herrumbrosas lanzas* yo sé todo lo que hay que saber». Pero confiesa desconocer «hasta qué punto puede influir esta primera entrega en la determinación del interés, pues es la primera vez que publico una novela por partes y aun cuando yo pueda tener en la cabeza una visión más o menos perfilada del conjunto no está de más que trate de saber qué reacción suscita esta primera parte en cuanto elemento introductorio y prologal. Porque podría resultar que ya está bien así». Un Benet que inquiere reacciones lectoras, algo impensable veinte años antes.

¿Cuál era el proyecto de *Herrumbrosas lanzas*? ¿Una trilogía? ¿Tres entregas de una misma novela? ¿Una tetralogía? Con cierto punto de irritación, contesta a Maruja Torres en *El País*, a los cinco días de aquella presentación en el Colegio de Ingenieros: «Yo, de trilogías, no he dicho nada. El libro se llamará todo él *Herrumbrosas lanzas*, y en el primer volumen he puesto “Libros del uno al seis”. Eso quiere decir que habrá una segunda parte. Muy probablemente habrá una tercera y quién sabe si hasta una cuarta. Cada vez que le entregue un volumen de este porte al editor será una parte. Y probablemente, si puedo mantener el ritmo, le entregaré uno cada año». Veamos cómo Benet no acertó en todo.

*Herrumbrosas lanzas. Libros I-VI* arranca con las reuniones que celebraron, en la primera quincena de febrero de 1938, los catorce miembros del Comité Republicano de Defensa de Región, entre los que se encuentra un traidor que facilita información al bando rebelde. Tras una consideración global sobre la contienda del 36, se nos cuenta cuál va a ser el teatro de operaciones para la presumible contraofensiva republicana de 1938, que alivie una vez más el temido ataque rebelde contra Madrid. Vamos conociendo los personajes del bando regionato o republicano: Constantino, Julián Fernández, Lamuedra, Juan de Tomé... Pero en el Libro II se vuelve atrás en el tiempo, y todo él se ocupa de lo que fueron los primeros meses del levantamiento del 18 de julio, tanto en la rebelde Macerta como en la leal Región, así como de las primeras batallas por el control del paso de Socéanos. Tras algunos episodios cómicos o grotescos (el comandante furtivo, los falangistas disparando a un espantapájaros, un caso de hipnotismo) se continúa describiendo la campaña del 36, las internas discrepancias en el bando republicano, y las consecuencias que los combates del primer año de guerra habrían de tener en las campañas del siguiente y en la prevista ofensiva del 38. La llegada del coronel Gamallo, el viejo conocido de los lectores de Benet, para hacerse cargo del mando rebelde en Macerta pone el punto final.

Este primer volumen se ofreció acompañado de un impagable regalo para los seguidores de Benet: el mapa de Región. Por fin el lector podía contemplar gráficamente lo tantas veces dicho con palabras. A una escala 1:150 000, ahí está el

escenario: Región capital y la enemiga Macerta, los ríos Torce y Lerna, la comarca de Mantua, pueblos como Burgo Mediano y Bocentellas, las minas, la sierra de la Matanza, Socéanos... y el homenaje a muchos de sus amigos, pues no en vano Benet era dueño de lo que nombraba: Pedro Moreno, Salinas de D. Pedro, Tribu García — un poco al norte de Ortilanos—, la mina El Carandel, Sarrión, Las Flores de Trifón, Turrez, El Mercurio, Laguna de Don Pablo, Caneja...

No al año siguiente, como preveía Benet, sino en enero de 1985 llegó *Herrumbrosas lanzas. Libro VII*. Esta segunda entrega comienza con la afanosa búsqueda por parte del comandante Eugenio Mazón de un paso en la sierra regionata que permita a las fuerzas republicanas a su mando tomar Macerta. Pero enseguida el narrador se enzarza en contarnos no ya la historia de la familia Mazón, sino todas las historias colaterales de la familia Mazón. Se va de lo épico al drama familiar. Laura Albanesi, Chavico, Ventura León, la Gilvarey, los encuentros deportivos de lucha en Navarra protagonizados por un Mazón en el pasado siglo, un incidente en el puerto argentino de La Boca, la construcción de un gimnasio, la compra de un carro... Un libro VII de trama enrevesada una y mil veces, decimonónica, que termina por cerrarse con un episodio de la guerra en Región que permita continuar con el hilo conductor del conjunto.

La tercera entrega, *Herrumbrosas lanzas. Libros VIII-XII*, apareció en octubre del 86. En ella se permite Benet desplegar todo su interés y entusiasmo por las tácticas, estrategias y demás aparato del llamado arte militar. El cronista que narra la historia de la Guerra Civil regionata parece haberse vuelto más puntilloso y exacto, con abundantes notas a pie de página. Un par de columnas republicanas salen de Región con el objetivo de ganar Macerta para su causa. Mientras la primera de ellas queda detenida en Socéanos, donde encuentra una fuerte resistencia, la que encabeza Eugenio Mazón discurre más al sur y consigue llegar a los arrabales de la ciudad enemiga.

Tras esta tercera entrega, el silencio cubrió *Herrumbrosas lanzas*. Sólo un breve fragmento del Libro XV vio la luz en *El Urogallo*, en 1989. Benet ya había advertido que, si *Herrumbrosas lanzas* caía en la indiferencia, el día menos pensado daría por concluido el proyecto: «Lo sello y se ha terminado» fueron sus palabras. ¿Entendió en 1986 que debía concluir tan ambicioso empeño al pensar que los lectores no habían respondido como él esperaba? ¿Decidió no contar la prevista retirada regionata desde Macerta, el desastre final, la pérdida de la Guerra por el bando republicano? A todo ello viene a dar respuesta la presente edición.

Juan Benet dejó entre sus papeles póstumos cincuenta y nueve folios, mecanografiados a doble espacio, sin numerar los dos iniciales y foliados desde el 510 al 566 los restantes. Los cincuenta primeros constituyen el Libro XV de *Herrumbrosas lanzas*. Los otros nueve, fragmentos del Libro XVI. Gracias a la



presente edición, el lector accede por primera vez a la edición definitiva y en un solo volumen, como Benet hubiese deseado, de la totalidad de *Herrumbrosas lanzas*: lo ya publicado más las páginas inéditas.

En el margen superior derecho del folio 509 (que corresponde a la página 597 de nuestra edición), se lee, en nota manuscrita por Benet: «Comenzado el 22 de noviembre de 1986, un sábado a la tarde». Al comienzo de la segunda línea del folio 520 (página 605 aquí, tras el punto y aparte), una flecha nos hace una llamada al margen, donde se lee: «22-11-88 dos años después, un jueves por la noche reanudado tras *En la penumbra y Londres victoriano*»: curiosa anotación, pues o falla la fecha o falla el día de la semana. Como conviene Javier Marías, a quien debo el esclarecimiento de otras dudas acerca de estas dataciones benetianas, en tal llamada «sí que hay misterio». No existen más apuntes marginales hasta el folio 545 (página 625, línea 10.<sup>a</sup>), en cuyo margen superior leemos con sorpresa: «Suspendido *sine die* en marzo 1987». El folio siguiente (página 626, línea 1.<sup>a</sup>) se encabeza con «septiembre, 1991, 4 años y medio después». Por fin, el folio 566 (página 645) termina con una palabra inconclusa y su correspondiente guión: «mis-». Ése es el final de *Herrumbrosas lanzas*: una palabra a medias. No hay nada más benetiano: confusiones sembradas al paso, la penumbra de lo indeterminado.

La totalidad de los folios contienen correcciones a estilográfica, a excepción del 566 y último, donde se tacha a máquina y escribe entre línea y línea el nuevo texto. ¿Se trata de correcciones finales? Ya se dijo que no: el Libro XV no contiene un esquema inicial como el que presentan sus iguales dados a la imprenta: sólo un subtítulo, *En Macerta*, y la palabra *Reconstrucción* escrita entre paréntesis; además, bajo «Libro XVI» se subtitula igual que en el libro anterior y también se escribe entre paréntesis *Fragmentos*; por último, no faltan imprecisiones o redundancias, y se registran frecuentes dudas sobre la elección de determinadas palabras, cuyos sinónimos figuran entre líneas, manuscritos, acompañados de una interrogación... Al dar estas páginas a la luz, he seguido el criterio de respetar escrupulosamente lo que Benet dejó escrito y tal como lo dejó escrito. Arrogarme otras atribuciones sería soberbia necia. Es más, el lector tiene así la oportunidad de acercarse a los Libros I-XII, los sancionados como definitivos por el autor, a la vez que se le permite ojear el taller literario benetiano en plena labor de corrección.

Juan Benet trabajaba en *Herrumbrosas lanzas* a finales de 1991. El proyecto había comenzado a tomar forma diez años antes. ¿Quién puede afirmar que no lo habría concluido si la muerte no se hubiese encargado de poner el inapelable punto final, aquella madrugada del 5 de enero de 1993?

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

## *Esos fragmentos*

Me piden Eugenio Benet, el «tesinando» Francisco García Pérez y el editor Juan Cruz que cuente en unos folios lo que sepa acerca de *Herrumbrosas lanzas*, la novela de la que Juan Benet publicó tres entregas (en 1983, 1985 y 1986, respectivamente) y dejó una cuarta iniciada, más que inconclusa, ya que se trata de unas centena de páginas que aquí se ofrecen por primera vez. También por vez primera se presenta toda *Herrumbrosas lanzas* en un solo volumen, y lo que ya puedo decir es que la idea de editarla así algún día la tenía el propio Benet. Bien es verdad que pensaba dar a la luz primero, suelta como las otras, la cuarta entrega cuando la acabara. Pero tan planeada tenía una edición conjunta de las cuatro partes que hasta había decidido qué ilustración quería para la cubierta: ese cuadro de Gerard Ter Borch con un jinete cansado o vencido que se aleja de espaldas sobre su caballo y del que yo mismo le envié la imagen postal en 1984, tras contemplarlo en el Museum of Fine Arts de Boston y pensar en seguida en él.

«Lo que sepa acerca de *Herrumbrosas lanzas*», como he dicho antes, significa, claro está, lo que Benet me hubiera comentado de viva voz o por carta, y me imagino que la sospecha de que pudiera yo estar enterado de algo nace más del conocimiento de una larga costumbre que de la ilusa esperanza de que Benet me hubiera hablado mucho de su proyecto. Pues en lo que se me alcanza, él no solía contar apenas lo que se traía entre manos —al menos a los amigos escritores—; a lo sumo, de vez en cuando, gustaba de soltar una o dos frases, más bien enigmáticas o deliberadamente alarmantes, y que no hacían sino espolear una curiosidad en sus interlocutores que sólo satisfacía con cuentagotas. La larga costumbre, sin embargo, era que, cada vez que sacaba una novela, yo, en vez de comentársela en persona, como habría sido lo natural al vivir ambos en Madrid por lo general, le escribía una carta sobre ella, a la cual él podía responder con otra o bien de viva voz, según los casos y el humor. Por desgracia, debió de hacerlo de esta última manera con al menos dos de las tres entregas de *Herrumbrosas lanzas* —o quizá fallé yo y en aquellas ocasiones no le escribí—. Lo cierto es que, así como guardo una misiva bastante extensa sobre *Saúl ante Samuel* o su defensa de *En el estado* o alguna cuartilla sobre *En la penumbra*, las referencias a la presente novela son más bien laterales en nuestra correspondencia, aunque en una carta le dan pie a hacer algunas consideraciones de tipo general que sin duda aplicaba a este libro concreto.

Y en conversación, con todo, recuerdo haberle oído un par de cosas que tal vez puedan ser de interés o ayuda para el curioso o el investigador, y contribuir a despejar

alguna incógnita. *Herrumbrosas lanzas III* (1986) abarcaba los Libros VIII-XII, y *Herrumbrosas lanzas IV* (sus sesenta páginas existentes) se inicia en el Libro XV, lo cual podría llevar a preguntarse si los Libros XIII y XIV fueron escritos y no han sido encontrados entre los papeles que dejó a su muerte, o si pensaba escribirlos más adelante aunque cronológicamente fueran a ser anteriores al Libro XV y a los fragmentos del Libro XVI. Creo que uno puede sentirse tranquilo al respecto, ya que Benet me dijo en una ocasión que planeaba «saltarse» algunos Libros, así como dar a alguno un carácter exclusivamente fragmentario, a efectos de crear la ilusión de que el conjunto de *Herrumbrosas lanzas* fuera una crónica hallada incompleta, con algunas de sus partes perdidas, exactamente como nos han llegado las de los historiadores de la Antigüedad a menudo, y en concreto las de dos de sus autores predilectos, a los que también en aquella oportunidad mencionó: la *Rerum Gestarum* de su admirado Amiano Marcelino se inicia en el Libro XIV o XV, no recuerdo ahora bien; y la *Ab Urbe Condita* de Tito Livio la conocemos con el gran vacío de los Libros XI-XIX nunca encontrados, si no me equivoco. Como también hay lagunas en Tácito, al que mucho admiraba. Esos historiadores latinos eran sin duda una de sus referencias y aun modelos principales en la concepción de *Herrumbrosas lanzas*.

Otro comentario de interés fue que, para la escritura de la tercera entrega y sin duda para la de la cuarta, y en concreto para las descripciones bélicas, había decidido inspirarse parcialmente, más que en las propias batallas y operaciones reales de nuestra Guerra Civil que él bien conocía, en las que tuvieron lugar en el mismo suelo durante la Guerra de la Independencia, llamada en inglés *The Peninsular War*. Y a este efecto, aprovechando mi estancia en Oxford entre 1983 y 1985, me encargó que le buscara y enviara una serie de obras relativas a esta guerra, entre ellas, según consta en carta a mí dirigida el 7 de mayo de 1984, las siguientes:

- R. Glover: *The Peninsular War 1807-1814*. London 1974.
- Corbett: *The Trafalgar Campaign*. London 1910.
- P. M. Kennedy: *The Rise & Fall of British Naval Mastery*. London 1976.
- Lamford and Young: *Wellington's Masterpiece: Salamanca*. London 1974.
- H. Leith: *A Narrative of the Peninsular War*. 2 vols. London 1934.
- Londonderry: *A Narrative of the Peninsular War*. London 1829.
- Sir C. Oman: *A History of the Peninsular War*. 7 vols. London.
- Parkinson: *The Peninsular War*. London 1974.

«Lo que encuentres de esa lista», apostillaba, «adquiérellos, por favor, y serás recompensado». En esa misma carta, más adelante, comentaba: «Yo ahora termino el borrador de la 2.<sup>a</sup> parte de HL que, como te dije, es un poco distinta de la 1.<sup>a</sup> aunque he procurado no apartarme un ápice del estilo ensayado en ésta. En cierto modo es un paréntesis, antes del volumen III que será el de más cuerpo bélico y dramático».

Ese «como te dije» debía de aludir a su carta de 27 de enero del mismo año, en que comentaba: «Realmente tengo poco tiempo que dedicar a esos ingratos comoquiera que he decidido ocuparlo casi todo en acumular (al fin) una ingente fortuna; y los ratos libres los relleno con la redacción de la 2.<sup>a</sup> parte de las HL, que más o menos llevo por su mitad, con un *excursus* que se me ha ido un tanto de la mano llevado de una tendencia a la narración romántica que me ha aflorado últimamente, no sé muy bien por qué causa».

Con posterioridad a ambas fechas, el 4 de junio de 1984, y tras insistir con los encargos librescos («Pero no me olvides: toda *Peninsular War* que caiga bajo tus ojos (siempre dentro de un orden) hazte con ella»; y bastantes más le encontré), anunciaba el término de la segunda entrega: «He terminado las HL 2; creo que ha quedado bien; incluso con algún tímido toque erótico, para que el público se regocije».

En tono igualmente bromista, me anunciaba el envío del primer volumen el 20 de octubre de 1983: «Por correo separado te remito hoy las Quejumbrosas lanzas para que sustituyas el otoño oxoniense por el invierno regionato. Un libro de gran belleza, que reúne motivos de muy diverso interés. La razón de enviarlo tan urgentemente no es otra que la impaciencia por la correspondiente y obligada carta, de no menos de 5 págs., esta vez. Sea cual sea tu opinión (que a no dudar ha de ser no ya favorable y encomiástica, sino entusiasta) has de saber que a tu vuelta seré un hombre rico».

Y sobre la recepción crítica del segundo volumen, y mis presumibles comentarios a él, decía lo siguiente el 23 de mayo de 1985: «Me complace mucho comprobar que tu ojo crítico sigue despierto: en tu carta has señalado lo que sin duda es el mejor párrafo de HL 2, el que se refiere al punto de luz en la noche. Es curioso: hace cosa de un mes le envié una breve nota a Savater para comunicarle que de su último libro lo que más me gustaba era una imagen (relativa a la superficie rizada de un lago escocés) y le sugería que le pusiera precio si era su intención venderla. Bien mirado lo de Barbara Stanwyck tampoco me parece demasiado mal. Aquí los enterados han coincidido en que no sé trazar caracteres y que he simplificado las causas de la guerra al reducirlas a querellas familiares. Es evidente que el primer principio que tiene el crítico es el de afianzar su personalidad y convencer al lector de que para algo es crítico: un vigía de la sociedad que atento sobre todo a los peligros que la amenazan, casi siempre se siente en la necesidad de comenzar con un: ojo, que yo no me chupo el dedo. Pues bien, cuando empiezan así —y las variaciones de tal fórmula pueden ser infinitas— es mejor no seguir adelante».

Pero seguramente la más interesante de las cartas de Benet con referencias a *Herrumbrosas lanzas* es la que me envió el 25 de diciembre de 1986 en respuesta, sin duda, a la que yo le había escrito sobre la tercera entrega. «... reparas en todos los pasajes sobresalientes», decía, «y silencias los menos afortunados». Ahora bien, como creo que ya te decía días atrás, cada día creo menos en la estética del todo o,

por decirlo de una manera muy tradicional, en la armonía del conjunto. Me permito, incurriendo en una manía muy poco recomendable, citarte un párrafo de un artículo que [...] supongo que no habrás leído ni leerás y en el que he querido resumir esta innegable aprensión hacia el conjunto que tal vez me invade como consecuencia de estar metido desde hace cuatro años en una aventura —las HL— que lo puede tener todo menos, por ahora, conjunto: El asunto —o el argumento o el tema— es siempre un pretexto y si no creo en él como primera pieza jerárquica dentro de la composición narrativa es porque, cualquiera que sea, carece de expresión literaria y se formulará siempre en la modalidad del resumen. Definir la narración como «el arte de contar una historia» me parece una banalidad incalificable; ni siquiera es una tautología [...]. Pienso a veces que todas las teorías sobre el arte de la novela se tambalean cuando se considera que lo mejor de ellas son, pura y simplemente, algunos fragmentos. Y si HL 1, HL 2, HL 3, etc., han de servir tan sólo como piezas de sustentación de unos cuantos fragmentos agradables de leer ¿a qué más puedo aspirar de acuerdo con lo anteriormente expuesto?

Cuando te decía anoche, un tanto desordenadamente, que me parecía que habías cruzado una frontera que es difícil atravesar de vuelta para residir de nuevo en el antiguo territorio, me estaba refiriendo a ese magnetismo que ejerce un fragmento satisfactorio —que en sí mismo es perfecto, en contraste con una novela que no lo puede ser nunca, por su propia constitución— gracias al cual está permitida cualquier cosa y sin el cual cualquier cosa pasa a ser de segundo orden». Y bastante más adelante, Benet se extendía sobre la cuestión: «Muchos poetas creen —y en eso oscuramente justifican la brevedad de sus composiciones— que todo o casi todo lo que escriben es de esa condición. Pero es una tontería o una falacia permanente, como la fe de un creyente. Y precisamente la confianza en que todo sea de la misma altura es lo que aborta el fragmento. Por consiguiente, creo que los fragmentos configuran el non plus ultra del pensamiento, una especie de ionosfera con un límite constante, con todo lo mejor de la mente humana situado a la misma cota. Por eso te hablaba antes del magnetismo que ejerce esa cota y que sólo el propio autor puede saber si la ha alcanzado o no, siempre que se lo haya propuesto pues es evidente que hay gente que aspira, sin más ni más, a conseguir la armonía del conjunto».

Poco o mucho, esto es lo que puedo aportar para complacer la petición de Eugenio Benet, Francisco García Pérez y Juan Cruz. Sólo me permito aportarle al segundo algún dato sobre los guiños en la toponimia de Región esparcida por el famoso mapa que Benet incluyó junto con la primera entrega de *Herrumbrosas lanzas*: aparte de los amigos aludidos y ya señalados en su *Prólogo*, hay un lugar, Cueva de la Mansura, que pertenece a Félix de Azúa y a su novela *Mansura*; otro, Vicenbusto, que debe su nombre a Vicente Molina Foix y a su novela *Busto*; y un tercero, por último, Casaldáliga, que me pertenece a mí y a mi novela *El siglo*, cuyo

protagonista atendía por ese apellido.

Y ahora, que los lectores vayan en busca de esos fragmentos.

JAVIER MARÍAS

## ***Nota del autor***

*Herrumbrosas lanzas* es el resultado —no definitivo, pues la obra en su día constará de unos cuantos volúmenes más, si no me canso y la abandono— de una renuncia y de un aprovechamiento. Desde hace años abrigaba la idea de escribir, en un futuro siempre lejano, una historia de la Guerra Civil dedicada exclusivamente a sus operaciones militares; para ello fui adquiriendo la bibliografía disponible en el mercado y leí lo más imprescindible de cuanto se ha escrito —que es mucho, mucho más de lo que puede abarcar el más ambicioso especialista— sobre la contienda. A medida que pasaba el tiempo más me atraía el proyecto y más miedo me producía. Un día en Chicago —en cuyas librerías de viejo encontré muchos libros relativos a la guerra española— lo vi muy claro: no teniendo la capacidad de estudio, investigación y trabajo para abordar el proyecto en toda su envergadura, y no atrayéndome ningún fragmento del mismo más que cualquier otro, lo mejor que podía hacer era renunciar a él. La lectura de la descomunal y apasionante historia de la Guerra Civil americana, de Shelby Foote, me inspiró la idea de convertir aquel proyecto en una larga narración que describiera toda la guerra reducida a un sector aislado y, por supuesto, imaginario. Ese sector sería el de Región y para documentarme sobre el cual sólo tenía que leer a un autor —yo mismo— que, con anterioridad, había abordado el asunto. Ésa fue la exigencia menos agradable para iniciar la aventura: tener que releer lo que había escrito sobre la Guerra Civil en Región y comprobar, con cierta malévolas satisfacción, la dificultad de esclarecer la historia a causa de la impericia del historiador y de la confusión que reina en su estilo narrativo.

Septiembre de 1983

A handwritten signature in dark ink, appearing to be 'J. M. ...', with a horizontal line extending to the right and another shorter horizontal line below the main signature.

# **Primera parte**

*(Libros I-VI)*



## LIBRO PRIMERO

*La reunión del 8 de febrero. El capitán Arderíus. Las operaciones de 1938 desde uno y otro bando. Carácter del teatro de operaciones de Región. La misión del teniente coronel Lamuedra. El viejo Constantino; el viaje a Barcelona y mudanza de su carácter. Sus relaciones con Julián Fernández. ¿Comité o Junta? Un punto débil. Estanis el metalúrgico. Cambio de táctica de Lamuedra.*

«**L**a caballería ya no tiene sentido», comentó el capitán Arderius al término de la reunión del 8 de febrero, martes. Así lo había afirmado en varias ocasiones a lo largo del debate y así lo repitió a un colega —a pesar de la expresa prohibición de comentar los asuntos tratados por el Comité fuera del marco de la reunión— al bajar las escaleras del Colegio de los Escolapios, en cuyo salón del claustro y a puerta cerrada había tenido lugar aquél. El debate resultó más breve de lo que esperaba la mayoría, y no muy entrada la noche se levantó la reunión tras ser tomado por unanimidad un acuerdo, que quedó resumido y expuesto en seis puntos, y emplazar la próxima convocatoria para las cuatro de la tarde del siguiente martes, 15 de febrero, en el mismo lugar.

El capitán Arderius no era alto ni muy agraciado. Formaba parte del grupo de jefes, oficiales, consejeros políticos e instructores que, acompañando al teniente coronel Fernández Lamuedra, el Gobierno había enviado para colaborar con el Comité de Defensa en la planificación y el desarrollo de las próximas operaciones militares, y pronto acertó a distinguirse por la rotundidad de sus opiniones y por el carácter exclusivamente bélico de sus puntos de vista. Sin embargo, no era militar de carrera, era músico de profesión. Procedía de una conocida familia madrileña, había estudiado en el Conservatorio de París, había ampliado estudios en Viena y de nuevo en París, bajo la dirección de Baty, y el estallido de la Guerra Civil le había sorprendido cuando veraneaba en la casona familiar de la provincia de Santander. De la noche a la mañana se le despertó el fervor republicano y el instinto bélico y, sin pensarlo dos veces (para asombro, dolor y horror de su familia), se trasladó a Madrid vía Francia para unirse a sus amigos, casi todos intelectuales de izquierdas, y colaborar en la defensa de la capital. En contraste con la mayoría de sus amigos, no se limitó a intervenir en la redacción de manifiestos, la convocatoria de congresos de escritores y poetas y la publicación de literatura militante al servicio del pueblo, sino que marchó al frente con el Quinto Regimiento, al sector de Aravaca, donde se batió con tal brío que antes de que finalizara el año había obtenido el grado de capitán. En los primeros meses del año siguiente fue trasladado, a petición propia, al Ejército de Llano de la Encomienda, necesitado de gente fogueada y políticamente segura que pudiera aguantar en todos los terrenos la inminente ofensiva sobre Vizcaya que preparaba el Ejército del general Mola. En el Norte sirvió durante toda la larga campaña a las órdenes de Llano, Gámir Ulibarri y Fernández Lamuedra, hasta la caída de Gijón, de donde escapó por mar hacia Francia para volver seguidamente — no se detuvo en el trayecto cispirenaico sino para arreglar papeles y cambiar de trenes — a Barcelona, a ponerse de nuevo a disposición del Mando. No era militar de carrera ni tampoco de mentalidad; pese a obedecer ciegamente los dictados de su nueva vocación, pese a cierta arrogancia que venía de lejos y a la severa disciplina que se había impuesto (sobre todo en la manera de hablar) en tanto vistiera el

uniforme, incluso cuando exponía sus más contundentes y draconianas opiniones no podía dejar de delatar su buena educación. La manera demasiado impecable con que ceñía el correa y vestía aquel severo uniforme sin entorchados del Ejército de la República, evidenciaba que se lo había embutido por primera vez a los treinta años, no a los dieciocho. La gorra de plato sin ningún distintivo, demasiado ladeada sobre la oreja derecha ¿era un rasgo más de su comunión con las actitudes populacheras, tan distintas de las castrenses, o reproducía su manera de ponerse el sombrero, adquirida en la *rive gauche*? Aquellos zapatos en punta, de tafilete negro, que apenas asomaban bajo las anchas bocas de unos pantalones con la raya bien trazada y cuidada ¿acaso no respondían al tratamiento que su clase y su generación habían concedido a las diversiones a cielo abierto?

Gracias a su ejecutoria durante la campaña del Norte, Lamuedra —en compañía de sus consejeros y oficiales— se había convertido en un especialista en bolsas y acreditado como el hombre que más partido sabría sacar de una campaña local perdida de antemano. Pues si bien por aquellas fechas todavía algunas cabezas en el Gobierno y en el Ejército de la República seguían alimentando cierta confianza en la victoria final —o en la adquisición del necesario número de éxitos para negociar una paz honorable—, todo el mundo daba por seguro que aquel año terminaría por sucumbir la bolsa de Región. De ser un teatro de operaciones apartado y aislado, carente de toda importancia bélica y política, que jamás ejercería la menor influencia sobre el curso de la guerra en los demás frentes, el de Región pasó a ocupar —por espacio de unas efímeras semanas— un lugar preferente en los planes de los Estados Mayores de ambos bandos. Su importancia procedería de una ocurrencia, de una idea un tanto insensata que sólo podría prosperar si se producía una conjugación de anomalías, nunca de un análisis ponderado de las circunstancias que concurrían en aquel excéntrico sector. A veces un destino es independiente de las fuerzas antagonistas que lo dominan y empujan; y si esas fuerzas —en un momento de la historia dominado por la simplificación, por la servidumbre de todos los factores a uno prioritario— se reducen a dos bandos enemigos empeñados en el mismo y opuesto triunfo, es posible que entonces el destino se apareje a las intenciones ocultas de uno y otro para obtener una resultante muy diferente de los móviles y de los objetivos de cada uno de ellos. Y aquel destino quería que la guerra se prolongara, aunque fuera innecesaria; que se prolongara incluso más allá de sí misma, a lo largo de una rencorosa, sórdida y vengativa paz; y quería que hasta donde alcanzasen las vidas de los combatientes —y acaso las de sus hijos— se desarrollasen en un país diezmado y quimérico, en el que ni germinarían las semillas de las ideas nuevas y modernas ni volverían a cultivarse los antiguos jardines. Se trataba de un destino con la vista puesta en un limbo de himnos y colgaduras —un limbo de vocablos— donde hasta las rosas habían de florecer para tomar partido.

Corría ya el tercer año de una guerra que la República soportaba, no sin cierto éxito, a fuerza de lanzar golpes al costado de su adversario, capaz por la envergadura de sus brazos de mantener su cabeza fuera del alcance de aquéllos. El adversario sabía que el desgaste y el desequilibrio provocados por tales golpes y esfuerzos le dejarían un día u otro exhausto y —a menos que una circunstancia de mucha consideración aconsejase abreviar tal agonía— no era otro su propósito que prolongar una lucha, al ritmo que fuese, que cuantas más víctimas se cobrase y más se cebase en los desperfectos de mejor manera contribuiría y concertaría con sus intenciones. También lo sabían algunos hombres de la República que, sumidos en una guerra que dejaba poco espacio y poco tiempo para las ocurrencias, demostrarán con su ejemplo algo ya sabido de antiguo: que a la hora de combatir, los más doctrinos y los más fervorosos serán siempre los menos perspicaces. Corría ya aquel tercer año de guerra y sólo los más apegados a las ideologías proletarias confiaban obtener la victoria en el campo de las armas. Para los otros —los que todavía creían posible negociar una paz no dictada por la claudicación— quedaba la opción de elegir entre dos maneras de luchar: o bien prolongar un combate escabroso, atrincherado y ahorrativo, esperando al enemigo allí donde tuviera a bien aparecer y sin arriesgar otra cosa que sus propias defensas, o bien atacarle en el punto que, en determinado momento, se considerase más débil, a fin de hacerle perder —aunque fuera por poco tiempo— su equilibrio y obligarle a consumir su calendario y sus recursos en un intermitente proceso de reagrupación y recuperación.

Pero los más agresivos se impondrían a los más pasivos, con una manera de pensar muy próxima al «de perdidos al río»; no era difícil persuadir a quien no tenía una posición tomada que en aquel tercer año de guerra la primera alternativa era poco menos que insostenible. La República dominaba aún un territorio demasiado extenso como para ser protegido con su ejército y sus escasos medios de transporte —así como por las malas comunicaciones de que tradicionalmente gozaba el país— no le concedían la franquicia para, de manera rápida y contundente, ir a socorrer y reforzar un punto elegido por el enemigo que, si lograba abrir una brecha en cualquier lugar de la extensa diagonal que dividía la Península, podría irrumpir por ella con una fuerza segura, entre otras cosas, de no tener delante nada equipolente. En tales circunstancias, la primera condición estratégica que a sí mismos se impusieron los más avisados dirigentes republicanos fue la de —cualquiera que fuera el equilibrio de fuerzas— no permitir en ningún momento que el enemigo tomara la iniciativa del ataque. Era la condición del débil para mantener su contienda contra el fuerte. Era una condición que exigía un estado de permanente alerta, con todos los sentidos puestos en la adivinación o el descubrimiento de las intenciones del adversario, y en el celoso encubrimiento de las propias; una administración muy estricta de cualquier posible éxito táctico, así como una disposición preconcebida para aguantar la

indudable réplica; una concentración del esfuerzo para alcanzar la superioridad en tanto durase el ataque, así como la más severa economía de hombres y medios en cuanto hubiera sonado la hora de la defensa. Porque no permitir al enemigo la iniciativa del ataque no quería decir que se intentara impedir la preparación de ese ataque. Justamente quería decir todo lo contrario.

Aun optando por la segunda estrategia, la República no podía dejar de tener presente que, por su condición de combatiente más débil —y por tener el tiempo a su favor, a la vista de las crecientes complicaciones políticas y parabólicas en el teatro europeo—, los mejores frutos los extraería de la primera, la defensa a ultranza. Sabía también que esa actitud concordaba con la voluntad del adversario de prolongar la guerra hasta el límite de lo posible, refrenando sus acciones ofensivas con toda clase de superfetatorios preparativos aireados por la propaganda como una muestra elocuente no sólo de la gran capacidad técnica del Mando supremo, sino también de su previsora piedad, atenta en todo momento al ahorro de vidas y bienes. Era notorio que aquel Mando, elevado a la Jefatura del nuevo Estado para conducir la guerra y sólo para conducir la guerra, necesitaba de un plazo para consolidarse en su puesto, para barrer a la posible oposición que pudiera surgir de entre sus propias filas, para acreditarse como el futuro y definitivo Jefe no sólo entre sus compañeros de armas, sino también entre los elementos civiles que había atraído a su bando y para llegar, al término de la guerra, con la carta de crédito suscrita por todos los suyos que le permitiera seguir ostentando aquella Jefatura en la subsiguiente paz. Mientras durase la guerra su Jefatura no sería puesta en entredicho..., en tanto la condujese de manera victoriosa. En verdad, no abrigaba la menor duda de que alcanzaría la victoria a la vuelta de ¿cuántos años?, y de ahí que no se le cayese de la boca aquella comedida sonrisilla de triunfo. Pero más aún: estaba persuadido de que en ningún momento conocería la derrota, y si se había de producir algún revés —alguna sorpresa desagradable en un juego dominado por sus triunfos—, ya acertaría a transformarlo en un éxito propio, que pusiera de manifiesto su pericia tanto como su prudencia, su eficacia y competencia militar tanto como su talento político. Por consiguiente, así entendida, la guerra trabajaba para él. Cuando en un barracón provisional, dentro de las dependencias de un pequeño aeródromo provinciano, fue elegido por sus compañeros de armas para personificar aquella unidad de Mando por la que abogaban unos cuantos imprudentes, ansiosos de dar una solución a ciertas contingencias militares e incapaces de vislumbrar la terrible sombra que tal figura arrojaría sobre el futuro de todos ellos, es probable que en su cabeza sólo bullera de forma imprecisa e insinuante el omnímodo papel que más tarde se había de atribuir. Hasta entonces sólo habían contado razones militares, por no decir castrenses. Desde entonces<sup>[1]</sup> no hizo sino incrementar su confianza para cumplir un papel providencial. Era un hombre menudo, atiplado, que se pirraba por los honores; se había casado con una mujer más

alta y de mejor rango que el suyo, que se pirraba por las joyas; y de ella había tenido una hija, bastante agraciada, que con el tiempo se pirraría por los títulos; o sea, que entre los tres cubrían todo el mercado de la gloria. Había hecho en el teatro de África una carrera brillante, a lo largo de la cual había demostrado tanto un cierto arrojo como una innata capacidad para la crueldad. Sabía arriesgarse, pero no era temerario. No se sumó a los conjurados mientras el invierno republicano les obligó a llevar la existencia larvada de la conspiración, y cuando por fin tomaron vuelo, en pleno verano, condicionó la prestación de sus servicios al pronunciamiento (no sin que mediaran interminables vacilaciones e insólitos acontecimientos que ayudaron a mover su voluntad hacia el lado de la rebelión) a un depósito en un banco extranjero a nombre de su mujer, para garantizar su futuro en el caso de que su traición terminara en el fracaso. Era un hombre receloso, nada sobrado de luces, sobre quien nunca nadie logró depositar su confianza. De tal manera reunía en su persona todos los caracteres del traidor que sólo sabía apreciar la fidelidad hacia él, aun cuando estuviera unida a la más obtusa inteligencia. Ni las creencias, ni la fidelidad a la depuesta Monarquía, ni la defensa de ideales mancillados por la República, ni la amistad (que no tenía) con algunos conjurados, ni el *esprit de corps* que pudiera unirle a buen número de cabecillas, le movieron a sumarse a la rebelión. Lo hizo por lucro.

Con la vista puesta en su mejor lucro condujo la guerra, aun a despecho de poner en evidencia en repetidas ocasiones sus pocas dotes como estratega. No era un jugador apasionado —como la mayoría de sus colegas— que lo apostara todo a una carta. A los dos meses de asumir aquella suprema Jefatura canceló el ataque a la capital y demoró su captura indefinidamente, convencido de que se trataba de una fruta inmadura y peligrosa cuya ingestión podía poner fin al banquete. Adujo, cómo no, razones tácticas como convincentes y un deseo de ahorrar sufrimientos a una población a la que sometió al más estrecho y más largo asedio de hambre, frío, sed y peligro de toda la historia del país. No quería un triunfo rápido, pues sabía que sería efímero y, entre la victoria y el poder, optaría siempre por el último; no ambicionaba tanto ganancias suculentas como un continuo incremento de su renta; tenía mentalidad de escalafón y tan poca prisa que inventó una ridícula era, iniciada con aquel I Año Triunfal, que de tan flagrante manera denunciaba sus intenciones moratorias. No estaba nada sobrado de luces, no era culto, no tenía el don de la palabra; no tenía buena planta y su presencia era incómoda como la de un gato callejero, pero su ambición, su desconfianza hacia los suyos y su ruindad actuando de consuno podían producir los mismos efectos que una gran visión del porvenir —tanto bélico como político— y una incólume prudencia. No le gustaba atacar y tal vez ni siquiera avanzar y conquistar. Lo suyo, lo verdaderamente suyo, eran las operaciones de castigo —que había aprendido en África— y así condujo la Guerra Civil: como

una larga operación de castigo, permitiendo a su enemigo —a partir del momento en que se encaramó a la cabeza del nuevo Estado, lo consolidó, cubrió sus espaldas y adquirió una incontestable superioridad bélica, tras la liquidación de la bolsa del Norte— que cometiera todos los desmanes que antojara, a fin de aplicarle a continuación el más severo correctivo.

Tan expeditiva y simplista conducción de la guerra no podía pasar inadvertida a algunos dirigentes republicanos que, en el segundo verano de la conflagración, tras una demostración a escala mayor de lo que cabía esperar de su instinto de reacción, contaban con una experiencia lo bastante amarga, larga y sistemática como para conocer a su adversario y dirigir sus golpes dentro de unos ciertos márgenes de libertad. Solamente tenían a su favor el tiempo y el escaso coraje de su enemigo; todo lo demás —incluidos los apetitos revolucionarios de muchas de sus huestes— lo tenían en contra. Pero a costa de numerosos desastres y sangrientos sacrificios habían aprendido dos cosas: la primera, que el adversario desarrollaba sus planes de campaña con manifiesta lentitud y ponía en marcha sus dispositivos, sobre todo la concentración de fuerzas, sin ninguna clase de cautela; la segunda, que el adversario nunca permitiría que un ataque republicano, cualquiera que fuese su localización y alcance, pudiese prosperar más allá de unas determinadas líneas, trasladando, si era preciso para su detención, efectivos procedentes de otros sectores y frentes y no vacilando en desmontar otros preparativos, a fin de tapar el agujero, por pequeño que fuera. Tal manera de proceder formaba parte de la personalidad del Jefe, no así de la de muchos cercanos colaboradores y colegas que, en ocasiones, llegaron a perder la paciencia (y a veces el mando) para situarse en abierta oposición a las instrucciones emanadas de él y que tantas veces hubieron de aceptar en aras a la preservación de aquella sacrosanta Unidad, esgrimida siempre como última ratio, pero, en verdad, puesta al servicio de sus particulares designios. Todo un modelo de Estado en guerra, perfectamente reproducible para la belicosa paz que un día u otro había de venir.

De esta suerte, en aquel segundo verano de la guerra, bastaba una cierta acumulación de informaciones fidedignas acerca de los movimientos y concentraciones del enemigo para que el Mando republicano decidiese anticiparse a su acción, mediante un ataque —por sorpresa, necesariamente— en uno cualquiera de los sectores estabilizados y «dormidos» de un desigual frente de más de mil kilómetros de extensión. No será esa manera de conducir la guerra, tan fértil para las polémicas, la que causará las mayores desuniones entre los Estados Mayores del ejército de la República; no, acerca del procedimiento, casi todos los altos responsables se hallaban de acuerdo, aun sin querer reconocerlo ni ponerlo de manifiesto. Pero, en cambio, será la elección del sector de ataque lo que provocará las mayores controversias, algunas de dimensiones y consecuencias desastrosas. Un punto se considerará más político, otro más vulnerable, otro se presentará como el

que ofrece mayores ventajas tácticas, un cuarto el más prometedor para la explotación del éxito y un quinto, sencillamente, porque un hombre o un grupo o un partido se han encariñado con él. En el cuadro de las agudas, insalvables y constantes diferencias, discordias y rivalidades de todo orden —tanto políticas como personales, originadas tiempo atrás o nacidas en el curso de la guerra, puramente emocionales o asentadas en concepciones e ideas divergentes— que escindieron todo el campo de la República, desde el Gobierno hasta la tropa, el combate a menudo pasará a segundo plano de importancia, de manera en algo parecida a la composición de esos grandes lienzos de batallas de los siglos XVII y XVIII, en los que aquél, observado desde una lejana perspectiva, tan sólo sirve de fondo para la arrogante prestancia de unos famosos capitanes —por lo general vistos en escorzo, de espaldas al escenario y de cara al espectador— que tan sólo lo contemplan como un paso obligado en su camino hacia la gloria. Las resoluciones tomadas a veces en el calor de la discusión y con frecuencia tan sólo como soluciones de compromiso en las que los más poderosos inclinarán la balanza a su favor en tanto los más débiles se han de conformar con una participación minoritaria y contra su voluntad, serán inevitablemente desafortunadas. Los ataques defensivos de la República se desarrollarán de acuerdo con un patrón invariante: lanzados con oportunidad, brío y sorpresa pronto pincharán en hueso, y en el curso de un plazo variable —a veces días, a veces semanas y a veces meses—, pero irrefragable, la ofensiva no sólo quedará detenida, sino que, por el empecinamiento del adversario en la reconquista del terreno perdido, pronto se convertirá en una sangría que obligará al ejército de la República a replegarse, rearmarse y reorganizarse. Es el patrón de Brunete, de Belchite-Zuera, de Peñarroya, de Teruel y, finalmente, del Ebro, este último sin otra esperanza de salvación que la que pudiera llegar del naufragio europeo.

A nadie se deberá censurar ni a nada se podrá achacar que ese tipo de acciones —es preciso insistir, golpes de costado lanzados con propósito defensivo— levantara en cada caso unas desmesuradas ilusiones; ni siquiera la desconfianza hacia un plan ajeno frenará el entusiasmo con que se acomete la acción cuando se empeñan las fuerzas propias, y cuántas veces será preciso recurrir a la palabra traición para tratar de enjugar la falta de denuedo cuando las tornas del combate se vuelven contra quien lo inició. En todo régimen de decisiones se da ese punto de inflexión, cuando se dobla la última duda explícita, que de tal manera determina la entrega del protagonista a un plan aceptado por él con numerosas reservas; y si, por un lado, la entrega es veraz y, por otro, el plan fracasa, volverá a producirse la inflexión a la inversa, con un crecimiento de aquellas dudas magnificadas por la presunta verificación que el fracaso concede a las opciones desestimadas de antemano.

Todo fracaso concluye en un combate por la razón; el que no fue escuchado alegará la corrección de unos puntos de vista que fueron desestimados y el que perdió



tratará de que la responsabilidad recaiga en la falta de ardor de quien se sumó a última hora, con toda clase de reservas. De esa suerte la culpa se reparte y los Comités prevalecen, con algunos cambios. Aquellas acciones levantaron ilusiones desmesuradas, sin duda; a los tres días de éxitos locales por doquier se empezaba a hablar del hundimiento del frente enemigo, del imparable triunfo del pueblo; el espectro de Guadalajara y la desmedida alacridad de una propaganda mal concebida, mal administrada y entregada en manos de unos irresponsables que no sabían medir el alcance de sus palabras y, mucho menos, sus devastadores efectos sobre la credulidad de ese mismo pueblo (al que tan apresuradamente le hacían triunfar) en cuanto empezaba a advertirse el primer disimulado mentís, no fueron los menos responsables de ese desfallecimiento que es lo último que se puede permitir quien acepta y soporta una guerra de resistencia. Ese desfallecimiento no se propagó a todo el cuerpo de la República; de haber sido así la guerra no habría durado tres años, como duró. Pero sí hizo de tal manera sentir sus efectos sobre todos sus miembros que ningún ánimo quedó sano, por culpa, en buena parte, de una propaganda que primordialmente vulneró la plena confianza en el triunfo final. No quedará nadie — tras la pérdida del Norte— absolutamente convencido de ese triunfo, pero tampoco nadie podrá barajar en público la posibilidad de una derrota, cuyas consecuencias sólo se podrán prever en la penúltima hora. El último refugio no será una confianza en la propia fuerza, sino una redoblada fe en las creencias que habían de ser vencidas en el campo de batalla; una convicción sin fisuras de que la justicia se alineaba con el pueblo, de que la historia estaba con ellos, de que luchaban contra siglos de atraso y opresión y de que cualesquiera que fueran los resultados la hora final de los ricos, los curas y los militares había sonado; y de que la conciencia europea se abría paso, a través de los solares españoles, hacia una nueva era. Todas las razones eran elevadas y solamente se tomarían en consideración las grandes líneas de la historia, los cambios de época, ante los cuales los detalles carecían de peso. Curiosa paradoja que revelará hasta qué punto la razón no es tan astuta como interesada; no enviará por delante a la pasión para que desbroce su difícil camino, sino que optará por disfrazarse de «otra» razón, a fin de salvaguardar su inconfesado dominio del terreno pugnazmente reñido por algunos comparsas que se saben de memoria, como actores meritorios, el recitado de la historia. Aquellos que sólo hablaban de valores eternos, de la civilización cristiana, de la defensa de una tradición sagrada, de inmarcesibles ideales, se cuidarán de confiar su causa a la munición más que a la Divina Providencia, mientras que quienes a sí mismos se definirán como rabiosos materialistas, que han acertado a desterrar a los poderes sobrenaturales de los centros de decisión de toda la sociedad, avalarán el triunfo de la suya con la buena voluntad de las nuevas deidades —el progreso, la marcha inexorable de la historia, la victoria final del proletariado—, tan presentes y activas en el campo de batalla como lo fuera

el caballo de Santiago.

Finalizaba la larga campaña del Norte y liquidada por fin la bolsa cantábrica, a la vez que limitada la internacionalización del conflicto al suministro de unas armas y pertrechos y al envío de unos voluntarios, que, a mayor abundamiento, supondría una ventaja adicional para los más fuertes, construido su nuevo Estado sobre el Decreto de Unificación y la personalidad de su Jefe, el ejército sublevado dominaba toda la mitad occidental del país, y con más de medio millón de hombres en armas podía elegir a su antojo cualquier punto de la larga y desigual secante que corría desde los Pirineos de Huesca hasta las costas de Granada —con su profunda invaginación en Madrid— para convertirlo en el escenario de su próxima y última batalla. De nuevo —y por cuarta vez— el escenario elegido fue el frente del Centro, la perla codiciada, Madrid; cuya caída, a pesar de haberse desalojado el Gobierno, convertido por unos en rehén y por otros en baluarte, bien podía suponer el definitivo revés que doblegara la resistencia republicana. En oposición a los seis Cuerpos de Ejército que había organizado el rebelde, la República había dispuesto tres grandes agrupaciones, a una de las cuales —mandada por el general Miaja— sería encomendada la defensa del frente del Centro; no era lo bastante fuerte para atacar y tal vez ni siquiera para resistir la avalancha que se cernía sobre la capital tras la liquidación de la bolsa cantábrica. Pero el traslado de las unidades del norte hacia el centro —sobre todo al sur de Sigüenza— se llevó a cabo con tal lentitud, con tal carencia de ímpetu ofensivo y con tal menosprecio a la capacidad de reacción del adversario que éste bien pudo, antes de que finalizara el año, asestar en Teruel aquel golpe invernal, que —a pesar del desastroso desmoronamiento del frente de Aragón en que a largo plazo había de concluir— por cuarta vez detuvo la tan ansiada como demorada entrada en Madrid. Después de Teruel el territorio republicano quedó dividido en dos, cuando menos; por no hablar de las bolsas pirenaicas, de las serranías perdidas, de los frentes dormidos, de las líneas fluidas que los paisanos seguían cruzando para llevar alimentos a sus parientes del otro lado, o para seguir mercando, o solamente de visita.

Atrás, cada día más atrás, había quedado la bolsa de Región, como un bastión godo. No tenía ninguna importancia estratégica, no tenía muchos recursos, no tenía —en fin— razón de ser. Pero allí estaba, y no tanto como la espina clavada en la espalda del rebelde cuanto como un resto del naufragio republicano flotando en la superficie de unas aguas tranquilas, poco menos que indiferentes a su deriva. Tal vez eso era —para los hombres de Región empeñados en la lucha— lo más humillante: el escaso interés que el Mando enemigo había demostrado por sofocar aquel núcleo de resistencia que, a lo sumo, aunque diera algún signo de animación nunca lograría alcanzar la categoría de amenaza a su retaguardia.

Desde un punto de vista puramente profesional tenía aquel Mando suficientes razones para evitar la aniquilación de la bolsa regionata. Constituía, en primer lugar,

un excelente frente de castigo, al que despachar unidades y hombres cuya promoción y relevancia no fueran deseables, cuya presencia en una retaguardia más céntrica y política no fuera aconsejable, cuya posible eliminación no fuera mal recibida. Allí poco tenían que hacer y menos que ganar, siempre que una logística bien apercebida de las intenciones del Mando se cuidase de retrasar el suministro de los medios más imprescindibles para llevar a cabo un ataque en toda regla al valle del Torce. Allí se podían dar casos de impaciencia, de incompetencia, de desacato e incluso de insubordinación, que bien pudieran afectar desagradablemente a algunas personas no demasiado bien consideradas en algunos negociados; allí podía diluirse —si no terminar— una carrera brillantemente comenzada, que en su día pudiera suponer una alteración del orden del escalafón; allí podía separarse o romperse una camaradería demasiado estrecha o aflojarse un vínculo que sólo levantara recelos; allí, en una palabra, nadie sacaría provecho del negocio de la guerra; allí tenía organizado un eficaz contacto con el adversario, que de forma regular le informaba sobre lo que planeaban Madrid y Valencia. Y por si fuera poco, también contaba la posible explotación bélica de la bolsa que se le pudiera ocurrir a cualquier cabeza inquieta — en Burgos o en Madrid—, dispuesta en todo momento a sorprender a su enemigo con un ataque inesperado, en el lugar más inapropiado y en el momento más inoportuno. Pues un posible ataque republicano desde el valle del Torce hacia el Lerna, sin la menor posibilidad de progreso ¿no constituiría una excelente excusa para una nueva moratoria de la gran ofensiva final por la que clamaban tantas voces, incluso allende las fronteras?

Si el valle del Torce era observado desde la perspectiva rebelde con esa simulada indiferencia con que se trata de ocultar las inquietudes que despiertan unas posibilidades inconfesables, desde el lado republicano sería tratado con muy distinta pero no menor doblez. Ni en el seno del ejecutivo ni en sus digitaciones militares se comprendía por qué seguía resistiendo. Aparte de la construcción de un aeródromo con una pista de tierra en La Vallina, no lejos de El Auge —desmesurado y antieconómico a la vista del número de aterrizajes que habían tenido lugar en él—, concedido más como un gesto de aliento que como una imprescindible base de ayuda, de unos envíos de armas y repuestos transportados a lomos de caballerías, al estilo contrabandista, por caminos de herradura y senderos forestales, aparte de una comunicación constante y un lugar destacado en su propaganda, el ejecutivo apenas echó una mano a la resistencia regionata a la que desde el primer día de la rebelión dio por desahuciada. A los dos años de guerra aquella falta de atención había evolucionado hacia una decidida falta de asistencia. A partir de cierta fecha no se suministraría un cartucho más a la bolsa, pues sería como entregarlo al enemigo, y la compensación (así como la absolución al pecado de ingratitud y olvido) se conseguiría mediante el envío de una comisión de expertos, asesores militares y

consejeros políticos que colaboraría con el Comité de Defensa de Región, acaso para hacer más rápido e ineluctable el desenlace de la guerra en el valle del Torce. Con excepción de los exiguos beneficios derivados de la propaganda montada alrededor de la heroica resistencia del valle contra el invasor, poco provecho sacaba la República de tanta contumacia, y más de uno en público —y muchos para sus adentros— piaría por la extinción de la bolsa, que no constituía sino un quebradero de cabeza más, una tácita y permanente acusación al egoísmo y la falta de escrúpulos de muchos organismos y una inagotable fuente de culpas, acusaciones y reproches recíprocos, aireados durante los momentos de crisis. Incluso se llegó a pensar —en el segundo año de la guerra— en una operación militar de pequeña escala lanzada (con el pretexto de intentar la liberación del valle y sus heroicos defensores, imposible de conseguir a través de aquel dédalo de cordilleras, sierras y desiertos que los separaban de las más cercanas líneas republicanas) sin otro propósito que espolear la reacción del adversario y empujarle, aun a regañadientes, a limpiar de una vez aquel incómodo y recalcitrante foco de resistencia. A mayor abundamiento, de Región no se recibían en los organismos centrales —ni se habían recibido nunca—, como hubiera sido lo normal, angustiosas peticiones de ayuda. Se diría que —cualquiera sabía por qué extraño favor— allí eran capaces de prolongar su resistencia sin pedir nada a nadie; que con las armas y municiones conseguidas en Asturias al comienzo de la revolución y los esporádicos refuerzos enviados en el primer y segundo año de guerra, con el suculento botín capturado a Brémond en Burgo Mediano y algunos otros pillajes, se bastaban para seguir adelante con una empresa que en cualquier otro punto del país se demostraba cada día más difícil y costosa; y se llegaría a sospechar —sin el menor fundamento— que (con excepción de algunas unidades procedentes de otros puntos y destacadas allí tras haber sufrido un duro castigo, para recuperarse con un descanso que ciertamente no vendría a aumentar la belicosidad del frente) siendo los contendientes de la misma región, participando todos del carácter escéptico —poco aficionado al fanatismo— que los distinguía del resto de los españoles y estando unidos por lazos de toda índole, bien podían haber llegado, por reciprocidad, a una suerte de inspirado entendimiento gracias al cual habían acertado a mantener entre ellos el estado de guerra sin necesidad de llevarlo hasta la lucha armada; y que ambos sabían que tal *statu quo* les preservaría del combate y la destrucción, pues el día en que uno triunfase sobre el otro, todos —vencedores y vencidos— se verían arrastrados a la verdadera guerra en otro teatro de operaciones, exonerados de aquella paradisíaca *drôle de guerre* regionata que en todas partes concitaba tan encontrados como desmesurados sentimientos.

Teruel había supuesto el dismantelamiento de la cuarta ofensiva sobre Madrid, a costa de una concentración de recursos, de los que la República no andaba ni mucho menos sobrada, y de la activación de un frente sobre el que —por el carácter represor

del enemigo— pronto caerían las unidades nacionales más competentes. Todo estrategia sabe que una vez iniciada una movilización no será fácil zafarse de sus consecuencias; y como para ciertos Estados Mayores la movilización será siempre la etapa más premiosa y exigente de una campaña, una vez realizada no tendrá sentido no prolongarla con la ofensiva, su consecuencia natural, a menos que un acontecimiento inesperado obligue a suspenderla para dar paso a otra movilización — hacia la que ciertos Estados Mayores se hallan siempre en buen estado de ánimo— en otro sentido o en otro sector. Agotado el ímpetu republicano en Teruel, detenido su avance, controlados por el enemigo los accesos a la ciudad recién conquistada y asediada por tres de sus costados, nadie dudaría de la inminencia de una ofensiva de revancha pensada y decidida para volver a izar la bandera de dos colores sobre susafiligranadas torres. De ser un alivio, había pasado Teruel a convertirse en un abceso(\*) en el que estaba comprometido y empeñado todo el Ejército de Saravia y, con él, toda la estabilidad del frente de Aragón, al que, en contraste con el de Madrid, nadie podría venir a socorrer, por falta de transportes, por falta de reservas, por carencia de puntos débiles en el flanco enemigo y por falta de tiempo.

Descartada la posibilidad de una ofensiva de alivio por parte del Ejército del Centro, la República solamente podía montar ciertas operaciones a escala menor en los frentes secundarios —Extremadura, La Mancha, Andalucía, Región— para distraer del plato fuerte la voracidad del adversario y ganar tiempo para poder llevar a cabo el repliegue de Saravia sin un inmediato acoso por parte de las fuerzas dispuestas a saltar sobre Teruel. Alguien debió reparar de nuevo entonces en la bolsa de Región, un punto de la geografía que sólo en los mapas de la época llama la atención; en los mapas y en unos pocos textos de discutible valor. Era poco, sin duda, lo que podía ofrecer; pero será el único lugar donde una petición de ayuda no es recibida con una lamentación y contestada con otra petición de ayuda, aún mayor. Y, por añadidura, el planteamiento del poco menos que improvisado *coup de main* sobre Macerta será la ocasión para saldar la deuda moral contraída por la resistencia regionata y, de una vez para siempre, regimentar, encuadrar y ordenar sus heteróclitas huestes dentro de la organización del Ejército de la República.

La reunión del 8 de febrero fue la más nutrida de cuantas —todas ellas muy numerosas y diferentes— se celebraron en el antiguo Colegio de los Escolapios, fundamentalmente, y en otros puntos de Región y su comarca, para redactar los planes de la que más de uno, anticipándose a los acontecimientos y dando por buenos sus más lejanos objetivos, empezó a llamar la Ofensiva de Macerta. Se diría que todos se pusieron de acuerdo para, por una vez, alcanzar el pleno de aquel importante cónclave, a cuyas anteriores y posteriores convocatorias muchos habían de faltar, incluso sin necesidad de excusarse. Asistieron los más significados dirigentes del valle (algunos acompañados de sus segundos) que a sí mismos se habían concedido

un grado (bien es cierto, no muy elevado) sin esperar al despacho oficial que lo confirmara; todos los miembros del Comité de Defensa que ya para aquellas fechas había demostrado con suficientes pruebas que no ejercía la menor autoridad sobre los hombres y unidades que —en el papel o por la palabra— tenía bajo su mando; algunos invitados (como Juan de Tomé), que no formaban parte del Comité y a algunas de cuyas sesiones asistían en calidad de oyentes y expertos; y, por último, los jefes, oficiales, comisarios y asesores, que en los primeros días del pasado diciembre había despachado Madrid por vía aérea, con el teniente coronel Fernández Lamuedra a su cabeza. La misión de esta delegación era múltiple; en primer lugar, tenía que preparar los planes de la ofensiva tal como la concebía y necesitaba Madrid, de un alcance táctico que todos tenían muy claro cuando subieron al avión, dispuestos a imponerla frente a cualquier otra idea que se les pudiera antojar a los señores de Región, por llamarlos de alguna manera; por consiguiente, tenían que ser persuasivos a la hora de convencerlos de cómo debían usar su fuerza, puesto que ella (la delegación) no tenía ninguna; el plan, para atraer a los regionatos, tenía, además, que incluir uno de aquellos objetivos que ellos habían codiciado desde la ruptura de las hostilidades —tales como la reconquista del puerto de Socéanos, la apertura de la tenaza sobre el valle del Lerna o la más lejana y casi quimérica entrada en Macerta— y desde ese primer momento habían alimentado todo su apetito de lucha, y no sólo para disimular el beneficio estratégico que otros no involucrados en el ataque extraerían de su sacrificio, sino también para aunar la voluntad común en una dirección que a todos aprovechara por igual: el debilitamiento del tabique que separaba la bolsa de Región de las más próximas líneas republicanas; por último, la elaboración del plan —redactado de acuerdo con las normas de un Estado Mayor a la altura de los tiempos, algo completamente desconocido para aquella improvisada y rústica resistencia— brindaría una inmejorable ocasión para dotar a las fuerzas de la bolsa de una organización administrativa y técnica de la que hasta entonces carecían; para encuadrarlas dentro de las filas del Ejército de la República y colocarlas en su lugar adecuado bajo una dirección competente, aun conservando y respetando los mandos locales espontáneamente establecidos, una vez cursados y confirmados los nombramientos pertinentes; y, cómo no, para imbuirlas de una disciplina de combate y un sentido de su responsabilidad bélica que, mucho mejor que su ardor revolucionario o su (para algunos de ellos) espíritu de caza y revancha, habían de constituir la mejor garantía de éxito en la difícil hora que se avecinaba.

En una cabecera de la larga mesa del claustro de profesores se sentó el teniente coronel Fernández Lamuedra y, en torno a él —y a excepción del capitán Arderius, que lo hizo, llevado de su afán de familiarizarse e intimar con la gente del pueblo (acaso para contrapesar con sus rasgos de simpatía la contundencia de sus opiniones y su casi sistemática oposición a las iniciativas regionatas, de tono guerrillero un tanto

anacrónico) entre sus recientes amigos de Región—, tomaron asiento sus colaboradores más cercanos, en número de cinco. El teniente coronel era el prototipo del militar leal al Gobierno legalmente constituido; aplicado, serio, usaba unas gafas redondas con montura de carey y siempre tenía a la mano una gran cartera negra de dos hebillas, repleta de documentos; nada decía sin previamente consultar numerosos papeles y estadillos y con mucha frecuencia se quedaba cortado; y para salir de su azoramiento invariablemente se despojaba de sus gafas, se frotaba los ojos y apretaba el tabique de su nariz para concluir con un pellizco en el entrecejo; señal irrefutable de que había tomado la réplica en consideración.

En el otro extremo de la mesa —y en el otro sillón de cordobán, con clavos de bronce— acostumbraba a tomar asiento el viejo Constantino; no era viejo, era tan sólo un hombre de cincuenta y tantos años, pero así se le había empezado a llamar para distinguirlo de su hijo primogénito, al que metió en el negocio en cuanto volvió del servicio militar, y así se le siguió llamando tras la temprana y trágica muerte del joven, acaso para no magnificar el vacío que dejó con un nuevo cambio y vuelta atrás del tratamiento. Hacía años que en Región y en ciertos medios se llevaba una frase hecha: «Eso se lo encargas al viejo Constantino»; que, como toda frase hecha, servía para todo, tanto para desentenderse de un asunto, tanto para insinuar una solución drástica, tanto para indicar que siempre habría una persona que supiera y pudiera resolverlo, tanto para no decir nada y salir del paso. El dicho procedía de la propia personalidad de Constantino, un hombre para todo —de origen gallego— que antes de los veinte años se había distinguido como encargado de diversas contratas y antes de los veinticinco se había establecido por su cuenta como contratista de toda clase de licitaciones; como contratista de explotaciones y caminos forestales a todo lo largo y ancho de la sierra, propietario de unas canteras, constructor de obras de poca monta para la Diputación y los Ayuntamientos, almacenista de hierros y materiales, transportista de leche, especialista en reparaciones de firmes de la Jefatura de Obras Públicas. Toda su vida había trabajado sin descanso, y aun cuando había prosperado, adquirido algunas propiedades y sacado la familia adelante, no había hecho un gran capital; en cambio, una orden suya podía movilizar toda una humanidad: cuadrilleros leoneses y zamoranos, carrilanos del noroeste, picadores asturianos, machaques salmantinos, canteros de Pontevedra, carpinteros orensanos, albañiles madrileños, incluso gente del bronce dedicada al burro y la mula. No había hecho mucho dinero; el suficiente para construir un almacén, adquirir una finca con media hectárea de regadío y levantarse una casa en las afueras de Bocentellas —la ecléctica casa de un contratista que durante treinta años ha soñado con gozar de todos los lujos edilicios que ha servido a otros, con su cerca de hormigón y tubo de acero, un zócalo de mampostería de Fuenterrabía, un alpende, una chimenea francesa ornamentada con toda clase de conchas y esqueletos de moluscos, una pérgola— donde alojar y recluir

a su numerosa familia. Se llamaba Constantino Marcos y, en realidad, era hombre de familia; o bien se llamaba Marcos Constantino, pues pocos sabían cuál era su nombre y cuál el apellido; en todo el valle se le conocía por Constantino, pero algunos allegados que pretendían conocerle bien —algún Ayudante de la Diputación que había administrado obras contratadas por él, algún habilitado, algún empleado de la competencia y algún ingeniero de la Forestal—, se tomaban la libertad de llamarle Marcos para marcar las diferencias con la gente del común, que había aceptado la inaprensible existencia de aquel hombre enigmático, ubicuo y bastante poderoso, al que cualquiera hubiera deseado tener bajo su férula. Parece que el dicho —que Constantino recibiría siempre con una mueca de mohín, el mejor procedimiento para disimular el halago que le producía— se había originado años atrás, con ocasión de la disputa que dos técnicos de la Confederación Hidrográfica habían sostenido acerca de un proyecto insensato para resolver el problema del abastecimiento de aguas a Región mediante la captación de unas fuentes del alto Torce y la conducción rodada del agua a través de una tubería que necesariamente había de desarrollarse con largos tramos subterráneos. Y como el detractor del proyecto tratara de demostrar la inviabilidad del mismo a su autor, éste acertó a salir al paso de la objeción con la frase que se había de hacer famosa: «Es fácil; se lo encargas a Constantino»; que, entendida como un arranque de candor y sinceridad, tenía un significado bien distinto de los apuntados anteriormente —de uso común— y bastante más halagüeño para el sujeto de la misma: esto es, que Constantino era capaz de hacer cualquier cosa. Cuando un hombre acierta a rodearse de tal fama —y con frecuencia el fenómeno no es tanto obra suya cuanto de gente en todo ajena a su trabajo, o de gente que trabaja con él pero incapaz de desplegar su mismo ingenio y recursos—, en más de una dirección queda intimidado; aquel atrevimiento, aquel temperamento temerario capaz de aceptar riesgos superiores a su fortuna y a su crédito, y sobre el que se cimentó su personalidad y su fortuna, puede apocarse en cuanto la fama —que forma alrededor de un hombre una suerte de escafandra en la que se embute para sus inmersiones subsociales, que reproduce y altera sus rasgos para mejor moverse en ese medio, pero que está constituida de un material más frágil que el propio hombre— empieza a ser el primer objeto de su cuidado. Sin duda, Constantino —a pesar de ser muy popular— no había alcanzado todavía, ni la alcanzaría jamás, esa nueva larvación bajo la crisálida de la fama hacia la que evoluciona quien antes que nada se ocupa de su imagen pública. Todavía no era frágil, todavía podía poner su personalidad en juego y todavía envidaba fuerte. Pero a partir del momento en que murió su hijo mayor, y que coincidió con el traslado de la familia a la nueva casa de Bocentellas, todo parecía indicar que las aventuras y las nuevas contrataciones le interesaban menos, satisfecho con las que ya tenía más o menos seguras y le permitían un cierto desahogo y atento, sobre todo, a la vigilancia de los suyos —una esposa, una suegra, cuatro hijas y dos



hijos—, encerrados entre la tapia que daba a la carretera de Región y las tres cercas de alambre de espino del lado de la vega. Acaso el mayor temor que alberga un hombre así es a que sus hijas le salgan putas. Los hijos, tras la muerte en accidente de Constantino, le preocupaban menos; tal vez porque desde siempre un hombre como él —que se lo ha hecho todo en la vida con sus solas manos— aprende muy pronto esa prudencia que no es opuesta al atrevimiento, sino heterogénea con él; esa prudencia para saber en todo momento dónde poner el pie para dar el paso atrás, en caso de fracaso. Y esa prudencia retrógrada decía al oído de un aventurero que, por lo general, los hijos salen mal; que no hay que fiar en ellos para el futuro; y buena prueba de ello era que para un hijo que le había salido bien, pronto se había quedado sin futuro. Pero las hijas no. Las hijas tienen forzosamente que salir bien, pues la prudencia retrógrada no sabe dónde poner los pies en caso de que se produzca el fallo, el desliz. El fallo se había producido un par de años antes del estallido de la Guerra Civil, y al poco de la muerte de su hermano, cuando la mayor de sus hijas, Hortensia, se escapó con rumbo desconocido con un hombre que había trabajado para él. Tras un largo período sin noticias de la pareja, un día llegó a oídos de su padre que la muchacha había sido vista en Barcelona, con buen aspecto, es decir que no estaba embarazada. Su padre corrió a Barcelona, no sin haber sido obligado por su mujer, mediante juramento, a renunciar a toda violencia en el intento de recuperación de una hija que, en el entretanto, había adquirido la mayoría de edad. Del encuentro en Barcelona el viejo Constantino no habló jamás y ni siquiera a su mujer confió lo que había visto; pero de allí volvió un tanto desconcertado y humillado, más convencido todavía de que la mayor desgracia que le puede ocurrir a un hombre es que sus hijas le salgan putas; en realidad, no llegó nunca a saber si aquella muchacha con la que habló en tres ocasiones —las tres a la misma hora, en la misma mesa del mismo bar arrabalero— era una puta o no; si lo era, en verdad no obedecía a ninguno de los tipos de esa clase de mujer conocidos por él, un hombre con una juventud lo bastante corrida como para haberlos tratado todos; si no lo era, tampoco sería capaz de imaginar qué clase de vida llevaba y cómo se ganaba la subsistencia, respecto a todo lo cual la muchacha no soltó prenda. Tan sólo pudo colegir (y no sin cierta satisfacción) que el hombre la había abandonado y que vivía en una pensión de aquel arrabal, con una compañera de trabajo. La muchacha desestimó una tímida oferta de ayuda económica, adujo que era una persona mayor y nada necesitaba, ni siquiera prometió volver por el pueblo (tal vez fue el único alivio para Constantino) en unas futuras vacaciones, y en la entrevista del tercer día se permitió hacerle entrega de un paquete para sus hermanas —que contenía unos pañuelos y unas medias— y venir acompañada de su amiga y coinquilina. De repente se levantó, le dio un tímido beso, y tras preguntar a su compañera «¿Tú te quedas?», a lo que la otra respondió «Un rato», abandonó el local ante la estupefacta mirada de Constantino, que la perdió de

vista al doblar una esquina. Quizá lo más desconcertante para Constantino fue la ausencia de emoción, por ambas partes. Siempre se había tenido a sí mismo por un hombre de genio vivo, de impetuosas y casi coléricas reacciones, sobre todo entre los suyos y de puertas adentro. Sin duda que, con los años, había aprendido a dominarse y, por encima de todo, a saber que había toda una clase de hombres —para quienes trabajaba, sus clientes— con los que nunca podría hacer uso de toda su capacidad de enojo, reservada para sus subordinados y familiares. Era el carácter normal de un contratista que lo había conseguido todo —excepto la independencia respecto a los fondos públicos— con su propio esfuerzo y que solamente con energía, y un cierto grado de violencia, podría seguir manteniendo su industria y su familia. De repente (y no durante el acontecimiento —demasiado rápido como para permitirse esa auscultación—, sino días después), ante el mayor ultraje que desde siempre había sido capaz de imaginar, se vio a sí mismo como un hombre que apenas tuviera relación con él: sentado a la mesa de un bar arrabalero, con media hora por delante en una ciudad desconocida y sin nada que hacer hasta la hora de coger el tren de vuelta, departiendo amigable e insulsamente con una muchacha que, si no le producía el mismo desconcierto que su hija, se debía, sin duda, a que no abrigaba hacia ella actitudes ni sentimientos previos; contra la que nada tenía, ni siquiera sospechas, y eso por encima de todo; a la que en todo momento —por lo mucho que le importaba directamente— estaba dispuesto a creer y nada deseaba más que convencerse de que se trataba de una buena chica, decente, probablemente de familia muy humilde, que no había tenido suerte y, empujada por las circunstancias a llevar una vida independiente, con un trabajo honrado, en espera del día en que pudiera formar un hogar. Y que, a mayor abundamiento, demostró tener un humor desenfadado y en dos o tres ocasiones supo hacer gala de un cierto ingenio natural. Al cabo de una hora de charla se despidieron a la puerta del bar, ella hacia sus quehaceres y él en dirección a la estación. Acaso aquella hora de conversación fue decisiva para él; acaso tuvo que demostrar por primera vez la subterránea educación que había adquirido a lo largo de treinta años de trabajo en la contrata que, a lo más, había puesto de manifiesto ante ayudantes o pagadores, jamás ante subordinados, mujeres o jóvenes, y que, a no ser por aquel insólito encuentro, jamás habría utilizado para esclarecer un asunto tan personal. Tal vez aquella muchacha le enseñó en una hora lo que treinta años de tratos con ayudantes, pagadores y capataces no habían acertado a inculcarle; no tanto el respeto al prójimo cuanto el fingimiento de ese respeto, a fin de no parecer un patán y un sabueso. Hubiera deseado preguntar a la muchacha cuántas cosas sabía acerca de su hija y que ésta le había ocultado; hubiera podido comprarla o, incluso, amenazada, pero tuvo vergüenza y se contuvo, con el pensamiento puesto en una hija que, cualquiera que fuese su trabajo, sería más considerada y mejor tratada si era sabido que tenía un padre con modales que disfrutaba de cierto desahogo. De tal

manera un disfraz instantáneo puede obrar milagros e insertar en el carácter, con una impronta definitiva, los rasgos adquiridos para una acción pasajera; pues el carácter es tanto materia como forma, no sólo el conjunto de rasgos esenciales y evidentes con que el ser vivo se manifiesta, sino la plasticidad que posee la materia que los sustenta para poder mudarlos a su conveniencia. No recordaría con enojo la última vez que vio a Hortensia, a través del cristal, doblar la esquina de la calle arrabalera; no le había ofendido, sino que se había independizado y, por consiguiente, la recordaría con cierta envidia, con los inconfesables celos que padecerá quien ha de admitir en el otro una libertad que no puede compartir. A su vuelta a casa, con toda probabilidad, sólo tuvo que decir «La Hortensia está bien y os envía esto», y ahí concluyó el asunto, al menos públicamente. Pero no para él, pues ante sí mismo ya nunca podría prescindir de aquel precedente; no es que en lo sucesivo tuviera que adoptar una actitud de resignación si otra hija escapaba de casa con un hombre ni que, en consecuencia, debiera liberar a toda la familia de la estrecha vigilancia a que la tenía sometida; era algo más recóndito, consecuencia de la lección que aquella muchacha le había administrado con una hora de conversación en el bar, durante la cual se había sentido a sus anchas y hasta había soltado alguna risotada. Días después lo sentiría con el alivio que suscita el dolor de una herida quirúrgica practicada para la extirpación de un viejo tumor; como si la muchacha, al tiempo que le redimía de una antigua pesadilla (la brega constante, la aspiración a tener siempre más, la eterna vigilancia de todas sus cosas, el miedo a resbalar y caer un día), le hubiera entreabierto la puerta del jardín de los justos, un lugar más apacible y confiado que la tierra que le había tocado vivir y cuya existencia ni siquiera había sospechado. Así que volvió a Bocentellas —la mujer regaba los geranios; las dos mayores, bajo el alpende, alternaban el repaso de los ejercicios con la merienda de pan y chocolate; la pequeña paseaba con el triciclo, todos detrás de la verja— y no abrió apenas la boca, pues ¿cómo podría explicar que había pasado una hora tan grata y sustantiva con una muchacha, en un bar de Barcelona? ¿Cómo se daría a entender? ¿Cómo empezaría a decir que a partir de entonces era su propósito no dar demasiada importancia a ciertas cosas hacia las que siempre había exigido la máxima atención? Y, sin embargo, el cambio no fue sólo para bien; un viraje hacia la paz del espíritu casi siempre se acompaña con ciertos síntomas de crueldad.

Julián Fernández, llamado por todos Manchado, se sentó a la derecha del capitán Arderius. En el mismo lado de la mesa ocupaba en cierto modo una posición simétrica a la suya, pues así como éste prefería alejarse del grupo de Madrid, de sus numerosos papeles, estadillos y cartas para tomar asiento entre la gente de Región y limitarse a opinar sobre los datos que otros aportaban (y con frecuencia a cambiar impresiones al oído de su vecino, lo que obligaba a Lamuedra —atento a todo— a mirar a otra parte para no darse por enterado de tal indisciplina), sin tener que recurrir

a la lectura, Julián Fernández —nacido, criado y educado al costado del viejo Constantino— solía tomar asiento lo más cerca posible de aquel grupo y, si se lo permitían, mezclarse entre los oficiales y asesores que lo formaban, hacer uso de sus papeles y consultar sus mapas. Gracias a esos dos hombres, deseosos de enlazar y estrechar el trato con sus contrarios, la reunión parecía más unida y entreverada que como lo era en realidad. A la reunión del 8 de febrero asistieron catorce personas, nueve de Región, cinco enviados por Madrid. Aun cuando con anterioridad se había decidido que todos los acuerdos serían tomados por unanimidad, para todos era evidente que los de Madrid y los de Región formaban dos bloques antagonistas, cada uno de los cuales deseaba dominar la convocatoria, a fin de llegar a unas resoluciones concordantes con sus puntos de vista. La inferioridad numérica del grupo de Lamuedra estaba ampliamente compensada por otras ventajas; en primer lugar, tenían en su poder un plan compacto y trazado de antemano, al cual —y cualesquiera que fueran sus defectos e inconvenientes— los de Región no tenían otra cosa que oponer que la negativa o la improvisación; en segundo lugar, estaban unidos y se demostraban —salvo para pequeños detalles de poca monta— unánimes en sus propósitos, determinaciones y juicios, en tanto de los nueve de Región no había tres que hasta entonces hubieran pensado de la misma manera en una u otra ocasión<sup>[2]</sup>; y, por último, aquella relación nueve a cinco se convertiría en otra ocho a seis en cuanto, con los primeros intercambios, se vio que Julián Fernández —ante la pasividad o con la complicidad de Constantino— asentía sistemáticamente al programa y las propuestas de los madrileños y, sin necesidad de defenderlos en los pasillos, daba bien claramente a entender con su postura que con toda obstinación se resistía a aceptar las críticas que suscitaban entre los regionatos. Pronto comprendieron éstos que si tal actitud se hallaba tácitamente respaldada por Constantino —celoso de no dar a conocer sus opiniones sino en el último momento y beneficiario (aunque sólo fuera de la ansiedad que despertaba y de los intentos que de todas partes le llegaban para ganarle a una determinada causa) de la incertidumbre que creaba con sus sibilinos silencios y ambiguas respuestas— su superioridad numérica, para el caso en que una determinada propuesta saliera a votación para pasar de ella a la correspondiente decisión respaldada por la pretendida unanimidad, bien podía resolverse en un empate a siete, en cuyo caso los de Región se verían obligados a abandonar todo intento de alzarse con el santo y la peana. No abrigando la menor sospecha de que no sacarían adelante ninguna iniciativa que no fuera apoyada por Constantino —y por supuesto, por Julián Fernández, su fiel ahijado—, dirigieron sus primeros esfuerzos en el sentido de atraerle a su campo, aun cuando no se hallara definido, sino por la oposición frontal a ciertos aspectos del plan Lamuedra, buscando no tanto su escurridiza colaboración cuanto el decidido apoyo de su segundo y que —lo sabían muy bien— sólo lograrían a cambio de la promesa de

asignarle aquel mando relevante de las operaciones que siempre había ambicionado.

Julián Fernández, alias Manchado, había trabajado toda su vida a las órdenes de Constantino (casi puede decirse que fue engendrado de su costado) y había llegado a convertirse en Encargado General de todos sus negocios menos uno. Era un hombre enérgico, poco sutil, al que faltaba el índice de la mano derecha, que siempre se tocaba con una gorra de paño; una gorra, siempre la misma, que no envejecía ni parecía nueva, perversamente preservada como el rasgo más peculiar de un hombre que sólo sobresalía por la constancia de su fidelidad a Constantino y por ser «muy esclavo para el trabajo». En invierno y hasta la llegada de los calores se protegía con una zamarra de cuero negro de las llamadas tres cuartos, provista de cinturón, que anterior a aquellas que pusieron de moda las Brigadas Internacionales le había de procurar un considerable ascendiente político en los tumultuosos días de octubre de 1936 cuando una prenda bastaba para cimentar una jerarquía o salvar la vida de un hombre. Por si fuera poco desde siempre en sus instrucciones al personal a sus órdenes había hecho uso de la jerga cuartelera —adquirida durante un servicio militar que, como a muchos huérfanos de padre y madre, había de marcarle con una definitiva impronta— por lo que, a despecho de la falta del índice derecho, indispensable para muchas cosas, se tenía por un hombre bien preparado para la guerra, de cualquier tipo que fuese. Con gozar de toda una clase de confianza con que le distinguía Constantino, no la tenía toda; durante su breve paso por los negocios de su padre, el hijo mayor —Constantino también— no había hecho buenas migas con el Manchado quien a su muerte vio el camino abierto para encaramarse a la dirección de los asuntos del viejo por otra vía que la ensayada anteriormente. Con anterioridad Manchado había aspirado a casarse con Hortensia, pero la fuga de ésta (para mayor perturbación, con un hombre que el encargado había contratado y aupado) echó por tierra sus planes de entrar a formar parte del clan familiar o, por lo menos, impuso una demora difícil de soportar, a la vista del lento crecimiento de la segunda, siempre sentada haciendo deberes y que a mayor abundamiento su padre destinaba a la carrera de farmacia —por razones que nunca serían discutidas— sin terminar la cual no debería esperar ni su permiso para tomar estado ni la dote. Aquellas intenciones matrimoniales no habían escapado en su día a la atención del joven Constantino, el primogénito, que había aborrecido la idea de tener a Manchado como cuñado, a pesar de la camaradería que le había unido a él (buscada y fomentada por el encargado) durante sus años adolescentes, de las correrías de ambos a espaldas del viejo y de su iniciación en la vida adulta, en numerosas mancebías, sidrerías, corralas y cocinas, a la que había sido introducido siempre de su mano y a su costa. El día en que Constantino decidió que su hijo mayor debía seguir sus pasos, lo colocó en un tajo perdido para que empezara desde lo más ínfimo, bajo la supervisión directa del Manchado. Aquel día no terminó la amistad entre los dos pero dio comienzo un

distanciamiento que sólo había de ensancharse con el tiempo y el trato profesional, para convenirse pronto en rivalidad y más tarde en aversión. Sin duda los dos se sentían con derechos a la sucesión de Constantino para aspirar a la cual uno cualquiera constituía el mayor obstáculo para el otro; pero para ello a ambos era necesario cumplir una premisa esencial: a Julián Fernández, que le llevaba al primogénito más de diez años de edad, entrar a formar parte de la familia; a Constantino, contar con la experiencia y la autoridad precisas para regir los asuntos de su padre en cuanto éste, empujado por su mujer y el crecimiento de los otros hijos, acentuara su tendencia a recluirse en casa. Y ambos, a los dos meses de ser enviado el joven Constantino a una serrería del Hurd, comprendieron que en lo sucesivo tanto como tenían que esforzarse en alcanzar su propia habilitación habían de tratar por todos los medios de incapacitar a su contrario, en una carrera contra un calendario pautado por una enigmática criatura, ajena al conflicto, que de la noche a la mañana pasó de dar chupadas a la onza de chocolate a pasear sus trajes sueltos de percal y mostrar sus robustas pantorrillas por la carretera de Bocentellas.

A través de su madre —era su favorito— nada difícil le fue al joven Constantino poner sobre la mesa su incompatibilidad con el Manchado y exigir de su padre un tajo propio. Constantino no lo pensó dos veces, nada encariñado con la idea de entregar su hija al hombre que le era más útil y fiel. Hombre avisado, sospechaba que toda su fidelidad y utilidad dependían de su arte para mantener la codicia de su encargado espoleada por un fuerte incentivo y que el día que durmiera bajo el mismo techo con su hija podía irse despidiendo de la dirección absoluta de sus negocios. Lo mismo recelaba de su primogénito —al que temía por la confianza que le merecía— y por eso le envió a un tajo fácil y alejado, para, sin obligarle a padecer y aprender, situarle ante la posibilidad de fracasar. Ese día Julián Fernández a punto estuvo de largarse con una portuguesa con la que andaba enredado y abandonar para siempre al viejo Constantino, para ponerse a trabajar con la competencia. Pero fuera que la portuguesa no respondió como él esperaba, que la competencia no le ofreció todo lo que ambicionaba o que, sencillamente, le atenazó el miedo a un divorcio de todo lo que había sido su vida hasta entonces, el caso es que permaneció en su puesto —tras algunas protestas en bares y otros lugares semipúblicos— y sin un mal gesto hacia su patrón aceptó la separación y promoción de su rival, aun a sabiendas de la perturbadora sombra que arrojaba sobre su futuro y en espera de que aquella criatura de la carretera de Bocentellas, tras unos primeros desahogos no del todo inconvenientes, desarrollase el sentido común suficiente para aceptarle a la primera propuesta. Acaso se trataba de la prueba de fuego dispuesta por el viejo Constantino, decidido siempre a jugar fuerte; pues si aquel hombre le abandonaba no abrigaba la menor duda de que encontraría otro —menos imprescindible— que le sustituyera y si permanecía a su lado demostraría haber hecho los méritos suficientes como para

poder gratificarle en su día con el máspreciado premio.

Y de repente, de un soplo, aquella situación cambió de manera radical con la muerte del primogénito y la fuga, pocos meses después, de Hortensia a Barcelona. En un instante se desvaneció la solución en que debían desembocar tantos años de trabajo en común y ambos hombres se encontraron como en el quinquenio anterior; o con cinco años por delante para repetir lo mismo de todos los días antes de vislumbrar la meta deseada por cualquiera de ellos; era el mínimo plazo que necesitaría el siguiente varón, Santiago, para incorporarse a los negocios de su padre y la siguiente hembra, Carmina, para concluir su pastilla de chocolate y sus deberes de álgebra, bajo el porche. Los años que siguieron fueron los más difíciles y dudosos para la relación entre los dos hombres. Nada había cambiado sino el anuncio del cambio y toda vez que ambos sabían ya su importancia ninguno de los dos podía dejarlo, a pesar de ser tan a largo plazo, en manos del otro. Julián Fernández nunca olvidaría que su patrón y padrino había jugado con él y Constantino, por su parte, incorporaría a su carácter algunos de los sentimientos de su malogrado primogénito. Las decisiones y los sacrificios pueden resolverlas crisis pero el estatuto de la confianza queda sustancialmente alterado por la recurrencia de unos celos que rara vez mueren sino que duermen y a menudo despiertan aun sin salir de la cámara donde reposan. Tantas veces como despertaran en el ánimo del Manchado los deseos de poner tierra por medio y emprender una nueva vida, serían acunados y arrullados por ese ansia de modificación del futuro, con unos pocos detalles complementarios del presente, que cuanto más compulsivamente se manifiesta más al alcance de la mano pretende tener. Es una de tantas paradojas del deseo: se combina con la imagen del objeto deseado para formar un par de fuerzas que el verdadero objeto tendrá que igualar con su presencia; cuando se aproxima uno se aleja la otra; y cuando más porfían entre sí objeto real y objeto deseado, más se diferencian, como si constantemente se vieran acuciados a demostrar su personalidad por su recíproca oposición.

En las mismas vísperas de la Guerra Civil se había producido un tercer desastre, tan grave como los dos anteriores. El año anterior Constantino había contratado, sin mucho entusiasmo y para iniciar la carrera de su segundo varón, Santiago, la reposición del adoquinado de un tramo de carretera en una provincia próxima donde carecía de las relaciones y el crédito de que gozaba en su tierra. Pero se trataba de una obra atractiva y hecha a su medida, que bien llevada y administrada podía arrojar un sustancioso beneficio que podría permitir a Santiago (ante la suspicaz reserva de un Manchado —a quien nunca en sus largos años de colaboración Constantino había ofrecido una oportunidad parecida— que supo refrenar su malestar ante el alejamiento de su feudo de un nuevo rival) dejar de ser un asalariado de su padre y emprender un vuelo propio que ahorrara las molestias que había provocado su

difunto hermano. Durante los primeros meses la obra marchó con cierta regularidad pero la manera con que la gobernaba Santiago —que no gozaba en la Jefatura de O. E ni de nombre ni de crédito ni de simpatía— obligó a Constantino a efectuar importantes desembolsos para abonar los gastos de una cantera, antes de poder cobrar una certificación a buena cuenta sobre el acopio de adoquín, cortado, apilado y dispuesto para su transporte y colocación en cuanto la Administración lo autorizara. Algo debió ocurrir en aquella cantera de pórfido; muy posiblemente Santiago se debió dejar llevar de su excesiva confianza y convenció al cantero para que siguiera tallando adoquines aun cuando no había conseguido del Ayudante la aprobación de las primeras partidas; acaso hubo un entendimiento, a espaldas de Santiago y en cuanto Constantino suspendió los abonos en tanto no llegara la ansiada certificación, entre un cantero y un Ayudante que no supo dar a entender a cuenta de qué otorgaría la autorización. Lo cierto es que cuando Santiago consiguió que el Ayudante cursara la visita de inspección se encontró con más de dos tercios de la partida desechados por no cumplir las condiciones del Pliego. Eso era todo lo que tenía, a donde habían ido a parar los ahorros de Constantino: dos montones desiguales de adoquines, los del mayor estigmatizados con un brochazo de cal que en el lenguaje habitual de la Jefatura quería decir «Anulado», los del menor no valían la tercera parte del dinero entregado por ellos al cantero. La obra quedó inmediatamente detenida, Santiago no apareció por Región y al parecer buscó y encontró trabajo en unas graveras de Arganda; Constantino empezó a moverse entre sus amistades y relaciones de Región y las provincias del noroeste, en busca tanto de una recomendación para el ingeniero de la obra, a fin de revocar en todo o en parte la calificación de su Ayudante, cuanto de un posible comprador a la baja de aquella partida de defectuosos adoquines. El Manchado no hizo un solo comentario, ocupado en otros asuntos que trató de inmunizar de las consecuencias del desdichado fraude, incansablemente fiel —en apariencia— a su patrón de toda la vida y más cerca que en ningún otro momento anterior de recibir su herencia, todavía cuantiosa a pesar de las últimas mermas. En esa época en que Constantino tuvo que moverse más de lo que deseara, aconteció el levantamiento del 18 de julio; un mes más tarde Constantino salió de viaje, como tantas otras veces, sin decir a nadie hacia dónde pensaba dirigirse; acaso fue a Madrid o a Arganda, en busca de Santiago, y muy probablemente llegó tarde; también es posible que visitara la cantera, la obra parada o la Jefatura de O. P. en busca de seguridades a cambio de promesas, ante el desastre que se venía encima, y muy probablemente también llegó tarde; quién sabe; el Ayudante, un Sobrestante, un Peón y su mujer, fueron encontrados asesinados en la casilla del último, con las cabezas reventadas a tiros, por las mismas fechas en que Constantino estuvo ausente de su domicilio de Bocentellas al que volvió unos días después de conocerse el hecho, solo, sin poder decir esta vez: «Santiago está bien y os envía esto». Hacia noviembre de



aquel año —para aquellas fechas Julián Fernández, tras los sucesos de las casas de Borques y los combates de Socéanos, se había convertido poco menos que en la primera autoridad de las milicias de Región, con toda la gente de Constantino —recluido en su casa por voluntad propia— bajo su mando— llegó a Región la noticia de la muerte de Santiago en tierras de Segovia, fusilado por una partida de falangistas tras una imprudente correría por la sierra de Guadarrama.

La guerra, naturalmente, puso fin a los negocios de Constantino que triturado por tantas desgracias fue a refugiarse a su casa de Bocentellas, en apariencia decidido a no tomar parte en un conflicto que sólo le podía acarrear mayores males. Por unos meses todo su aparato rústicamente militarizado pasó a manos del Manchado —llamado por entonces «capitán Andrés»— y sólo la detención de don Tertuliano Herencia —amigo personal suyo y a quien tantos servicios debía— y los desmanes de ciertos elementos venidos de fuera que operaban a la sombra de aquél, obligaron al viejo Constantino a sacudir su marasmo y volver a Región a poner orden entre su gente. Todo parecía indicar que se trataba de una acción aislada, obligada por lazos de amistad y por su responsabilidad por los actos de su gente, que no habían de alterar su retiro; sin embargo una vez más los acontecimientos habían de tomar un giro inesperado para Julián Fernández, cuyas expectativas de alzarse con el mando absoluto (militar primero, luego ya se vería) de toda la gente de Constantino —incoadas en su origen por el desinterés veraniego de éste por todo lo que no fuera su hijo o sus adoquines— se vieron truncadas desde el momento en que decidió en la primavera siguiente y sin dar explicaciones a nadie, cerrar la casa de Bocentellas, enviar a su familia a vivir con una hermana viuda y tomar las riendas de la guerra. Tal vez tenía un crimen a sus espaldas que necesitaba envolver con una ejecutoria guerrera; tal vez le acuciara una venganza; tal vez comprendió que se le presentaba la última oportunidad para engolfarse de nuevo en el vicio de la acción del que la muerte de sus dos hijos, la fuga de su hija y el desastre de los adoquines le habían temporalmente apartado, para introducirle en la insulsa senda del arrepentimiento, el descanso y el retiro.

Por enésima vez Julián Fernández (a) Manchado se veía relegado al puesto de segundón y no es de extrañar, por consiguiente, que en aquella reunión del 8 de febrero, sentado a la derecha del capitán Arderius y a la izquierda del comandante Cherclaes (llamado por algunos comandante Charles), dispensara toda su atención hacia las palabras que procedían de Fernández Lamuedra y sus oficiales; que constantemente tuviera la cabeza vuelta hacia ellos; que con frecuentes signos de asentimiento indicara su aprobación y su conformidad con las exposiciones y propuestas que de ellos procedían y que solamente volviera una mirada buida y un gesto de alerta hacia su izquierda, cuando tomaba la palabra uno de Región. De aquel lado ya sabía lo que podía esperar. Por supuesto, todavía estaba la pelota en el tejado,

aún no las tenía todas consigo; posible era que de aquella guerra saliera un Constantino triunfante, más influyente, más poderoso y... más acabado. Y aunque no fuera muy probable tampoco estaba su ánimo dispuesto a alzarse en abierta rebeldía hacia su viejo patrón, ni siquiera a situarse en oposición a él; pero también en su ánimo pesaba aquella montaña de adoquines encalados, como una pirámide funeraria que sólo esperara el cadáver del faraón. Y si todavía aquella guerra podía ser aprovechada sería para consagrar su independencia y su jerarquía, insignias que antes le serían concedidas por los hombres enviados por Madrid que por Constantino y los regionatos.

El primer punto puesto a debate en anteriores ocasiones trataba una cuestión puramente verbal, casi vienesa, y por tanto una de las más escabrosas. A todo trance quería Madrid que se diese por disuelto el Comité de Defensa de Región, creado en 1936, y se substituyese por una Junta Delegada más a tono con las presentes circunstancias. El cambio de nombre no encubría sino el desmantelamiento de la autonomía militar regionata y la subordinación de todas sus fuerzas al Ejército de la República. A cambio de tal concesión la Junta sería presidida por Constantino y pasarían a formar parte de ella todos aquellos miembros del antiguo Comité que a lo largo de su existencia habían demostrado una indiscutible aptitud tanto en el frente como en la retaguardia. Fernández Lamuedra se reservaba la Vicepresidencia y la Secretaría de la Junta —en la que también entrarían cuatro de sus hombres— y de las que dependerían la Sección de Planes y Operaciones y los Servicios de Información e Intendencia; es decir, el poder decisorio, la documentación secreta y los medios materiales. Los otros pondrían la carne. Por supuesto, dado que se trataría de una Junta Delegada de carácter exclusivamente militar se reconocería de inmediato el grado de todos sus miembros —y sus diferentes competencias— para lo cual Lamuedra se decía capacitado por el Gobierno para extender los oportunos nombramientos. «¿Y si seguimos como Comité, qué?», preguntaría en seguida alguno.

Tanto Constantino como Eugenio Mazón vislumbraron enseguida el excelente provecho que podían extraer de aquella espinosa cuestión con la que prolongar las discusiones, remitir su solución a sucesivas convocatorias y demorar el examen del siguiente punto, mucho más comprometedor para ellos. La cortedad de vista y el carácter ordenancista de Lamuedra no podían ayudarles de manera más eficaz y tan sólo necesitaron colocar a Estanis —hombre inflexible— al frente de la oposición a la Junta para esconderse tras él y aprovechar el tiempo consumido en aquel estéril debate para arreglar sus propios asuntos. Una vez decidido si sería Comité o Junta se pasaría a discutir los planes de la ofensiva de primavera sobre Macerta y, lo más comprometedor para ellos, la fecha de su ejecución. Estaban persuadidos de que un día u otro tendrían que lanzar el ataque —anticipándose al enemigo— y mucho más

importante que lo hiciera un Comité o una Junta era que el enemigo tuviera información de lo que planeaban, se aprestara a una defensa bien preparada y les arrastrase al más estrepitoso —y definitivo— fracaso. A lo largo de quince meses de guerra habían adquirido la certeza de que entre ellos o muy cerca de ellos se movía un agente de Burgos que puntualmente había estado informando a Macerta de lo que pasaba en Región; paradójicamente la exactitud de la información había conducido a Brémond al desastre de Burgo Mediano y como a lo largo de 1937 el Comité no tuvo otra opción que luchar, casi siempre de manera improvisada, donde y cuando quiso el enemigo las filtraciones acerca de su conducción de la guerra apenas tuvieron otro valor que el meramente confirmativo. Pero ahora que Madrid y Lamuedra imponían la ejecución de un plan de campaña, secreto y ejecutable a muy corto plazo, la situación era radicalmente diferente y exigía la neutralización del agente de Burgos antes de que se empezase a hablar de fechas en el colegio de los Escolapios y no sólo para prevenir a largo plazo las funestas consecuencias de una acción conocida de antemano por el enemigo sino también para, en un futuro inmediato, no caer ante la censora mirada de la misión enviada por Madrid en el más imperdonable de los ridículos. Así pues para todos los regionatos conscientes de la existencia de aquel punto débil de su sistema su localización afectaba a su subsistencia tanto como a su amor propio por lo que a todo trance trataron de prolongar los estériles debates del Comité en torno a la Junta, a fin de darse tiempo para limpiar su propia casa.

Con independencia de ello —y a excepción de los asentimientos de Julián Fernández y los astutos silencios del viejo Constantino (en los últimos tiempos su párpado izquierdo tendía a temblar y caer, lo que por las tardes le otorgaba un aire de déspota oriental)— la propuesta de transformación del Comité en Junta sólo provocaba sinceras suspicacias entre la gente de Región. No veían en ello tan sólo un cambio de palabras sino mucho más, la expropiación del mando que hasta entonces habían ostentado sin más competencia que la que entre ellos se hicieran. Pero a fin de no poner en evidencia la sustancia de su recelo, se refugiarían en las virtudes y defectos de las palabras. La palabra Junta —aducían— no les gustaba y Junta Militar menos aún; pertenecía al otro bando. En cambio, Comité era lo suyo; y si se añadía Popular —en contraposición con Militar— mejor que mejor. Así que frente a Junta Militar los de Región abogaron por Comité Popular que además de traducir con mayor propiedad el carácter delegado de los mandos de un ejército salido del pueblo y sustentado por él, conservaba un apelativo que contando ya con una tradición combatiente y un cierto número de títulos de gloria, sería recibido por la tropa sin ninguna clase de reserva, sin que siquiera levantase la sospecha de que en su constitución se habían producido cambios de cierta entidad a consecuencia de la injerencia de los organismos centrales —ajenos a ella hasta entonces— en la lucha de Región por la defensa de la democracia. Como se dijo, el más ardoroso defensor del

Comité frente a la Junta era Estanis, un metalúrgico. En aquella época y en aquel tipo de reuniones y asambleas siempre tenía que haber un metalúrgico porque si no había un metalúrgico no sólo no se podía decir que estaba cabalmente representado el pueblo en su lucha por la democracia sino que tampoco lo estaba el siglo XX. Así que el metalúrgico era esencial, tan esencial que nadie tenía que preocuparse de que a tales reuniones asistiese un metalúrgico porque siempre habría un metalúrgico que espontáneamente compareciese para dejar oír su voz, la voz de la industria pesada. Imprescindible y discreto su presencia sería recibida con esa combinación de respeto y extrañeza que despierta todo elemento que aparece en el seno de un organismo cuando la ciencia se ha desarrollado lo bastante como para detectarlo y aislarlo, siendo a partir de ese momento tan esencial que bien puede llegar a afirmarse que sin aquél nunca podría haber llegado a existir éste aun cuando hubiera existido sin percatarse de ello. En Región no había industria pesada, ni siderúrgica ni metalúrgica: un par de maestranzas para la reparación y colocación de llantas y bujes, unas cuantas herrerías, un alquiler de bicicletas y un taller de calderería provisto de autógena — que prosperaría con el tiempo y al final de la década de los 50 se convertiría en los flamantes Talleres Recio— constituían toda la industria del metal de que podría presumir el valle antes de la Guerra Civil.

El metalúrgico —como era de rigor— era hombre de estatura mediana, enjuto de carnes, de cabeza un tanto trapezoidal, con grandes entradas y esos rasgos faciales —pómulos salientes, carrillos chupados, cerrado de barba, frente surcada de arrugas, mirada clara— que los estilistas acostumbran a resumir en la frase «tallado a cincel». En León había conocido a Durruti y a Arcas y siempre usaba mono, un mono limpio, sin necesidad de acompañarlo de un corraje. Era tal su adición al mono que lo usaba a veces debajo de una chaqueta e incluso encima de una camisa blanca y limpia y una corbata de paño negro que nunca tuvo el menor reparo en anudarse, hasta en los más violentos días del verano del 36. Era sin duda uno de los hombres más serenos y bonancibles de entre todos los asistentes, que hablaba muy poco y en muy contadas ocasiones pero cuando terminaba de hacerlo la reunión quedaba muda (y el teniente coronel Lamuedra con el entrecejo pellizcado), sin capacidad para recobrar el hilo de la discusión sino tras un largo paréntesis cargado de toses, miradas bajas, consultas a los papeles y frases hechas e inocuas que abreviaran el paso del ángel. En los combates de Socéanos una esquirla de metralla le había cortado toda la cara por encima de las cejas y le habían cosido tan mal que había quedado para siempre con un gesto de permanente y desequilibrado asombro, fruto de una guerra a la que había entrado con el ceño siempre fruncido. Probablemente había trabajado en alguna industria metalúrgica por Asturias y León, tras haber emigrado de Región siendo casi un niño, o en algún astillero de Levante, pero hacía mucho de eso; un día fue elegido para subir al estrado —no tanto por su oratoria cuanto por su ceño fruncido, su

mirada grave, su tristeza y severa continencia, casi por su poder de encarnación— y fueron tantos los estrados a los que tuvo que subir y tantos y tan encendidos los discursos que tuvo que pronunciar que se vio obligado a emigrar antes de la proclamación de la República que a su vuelta en repetidas ocasiones le metió en la cárcel de donde salió, tras la revolución de Asturias, para volver a Región a ocupar con todo derecho el cuartel metalúrgico de su blasón democrático.

No estaba dispuesto Estanis a, sin más ni más, enterrar aquel Comité por el que tanto había penado y luchado. No le decía nada que le transformaran en mayor; la creación del Ejército de la República sólo provocaba su desdén; se negaba a admitir que la lucha de la clase trabajadora por su libertad y sus derechos evolucionara hacia la forma retrógrada de una guerra entre dos ejércitos de inspiración burguesa. Hombre que había asistido a demasiados mítines daba excesivo valor a las frases hechas y sólo sabía expresarse con ellas. Pero su postura no era ni mucho menos desdeñable, sobre todo para los de Región que conocían y sabían apreciar su participación en la lucha, el ejemplo de coraje y denuedo que había dado en toda ocasión su Batallón Metalúrgico y la infatigable decisión de combatir que le animaba. Porque a diferencia de otros jamás Estanis amenazó con retirarse de la lucha, jamás especuló con sus fuerzas; no siendo hombre de muchas luces y casi ni de partido —absorto en la lucha revolucionaria de la clase trabajadora, sin más calificativos— observaría desde atrás y con profunda perplejidad (exagerada por su cicatriz) la descomposición intestinal, que de manera crónica, cada seis meses, aquejaba al organismo republicano para obligarle a la dieta de arroz y la proximidad a la bacinilla; no, como ese niño que un día de excursión se ha abstenido de coger del árbol la perniciosa fruta prohibida y a la mañana siguiente se encuentra solo y sano en el lugar habitual de encuentro mientras sus compañeros languidecen entre el lecho y el retrete, Estanis no dejaría de acudir un solo día a Armagedón, tantas veces desertado por los demás, y a menudo a plantar cara él solo a la banda rival que lo recibiría con burlas y desaires, para volverle la espalda sin ganas de consumir la mañana en una lucha tan desigual.

Siendo obstinado, no era Estanis hombre difícil de convencer, como todos los de buena fe. Había que dar con su punto débil. Quien mejor sabía hacerlo era Mazón, Eugenio Mazón, al que solían bastarle dos sesiones en su casa —acompañado de Enrique Ruán, siempre callado— para llevarle a su tercio. Su método consistía no en desmontar sus frases hechas, sino en huir de ellas o hablar de cosas muy ajenas para con un giro de la conversación volver oblicuamente sobre el concepto aborrecido —por ejemplo, la Junta— sin darle ni espacio para que introdujera su objeción. Además, acostumbraban a amenizarle la velada con un rosoli, que Ruán acertaba a preparar con una mezcla de aguardiente de hierbas, castillaza de alquitara, azúcar y limón —«muy especial para metalúrgicos»—, que muy probablemente detestaba,

pero que no se atrevía a rechazar; tampoco era raro que irrumpiera en la habitación María Mazón, con un chal de lana de color lila pasado y una cuerda en su mano izquierda, llena de nudos y amarillenta por el uso; que tuviera, al igual que Ruán, que levantarse a saludarla, y a cambio recibiera, al igual que Ruán, dos sonoros besos en ambas mejillas y unas palmadas en el hombro con unas palabras de bienvenida; acostumbraba la señora Mazón a tomar asiento por un rato en una mecedora junto al metalúrgico, al que frecuentemente palmeaba en las rodillas con otras palabras de cariño («Hijo, qué bien te encuentro, no parece que el tiempo pasa por ti. Se ve que te van bien las cosas y eso es lo que hace falta. ¿Ya te cuidas? Sí, se ve que te cuidan bien; me han dicho que tienes una mujer encantadora, a ver si la traes un día por aquí, tengo muchas ganas de conocerla. Eso es lo que hace falta, una mujer como Dios manda, porque los hombres no servís para nada. Fíjate en esa calamidad de hijo que tengo, mira qué cara tiene, cada día está peor. A ver si le echáis una mano, que falta le hace. Bueno, os dejo porque tendréis cosas de qué hablar. Le das muchos besos de mi parte y le dices que se venga un día por aquí, que tengo muchas ganas de conocerla. Y tú cuídate, ¿eh?, cuídate») dirigidas a un hiperbóreo héroe infantil —ya convertido en hombre— que Estanis —musculosa encarnación de otra clase de héroe sin madre, ni mujer, ni hogar— por algún momento habría deseado encarnar, afectado por esa nostalgia por lo que nunca se ha sido y nunca se será; ecos no resonantes de sonidos nunca escuchados que por un momento pueden borrar los trazos más enérgicos de una obstinación. De la misma manera que un día le apoyaron y espolearon en su oposición a la formación de la Junta, aquel domingo 6 de febrero le persuadieron de la conveniencia de aceptar las proposiciones de Lamuedra a fin de salir al paso de su impaciencia y consumir las próximas sesiones en la formación y competencia del nuevo organismo, algo así como redactar el reglamento de aplicación de la ley, mucho más laborioso que la redacción de la propia ley. Julián Fernández abandonó la reunión a la hora de la cena. Entonces los otros dos informaron cumplidamente a Estanis de sus temores; de la necesidad de encontrar la vía de filtración de las informaciones secretas y vigilar Escaen, de donde probablemente partían hacia Macerta; de la posibilidad de negociar con el coronel Gamallo el canje de su hija; de la urgencia por resolver el caso antes que Lamuedra empezase a barajar las fechas del ataque.

El método de Lamuedra había sido hasta entonces muy simple; no pasaba a debatir un punto —ni siquiera a exponerlo, pues la mayoría de las reuniones se celebraron sin un orden del día— sin haber obtenido el consenso o la unanimidad en el acuerdo sobre el anterior. Era sin duda un método muy objetable y que apenas le dio resultados (más bien concertaba con los propósitos dilatorios de los regionatos) hasta la convocatoria del 8 de febrero, martes. La diversidad de tantos temperamentos —y tan encontrados— jugaba a su contra, pues le bastaba tocar un punto para que del

coro de Región surgiera toda clase de objeciones, preguntas y solicitudes de aclaración espontánea y vehementemente elevadas, pues tan acuciantes eran las diversas opiniones que nadie esperaba a una completa exposición por parte del teniente coronel para hacerse una idea del alcance de sus propuestas. En verdad, el primer toque de atención y el primer gesto colectivo de reserva y silencio se produjo cuando, en la reunión del 8 de febrero, el teniente coronel propuso que se abandonase la discusión acerca de la Junta para pasar a otros asuntos más urgentes; que en todo caso una comisión formada por cinco delegados podría dirimir el asunto simultánea y separadamente mientras los allí presentes se ponían a trabajar de inmediato en los planes de operaciones de una ofensiva de primavera sobre Macerta, anterior al ataque en gran escala que preparaba el enemigo para el mes de abril, de acuerdo con las noticias absolutamente fidedignas y del más riguroso secreto que se acababan de recibir de Madrid.

## LIBRO SEGUNDO

*Juan de Tomé. El espectro de la derrota. Primeros momentos de la revolución en Región. Macerta por el bando nacional. El Comandante Furtivo. Desórdenes y abusos provocados por los asturianos. Creación del Comité de Defensa. Un visionario. Dos columnas salen de Región hacia Socéanos. Ocupación falangista de El Salvador y sus consecuencias. El Salvador es recuperado. El entierro y las descargas. Confusión entre las fuerzas republicanas. Prolegómenos del ataque a Socéanos.*



**E**l único que podía aportar noticias frescas y fidedignas acerca de lo que estaba pasando y se estaba urdiendo en el otro bando era Juan de Tomé. Más de uno le acusaba, no sin cierto fundamento, de hacer la guerra por su cuenta, de aplicarse a ella con una mentalidad aventurera y propósitos de especulación, de malgastar su tiempo y sus efectivos en operaciones que no rendían el menor fruto y de extremar su afición a las incursiones en territorio enemigo, difícilmente justificables por lo que el Comité obtenía de ellas, unas cuantas noticias y algunos artículos de lujo que ya era imposible encontrar en la plaza. Pero cuando se trataba de obtener información sobre lo que ocurría al otro lado de las líneas —y hasta en Macerta— todo el mundo recurría a Juan de Tomé, aun cuando en primera instancia nunca se supiera dónde encontrarle ni fuera fácil dar con él. Casi todo el año lo consumía en la montaña, incluso los días más crudos, entre un puesto y otro y sin dejar nunca noticia de su siguiente paradero. Sólo en contadas ocasiones bajaba a Región, y aun así prefería hacer noche en la clínica del doctor Sebastián, no lejos del cruce de la carretera de El Salvador, de forma que cuando el Comité —del que no formaba parte— o cualquiera de sus miembros deseaba hacerle llegar algún despacho o instrucción tenía que contar con una semana, por lo menos, para que estuviera en sus manos. En cuanto a la respuesta, podía volver al cabo de un mes, cuando ya el interesado desesperaba de recibirla, cuando había desarrollado sus planes con independencia de la información requerida, pero que una vez recibida acostumbraba a ser tan valiosa que obligaba invariablemente a modificarlos para adecuarlos a una situación muy distante de los supuestos sobre los que habían sido trazados. Nadie le preguntaba cuáles eran sus fuentes de información, sus contactos, sus posibles agentes, sus métodos de infiltración y los caminos de paso que utilizaba —él o sus hombres— para cruzar las líneas y pasar al otro lado. No era hombre que estaba libre de toda sospecha y periódicamente tenía que ver cómo se levantaba contra él, desde uno u otro ángulo del descontento, el derrotismo o la desconfianza, cualquiera de las muchas acusaciones parásitas relativas a la parte oculta de su doble personalidad. Se sabía de cierto que había cobrado dinero por pasar gente al otro bando, que había traficado con joyas, valores, noticias y vidas y se daba por seguro que cualquiera que fuera el resultado de la guerra tenía garantizada —y de manera segura y desahogada— la supervivencia. Y como colofón se decía que gentes así eran necesarias en cualesquiera circunstancias. Era pequeño y rubicundo, que por su expresión redonda y cara de gato desde siempre se había ganado fama de hombre astuto y de pocos escrúpulos, acaso también porque siempre se le veía de paso; así que nada raro tenía el que de tanto en tanto se le acusara de especulador, enemigo del pueblo, agente del capital, confidente del rebelde y hasta representante en Región de los intereses de la Banca Rothschild; todo un currículum que para sí hubiera querido Juan de Tomé.

Con ser tan distinto de él, compartía con Estanis dos caracteres: que no se aliaba

con nadie y que solamente Eugenio Mazón parecía gozar de cierto ascendiente sobre él; como contrapartida casi siempre procedía de Mazón la defensa de Juan de Tomé, tras la acusación casi invariablemente formulada por el lado de Julián Fernández, y que por una razón desconocida para él y para muchos —y que daría lugar a toda clase de conjeturas (la mayoría de las cuales hacían referencia a secretos negocios entre ambos)— encontraría la muda réplica o la manifiesta repulsa del viejo Constantino, siempre lo bastante seguro de su poder como para blandirlo solamente en casos extremos, cuando la importuna insistencia de su hombre de confianza le obligaba a hacerle callar, para que no siguiera adelante, con un simple gesto de la mano. La ayuda que en momentos comprometidos le podía prestar un aliado tan fuerte no podía ser más preciosa, sin duda, pero la convicción compartida por muchos de que entre ellos existía una relación secreta que a todo trance Constantino trataba de ocultar o disimular, no dejaba de acarrearle serios inconvenientes, no tanto en los momentos críticos cuanto para la consecuencia diaria de unos asuntos envueltos siempre en cierta penumbra. El más afectado sería él mismo, por ser el primer beneficiario de la confianza del viejo; era el único que sabía que tal confianza no respondía a ningún entendimiento ni pacto secreto ni podía atribuirlo al pago de una vieja deuda; tiempo atrás le había hecho un servicio —ciertamente un servicio confidencial y no demasiado limpio, un asunto en el que se mezclaron faldas y dinero—, pero no de tal importancia como para asentar sobre él una definitiva devoción o ese constante apoyo que en más de una ocasión pondría en entredicho sus limpias intenciones; por eso sería Juan de Tomé el primer sorprendido ante las enérgicas intervenciones del viejo para cortar las habladurías o las veladas acusaciones basadas en testimonios poco fiables y el primero en comprender que semejante actitud le obligaba —en mucha mayor medida que las suspicacias que pudiera levantar en otros peor dispuestos hacia él— a vigilar su propia conducta y tener siempre a punto una justificación que le ganase el laudo del viejo. En su ignorancia llegó a suponer en ocasiones que el viejo tenía la certidumbre —en contraste con otros, que sólo abrigaban sospechas— de que mantenía tratos regulares con gente del otro bando y que su, con frecuencia tácito pero a veces manifiesto, apoyo no era sino su velada manera de jugar al otro paño, es decir, la desesperada opción de ganarse un aval en el campo de los vencedores para la eventualidad de perder la guerra y caer en sus manos<sup>[3]</sup>. ¿Sería aquello suficiente para que por la cabeza de Juan Tomé pasase aquella idea y se decidiese a aceptar los riesgos que traería consigo el primer y más tímido intento de iniciar tales tratos? ¿O tal idea sólo tomó cuerpo de intención cuando averiguó el paradero de Marré Gamallo y se convirtió en su tutor primero, más tarde en su protector y por último en su perseguidor?

En Región, como en cualquier otro punto del territorio dominado por la República, nadie se atrevería a mencionar la terrible eventualidad que, sin embargo,

pesaba —y de manera muy abrumadora— en el ánimo de todos, aunque de muy distinta manera. No en balde la guerra a lo largo de año y medio y tomada en su conjunto constituía una larga serie continua de retrocesos y reveses, atemperados por algún que otro éxito local en ningún caso lo bastante considerable como para cambiar su tono y su sino. Tan sólo los más altos responsables, ejecutivos y dirigentes mantenían —a tenor de sus palabras y alocuciones públicas, y sin duda sus puestos, cargos y compromisos les impedían expresar unas opiniones privadas en contradicción con aquéllas— una fe en la victoria a prueba de cualquier contingencia, pero para aquellos que no tenían por qué dar a sus opiniones otra importancia que la derivada del miedo a la represalia y se limitaban a cumplir órdenes y atenerse a los rigores de la disciplina bélica, para aquellos que aún sabían observar con alguna imparcialidad el curso de los acontecimientos, aun cuando sus creencias y deseos se mantuvieran del lado menos favorecido por éstos, en aquel su tercer año de calendario la guerra no presentaba otra salida que la derrota republicana, una vez roto el precario equilibrio inicial tras la liquidación de la bolsa del Norte con la caída de Gijón. Ni siquiera ese tan cantado milagro que puede obrar la voluntad de un pueblo revocaría el anticipado veredicto que condenaba a la República tras aquella caída; es más, cuando se empieza a airear la palabra milagro es que el fin ya está a la vista.

Aun cuando en Región hubiera altos responsables, ejecutivos y dirigentes no lo eran a escala peninsular. Tampoco la llegada de la delegación encabezada por el teniente coronel Lamuedra (formada por hombres de rango medio, sin ninguna clase de notoriedad) les indujo a incrementar sus ínfulas y a creer que con ello se ampliaba el territorio de su influencia. La geografía y algunas vicisitudes les habían empujado a emprender una guerra local, y aun cuando estuvieran uncidos al carro de la República y ya no les quedara otra opción que sufrir su misma suerte, todos sus actos estarían dictados por un destino de su exclusiva incumbencia y del que Madrid o Valencia serían testigos —amistosos sin duda—, pero difícilmente partícipes. Así pues, podían pensar y hablar (los responsables y dirigentes) con otro grado de libertad que sus colegas en el Gobierno y no tenían por qué sentirse atados a ese voto de silencio (de silencio íntimo, esa decisión de ahogar la palabra en cuanto trata peligrosamente de aparearse con otra) que exige una lucha por la supervivencia ni coartados por esa abnegada e intransigente credulidad que impone una doctrina rigurosa. Pero es que además por ser local la guerra en Región era muy distinta a como la pensaban y consideraban los responsables y dirigentes. Salvo muy pocas excepciones —salvo las revueltas campesinas, en último término—, la guerra en una comarca apartada y atrasada viene siempre de fuera, es un regalo más del gobierno y la capital, una irrupción de lo moderno en el reino de la anacronía; sin que nada nuevo haya ocurrido dentro de sus límites de repente la comarca, una mañana de julio, se encuentra en guerra; la palabra es demasiado gruesa como para que se pueda

restar su importancia aun cuando no haya recuerdo de la anterior, y el inmediato precedente se reduce al lamento de unas madres en una estación, cuyos hijos marchan para servir en Marruecos; nadie sabe qué se debe hacer en tal caso ni cómo se presentará, por detrás de las tapias: picas enhiestas y metales empavonados, un gallardete, el chirrido de las llantas sobre el golpe manso de los cascos de un escuadrón en la dura membrana del adoquinado, más allá de una esquina, y un cornetín; la guerra sin muchedumbre ¿cómo toma cuerpo? Las huertas, las fachadas, los cantiles, los caminos ¿acaso sin mudar su semblante no han comprendido que desde hace pocas horas se hallan en guerra?

La guerra en Región comenzó con la voz de la radio; luego dos camionetas, atiborradas de hombres (y alguna mujer) que agitaban banderas rojas, salieron del barrio de las Ollas; al mediodía se habían sumado en la plaza de la Colegiata unas cuantas más, procedentes de la cuenca, y el viejo autobús Saurer, que hacía la línea de El Puente, repleto de mineros que enarbolaban sus picos y algún mosquetón requisado al guarda jurado; primero pareció una feria del motor de ocasión, luego un carnaval colorado con el que se proclamó el triunfo de la República que aquellos que hubieran podido y querido impugnar prefirieron aceptar para esconderse y huir cuanto antes. El comienzo de la guerra fue la salida de los guardias del cuartelillo, hermanados de grado o por fuerza con el pueblo para recorrer de nuevo las calles, con los tricornios ladeados y cogidos por los brazos, sus miradas frontales animadas de la gélida y alelada alegría de quien acaba de transponer de vuelta el umbral de la muerte; el comienzo de la guerra fue la salida de los padres escolapios, de uno en uno y de esquina a esquina —como en los tiempos de Montecristo, cubiertos con extrañas gabardinas y guardapolvos y tocados con gorras y boinas caladas hasta las orejas tan sólo para confundir a la oscuridad— a una hora alta de la noche, mientras en el extremo de la calle bullía la fiesta y el agrio flamenco subía un semitono en torno a una farola encendida; fueron las contraventanas cerradas de las mansiones de la calle del Císter, una tras otra, y el súbito y definitivo silencio con que concluyeron los insistentes ejercicios de unas manos que nunca más volverían a ensayar una sonatina de Hummel, que no volvieron a aporrear el teclado, sino para acompañar con brío y torpeza, tres años más tarde, un himno piadoso o una marcha legionaria, ensayados con sordina por un tímido índice rebelde durante las interminables tardes de tres años de claustro; fue la retirada apresurada de las palmas de los balcones y los Sagrados Corazones de las puertas, los ecos nocturnos de descargas lejanas, mientras en la esquina batían palmas, y el sofocante calor de un salón rigurosamente cerrado: la alfombra recogida en un rollo tras el sofá y todos sus tresillos, sus vitrinas, sus dos germánicos guerreros de bronce, su piano, su araña y sus inocentes paisajes enfundados en blancos lienzos, quién sabe si para preservarlos durante el largo interludio, para ahorrar a sus cándidas miradas los horrores de la guerra, para ocultar

su magnificencia a la siempre temida visita de los milicianos o —premonitoriamente— para cubrirlos definitivamente con su último sudario, que lejos de protegerlos en su viaje al más allá y permitir su fácil reconocimiento al guardián de la puerta del ámbito de los bienaventurados, había de encubrir su transformación en cenizas, vestigios y residuos de una época incomprensiblemente borrada tras el mismo tirón que intentara su resurrección, tres años después; porque ya nada contendrían; porque sin que nadie supiera cómo durante el plazo de la guerra alguien —una mano sin músculos o ese tráfuga paso de una peste enigmática que no deja más huella de sí que el despojo— les había hurtado sus pertenencias y devorado sus materiales: no sólo el hueso de las teclas y las lágrimas de cristal de roca y las porcelanas de las vitrinas y hasta el tapizado y la gutapercha de los sillones para mostrar su esqueleto y dar salida a unos lunáticos muelles sin disciplina, que encontrarían su estupefacto y alabeado fin en su primera efusión, sino todo aquello (sobre todo palabras) que allí debería haber vuelto para recuperar su medio y su acomodo, tres años después. Hubiera podido ser de otra manera, de la manera más opuesta (porque la guerra en Región sólo podía ser civil), pero fue así a causa de la agitación provocada por una radio y un par de camionetas, y la pusilánime inhibición de quienes hubieran preferido que fuera de otra manera.

Menos de diez días después se cruzaron los primeros disparos en torno al puerto de Socéanos. En contraste con Región y toda la ribera del Torce, el contiguo valle del Lerna y su capital natural, Macerta, abrazaron la causa de la rebelión porque así lo quisieron los mandos del Regimiento de Ingenieros allí acantonado. Un comandante y dos capitanes que se declararon leales al Gobierno legalmente constituido y trataron por unas horas de disuadir de su locura a sus compañeros de armas, fueron encerrados en sus respectivos despachos, con una pistola de reglamento y una bala para cada uno, que ahorraría no sólo a sus familias y apellidos la mancha de la traición, sino también a sus colegas la repugnancia por el derramamiento de sangre a propia mano y el necesario arresto de oficio de las armas —en un momento en que todas eran necesarias— con las que llevarlo a cabo. Mientras el coronel y sus próximos colaboradores, una vez firmemente asido y retenido el mando de la tropa, corrían a sus despachos para ordenar y ejecutar las numerosas actividades de una jornada tan intensa y completa (y entre ellas la redacción y transcripción a máquina, con varias copias, del bando que debía ser leído aquella tarde desde el balcón del Ayuntamiento, el inventario de los bienes de cocina por el capitán de semana, el estado de aplicación de todas las armas, el recuento de la munición, las órdenes a la tropa para encontrarse en todo momento en perfecto estado de revista, la eventual ocupación por diferentes destacamentos del Ayuntamiento, la casa de Correos y Telégrafos, la centralilla de Teléfonos y la estación de ferrocarril, la vigilancia de todas las carreteras y accesos, así como la preparación de la misa de campaña del día siguiente, domingo, y el

posterior desfile con escuadra de gastadores y música), tres retenes permanecieron en los pasillos en espera de los tres fatales disparos. Los dos primeros sonaron pronto, pero el comandante se hizo esperar. Ya habían retirado los cadáveres de los dos capitanes cuando el grupo de oficiales y clases empezó a impacientarse ante la demora del comandante. Acudieron a la puerta de su despacho más oficiales y clases y cundieron las discusiones sobre la decisión a tomar, a la vista de una situación que no podía prolongarse sin grave daño para las actividades de la jornada en las que todos estaban empeñados. Sin embargo, los partidarios de tumbar la puerta y tomar sobre sí la responsabilidad de despachar al otro barrio al moroso comandante fueron contenidos por los más prudentes, quién sabe si los más tímidos también, los que todavía confiaban en haberse embarcado en una aventura que apenas haría correr la sangre. Al fin un brigada de O. M., no forzosamente el más fanático, sino tal vez el que tenía por delante una más apretada jornada de trabajo y veía con aprensión cómo se le escapaban las horas, se decidió a aporrear la puerta para, sin faltarle al respeto, suplicar al comandante una mayor diligencia: «Mi comandante», dijo con la oreja arrimada a la hoja de la puerta y metiendo la voz por el ojo de la cerradura, «que es para hoy». Algunos —como reconocieron más tarde en las discusiones que siguieron al suceso, antes de que la máxima autoridad de la plaza prohibiera todo comentario sobre el mismo bajo pena de arresto mayor— percibieron los ruidos de unos pasos y unos prolongados suspiros. «Mi comandante...», quiso insistir el brigada de O. M. Una voz apagada, pero firme, replicó al otro lado de la puerta: «No pretenderéis que me vaya de este mundo sin haber concluido mis oraciones». En el nutrido grupo que esperaba en el pasillo surgieron los murmullos, se cruzaron diferentes y mudas miradas, y a la postre todos terminaron por asentir y conceder al comandante el plazo para ultimar sus oraciones, empero nadie se retiró hacia sus ocupaciones; incluso acudieron más oficiales y clases, curiosos por presenciar el desenlace. Ante una segunda espera más larga que la primera los más impacientes empujaron al brigada a que repitiera su instancia (con palmadas en la espalda, codillazos en los riñones) y así lo hizo: «Mi comandante, ¿a qué clase de oraciones está usted aplicado?». La respuesta se hizo esperar, sin duda para no interrumpir la plegaria. La misma voz apagada —y más lejana—, pero entera contestó: «Un rosario que le tenía prometido a Santo Domingo desde el día que senté la plaza actual y una salve a Santa Áurea cuya festividad celebramos hoy». «¿Le falta mucho, mi comandante?», preguntó el brigada. «Un par de misterios nada más, hijo mío, y la salve», contestó el comandante con esa familiaridad que en los momentos supremos sabe suprimir las distancias jerárquicas y apea a los interlocutores de los tratamientos. Unos minutos después se oyó un sonoro Amén y al poco tiempo el disparo, un tanto apagado y lejano, por lo que los asistentes dedujeron que el comandante había enguantado el cañón de la pistola antes de aplicárselo a la sien o a la boca. Entraron en tropel, obstaculizándose

unos a otros; la mesa había sido arrimada a la pared y despojada de todo papel y utensilio, como un altar; tan sólo en su centro un crucifijo dominaba todo el ámbito; el archivador y la silla habían caído bajo la ventana y la pistola yacía en el centro del suelo de baldosín, rodeada de unas desiguales gotas oscuras, pero sin charco de sangre. La ventana estaba cerrada. Lo que no encontraron por ningún lado fue el cuerpo del comandante; se precipitaron detrás y debajo de la mesa y el archivador y luego volvieron sobre sus pasos, para mirar hacia atrás con incredulidad como siempre que delante ha quedado frustrada una expectativa; allí no estaba el cuerpo del comandante. Luego se asomaron al pasillo y al patio, a través de la ventana, sin ningún resultado.

El enigma no se resolvió nunca a pesar de que sus compañeros de armas pretendieron zanjarlo haciendo pública la noticia de su suicidio, cosa que no hicieron con los que realmente se suicidaron. Durante toda la guerra se hablaría (por lo bajo) de aquel comandante fantasmal, ubicuo y decidido a cobrarse venganza sobre sus compañeros de armas que le habían encerrado en su despacho y obligado a despojarse de su vida; se le llegó a llamar, en ambos bandos, El Furtivo y a atribuirle algunas acciones (irrupciones inesperadas, escaramuzas, venganzas de sangre, misteriosas desapariciones y hasta ataques a la retaguardia) que nunca quedaron suficientemente explicadas; y hasta se dijo que colaboraba con la causa de la República desde el más allá, quizá la única colaboración de esa clase providencial con la que contó<sup>[4]</sup>. La autoridad militar prefirió echar tierra sobre el asunto que —aparte de la vergüenza— produjo un cierto retraso en el abigarrado programa de actividades de aquellas jornadas, una cierta desorganización y alguna dispersión de fuerzas, así como la pérdida de buen número de horas en la infructuosa búsqueda del Comandante Furtivo; y aunque oficialmente reconocida su desaparición —la cual en cierto modo no podía ser más conveniente para quienes la motivaron—, el enigma no dejó de pesar durante mucho tiempo en la mente de todos los causantes, sobrecargado con ese plus de inolvidable agravio con que se reviste toda injusticia que no ha podido ser consumada.

Un comienzo tan poco halagüeño no podía dejar de tener fatales consecuencias para otros sospechosos. Con prioridad a cualquier otra diligencia —y tras el desfile del domingo— el mando decidió consolidar su posición y convertir Macerta y el valle del Lerna en un bastión de su causa, sin ninguna clase de enemigo interior, mediante una campaña de limpieza que empezando por el barrio de la estación y el perímetro trabajador se extendería hasta las más fermentantes alquerías y los más hirsutos caseríos de la montaña. Más de dos meses había de durar la represión —y el consiguiente éxodo— al término de los cuales hubo de ser frenada por la merma de fuerzas ocasionada por su envío a otros sectores del noroeste, urgentemente reclamado por jerarquías superiores al coronel con mando en plaza. Por todo ello

solamente en la primera decena de septiembre empezaron a lanzarse y oírse los primeros gritos macertanos en pro de la «liberación de Región», una aspiración que no dejaba de estar emparentada con una vieja rivalidad local auspiciada por la oportunidad única de cobrarse esa clase de gratuita venganza, que no responde a ninguna afrenta anterior, sino que se alimenta de un despecho que ni siquiera es histórico, sino meramente verbal. Un banderín de enganche organizado por falangistas —multiplicados en dos meses a una tasa conejera, acogidos a todos los tonos posibles del azul oscuro y a todos los géneros capaces de soportar el tinte en veinticuatro horas— y supervisado por las autoridades militares, inició la formación de una insolente Columna que henchida de ardor patriótico se dispuso a liberar a la tierra hermana (o prima hermana) de su martirio a manos de la horda roja.

Tras la algarada camionera que comenzó el 18 de julio, la revolución en Región hubiera quedado en nada, de no ser por la llegada de un caravana de coches —pintarrajeados con todas las siglas proletarias y anarquistas— procedente de Asturias, con una veintena de verdaderos revolucionarios decididos a enardecer los ánimos un tanto tibios de la clase trabajadora local. En realidad fueron a saquear; para empezar, se instalaron en las oficinas de La Forestal, donde instaló su sede un llamado Comité Revolucionario —precursor antinómico del Comité de Defensa— decidido a limpiar el pueblo de fascistas y restituirle sus bienes robados durante siglos de propiedad privada. Pero tenían prisa, porque emporios mucho más ricos que Región esperaban impacientes su visita antes de su regreso a su tierra para poner fin al sitio de Oviedo. Así que se limitaron a efectuar una docena de saqueos —en las casas más notables—, unos cuantos paseos y un par de incendios. En el último momento, casi con los pies en los estribos de los coches y encendidos los motores de las camionetas cargadas con su botín, un soplón les informó del tesoro de la Colegiata, formado por unos cuantos cálices y ostensorios de plata, algunas casullas y un valioso crucifijo de marfil de la mejor época. Las puertas de la Colegiata habían sido cerradas y cuando se supo que los asturianos estaban dispuestos a echarlas abajo faltó poco para que se formara un cordón de protección. Pero cundió el miedo; un muchacho del pueblo, que había acompañado con gran entusiasmo a los asturianos en sus correrías, se presentó en el taller de Recio para llevarse aquel pesado marlo con que de un golpe se cortaban redondos y pletinas; el encargado se negó a ello, hubo golpes, lo dejaron malherido y, al fin, se llevaron el marlo, con el que reventaron la falleba de la puerta principal de la Colegiata, donde no encontraron un solo cáliz ni objeto de valor. En vista de eso, prendieron fuego al retablo del altar mayor, de madera policromada del siglo XVII, de autor anónimo, y, con el incendio, parte de la cubierta del ábside se hundió. Media hora después la caravana se alejaba por donde había venido, llevándose las mejores riquezas del pueblo y los cuatro o cinco regionatos que habían colaborado en el saqueo<sup>[5]</sup>. Pocos días después, a instancias del señor Rumbal,



profesor del Instituto de Enseñanza Media, y en un aula de éste, se procedió a la creación del Comité de Defensa de Región, una de cuyas misiones, según la carta fundacional redactada con cierta altisonancia por aquél y escrita a mano por su mujer, sería «la defensa del patrimonio regionato contra cualquier intento foráneo de expropiación». Así pues, una vez cometidas sus primeras y más innecesarias depredaciones, una vez liquidados unos cuantos terratenientes y administradores, un encargado de minas, un ferretero de mucha solvencia, el dueño de una imprenta y, allá en una aldea privada, un cura, una vez confiscados los bienes de La Forestal y colectivizadas las granjas de la vega, una vez averiadas seriamente —y sin posibilidad de una rápida reparación chapucera— las seis camionetas y los cuatro coches requisados (pues el de Eugenio Mazón, en contraste con su propietario, hacia quien debía guardar un muy justificado rencor a causa del inapropiado trato que había dispensado a semejante querubín —empero un tanto añejo— de la manufactura manual automovilística europea —nada menos que un *Lagonda* descapotable de la mejor época saxofónica—, desde el primer momento rehusó toda colaboración con el Gobierno del Pueblo y apenas alteró su continente —impertérrito ante las amenazas — para poner bien claro de manifiesto que no andaría un solo metro, ni siquiera a empujones, para dar el servicio que fuera a los incalificables patanes que le habían echado la mano encima, para permanecer inmóvil en aquel rincón de la antigua huerta, rodeado de altos hierbazos y hojas de virulentos nabos silvestres, como dando a entender que ante el desorden que imperaba en aquellos días, o incluso en aquellos años, también él optaba por el contrasentido de retirar su metálico, mecánico y casi espiritual organismo a vegetar en aquellos ancestrales pastizales donde antaño se habían alimentado sus precursores, aquellos seres de tiro pertenecientes a una edad que, al nacer él, debía haber quedado definitivamente sepultada), y una vez recogidos los piquetes de milicianos a sus verdaderos menesteres de taberna y flamenco, una vez convenientemente reducida la vida de Región a la escasez, el miedo (el miedo moderno sobre el miedo antiguo, albarda sobre albarda) y el rumor, la actividad de la horda roja se reducía poco más que a las reuniones del Comité de Defensa en su sede del colegio de los Escolapios, más confortable que el Instituto, y a la parcial y paulatina puesta en ejecución de las sucesivas medidas tomadas por dicho organismo.

El Comité de Defensa —como queda dicho— había sido creado por inspiración de Aurelio Rumbal, catedrático de Física y Química del Instituto, en los últimos días de agosto y en plenas vacaciones, tras aprovechar una siesta del portero, que amenazó con llevar la queja hasta las autoridades académicas si volvía a producirse el desacato. Ante la actitud poco amistosa de aquel portero —que además amenazó con soltar unos perros mudos y temibles que criaba en una dependencia del patio y que, al parecer, sólo emitían un tenebroso amago de ladrido, precursor de grandes desgracias, cuando olfateaban el grisú, por lo que seguían siendo muy apreciados en las pocas

minas que se mantenían en producción en el valle—, se decidió, en cuanto se supo que los frailes habían abandonado subrepticamente su caserón, trasladar el Comité al Colegio de los Escolapios, con la esperanza de convertirlo en el Smolny regionato. Allí también había otro portero (mucho más amable, que vivía con su mujer y una hija atrasada mental), que dispensó a los revolucionarios una acogida muy favorable y de inmediato les dio a conocer su plan, elaborado durante muchos años y con gran esmero, para incendiar el edificio, una robusta pieza de cuatro plantas, de piedra, ladrillo y estructura metálica en las cubiertas, bien diseñado y construido como para resistir los embates de un fuego de aficionados. Las primeras sesiones del Comité — al que asistía un número de personas que oscilaba entre cinco y quince— se consumieron y dedicaron a las sucesivas ponencias de aquel hombre humilde y servicial, que mantenía el edificio en orden y limpieza intachables, y sabía atender al Comité con unos cafés de malta y achicoria, unos bizcochos y unas galletas que los frailes, en su huida, habían abandonado en la despensa. Pero en cuanto había servido a cada miembro su taza de café, repartido las cucharillas y pequeñas servilletas y distribuido el azúcar, trataba de colocar sus planes para, empezando por el Colegio de los Escolapios, incendiar el barrio viejo para luego pasar a incendiar el barrio de las Ollas, luego terminar de incendiar la Colegiata y, por último, incendiar el barrio bajo, y por ese orden consumir el completo incendio de Región de manera científica y en un plazo no mayor de diez días. Hacerlo en menos tiempo —explicaba— suponía la renuncia a la seguridad de incendiarlo todo, pues si en medio de una ciudad incendiada quedaban algunos edificios sólo parcialmente incendiados y rodeados de cenizas ¿quién se habría de preocupar luego de incendiar unos restos que habiendo resistido a un primer fuego poco menos que se habrían convertido en incombustibles? No —explicaba de pie ante un Comité sentado que no abría la boca y, con pesadumbre, trataba de vislumbrar los secretos del futuro en los posos de achicoria en el fondo de las tazas—, era preciso seguir su plan si se deseaba obtener un resultado plenamente satisfactorio: empezar por el barrio alto para luego seguir por el de las Ollas. El fuego ¿no tiene tendencia a subir, no será mejor empezar por abajo para luego, por sí mismo, consumir toda la destrucción?, preguntaría algún imprudente. En absoluto, replicaría el portero con mucho énfasis, y en eso estriba todo el arte del incendiario: «Al fuego, señores, hay que dominarlo porque es menor de edad, un niño maleducado que devora lo primero que apetece para dejar el plato salpicado de bocados que no le han atraído». El primer deber del incendiario —decía el portero, sin hacer grandes gestos, como quien explicara unas elementales normas de profilaxis ante un respetuoso auditorio— es saber educar y dominar el fuego, enseñarle a devorarlo todo, y eso lo puede hacer tan sólo —añadía— el hombre frugal y casto, que a sí mismo se impone lo que no necesariamente desea para los demás. Durante aquellas primeras sesiones ni siquiera el señor Rumbal, catedrático de Instituto y el

más locuaz —sin lugar a dudas— de todos los miembros del Comité, acertó a hacer callar a aquel hombre visionario que ya veía llegado el momento de purificar por el fuego una tierra y una civilización malditas. «Cuando todo Región no sea más que un montón de pavesas —decía el portero— seguiremos por la vega y pegaremos fuego a los huertos, los molinos y hasta los caballos». «¿Y las cabras?», preguntaría alguno, hecho a la idea de dedicar toda la sesión a aquel asunto. «Las cabras también; lo primero de todo las cabras. Pienso que deberíamos quemar las cabras incluso antes que el colegio». «Podríamos quemarlos a la vez», insinuó otro. El portero debió entrar en trance: «Excelente idea, muy acertado, señores; naturalmente —musitó—, el colegio y las cabras al mismo tiempo ¿cómo no se me había ocurrido antes?». Su mirada quedó transfigurada. «Ya veo...», comenzó, y todos los miembros del Comité —incluso los más recalcitrantes y los menos dispuestos a perder su tiempo— retuvieron su aliento ante la visión escatológica del portero: vio, en primer lugar, la conventual fachada del colegio envuelta en llamas y oyó cómo el rugido tempestuoso del incendio concertaba con el balido de miles de cabras arrojadas en la cuarta planta que, subidas unas encima de otras sin dejar de mirar hacia atrás, observaban con sus ojos amarillos el vacío a sus pies antes de optar —las más atrevidas y convertidas en tizones— por el salto mortal con el que, por una desesperada extrapolación de su confianza en su agilidad, creyeron encontrar su salvación para toparse en el pavimento con la muerte que siempre habían desafiado en los riscos, mientras las cerchas metálicas de las cubiertas, retorciéndose de dolor, se abatían sobre un torbellino de chispas y una humareda negra que despedía un sofocante e insoportable tufo a lana cruda quemada; luego vio cómo, reunidos ante su vista en un solo diorama, todos los molinos del Torce escupían lenguas de fuego por sus ventanas al tiempo que el fosforescente caudal del río manaba por sus socaces, como para dar a entender que investidos de aquel sacerdocio ni siquiera con su sacrificio llegarían a consumir la concordia y las nupcias de los dos elementos enemigos, y paseó luego su mirada por el Hurd y por Mantua para contemplar cómo sus montes ardían y ardían los pastores y se elevaban al cielo con los brazos en cruz, animados por el impulso volátil de sus pellizas convertidas en alas de fuego que los transportarían hasta la sede de sus padres los Titanes y después, con decencia, decoro y cierta vergüenza, recogió el servicio del café, las cucharillas y las servilletas y se retiró a las cocinas del colegio para permitir, una vez más, que el Comité deliberara sobre los asuntos del día y tomara las medidas que creyera oportuno tomar.

Esas medidas sólo empezaron a tener efectividad cuando se tuvo noticia, en la última decena de septiembre, de la ocupación por los rebeldes del puerto de Socéanos. Inmediatamente el Comité inició la organización de una fuerza —mediante la adquisición de armas en Asturias, la recluta de hombres a lo largo de todo el valle y la incorporación a filas de cuantos tráfugas en edad militar procedían de tierras

ocupadas por el enemigo—, que había de recuperar el puerto y arrojar al invasor a la otra vertiente. Los primeros combates en el puerto de Socéanos tuvieron lugar en los primeros días de noviembre, entre dos heteróclitas columnas que, habiendo salido de Macerta y Región, se enfrentaron en los altos de la sierra que las separa. Los hombres de Región, a las órdenes de Eugenio Mazón y Luis I. Timoner, apenas sumaban el millar, pues la mayoría de la milicia, a las órdenes directas de Julián Fernández en el momento en que todavía el viejo Constantino rumiaba sus dudas, permanecería en la ciudad en calidad de guarnición y en previsión de un ataque enemigo por el oeste, más organizado que el dirigido desde Socéanos. Salieron en dos columnas, una madrugada cubierta de nubes, la primera mandada por Mazón, la segunda por Timoner; desde el punto de partida optaron por itinerarios diferentes: la primera tomó la carretera de Asturias, por la margen derecha del río, para alcanzar cuanto antes el puente de Doña Cautiva y hacerse fuerte allí, a fin de controlar el empalme de la carretera que, por El Salvador, asciende al puerto de Socéanos, el más probable eje de penetración del enemigo; la segunda debía tomar el camino de montaña que, pasando por Sepulcro Beltrán, enlaza directamente Región con El Salvador. Las últimas noticias que en Región se habían recibido de aquel pueblo eran muy confusas; según unos, estaba en poder de los falangistas; según otros, por allí habían pasado un par de días para llevarse todas las existencias alimenticias y un par de paisanos cogidos como rehenes; según unos terceros, en El Salvador —aquel pueblo semiabandonado y en ruinas— no había asomado la guerra ni se habían escuchado otros disparos que los que delataran el despertar primaveral del Numa. La primera columna salió de Región de madrugada, precedida de una camioneta con unos veinte hombres del Batallón de Estanis y un blindado de fabricación arrabalera —sobre el chasis de un histórico Hispano— que, abriendo la marcha, debían actuar como punta de lanza en caso de toparse con las patrullas enemigas. La lanza quedó pronto mellada; en su segundo día de marcha el Batallón de Estanis —que pronto sería el Batallón Metalúrgico— adelantó al blindado —una mastaba metálica sobre ruedas, una pirámide de chapas mal cortadas y peor soldadas, unas rejillas carcelarias que protegían los grandes ojos abiertos de la muerte mecánica—, con sus cubiertas acuchilladas y el radiador ametrallado por si caía en poder adversario que, por el momento, no acudió a la cita. Llegados al puente, transportados y aprovisionados con otros vehículos y unas cuantas caballerías, los hombres del Batallón decidieron atrincherarse en torno a él hasta el momento de tener noticias fidedignas sobre la situación en El Salvador.

La segunda formación partió unas horas después que la primera y tomó la carretera comarcal C-610, de Región a El Quintán, que enlaza con la anteriormente citada mediante un camino forestal sólo transitable para carros, caballerías y esos vehículos de las explotaciones —que unos llaman vagonetas y otros motonetas—, de

ejes muy altos y una peligrosa tendencia al vuelco. Si todo había de salir de acuerdo con lo previsto —y ninguna de las dos columnas encontraba oposición—, ambas debían converger en el puerto o sus proximidades en la misma mañana del tercer día, tras establecer un contacto de patrullas en una cota vecina a El Salvador y con visión sobre la arruinada torre de la iglesia. Si cualquiera de las dos formaciones topaba con el enemigo, en el mismo punto de encuentro debería hacerle frente y esperar la llegada de la otra, que, tras coronar o circunvalar el puerto —dependiendo una u otra cosa de las fuerzas que allí encontraran—, tendría que recorrer en su mismo sentido el camino andado por aquél para caer sobre sus espaldas y acosarlo entre dos fuegos. Era un plan sencillo y astuto que, sin embargo, dependía para su éxito tanto de la obediencia del enemigo a las previsiones hechas sobre su conducta cuanto de la magnitud de sus fuerzas, pues si —como llegó a afirmar algún derrotista— podían contar con más de dos mil hombres bien armados y pertrechados, no habría astucia que pudiera detenerlos ni fuego cruzado que lograra aniquilarlos. Sin embargo, las previsiones se cumplieron en parte y el plan se desarrolló, no sin ciertas demoras, desviaciones y faltas de entendimiento, hasta el encuentro con el enemigo, que no demostró ningún interés por verse envuelto entre dos fuegos. Sin bajas ni oposición alguna la columna falangista había ocupado el puerto de Socéanos un par de semanas antes, con ánimo de proseguir su avance por la vertiente occidental y alcanzar la ribera del Torce en la dorada mitad de octubre, con buen tiempo y todo un invierno por delante para consolidar aquella brecha que, además de aislar Región, cercenaría una comunicación más de la fluida burbuja cantábrica. Sin embargo, por la razón que fuera —y muy probablemente por la falta de recursos y de apoyo—, los falangistas no pasaron del puerto, se atrincheraron allí, organizaron como pudieron su apoyo y avituallamiento —tras conocer las mismas dificultades que sus adversarios con los vehículos y medios de transporte, viéndose obligados a abandonar media docena de coches en la subida del puerto, más suave por su vertiente occidental que por su portillo oriental— y comenzaron un hostigamiento local con el doble fin de tantear el terreno antes de su descenso hacia el valle del Torce y emplear en algo su tiempo mientras aguardaban los siempre prometidos y diferidos refuerzos. No había mucho que hostigar por aquellas alturas; unos cuantos caseríos semiescondidos en sernas y barrancas, unos pocos pastores y unos escurridizos guardas forestales —enemigos declarados de los anteriores— constituían toda la población de una sierra que, de entre todas sus hermanas y vecinas, se distinguiría siempre por su pobreza y sequedad. Pero —efectivamente— en una de sus incursiones alcanzaron el caserío de El Salvador, una suerte de minúscula capital del piedemonte occidental, donde pernoctaron una noche. No era tanto la táctica como el saqueo lo que les llevó allá; y más que el saqueo en sí el cobro de alguna cabeza de ganado, un ternero o un cerdo con el que interrumpir la dieta de sardinas en aceite.

Si no es justo decir que tal capital había venido a menos es porque nunca había tenido más, a excepción de la cubierta de la iglesia —de la que solamente quedaban en pie los muros, el ábside y los cinco arcos fajones del cañón, como la osamenta torácica de un animal muerto patas arriba en una de las históricas sequías— y la aguja del chapitel de la torre, convertido en su desplome en la misma hoja de loto sasánida que inspiraba la decoración de sus modillones; agazapado en la barranca donde nace el arroyo Polonia, a un par de hectómetros de distancia, su caserío solamente se distingue por la torre de la iglesia —sobre todo en verano, gracias a la cigüeña— y unas motas de añejo ocre que denuncian las cubiertas de tejavana escondidas entre los castaños y nogales. Todas las casas —todo el pueblo, en su mejor momento, nunca contó más de veinte fuegos— son de una planta, con un sobrado superior donde cobijar el grano y la paja y donde cuelgan las ristras de pimientos secos; todas son de rajuela colocada a hueso, a veces armada con una tosca armazón de troncos sin desbastar que sostiene la cubierta; todas están aisladas, rodeadas de altas cercas de piedra, de la misma clase de fábrica, que encierran esos minúsculos huertos de altura donde sólo se cultiva la berza, el nabo, una patata muy chica y un tomate verdelón, sombreados por un corpulento nogal; no parece que entre sus habitantes —a juzgar por la manera con que protegen sus recintos— reine la armonía y sus relaciones, a pesar de la contigüidad y el aislamiento, deben ser muy escasas; ni siquiera se ve a esos cuatro viejos juntos, sentados en un banco al sol de una tarde otoñal o a la sombra de una parra en verano; no se suele ver a nadie; a lo más —y casi siempre de espaldas—, al fondo de una calleja (si así se puede llamar una calzada pavimentada de guijarros rejuntados con cieno negro y estiércol, salpicada de charcos pestilenciales y flanqueada por dos cercas, que conduce a un soto de olmos), una vieja encorvada y cubierta con sayas negras desaparecerá en un instante por un claro de la fronda, para situar entre los espejismos cualquier noticia sobre unos habitantes que desde siempre viven y laboran detrás de algo, sujetos a un voto de reclusión tan ancestral que ni siquiera lo tienen presente. Así pues, sólo de tarde en tarde se oye un rebuzno lejano —sin duda un asno al sol que no protesta por su abandono, sino que ese día le ha dado por cantar— o un alto maullido, cuando no el gemido de un gozne, el golpe de abanico de una cola que quiere alejar un enjambre de moscas de un umbral o ese, mucho más solemne, mugido de un buey en un establo en sombras, ese negro resplandor del devenir atrincherado en la economía sedentaria; y, con mucha más frecuencia —y casi siempre en los arranques del verano o en las más glaucas madrugadas del otoño—, los disparos del Numa, para avisar de su presencia y anunciar a quien sepa escuchar que no ceja en su empeño de guardar Mantua libre de todo intruso.

Allí llegaron, a la caída de una tarde fresca que amenazaba lluvia, unos veinte o treinta falangistas, tan pobremente armados como inadecuadamente vestidos. No

conocían el monte y tardaron todo un día en encontrar el pueblo. Tras varias horas de marcha perdida una columnilla de humo les condujo hasta un miserable chozo, donde una mujer ya de edad se hallaba alimentando unas cuantas gallinas; no había nadie más; la mujer les acogió con una breve mirada de soslayo y continuó distribuyendo el alpiste, mezclado con pan duro; alrededor de su choza todo estaba sucio y descalabrado, y un perro de majada, que dormía bajo las oxidadas rejas de un arado, tan sólo abrió los ojos para al instante volver a su sueño ante la poca importancia de la visita. Los que venían en cabeza traían un mapa para excursionistas, hecho a mano, y le preguntaron por la situación del pueblo. «¿Qué pueblo?», preguntó la vieja sin volver la cara. «El Salvador, tiene que estar cerca». «Eso está ahí —dijo la mujer, señalando con el palo un punto no muy distante—, a la vuelta de ese cerro». Le preguntaron si había visto soldados o paisanos armados, si había visto a alguien en los últimos días, gentes de fuera, y dijo que no. Le preguntaron cómo estaba el pueblo, y no contestó. Le preguntaron cómo era el pueblo, y dijo que no lo sabía, que nunca había estado allí. Retrocedieron. Se sumaron unos cuantos más que venían rezagados y repitieron las mismas preguntas. Uno, un tanto impaciente, sacó la pistola, pero sus compañeros lograron tranquilizarle. Alguno propuso inspeccionar la cabaña, y un par de ellos echaron un vistazo a su penumbra, desde la puerta entreabierta, sin que la mujer protestase. Volvieron a inquirir sobre la situación del pueblo, y ella de nuevo la señaló con el palo, para repetir que «estaba allí mismo, a la vuelta del cerro», y como uno de los jóvenes insistiera con muestras de incredulidad por saber si había estado allí recientemente, la vieja —habiendo concluido ya su labor y cerrado la puerta de malla del corral— les dijo que «no había ido nunca ¿para qué iba a ir allí?».

Los falangistas llegaron a la vista de El Salvador a última hora de la tarde, pero no se decidieron a entrar en él hasta cerciorarse de que no estaba ocupado por las milicias del pueblo. El jefe y tres hombres —un matón, ya cuarentón, y dos muchachos que portaban el ametrallador— escalaron un pequeño risco para inspeccionar y vigilar el pueblo desde aquel punto, con ayuda de unos prismáticos. Durante un buen rato no lograron ver nada que se moviera. «Me parece que allí veo un centinela», dijo el jefe, que se ayudaba con los prismáticos. «Déjame ver», dijo el matón. «Allí, detrás de aquella cerca al fondo», dijo el jefe, al tiempo que señalaba el punto y le pasaba los prismáticos. «No veo nada», dijo el matón. «Detrás de la cerca; mira bien; yo lo distingo a simple vista», repuso el jefe, haciendo un conducto con las manos ante sus ojos. «Ahí se ve algo, pero no parece que se mueve», dijo el matón, alternando las miradas con los prismáticos y sin ellos. Los cuatro se habían echado cuerpo a tierra sobre una lancha de roca en cuyo borde crecían unos tomillos que les servían de pantalla; el matón respiraba ruidosamente, el jefe le observaba con desagrado. «Allí, hombre, allí; te digo que se está moviendo», dijo, una vez más, el

jefe. «Vamos, Amadeo, allí no se mueve nada», repuso el matón. «Trae», ordenó el jefe, exigiéndole la devolución de los prismáticos, «déjame a mí, tú mira por allá». Uno de los jóvenes tuvo un escalofrío. «Ahí está, ahí lo tienes; con el mosquetón al hombro», dijo esta vez el jefe, con mayor seguridad que en anteriores ocasiones. «Te digo que eso no se mueve», replicó con suficiencia el matón. «Tú, ven acá», ordenó el jefe a uno de los jóvenes, «¿qué ves allá?», le preguntó, al tiempo que le cedía los prismáticos. El chico se aplicó los prismáticos a los ojos, con mucha fuerza, para despojarse de ellos en seguida y observarlos con extrañeza. «¿Qué te pasa?», preguntó. «Yo no veo nada, jefe». «¿Es que no sabes mirar? Gradúalo con esto». El voluntario lo hizo así, pero tardó un rato en ajustar el foco. Al fin dijo: «Ahora sí que se ve; vaya que sí se ve; sucio pero se ve, se ve muy bien». «¿Qué ves? ¿No ves allí un hombre de guardia? ¿No ves que se mueve con el fusil al hombro?». «Aquello es una cuerva, jefe», repuso el joven. «¿Una cuerva? ¿Qué coño es una cuerva?». «Aquello es una cuerva, jefe», es todo lo que supo decir. El jefe se impacientó: «Pero ¿qué coño una cuerva?». «Una cuerva para los pájaros, para que no se coman la fruta, jefe». «¿Qué dices? Trae. Y te he dicho que no me llames jefe; que me llames camarada». «Aquello es una cuerva, camarada», repuso el voluntario. «Ya te dije que no se movía, Amadeo», dijo con suficiencia el matón. Cuando el jefe se dispuso, una vez más, a observarlo, un roce a sus espaldas y una voz ronca —«eeno»— les hizo volverse a los cuatro para contemplar el paso de un burro cargado de fajina y un paisano con una vara que caminaba detrás y apenas les miró. Le dejaron alejarse sin tomar una decisión, hasta que el jefe, un tanto desconfiado, comprobó que entraba en el pueblo entre dos cercas de piedra, tras el paso cupletero del borriquillo. Entonces ordenó a los dos muchachos montar el ametrallador y disparar una ráfaga sobre el espantapájaros. No lo consiguieron a causa de un mal funcionamiento del percutor que el jefe, en su impaciencia, golpeó con el pomo de su mano hasta que, con un imprevisto sonido, brotaron unos pocos proyectiles que solamente agitaron las hojas de una higuera próxima. Entonces se oyó en el pueblo el angustiado rebuzno de un asno, siempre consciente de su soledad, siempre atento al vacío del éter para llenar con su lamento el límite inferior de la tragedia. Le contestó la ráfaga, que no alcanzó al espantapájaros, tan sólo levantó el polvo a unos pocos pasos y provocó un insólito y rotundo eco, como el de una botella al ser descorchada. Esperó el jefe, y cuando comprobó que en el pueblo sólo un par de voces de mujeres y una agitación de gallinas replicaban a sus disparos, ordenó la formación de las dos columnas que habrían de ocuparlo por dos caminos distintos, uno alto y otro bajo. Aun cuando en aquellos primeros días de la guerra ninguno de los militantes tomaba demasiadas precauciones y sus incursiones estaban más dominadas por el afán de alardear de su presencia que por el deseo de llegar a un enfrentamiento con un adversario al que se le debía despreciar más que temer, el jefe falangista que ocupó El Salvador lo hizo



con sumo tiento, aprovechando las primeras sombras de la noche, acaso porque tras una semana en el puerto de Socéanos, esperando una emboscada en cualquier momento, no había hecho otra cosa que estar al acecho y escudriñar todo el tiempo a derecha e izquierda. Todo el pueblo estaba recogido en sus casas y una solitaria bombilla alzada en un poste y sólo capaz de darse luz a sí misma, en el cruce de la calzada con una calleja que se perdía hacia el monte, sería el único testigo de una conquista que sólo reportaría un cúmulo de aprensiones, un cierto temor a los umbríos muros que por no haber replicado más amenazas parecían ocultar. Al primer paisano con que toparon le preguntaron por el alcalde. Le costó entender lo que querían decir. Se metieron en casa. «Preguntan por Agustín, el de la Manuela», dijo la mujer sin abandonar el fogón, pero el marido —sentado a la mesa y en espera de la pitanza— no se dio por convencido. «¿Agustín? ¿Y desde cuándo es el alcalde? ¿Y quién te ha dicho a ti que es el alcalde? ¿El alcalde de qué?». «¡Pues de qué va a ser, hombre, de qué va a ser! Digo yo que será de la alcaldía», protestó la mujer, sin abandonar el fogón. Un par de hombres se habían acercado a la cocina al olor del guiso: «¿Qué tiene usted ahí?», preguntó uno. «Patatas y nabos, y un poco de corteza», respondió la mujer. «Aquí no hay de eso», dijo el marido, con evidente disgusto. El jefe inquirió sobre su voto en las últimas elecciones y el hombre farfulló unas pocas palabras no comprometedoras, dictadas más por su ignorancia que por su cautela. El jefe le preguntó acerca del Frente Popular y el hombre, con la mirada puesta en la olla, dijo que sí, que eso, que el Frente Popular. «A buena parte van ustedes a preguntar», intervino la mujer, sin abandonar el fogón ni dejar de remover la olla; «éste no sabe lo que es eso», les vino a decir no para salir en defensa de su marido, sino para dejar bien claramente establecida, ante desconocidos, la clase de estimación que le merecía en cuanto hombre público. «A ver si te callas», dirá el marido, «¿no voy a saber yo lo que es el Frente Popular?». Las miradas de los cuatro convergieron sobre él, y el jefe abandonó su posición ante el fogón para arrimarse a la mesa. El jefe se llamaba Amadeo, Amadeo Calonge, y a lo largo de los meses anteriores se había labrado un cierto renombre por su animosidad, por el implacable ardor con que había jurado vengar los crímenes contra la patria. «¿Así que tú sabes muy bien lo que es el Frente Popular, verdad?». «Ése qué va a saber», intervino de nuevo la mujer, con la cuchara de palo en la mano al tiempo que se secaba con el paño, «ése no sabe ni dónde tiene la mano derecha». «¿Te quieres callar de una vez y servir ya la cena? Yo no sé lo que te pasa hoy», protestó el marido. «Venga, arriba», dijo el jefe, «que te vas a enterar de lo que es el Frente Popular». «Digo yo que tendrán que cenar antes», interrumpió la mujer. «Patatas y nabos», comentó uno de ellos. «Pues ¿qué esperabas?», intervino otro, «¿ternera en su salsa?». La mujer dispuso cuatro platos en la mesa y, como si obedecieran a una señal previamente convenida, se sentaron a ella una anciana y un chaval de pocos años, que hasta

entonces no habían sido advertidos. «Abuela», dijo el chaval, «que se lo está echando todo fuera». «Anda ya, leñe», dijo la abuela, al tiempo que con ambas manos aplicaba al plato un intenso temblor. Cuando el padre de familia metió la cuchara en el plato una mano retuvo su brazo. «Vamos», le dijo. «Vamos... ¿adónde?», preguntó un tanto estupefacto y con la cuchara metida en el sopero. «No preguntes nada; vamos», le dijeron. El hombre dejó la cuchara, se levantó y por primera vez asomó a su expresión esa combinación de miedo y extrañeza que anula los sentidos acaso para intensificar una colapsada respiración. «¿Adónde lo quieren llevar a estas horas?», preguntó la mujer. «¿Adónde?», volvió a preguntar ya en la puerta. «Anda, leñe», dijo la abuela sin levantar la vista de la sopa y en el momento en que uno de ellos se echaba al cuerpo un poco de sopa del plato del chico, utilizando la cuchara del padre. «Nos vas a llevar a casa de Agustín», le dijeron, con un empujón en la espalda. Uno de ellos se quedó de guardia a la puerta de la casa, los otros siguieron al jefe y al rehén hasta la vivienda del llamado Agustín; cuando desaparecieron por la calleja, el de guardia volvió a la casa a tomarse la sopa del jefe de familia.

Sacaron de su casa al llamado Agustín; era de la misma estatura que el primero, de la misma edad, de la misma parentela. Sacaron también unas mantas, unas cuantas perolas con comida, unas brazadas de leña para el fuego y ocuparon un granero donde hacer noche, todos juntos, mientras tres de ellos se turnaban en una guardia de dos horas. A los dos rehenes les ataron las piernas por los tobillos y los brazos a la espalda, y los sentaron en el fondo del granero, de donde no se movieron ni abrieron la boca en toda la noche. Tampoco Amadeo pegó ojo en toda la noche, y cuando la primera claridad denunció las rendijas y grietas de la cubierta se levantó de un salto, remetiéndole los faldones de su camisa dentro del pantalón y se abrochó la correa con un gesto de mucho dominio. La columna, tras requisar una pareja de asnos y tres cerdos, dos docenas de pollos —que fueron decapitados y desplumados in situ—, unas talegas de garbanzos y alubias y —por obediencia a uno de esos incomprensibles actos de la rapiña— la garrucha de madera de un pozo, se disponía a emprender el regreso a sus bases, con los dos rehenes caminando por delante con las manos atadas a la espalda, cuando alguien advirtió a Amadeo que no podían abandonar el pueblo sin dejar prueba manifiesta de su ocupación. Encontraron una brocha vieja pero ni pintura ni cal por lo que decidieron grabar a punta de bayoneta el símbolo de su pertenencia, las letras FE, sobre la puerta de tablas de la vivienda del llamado Agustín (la familia había abandonado la casa) y sobre uno de los muros de la iglesia. Les llevó tiempo. La columna se vio obligada a esperar, sentados todos sobre una cerca con el primer sol de la mañana en sus frentes mientras consumían el tabaco, a que uno de los más jóvenes voluntarios —llamado Emilio Ruiz—, manejando la bayoneta con ambas manos, grabara de forma indeleble las dos letras. Cuando al fin emprendieron su regreso hacia el puerto, con los dos rehenes por delante, estaba bien

entrado el día, una mañana despejada que había de iniciar ese verano otoñal, breve e ilusorio, tan intenso como para consumirse en promesas que remitirían al día siguiente el disfrute de su benignidad. En una revuelta de la senda del puerto, no lejos del caserío donde la vieja les había indicado el camino de El Salvador y en lugar muy apartado de la carretera, fusilaron a los dos rehenes. Allí cerca se extendía un reducido collado flanqueado de olmos jóvenes entre cuya fronda reverberaba aquí y allá el valle del Torce, un pecho cubierto de plateadas lentejuelas agitadas por la invisible respiración de una mañana decidida, como una fregona, a interpretar en una hora todo su repertorio. Hasta el último instante no supieron o no comprendieron que iban a ser fusilados. No sabían lo que era eso. Todavía no habían dado salida a su asombro de la noche anterior, cuando fueron aprehendidos en sus casas. Quizá se habían acostumbrado a sus ataduras y sólo esperaban, en cada revuelta de la senda, el gesto de liberación y despedida. No hablaron entre sí. Los ataron a dos troncos, muy semejantes. Apenas se miraron. Entonces, sin duda, al verse abandonados de aquella manera el estupor sucedió al asombro; pero no protestaron, como esos perros incapaces de comprender la ley que les impide acompañar a sus amos al interior del establecimiento, pero demasiado bien amaestrados como para manifestar su desolación en la acera, sino que esperaron pacientemente su vuelta al cabo de unos pocos pasos. La vuelta fue una descarga cerrada, a seis metros de distancia, sobre el presunto alcalde que cayó de rodillas, con la barbilla hincada en el pecho. El otro apenas tuvo tiempo de volver su mirada sobre sus asesinos, absorto en la muerte de su compañero y pariente; la descarga le cogió de lado, y fue tan cerrada que debió segar las cuerdas que le ataban al tronco porque se desplomó sobre tierra, con manos y pies juntos, la mirada extraviada hacia el cielo y el estupor —como si en el último instante, anticipándose a la conciencia, al tratar de manera precipitada de abandonar el cuerpo que lo cobijaba, hubiera encontrado todas las salidas cerradas— aferrado definitivamente a las facciones. Y sin más expedientes, los verdugos se dirigieron al puerto de Socéanos, veinticuatro horas más tarde de partir de él para llevar a cabo su primera incursión por las tierras de la vertiente regionata.

Así fue la ocupación de El Salvador por los falangistas de Macerta que, con ser tan efímera, tanta importancia había de tener para todas las operaciones militares que ulteriormente se desarrollarían en aquel sector. Aquel menudo acontecimiento no haría más que crecer, a los ojos de unos y otros, hasta constituir una piedra de toque de todos los planteamientos ofensivos de ambos bandos. Los unos porque, a partir de aquel suceso, considerarían la conquista de El Salvador como el primer paso imprescindible para la invasión del valle, pues a las consideraciones topográficas que avalaban tal apreciación se vendría a sumar la prueba de aquella incursión que, convertida en dato histórico —por la ampliación retrógrada de todo hecho irrepetido—, nadie se atrevería a devaluar; y los otros porque, habiendo olfateado el peligro

que suponía semejante penetración, realizada con toda facilidad a pesar de la pobreza de los medios movilizados, se jurarían a sí mismos no volverla a tolerar, aun a fuerza de sacrificar la defensa de otros puestos igualmente vulnerables por los que el enemigo bien podría iniciar su conquista de ser capaz de liberar su imaginación de una idea fija compartida por ambos adversarios.

Unas cuantas horas después del abandono del pueblo por la columna falangista llegaron a sus aledaños, por el camino de Sepulcro Beltrán, las avanzadillas de la columna Timoner, que supo cubrir su itinerario, a pesar de desarrollarse por pleno monte, con más diligencia que la de Mazón. Con posterioridad a ello, y con toda la cautela posible, unos cuantos hombres del pueblo habían salido en busca de sus paisanos y sus animales; pronto encontraron los cadáveres —con lo que desistieron de la persecución—, que transportaron en unas angarillas y se dispusieron a enterrar en un pequeño cementerio situado, precisamente, a la salida de aquel camino. Cuando los milicianos, desenfilados y corriendo de tronco en tronco, iniciaron la entrada en el pueblo se encontraron con la procesión de frente; diez o doce hombres que transportaban los féretros, seguidos de las plañideras, seguidas de los familiares, seguidos de todo el pueblo. No habían podido dar con el cura de El Puente y decidieron proceder al rito en ausencia suya, cosa a la que estaban acostumbrados. Un primer miliciano se echó el fusil al hombro y trató de detener la procesión con un gesto de la mano, cubierto por dos compañeros desde atrás. Pero la procesión no se detuvo y el miliciano no sólo hubo de echarse a un lado, sino que recibió también las maldiciones y mensajes de las plañideras, los murmullos de las mujeres y los gritos de un varón que clamaba venganza. Cuando habían depositado los féretros unto a las fosas abiertas de antemano, se presentó Timoner, advertido por un miliciano de la situación, para inquirir los detalles de lo ocurrido y conocer la situación probable de los falangistas. Las noticias que recibió fueron las más confusas y contradictorias y hasta hubo algún paisano que se atrevió a acusarle de las muertes; para calmar los ánimos y hacer una demostración de disciplina, amistad y respeto a los muertos formó una guardia ante los féretros y cuando estaban a punto de introducirlos en las fosas mandó disparar una salva (cosa de la que había oído hablar y hasta había visto en alguna película de la Legión francesa) con la que rendir homenaje a los difuntos y ganarse la confianza de aquel pueblo que sólo mostraba recelos hacia él y su tropa. Aquella salva o salvas tuvieron su importancia; en primer lugar, los cadáveres cayeron de golpe al fondo de las fosas y el pueblo entero se dispersó entre alaridos, para correr a encerrarse en sus casas, dejando tan sólo a las cuatro plañideras que, sin duda, consideraron que debían terminar sus oficios si querían cobrar sus emolumentos; o quizá siendo mujeres más sabias y experimentadas en aquellos ritos que las del común, sabían lo que era una salva; eran cuatro, enlutadas desde el moño hasta las alpargatas, todas muy distintas, que se turnaban en sus quejas conducidas

por la más baja de ellas, que actuaba de solista, con un pequeño trozo de papel ordinario en su mano derecha: «Finado, le dirás a Santiago Menéndez que su hija se habla con el hijo de la Paca; el viejo Antón, que ya tiene biznieto, un niño la mar de fuerte, rubio como su padre; la cuitada de la Andrea se dejó perder la vaca. Finado, ¿cómo te fuiste así, qué te hicieron esos malvados?». A lo que las otras tres, más delgadas y de mayor estatura, corearon: «Por las espinas del Señor que no se fue por sus pies». Dijo la pequeña: «Cuando estés en presencia del Señor le besas la mano izquierda, que es la de los pobres. Y Él te reconocerá, finado». Timoner ordenó romper la formación y dejar las armas para tirar de pala y cubrir las dos fosas y cuando la primera palada cayó sobre la tapa de madera —un golpe de tambor que llegó hasta las cumbres—, las cuatro plañideras dijeron a coro: «Del Señor es la tierra».

Aquellas dos descargas fueron oídas por la gente de Estanis que, siguiendo instrucciones de Mazón, había iniciado aquella mañana la subida hacia El Salvador, con una fuerza de unos doscientos hombres armados con carabinas, algún *Mauser* del modelo 1891, un buen número de granadas —algunas caseras— y ocho ametralladoras Maxim —de una partida que, por intermedio de Juan de Tomé, un transportista había agenciado en Asturias y puesto a disposición del Comité en los primeros días del mes anterior— cargadas sobre acémilas, con unas cuarenta cintas de doscientos cincuenta cartuchos, de los que ya entonces había gran escasez. Estanis caminaba al frente de la columna y, al escuchar el eco de las salvas, vino a suponer que el combate entre la gente de Timoner había comenzado ya, por lo que, sin pensarlo dos veces, envió un despacho a Mazón advirtiéndole de lo que, según él, sucedía e invitándole a, sin más demora, unirse a su marcha para desarrollar el plan trazado en el Comité para atraer al enemigo y —cualquiera que fuese su número— atraparlos entre dos fuegos. También las descargas pudieron ser oídas por los falangistas que se dirigían al puerto en su retirada, para sacarlos de la siesta y el sopor después de sus largas caminatas, para ponerlos sobre aviso, redoblar su vigilancia y amartillar sus armas. Sin embargo Estanis, un hombre echado para adelante que no se aprovechaba nunca de las ocasiones para contemporizar, no sólo no detuvo su marcha sino que la apretó, ansioso de unirse al supuesto combate y aliviar una posiblemente apurada situación de la columna de Timoner e impaciente por el largo silencio que siguió a las descargas, ese silencio que en tales circunstancias sólo provoca los más sombríos augurios. Cuando alcanzó un punto —situado a una distancia parecida pero a menor cota de la de aquel desde el cual los falangistas habían realizado sus observaciones— en el que con sus prismáticos pudo estudiar la situación del pueblo, su desconcierto no pudo ser mayor. Por desventura desde aquel punto no gozaba de una visual sobre el cementerio donde en esos momentos acampaba la columna de Timoner, todos sus hombres tumbados en torno a las tapias, un tanto agotados tras

doce horas seguidas de marcha y en espera de que su jefe tomara una decisión ante un pueblo encerrado en sus casas, no dispuesto a permitirles ni el calor de un fuego. Entre Estanis y sus hombres había surgido toda suerte de divergencias de opinión y discusiones acerca del lugar de procedencia de las descargas y, por consiguiente, sobre el camino a tomar. No contaba con efectivos lo bastante numerosos para desdoblarse y la evidencia de aquel eco —aunque a él hubiera seguido un silencio de varias horas— le obligaba a sospechar que el enemigo tenía que estar muy cerca. A mayor abundamiento —y mientras consideraba la situación—, uno de los grupos, que fue tomando posiciones en torno al pueblo, encontró las huellas del fusilamiento —algunos casquillos y colillas, las cuerdas, unos jirones de ropa, las pisadas en uno y otro sentido, manchas de sangre— que fue, en último término, lo que movió a Estanis, siempre decidido a pesar de sus vacilaciones, a dirigirse sin más tardar al puerto, dejando de lado el pueblo y aun contrariando las instrucciones que había recibido. Además no se cuidó esta vez de informar a Mazón de su cambio de itinerario. A decir verdad, la mayoría de su gente opinaba que las descargas se habían producido en la dirección del puerto, lo que unido a la tranquilidad que reinaba en el pueblo (alguna columnilla de humo, no se oía ni un cacareo) vino a confirmarle unas sospechas que se convirtieron en convencimiento cuando a la media hora de marcha, por si fuera poco, escucharon delante de ellos un breve pero inconfundible repique de fusilería. Nadie acertó a explicar después el origen de aquellos disparos, pero es muy posible que procedieran de un grupo rezagado de falangistas alertados por las descargas del entierro y ora abrieran fuego sobre cualquiera de los movimientos y ruidos sospechosos que el monte siempre produce para los que están en estado de alerta, ora hubieran reanudado una práctica de tiro que desde días atrás habían suspendido para ahorrar munición, ora quisieran replicar —de forma ruidosa y para ellos intimidante— a la fanfarronada que les había sacado de su siesta, ora quisieran señalar su posición a los que tenían delante, el caso es que durante un cuarto de hora o más cundió un fuego sin orden, sin otra consecuencia que el más rápido paso que imprimió Estanis a su avance. Lo organizó en dos columnas en fila india, de unos cien hombres cada una, la primera con las acémilas y pertrechos apoyada en la carretera —que ya en aquellas alturas deja de serlo para transformarse en una pista de tierra que conserva algunos tramos de firme levantado por las heladas— y la otra separada unos trescientos metros, caminando por pleno monte por delante y a su derecha. Por la vertiente regionata el bosque se detiene a la altitud de 1200 metros y los últimos cuatro kilómetros de carretera hasta el mismo collado —a la cota de 1665, según el aviso allí situado— se desarrollan en unas laderas exentas de arbolado, formados por grandes y mansos bulbos de suelos oscuros sobre un detritus primario de color del albero, cubiertos por la retama, la aulaga, el brezo y el helecho, una vegetación pardoverdosa que llega hasta la cintura del hombre pero que —se diría—

constituye el mejor fondo para que a lo lejos destaque la camisa blanca del pastor, poco menos que inmóvil. Serían las cinco de la tarde cuando las dos columnas empezaron a salir del bosque para proseguir su ascensión por aquel terreno. A medida que subían las columnas se iban disolviendo, los hombres se espaciaban más, caminando a distinto paso en busca de puntos cubiertos, y la formación se rompió. Estanis había quedado en un puesto del lindero, para observar el despliegue, y pronto le habían de asaltar las primeras dudas sobre la efectividad del mismo. Además la tarde declinaba en el falso y precoz crepúsculo de las vaguadas; si sus hombres se fragmentaban para llegar aislados o en pequeños grupos hasta el alcance de las armas de los del puerto, nada habían de lograr; era preferible —pensó— esperar a las primeras sombras de la noche para ejecutar el despliegue y la última ascensión sin ser advertidos por el enemigo, para tomar posiciones en las dos laderas que flanqueaban el collado y a una cota superior a la de éste y poder hostigarle desde las primeras horas de la mañana y así mantenerlo inmovilizado hasta la llegada de Timoner o Mazón o los dos. Para aquel entonces ya había olvidado el enigma de las descargas del mediodía y, situado en aquellas alturas, tan sólo ansiaba ser el primero en entrar en combate, aprovecharse en lo posible de la sorpresa y verse envuelto en él con una sustancial ventaja sobre sus seguidores y, por encima de todo, a poder ser, sobre Timoner, a quien detestaba. Pero precisamente tales acicates le impulsaban también a hacer uso de una cierta prudencia, pues nada le podía repugnar más que la idea de que se invirtieran los papeles y, a causa de una precipitación o de un movimiento desafortunado, encontrarse de hoz y coz en una situación apurada de la que Timoner se encargara de librarle.

A la vista de todo ello —y sin tener por testigo un sol ya oculto—, decidió pasar la orden, de hombre a hombre, de suspender el avance y detenerse allí donde cada cual hubiera llegado e incluso —si el punto alcanzado no reunía condiciones mínimas de protección y resguardo— volver al abrigo del bosque para pasar las horas más duras de una noche que se anunciaba despejada y fría. No se permitieron los fuegos, se montaron las guardias a lo largo de toda la línea y se distribuyeron unas botellas de coñac barato y castillaza, a falta de bebidas calientes. Tenía entonces Estanis intención de levantar el campo y reanudar el avance y el despliegue hacia el puerto un par de horas antes de que alborase el nuevo día, un plazo que estimó más que suficiente para que sus hombres, al amparo de la oscuridad, alcanzasen por ambas laderas las alturas que dominaban el collado y cuyas defensas esperaban tener a tiro de fusil antes de que tocasen diana.

Ignoraba Estanis que su avance había sido observado, desde que se detuvo en el soto del fusilamiento, por el grupo de falangistas rezagados que cerraba su retirada; ignoraba también que los del puerto mantenían un puesto de observación en uno de los apriscos de la vertiente del ocaso, que dominaba una revuelta de la carretera; que

no sólo habían sido los del puesto advertidos por los rezagados, sino que habían esperado la llegada de las columnas al lindero y observado su primer despliegue por el monte bajo; que se cuidaron de no denunciar su presencia, aun cuando en un momento estuvieron a punto de ser descubiertos o quedar rodeados, y que —bien entrada la noche—, cuando los cinco hombres destacados allí convinieron en que nada les quedaba por hacer, con gran sigilo abandonaron el aprisco y fueron a unirse a los defensores de Socéanos para confirmarles lo que ya sabían. Así pues, no fueron tomados por sorpresa; por el contrario, tuvieron tiempo para preparar sus armas, desplegarse por las laderas que flanqueaban el collado, fortalecer sus flancos, parapetados tras sus rocas, redoblar sus guardias y, turnándose en el sueño, esperar lo que la mañana les había de deparar, seguros de la ventaja de su posición.



## LIBRO TERCERO

*El terror en Región. El «capitán Andrés». La Minero-Forestal convertida en centro de la revolución. Don Tertuliano Herencia y su afición al ferrocarril. Intervención de Tertuliano Herencia en La Forestal. Concentración en las casas de Borques. El tesoro de Agulló. La ambición del «capitán Andrés». El asedio de Borques. Primeros rumores sobre el derrumbamiento del frente. Llegada del viejo Constantino y final de la crisis.*

**L**a salida de Región de las dos columnas que marcharon al frente de la sierra supuso la apertura de una época de atropellos, persecuciones, asesinatos e intrigas. El Comité de Defensa había tomado a su cargo el gobierno de una ciudad pacífica, tan sólo alborotada en los primeros días de la revolución; tras la salida de los asturianos, para garantizar el orden y evitar ulteriores desmanes, el Comité —carente de expertos y profesionales— había designado una comisión formada por cuatro hombres, que había de ejercer el control y mando de las milicias populares que habían tomado sobre sí las labores de policía. Cuando dos de ellos partieron para el frente, el tercero —Julián Fernández— no tuvo la menor dificultad para imponerse sobre el cuarto (un hombre de más edad apellidado Espejo, que en África había llegado al empleo de sargento y había montado, con dudosa fortuna, un almacén de materiales de construcción con el que apenas había trabajado el viejo Constantino, que tenía el suyo propio) y convertirse, por el tiempo que duraron los combates del 36 en el puerto, en un déspota de barrio. Cuando a mediados de noviembre se supo que el cuerpo de Espejo había sido encontrado acribillado a balazos, en una cuneta de la carretera de Juelves, en compañía de otros tres hombres —uno de los cuales nunca fue identificado—, todas las primeras sospechas apuntaron como causante al viejo Constantino y no hacia el Manchado, que públicamente juró vengar aquel asesinato perpetrado por los pistoleros fascistas y sus simpatizantes emboscados entre la población civil<sup>[6]</sup>. Mucha gente suponía aún, con bastante fundamento, que era el viejo quien movía la mano del Manchado; que no deseoso el viejo de jugar papel alguno en la escena pública, utilizaba a su lugarteniente para, con cualquier pretexto político, aligerar el ambiente de sus adversarios, competidores, acreedores y cualesquiera otras personas —que no eran pocas— que tuvieran que ver con él algo poco conveniente para sus intereses. Era una opinión burda y callejera, propia de quien solamente conocía a Constantino de oídas y, para curarse en salud, no dudaba en hacerle responsable de todos los desórdenes y desmanes que se habían producido en Región desde que el Comité se encargara de su gobierno; pero tal clase de opinión es la que más rápidamente se acepta y extiende —acaso porque, detentándola, no es necesario tener muchas más al respecto—, y así, por espacio de unos meses, el Viejo Constantino —con mayúsculas, para hacer más grandes sus crímenes— pasó a convenirse en el enemigo número uno de la religión, de la clase pudiente y de la clase media, el azote del honrado campesino y del pequeño industrial que aquel verano no pudo acompañar a su familia por permanecer al frente del negocio, el verdugo de la calle Císter y del barrio de la Colegiata, el desmantelador de La Forestal. Sin embargo, tan detrás estaba de todo lo que el proceso revolucionario significa para sus enemigos —esto es, el pillaje, el asesinato, la venganza de sangre, el expolio, la huelga, la insurrección, el bandolerismo, la confiscación, el poder ilegítimo, el abuso de la fuerza, la falta de respeto hacia todo lo sagrado— que no estuvo presente en

ninguno de sus actos o demostraciones, salvo en las sesiones del Comité de Defensa, a las que acudía con manifiesta desgana y, en un principio, tan sólo para observar la conducta de su antiguo encargado y poner un tácito freno, con su sola presencia, a sus impetuosas iniciativas. Es probable que durante aquel otoño y parte del invierno el viejo Constantino abrigara toda clase de dudas acerca del desarrollo de la Guerra Civil y de su participación en ella, dudas que —despejadas o no— tan sólo acertó a dejar de lado antes del comienzo de la primavera del 37 cuando, obediente a su costumbre de no dar cuenta a nadie de sus actos, decidió tomar parte activa en la contienda y convenirse en el máximo dirigente y responsable de unos hombres que, conservando su fidelidad hacia él, durante varios meses sólo habían obedecido a su antiguo encargado, autonombrado capitán y rebautizado Andrés para hacer bien patente el cambio operado en su persona o en su jerarquía. Pero lo cierto es que, sin abandonar su desgana ni su talante taciturno, durante todo aquel período Constantino solamente predicó la disciplina y la templanza, bien porque, como hombre de mando y capitán de una cierta industria, supiera que sólo mediante ellas se podrían alcanzar los objetivos propuestos, bien porque creyera que tal actitud —en mucha mayor medida que la pasividad— un día sería merecedora del agradecimiento de propios y extraños<sup>[7]</sup>.

Posteriormente había de quedar demostrado de manera incontrovertible que el viejo Constantino no aprovechó en nada la posición privilegiada en que —casi involuntariamente— le situó el levantamiento de julio; no ajustó ninguna cuenta atrasada (al menos en Región, el enigma de los responsables de su cantera procedía de otras tierras) ni buscó la venganza personal y es muy posible que, conocedor como nadie de la personalidad de su encargado, se decidiera a abandonar su pasividad tan sólo para someterle a una jerarquía que no habría aceptado de ningún otro. Al Manchado le habían llegado noticias de que en Madrid y en otras capitales muchos hombres lanzados a la revolución habían adoptado nombres de guerra, nombres sonoros y un tanto épicos que, en ocasiones, eran los mismos que habían utilizado en sus actividades revolucionarias o clandestinas y que tras el 18 de julio se decidieron a airear, complementados con un grado militar tanto más elevado cuanto más larga y notoria hubiera sido su lucha en el anonimato y la ilegalidad, donde también corre el escalafón; y se le ocurrió a sí mismo denominarse y ser denominado «capitán Andrés», nombre por el que le conocieron tan sólo por un breve período —cancelado con el fin de la crisis de las casas de Borques y la restauración del Comité como suprema autoridad regionata— sus más obedientes y cercanos subordinados, pues para todos aquellos que le habían tratado de antes nunca dejaría de ser el Manchado. Como capitán Andrés, fue uno de los protagonistas de aquellos sucesos y, como capitán Julián Fernández, se incorporó de nuevo al Comité de Defensa, en cuanto comprendió que el viejo Constantino tomaba asiento en una de las cabeceras de la

mesa del claustro como algo más que como un escéptico espectador. Todavía tras la crisis de Borques —que el viejo resolvió de un plumazo para a continuación retirarse a su casa de Bocentellas, a rumiar sus dudas, convencido de que después de tal demostración no volverían a producirse desórdenes imputables al Manchado— y durante los combates de El Puente y Congosto se siguió llamando capitán Andrés, pero a partir de aquel día de marzo de 1937 en que el viejo, nada más tomar asiento a la cabecera de la mesa, preguntó de la manera más inesperada qué se había pensado para el momento en que el puerto de Socéanos quedara despejado de nieve, optó por volver al nombre que siempre había ostentado. Entre los colaboradores y agentes del capitán Andrés pronto adquirió una cierta notoriedad un sujeto llamado Anastasio Agulló, oficial administrativo de la Compañía Minero-Forestal, que el mismo 20 de julio, lunes, ocupó los locales y naves que la sociedad poseía junto a la ribera del Torce, no lejos del puente de Aragón, y con el concurso de una asamblea de obreros y empleados de la misma —muchos de los cuales bajaron de la cuenca armados de picos y palas y alguna carabina arrebatada a un guardia jurado— la declaró colectivizada, socializada y devuelta a su único legítimo propietario, el pueblo. Ninguno de los directivos locales, técnicos superiores o altos empleados de la Compañía apareció por su despacho en el curso de los siguientes días, a excepción de un viejo contable, el señor Ponce de León, casi retirado, que gozaba de toda la confianza de la familia Guillén y que desde el primer asiento y con voz de flauta se opuso de manera terminante a la colectivización. Con la excepción de aquel hombre —que no sólo acudía puntualmente al trabajo, sino que seguía llevando con todo rigor los libros de la Compañía aun cuando hubiera cesado toda su actividad industrial y sus locales se hubieran transformado en el Cuartel General de las Milicias Populares, en sus patios y muelles se hacía la instrucción, en salas y despachos se impartían clases de doctrina revolucionaria, sus almacenes se habían transformado en barracones y arsenales, todas sus dependencias ocupadas por una organización paramilitar volcada al pillaje con la llegada de los asturianos, hasta que alguien lo llevó al colegio de los Escolapios para que se hiciera cargo desde una Secretaría General del control de todo el papeleo del Comité, que llevó a cabo con exquisita pulcritud e incomparable eficacia, sin levantar una protesta, hasta el final de la guerra<sup>[8]</sup>— todos los responsables de la firma optaron por no aparecer por sus locales y poner a resguardo sus vidas antes que arriesgarlas en un inútil y desesperado intento de rescate; de esa suerte, la Compañía Minero-Forestal —la sociedad más poderosa de todo el valle— se convirtió pronto en el verdadero corazón de la revolución, dirigida desde un despacho con ventanas de cristales esmerilados por aquel Agulló que, tras la salida de los asturianos —de los que aprendió no poco—, se erigió en cabecilla de los elementos más radicales, no quiso enterarse de la creación del Comité y, en un principio, hizo oídos sordos a las directrices emanadas del claustro de los

Escolapios, siempre informado a deshoras de las acciones directas emprendidas por sí y ante sí por la gente de La Forestal. Entre las dependencias de la Compañía, el tal Agulló eligió un pequeño almacén de útiles y enseres en desuso, con una serie de celdas provistas de puertas metálicas, para montar su propia oficina de información política, obligado apéndice de toda revolución desde 1917. Pronto en Región —en las cocinas y trasteras todavía habitadas de la calle Císter, en las dependencias de la servidumbre del barrio de la Colegiata, en las trastiendas del pequeño comercio mesocrático— empezó a hablarse de celdas de castigo, de interrogatorios a altas horas de la madrugada, de cámaras e instrumentos de tortura; de un chino sin escrúpulos que todavía dos meses antes vendía collares a peseta y otras chucherías en el arranque de la Gran Vía madrileña y, a cambio de cualquiera sabe qué prebendas, había puesto al servicio de los representantes del pueblo sus refinados conocimientos acerca de los métodos físicos de la persuasión; de una bombona metálica que, tras ser convenientemente calentada y aplicada su boca al ano del reo, contenía una rata que, al buscar su salida a través del recto de éste, devoraba sus entrañas en medio de indecibles dolores; de los excesos de todo orden que una miliciana, apodada La Bisbal, gustaba de cometer con los reos o en presencia de ellos para protagonizar las más desenfundadas y desvergonzadas orgías; de un collar de tres vueltas que ostentaba un verdugo que antes de acabar con su víctima le arrancaba con unas tenazas las uñas de manos y pies con las que formaba las cuentas; del macabro gusto de otro que todas las noches se embriagaba con el vino más espeso y peleón, bebido en un cráneo que había limpiado con lejía; del fusilamiento del cura de Etán, a manos del propio Agulló, que le prometió que salvaría el pellejo si abjuraba de su Dios y repetía con él las más horribles blasfemias<sup>[9]</sup>.

Era un pequeño edificio apartado y gris, rodeado de los corpulentos álamos del vivero y envuelto en las mañanas de invierno en la niebla ribereña, con unos sótanos y unos tragaluces que permanecían iluminados hasta muy entrado el día, transformado en prisión y sumaria corte de justicia —de esas que los ingleses llaman *kangaroo*—, donde se desarrollaron unos cuantos juicios que terminarían, la mayoría de ellos, en un perdón no muy lejano. A aquel edificio que tan siniestra fama había de cobrar en las últimas semanas del verano y primeras del otoño, se retiraban después de cenar el Agulló y los suyos, pues por alguna herencia o tradición demoníaca al parecer la clase de oficios que practicaban sólo puede comenzar después de la medianoche; también debe haber alguna razón por la cual la ejecución de las sentencias —por fusilamiento— debía llevarse a cabo con las primeras horas del día, en esa glauca claridad que aún tolera el vigor de las linternas, cuando los muros no aciertan aún a desprenderse del cielo. Un poco aguas abajo de sus locales La Forestal poseía y explotaba una fábrica de luz —situada en la margen derecha del río, la opuesta al pueblo— rodeada de un vivero de álamos, que todavía suministraba

energía a la mayor parte de Región. En el muro del socaz de aquel molino se ejecutaban las sentencias, en la pretensión de que el clamor de la corriente acallase el eco de las descargas que todas las samaritanas de Región —desde los desvanes y sobrados del barrio de la Colegiata— se apresuraban a escuchar, en cuanto rompía el alba. ¿Era tal vez el alimento necesario para los rumores y murmuraciones vespertinas, tal vez el asiento diario de una deuda acumulativa que se cobraría el día de la revancha o tal vez el ansia al fin satisfecha por escuchar la incomparable primer nota de una imaginaria melodía con la que sólo los asistentes a las ceremonias en la torre de la iglesia de El Salvador, y en muy pocas ocasiones al año, eran regalados y agasajados? Con la costumbre, el rito termina por sustituir a la función que cumple; de la misma manera que el intercambio sexual deja de estar soportado por la función reproductora —hasta el punto que se puede pensar que un día la función reproductora se introdujo de matute en un intercambio sexual preexistente e inconsecuente, tras seleccionarlo como el acto más idóneo para cobijar su hasta entonces sujeción al azar, al igual que el indefenso bernardo se introduce en una concha deshabitada para hacerla suya y a sabiendas de que e siempre y en cualquier circunstancia encontrará esa clase de refugio, en virtud del mayor número de seres que la fabrican y desalojan en comparación con el de su especie— y de la misma manera que el sacrificio, en cuanto sustituye a la víctima por un objeto simbólico y deja de ser oneroso a la hacienda, se puede repetir cada día y, puesto que nada cuesta, nada inmediato se exige de él, el aparato policíaco durante el terror tendrá que ritualizarse y, bajo la añagaza de la seguridad del Estado o la Revolución, perpetrar sus actos diarios aun cuando poco o nada obtenga de ellos. Así que durante el terror todos los días hay detenidos, pero cada día serán de menor personalidad política y si se empieza con un diputado o con un terrateniente será para seguir con un pobre panadero, cogido con las manos en la masa, declarado enemigo del pueblo por una corte sólo iluminada por flexos, con el zumbido de un transformador al fondo. Pero nada de eso detuvo a don Tertuliano; no se movía mucho —era un hombre corpulento y pesado de movimientos—, pero cuando lo hacía no lo detenía nadie. En épocas de paz y de buen tiempo acostumbraba a viajar a Macerta una vez por estación, al menos, con tres o cuatro amigotes que alquilaban un taxi o se dejaban invitar por Antonio de Mena o, cuando las vacas flacas, tomaban el ordinario. El pretexto consistía en aprovechar los sábados y domingos para visitar los prostíbulos de Macerta —donde eran recibidos con mucho cariño—, pero la verdadera razón que llevaba a aquellos hombres a realizar periódicamente un viaje tan fatigante estaba situada en la estación del ferrocarril, el terminal del ramal de vía estrecha de Palanquinos. Medio siglo después de trazada la red ferroviaria del país, los ilustrados de Región (y para tal ceremonia se reunían en el despacho de don Tertuliano o en el hall del Cuatro Naciones, para preparar entre aspidistras el viaje de peregrinación) seguían lamentando su suerte,

menos instantánea pero más cruel que la de Cartago, divorciada paulatina pero progresivamente del curso de la historia por el gesto imprevisor y desatento de un técnico o un políticón que, sin pensarlo dos veces, decidió de un plumazo apartarla del progreso y mantenerla alejada del sonido vivificante del silbato de vapor. Quien más lo lamentaba, sin duda, era don Tertuliano y no porque viajara mucho, sino porque se sentía despojado más que de un placer y de un signo de modernidad y progreso, de toda una familia de emociones relacionadas con la vía férrea. Sin embargo —y aunque parezca contradictorio—, don Tertuliano y sus amigos jamás se alojaban en Macerta en el Hotel Terminus —en el mismo largo edificio de la estación, del más puro estilo artes industriales que combinaba ladrillo cerámico, sillería blanca y columnas de fundición, en el que las habitaciones de los huéspedes ocupaban la segunda planta, contiguas a la vivienda del jefe, y el comedor se abría a través de una teoría de puertas cristaleras al andén principal bajo la marquesina, por lo que bien podía identificarse con aquel paraíso entendido a la manera del sabio Reggionmontano, esto es, como ese único lugar —en contraste con un mundo terrenal donde todo placer está aislado y divorciado de sus hermanos— donde cabe disfrutar al mismo tiempo y en concordia de esas dos pasiones —cualesquiera que sean (y que tantas veces dimanan una de la carne y otra del espíritu)— que todo hombre lleva consigo (construido en el mejor momento y al mejor gusto de aquella época en que los balnearios parecían estaciones y las estaciones, balnearios, cuando tras soleadas pilas de lujosos baúles y maletas asomaba siempre una conspicua floración de hortensias azules e incluso el borde craquelado de una maceta de loza ornada con un orgulloso escudo y una leyenda sanitaria latina del mismo color que la flor)— sino en el Regina situado en la esquina de la calle Mayor con la plaza que tantas veces había de cambiar de nombre. Precisamente se alojaban en el Regina para poder hacer el recorrido a pie hasta la estación —un par de veces el sábado y otra por la mañana del domingo, en dirección contraria a la gente que salía de misa— con el reloj en la mano y con paso rápido, siempre con poco tiempo y a veces escasos minutos para llegar a tiempo a contemplar el paso de la composición. «Está entrando en agujas», diría uno de ellos —al tiempo que arrojaba la faria a la alcantarilla— para que los demás apretasen el paso. No se alojaban en el Terminus porque desde que Región fuera dejada a un lado de la red ferroviaria nacional, su amor por el sistema sólo tenía cabida en el concubinato; como regionatos no podían sino sentirse ligados al objeto prohibido por un amor que jamás sería legítimo; no podían alojarse en el Terminus porque sería aparentar una unión legal de la que les había apartado el mismo imperio de la ley; no podían dormir en el Terminus por la misma razón por la que no dormían en el burdel; lo suyo era una aventura que conocería sus momentos más excelsos en las veraniegas cenas del sábado o en las comidas del domingo en el restaurant, con todos los ventanales abiertos al andén. A veces durante un almuerzo llegaban a ver el

paso de tres composiciones, o una máquina haciendo maniobras, que saludaban con generosos brindis y un entusiasmo aderezado —para que la mezcla fuera más excitante— con unas gotas de espanto. Era un placer demasiado intenso como para convertirlo en costumbre, como para tenerlo al alcance de la mano, como para disfrutarlo tras un breve paseo de casa a la estación. Era justo que fuera escaso, que tuvieran que esforzarse y pagar. Cuando el jefe tocaba la campana para anunciar que la composición había salido de la estación inmediata —Cabrera—, información que tenía a bien repetir por vía oral a aquellos caballeros que habían realizado un viaje tan fatigante tan sólo para admirar una vez más el buen funcionamiento del sistema, los comensales acostumbraban a dejar sus platos a medias y con la servilleta y el vaso de vino en la mano saldrían al andén para saludar la entrada de la composición. Con la misma intensidad gozaban de las composiciones que tenían parada en la estación de Macerta como de las que pasaban de largo; eran cosas diferentes que inspiraban diferentes sentimientos, que casi exigían otros órganos de percepción. Cuando la composición se detenía —una vez consumados todos los frenazos y chirridos, los crujidos de la madera y los lamentos de la chapa, las salidas de vapor, los golpes de los topes y las sacudidas de las cadenas, una vez extinguido ese breve y siempre inesperado movimiento hacia atrás casi propio de un moribundo, como si la composición, tras su último trayecto, se resistiera a la parada por una obediencia a la ley de la inercia tomada al pie de la letra y a la detención replicara de manera automática e irreflexiva con un reflejo hacia la moción retrograda a fin de subrayar su disgusto— respiraban hondo con la reconfortante sensación que suministra todo acto bien concluido. Porque para ellos —para don Tertuliano y para don Severo, el notario cojitranco, para don Antonio de Mena y para don Ramón Cachafeiro (que ya por entonces sólo sabía protestar para hacerse querer) y, a veces, en verano hasta para don Ricardo Ruán, que presumía de estar por encima de aquellas cosas y tener el gusto atento a cosas más modernas, a nuevos medios de transporte— aquella composición y aquella parada eran poco menos que cosa propia, obra suya, obra mucho más suya que de la ingrata, beata y desafecta gente de Macerta, que no sabía apreciar lo que tenía en casa. Una vez detenida la composición y comprobado su buen estado, nada les congratulaba tanto como acercarse a la máquina, con la servilleta en una mano y el vaso de vino en la otra, para cambiar impresiones con su conductor y conocer las vicisitudes del último viaje y, en corro en torno a la escalerilla, formulaban sus preguntas, en un tonillo técnico y un tanto taraceadas de una cómplice solemnidad: «¿Los ejes bien?». «Hemos observado una pequeña pérdida en la caja de grasas del primera,». «¿Con qué presión hemos coronado el puerto?». «¿Dónde ha dejado usted la Mallé?», hasta que volvían a su cena —casi siempre satisfechos— cuando el jefe levantaba la bandera, tocaba el silbato y, tras numerosos topetazos, la composición (vacía y sin demasiada emoción) se ponía en marcha hacia los depósitos de



Caladrones. Cuando no se detenía era muy distinto; no salían al andén con el vino y las servilletas, sino que se mantenían en la línea del ventanal para observar el punto donde había de asomar el noble escudo negro de la máquina o el haz luminoso —no comparable a ningún otro— del fanal frontal que tras negociar la curva —como si saliera de un largo momento de aturdimiento en la noche— colocaría sobre ellos todo el peso de su insostenible mirada, alta e impasible, seguida del trepidante cortejo de metal y madera, de luces fugaces y torbellinos de papeles y nubes de polvo, vapor y arena que recibirían de espaldas, en el fondo orgullosos de sentir sus cuerpos golpeados por la correlación física de aquella inmensa fuerza del espíritu. «Va a conectar con el ascendente de Galicia, el 2015», dirá uno de ellos en el momento de volver a la mesa para proseguir la cena; «Hoy ha pasado como una exhalación», comentará don Tertuliano antes de llevar la copa a los labios. Solamente la visita nocturna al burdel (en uno de cuyos gabinetes celebraban una previa tertulia y solían cantar a coro, balanceándose en compañía de algunas chicas, Flor de té, entre copas de un champán de un precio más que razonable), les devolvería la seguridad de que la excursión no obedecía solamente a motivos inconfesables, y además de suministrarles un pretexto no susceptible de discusión, la adornaría con ese gusto por la virtud con que el pecador se recrea a la salida de sus desmanes.

En cuanto don Tertuliano supo que un tal Yarza había sido detenido y conducido al almacén de La Forestal, no lo pensó dos veces. Con el tal Yarza, un hombre que no vivía en Región y sólo estaba allí de paso un par de veces al mes, estaba asociado en unos negocios de camiones, graveras y otros suministros y transportes, pero su participación en ellos debía ser bastante exigua, motivada tan sólo como abono o recompensa por los servicios profesionales que le había prestado en algunos asuntos litigiosos con unos cuantos paisanos y pequeños propietarios con quienes Yarza comerciaba. Tertuliano Herencia era una de las personas más conocidas y respetadas de todo el valle; un hombre que tenía acceso a todos sus pueblos, caseríos y rincones, que gracias a una memoria fuera de lo común conocía todas las propiedades, las relaciones familiares, la manera de vivir de sus habitantes, sus fortunas y buen número de sus secretos; era una suerte de viviente registro de cuanto allí acontecía; doctor en leyes, ejercía su profesión apenas sin salir de su casa de dos plantas que habitaba desde antes de enviudar —hacía mucho de eso, una delicada mujer que trajo de fuera apenas gozó de cuatro años de un matrimonio que él nunca intentó ensayar de nuevo—, en compañía de un ama de llaves que cumplía todos los menesteres femeninos y un criado —al que decía odiar con toda fidelidad— que por las tardes actuaba como secretario, mecanógrafo, recadero y mayordomo. Su despacho en la planta baja era la mejor expresión de un caos que se puede conseguir tan sólo con papel. Cubiertas las paredes con estanterías donde se alineaban los Espasas, los Aranzadi, los Alcubilla, los Anales y los Manresa —en la más anárquica y lujuriosa

miscenegación, en las más heterodoxas posturas—, todo lo demás estaba tapizado de papeles. Los folletos, los expedientes, los recortes, los escritos, oficios y sentencias cubrían todo el suelo, las dos mesas, un sofá *chester* con numerosas erosiones, los dos asientos de rejilla para los clientes y hasta su propio sillón, pues don Tertuliano, para mantener un punto del orden de las prioridades, acostumbraba a sentarse sobre sus papeles más urgentes y no era raro que estando despachando tuviera que levantarse para rebuscar bajo sus posaderas el escrito —arrugado por su peso— que un propio venía a requerirle, tal como estaba anunciado. O de debajo de las posaderas del cliente, obligado a levantarse por un momento con un educado «Usted me permite». En una comarca aficionada al pleito, Tertuliano Herencia gozaba del máximo prestigio entre los paisanos porque, como abogado, lo ganaba casi todo; debía ser tan competente que la última década había significado un cierto declive para su bufete, a causa de la desconfianza de algunos propietarios —los más aficionados al litigio— hacia quien no sólo lo ganaba casi todo, sino que, con un arte propio y ciertamente intransferible, todo lo simplificaba mediante una doctrina muy simple —la de «cualquier cosa antes que el Juzgado»— y un indiscutible talento para llevar la concordia a las partes querellantes, lo que con frecuencia no coincidía con sus deseos.

Hombre culto y cáustico, tenía verdadero gusto por la pluma y —haciendo uso de palabras como albalá, anticresis, hetría, torticero o acollonado— escribía en el más picante castellano —envidia de los Ruán y de don Severo, que difícilmente se expresaba con la palabra escrita— de aquella parte del país. Y, naturalmente, era aficionado, muy aficionado, a la política, que constituía el tópico mayoritario de su tertulia en el Club de Tenis, en los bajos adjuntos al Cuatro Estaciones. Y, naturalmente, en su juventud había sido admirador de don Alejandro, de cuya política estatal se sentía un tanto decepcionado en tanto mantenía íntegra toda su fidelidad a su política social. En cuanto don Tertuliano supo que aquel Yarza había sido detenido y se hallaba incomunicado en una celda de La Forestal, se presentó en el almacén sin más propósito que sacarle de allí, fuera como fuere y pesara a quien pesare. Agulló no podía sospechar que sus hombres se levantarán de sus asientos ante la presencia de don Tertuliano y le abrieran las puertas y le condujeran por los pasillos, incluso con saludos respetuosos. Todo su dispositivo se vino abajo ante la arrolladora entrada del tribuno que, sin siquiera tomar asiento, le dijo sin ambages qué le llevaba por allí. Ni siquiera Agulló acertó a encajar su cigarrillo en la boquilla de carey, un detalle imprescindible para que el visitante perdiera su aplomo. Pero don Tertuliano no podía olvidar que —a pesar de mantener con el reo una relación muy discreta y ser consciente de su catadura derechista— en un par de ocasiones Yarza se había unido a la excursión a Macerta y, de consuno con los demás, había admirado el paso de la Mallé. Eso bastaba; había oído de algunos desmanes perpetrados por la gente de Agulló —a la mayoría de la cual conocía y había ayudado en las huelgas del 34—, a

los que no había dado demasiado crédito ni concedido mucha importancia, pero cuando adquirió la certeza de que en Región estaban ocurriendo cosas imperdonables (más o menos cuando salieron las dos columnas en dirección a Socéanos) y no perpetradas por gentes de fuera ni provocadas por un momento de arrebató, sino conducidas por una mano decidida a marcar todo el pueblo con su encono, no vaciló en poner de inmediato todo el peso de su influencia para restablecer un orden alterado por unos irresponsables. Lejos de quedar impresionado por la boquilla, don Tertuliano exigió la inmediata entrega del reo, así como una relación detallada de todos los inquilinos del almacén por si alguno de ellos podía ser considerado como su cliente y exigirle la prestación de sus servicios profesionales. Anastasio Agulló apenas pudo articular unas frases o unas palabras sin demasiada ilación: «Una investigación a fondo..., la Delegación de Orden Público..., el examen de responsabilidades..., el enemigo...». Agulló depositó la boquilla sobre el cenicero e hizo intención de consultar unos papeles que extrajo del cajón. Don Tertuliano desprendió el cigarrillo de la boquilla y, ante la mirada incrédula de Agulló, aplastó su brasa contra el cenicero. «Déjate de tonterías y entrégame a ese hombre», dijo, «y no me hagas perder más tiempo». Trajeron al reo, que tiritaba de frío, con una camisa abierta por el cuello, el pelo alborotado y una barba de cuatro días. Agulló, para al menos salvar algo de su prestigio, encendió otro cigarrillo que encajó de nuevo en la boquilla, sacó del cajón un folio cortado por la mitad, con unos encabezamientos y tres líneas escritas a máquina que, tras rellenar con su pluma un espacio en blanco, ofreció al reo para que firmase al pie. Don Tertuliano leyó el boletín —mientras el otro sostenía la pluma—, que dejó de nuevo en la mesa, para a continuación ordenar a su amigo: «No firme usted nada». Cogió del brazo a Yarza y se dirigió por última vez a Agulló: «Mañana quiero tener esa relación en mi despacho»; luego, y sin más, abandonó el almacén, no sin que los milicianos de guardia se levantaran a abrirle las puertas y desearle buenas noches<sup>[10]</sup>. Cuando después del incidente Agulló recapacitó sobre lo sucedido, decidió aprovechar la primera ocasión que se le presentara para aprehender a don Tertuliano, encerrarlo en una celdilla del almacén, vengar la afrenta recibida y restablecer un prestigio y una autoridad supuestamente lesionados por la incursión del abogado. Pero el abogado sabía a qué atenerse. Le aconsejaron que se escondiera, que como tantos otros buscara refugio en el campo, que, en última instancia, intentara pasarse por el monte al otro bando, pues de otra forma podía dar por seguro que sus días estaban contados. Pero el abogado sabía a qué atenerse. Optó por quedarse en casa, a la espera de la llegada matutina de la gente de Agulló, y ni por un momento cruzó por su cabeza la idea de hacerse con un arma. Si las suyas propias —dijo— no bastaban para defenderle, bien podía dar por terminada su carrera. Dos días después del incidente tuvo la osadía de enviar a su criado, Mariano<sup>[11]</sup>, al almacén de La Forestal, provisto con un oficio sellado por el Comité y

una carta propia, exigiendo a Agulló la entrega de la relación requerida. Mariano, como bien se puede imaginar, volvió con las manos vacías, pero con aquella añagaza don Tertuliano acertó a poner en un compromiso al cabecilla y a obligarle a refrenar sus impulsos como consecuencia del respaldo del Comité, fuera poco o mucho, que demostró tener. Un par de semanas después del incidente (por entonces las noticias que se recibían en Región acerca de los combates en la sierra no podían ser más confusas y ya empezaban a correr toda clase de rumores sobre la inminente entrada de las tropas de Macerta) se presentó en su casa Juan de Tomé, que también había sido detenido y llevado a La Forestal, de donde logró evadirse, tras permanecer allí cuarenta y ocho horas, gracias a una de sus astucias. La pintura que le hizo Juan de Tomé de la situación no pudo ser más tenebrosa; según él, a la vista de los rumores que corrían, Agulló estaba decidido a sacar a todos sus presos, con el pretexto de evacuarlos, y fusilarlos en una noche; se había propuesto, con la anuencia del capitán Andrés, liquidar el Comité y, tras hacerse con todos los resortes de la ciudad, establecer sobre ella un dominio incontestado que se iniciaría con una serie de razzias que no era difícil presumir por dónde habían de empezar. Aquella noche, entre don Tertuliano, Juan de Tomé, el señor Rumbal y el capitán Asián montaron la réplica a aquella amenaza. A la mañana siguiente don Tertuliano fue detenido, pero no por la gente de Agulló, sino por unas milicias al mando del capitán Asián y Juan de Tomé y trasladado, no al almacén de La Forestal, sino a las casas de Borques, junto al Fielato, donde, con su llegada, quedó inaugurada la segunda cheka de Región, rival de la primera. Cuando llegó a oídos de Agulló que una segunda cheka bajo el autoritario nombre de Servicio de Información y Censo del Comité de Defensa, se decidía a competir con su monopolio policíaco y contaba con armas y efectivos propios, tentado estuvo de resolver la rivalidad mediante una confrontación directa y cruenta en el momento en que los dirigentes más enérgicos del Comité y sus mejores fuerzas se encontraban en la sierra empeñados en la lucha con el enemigo común. Pero Agulló no era hombre de coraje ni sabía cómo manejar sus hombres en la calle y a pleno día; y en cuanto a la noche, una cosa era presentarse en un domicilio particular y llevarse una persona para justificar la rapiña y otra muy distinta tratar de forzar las casas de Borques, repletas de hombres armados a lo que le habían dicho. El capitán Andrés pareció no querer enterarse del asunto o, por lo menos, no quiso concederle la importancia que tenía, a pesar de que Agulló trató de convencerle por todos los medios de la suplantación de la personalidad del Comité por parte de unos individuos que no estaban acreditados para actuar en su nombre. Pero ¿por qué estaba acreditado Anastasio Agulló? Con creciente inquietud había venido observando el capitán Andrés las actividades de su lugarteniente y su ascendiente influencia, ganada gracias a una cierta licencia para el pillaje y a una total libertad de conducta, sobre unos hombres que lejos del campo de batalla se habían acostumbrado a sentirse los dueños

de la ciudad a partir de la caída del sol. Una parte de ella —una parte exigua, aunque la más lujosa, por falta de tiempo para llevar a cabo un saqueo concienzudo— había sido expoliada por los asturianos; pero a pesar de tratarse de un pueblo pobre aún quedaban un par de relojerías (que hasta las de portal parecen de manera muy especial despertar, y en ocasiones satisfacer, el instinto predatorio de la masa alborotada, ansiosa de saldar con relojes la larga deuda de tiempo perdido en la miseria), unos cuantos comercios y almacenes, media docena de mansiones del barrio de la Colegiata y todos los pisos de la calle Císter y sus aledaños que recibieron las reiteradas visitas de las milicias del pueblo, tantalizadas por unas riquezas que no sabían disfrutar ni gobernar, nunca contentas con lo que se había llevado en la ocasión anterior. En julio los milicianos se dirigieron, en primer lugar, a los garajes, ofuscados por los coches, lo más codiciado de todo, de suerte que los primeros parados que provocó la revolución fueron chóferes y mecánicos que, salvo los que se sumaron a ella, pronto se vieron plantando patatas en pequeños huertos recoletos hasta que, llamados por los mismos que habían usurpado su oficio, de nuevo tuvieron que dejar la azada para reponer un palier o limpiar un delco. Cuando amainó la erupción automovilística, allanaron los pisos en busca de joyas y radios; no había en Región por aquel entonces más de cincuenta aparatos —casi todos de estilo ojival y dos botones, con un locutorio central gótico tardío que discretamente ocultaba al pequeño doppelganger con una pieza de terciopelo marrón—, un censo presidido por la gigantesca Waterkahn de doce lámparas, con gramola, orgullo de la casa Ruán, que en volandas salió de la casa de la calle del Potro y en volandas fue paseada —rodeada de fusiles— como una imagen de culto o como un aristócrata en su último viaje hacia la Concordia, demasiado ofuscado por la luz del día para reparar en los trompicones del carramato o en el griterío de la muchedumbre. (Su propietario, Ricardo Ruán, la vería alejarse calle abajo sin ninguna clase de pesar y acaso con cierto regocijo porque ¿contaba así con un irrecusable pretexto para retirarse por toda la duración del verano a Escaen, donde seguiría las vicisitudes de la revolución a través de su aparato de galena, tan aficionado a recibir toda clase de noticias ominosas?). Luego le tocó el turno al metal: de los candelabros (esa multitud de candelabros que como los prisioneros de guerra tienden a agruparse con los brazos en alto, que cobran una insólita envergadura en cuanto testimonios del expolio y ofrecen sus trabajados receptáculos en homenaje al sacrificio que aceptan como vicarios de un señorío fugado), ufanos del mal trato con que unos milicianos sin afeitar les sacarán del largo sueño en la penumbra de las vitrinas, de las cuberterías, de las bandejas y centros de mesa, reunidos por primera vez veinte años después de la boda; para terminar en los días de la porcelana y el cristal, las lágrimas de Bohemia enjuagadas en la cruda lana y las figurillas de Sévres prolongando su innecesario diálogo entre los cajones de un archivador, indicio de que para ellas —solidificadas en un ayer epigramático—

ningún cambio de medio significará una alteración de la ridícula, risueña y complacida compostura, ni tampoco la amputación de un miembro.

Bastaron dos meses para que Agulló —empujado al mando al socaire de los asturianos, cuyos métodos aprendió a la perfección durante su estancia de cuatro días — se distanciara de los hombres del Comité y tanteara su propio camino —y el de unos pocos adictos— a través de la revolución; ninguna clase de amistad, afecto o fidelidad le unía al Manchado, de quien se decía subordinado tan sólo para contar con su protección ante una posible intervención del Comité en sus actividades y al que tenía tácitamente sobornado con una participación en su botín de guerra; muy probablemente nunca habló de ello, y ni siquiera lo insinuó, pero ya para aquel entonces se había fraguado la leyenda del tesoro que Agulló había acumulado con sus correrías y que había escondido en una granja custodiada por sus hombres y que — cómo no— llegó a oídos del capitán Andrés. El afán de mando que desde siempre había marcado el carácter del capitán Andrés, que le llevó a mantener las distancias con sus superiores y subordinados (hasta la llegada de la misión Lamuedra, cuyos hombres representarían a sus ojos el poder total), a no mezclarse sino muy encima en las actividades del grupo de La Forestal y a —por temor a la mirada del viejo Constantino, que desde lejos podía seguir sus pasos y pedirle cuentas de cualquier abuso— aparentar desinteresarse del famoso botín, en la seguridad de que cualesquiera que fueran las añagazas de Agulló seguiría bajo su férula y control siempre que él supiera conservar el poder de las armas, había de concluir en un cierto aislamiento en los días en que salieron para la sierra las dos columnas y quedó poco menos que dueño absoluto de la ciudad. Sabía que una ocasión como aquélla no se le presentaría dos veces; que afianzándose en el mando y manteniendo junta a su gente, unido eso al inevitable desgaste que habían de sufrir los hombres y las fuerzas despachadas a Socéanos, podía convertirse en la primera fuerza de Región, no sólo la más numerosa y coherente, sino la que por estar ocupando la posición central gozaba de las mejores oportunidades para subordinar a las demás y adquirir el control del Comité al que aspiraba a convertir en un órgano consultivo, sin mando directo sobre los diversos organismos apresuradamente bosquejados aquel verano. Sabía también que no gozaba de un tiempo ilimitado, pues cualquiera que fuera el resultado de los combates en Socéanos la llegada del invierno había de imponer un alto en las hostilidades y la vuelta, antes de la Navidad, de las unidades allí destacadas; para sus adentros, tenía que reconocer que nada sería tan contrario a sus propósitos como una decisiva victoria en la sierra y el regreso de los capitanes —y en particular Mazón— con tan cualificado ascendiente, por lo que las primeras noticias que llegaron a Región acerca de unos resultados nada reconfortantes no hicieron sino incrementar su confianza y desdeñar la rivalidad —simultánea con aquéllas— que había surgido entre dos sectores de la guarnición a su mando; y, por último, empezaba a

comprender la irreversibilidad de las situaciones de hecho, la necesidad de abandonar los mandos colegiados, la obediencia voluntaria e involuntaria que inspira la fuerza armada y la imposibilidad en tiempo de guerra (y tal vez en tiempo de paz también) de oponerse a ella si sabe sujetar y manejar sus armas con firmeza. No era un hombre como el capitán Andrés, después capitán Fernández y antes el Manchado. En contraste con otro tipo de capitanes que en aquella contienda surgieron espontáneamente del pueblo y, sin mucha o ninguna preparación, al mismo tiempo que las armas tomaron el mando y lo ejercieron con el ejemplo de un coraje y una resolución en pocas ocasiones acompañados de ingenio y destreza, el capitán Andrés no era un hombre echado para adelante. Era ambicioso pero no atrevido, y conocía mejor la meta a la que quería llegar que el camino que tendría que recorrer para alcanzarla; de esa suerte, si en la previsión de los acontecimientos inmediatos se situaba por lo general por delante de sus colegas y compañeros de armas, en cambio, su consumación le sorprendía siempre un poco detrás de ellos, en el momento de tomar una decisión un tanto tardía y con frecuencia innecesaria. No se atrevió a suplir la vacante de Espejo, que él mismo había provocado, con uno o dos hombres de su entorno, Barroso o Agulló, tanto porque el resto del Comité pudiera revolveerse contra tales designaciones y posteriormente contra él, como abusos de un hombre lanzado a la adquisición del poder y dispuesto a coparlo con su camarilla personal, cuanto por recelos hacia aquellos dos hombres que a su sombra habían adquirido un relieve considerable y que, llegado el momento, podían tratar de equipararse a él desde sus respectivos puestos o de eliminarle por cualquiera de los procedimientos que había practicado contra sus adversarios o vecinos incómodos. Se ve, una vez más, que en tales circunstancias y con vistas a la resolución de los propios propósitos el pensamiento ha de ser simple y la acción rápida y concluyente; que no se puede nadar y guardar la ropa; que el tiempo consumido en medir las ventajas o inconvenientes de un cierto acto puede ser tiempo perdido, cuando bajo el artificioso equilibrio del balance bulle el futuro; que toda opción es una aventura y que no prevalecerá quien anteponga su seguridad y pretenda embarcarse en ella sin correr grandes riesgos; y que quien se lanza a la conquista —sea del poder, sea de lo que sea— lo hará tanto mejor si no cuida sus espaldas.

La presencia de Tertuliano Herencia y otros hombres muy significativos en las casas de Borques, detenidos por la recién nacida brigada de Juan de Tomé, vino a levantar toda clase de sospechas en las oficinas de La Forestal, donde la influencia de las juventudes socialistas y comunistas se hizo más evidente en las primeras semanas del otoño. A medida que se fueron perfilando las tendencias y afiliaciones políticas de unos y otros —y que más que proceder de antiguas militancias se produjeron, en la mayoría de los casos, como consecuencia de la necesaria asociación a un partido de todo individuo dispuesto a participar en la beligerancia (y por la misma razón que

todo individuo deseoso de disfrutar del espectáculo de un deporte difícilmente puede dejar de ser partidario de un club o un as), o del abandono a regañadientes de una neutralidad a duras penas conservable en tiempos tan comprometedores, o como refugio en el mal menor ante el crecimiento de un grupo o una ideología vistos con desagrado, o para salvar con un carnet un pellejo contrariado e indeciso, o a causa también de una sincera conversión, transmutación frecuente en una atmósfera ozonizada por tantas descargas doctrinarias de uno u otro signo— se fue impersonalizando la tragedia, encomendada no a héroes, sino a representantes de las diversas facciones, pero sin que en el reducido escenario de una pequeña ciudad de provincias semejantes libreas acertaran a encubrir plenamente a las personas que con ellas se cobijaban. Un cierto autor ha venido a describir la Guerra Civil en Región como una reproducción a escala comarcal y sin caracteres propios de la tragedia española. Sin embargo, ha olvidado o desdeñado el hecho de que toda reducción, como toda ampliación, concluye, se quiera o no, en un producto distinto de la matriz, no sólo formado a veces de una sustancia diferente, sino en el que —a causa de la diversa elasticidad de sus ingredientes en el momento de ser dimensionalmente alterados, aun conservando la homotecia general entre los dos todos— ciertos componentes ejercen sobre el conjunto un influjo que es distinto según sea su dimensión. Si a ello se añade que cuanto más reducido y menos poblado es el campo de la tragedia, mayor influencia tendrá el héroe o el individuo (aun cuando la propaganda montada en torno al líder pretende hacer creer todo lo contrario), se admitirá que la transformación homotética de un fenómeno histórico nacional para la representación del mismo a escala local provocará las suficientes deformaciones como para proveer una imperfecta e inexacta composición. De la misma manera que el grano de la película sólo brota en la fotografía a partir de cierta ampliación, el individuo sólo es perceptible en un campo reducido; en el paso siguiente sólo se verán granos o sólo individuos, desvanecidos los vínculos de luz y sombra que los unen o separan en la visión de conjunto. Se pensará, por tanto, que la elección de la distancia focal es esencial para obtener el cuadro que se desea; se concluirá, sin embargo, que cualquiera que sea esa distancia —y tal vez elegida al azar— se obtendrá un cuadro y sólo uno, ni más exacto ni falso que cualquier otro, más o menos satisfactorio para el ojo que lo contempla y más o menos concordante con la curiosidad que le llevó a contemplarlo. Hacia el final de verano todos los protagonistas de la lucha tenían un apellido político, para la beligerancia toda independencia había quedado anegada por la afiliación, pero aun en Región prevalecían los nombres propios cuyo historial había de ejercer tanta influencia como la de los vectores ideológicos. O quizá más, mucha más. Ciertamente don Tertuliano podía ser considerado como un antiguo y abierto simpatizante del partido radical cuya representación pública y cuyas cabezas más conspicuas se habían desvanecido



con el primer gobierno socialista que tomara sobre sí las cargas y responsabilidades de la guerra; de ahí cabía colegir que el partido radical —y todos sus simpatizantes— habían abandonado la causa republicana para elegir la neutralidad o el exilio o ambos a la vez, cuando no su alineación con la pequeña burguesía pendular que tras la algarada del Frente Popular se inclinaba —cada día con mayor ángulo— hacia la restauración monárquica; y de ahí a buscar, perseguir, encarcelar y a veces ejecutar a todo miembro o abierto simpatizante del partido radical, no había más que un paso; el mismo tratamiento recibirían no sólo los miembros o abiertos simpatizantes de cualquier partido que no hubiera entrado a formar parte de la coalición formada a principios de septiembre en torno a Largo Caballero, sino todos aquellos ciudadanos con una cierta notoriedad —aunque sólo fuera la de su desahogo económico— que no hubieran entrado a formar parte de los partidos u organizaciones que habían otorgado su apoyo o habían entrado a formar parte del Gobierno de Largo Caballero. Si una revolución social obliga a todo ciudadano a entrar en la política activa, lo quiera o no, ¿a qué no obliga una doble revolución como la que sacudió el país en julio del 36? Pero así como la revolución permite —y más que permite, impone, pues hasta en los momentos de mayor agitación social la política será cosa de unos pocos que no toleran así como así la entrada de advenedizos en el club de los dirigentes— la pasividad de todo el cuerpo popular cuyos intereses dice defender, con todo ahínco extorsiona la indiferencia política de las clases adversarias, en pos de una movilización total que no deje espacio alguno a la neutralidad. Tal es el desiderátum de una revolución, una vez asentada: las clases propias deben volver al trabajo, con toda normalidad, en tanto las enemigas deben agitarse a fin de ser hostigadas; y así sólo en los tiempos de agitación social proliferan los enemigos del pueblo, hundidos en el sopor de la siesta y en las poltronas de los casinos en tiempos de paz, o atentos al naipe de la cuñada en torno a la mesa camilla. Tertuliano Herencia podía presumir de constituir un caso límite de la acusación: hombre que no poseía grandes bienes ni intereses, que toda su vida había hecho gala de una encomiable independencia respecto a los poderes públicos y las fuerzas vivas, había dedicado el ejercicio de su profesión —el más activo en su especialidad en toda aquella tierra— a la defensa de los intereses de los más débiles; se sabía de numerosas ocasiones en que se había negado a prestar sus servicios a determinados clientes para determinadas causas que no se acomodaban a sus puntos de vista, con la consiguiente renuncia a unos satisfactorios honorarios, y de su costumbre de pasar tan sólo una factura simbólica a quien se viera en la necesidad de hacer un sensible sacrificio para abonar el baremo; hombre cáustico y a su manera vividor, bienhumorado, no hacía ningún alarde de ello y dotado de un envidiable pudor hacia toda clase de patetismo no renunciaría al cinismo para ocultar, bajo la capa del provecho, su vocación y sus afinidades: «Porque no hay como los pobres —decía— para pagar a punto y bien». Republicano

de toda la vida, hijo de un campesino hacendado que lo había puesto todo en la educación de su hijo y que si hubiera sabido lo que era la república, habría sido republicano: «Con lo cual yo habría salido monárquico, monárquico de toda la vida, como lo era mi padre que, afortunadamente para mí, no sabía lo que era la monarquía; porque nada podía ser más estimulante que llevarle la contraria a mi padre», acostumbraba a decir. A pesar de sus simpatías por el partido radical —y más que por el partido radical por la figura bigotuda de don Alejandro—, siempre había mirado con una especial ternura a los jóvenes que intentaron revitalizar —movidos por cualquiera sabe qué capricho— el partido federal y con sumo agrado —y un cierto apoyo— había seguido la campaña que como candidato de ese partido emprendió Eugenio Mazón para los comicios del otoño del 33, acompañado de aquellos decadentes amigos que lograron por espacio de unos meses poner y mantener en marcha aquel *Lagonda* que nadie se explicó nunca de dónde había salido. Aquellos jóvenes le hicieron gracia a don Tertuliano y no dudó en sumarse a algunas de sus correrías, a los insensatos actos con que intentaron animar el valle aquel otoño predicando doctrinas tan poco apropiadas al lugar y a la época como aquellas de la «futilidad del padre» o la «imperiosa necesidad del desengaño». Tampoco dudó en tomar la palabra en algún mitin o en algún banquete, antes de que el capitán Asián echara a volar su pájaro que dondequiera que fueran era el número más aplaudido; no dudó en lanzar al viento algunas frases arrebatadas, siempre en defensa de la belleza; no dudó en salir en defensa de la mujer, y no en busca —venía a decir— de un reconocimiento tardío ni en pago de una antigua deuda cuyos intereses estaban por ver. No dudó a la hora de poner de manifiesto sus predilecciones ni a la hora de acusar, de denostar y de ironizar. Para aquel grupo de jóvenes un tanto decadentes que optaron por abandonar Región al final del bachillerato y corrieron a Salamanca, Madrid, Barcelona y hasta París (y sólo uno había de volver con el título de licenciado), que sabían todo lo que pasaba en el mundo y lo último que se llevaba aquí o allá y todo lo ignoraban acerca de su tierra, a la que volvieron con la llegada de la República a recabar fondos familiares para iniciar y financiar sus heterodoxos y poco recomendables proyectos (uno quería montar un taller de fotografía, otro pretendía rodar un documental, un tercero se dedicaría a la peletería, sólo uno de ellos decidió quedarse en casa y sumarse al negocio familiar), don Tertuliano no sólo era una fuente inagotable de conocimientos que les abrió los ojos respecto a los secretos de todo orden que su tierra escondía, sino que —un año después de aquellos famosos comicios— les introdujo en los medios, sobre todo en la cuenca minera, que trataron de hacer causa común con sus hermanos cisregionatos para reproducir en Región la revolución de Asturias. La cosa no pasó de una explosión de palabras ruda y rápidamente sofocada por la contundente actuación de la Guardia Civil que se llevó a alguno al cuartelillo, a la salida del cual decidió volver a Madrid o a Barcelona donde

al menos se podía respirar. El movimiento no se reprodujo en el 36, sin duda, porque la mayoría comprendió que en aquella ocasión la sanción no se limitaría a una breve estancia en el cuartelillo y, por esa razón, la segunda (o tercera) revolución de la década se tuvo que llevar adelante sin la cooperación de sus hijos más cosmopolitas y, por consiguiente, sin excesiva exaltación lírica<sup>[12]</sup>. Pese a su sagacidad, el primero en caer en la trampa fue Anastasio Agulló, demasiado seguro del poder que ostentaba y del miedo que inspiraba para vislumbrar el cerco que se estaba montando en torno a La Forestal desde la ciudadela de Borques. Allí habían quedado confinados Tertuliano Herencia, Antonio de Mena, Julián Burgos, otros hombres bastante conocidos y otros más cuyos nombres nada significaban para La Forestal. Pocos días después —y con lo que a todos había de parecer una evidente desgana y por un procedimiento nada apremiante— el capitán Andrés exigiría la disolución de la milicia, la entrega de los reclusos y su traslado a las dependencias de La Forestal, a lo que desde Borques se le replicó —con un lenguaje asaz firme— que solamente se accedería a ello si así lo disponía el pleno del Comité de Defensa y a cuyo efecto se propuso una convocatoria del mismo que habría de celebrarse a la vuelta de unos días, habida cuenta de la ausencia de tres de sus miembros. No sólo querían ganar tiempo. El capitán Andrés no tenía el menor deseo de ver aparecer por Región a los ausentes y aceptó la condición, convencido de que mediante un pucherazo en el colegio de los Escolapios podía ahorrarse el asedio o el ataque a las casas de Borques —una elección que correspondía con su carácter exigente e indeciso— y dispuso la fecha para la celebración de la reunión al mismo tiempo que tomaba a su cargo el envío de las citaciones a los miembros ausentes de Región, incluido el viejo Constantino. Sus adversarios contaban con que con cualquier subterfugio evitaría tales comunicaciones, así como con el corte y control de las carreteras y el bloqueo de todas las salidas en dirección a la sierra. En previsión de ello, Enrique Ruán fue apresuradamente despachado a Bocentellas con una carta de Herencia para Constantino, en la que el abogado le instaba a acudir a Región a la mayor brevedad para asistir a la mencionada reunión, donde podía ponerse en juego la suerte de varias personas, amigos suyos algunos de ellos, y la misma existencia del Comité; también había recibido Ruán instrucciones para seguir hasta el puente de Doña Cautiva para establecer un contacto directo con Mazón y explicarle la gravedad de la situación, no sólo la de los hombres reunidos en torno a Tomé y los reclusos de La Forestal, sino la de cualquier persona no adicta a Agulló si el pueblo entero caía bajo la férula de su camarilla. Pocas horas después de que Ruán abandonara Región subrepticamente, la gente del capitán Andrés había dispuesto controles en todos sus accesos, lo que no impidió que dos hombres burlaran su vigilancia para tomar el camino de Sepulcro Beltrán por la dirección de Jueves y a fin de llevar a Timoner la misma clase de mensaje. Aun cuando por otra vía el mensaje llegó a su destinatario, con notorio

retraso y cuando éste, enzarzado en el combate, bastante tenía con cuidarse de sí mismo y de su tropa, de aquellos dos individuos nunca se volvió a saber nada, pero si fueron aprehendidos por el enemigo, muy posiblemente despertaron la curiosidad y activaron la vigilancia de sus patrullas, lo que para Agulló y sus secuaces había de tener unas consecuencias definitivas.

Ruán no encontró al viejo Constantino en su refugio de Bocentellas; su mujer le hizo pasar al comedor y, con una niña en brazos, le explicó que su marido había salido aquella mañana de madrugada y que no le esperaba hasta el día siguiente; no supo decir hacia dónde se había dirigido, pues no era su costumbre dar cuenta cabal de sus viajes; aun cuando hubiera aceptado la casi paralización de sus canteras, serrerías y obras, no dejaba de visitarlas periódicamente como en tiempos normales, a fin de mantener su orden y conservar lo que era digno de ser conservado; su mujer suponía, con todo, que había ido a Región, pues algo había oído de que necesitaba ver al Manchado. Una vez en la puerta, Ruán dudó sobre el camino a seguir; acudieron a su mente todos los rumores que tiempo atrás habían circulado acerca del apoyo de Constantino Marcos a su antiguo encargado, de su doble juego en el Comité y de la neutralidad que había simulado para encubrir su complicidad con la política emanada desde La Forestal, y vino a pensar que la crisis provocada por los hombres fortificados en las casas de Borques le hubiera decidido a quitarse la careta para hacerse con el mando en aquel preciso momento, pasado el cual, si los vientos soplaban a favor del Manchado, bien podría vaticinar que habría perdido toda posibilidad de mantener su dominio o su ascendiente sobre él; o sin llegar a tales extremos, podía muy bien acudir a Región a prestar su decisivo apoyo al Manchado, a instancia de parte, para resolver a su favor el cisma. Por entonces no pasó por su cabeza la idea de que Constantino fuera a Región movido por una idea muy distinta. Si eso era así —pensó Ruán—, de nada le había de servir volver a Región en busca de Constantino, un hombre lo bastante obstinado, artero y equilibrado como para rehacer sus pasos una vez tomada una decisión de tal trascendencia; si eso era así, la gente de Borques podía despedirse de la ayuda del viejo y, con tal convicción, decidió obedecer el plan previsto y seguir hacia el puente de Doña Cautiva para, al menos, recabar y conseguir el apoyo de Eugenio Mazón, cualquiera que fuese su situación. En el puente —a donde llegó ya de noche— se encontró con una guarnición cuyo jefe, un hombre al que no conocía, el camarada-señor Pou, no sólo tenía instrucciones de no revelar el paradero de su superior y del grueso de la columna, sino que, sin tomar en consideración las escasas referencias y credenciales de Ruán se permitió detenerlo e incomunicarlo mientras no recibiera otras instrucciones al respecto.

Entretanto en las casas de Borques hasta don Tertuliano iba de aquí para allá con un mosquetón al hombro, requiriendo a unos y otros explicaciones sobre su manejo. Se había calado una boina negra hasta las cejas, al cuello se había anudado un

pañuelo verde, se había abrochado un cinturón de reglamento con dos cartucheras y con su ostentórea presencia pronto todo el pequeño arrabal adquirió una tonalidad garibaldina. Hasta se hicieron una foto de grupo, con don Tertuliano sentado en el centro y los más jóvenes subidos a las sillas del fondo o tumbados en el suelo en ambos extremos, obedientes a ese inevitable mimetismo al monumento patriótico de que adolecerá la estampa más revolucionaria<sup>[13]</sup>. Habían adelantado un poco sus líneas hasta ocupar las casas de la revuelta de la carretera desde donde podían observar toda la ciudad y detectar cualquier movimiento procedente de ella y dirigido hacia el arrabal del Fielato. Pronto llegaron los primeros avisos, el anuncio de que los hombres de La Forestal estaban ocupando los balcones y terrazas del barrio de la Colegiata, el campanario de ésta, los sobrados y tejados del barrio de las Ollas y el piso alto del colegio de los Escolapios, donde habían emplazado telémetros, ametralladoras y morteros. Aun con todo eso, para alcanzar las casas de la revuelta les sería preciso ascender en descubierta a lo largo de unos doscientos metros una media ladera que no ofrecía otros abrigos que los olmos de la carretera; desde aquel punto el asalto final a las casas de Borques podía ser más comprometido aún: un monte raso sin ninguna clase de vegetación ni accidente, con una fuerte pendiente, convertía el Fielato y las casas aledañas en un glacis inexpugnable al ataque de la infantería, batida en toda su carrera por los *Mausers* apostados tras las ventanas, con sus minas caladas al 6. Contaban, además, con un par de ametralladoras Vickers enfiladas hacia la revuelta de la carretera, desde donde era más corta la carrera del asaltante, y unas docenas de bombas y granadas de fabricación casera, así como unos cuantos bidones de gasolina, y con todo ello esperaban poder resistir el asalto de los forestales por espacio de unas veinte o treinta horas, pasadas las cuales solamente podría salvarles la gente de la sierra venida en su rescate.

Aquella noche —y tras mil vicisitudes, tanto para escabullirse del cordón de vigilancia de los forestales como para franquear el paso a través de las guardias de las casas de la revuelta— llegó a Borques el capitán Asián, con malas noticias. Según había oído decir por el pueblo —y de labios de personas que lo habían escuchado directamente del Manchado— en la sierra se estaban desarrollando combates muy encarnizados, sin que hasta el momento pudiera aventurarse su resultado. De acuerdo con la experiencia y el olfato del propio Asián eso quería decir, sin más ni más, que las cosas estaban muy posiblemente tomando muy mal cariz para Timoner, Estanis y Mazón, por lo que no parecía razonable esperar ayuda de ellos más allá de un plazo prudencial. Según su cómputo, en aquel momento Ruán tenía que haber localizado ya al viejo e incluso había dispuesto del tiempo necesario para llegarse hasta el Puente, por lo que si no llegaban noticias de los interesados tras un lapso equivalente al consumido, tendrían que dejar de contar con la asistencia requerida. Las próximas horas serían críticas, y antes de cruzar el primer disparo —pensaba Asián— era

preciso reconocer que si los acontecimientos tomaban aquel sesgo, su resistencia en las casas de Borques dejaría de tener sentido y no contribuiría sino a agravar la situación, pues a un Manchado (de nuevo empezaba a evaporarse el nombre de capitán Andrés) advertido del descalabro en la sierra le bastaría mantener aquel no declarado asedio para obtener su rendición, y con ella todo el dominio y control de la ciudad. Entre los cuatro de Borques —Tomé, Herencia, Asián y de Benito, que pronto comprendieron que era mejor no mezclar al señor Rumbal en el pleito— surgieron aquella noche las consabidas diferencias sobre el partido a tomar. A todos se había adelantado don Tertuliano, quien, sin abandonar el mosquetón, insistió en que no habiendo sido confeccionado por su madre con carne de mártir en modo alguno se sentía dispuesto a entregarse para salvar a los demás, gesto por otra parte inútil, pues no hacía falta ni ser un lince ni haber parido a Agulló para comprender que si entraba en Borques allí no se salvaba ni el apuntador. Por lo cual, vino a sugerir, o se definían por la defensa a ultranza, pasara lo que pasare, o cargaban los trastos y se iban con la música a otra parte, esto es, salían de escotillón para escapar de allí hacia Sepulcro Beltrán, y desde este punto seguir a El Salvador, para reunirse con la gente de Timoner o de Mazón o la que quedare... No parecían los otros tres muy dispuestos y conformes con aquella doble propuesta que, en cualquiera de sus dos variantes, se traducía en una entrega de Región al Manchado, si bien la primera requería una previa inmolación que a nadie apetecía demasiado. En éstas surgió la cuestión — planteada por Juan de Tomé— previa: la pregunta que durante toda una vida asolará a un filósofo y por unos instantes sosegará al cazador; la que se hace el hombre que persigue un objeto y, tras un giro desconcertante, se detiene a preguntarse si se habrá enterado (el objeto) de que es objeto de tal persecución y —por ende— si vale la pena emprender una persecución que al perseguido no afectará tal vez jamás. Con ello sólo quería decir que acaso las diferencias —vistas desde el lado del Manchado, Agulló y Barroso— no hubieran llegado hasta el punto de tener que dirimirlas con las armas; que quizá valiese la pena intentar una embajada cerca del Manchado con vistas a llegar a un acuerdo para restablecer la autoridad del Comité y crear conjuntamente una comisión con mando sobre todas las fuerzas de Región, en tanto se incorporasen los miembros ausentes. En tales discusiones se hallaban cuando oyeron los primeros disparos, bastante lejanos, un picado de fusilería sin acompañamiento de otras armas. Dijo don Tertuliano: «Cada uno a su puesto», y todos corrieron a ocupar el suyo correspondiente, con esa firmeza de última hora que empaña y deja atrás la confusión de la que nace.

No había para qué. En sus puestos permanecieron por espacio de varias horas, atentos a los guiños de las tinieblas y los susurros del silencio, en ese larvado estado de la espera y envueltos en el algodón de sus voces quedas; de la misma manera que el individuo aquejado de un incipiente dolor (y todo dolor que se abre paso poco a

poco esconde tras su aparente benignidad la amenaza implícita en su larga y oculta gestación, la gravedad de un proceso que sólo se manifiesta y despliega cuando está cierto de provocar daños irreparables) para desmentirlo o restarle importancia a sí mismo se dice que los síntomas se producían desde siempre y el nuevo estado no es consecuencia del nacimiento de un mal, sino de una agudización de la sensibilidad que agiganta los fantasmas que rodean a todo estado de salud, y a ese fin sin llegar a recrear el pasado aporta del ayer los testimonios que necesita para esa prueba, pero cambiados de signo, para dar importancia a lo que antes no la tenía y apreciar una magnitud que hasta entonces era insignificante, se decían que aquellas descargas de fusilería procedían de grupos incontrolados de forestales que no sabían ni estarse quietos ni divertirse de otra manera que jugando con sus armas y se producían todas o casi todas las noches —a la hora en que sube la fiebre del enfermo— sin que hasta entonces se hubieran molestado en percibirlos, en cierto modo acostumbrados a aquel crónico y nocturno malestar que al adquirir una intolerable proporción les reafirmaría —por si tuvieran necesidad de hacerlo— en su decisión de hacer cuanto estuviera en su mano para conjurarlo y devolver al pueblo la salud y la fortaleza precisas para luchar contra aquel segundo mal. Habían instruido a los hombres apostados en las casas de la revuelta, que en caso de que se produjera el asalto no intentaran una defensa a todo trance; que abrieran fuego sobre los asaltantes desde el primer momento, pues en cuanto éstos abandonaran sus posiciones en el arrabal se encontrarían al alcance de sus fusiles; que sólo disparasen a tiro hecho y ahorrasen munición y que, antes de sufrir bajas, en cuanto considerasen que el ataque tenía una cierta consistencia se replegasen al amparo de la carretera hasta el Fielato donde se les esperaba, presta la defensa. Recibieron las primeras luces del día en aquel estado de alerta, con la sobria y tiritante embriaguez de una vigilia inútil y un corazón que late en el vacío, demandando más sangre. A duras penas sabían dónde estaban, qué tenían que hacer salvo calentar algo, comer algo, hablar lo menos posible para conservar el calor, el valor y el candor de una recién adquirida supervivencia adiestrada por una suplente de la muerte. No fue tanto la mañana (una mañana plomiza, de cristales empañados y goterones negros) la que abrió un nuevo paréntesis de paz y sosiego, sino las sedantes e inexpertas columnas de humo de las chimeneas de Región que quemaban sus reservas de carbón y leña ajenas a la guerra, obedientes tan sólo a una antigua costumbre. Uno de ellos —tal vez Jorge de Benito— que tras sacudirse la modorra decidió ceñirse el correa para recorrer los puestos y comprobar el buen estado de las guardias, encontró a don Tertuliano tumbado en un pequeño y desvencijado sillón, con el mosquetón entre las piernas estiradas y abiertas, la cabeza caída y la boca entreabierta, sumido en un sueño acompasado por ese ronquido despreocupado del viajero que dormido sabe que su destino está todavía lo bastante lejos como para turbar su reposo. Con cuidado de Benito retiró el

mosquetón de entre sus piernas, lo dejó en un rincón de la estancia y cubrió las piernas y el pecho de don Tertuliano con una de tantas mantas que había por allí.

No consideraron conveniente discutir sus próximas decisiones en tanto durmiera don Tertuliano. Ni siquiera lo mencionaron. Cada cual se mantuvo en su puesto (sin duda ocupado en esas minúsculas divagaciones que aprovechan los momentos de impuesta soledad y espera para introducirse en la mente de todo guerrero) y no relajaron la vigilancia. No les despertó la fusilería. El ronquido de unos motores y unos golpes de puertas les sacaron de su sopor y cuando unos y otros quisieron darse cuenta de lo que ocurría ya estaba el zaguán del Fileato ocupado por unos cuantos hombres armados que abrieron paso al viejo Constantino, seguido del capitán Fernández. Su propósito no era otro que la inmediata convocatoria, en aquel mismo local, del Comité de Defensa para las deliberaciones concernientes a la evacuación y defensa de la ciudad, a la vista de las noticias que se estaban recibiendo de la sierra sobre los combates que allí se estaban desarrollando. De acuerdo con tales noticias, no confirmadas, los nacionales se encontraban ya a tiro de fusil de la casa del Perdón y el Puente de Doña Cautiva, donde se estaba reorganizando la defensa del valle con todos los elementos operativos de las columnas de Mazón y Timoner, reagrupados bajo el mando del primero; un despacho del propio Mazón, recibido a primeras horas de la tarde, exigía el inmediato envío de refuerzos a fin de concentrar entre el Puente y Congosto, el punto más apto para la contención del avance enemigo, la mayoría de los recursos disponibles aun a despecho de dejar materialmente indefensa una ciudad demasiado vulnerable como para hacerse fuerte en todo su perímetro. Aunque el despacho no lo decía, era opinión de Mazón —transmitida verbalmente— que si la defensa en el sector elegido cedía ante la presión enemiga, las tropas de Brémond (un coronel al mando de una fuerza mucho más considerable que la que se había supuesto) podían entrar por la calle Císter en las próximas cuarenta y ocho horas.

En un alarde de cierto civismo, el viejo Constantino había decidido pulsar la opinión de todos sus colegas antes de acceder al envío de tales refuerzos, maniobra que sería llevada a cabo por el capitán Fernández con todos sus hombres en pie de armas, con excepción de una compañía retenida en Región en funciones de policía. No porque significara el fin de la crisis, que en buena medida habían protagonizado, ni porque trajera consigo el alejamiento del Manchado y sus elementos más agresivos, todos los allí presentes —sin siquiera detenerse a sentarse, sino al paso y de pie por pasillos y rellanos— se mostraron conformes con el envío de los refuerzos al Puente de Doña Cautiva, y entre otras razones porque semejante solución les había de ahorrar, después de tres días seguidos de agitación, zozobra y vigilia, el trabajo de los preparativos de la defensa de su pueblo, dejada en manos de un destino libre de representar su comedia en una ribera del río Torce. Hay ocasiones en que la historia adopta un cierto itinerario a causa del cansancio de unos protagonistas que no se



molestarán ya en leer el letrero del poste de la encrucijada, cuando el sueño o la fatiga del jinete dejan a la cabalgadura la elección de un último rumbo que se acepta de antemano, cualquiera que sea el punto al que conduce; ocasiones en que, en un postrer instante decisivo, la dejación pasa a ocupar el puesto que ha dejado vacante el denuedo, con su cuenta saldada en la indiferencia.

Uno de los hombres del Manchado le contó a Juan de Tomé cómo el viejo Constantino se había presentado en Región alarmado por las noticias que directamente del frente le habían llegado a su refugio de Bocentellas y que él cuidó de detener para transmitir las personalmente en evitación de que cundiera un posible pánico; cómo la noche anterior se habían producido las primeras deserciones, unos pocos actos de violencia y algún derramamiento de sangre; cómo en cuanto llegaron a sus oídos aquellas alarmantes noticias, los primeros en abandonar Región —en dirección a Jueves—, en dos coches, fueron Agulló, Barroso y unos pocos secuaces<sup>[14]</sup>, sin posibilidad de llevarse consigo aquel quimérico y comprometedor tesoro, escondido, según la leyenda, junto a la encina de una alquería próxima a Etán, que daría lugar a numerosas pesquisas y búsquedas hasta muchos años después; cómo el Manchado ante la nueva situación dejó a un lado sus aspiraciones y se puso de manera incondicional a las órdenes del viejo Constantino y cómo éste, como primera medida, tomó posesión de las oficinas de La Forestal, en pleno desbarajuste, donde solamente trabajaba el señor Ponce, como si allí no hubiera pasado nada, y donde tuvo las primeras noticias del estado de cisma surgido en las casas de Borques y al que, sin pérdida de tiempo, decidió poner fin.

Cuando sin necesidad de reunirse en una sala a deliberar, por consenso de todos se resolvió proceder aquel mismo día a la concentración de todos los hombres aptos para las armas en el campo de La Forestal, a la inmediata requisita de bastimentos y pertrechos y a las primeras disposiciones para la evacuación de la ciudad y su gobierno tras la partida de la columna, prevista para el día siguiente, alguien se acordó del viejo alcalde republicano, alejado de sus funciones y recluso en su casa desde los sucesos de julio, a fin de que volviera a asumir su función y devolviera a la villa el carácter de ciudad abierta, el más conveniente ante una posible entrada del invasor. Y se decidió también que nadie mejor que don Tertuliano —amigo, contertulio y compañero de toda la vida del viejo alcalde— podía encargarse de tal embajada que debería hacerse a la mayor brevedad para que el mandatario recogiese el encargo —de los mismos que le habían alejado del poder— y de una vez apartara la villa de los horrores de una guerra cuya suerte se había de jugar lejos de su circunscripción. Don Tertuliano seguía dormido. Fue Constantino a despertarlo y le sacudió el brazo; entreabrió los ojos en un lugar que no reconoció, como el fraile aragonés que despertó tras tres siglos de sueño para encontrar su convento como lo había dejado, pero no así su memoria; acaso como resumen de una de tantas visiones

escatológicas de que debió gozar durante su breve soñarrera, antes de abandonar para siempre las casas de Borques y recluirse para el resto de la guerra en su vivienda de dos plantas, colmado de una experiencia a la que nada podía añadir y de la que extraería su inesperada profecía (que alguno recordaría con estupor dieciséis meses más tarde), saturada del esoterismo que destila una fórmula constituida por dos sentencias heterogéneas que tal vez se unen en un punto fuera del entendimiento, en esa tierra de nadie entre el impenetrable misterio y la razón práctica por donde discurren los sueños y hacia donde —con los cautelosos pasos con que se dirige el cazador hacia el escondrijo de su futura presa, temeroso de levantarla antes de tiempo — se encaminará la ciencia del alma, y sin incorporarse del sillón y mientras se desabrochaba el correa, dijo: «Lástima de música; se acabó el papel de la caballería».

## LIBRO CUARTO

*Primeros combates en Socéanos. El ataque de Estanis. Importancia del puerto y aprensiones republicanas sobre la estrategia enemiga. Limitaciones de Estanis. En la casa del Perdón. Encuentro de las columnas de Mazón y Timoner. El camarada-señor Pou, Ruán, el artista Baldur y un caso de hipnotismo. El romance. Los combates en el Puente y la casa del Perdón; su efímera conquista. Últimas vicisitudes de la campaña de 1936 y repliegue de los asaltantes.*

**A** primeras horas de la mañana estaba entablado el combate. Sin prejuzgar la cuantía y la naturaleza de las defensas en el puerto, Estanis decidió lanzar por la línea del talweg un ataque frontal, tras la ocupación de un pequeño risco —el vértice Calatrava— en su flanco izquierdo y desde el que podría hostigar al enemigo, dispersar su fuego y cubrir su propio avance. Antes de que alboreara el día un destacamento de unos sesenta hombres, con tres ametralladoras y un par de morteros, había ocupado el vértice sin —a su parecer— ser detectado por el enemigo, agazapado tras la línea del horizonte del collado sin dejar asomar sus armas ni sus insignias; en el último instante, en lugar de seguir la trayectoria más recta y de máxima pendiente, Estanis alteró la dirección del asalto para conducirlo a través de un aprisco situado a medio camino, el brillo de cuyas piedras y pizarras, al contacto con los primeros rayos del sol, le sugestionó hasta el punto de considerarlo como una posición fuerte que una vez tomada le podía ahorrar buena parte de la carrera en descubierta. La primera oleada de hombres —monos azules y verdosos, alguna casaca caqui, camisas blancas y pantalones de pana, boinas negras y algún que otro casco francés— se lanzó monte arriba, obedientes todos a la instrucción que durante un mes habían recibido en las vegas del Torce: el paso rápido y corto, el tronco encorvado y el cerrojo abierto, el cuerpo a tierra cada treinta metros para incorporarse y correr de nuevo una vez elegido el próximo punto de abrigo, todos a una. Sobre una mula y detrás del tronco de un pino, Estanis observó el despliegue al tiempo que con unos prismáticos espiaba la posible reacción enemiga, y cuando comprobó que todos los hombres de la primera oleada habían alcanzado el objetivo, sin que los del puerto dieran señal de haberlo advertido, levantó la mano izquierda para señalar el aprisco hacia el que se lanzó la segunda oleada, siguiendo los pasos de la primera. Tampoco esta segunda —más numerosa que la primera— provocó ninguna réplica por parte de los del puerto, por lo que Estanis decidió desmontar de su cabalgadura para, en compañía de dos ayudantes, alcanzar a pie el aprisco y desde allí dar la orden del siguiente asalto y coordinarlo con el fuego desde el vértice Calatrava; no podía imaginar que a causa de la ondulación del terreno el cerro era mucho menos visible desde el aprisco que desde el bosque y —no contando con heliógrafos ni con teléfonos de campaña— había supuesto que en aquel reducido teatro podría transmitir sus instrucciones mediante voces y gestos; pero el monte engaña y de la misma manera que eleva y destaca la figura de un pastor o reproduce íntegra una voz lanzada en una dirección hacia un punto a mucha distancia, oculta o disimula un risco y asordina o acalla un grito que no se abrirá paso a través de la polaridad muda del éter.

A la mitad del camino le sorprendió el bombardeo que de súbito iniciaron los del puerto. Fue una inesperada y repentina lluvia que se abatió sobre el aprisco, instantáneamente envuelto por una nube múltiple, salpicada de eyecciones de tierra negra y mampuestos que volaban en imprevisibles direcciones, dando vueltas sobre sí

mismos; fue una inédita obertura de silbidos, chasquidos y bombazos, demasiado violenta para ser duradera, demasiado intensa para ser escuchada, demasiado abrumadora para poder abstraerse de ella y pensar en otra cosa. Sin duda, los del puerto tenían perfectamente tomada la distancia al aprisco porque horquillado desde los primeros disparos fue certeramente alcanzado en las siguientes salvas; muy posiblemente se trataba de *shrapnels* de setenta y cinco milímetros, procedentes de algunas piezas Deport emplazadas en la otra vertiente del puerto fuera de la vista y el alcance de los asaltantes, con sus ánimas alzadas al tiro corto y curvo para que los proyectiles explotasen a la altura de la cabeza de un hombre. Pronto los milicianos empezaron a abandonar la nube, los más echándose monte abajo a grandes zancadas y en modo alguno siguiendo las instrucciones impartidas en el campo de La Forestal; y como sin duda otros optaron por abandonar el aprisco para proseguir su avance antes de que concluyera el bombardeo, primero espaciadamente y luego con furia estalló el repique de la fusilería acompañado del tableteo de las ametralladoras. El bombardeo apenas duró un cuarto de hora, al término del cual del aprisco no quedaba nada: una hectárea de removida tierra blanda y negra, salpicada de cráteres y peñotes, por la que lentos, torpes, desorientados y cautelosos se arrastraban los milicianos, como larvas desalojadas de su nido, indiferentes a los gritos, quejidos y lamentos que brotaron aquí y allá cuando callaron las armas de fuego. Débil y transformado en un bajo mugido desde el bosque se llegó a escuchar el clamor de los hombres en el puerto, algunos de los cuales saltaron de sus puestos para siluetearse en el horizonte, agitando los brazos. Entonces, los hombres situados en torno al vértice Calatrava abrieron fuego —unas pocas descargas y ráfagas—, que sólo sirvió para magnificar el silencio del monte, porque hasta el viento se detuvo a presenciar el final del espectáculo.

Poco a poco y de uno en uno los milicianos fueron volviendo al lindero del bosque; algunos sin sus armas, otros heridos —por lo general de poca consideración, los graves quedaron arriba— y otros enmudecidos y atontados, ni siquiera levantaron la vista para devolver la mirada de su capitán. En menos de un cuarto de hora habían sufrido entre treinta y cuarenta bajas, más o menos la décima parte de sus efectivos, se había esfumado todo su ardor combativo y de la cabeza de su capitán había volado toda iniciativa, toda idea —hasta la más simple— acerca de lo que convenía hacer. Sabía que tenía que hacer algo, que ahí no podía terminar el combate, pero no sabía ni qué ni cómo. Observaba el puerto con sus prismáticos; montaba en su mula para recorrer el lindero del bosque, pasaba revista a sus hombres —los más recostados contra un tronco, la mirada en el vacío y el cigarrillo semiapagado— y volvía a empezar sin decidirse por nada. A lo largo de sus observaciones descubrió, remetido en la ladera derecha, un objeto que le llamó la atención, como el esquinazo de una edificación de la que emergía un tubo inclinado y un mástil, y optó a falta de cosa

mejor por elegirlo como su próximo objetivo por su sospechoso aspecto, tanto más cuando situado a la derecha de aquel fatídico talweg, donde en pocos minutos se habían desvanecido las ilusiones de alcanzar el puerto con un golpe de audacia, podría intentar una aproximación muy distinta a la ensayada, mediante un movimiento de pinzas por las dos laderas que convergían en el collado.

Se retiró a madurar su plan, al tiempo que —inmediatamente— autorizaba una ronda de coñac y castillaza, cuando unos y otros y cada cual a su manera y medida habían decidido hacer la guerra por su cuenta. No fue tanto que cundiera la indisciplina —pues ninguna orden saldría de aquel hombre desconcertado que no acertaba sino a montar y desmontar de su cabalgadura— cuanto a falta de instrucciones precisas cada cual diera en pensar por sí mismo lo que había de hacer, bien abandonar el puesto y echarse monte abajo, bien volver a empuñar el arma y en compañía de unos cuantos embargados del mismo espíritu belicoso llegarse hasta un punto de la ladera para desde allí tirotear sin ton ni son las posiciones enemigas del puerto. Cuando Estanis hubo tomado una decisión ya era cerca del mediodía y la mayoría de su tropa estaba desperdigada; un cierto número de milicianos —los más combativos— se había anticipado a su plan y orillando el bosque había ascendido hasta su lindero oriental, para desde allí trepar peña a peña y risco a risco, fuera del alcance de los fusiles adversarios, hasta situarse a una cota igual o superior a la del collado y con vistas a llevar a cabo la aproximación cuesta abajo, con las miras dirigidas a unos blancos que hasta entonces no habían tenido la oportunidad de observar a simple vista. Sin embargo, un asalto tan espontáneo y escasamente coordinado no podía satisfacer al jefe, para entonces persuadido de que la posición enemiga en el puerto había sido dotada con la fuerza necesaria y establecida con la suficiente previsión y destreza como para poder rechazar un ataque que no había contado con la observación imprescindible para deducir sus puntos débiles, si es que los tenía. A la vista de ello y para curarse de un segundo revés de una naturaleza muy distinta, Estanis decidió, por un lado, reagrupar todos los hombres que tenía a su alcance, para secundar y dar consistencia en su momento al ataque por el flanco derecho; por otro, encomendó a su compañero y segundo Fernando Urique que reuniera a todos los restantes, incluidos los emboscados, y reforzara la posición en el vértice Calatrava, y, por último, despachó un emisario —Baldur era su nombre de artista, un individuo astuto e ingenioso que hacía alarde de recursos en cualquier circunstancia— hacia el Puente de Doña Cautiva, por un atajo que, pasando entre la Fuente de la Ternera y el antiguo balneario de Cártago, en la falda del Acatón, eludía la proximidad de El Salvador, para así, con el pretexto de ganar tiempo, rehuir cualquier contacto con los hombres de Timoner, quien en modo alguno debía entrar en antecedentes de su apurada situación, para que informara a Eugenio Mazón que inmovilizado el enemigo en sus posiciones el combate tendría que desarrollarse allí, y

no en otro punto de la Sierra, por lo que le urgía que a la mayor brevedad destacase el grueso de sus fuerzas para situarlas en torno al collado antes de que aquél (el enemigo) se decidiera a iniciar su propio despliegue. El ánimo de Estanis —y el de casi todos los cabecillas y responsables de la defensa del valle— se hallaba atormentado por la idea, un tanto pueril y muy poco táctica, de que en cuanto una fuerza acantonada en el puerto se decidiera a iniciar con el descenso la invasión del valle, podría adquirir tal velocidad y diversidad de direcciones en su avance que su contención habría de resultar poco menos que imposible, una vez puesta en movimiento. Así pues, de acuerdo con esa doctrina era preciso detener al enemigo en el embudo del puerto y, más que detenerlo, no sacarlo de su inmovilización en una primera fase, para arrollarlo en una segunda y desplegarse por la vertiente oriental de la misma manera que él (el enemigo) intentaba hacerlo por la occidental. Como se recordará, las dos columnas habían abandonado Región con el temor y la sospecha de que cualquiera de las dos podría toparse con el enemigo, que partiendo de Socéanos tendría que optar por uno de los dos (si no los dos) caminos hacia la ciudad: la carretera de Macerta al Puente, para desde este punto tomar la de Región a Campo, que corre paralela al curso del río, o desviarse hacia El Salvador, para tomar por la carretera de Feltre en dirección a Sepulcro Beltrán cualquiera de las calzadas y caminos de herradura que a todo lo largo del contraescarpe enlazan los pueblos y caseríos de los piedemontes de la sierra hasta las llanadas que configuran el alfoz regionato; temían —y no sin fundamento— que un encuentro en cualquier punto de uno de los dos itinerarios podría resultar fatal para aquel contingente que, en su prisa por avanzar, fuera sorprendido en un terreno elegido por el adversario, agraciado por todas las recompensas de una marcha más reposada que le podía permitir adelantar un pie sólo cuando tuviera el otro firmemente apoyado. Como la decisión republicana de abandonar la carrera e ir al toro por los cuernos fue sumamente precipitada, sin otro planteamiento táctico que la forzada marcha de las dos columnas y su convergencia a la altura de El Salvador, sin el conocimiento por parte de muchos del terreno que tendrían que atravesar y, llegado el caso, fortificar y atrincherar, con una ignorancia supina acerca de los planes y la fuerza del adversario, los innumerables problemas que sobre el futuro contacto y la mejor manera de llevarlo a cabo había de suscitar la puesta en ejecución de un dispositivo tan simple, sólo cruzarían la mente de los más avisados —animada la mayoría de una simplista combatividad—, sin que en ningún momento concluyeran en adecuadas soluciones que, entrevistas en el mejor de los casos, tampoco se comprobarían con los hechos, dictados por el azar y desdibujados por la serie de ocasionales combates —no obedientes a sus torpes patrones— provocados en su mayor parte por la impaciencia y la imprevisión de unos y otros. Tres veces fue intentado el asalto a aquel puerto y tres veces fracasó, con sensibles bajas; pero una idea es tanto más fija cuanto más numerosos y costosos son los

ensayos que reclama su prueba. Se diría que hay ideas que se fortalecen con los fracasos, que incluso se depuran y subliman mientras su ensayo ha de cargar con la culpa de su inviabilidad; que por consiguiente exigen después de cada fracaso un nuevo ensayo de más envergadura, con mejor estilo y mayor potencia; y que, si el ciclo concluye con el abandono de toda prueba a causa de la carestía de ese siempre penúltimo ensayo que unos recursos semiexhaustos no pueden ya afrontar, tal idea ascenderá al paraíso de las utopías, para desde allí volver su dedo acusador hacia la tierra que supo darle forma, hacia la culpable matriz que —siempre en la discordia— la engendró sin cuidarse de saber cómo criarla.

A todo trance quería Estanis conservar la posición avanzada adquirida el día anterior sin ninguna baja ni grandes esfuerzos, contrariamente a los augurios que habían sobrevolado la salida de la milicia. No era hombre Estanis cuya conducta estuviera dictada de manera decisiva por un afán protagonista; no era un trepador ni un iluminado; tampoco se distinguía por su afán de mando, y su obstinación era de la clase que puede repentinamente abandonar una idea y sumarse a otra con la que hacer gala de una mayor y renovada obstinación, como el hombre que no duda de cambiar un empleo por otro, en el que sus facultades han de ser mejor apreciadas; si deseaba mantenerse allí, a la cabeza de toda su legión republicana (el más heterogéneo contingente de la heterogénea *landsturm* regionata), no era por ocupar un primer puesto imprescindible para cualquier escalada política en la retaguardia, sino porque, con una mentalidad un tanto fabril abrazada a una idea no desmentida, consideraba que de la conservación de aquella posición dependía todo el equilibrio de la campaña y si miraba en torno a sí mismo no acertaba a vislumbrar quién podía ser capaz de heredar y conservar aquel precioso legado con su misma fuerza de convicción. No creía en la tenacidad de ninguno de sus compañeros. Por supuesto, por limitadas que fueran sus facultades y estrictos sus prejuicios podía aceptar que Timoner —el hombre que se hallaba más cerca si había cubierto su itinerario con el horario previsto— podría sustituirle y, gracias a la fuerza de que disponía, hacer lo que él no podía conseguir con sus escasos y mermados recursos: transformar el lindero del bosque en un trampolín desde el que lanzar el tan ansiado asalto a Socéanos. Pero detestaba a Timoner: lo detestaba hasta el punto de no tomarlo en consideración, hasta el punto de suspirar por la posibilidad de convertirse un día en su adversario, hasta el punto de aceptar sólo mediante la ignorancia la camaradería de las armas y hasta el punto de borrar de todos los mapas el espacio ocupado por él. No sólo les separaban divergencias políticas y doctrinarias: las discrepancias de esa clase cobran toda su importancia cuando las personas no se tratan, pues una relación personal puede limarlo todo... o puede encresarlo todo. Estanis detestaba a Timoner en tal medida que, incluso para un hombre de tan pocas palabras y escasos registros como él, se veía obligado a disimular, un arte del que lo ignoraba todo. Sus sentimientos no



dejaban espacio a su sinceridad, y respecto a Timoner sería siempre lo que en cualquier otro terreno nunca se permitiría: un embustero. Y además le aislaban, le reducían a esa inconfesable soledad que provoca todo disimulo forzado a partir de la cual tan difícil resulta ganarse un aliado. Todo lo que procedía de Timoner lo miraba con desconfianza; no creía en su honradez ni en su sinceridad ni en su fidelidad a la causa del pueblo; le tenía por un arribista, un hombre resentido que, nacido al margen de su clase, sólo pensaba en incorporarse a ella por algún medio tortuoso y, a ser posible, con ayuda de alguna venganza; un hombre que conservaba ocultas todas las ambiciones de su clase y en cualquier momento podía cambiar de bando y convertirse en verdugo de sus amigos y camaradas; y un histérico, por si fuera poco, tan sólo dotado de un cierto talento para la adulación que sabía administrar según con quién y con sumo tacto, mientras en público se vestía con todos los ornamentos del Incorruptible, el acerado e implacable fustigador (no exento de cierta desvergüenza) de la sociedad que le había engendrado al margen de sus límites y criado a la manera hospiciaria. En más de una ocasión había intentado Estanis denunciar la naturaleza de aquel hombre —sobre todo cerca de Eugenio Mazón, única persona que no pertenecía a su clase en quien tenía una confianza a toda prueba—, pero no habiendo despertado la menor complicidad optó por renunciar a la abierta oposición (y era lo bastante perspicaz para comprender las contraproducentes consecuencias de la lucha contra un intrigante) y refugiarse en el disimulo, en espera de la llegada de aquel momento que propiciara un ajuste de cuentas o un enfrentamiento, cara a cara. Se la tenía jurada. No era con todo el reflejo de una pugna entre el idealista y el aventurero, tan fácilmente comprensible mediante la simplificación de los caracteres: ni el uno era lo primero ni el otro lo segundo, cabalmente. Todo individuo tendrá algo de aventurero, y los ideales más sublimes y generosos quedan envueltos por la preeminencia del Yo. Acaso la línea que los separa no corre entre dos dedicaciones diferentes, una al Yo y otra al prójimo, sino entre dos clases muy distintas de avaricia.

Con pocas horas de diferencia llegaron a la casa del Perdón dos mensajes diferentes para Mazón: uno, de Región, llevado en persona por Enrique Ruán, y otro, de Socéanos, de parte de Estanis. Los dos reclamaban la presencia de Eugenio —de manera inmediata— en dos puntos muy distantes, pero ninguno de los dos alcanzó a su destinatario, partido en dirección a El Salvador con el grueso de sus fuerzas antes de que llegara a escuchar los ecos del cañoneo. Si bien durante su marcha una lejana y equívoca columna de humo le llevó a pensar que el fuego podía tener lugar en el puerto —invisible desde donde le sorprendió aquel insólito mugido— consideró más prudente abandonar la carretera de Macerta y dirigirse a El Salvador por la de Feltre, como estaba acordado, para unirse a la columna de Timoner, que de acuerdo con aquel primer despacho enviado por Estanis tenía ya que haber entrado en contacto con el enemigo. Por fin —se atrevió a pronosticar— había llegado al ansiado

momento de sorprenderle y pillarle entre dos fuegos; no sin una secreta mezcla de astucia y repugnancia había autorizado la avanzadilla de Estanis con una fuerza casi desdeñable, sin apenas valor ofensivo. Pero el propio Estanis le había facilitado las cosas, con sus apremiantes reclamaciones y su desmedida ansia por ser el primero — con lo que ya llamaba su Batallón Metalúrgico— en entrar en fuego. Aun cuando por aquella época no se llevaban las investigaciones ulteriores sobre responsabilidades, la impulsiva actitud de Estanis constituiría la mejor justificación para una medida que sólo acarrearía riesgos a cambio de una hipotética ventaja; mejor que nadie sabía Mazón la amenaza de aniquilación que se cernía sobre aquella exigua unidad, no demasiado consciente de su papel de anzuelo, lanzada a un ataque por sí mismo estéril, pero que bien podía empujar a los defensores de Socéanos a abandonar sus posiciones en persecución de unos hombres que después de rechazados no tendrían otro escape que desandar el camino ni otro cobijo que los caseríos de El Salvador o los muros de Cártago. Y si Timoner —a quien le unía cierta discreta connivencia sobre la mejor manera de aprovechar el coraje del metalúrgico— sabía aprovechar la ocasión y se limitaba a sostener su línea hasta su llegada, la maniobra habría quedado completada, sólo dependiente ya del talante, del denuedo y, en suma, del comportamiento bélico de unos y otros. Con tales premoniciones abandonó su posición en la casa del Perdón —donde dejó una reducida guarnición al mando del camarada-señor Pou—, y a las cuatro de la madrugada inició la marcha hacia El Salvador, una subida de casi veinte kilómetros con fuertes pendientes en sus últimos cinco, y que contaba con llevar a cabo en seis horas, de acuerdo con lo que había leído en los manuales. Antes de partir, en un dormitorio de la casa del Perdón y a la luz de una vela, escribió a su madre la primera de aquellas cartas que constituirían el no muy voluminoso y un tanto enigmático epistolario, exclusivamente dirigido a ella, con que trató de saldar el déficit de compañía durante sus numerosas jornadas de campaña a lo largo de tres años y mediante el cual, con un tímido estilo y algunas divagaciones inapropiadas al momento, vino a dar una noticia íntima y sumamente personal de las fluctuaciones de un espíritu comprometido de lleno con aquella larga guerra. Aquella primera carta decía así:

*«En el Perdón, a 6 de noviembre de 1936.*

*»Querida madre:*

*»Dentro de un par de horas saldremos en dirección a El Salvador, donde con toda probabilidad entraremos en combate con el enemigo mañana a lo más tardar. El espíritu de los hombres es elevado y nadie quiere quedarse atrás. Espero, que si la suerte nos acompaña, batiremos al enemigo y de una vez despejaremos la pesadilla de su incómoda presencia en los altos. Con toda*

*intención he puesto la suerte donde tú hubieras querido que escribiera el Señor. Lo considero más adecuado, vistas las circunstancias, y sólo espero poder prescindir un día de ese factor. Ten la seguridad de que volveré pronto y en mi ausencia cuida todo lo que necesitas. No dejes de calentar la casa. Te envío todo mi cariño.*

Eugenio»

Fue una marcha penosa en la que empleó más de diez horas para llegar a El Salvador. A las dos del siguiente mediodía su gente, agotada, hambrienta y un tanto desconcertada por el intermitente repique de una lejana fusilería y la ausencia a lo largo de todo el trayecto de cualquier signo de actividad, faldeando las laderas del Jordán llegó a la vista del pueblo. Eugenio tenía muy decidido no dejarse atraer por ningún señuelo, no alterar su plan y no correr ningún riesgo imprevisto, aun cuando el eco del combate insinuara la posibilidad de un encuentro inoportuno, lejos del camino elegido. Pero aquella marcha, en buena parte nocturna, le enseñó mucho, y sin duda en ella (y con posteriores y numerosas lecturas, observaciones y entrenamientos) se engendró aquella diabólica velocidad de que supo hacer gala al final de aquella campaña y, sobre todo, en posteriores suertes y que haría de la suya una fuerza poco menos que ubicua y espectral, capaz de aparecer en pocas horas en el punto más inesperado para desaparecer, unida y como por ensalmo, sin dejar señas de su retirada, animada siempre de aquel espíritu rapaz y guerrillero que tan difícilmente conciliaba con los esquemas y los sistemáticos y elaborados planes de la misión Lamuedra.

El encuentro de Mazón y Timoner en El Salvador se produjo sin que ninguno de los dos tuviera noticia digna de crédito de lo que realmente estaba ocurriendo en el puerto y, más significativo aún, sin que ninguno de los dos hubiera hecho nada por informarse de ello. Las esporádicas descargas de fusilería que tras el bombardeo se fueron sucediendo por el mediodía y la tarde de aquel 7 de noviembre, resultaban en cierto modo tranquilizadoras en cuanto evidenciaban que el combate había degenerado en un intercambio de fuego entre posiciones, sin otras intenciones que las puramente demostrativas; sin embargo, si eso era cierto también quería decir que la finta había fracasado y que el enemigo, lejos de morder el anzuelo que le había sido lanzado y sólidamente instalado en sus posiciones del collado, se había limitado a ver venir la columna atacante y, a la vista de su cuantía, repeler la agresión sin moverse de su puesto, haciendo a la larga insostenible la carga de Estanis. Aquella inspirada connivencia (que probablemente no tuvieron necesidad de airear, refrescar ni repetir) llevó a los dos hombres a esperar. En modo alguno se trataba de colusión, al menos por parte de Eugenio, pero era tal su deseo de obligar a los rebeldes a desalojar su

guarida que parecía dispuesto a vender su propia alma al diablo con tal de conseguirlo. O, mejor aún, vender el alma de Estanis, un hombre al que apreciaba, pero al que había tratado desde poco tiempo atrás y a quien sólo le unía una espontánea y recíproca lealtad, una virtud que siendo difícil de sustituir nunca resulta demasiado costosa de sacrificar; precisamente porque del leal se espera que siga siendo leal incluso tras haber sido traicionado.

Buena parte de aquel día —hasta bien entrada la tarde— lo consumieron esperando noticias y respuestas a sus no impacientes mensajes. No esperaban — naturalmente— que llegara a El Salvador un mensaje a anunciarles que tras un sangriento combate Estanis al fin había logrado reducir las defensas del puerto y, tras hollarlo con sus plantas, abrir el camino hacia Macerta. No esperaban milagros, a pesar de su bisonñez. Esperaban más bien que un hombre en el límite de su aliento viniera a comunicarles que, casi agotadas sus municiones y exhaustos sus hombres, Estanis reclamaba el envío de refuerzos, pues de no recibirlos se vería obligado a retirarse, en evitación de una carnicería, dejando el campo en poder del enemigo. No era lo mismo recibir aquella clase de noticia que requerir informes sobre la situación que, de ser confirmadas sus sospechas, les obligaría a tomar una determinación. Por consiguiente, decidieron prolongar la espera e, ignorantes de que desde hacía varias horas el mensaje había sido despachado por el atajo de Cártago hacia el Puente de Doña Cautiva, con la misma clase de informe y contenido, se aprestaron a recibir a Estanis y su obligado séquito de perseguidores con la más conveniente acogida: protegieron con sacos terreros el campanario de la iglesia y los sobrados de las viviendas, emplazaron las ametralladoras y morteros hacia las enfiladas, cavaron dos líneas de trincheras, distribuyeron los hombres, organizaron las guardias y adelantaron los escuchas y avisos hacia los puntos que dominaban los accesos al pueblo.

Pou, el hombre que Eugenio había dejado a cargo de la pequeña guarnición en el Puente y la casa del Perdón, era hombre enérgico, que no se paraba en barras... No tenía experiencia ni conocimientos militares, no sabía qué hacer con una granada de mano, ni siquiera sabía cómo se montaba un Máuser, pero era un hombre enérgico que no se paraba en barras. En aquellos días cuando un hombre enérgico, al mando de unos cuantos hombres armados y enérgicos, recibía una visita inesperada lo primero que hacía era detener y confinar al interesado. Luego, ya se vería lo que se hacía con él, pero como primera precaución menester era detener al interesado. Unas horas después comenzaba su interrogatorio. En cuanto llegó de Bocentellas, portador de un mensaje verbal para Eugenio Mazón y acreditado por un salvoconducto expedido por el Comité, Enrique Ruán fue detenido y confinado en una de las habitaciones de la planta alta de la casa del Perdón. Horas después, y antes de que comenzara un interrogatorio para el que ninguno de los hombres de Pou se sentía especialmente

predispuesto, llegó el mensajero de Estanis —portador de otra razón urgente para Eugenio Mazón—, que por falta de espacio fue detenido y confinado en la misma habitación de Ruán, vigilada por un miliciano encargado de echar de tanto en tanto una mirada por el ojo de la cerradura y obligado por el resto del tiempo a mantener la oreja aplicada al picaporte para escuchar las conversaciones de los dos sospechosos e informar a su jefe de sus revelaciones. A pesar de que los dos sospechosos no se conocían ni posiblemente se miraban con buenos ojos, en la circunstancia en que se encontraron no tardaron en trabar conversación, para confiarse sus respectivas tribulaciones. Así supo Ruán que las cosas en Socéanos presentaban bastante mal cariz para la gente de Estanis, y así supo el mensajero de Estanis (cuyo verdadero nombre no ha quedado registrado en la historia) que a punto estaba Región de caer en manos de Manchado y Agulló. Si algo había fuera de toda duda era la rivalidad de Estanis con toda la gente de La Forestal y que inculcaría a sus hombres como uno más de sus principios morales, lo que en buena medida le llevaría a abandonar Región y salir hacia el frente en la primera ocasión, tanto para dar ejemplo cuanto para ahorrar querellas internas y posibles derramamientos de sangre. Baldur —el nombre de guerra y de tablas del mensajero— era hombre vehemente y rápido que no podía aceptar sin más ni más la condición a la que había sido reducido y que consideraba que si no conseguía cumplir su misión podía poner en peligro la vida de su jefe, al que había conocido en Levante, al que había seguido a Región y al que veneraba. Pronto empezó a dar voces y aporrear la puerta, pero antes de que el centinela perdiera la paciencia Enrique Ruán, joven muy callado y discreto, logró que se reportara. Empezaron a meditar un plan, y al cabo de un rato de secretos cuchicheos irrumpió en la habitación el centinela, con el mosquetón en la mano, presa del enojo: «A ver si habláis un poco más alto, camaradas, para que yo me entere». «¿De qué te quieres enterar, camarada?», le contestó y preguntó el emisario de Estanis, también siempre a punto para el enojo. «De lo que sea, camarada. Algo que pueda contar luego al jefe». «¿Y qué prefieres escuchar, simples rumores o informaciones de primera mano?». «Me da igual; lo que más le pueda interesar al jefe», respondió el centinela con una encomiable disciplina. El mensajero de Estanis, a pesar de su aparente brusquedad de maneras y sin ser muy instruido, era hombre ingenioso y capacitado para muy diversas habilidades; antes de la guerra había trabajado con una compañía de varietés y había hecho numerosas *tournés*, incluso por Portugal y Sudamérica, donde había respirado el ambiente de los casinos, los teatros y las salas de noche. Un tanto cansado de la vida de la farándula, un día abrió un consultorio —sin que por eso renunciara a sus ideas anarquistas— al que acudieron algunas damas de la buena sociedad; gozó en Valencia de un momento de esplendor y —sin abjurar de sus ideales anarquistas— a punto estuvo de convertirse en el beneficiario de la considerable herencia de una viuda rica y no demasiado

caprichosa: fue amenazado por algún marido resentido y varios herederos demasiado aprensivos, hasta que perseguido por los tribunales se vio obligado a ocultarse, pero su nombre de artista, Baldur, volvió a asomar a los periódicos como presunto coautor de diversos atracos a entidades bancarias y joyerías y un fallido intento de secuestro del abad de Samos, tras lo cual fue empujado de nuevo a ganarse la vida, en el exilio y de mala manera, en el mundo del espectáculo, de cuya esclavitud le libró la revolución del treinta y seis.

«Cierra la puerta, camarada, y disponte a escuchar», dijo Baldur con su más persuasivo acento. Entornó la puerta el miliciano, no sin echar a través de la rendija un vistazo a la escalera, y se recostó contra el quicio. Era un desván vacío y grandón, donde aún quedaban unos pocos trastos viejos y latas abolladas en torno a una vieja cómoda, con su espejo en el suelo y la consola desvencijada. Junto al espejo y cerca de la buhardilla se sentó Ruán, con las rodillas en alto cogidas por sus manos. El mensajero de Estanis echó un pie atrás, en el centro del desván, y adelantado un poco la mano izquierda dijo:

«... veía en derredor de Bullón crecer a deshoras muy grandes montañas de árboles, é de la una de aquellas montañas salían cuatro leones muy grandes y muy corredores, é del monte salían tres osos muy grandes é muy bravos a muy gran maravilla, é dos dragones que volaban, de que él mismo había gran miedo; é en pos de éstos venían mastines é alanos é galgos é otros canes, tantos é de tantas maneras, que toda la tierra cobrían, é pasaban por fuerza por medio de sus villas, de sus castillos é de sus lugares».

Con sus talones dio un giro muy rápido para encararse con Ruán, y con el brazo extendido, y cierta fiereza en el rostro, añadió:

«Así que le semejaba que todo lo derribaban, é que no dejaban en pie iglesia ni casa ni fortaleza ninguna; é después que esto había fecho venían derechamente a Bullón é queríanla entrar por fuerza».

«Todo eso al jefe no le interesa nada», interrumpió en éstas el miliciano, de manera terminante y con una mueca de exagerado desdén. Con un nuevo giro de talones el contundente índice de Baldur salió disparado hacia el entrecejo del miliciano:

*No me repliques, tormento,  
porque no gana batalla  
ni pólvora sin metralla  
ni lengua sin juramento.*

El miliciano, con un reflejo muscular, apretó las paletillas contra el quicio y sacó

el pecho e izó el mosquetón cuando ya el tono de Baldur había cambiado. «¿Es que prefieres Agonía del mar? ¿Tú eres de la escuela Singerman?». Baldur se cimbreó y arqueó las piernas; levantó las manos hasta la altura de su cara y jugó con ellas; movió la cabeza de un lado a otro, alzó la barbilla, mostró un impertinente perfil al miliciano, y recitó:

*En Castilla está un castillo  
Que se llama Rocafrida;  
Al castillo llaman Roca  
Y a la fuente llaman Frida.  
El pie tenía de oro.  
Y almenas de plata fina;  
Entre almena y almena  
Está una piedra zafira;  
Tanto relumbra de noche  
Como el sola mediodía.  
Dentro estaba una doncella  
Que llaman Rosaflorida:  
Siete condes la demandan,  
Tres duques de Lombardía;  
A todos los desdeñaba,  
Tanta es su lozanía.*

Sin mucha energía el miliciano insistió que al jefe aquello no le interesaba nada, que no le podía interesar nada. Baldur se encaró con él, situó su cara a un palmo de la del otro, le clavó la mirada y le repitió los últimos cuatro versos. El miliciano, con una mirada un tanto traspuesta y haciendo esfuerzos por alzarla por encima de los ojos de Baldur, trató de argüir que «al jefe aquello no le interesaba, que aquello no le podía interesar al jefe, que no tenía por qué interesarle al jefe, que puñetera falta que hacía que aquello le interesara al jefe, porque además no le interesaba a nadie y que a él tampoco le interesaba y no porque no le interesara al jefe, pues a él poco le importaba lo que le interesaba o le dejaba de interesar al jefe, y puñetera falta que le hacía como tampoco le hacía falta al jefe lo que le interesaba a él, que no tenía que ser forzosamente lo mismo que lo que le interesaba al jefe, sino porque aquello no le interesaba ni al jefe ni a nadie, y si no le interesaba a nadie ¿por qué puñetas le tenía

que interesar a él...?», se preguntaba al tiempo que se deslizaba hacia el suelo y apretaba su columna vertebral contra el quicio, para a la postre quedar sentado más o menos como Ruán, pero con la mirada fija en el más allá, en tanto una vez más Baldur cambiaba de tono y de talante para rematar su suerte:

*Grandes fiestas se poblican*

*En Francia la naturale;*

*Van facer unos torneos*

*En Paris la gran ciudade*<sup>[15]</sup>.

El emisario de Estanis —como el diestro tras meter el estoque hasta la empuñadura y obligar a la bestia a hocicar— dio un paso atrás y alzó el brazo izquierdo; luego se acercó a comprobar el resultado de su proeza, dio unos pases de manos frente a la mirada perdida del miliciano y sentenció: «Ya está». Ruán se aproximó: «¿Ya está qué?». «Ya está. Dormido». Ruán se inclinó a mirar: «¿Dormido?». «¿Pero es que no lo ves?». «¿No veo qué?». «¿Pero no te das cuenta? Dormido, completamente dormido. Hipnotizado. A merced de mi voluntad; ahora soy dueño absoluto de sus actos. ¿No lo ves?». El miliciano había quedado sentado en el suelo, con los ojos bien abiertos clavados en el emisario de Estanis que le miró de frente, muy fijamente al tiempo que le ordenaba: «Hace un frío terrible. El frío te ha calado hasta los huesos. Estás temblando. Tienes que abrigarte. Tienes frío, mucho frío. Estás temblando de los pies a la cabeza». El miliciano se puso a tiritar; su aspecto era deplorable; quedó encogido, trató de subirse el cuello del mono, sin dejar de mirar fijamente al emisario de Estanis, y entre convulsos temblores empezó a castañetear sus dientes. «Ahora hará lo que yo quiera», dijo el emisario, sin darle demasiada importancia, «no puede hacer más que lo que yo quiera». Ruán le cogió por el hombro. «Ten cuidado», le advirtió Baldur, «no sea que lo despiertes; lo puedes desgraciar. Como soy yo el dueño de su voluntad, sólo yo lo puedo despertar. Verás», y añadió, dirigiéndose al miliciano: «Hace un calor tremendo, un calor insoportable. Hacía tiempo que no hacía tanto calor. No hay quien lo aguante. Te estás ahogando de calor, no puedes soportarlo. ¿Por qué no te aligeras de ropa?». El miliciano empezó a sudar y jadear. Se pasó la mano por la frente, estiró el cuello, intentó despojarse del mono. Gemía. «Buen muchacho», comentó Baldur, «sin pizca de malicia. Se puede hacer con él lo que se quiera». Luego se reclinó sobre él y le susurró al oído unas palabras que Ruán no oyó. Con las yemas de los dedos de ambas manos le sopapeó delicadamente las mejillas, al tiempo que con una sonora palmada le ordenaba: «Vamos, levántate. No te quedes ahí, ya ha pasado todo». El miliciano se irguió sonriente, un poco desconcertado, sin dar la menor muestra de las alteraciones que



antes había padecido. «Ahora vete a comunicar a tu jefe lo que te he dicho». El miliciano abrió la puerta. «Tú, que te dejas el arma». El miliciano tomó el mosquetón que le tendió Baldur y salió sin decir palabra. Del otro lado de la puerta Baldur le advirtió: «Cierra la puerta, hombre, ¿qué va a decir tu jefe si la encuentra abierta?». Cuando la llave dio la segunda vuelta, Baldur fue a sentarse al suelo, con la espalda en la pared opuesta a la puerta y de nuevo repitió: «Excelente muchacho, se podrían hacer maravillas con él». Al rato, unas numerosas y agitadas pisadas sonaron en la escalera, después de varios forcejeos se abrió la puerta, y en su marco apareció un tropel de gente armada —poco menos que toda la guarnición de la casa del Perdón— en torno a su jefe, el camarada-señor Pou, con aire fiero. Se le llamaba el camarada-señor Pou porque antes de la guerra era de todos conocido como el señor Pou. Era hombre enérgico, abultado, que emanaba autoridad. Cuando sonó la hora de la revolución a todo aquel que se dirigiera a él por el antiguo tratamiento le salía al paso para corregirle e invitarle a llamarle tan sólo camarada. Pero señor y Pou estaban tan solidariamente unidos en su persona que formaban ya un nombre indivisible al que vino a sumarse, sin el menor escrúpulo ni intención de escindir la unión o desplazar al antiguo tratamiento, el apelativo revolucionario para obtener una resultante que el camarada-señor Pou recibía al principio con sordas protestas, pero con secreta complacencia<sup>[16]</sup>. «¿Qué le has contado a éste?», preguntó con su habitual energía, pero sin cruzar el umbral de la puerta. «¿No se lo ha dicho él?», preguntó a su vez el emisario de Estanis sin abandonar su asiento en el suelo. «Sí, pero quiero oírlo de tu boca», replicó el camarada-señor Pou, mientras todos sus cofrades observaban a los detenidos con el ceño fruncido. «Entonces pase, jefe», dijo el emisario de Estanis. El camarada-señor Pou se volvió hacia sus cofrades, y con un gesto autoritario les indicó que adelante, pero el emisario le cortó: «Usted solo, jefe». El jefe no lo dudó, ni por un instante pasó por su cabeza poner su autoridad en entredicho. Teniendo buen cuidado de dejar el picaporte abierto el camarada-señor Pou se introdujo en el desván. Sin levantarse el emisario le hizo una seña para que se acercara. Tampoco lo dudó. Le indicó Baldur que se reclinara para hablarle al oído y el camarada-señor Pou se reclinó. Cuando salió, menos de un cuarto de hora después, su expresión reflejaba una mezcla de satisfacción, determinación y preocupación. Satisfacción porque se consideraba a la altura que requerían las circunstancias; determinación porque por primera vez desde que le fuera encomendado el puesto, sabía lo que tenía que hacer y de manera inmediata. Preocupación, en fin, porque se hacía cargo de la dificultad y gravedad del trance por el que pronto tendrían que pasar todos los que habían quedado en la casa del Perdón. «A trabajar, camaradas», dijo al tiempo que se abría paso hacia la escalera. «Tú», se dirigió a Ruán, «¿cómo dices que te llamas?». «Enrique Ruán». «Vaya, hombre», dijo, «ven conmigo».

Aquella noche hicieron fiesta, amenizada casi toda ella por Baldur, y corrió el

vino. La fiesta duró casi toda la noche. En toda fiesta de soldados y hombres armados llega el momento en que es obligado el número del que con cuatro trapos y unos bultos y un grosero bisoñé remeda a una mujer. Luego sale el marica, y tras el desvergonzado diálogo entre la mujer y el marica, aparecen dos gañanes que van a lo suyo y que —si llevan mucho vino encima— nunca se sabe si terminarán por tomarlo en serio y a golpes. Cuanto más se excitan más procaz e insultante se torna el diálogo y más excesos ha de hacer el disfrazado de mujer para sobreponerse a todos. Cómo no, también aparece una guitarra y un rubio —con unas cuerdas como cables, una voz de bayoneta y las venas de la frente a punto de estallar— larga una jota que será muy aplaudida. El emisario de Estanis toma asiento en un taburete y —como lo sabe hacer todo— coge la guitarra, la tañe y repite una y otra vez el romance hasta que el coro aprende de memoria las antistrofas. No era una pieza estrictamente inteligible y no se cantaba por orden. Cantaba Baldur:

*Todos la casar querían,*

Y contestaba el coro:

*Y ella non quier casare.*

Volvía Baldur:

*Siete faldas la faltaron,*

Y replicaba el coro:

*En la su hora fatale.*

Con el último verso Baldur se volvía de espaldas y levantaba el trasero:

*Una falda sólo queda,*

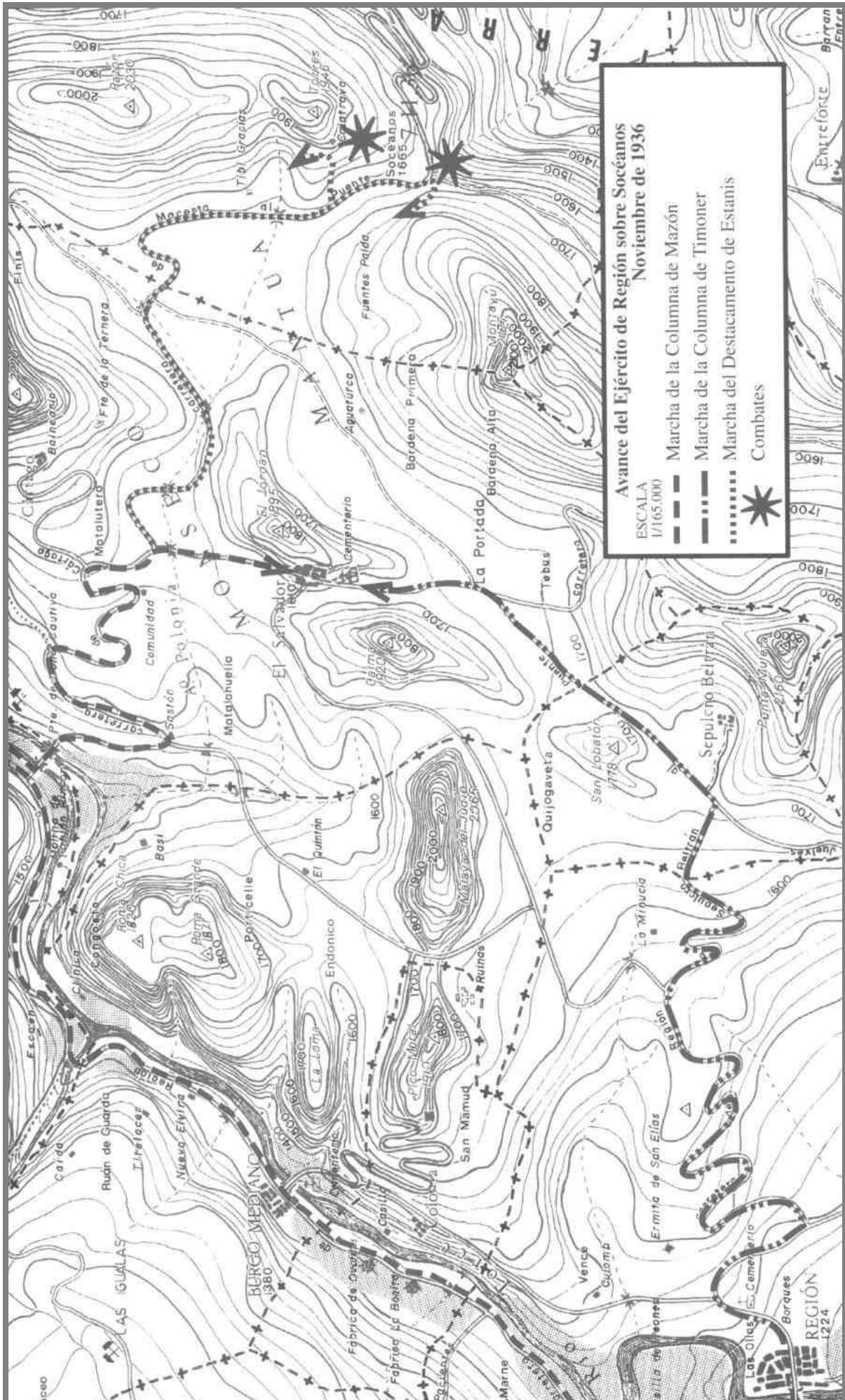
Para que todos los componentes del coro se levantaran de sus asientos y, con sus copas en alto, conseguir el *tutti* final, un tanto esotérico:

*Malquerencia por su padre.*

Tras su primer descalabro matutino, Estanis dirigió todos sus esfuerzos hacia la reagrupación de sus hombres, hacia la evitación de las acciones individuales y desordenadas y hacia la reanimación del espíritu combativo, tan seriamente vulnerado por aquel bautismo. Convencido de que con sus escasos recursos un ataque a pecho descubierto por la línea de la vaguada o por la de aquel fatídico aprisco no tendría efectividad ninguna y, a mayores, podía resultar fatal para el mantenimiento de su posición, decidió intentar una aproximación mediante un movimiento de pinzas, con un saliente apoyado en el vértice Calatrava y otro en la cota 1720, en su flanco derecho. No tenía ni perseguía otro objetivo que vigilar y contener al enemigo mientras esperaba la llegada de refuerzos, haciéndole creer que con una doble amenaza su retirada podía verse seriamente comprometida si se decidía a iniciar el descenso y el avance hacia el valle después del éxito conseguido en las primeras horas del día. Pero en ningún momento a lo largo del día el enemigo dio muestras de impaciencia; firme y confortablemente asentado en sus posiciones en el puerto parecía limitarse a verlas venir y solamente se decidía a disparar para mantener despejada la máxima distancia de tiro. Como se trataba de una maniobra improvisada y como la aproximación se inició fuera de los límites de tal distancia, pronto las difíciles comunicaciones entre las dos puntas de Estanis dieron lugar a numerosas iniciativas personales que tan esforzadamente había tratado de conjurar. Mientras Fernando Urique y su gente se mantuvieron en el vértice Calatrava en un estado de prudente expectativa, los hombres al mando directo de Estanis, escalonados en torno a la cota 1720, y bien porque situados a la vista y por encima del collado de Socéanos se sintieran poseídos de una engañosa superioridad altimétrica, bien porque diseminados en pequeños grupos se amparasen en la proximidad de su jefe para hacer demostraciones de su inoperante valor, comenzaron un hostigamiento que por el consumo de munición y de energías y por el abandono de posiciones abrigadas, sólo benefició al enemigo. Al cabo de dos horas de aquel irregular combate, sin ser muy numerosas sus bajas eran de consideración, muy dificultosa la retirada de los heridos y prácticamente imposible el suministro y el acceso a los puestos de los más osados; no se transmitían las órdenes y de tal manera el combate había escapado de las manos de Estanis que con el sol a una vara de las crestas su posición resultaba insostenible y su camino de retirada poco menos que dejado al albur de cada cual. Ciertos combates se deciden por el acierto de unos contendientes para asestar un oportuno golpe que transforme un momento de desequilibrio en una caída progresiva y contagiosa, que incluso afectará —por no se sabe qué misteriosa transmisión etérea del movimiento— a las unidades alejadas de la primera línea.

Casi al borde de la exasperación intentó Estanis personalmente lo que no había logrado conseguir con sus numerosos mensajeros y despachos; y previendo que se echaba encima la noche sin haber logrado reagrupar sus hombres de la ladera derecha

—quedando a merced de una embestida nocturna de los del puerto— decidió llegarse hasta la cota 1660 para ordenar el repliegue de los que se hallaban más arriba. Acompañado de Ubaldo Orejón, otro compañero del metal, y otros cuatro inició el ascenso creyéndose a cubierto del fuego enemigo; Estanis era hombre de poco pecho y, aunque sus piernas le respondían, se fatigaba en las marchas y en todas las subidas quedaba atrás, lo que, pese a sus protestas, con frecuencia obligaba a sus acompañantes a aminorar el paso. En un claro no tuvo más remedio que sentarse a tomar resuello, y cuando con los brazos indicaba a los demás que continuasen la subida, sin esperarle, una serie de granadas de mortero estallaron tras la roca que había elegido para su breve descanso. La onda tumbó a Ubaldo, que esperaba de pie, y en un instante, marcado por una raya blanca horizontal y el dolor de un corte de cuchilla en la frente, vio cómo su compañero describía un círculo para caer de cabeza unos metros más abajo. Estanis, sintiendo que la sangre le corría por la cara, se levantó un tanto aturdido —con la nariz tapada y con un peso en la boca, pero todo su cuerpo a primera vista en orden— para socorrer a su compañero hecho una pelota con la cabeza en tierra. Lo incorporó, lo tendió boca arriba, observó que no tenía heridas abiertas y le irguió la cabeza sosteniéndola por la nuca. El otro, vuelto en sí, le miró fijamente, abrió la boca de manera desmesurada, emitió un intolerable sonido, sufrió un vahído y perdió el conocimiento. Estanis acertó a despertarle por segunda vez. «¿Quién eres?», preguntó Ubaldo desde un punto cercano al delirio y sin abrir los ojos. «Soy Estanis, tu compañero, ¿te encuentras muy mal?». «No, no me encuentro mal; un poco cansado, pero ¿seguro que eres Estanis?». «Soy Estanis, tu compañero». Con mucha cautela Ubaldo entreabrió los ojos y repitió el mismo sonido gutural. «¿Qué te ocurre?». «No me ocurre nada, te aseguro que no me ocurre nada; solamente lo que te ocurre a ti...». «Yo estoy bien», dijo Estanis, «a mí no me ocurre nada». «¿Estás seguro de que no te ocurre nada?». «Nada», dijo Estanis con la cara bañada de sangre, «un rasguño de nada... Únicamente que cierro los ojos y sigo viendo». Una esquirla de metralla le había cortado, con la limpieza de un bisturí, toda la piel de la frente de sien a sien un poco por encima del arco ciliar; toda la piel hasta la altura de los pómulos se había abatido sujeta en el bómer en dos pliegues contra la nariz y las órbitas completas de los ojos sujetas por los músculos recordaban la cabeza de un grabado anatómico. Cuando los otros volvieron le tumbaron boca arriba, y uno cogiéndolo por las axilas, otro por los pies y un tercero sujetando con un dedo la piel de al frente lo llevaron hasta el lindero del bosque, donde le administraron una cura de urgencia y le aplicaron un primer vendaje.



---

A primeras horas de la noche Mazón y Timoner tuvieron noticia de que la línea alcanzada por Estanis, y difícilmente sostenida durante todo el día, se había hundido a media tarde y que los combates —cuyos ecos podían escuchar de tanto en tanto— en torno al collado de Socéanos y sus cotas aledañas se reducían a la liquidación de los últimos focos de resistencia, empeñados en esperar la llegada de refuerzos para contener la inmediata avalancha enemiga. Los avisos sobre aquel nocturno eco de fusilería estuvieron clamando contra ellos durante más tiempo del que tenían que haber soportado. Traspasado cierto límite de la espera todas las virtudes que la han mantenido cambian de signo y se vuelven contra ella para acelerar la precipitación. El temor a las malas consecuencias de la inactividad desata un cierto furor enmendatorio y todas las razones barajadas horas antes para sostener la espera se transforman, sin el menor cambio gramatical, en argumentos en pro de la acción inmediata. Antes que nada es preciso ponerse en movimiento, aun cuando no se sepa hacia dónde ni para qué, pues en casos así a la postre sólo se tomarán en consideración los esfuerzos y la ponderación se reputará culpable. En una noche negra como un sótano se puso en marcha la columna de Timoner, por una senda alumbrada con linternas y lámparas de carburo, equivocadamente guiada por el oído. El camino abrupto y desconocido, la espesura del monte, la formación en grupos y no en fila india continua, la prohibición de hacer fuegos y señales luminosas para comunicarse sólo a voces quedas, el diferente paso de unos y otros, pronto trajeron como consecuencia la dispersión de la columna cuyos hombres, sin haber llegado a saber dónde estaban ni hacia dónde tenían que dirigirse, desde las primeras horas del día siguiente se vieron acosados por un enemigo oculto. Tal fue su confusión que en más de un caso cambiaron el fuego y produjeron bajas entre sus propias filas. Desentendiéndose de la fuerza enclavada en el vértice Calatrava —tan exigua como para no intentar otra cosa que su propio escape en caso de quedar aislada— el enemigo, antes de que clareara el día y utilizando diversas sendas que conocía bien, gracias a su permanencia en el puerto durante dos semanas, fue descendiendo de Socéanos en grupos compactos y bien disciplinados, convencido de que tras los combates del día anterior había llegado a tal punto el desbarajuste de las milicias que bien podía levantar la veda y salir en su persecución sin darles cuartel ni tener que esperar a mejor ocasión. El tiempo seguía empeorando y algún jefecillo —allá en el puerto— debió pensar que nada mejor que volverse a casa, antes de la llegada de las nieves, con un éxito indiscutible, una posición segura en el valle desde la que lanzar el asalto a Región en la siguiente primavera y unos cuantos trofeos dignos de ocupar las estanterías de un cuarto de banderas. Pero nada sabían los nacionales de las columnas de Mazón y Timoner y, aunque supusieran que un ataque tan insensato como el llevado a cabo por Estanis por fuerza tenía que estar apoyado en alguna retaguardia, habían adquirido en pocas

horas tal menosprecio por la índole de aquel inexperto combatiente que, fuera cual fuera su número, su armamento y su posición, estaban persuadidos de poder arrollarlo en pocas horas y empujarlo hasta la línea del Torce.

Batido todo el último tramo de la carretera por el fuego enemigo, infiltrado éste en el bosque hasta el lugar llamado Fuente de la Ternera y las inmediaciones del balneario de Cártago, con la llegada dispersa y a cuentagotas de los supervivientes del Batallón Metalúrgico, sin municiones, algunos sin armas y todos exhaustos y, por si fuera poco, con sus propias fuerzas desperdigadas por el monte, la columna de Timoner detuvo su ascensión en las primeras horas de la tarde y sólo con su repliegue hacia El Salvador volvió a adquirir cierta cohesión. Pero para entonces el ímpetu enemigo dominaba la situación y no hallándose dispuesto a pasar por El Salvador para alcanzar el Torce fue presionando insistentemente desde la Fuente de la Ternera hacia el camino de Matalutero para abrirse un paso más directo, aunque más bronco. Al cabo de un par de horas de intensos combates habían cortado la carretera de Cártago, se habían atrincherado en los riscos que dominaban la fuente y con el emplazamiento de morteros y ametralladoras cortaron la comunicación entre el Puente y El Salvador donde, tras una breve e infructuosa salida, volvieron los hombres de Mazón en cuanto comprendieron que los adversarios podían aventajarlos y ocuparlo por los accesos del piedemonte.

Cuando individuos aislados o grupos dispersos, por distintos puntos y siguiendo diferentes itinerarios fueron llegando a las riberas del Torce, tanto aguas arriba como aguas abajo de la casa del Perdón, la fiesta aún coleaba. Todavía un par de borrachos paseaban por la carretera, con las botellas en alto y cantando «en la su hora fatale», cuando las voces del otro lado del río intentaron sacarles de su glauco paraíso, envuelto en la neblina y aislado por el vaho. Sin embargo, con la llegada de los primeros compañeros, con las noticias del desastre y la baja de Estanis, la defensa de la casa y del puente pronto quedó presta, de acuerdo con un esquema pensado en esencia por Ruán y aceptado sin ninguna enmienda por el camarada-señor Pou y Cuarto Banderas. La llegada e incorporación de los supervivientes del Metalúrgico, así como una compañía de la columna Timoner que, habiendo quedado aislada en el combate de la fuente, se replegó hacia el río, apenas alteraron el dispositivo ingeniado por Ruán que consistía en una pequeña estratagema para fijar al adversario, sin duda atraído por la pronta conquista del puente, en aquellos prados y terrazas carentes de arbolado situados entre la corriente y la llanura de labor<sup>[17]</sup>.

A aquellas horas ya habían comprendido los republicanos que lo que tenían enfrente no eran tan sólo unos pocos falangistas de Macerta engañados por un éxito barato sino unas cuantas unidades del ejército nacional, no identificadas, con equipos de campaña y un cierto acompañamiento africano —alguna compañía de Regulares o incluso una mía del Tercio— fácilmente distinguible por los paños en las cabezas y

los capotes a rayas de algunos oficiales. Tal reconocimiento lejos de amilanar a las milicias les infundió ciertos ánimos. Si eso era así preciso era tomar la lucha con algo más de seriedad que la requerida para una competición entre rivales comarcanos y con menos gravedad que la preconizada por la propaganda política; en otras palabras, que se trataba de matar, de intentar acabar con todo aquel que se acercara a la casa del Perdón con un uniforme desconocido. Quizá no era ésa la mentalidad que dominaba en el campo de Mazón, sentado en el cuerpo de campanas de la iglesia de El Salvador en espera de la ansiada señal que debía llegar por el lado de Cártago. No era Mazón un hombre de carácter perseverante y ajeno a los desfallecimientos; ingenioso y diligente era capaz de desplegar una inexhaustible energía en tanto estuviera animado, más que por otras cosas, por sus propias ideas. No era obcecado y sabía aceptar las enmiendas e incluso la suspensión que su desarrollo impusiera a sus planes; y también sabía aceptar con buen ánimo sus errores y demostrar una capacidad de corrección alimentada por una imaginación dispuesta a enfrentarse con cualquier clase de problemas. Pero algunos no sólo le aburrían sino que le arrastraban a la indolencia. Bastante tiempo atrás había iniciado los estudios de Ingeniero Industrial, que había abandonado en su tercer año, aunque no con carácter definitivo, pues era su propósito reanudarlos y concluirlos en cuanto volvieran a constituir un acicate para abandonar su provinciana inactividad. En numerosas ocasiones —y siempre tras el fracaso de sus planes, buena parte de los cuales tenían relación con un matrimonio mal llevado— caía en una explicable apatía y no tanto por el desmoronamiento de un proyecto cualquiera cuanto por culpa de aquel insuperable detalle que lo hacía irrealizable y, por consiguiente, mejor que cualquier otro. Era un hombre que vivía entre proyectos a medio hacer. No le atraían las soluciones de compromiso, no tenía la menor afición por el trabajo de rutina y todo lo fiaba a su inventiva; así que cuando nada había que inventar... se ausentaba.

A partir del momento en que, tras los combates iniciados el 7 de noviembre, quedó mellada la punta de lanza republicana y desvanecida toda posibilidad de llevar adelante la maniobra de atracción, extracción de sus defensas y envolvimiento del enemigo, Eugenio Mazón se mantuvo a distancia (en el papel de reserva que se encomendó a sí mismo), poco menos que desentendido de todo contacto y, en una casa de El Salvador o en una de las dependencias de la serrería, atento tan sólo a aquellos movimientos que podían precipitar el final de una campaña que, a partir del mismo día en que comenzó, perdió todo su carácter ofensivo y en gran medida por culpa suya. Los combates se habían de prolongar todavía por espacio de más de tres semanas, pero después de los sangrientos e infructuosos esfuerzos nacionales por capturar el Puente de Doña Cautiva y establecerse sólidamente en la casa del Perdón, en la margen derecha del río, degeneraron en un forcejeo de posiciones que, dadas las condiciones topográficas de aquel teatro y de las climatológicas que fue imponiendo



la proximidad del invierno, sólo habría de resolverse en una vuelta aceptada por ambas partes a la situación de partida. Pero tal vuelta habría sido muy distinta, o tal vez no se habría producido, si en los últimos días de aquella agónica campaña Eugenio no hubiera extraído —de no se sabe dónde— su enérgico temple para lanzar un insólito ataque transversal que, empezando por la Fuente de la Ternera, desalojó a los nacionales de sus posiciones desde este punto hasta el Puente y les obligó, de mala manera y de prisa y corriendo, a buscar refugio en sus inexpugnables defensas de Socéanos.

La construcción del Puente de Doña Cautiva se remonta a los finales del siglo XVIII, cuando un corregidor ilustrado cuyo nombre quedará perpetuado en la correspondiente estela de una de las pilas centrales, supo sacar de su concejo los suficientes reales para erigir la primera de aquellas obras que habían de promover el fomento de la comarca del Torce medio. A pesar del puente, de la carretera de El Salvador y Socéanos, del canal de la margen izquierda (llamado por allí presa) y de unas pocas obras de arte, la comarca nunca se prestó a ser fomentada y la Guerra Civil la sorprendería poco menos que como la dejó aquel buen corregidor, don Gonzalo Álvarez de Buelnes, que para mayor honra de su memoria y de la del Rey Nuestro Señor mandó levantar, en plena euforia fomenticia, dos pirámides coronadas por sendos leones —esos leoncetes de tamaño y modales perrunos, demasiado utilizados por la iconografía desde la remota Iberidad(\*) como para no perder dimensiones a cambio de adquirir domesticidad— que sostienen sendos blasones en los que se inscriben sendas leyendas de las que el tiempo, celoso de su personalidad como todo escultor, sólo ha conservado la cifra del año que desdeñosamente cedió al artista. Y los dos leones —el de la izquierda mirando a la izquierda y el de la derecha hacia la derecha, como debe ser—, con sus pirámides acribilladas, seguirán atentos a la no llegada del viajero al que un día intentarán atraer (o tal vez disuadir) (más que con su cándida mirada o la benévola sonrisa de sus labios inflados) con la ofrenda de unas docenas de cadáveres esparcidos por la explanada (caídos de bruces en su mayoría, alguno de espaldas) y con la imprudente pretensión de presentarlos como víctimas de su (la de los cadáveres) imprudencia y de su (la de los leones) fiereza. En efecto, tras la llegada de los milicianos a los alrededores de la casa del Perdón (algunos tan espantados y apresurados como para cruzar el río con el agua hasta los sobacos, en la sospecha de que el puente les podía deparar una desagradable sorpresa) se empezó a percibir la presencia de las avanzadillas nacionales en los robledales de la margen opuesta. Su carrera había sido tan rápida que en una primera oleada sólo llegaron los que portaban armas ligeras por lo que, sin dejar de vigilar la carretera en el gran recodo de la primera cuesta, decidieron esperar a sus seguidores para lanzar su primer asalto al acceso del puente. Fuera que sus seguidores se habían retrasado, fuera que les devoraba la impaciencia por cruzar el puente y asentarse en la margen

derecha para dejarlo expedito a la columna que venía detrás, a primeras horas del día 10 unos trescientos hombres se lanzaron al asalto del puente con más precauciones propias que réplicas por parte de sus adversarios. Tan sólo de la casa del Perdón — demasiado alejada como para que de allí procediera un fuego eficaz— salieron unos cuantos disparos; el resto de la terraza —un terreno llano, yermo y arenoso, salpicado de una vegetación escasa y traicionera— parecía desierto, hundido en el sopor de la humedad y arrullado por ese vientecillo novembrino que incapaz de arrancarlas animará a las ensangrentadas hojas de los robles a su postrer baile y arrancará el gemebundo son que la oxidada chapa colgada de un perno extrae de su poste. Ocuparon el puente sin apenas cruzar un disparo, en grupos de a seis, para apostarse detrás de los pretilos —los cañones, y algún que otro gorrillo, asomaban por encima de ellos— formando dos líneas continuas. Un teniente lo atravesó corriendo y encorvado, pistola en mano, hasta ocupar la primera posición de la fila en el pretil de aguas arriba. Luego se cambió al de aguas abajo; luego se irguió para una inspección más amplia. El teniente alzó el brazo, indicó con la mano la dirección del avance y la compañía se desplegó por la explanada del acceso, para formar un arco de elipse con las dos pirámides como focos, cuerpo a tierra. Ni aquel teniente era un Bonaparte ni aquel puente el de Arcola.

En dirección norte de la carretera de Región a Campo, esto es, hacia aguas arriba del puente y a unos doscientos metros de él, se hallaba la casa del Perdón, una sólida y amplia construcción del siglo pasado, de dos plantas y cubiertas abuhardilladas, que durante una no larga época (y para ese fin había sido construida) se había utilizado como casa de postas, mesón y hospedaje, pero que a causa de la escasez de viajeros pronto había de quedar abandonada, solamente visitada por gitanos y gente de paso que dejarían en sus muros las huellas de sus fogatas. Con un trasero patio de carros, unas caballerizas y corrales, flanqueados por una alta tapia de piedra y argamasa, con una constitución parecida a la de un fortín y situada en el cambio de rasante de la carretera sobre un altillo que dominaba toda la terraza, hasta el más lego (como el camarada-señor Pou) podía comprender que su posesión otorgaba el dominio de todo aquel sector del valle, incluido el puente. A cosa de un kilómetro hacia aguas abajo de aquel punto la terraza concluía con los primeros escarpes del estrecho de Congosto, la gran garganta tallada en la caliza de montaña donde el valle se reduce a sus mínimas proporciones para abrirse luego hacia el curso bajo del río.

No era aquel teniente un Bonaparte. Una vez en posesión del puente y habiendo desplegado su compañía en una semielipse en torno a su estribo derecho, se quedó sin objetivo. No tenía ante sí más que alturas, una vega sin asomo de vida, una casa lejana, una carretera cerrada en una dirección por un cambio de rasante y por un desfiladero en la otra, unas pocas hojas que tremolaban en las puntas más altas de los álamos y, en la orilla, un rezagado martinete que había diferido su migración hacia el

sur para ver en qué paraba todo aquello. El teniente y seis hombres se levantaron y treparon por el talud, en busca del próximo objetivo que les permitiera esperar la llegada de la columna sin renunciar a la posesión del puente. No llegaron a coronar el talud. Un cerrado y cruzado fuego de fusilería se abatió sobre ellos: dos quedaron en el talud, los otros cinco rodaron como pudieron cuesta abajo. El teniente y su compañía habían quedado clavados al terreno que con tanta facilidad habían ocupado; era exactamente lo que había pensado Ruán: utilizar el puente como un embudo.

Todo el dispositivo republicano, apresuradamente montado durante los dos días anteriores, había girado en torno a esa idea. En tal ocasión —en contraste con las precedentes— la comunicación entre los diversos jefes y grupos había funcionado con eficacia y a pesar de la desordenada retirada monte abajo de las fuerzas de Estanis (mandadas en ausencia suya por Ubaldo Orejón) y Timoner, su reagrupamiento en torno al puente y la casa del Perdón se había ejecutado con orden y sigilo, siguiendo las órdenes de Pou y las instrucciones de Ruán, un estudiante al fin y al cabo. Fue éste el que comprendió, desde el primer momento, que siendo el puente la pieza más codiciada por el enemigo también podía ser el punto más vulnerable de su avance y de acuerdo con ello estableció el sistema de la defensa —apoyado en la casa del Perdón y en las terrazas superiores de ambas márgenes— partiendo de la posibilidad de ser rápidamente capturado. En otras palabras, en lugar de defenderlo lo transformó en cepo. Aquella noche, con la anuencia del camarada señor Pou (todavía no había comparecido Timoner, perdido en cualquier vereda del monte tras su decisión de apartarse de la carretera a la altura de Cártago) se llegó personalmente hasta El Salvador por el camino de Matalutero, para despachar con Mazón y convencerle, con ayuda de un croquis del sector del valle en las inmediaciones del Congosto, hecho por él a mano, de la necesidad de que segregara ciertos efectivos de su columna para reforzar la defensa en la margen izquierda. De aquella nocturna conferencia surgió la ampliación de la idea de Ruán y el trazado del dispositivo contra el que se estrellarían los ataques de los nacionales por el resto del año. Sin duda, en la idea de Ruán vio Mazón la posibilidad de desenterrar su antiguo propósito de pillar al enemigo entre dos fuegos, pero ahora en un punto del valle elegido por ellos. No se conformaba Mazón con romper la punta de lanza enemiga y desbaratar su asalto al puente, sino que pretendía crear con centro en éste una gran bolsa en la que entrara no sólo su frente de avance sino todo el grueso de sus fuerzas. Para ello, en otro croquis muy semejante al que aportara Ruán pero que cubría un sector del valle más amplio, diseñó su propio esquema que por el sur llegaba hasta el estrecho de Congosto y, para asombro de Ruán, cedía al enemigo un extenso perímetro de la margen derecha que incluía en su centro la casa del Perdón. Es decir, repetir en la casa del Perdón la operación ejecutada en el puente.

Más o menos en el mismo momento en que el teniente (llamado Ruiz Lancáster,

como se supo después) volvía, encorvado y pistola en mano, a cruzar el puente en dirección contraria para verificar el estado de sus líneas y estudiar la posibilidad de un repliegue y atrincheramiento en el estribo izquierdo, Eugenio Mazón —tras una marcha de cuatro horas por el camino de Matalutero, en la que ya empezó a aplicar las enseñanzas extraídas de la anterior— organizaba la defensa del paso de Congosto con una fuerza cercana al millar de hombres, provistos de armas automáticas, morteros, ametralladoras y profusión de granadas, que constituiría el último bastión de la defensa de Región. Una vez dispuesta la línea, cursadas las instrucciones pertinentes y entregado el mando a Ruán (por quien había cobrado una inmediata confianza) y Risco (un sujeto que hasta entonces le había acompañado como su sombra), Eugenio Mazón —aprovechando la pausa de los combates que se produjo durante todo el día 11— organizó una reunión con sus iguales que tuvo lugar en una alquería, bastante alejada del río y a medio camino entre Doña Cautiva y Congosto, cuyos propietarios en ningún momento consideraron la eventualidad de tener que abandonar el lugar o desatender sus labores agrícolas. Allí se decidió que Orejón y Pou se encargarían del sector norte, con un primer escalón defensivo apoyado en la casa del Perdón. Del inmediato sector sur y en la margen izquierda se haría cargo Timoner (al fin aparecido), con mando asimismo sobre la segunda línea encomendada a Ruán y Risco con su flanco izquierdo apoyado en el Congosto; por último, la línea Congosto-Matalutero-El Salvador sería cubierta por los restos de la columna de Mazón que en todo momento parecía ansioso de volver a su campanario, al punto donde con toda probabilidad ni siquiera sería molestado por el eco de los combates. Ésa era una de sus maneras de ser: al menos sobre el papel los problemas los reducía a una solución sencilla; de la ejecución de las cosas sencillas no se hacía cargo; y se retiraba —entre murmullos— para reservarse para las ocasiones difíciles. ¿Y cómo podría sostenerse la defensa de todo el sector si como primera providencia estaba dispuesto a ceder la casa del Perdón —el glacis de todo el sistema— al enemigo? De la manera más sencilla.

Ante la incomprensible tardanza de los refuerzos y tras una premiosa reconsideración de todas las circunstancias que le rodeaban, el teniente decidió atacar y ocupar la casa del Perdón, a pesar de que se encontraba en la dirección opuesta a la general del avance, para hacerse fuerte en ella y contar así con una inmejorable posición que dominaba los accesos al puente. El ataque se inició el día 12, con el sol todavía alto, y se prolongaría durante los dos siguientes, con diversa fortuna para ambas partes. El ataque no fue excesivamente molestado por las unidades republicanas situadas al sur —cuya presencia el teniente había detectado y cuya inactividad atribuyó a cierta cerrazón táctica de los defensores, inmovilizados en los pasos hacia Región— así que el teniente se vio gratamente sorprendido por las facilidades que le concedían los republicanos para moverse en la dirección opuesta a

la corriente del río. Aquel teniente no era un Bonaparte, sin duda, pero durante dos días (y más tarde en muy numerosas ocasiones) demostró que era un bravo; doquier estuviera la primera línea allí asomaba el teniente, pistola en mano (de la que nunca hizo uso), tocado con una gorrilla azul celeste y con un pañuelo blanco anudado al cuello. Tres veces intentó el asalto a la casa de postas y tres veces fue rechazado para quedar con la boca en tierra, la pistola firmemente agarrada. Para el cuarto intento esperó la llegada de refuerzos; se tomó tiempo y en lugar de enfilear la carretera avanzó hacia las tierras de labor hasta alcanzar unos cómaros donde emplazó las ametralladoras y morteros, hacia los corrales de la casa; de repente y antes de lanzar a sus legionarios a la carrera, se derrumbó una parte de la cubierta de los establos; con una carrera a pecho descubierto, trepando por las vigas caídas y pisando tejas y cascotes, sus hombres (luego se supo que se trataba de una Compañía del VI tambor de Larache) saltaron al patio... de una casa destruida y desierta. Tan sólo un hombre con camisa blanca y los brazos en alto apareció en el portalón, el tiempo justo para recibir una docena de balazos. Se diría que fue la señal para que sobre el puente — con trayectorias procedentes del Congosto— se abatiera una lluvia de plomo y metralla sin precedentes. Pero el teniente lo había previsto: con una cadencia muy estudiada sus legionarios en grupos de diez o veinte fueron saliendo del robledal para cruzar el puente y correr hacia la casa. Sufrieron numerosas bajas pero antes del mediodía de aquella tercera jornada el teniente pudo consignar que había alcanzado su objetivo.

Sin embargo, la victoria le duró poco: una media hora después de su ocupación, con un patio repleto de legionarios que por primera vez en varios días podían sentir la caricia de un débil sol de noviembre mientras abrían la lata de sardinas, empinaban su cantimplora o encendían su hebra, la casa voló. Fue una única explosión que levantó sus muros, abatió su cubierta, lanzó por los aires rejas, puertas y cumbres, por los huecos vomitó bocanadas de humo, miembros humanos y cacharros; todo un lienzo de la tapia —tras una moribunda reverencia— volcó entero por tierra y la ruina a que había sido reducida se convirtió en escombros, envuelto en una nube de polvo anaranjado animada del postrer estallido de cartuchos, granadas y cintas completas, bombazos aislados que fueron contestados por el saludo unánime de los milicianos, en pie y con los fusiles en alto, recortados en la última línea de la cuesta, para saludar la victoria de la minería:

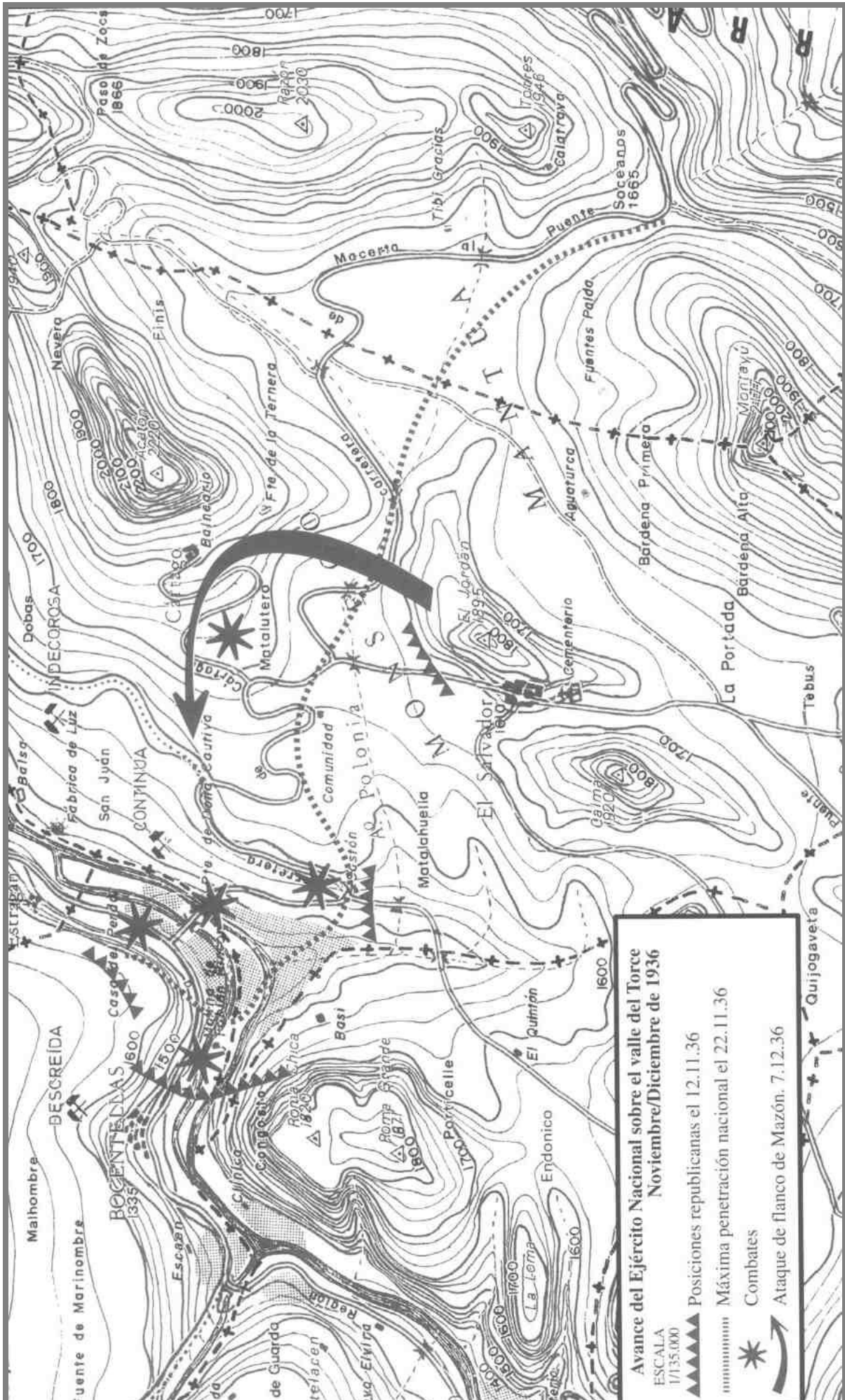
*¡Malquerencia por tu padre!*

Mazón había dicho: «Si el mejor refugio es el agujero de un obús, el mejor fuerte es la ruina de un fuerte». Y con todo, su mejor éxito —el triunfo de un aforismo— fue muy probablemente obra del azar. En efecto, la casa había sido minada pero la

voladura falló —según testimonios posteriores— a causa de una mecha, por el fallo de un detonador o por la defeción de uno de los mineros encargados de encenderla, una vez que los defensores —muy de mañana— se retiraron a las trincheras de la cuesta, desde las que con creciente zozobra habían observado su casi pacífica ocupación por una fuerza mucho más considerable que la que la había defendido durante tres días y dos noches.

A falta de aquel pivote —y presente en todo momento la experiencia de su primer asalto— el teniente, pese a la afluencia de los refuerzos, no hizo sino derivar. En unos segundos había perdido cerca de doscientos hombres, con todo su armamento, y por si fuera poco una vez más se había desvanecido su objetivo. Por fortuna para él, acompañando a los refuerzos también llegaron sus jefes que se hicieron cargo de la situación y como primera medida, después de su informe verbal, lo despacharon hacia Socéanos adonde llegó, ya de noche, con la primera nevada. Los combates que durante tres semanas se habían de suceder, tras aquel decisivo episodio, fueron determinados por el insistente empeño nacional de forzar los pasos del sur a lo largo de la línea Congosto-Matalutero pero en toda ella una defensa republicana bien escalonada, abastecida y reforzada por Mazón y la gente de Julián Fernández, con piezas de campaña, fue capaz de frustrarlo. Tan sólo en un par de ocasiones —y llevados por aquel puntillo tan castrense (cuya máxima encarnación sería precisamente el teniente Ruiz Lancáster) de ahorrarlo todo en una conquista pero no reparar en gastos para una reconquista— los ataques se dirigieron hacia las ruinas de la casa de postas que firmemente sostenidas demostraron la validez del axioma de Mazón. Con el mal tiempo por ambas partes se cavaron trincheras en terrazas y escarpes, se levantaron empalizadas y toscos caballos de frisia y se tendieron las primeras alambradas, un tanto inocentes. Aburrido en sus posiciones de Matalutero, con ganas de liquidar una campaña que ya no podía deparar sorpresas y de volverse a casa, a causa también de la pereza del invierno en entregar sus fríos, el 5 de diciembre volvió Mazón a su puesto en la cámara santa, sobre el ábside la iglesia de El Salvador, desde donde llevó a cabo un sumario reconocimiento de las líneas nacionales —también bastante dormidas— en torno a Cártago. Sin apenas contar con sus colegas ejecutó una marcha nocturna de su columna desde Congosto hasta El Salvador y el mismo día 7 por la mañana lanzó un imprevisto ataque sobre el flanco montañoso de su adversario, en la dirección de la Fuente de la Ternera. Ni siquiera sus compañeros en el valle tuvieron tiempo para acompañarle en una combinación de esfuerzos. Era —para él— un asunto local, de su exclusiva competencia, y que mucho más tarde sería frecuentemente aireado como un ejemplo de lo que un jefe no se puede permitir. El ataque, con el aprovechamiento de la sorpresa, progresó en unos dos kilómetros de la carretera y cuando parecía que había sido detenido, Mazón giró hacia el bosque y el camino de Matalahuella, inexplicablemente desguarnecidos,

desde donde creó con su sola presencia una amenaza sobre el saliente de Doña Cautiva. Como aquello vino a coincidir con una cierta actividad artillera en el sector de Congosto y unos sospechosos movimientos a lo largo de la carretera de Campo (se trataba tan sólo de la primera utilización de unas piezas de campaña traídas de Asturias), el Mando nacional infirió que se le venía encima un contraataque de gran estilo y decidió, a uña de caballo, replegarse a sus posiciones de Socéanos donde, con suma complacencia, recibiría a su enemigo como él se merecía. El repliegue arrastró a los milicianos hasta los mismos confines del puerto, hasta el vértice Calatrava donde en su día había quedado aislada una exigua formación al mando de Fernando Urique, el maestro soldador. No tuvieron el menor atisbo acerca de lo que les pudo acontecer. Ya en el descenso los hombres de Mazón toparon con un pastor que aún merodeaba por allí<sup>[18]</sup> y que les dijo que el jefe había muerto de frío e inanición, que la partida se había echado al monte (?) y que les dirigía un joven llamado Longinos.





---

Unos días después también subieron hasta allá los hombres de Julián Fernández quien hasta el final de la guerra había de creer y sostener que el repliegue nacional había sido provocado por su presencia en Congosto, por el mortífero cañoneo —un nuevo Valmy— de sus piezas 114,3, por la presión ejercida por sus tropas sobre el flanco del saliente enemigo y por los rumores acerca de su inminente ofensiva que algún agente del fascismo infiltrado en Región había acertado a transmitir a los mandos de Macerta. La noche del repliegue, desde su puesto en la cámara santa, Eugenio Mazón escribió a su madre la segunda carta<sup>[19]</sup> de aquella campaña, redactada en los siguientes términos:

«En El Salvador, a 10 de diciembre de 1936.

»Querida Madre:

»Aunque dentro de muy breves días estaré contigo no quiero que pase una fecha sin que sepas que me encuentro bien y en la mejor de las disposiciones. La campaña ha concluido y espero que las hostilidades no se reanuden hasta la próxima primavera. No hemos alcanzado el éxito que yo esperaba y que, como te expliqué la otra vez, dependía de demasiadas cosas. Cada día me convengo más de que en la guerra las ideas son tan sólo factores de segundo orden, porque ponerlas en práctica es mucho más difícil y comprometido que concebirlas. Y digan lo que digan convencer a un hombre y tener una voluntad común es casi imposible. Es un don del que sólo gozan<sup>[20]</sup> los que apenas tienen necesidad de ella. Pero creo que hemos logrado romper los planes del enemigo y confío que en la próxima ocasión nos podremos hacer con él. Te quiere como siempre

EUGENIO.»

La noche del 13 al 14 de diciembre nevó copiosamente y el puerto de Socéanos quedó cerrado y cortada la carretera del Puente de Doña Cautiva a Macerta; durante dos días también El Salvador quedaría incomunicado. El manto de nieve silenció todas las operaciones y terminó, por aquel año, con las hostilidades. La batalla había durado treinta y cuatro días. Los republicanos pagaron su prueba de fuego con 422 bajas, entre ellas Estanis, seriamente herido en la cara, Fernando Urique, desaparecido en el vértice de Calatrava, y José Eduardo Risco, muerto de un tiro en el pecho en la defensa de Congosto. De ellos, 189 muertos o desaparecidos. Es posible que las bajas nacionales fueran menores, a pesar de la carnicería de la casa del Perdón donde 115 legionarios perdieron la vida. En los estadios republicanos se reconocen

esas bajas, así como la pérdida de un mortero de 45 y otro de 50, tres ametralladoras y dos fusiles ametralladores. En cambio, fueron capturados 28 prisioneros, 114 fusiles y 9000 cartuchos, así como una pieza 105 de montaña, en estado de deterioro. A cambio de tal balance y sin ninguna conquista territorial de que presumir, las milicias probaron su temple para el combate, aprendieron a mirar cara a cara al enemigo, a medirse con él y a practicar y desarrollar ciertas técnicas que sólo bajo el fuego se pueden adquirir.

## LIBRO QUINTO

*La influencia de los combates de 1936 en las posteriores campañas. Disensiones en el Comité acerca de la ofensiva de 1938. Aspecto de Región en aquel año. Afición de Ruán a la lectura de Marcel Proust. Los seis puntos de la resolución del Comité. Visita a Escaen del capitán Arderíus. Resoluciones y presagios.*

**P**or una anomalía cronológica, muy comprensible, la reunión del 8 de febrero de 1938 se vio dominada, en el espíritu de los combatientes regionatos, más por el recuerdo y los precedentes de la campaña de 1936 que por los combates que se sucedieron a lo largo de 1937. Sin embargo, fue en este último año cuando los republicanos cosecharon sus mejores —si no los únicos— triunfos, al batir de forma inapelable y en dos ocasiones a las fuerzas de Sanz de Brémond y obligarle a cancelar sus acciones ofensivas y retirarse a sus bases de partida, tras dejar el valle medio del Torce salpicado de cadáveres, despojos y equipos de inapreciable valor para unos hombres que ya no podían contar con suministros regulares por vía terrestre. Pero todo a lo largo de 1937 los republicanos se habían batido a la defensiva, a la espera de un enemigo animado, entre otras cosas, de una euforia italiana, tan locuaz y bullanguera como poco previsor, tan distinto del áspero e intempestivo adversario que había asomado su faz en los últimos días de 1936 y que, sin el menor género de duda, no sin cierto regocijo había observado el descalabro de su aliado, un paso atrás que le permitiría volver a ocupar la escena para demostrarle cómo había que hacer lo que él no había sabido hacer. Sabían los republicanos que tras los empenachados voluntarios del CTV habían de volver los macertanos, los burgaleses, los navarros, los gallegos, los vallisoletanos, los africanos y, todo lo más, allá en una esquina, una columna ligera italiana dispuesta a extraer la aguda espina clavada en el costado de su *giovinezza*; sabían que esta vez no habría cuartel, que —tal como estaban las cosas en el resto de la península— no quedaba espacio para una cuarta oportunidad y que su suerte quedaría echada. Y sabían que los otros lo sabían, que no yéndoles gran cosa en ello podían jugar a placer y que cualquiera que fuera el resultado no volverían a cruzar el puerto al amparo de la nieve. Sabían también que no quedaban otras salidas que una paz traída de lejos, a la que ellos podrían colaborar pero en ningún caso negociar, o aquella rendición sin condiciones para caer en manos del nuevo Estado que podría hacer con ellos lo que viniera en gana, la cárcel o el paredón. No resulta difícil comprender, así pues, que —para impaciencia de la misión que encabezaba el teniente coronel Lamuedra— no tuvieran demasiada prisa en acelerar el destino que se les venía encima y, habida cuenta de las posibilidades para prolongar la resistencia que las hostilidades de 1937 habían puesto de manifiesto, se mostraran reacios a tomar cualquier iniciativa y a comprometer sus limitadas fuerzas en una ofensiva que, pese a todos los favorables augurios que los técnicos ponían sobre el papel, bien podía resultar una copia al carbón de lo sucedido en 1936. En el ánimo de todos los veteranos —a excepción quizá de Julián Fernández— pesaba la sospecha de que en aquella ocasión la nieve les había salvado; que una sobrecarga de los nacionales, favorecida por una acumulación de recursos, en los frentes de El Salvador y Congosto podría haber arrollado la defensa republicana y terminado con toda clase de resistencia en el plazo de unas semanas; y que una situación semejante a comienzos

del año, con al menos un período de diez meses por delante y una capacidad logística del adversario multiplicada por el finiquito de importantes compromisos (liquidada por aquellas fechas la gran bolsa del norte y, según todos los indicios, el frente de Aragón en ese difícil punto de equilibrio que amenaza ruina) a la fuerza había de desembocar en la misma o muy parecida crisis, no resoluble esta vez con la ayuda del cielo.

En tales circunstancias los sensatos acostumbran a ser optimistas y los pesimistas tienden a la inactividad, a la espera. Tal era el caso del viejo Constantino, de Estanis y de Ruán, en cierto modo los más influyentes. Ésa era la oposición que tenía que superar Lamuedra, adoctrinado en Valencia y Madrid a pasar por todo a condición de ponerlos en movimiento. No era el caso de Julián Fernández, Eugenio Mazón y Beltrán de Rodas (la nueva estrella aparecida en el firmamento regionato en las postrimerías de la última campaña), todos dispuestos, por muy diferentes razones, a bregar. Timoner, un hombre que voluntariamente o de mal grado había quedado rezagado y ocupaba tan sólo puestos de limitada responsabilidad, y los extranjeros — apenas tenidos en consideración a la hora de las deliberaciones— deambulaban de una a otra posición, tan pronto prestos a salir al combate al día siguiente como remisos a aceptar un emplazamiento a un mes vista.

El mayor interés de Lamuedra y su misión —aparte de las resoluciones de carácter técnico-administrativo que en todo momento formarían el imprescindible pórtico para cualquier medida— se centraba en la adquisición por unanimidad de todo el Comité o Junta (o comoquiera que lo fueran a llamar) del compromiso de lanzar la ofensiva de Macerta en cualquier fecha del mes de marzo, pero en ningún caso más tarde. De su prontitud podía depender la estabilización —precaria estabilización— del frente de Aragón y, por supuesto, una nueva derogación de la eterna amenaza sobre Madrid. Las primeras réplicas a esa propuesta no apuntaron hacia la fecha —en la inteligencia de que, dentro de ciertos límites, a los oponentes les daba lo mismo que fueran en febrero, marzo, abril o mayo— sino a la idea misma de la ofensiva cuya necesidad distaba mucho de estar demostrada. A la defensiva — argüían— podrían resistir por más tiempo y con mayor economía y sin abandonar tal actitud podrían incitar al enemigo a desencadenar un ataque de alcance limitado que movilizara los mismos medios y tuviera idénticas repercusiones que la acción propuesta por Lamuedra; para la defensiva —insistían— apenas necesitaban nada, pues gozando de numerosas circunstancias a su favor (las mismas que se volvían en su contra para la ofensiva, porque las circunstancias guardan siempre una cierta simetría respecto al eje dinámico) se veían con fuerzas para valerse por sí mismos durante una larga campaña de atrición; con la defensiva —añadían— podían rendir a la República un servicio inapreciable, pues, sin exigirle la menor ayuda ni recabar nuevos recursos necesitados de manera imperiosa en otros frentes, por el mero hecho

de resistir obligaban al enemigo a distraer unas fuerzas que, como sobradamente lo había demostrado la campaña del Norte, nunca serían trasladadas a otros sectores en tanto sintiera su espalda amenazada.

La misma clase de argumentos, exactamente la misma, utilizaba Lamuedra a la hora de abogar por la ofensiva. Era poco menos que una repetición de los anteriores, dándoles la vuelta. Con la ofensiva, el Mando enemigo se vería obligado a distraer efectivos que, de acuerdo con las noticias suministradas por los servicios especiales, estaban ya ocupando posiciones para el asalto final a Madrid...; puesto que se trataba de ganar tiempo, a la vista de los sucesos que ocurrían en Europa y el panorama internacional, la mejor fórmula...; un ataque por sorpresa obligaría al adversario...; el gobierno de Valencia estimaba, a la vista de una consideración de la situación en su conjunto... Etcétera, etcétera. Fueron largas, interminables sesiones que se prolongaban hasta altas horas de la mañana, que no sólo no servían para alcanzar el acuerdo, sino que en cada nueva edición de la convocatoria ampliaban las diferencias entre unos y otros. Tan sólo el capitán Arderius, por parte de la misión Lamuedra, y Eugenio Mazón, por parte de los regionatos, no regatearon esfuerzos para lograr el consenso y salvar las discrepancias. El primero, en particular, supo comprender pronto las debilidades de sus antagonistas y con una diplomacia amistosa y una artera aproximación personal a sus puntos de vista fue ganando su confianza hasta el punto de, si no convertirse en portavoz de los locales, situarse en una posición intermedia que le había de permitir, tras muchas idas y venidas y numerosos conciliábulos con unos y otros, transformar el antagonismo en una tímida concordancia. En cierto modo, el teniente coronel Lamuedra jugaba con ventaja por cuanto, sin saber cómo, se había constituido en juez y parte, en todo momento dispuesto a subrayar con movimientos de cabeza (claramente perceptibles en las sombras arrojadas a la pared por la luz de los flexos) las machaconas imputaciones del comandante Cherclaes, en toda ocasión dispuesto a cortar por lo sano y no permitir a los regionatos la expresión de sus opiniones en lo tocante a la conducción general de la guerra, cuya crítica se salía fuera del marco de la reunión.

Casi todas las reuniones de aquella asamblea fueron nocturnas y poco cálidas. Los cristales del salón se habían reforzado con tiras de papel de goma, formando aspas; las puertas exteriores y ventanas de la planta baja del edificio —como algunos otros— se habían protegido con sacos de tierra; para aquellas fechas las iglesias de Región se habían cerrado al culto; se había establecido —desde aquellos días de noviembre del 36 en que corrió el rumor que los nacionales habían ocupado Bocentellas y Burgo Mediano— el toque de queda entre diez de la noche y ocho de la mañana y la ciudad sufría desde catorce meses los rigores de un estricto racionamiento de alimentos y artículos de consumo. Hasta el carbón escaseaba en una cuenca donde la producción se había venido abajo, donde los stocks estaban a punto de agotarse. No había aceite,

carne, huevos, harina, azúcar ni café y ya se había iniciado la era de los brutales sucedáneos; en lugar de café se bebía agua de achicoria y en lugar de tabaco se fumaba corteza de patata y hoja de verdolaga. Escaseaba la fruta, casi toda la alimentación se reducía a verduras, boniatos y legumbres cocidas y el escorbuto había hecho su aparición. Un hombre podía cambiar un par de candelabros de plata por un cuarterón de picadura o un gato por dos velas. A comienzos de aquel año 1938 la guerra en Región había decididamente sepultado su niñez callejera para entrar en su madurez doméstica; las calles se veían desiertas y, sobretodo, la gente no andaba; si salía de casa era para formar cola y esperar pacientemente a la puerta de un establecimiento donde se había anunciado un reparto; daba lo mismo lo que fuera. Y en casa, a falta de mejor cosa que hacer, se prolongaba indefinidamente una partida de naipes —o un solitario sobre la única mesa camilla privilegiada con el calor de un brasero cuyo cisco procedía de una ácida pizarra pulverizada, de casi nulo poder calorígeno, que exigía la constante atención de la palmeta para mantener encendidas unas brasas responsables de numerosas intoxicaciones.

Constantino fue el primero en llevar a las reuniones del Comité una manta que se echaba por encima de las rodillas. Eran largas y penosas reuniones dominadas, como muchas otras, por las posiciones de los tres flexos que unos a otros se pasaban para sus respectivas lecturas e intervenciones. En una de las cabeceras, Constantino acostumbraba a hundir su cabeza en el respaldo en sombras de cordobán, metía las manos por debajo de la manta, alejaba de sí el flexo y callaba; cuando escuchaba solía observar, siempre de reojo, no a quien hablaba, sino a aquel a quien más podía interesar lo que se estaba diciendo; Ruán —incorporado al Comité desde mediados del 37— dibujaba redes y torres de pagoda y el capitán Arderius, siempre tieso y sin apartarse de la mesa, consumía gran parte del tiempo en observar sus manos y uñas (al tiempo que inclinaba la cabeza para atender las confidencias literarias de Ruán), tanto las palmas con los dedos doblados, tanto los dorsos con los dedos estirados y alargado el brazo para contemplar su efecto a distancia; con ese gesto —estudiado y un tanto impertinente, aprendido en el cine o en el teatro— soltaba sus más contundentes opiniones, rebajadas a la categoría de comentarios displicentes en tanto su atención estuviera ocupada en primer lugar por la contemplación de unas manos que el oficio de la guerra no había hecho más que ennoblecer y que, obedientes y fieles al espíritu que las había formado, ni siquiera ante la posibilidad de un fracaso personal o colectivo renunciarían a los encantos y privilegios del refinamiento. Enfrente y a su izquierda, Juan de Tomé, afanado en la manufactura de figuras de papel de las que al final de cada reunión ofrecería todo un muestrario, levantaba de tanto en tanto su mirada —con un deje de asombro— hacia aquellas manos, mucho más inquietantes que todas las disquisiciones del teniente coronel Lamuedra; y en el centro de la mesa, siempre un poco retirado de la mesa y al amparo de las sombras no

holladas por los haces de los flexos, Estanis escuchaba una oración ya repetida, mientras una y otra vez recorría con el índice su larga cicatriz por encima de las cejas para repasar con incredulidad sus numerosas irregularidades. Años antes se habían publicado en Madrid, en una traducción conjunta de Salinas y Quiroga Plá, los tres primeros títulos de la gran novela de Proust que tan intensas conmociones habían de producir entre algunos amantes de las bellas letras que, acaso por primera vez, gozaban de la oportunidad de disfrutar de un autor, sólo comparable a los más grandes, que ni habían heredado de sus padres ni había sido recomendado por sus mentores; su lectura en aquellos años constituía por consiguiente uno de esos dobles (o triples) placeres en los que se aúnan la más completa satisfacción a las exigencias de un gusto depurado y el exclusivo aislamiento que proporciona un descubrimiento que difícilmente compartido por las generaciones precedentes, inmovilizadas en sus hábitos literarios y en los clásicos de su predilección, dibuja una frontera entre lo decididamente nuevo y una antigüedad siempre renovada en virtud de sus numerosas gracias. Sería preciso remontarse al efecto causado por Nietzsche para encontrar un precedente al efecto causado por Proust. En ambos casos la lectura —y para la adquisición de un sentimiento ambiental basta la lectura de unas pocas y primeras páginas— infunde en el lector la sensación de hallarse en un ámbito que sus antecesores jamás pisaron ni pudieron conocer de referencias, de ser introducido en un terreno virgen que la cultura (tamaño contrasentido, la cultura que todo lo pisa y en tantos casos sin dejar su huella sobre lo pisado) colonizará durante los próximos decenios y no sólo para explotar una riqueza inmovilizada por la quietud de la naturaleza sino para abrir nuevas sendas en las que, en un punto cualquiera, pueda tener lugar de nuevo aquel acto germinativo que precedido de todos los anteriores y seguido de todos los consecuentes levantará ese momento arborescente incapaz de detenerse y ser comprendido más que en el tiempo falso del estudio. En uno de sus últimos viajes a Gijón —ya en tiempo de guerra— había adquirido Enrique Ruán los seis volúmenes de la obra de Proust traducidos al castellano y que de vuelta a Región y en la paz de Borques, devoró con prisa y con pausa, sin permitirse cualquier desviación hacia otras lecturas ni acompañarlo de otros esparcimientos tan intensos. Enrique Ruán era hombre callado y bastante tímido, pero la suya era esa clase de timidez que cobija una considerable fortaleza; nunca estaba seguro de saber expresarse bien y en cierto modo callaba por miedo a sí mismo, a tener que escuchar sus propias reprensiones y a recurrir al arrepentimiento a causa de una palabra mal empleada; era lo bastante sincero como para moverse en un perpetuo engaño, en un continuo de buenas palabras nunca del todo convincentes; era delicado, demasiado mirado hacia las posibles molestias que podía causar, tan exigente consigo mismo que a su lado una persona atenta y bien considerada podía sentirse incómoda a causa de la involuntaria emulación que despertaban sus buenas maneras. Bastó poco tiempo



para que entre todos los asistentes a las reuniones del Comité —incluso aquellos como Estanis o Juan de Tomé a quienes les daba un ardite tales detalles— se dieran por sentadas las buenas maneras —quizá demasiado buenas para un jefe militar— y la excelente educación del capitán Arderius; se le tenía por un cosmopolita, un hombre de mundo, con todo lo malo que eso puede significar en un medio de provincianos recocidos en sus propios recelos. Tenía mundo, había viajado, se sabía que en otras esferas había llegado a brillar como hombre de refinada sensibilidad y reconocidas dotes para la música (y quien tiene esas dotes ¿cuáles le pueden faltar?) y que ante sí tenía abierto un futuro de artista, bien relacionado en Madrid, París, Viena y acaso Nueva York. Era de buena familia y cuando hablaba no sólo le escuchaba el teniente coronel Lamuedra y todo su séquito, sino que durante un buen rato les obligaba a permanecer mudos, en consideración a sus palabras o a sus manos. Jamás le replicaban de manera pronta o vehemente.

Durante los últimos meses había consumido Ruán todos sus ocios encerrado en la lectura de Proust y con frecuencia un volumen suyo, muy manoseado, asomaba por el borde del bolsillo de la guerrera. Pero ni siquiera a sus dos grandes amigos y confidentes —Eugenio Mazón, mayor que él, que en materia de lecturas no sentía la necesidad de pasar más allá de la generación del 98, y Cayetano Corral, más joven, que raramente leía otras cosas que sus tratados de relojería— había logrado contagiar su afición ni conseguido establecer con ellos esa casi clandestina fraternidad que una admiración compartida puede consolidar en un grupo reducido y asilado, abandonado a sus propios recursos y rodeado de la indiferencia o ignorancia hacia el objeto de su culto. No había intentado el menor proselitismo; tras comprender que sus amigos no le acompañarían en su devoción prefirió guardarla para sí y hacer la menor mención posible de ella no fuera a convertirse en una fuente de sarcasmos, tan despiadados como podía permitirlo la gran confianza que les unía. En cierto modo esa clase de aislamiento puede ser muy estimulante y gracias a ello, aunque siempre se tratará de un personaje singular, será posible encontrar en un medio rudo el insólito conocedor de una obra lejana y que por sí mismo, sin ayuda de textos ni expertos, es capaz de alcanzar esa no vistosa ni competitiva ciencia circunscrita y referida solamente a aquélla, incomparablemente más sugestiva y persuasiva que todas las doctrinas escolásticas nacidas de un medio cultivado por varios. En algún momento y en alguna de las reuniones del colegio de los Escolapios entre Ruán y el capitán Arderius, sentados uno junto a otro, debió brotar la palabra Proust o la palabra Swann o la palabra Balbec o cualquier otro de los célebres nombres de la «Recherche». Quizá no lo pronunció ninguno de ellos y con toda seguridad que no salió de los labios de Arderius; quizá no lo pronunció nadie y quizá fuera nada más que la materialización sonora del deseo de vencer el miedo a pronunciar el nombre sagrado ante quien no lo reconocerá, uno más de los involuntarios y frustráneos conatos del *proustizado*

espíritu de Ruán para darse a conocer como sectario y poder ofrecer una muestra de su fervor a quien supiera y pudiera compartirlo. Y el otro replicó, aunque ni mucho menos estuviera animado de la misma clase de fervor; pero no sólo su ascendiente, su juventud parisina, su —por todos tácitamente reconocida— moderna formación en las artes y las letras, sino también y sobre todo su política de conciliación y de agrado no le permitían recibir el comentario de Ruán para despacharlo con un «ah, sí», y pasar a otro asunto sin darse por enterado de la contraseña. A partir de aquel momento Ruán, dejando de lado su habitual reserva, buscó siempre la manera de sentarse junto al capitán Arderius, de acompañarle a la salida de la reunión, de prolongar la misma con una velada de muy diferente carácter (pretextando y tratando de mitigar en la medida de sus fuerzas su derelicción en una ciudad tan pobre de recursos y atractivos) y de invitarle a su casa —o a la de Cayetano Corral, no movilizado a causa de su dolencia— con la mirada puesta en la consolidación de una amistad incoada por una común afición a las letras. Con toda probabilidad el capitán Arderius no había leído una página de Proust ni por su mente había pasado la idea de hacerlo; sabía acerca de él lo bastante como para haber desterrado el interés por su obra y se sentía más allá, mucho más allá; lo último que habría recibido en París sería el legado de Proust, nombre decididamente arrinconado por los montparnos, con cuyos supervivientes había llegado a codearse en los alrededores de La Coupole; lo suyo era evidentemente otra cosa pero en aras a su política de sonrisas ¿tendría que aparentar una cierta afición hacia aquel mojígato o, por el contrario, se vería en la necesidad de explicar a aquel voraz joven de provincias la ruptura que significaba el «Front Rouge» o las implicaciones del «affaire Aragon»? ¿Y no sería mejor dejarlo para otra ocasión, para otros tiempos? ¿Acaso no tenían que ocuparse de la ofensiva sobre Macerta?

Lamuedra había aceptado —si no es que lo había asignado— el papel de Arderius como el hombre de su misión que se había pasado al campo de los regionatos; el hombre que, siempre que fuera conforme con sus doctrinas y mentalidad, acostumbraba a apoyar la tendencia a la defensiva y a buscar en todo momento la superación del antagonismo entre ambos partidos mediante la sistemática reducción de las pretensiones de los foráneos a términos aceptables para los locales. La renuncia a su manifiesto apoyo en las reuniones era el menor precio que podía pagar por su labor de zapa, por su ingreso en la intimidad de los Mazón, Ruán, Corral y Cía, desde donde poco a poco fue curvando su resistencia para llevarles a las posiciones deseadas por la Misión enviada por el Gobierno de la República. De esa suerte y gracias a su labor, la reunión del 8 de febrero, martes, se vio facilitada por el consenso de todos los presentes en lanzar la ofensiva sobre Macerta para el mes siguiente, con un mínimo de cuatro semanas para llevar a cabo los planes de campaña y toda suerte de preparativos y un máximo de seis, a contar desde aquel día, para la

ejecución del ataque. Los puntos que se debatieron y aprobaron en la mencionada reunión estaban redactados en los siguientes o parecidos términos:

1. Todas las fuerzas republicanas de Región quedarán al mando de una Junta formada por ocho miembros, presidida por Constantino Marcos y cuya Vicepresidencia y Secretaría ostentará el teniente coronel Fernández Lamuedra.
2. Dicha Secretaría, a través de sus diversas Secciones y en colaboración con su Estado Mayor, redactará las normas y plantillas para la organización de todas las fuerzas a su mando, así como las órdenes y planes de campaña de todas las acciones ofensivas dentro del sector.
3. La ofensiva sobre Macerta, cuyo lanzamiento se llevará a efecto cualquier día entre el 16 y el 31 de marzo de 1938, tiene como objeto «desarticular el dispositivo enemigo en aquel sector y empujarle a una acción defensiva que le obligue a suspender sus planes en cualesquiera otros frentes», sin dejar de lado la posibilidad de cederle la iniciativa de contraataque una vez alcanzadas las metas previstas.
4. Aun cuando el objeto de la ofensiva se limitará a alcanzar las posiciones que se definirán en su día, no se descarta la posibilidad de la conquista de Macerta y el aprovechamiento «hasta el límite» de todas las ventajas adquiridas «para auxiliar de manera indirecta la defensa que realizan nuestras fuerzas» en otros frentes y salvaguardando en todo momento su capacidad para «romper el combate con sujeción estricta a las órdenes recibidas» y a fin de poder «actuar nuevamente y cada vez con más espíritu de victoria».
5. La ofensiva se encomendará a dos Agrupaciones, una de las cuales deberá irrumpir en el valle del Lerna en tanto la otra sostendrá la presión sobre las posiciones enemigas en Socéanos, manteniendo en todo momento una estrecha comunicación a fin de que cualquiera de ellas pueda dirigir sus movimientos a tenor de los resultados obtenidos por la otra.
6. El ataque se desarrollará con las mayores sorpresa y audacia «por lo cual se guardará el máximo secreto respecto a la preparación, composición, organización y empleo» de las Brigadas, así como a sus lugares de destino, sus objetivos y la fecha prevista del ataque.

Cuando el punto 3) fue aprobado los demás apenas fueron discutidos. O lo fueron con suma desgana, conscientes los reunidos de que con el 3 quedaba dicho todo y poco menos que decidido o sellado su futuro, a expensas de un resultado que a la larga no podía ser más que uno. En cierto modo la resolución supuso un alivio para todos los presentes, para unos por haber conseguido sus propósitos tras dos meses de largas y penosas negociaciones, para otros porque con ella quedaba cancelada una época de incertidumbre —definida por la indecisión para tomar una cruel y definitiva

medida, pronosticada como único remedio para atajar un mal progresivo y día a día más inquietante— y sobreseído el proceso de su responsabilidad en los asuntos de una comunidad mucho más amplia que la propia. En una de las cabeceras de la mesa el teniente coronel Lamuedra ordenaba sus papeles, mientras sus acompañantes discutían en voz baja los próximos pasos; en el otro extremo Constantino dormitaba bajo su manta y a su izquierda Juan de Tomé, convocado a aquella reunión a instancias de Mazón —otro que dibujaba, pero éste ruedas dentadas, bielas y transmisiones—, probablemente para poner a prueba su fidelidad, daba los últimos toques a una rana de papel que bajo la presión de su dedo avanzaba a pequeños saltos hasta el círculo de luz en el centro de la mesa. El capitán Arderíus contemplaba sus uñas, aliviado de la presencia de Ruán que, como secretario en funciones, había pasado a otra habitación para dictar al señor Ponce el borrador de la resolución que una vez pasada a máquina sería leída de nuevo y aprobada y firmada por todos. Retirado y tieso, sin decir nada, Estanis movía ligeramente la cabeza envuelta en sombras como un péndulo que ya no recorriera toda su carrera, agotada la cuerda que le había dado con el dedo en la cicatriz, accionado solamente por la inercia. Pero antes de que concluyera la reunión se plantearon algunas cuestiones de detalle a pesar de que no era el momento de hacerlo; pero Lamuedra, haciendo gala de su magnanimidad, se dignó escucharlas para premiar con una licencia el éxito obtenido; era —bien puede decirse— el desembolso de sus últimos ahorros, la tímida revelación parcial de las secretas intenciones que cada uno había ido atesorando en aquella larga guerra y reservado para la hora decisiva y final; era —mediante la anticipada venta de sus valores— la mejor manera de confesar que veían venir la bancarrota y que, para no sobrellevarla, nada querían guardar para así nada tener que temer de la ruina. Estanis y Mazón, seguros de que sobre ellos recaería el mando de la primera Agrupación —encargada de llevar a cabo el ataque sobre el valle del Lerna —, adelantaron su opinión sobre el mejor punto de paso de la Sierra para sorprender al enemigo; Asián —casi siempre muy reservado y algo timorato— insinuó la conveniencia de utilizar la caballería para iniciar por sorpresa la penetración en el territorio enemigo. Muchos de ellos habían acariciado durante meses la idea de formar y utilizar cinco escuadrones de caballería que aún no habían podido equipar en su totalidad, tras rebañar caballos y enseres en todos los establos del valle, incluso llegando a estabular algunos ejemplares de la raza de Mantua, aunque de todos era sabido que apenas servían como cabalgaduras. El capitán Arderíus abandonó por un momento la contemplación de sus manos para soltar un bufido; luego se irguió para hacer con los hombros más ostensible su gesto de menosprecio; fue un gesto tan breve como expresivo y la cuestión quedó en el aire no sin dejar un mal sabor de boca en quienes aspiraban a llevar sus caballos a abrevar en las aguas del Lerna.

A la vuelta de una de sus invernales visitas de inspección a las líneas de El

Salvador-Matalutero y El Puente de Doña Cautiva-Congosto, el capitán Arderius había sido invitado por Enrique Ruán a pasar un par de días en Escaen donde toda su familia —su padre, su madre, sus hermanos pequeños Jorge y Elena, su tío Ricardo y sus tías Elvira y Margarita— se habían refugiado a partir del primer otoño de la guerra. Allí al menos se bastaban para sobrevivir con los productos de la huerta, además de sentirse alejados de las tribulaciones de la ciudad y de las andanzas de un hijo que —a pesar de que les proporcionaba el mejor resguardo contra cualquier clase de vindicta por parte de grupos extremistas— no podían ver con buenos ojos. Y por supuesto Enrique había hecho todo lo que estaba en su mano para mantenerse a distancia de su familia, tanto por el bien de ellos cuanto por el suyo propio, tanto para evitar engorrosas situaciones y reproches por parte de los suyos cuanto para no dar lugar a habladurías entre sus compañeros de armas; era demasiado sensible como para tomarse a la ligera cualquier acusación dirigida a su familia o la menor insinuación acerca de su más que probable inclinación hacia el bando contrario. No era un caso único, ni mucho menos, y ni siquiera el más agudo ejemplo de una escisión o una desavenencia política en el seno de una misma familia<sup>[21]</sup>. La familia Ruán nunca había sido de derechas, pero daba igual; la revolución y la Guerra Civil les había obligado a no ser de izquierdas y a aguardar su fin —con el indudable triunfo nacional— para volver a ser lo que siempre habían sido: gente con dinero pero que presumía de tener más educación que dinero.

Había supuesto Enrique que la entrada del capitán Arderius en el santuario familiar le serviría para romper el hielo formado a lo largo de casi dos años de ausencia —interrumpida tan sólo por breves visitas de paso, sin siquiera hacer noche—, para que los suyos reconocieran en un oficial republicano a un hombre educado y culto, en todo semejante a ellos, y para protegerse con su presencia de las temibles recriminaciones con que —sobre todo su padre— le podía recibir. Indirectamente quería hacerles comprender que su caso no era único, que un vástago de una familia más ilustre y encopetada que la Ruán, con estudios en París y Viena, podía militar sin ningún desdoro en la causa de la República; y por otra parte a poco que sus familiares se sintieran intimidados por aquel hombre y, dejando de lado por unas horas la exasperación provocada por la guerra, supieran —aunque fuera de manera engañosa e hipócrita— recuperar sus buenos modales y conducirse como en tiempos de paz, el capitán podría extraer de aquella visita una idea acerca de sus parientes muy distinta de la que —suponía él— predominaba entre sus amigos y compañeros de armas. Y por si tenía pocas razones también había urdido aquella estancia con la secreta esperanza de poder departir a solas —y lejos de las preocupaciones e intrigas inherentes a las reuniones del Comité— con el capitán Arderius acerca de los volúmenes de Proust que no poseía ni conocía, acerca de la influencia que la guerra del 14 había ejercido en su redacción y, en fin, acerca del destino de Albertina,

obsesionado por encontrar uno de carne y hueso que tuviera concomitancias con aquél.

Se había dicho que Escaen, situado a muy poca distancia de los teatros de operaciones, que solamente había sufrido el fuego ocasional de algún bombardeo desorientado y había sido utilizado por los oficiales de algunas unidades que vivaquearon por allá, era todavía un oasis de paz en el centro de un escenario mutilado y devastado. En tiempos normales el trayecto entre los dos pilonos que señalaban el linde de la finca y la entrada del camino particular —así dicho en un letrero— hasta la casa era seguido por un numeroso séquito de perros, tanto de los guardas como del pastor, que tras saludar con un coro de ladridos —y será más agudo cuanto más pequeño sea el bicho— al coche visitante en cuanto doblaba la primera curva, no cejaban en su propósito de rodearle y acompañarle hasta que enfilaba la doble hilera de plátanos que terminaba en la explanada cerrada por la L de la casa, como si por una ancestral norma transmitida por innumerables generaciones caninas allí tuvieran que suspender su doble rito de vigilancia y escolta para cederlo a la doble fila de silenciosos y solemnes troncos, en todo semejantes a esa guardia de alabarderos ante la que se detiene el populacho que ha acompañado por las calles la carroza de los príncipes. Un escuálido galgo de piel canela con manchas de color de iodo olfateaba unos restos al pie de uno de los pilonos y cuando el conductor cambió la marcha para remontar la breve pendiente del repecho de la entrada, escondió el rabo entre las piernas y se retiró con un trotecillo, pegado a la acribillada tapia, en la imposible búsqueda de un algo que su pobre memoria aún recordaba; y que le llevó, cuando pasó la amenaza y el coche se perdió tras la primera revuelta, a seguir la línea de la tapia a aquel mismo trote sin prisa porque sin ninguna esperanza de encontrar aquel algo debía saber que sólo con el movimiento podía olvidar que no la tenía. En tiempo de guerra los restos renacen y aparecen por doquier; es la resurrección de la no-carne, el carnaval del desecho: los mangos, las herramientas oxidadas, el eje de una carreta, la carcasa de un motor, el fondo de una tinaja rota donde han ido a concentrarse unos trapos y unas plumas que tras haber salido —nadie sabe cómo— de sus sepulturas gozarán de nuevo de una época cenital porque durante la guerra nadie retira los restos. La casa ha crecido y a pesar de haber quedado tuerta es tal su majestad sobre cuanto la rodea que se diría que la guerra le aprovecha. La atroz mutilación de la doble hilera de plátanos la ha emparentado con un Sardanápalo con cicatriz, un Pirro recostado en el fondo de la sala de las columnas a cuya entrada se detienen los capitanes de Roma, absortos ante el doble y doblemente solitario crepúsculo. No tiene más que luz y corona, a esa primera hora de la tarde de un día frío de enero; no hay sonido que acompañe un fulgor de cal o de armiño, rodeado de plomo y carboncillo, en todo momento dispuestos a mancillar y devorar su intolerable virginidad y en todo momento reprimidos por la insuficiencia de un apetito

desdoblado en respeto y ansia. No parecía en su sitio, llevada en volandas a un espúreo y estupefacto exilio en un reino de ultratierra, en la borrada llanura de Belona donde al apagarse los ecos de obuses y cornetas tan sólo resuena el cuerno mudo de un aprendiz de chamarilero, entre materiales de desecho.

Una voz femenina y cansada, con muchos años, respondió en un corredor alto: «¡Ya va, ya va!». Más tarde una mano recorrió un visillo<sup>[22]</sup> y en un cristal oscuro aparecieron dos caras de distinto sexo, detenidas para siempre con un ligero escorzo hacia el centro del cuadro para observar el punto del más allá en el que por voluntad propia desearon prevalecer, como en el retrato conyugal entenebrecido por los años y en el que, por paradoja, tras haber querido mirar a generaciones venideras las miradas convergen hacia un perplejo ayer. La casa estaba fría, llena de gente que no acudió a recibirles, ocupada en otras dependencias. La misma sirvienta que les abrió la puerta se retiró por delante de ellos, salmodiando sus excusas hacia sí misma.

Hundido en un sillón *chester* bastante raído el tío Ricardo alzó la mano, con los auriculares en los oídos. Tenía la atención puesta en otra parte, por entre sus labios sobresalía la punta de la lengua y reclamó un momento de silencio que el capitán Arderius aprovechó para echar un vistazo a aquel multiforme, espacioso y un tanto ajado estudio, toquetear el ecuatorial y curiosear en las estanterías donde se alineaban la Historia de los Papas de Ranke, la Zoología de Rowlandson, las Cartas de Rusia del marqués de Custine. El tío Ricardo se despojó de los auriculares, que quedaron como un torque colgados de su cuello, recostó la nuca en el respaldo del sofá y dijo: «No entiendo lo que dicen». Su sobrino se cuidó bien de omitir la cualidad y el grado militar de su amigo, Cristóbal Arderius: «¿Arderius? ¿De Madrid? Precisamente yo conocí en Madrid unos Arderius; creo recordar que tenían una fábrica de espumosos o cosa parecida; pero vaya usted a saber, hace tiempo de eso, de mi época de estudiante. Creo que no los he vuelto a ver...». «Me parece que se trata de otra rama de la familia; la mía procede de Santander», aclaró el capitán Arderius. «Ah, ya, Santander; no sé qué habrá sido de ellos, no les he vuelto a ver; vivían por la plaza de la Independencia». «¿Qué dice el aparato?», preguntó Enrique. «Cada día está más raro», dijo el tío Ricardo, «un día dice una cosa y al otro todo lo contrario. Eso los días que se le entiende porque normalmente no dice más que disparates. Seguramente nos hemos vuelto locos todos». «Él ya lo estaba, según te he oído decir muchas veces», dijo Enrique, refiriéndose al aparato de galena. «Sin duda pero ha ido a más ¿y cómo va esa guerra, sobrino? Parece que estáis haciendo todo lo posible para perderla. Dígame ¿también está usted metido en ese bonito negocio? Créame, no le arriendo la ganancia, no comprendo dónde quieren ustedes ir a parar. Sí, ya es tarde, ya es tarde, demasiado tarde. Siempre es tarde. Desde el primer momento las cosas van demasiado lejos y el primer día ya es demasiado tarde. ¿Han avisado a tu madre de que estás aquí? Digo yo que querrá verte. Yo no sé qué hacen todo el día. No hay

nada que hacer pero no paran en todo el día. No lo comprendo. Todavía el mes pasado quedaba una ternera pero murió de un torzón y ni siquiera pudimos aprovechar la carne; no creo que en toda nuestra vida hayamos enterrado un pariente con tanto sentimiento. Con la guerra nos volvemos todos más piadosos ¿verdad, sobrino? Fíjate en tu madre, ahora se dedica a rezar; me parece que hasta tu padre... Dime ¿habéis venido a pasar unos días?». Enrique Ruán sintió una punzada. «Supongo que nos tendremos que volver mañana o pasado, a lo más tardar. Depende más bien del capi...tán, quiero decir, tú tienes la palabra». El capitán hizo un gesto con las manos que no quería decir nada. «¿Así que unos días de permiso? Yo creía que en el ejército popular no existían esas frivolidades». «Bueno, tío Ricardo, no vamos a empezar a discutir tan temprano. Tú conservas tus ideas y yo las mías. Le he prometido a Cristóbal Arderius un par de días de descanso, rodeado de la armonía familiar. ¿Cómo está mi madre?». «¿Quieres que te diga que te echa de menos? Si quieres te lo digo pero todavía me parece que echa más de menos otras cosas; siempre se aburrió mucho entre nosotros; imagínate ahora que no puede salir de aquí». El sobrino cambió de conversación: «¿Estás estudiando algo ahora?». El tío Ricardo no pudo evitar un gesto de suma sorpresa: «¿Yo? No, no, eso queda para tu padre que, según parece, está preparando algo muy importante, como siempre. No sé muy bien qué. Según dicen, no hay como el tiempo de guerra para escribir a gusto, sin nadie que moleste, ni siquiera el ejército popular». «Proust escribió...». «¿Quién?». «Proust, Marcel Proust, un escritor francés de comienzos de siglo...». «¿Cómo dices que se llama?». «Proust», dijo el sobrino secamente, un tanto cortado por lo que podía pensar el capitán Arderius que ya empezaba a temerse lo peor. «¿No te estás refiriendo al químico? Tengo entendido que no era hombre de comienzos de siglo; creo recordar que formuló su ley a mediados del pasado». «¿Qué ley?», preguntó el sobrino, extrañado e interesado. «La ley de Proust», respondió el tío como la cosa más obvia. «No debe ser el mismo que digo yo». «¿Qué cosas escribe el tuyo?». «Novelas», dijo el sobrino. «Ah, ya, novelas», dijo el tío Ricardo con cierto tono de menosprecio para añadir: «¿Buenas? ¿Merecen la pena?». «Enrique», interrumpió en ésas el capitán Arderius, «¿no crees que deberías ir a ver a tu madre?».

«No es justo», confesó el tío Ricardo al capitán Arderius una vez que quedaron solos, «aun admitiendo que todas las guerras modernas, y aún las antiguas, lo sean. No he acertado nunca a entender ese concepto de guerra justa. Va siendo hora de pensar en una movilización del pensamiento social en dirección distinta a la decidida desde el poder; no me refiero, claro está, al llamado pensamiento revolucionario que obedece con plena sumisión a esa misma dirección pero a lo más, en sentido opuesto. El único hombre libre es transversal, ortogonal —por así decirlo— al eje de la conducta social a la que debe tocar en un punto nada más. Toda participación es



esclavitud en alguna medida. No es justo que la industrialización y la guerra del 14 nos hayan convertido a todos en guerreros y que ahora sea el pueblo, como diría mi sobrino Enrique, quien tenga que luchar, padecer, arrimar el hombro y ceder sus estufas y sus bronces para fundir cañones. En toda la Edad Moderna no ha conocido la historia tamaño fraude, pues si el ejército no se basta para defender a la nación o a la idea ¿por qué lo tiene que hacer el ciudadano? El pacto entre el ciudadano y su guerrero ha sido violado; admito que la guerra exija una especial exacción y una tributación más gravosa que la normal pero me niego —y no por egoísmo ni por temor, sino por respeto al orden social— a aceptar ese papel suplementario y esa rastrera conscripción de la ciudadanía, al amparo de un patriotismo de campanario, por culpa de la incompetencia del militar para cumplir su mandato. El general François d'Esperey pudo muy bien salvar París con sus famosos taxis —¿o tal vez fue Gallieni?—, aunque me temo que hay mucho de leyenda en ese acontecimiento, pero a cambio de la conservación de su preciosa capital nos introdujo en esta época funesta en la que el ciudadano con sus bienes tiene que venir en ayuda de su ejército y repeler al agresor porque el militar no sabe defender lo que le han encomendado. ¿De qué sirve el progreso si hemos de volver a Numancia? Ése es el primer error, el vicio de origen: considerar al ejército como sinécdoque de la patria. Bien valía París la premisa opuesta. Cuánto más preferible rendirse ante la fuerza del alemán que dar marcha atrás a la historia; qué no logra la superstición para allanar a la razón. Todavía Napoleón sabía distinguir, pese a su delirio y grandilocuencia de última hora, entre su Francia y su *Grand Armée*, por mucho que le embriagara los *hurrahs* de sus granaderos, pero su sobrino —tan falto de luces y tan mal preparado para aceptar los reveses— obligará a toda Francia a pagar la cuenta de sus desastres. Ése es el resultado, de eso sirve esa clase de patriotismo: que las guerras modernas las ganan los ejércitos y las pierden los pueblos. Y vosotros, los que desde hace un siglo...». «Nosotros», interrumpió Arderius: «¿Nosotros? Oh, no me ponga usted en la situación de definirme...». «No, no le pongo a usted en ninguna situación; usted es mayor de edad y si lleva ese uniforme será por algo. Quizá porque cree en una causa, lo cual no se lo reprocho hasta cierto punto. Lo que reprocho a los que denuncian al patriotismo —casi geográfico— como la última y más indigna manifestación de la lucha social es que caigan en el mismo pecado, al suponer la existencia de una patria ubicua identificada con la clase trabajadora. Peor que peor. Dígame ¿dónde puede estar la victoria del pueblo? Sabemos —lo saben ustedes tan bien como yo— qué clase de derrota puede esperar pero ¿dónde estará su victoria? No me haga reír pues siempre será preferible saber perder que no saber ganar. Las guerras han sido siempre de intereses, incluida la supervivencia, y no de patrias. Y ésta lo es en grado sumo, por eso ambos bandos la disfrazarán con dos clases diferentes, pero igualmente falaces, de patriotismo. Como si ésa fuera la única forma decente de presentar la

guerra al ciudadano, que ha de sufrirla. A ver si nos ponemos de acuerdo: quien ha de sufrir la guerra es ante todo el guerrero y solamente el guerrero; que no sirve para otra cosa y que para eso está; y al que se le paga para que, de ser alguien, sea él quien muera, pues en tiempos normales su vida es la menos valiosa, ya que, en principio, no sabe ni debe saber coger el arado. De la misma manera que en la Tesalia criaban aparte los cien bueyes que jamás fueron uncidos al yugo, para que llegado el momento propicio fueran sacrificados a la diosa a fin de recuperar su favor, así tiene que ser el guerrero, tan distinto a unos oficiales que mandan por delante a unos pobres muchachos recogidos aquí y allá en virtud de ese cómodo, barato y soez servicio militar obligatorio. ¿A qué clase de degradación ha tenido que llegar la sociedad para recurrir a semejante monstruosidad? Estoy seguro de que han perdido ustedes la guerra aunque sólo sea porque el enemigo cuenta con algunos profesionales más que ustedes; y estoy convencido también de que esta corrompida y necia época no podrá durar y que en el futuro la guerra volverá a ser patrimonio de los guerreros, sin necesidad de taxis ni de campesinos, de hombres tan profesionales como las hormigas o los legionarios. Entonces es posible que la patria vuelva a ser lo que tiene que ser, tras la confusión de este siglo. El ejército, entiéndame bien, tiene que ser mercenario, tan mercenario como cualquier otro oficio. Lo que no sea eso es barbarie».

Había entrado su sobrino que alcanzó a escuchar sus últimas frases. «¿Ahora te interesas por el ejército y la guerra, tío Ricardo?». «No», repuso secamente el tío Ricardo, «ahora me intereso por la religión de los griegos. ¿Cómo has encontrado a tu madre?».

Camino del comedor, el tío Ricardo añadió: «Y confío en que tras el próximo descrédito del cristianismo no seáis vosotros, que tan felices os la prometéis, los que vayáis a heredar su dominio. Espero que después de ésta, Europa se quede harta definitivamente de toda idea de salvación; espero que no tarde en descubrir de nuevo una nueva moral pagana para rendirse a ella».

La cena, en cambio, fue silenciosa, solamente amenizada por sorbidos y suspiros, y, por supuesto, muy sobria. Una sopa de berza y nabos y un plato de judías cocidas, con una patata y poca sal. A la mitad de la cena se fue la luz, y, tras unas voces, la misma sirvienta que había abierto la puerta al grito de «¡ya va, ya va!» volvió, al grito de «¡ya va, ya va!» resonando por los corredores a oscuras (sus voces proyectaban las cambiantes sombras en los techos), con una lámpara minera de carburo que colgó de un brazo de la araña sobre el centro de la mesa, obligada para ello a encaramarse a una silla y tras rehusar toda ayuda. Tampoco la piedra era de buena calidad, por lo que la llama era muy irregular: tan pronto, entre silbidos y centelleos, cobraba la singular animación de una lluvia de chispas luciferinas al tiempo que goteaba sobre el mantel —y en el techo y las paredes en sombras se encogían, medraban y

bamboleaban las siluetas de unos comensales de ultratumba—, tan pronto cedía la presión del soplete para quedar reducida a una mortecina espita, que a la hora de su agonía había reunido a los presentes —atentos sólo a ella— para recordarles en su testamento el conflicto inicial de toda luz, «cuando la oscuridad alcanza su profundidad más honda». Decía la luz que en su corona de pequeños aros morados y naranjas convergían todos los hilos del destino. Decía la llama: «Sabed una vez más que aquí mando yo. Consumiréis vuestro breve plazo con vuestras improcedentes trifulcas, pero sólo yo, la luz, corro con el gasto de vuestro devenir». No bien hubo terminado su colación, el tío Ricardo consultó el reloj, dejó la servilleta sobre la mesa y abandonó la sala para volver a su estudio a escuchar las noticias y el parte que a esa hora eran transmitidos por su aparato de galena. La de lámparas —como su coche— había sido confiscada en los primeros días de la revolución, y desde entonces se conformaba —no sin cierto regocijo— con aquel juguete que desde siempre había sido utilizado para recibir los mensajes escatológicos —voces errabundas de los hombres perdidos por la Sierra, los Santo Bobio y los Valdeodio— que en toda época del año, pero sobre todo en primavera y otoño, zumbaban en el aire del monte para venir a herir en el momento más delicado al oído del imprudente, o reavivar los resentimientos de quien con él (el monte) había firmado una paz deshonrosa.

«¿Qué dice?», preguntó el capitán Arderíus, afectando un permanente interés. «El parte señala que continúan los combates en torno a Teruel. Parece que se vuelven las tornas. Numerosas bajas por ambas partes, algunas causadas por las bajas temperaturas». «¿Nada más?». «Muchas cosas más, infinidad de cosas, pero cosas de siempre». «¿Buenas noticias?». «Ni buenas ni malas; cosas de siempre; aunque nada tendría de extraño que en medio de tanto desastre el monte, por una vez, se decidiera a enviar algún buen augurio». Escuchó un rato, a oscuras. «No, nada bueno. ¿Por qué había de serlo?». Dejó los auriculares colgados del brazo del sillón. «¿Y para qué?». Se frotó los ojos, con evidentes muestras de cansancio, y se despidió hasta el día siguiente de los dos amigos, deseándoles buenas noches.

En la bodega habían encontrado una botella de castillaza añejo, muy concentrado. Había vuelto una fase de la corriente y a la luz de una temblorosa bombilla prolongaron la velada en aquel rincón del estudio que guardaba aún un poco de calor, rodeado de catafalcos agigantados. Muy lejos de allí nevaba en las estepas, y más lejos amanecía entre cañaverales. Cristóbal Arderíus se sentó en el sillón del tío Ricardo, introdujo la clavija del aparato de galena en su alojamiento y se colocó los auriculares, con una copa en la mano. «No se oye nada», dijo al cabo de un rato, «solamente zumbidos y voces incomprensibles, como en otro idioma». Enrique se levantó a mirar por la ventana, para no ver nada. «Es otro idioma», dijo. El capitán Arderíus colocó la mirada en un punto fijo y cercano, para no verlo y escuchar mejor. «Parece como si dialogaran entre ellos; no, no; discuten, pero sin ganas; hablan todos

al mismo tiempo». «Son las ánimas», dijo el otro sin abandonar su puesto ante la ventana. «Ya, las ánimas», convino el capitán Arderius sin dejar de escuchar. «A veces se dan casos raros», dijo Ruán, «voces que no se sabe de dónde vienen ni a quién se dirigen, que tal vez siguen vivas y tal vez no. Que han quedado allí en espera de que alguien las recoja. Pero todo lo que dicen tiene sentido. Hay que conocer su idioma». «De vez en cuando se entiende alguna palabra», señaló el capitán Arderius. «¿Cuál?», preguntó Ruán. «He entendido suerte», dijo Arderius. «Es una palabra muy utilizada entre ellos. En esta casa siempre se ha tenido fe en ella. Y en ellos. Cuando se cree siempre se encuentran motivos para reafirmarse en las creencias». El capitán se descolgó los auriculares. «¿Tú también crees en ellos?». «¿Yo?», preguntó Ruán con extrañeza, como si hubiera otra persona más en la habitación; se sirvió otra copa: «En cierto modo sí. De niño me hicieron creer en ellos y no sé de un momento en mi vida en que me dijera que había que dejar de hacerlo». Parecía recapacitar sobre el asunto por primera vez en mucho tiempo. No se veía muy deseoso de hablar de ello; se sirvió otra copa: «En cierto modo sí. Supongo que no se limitará a repetir el parte y algo pondrá de su cosecha; si apuras el oído a lo mejor llegas a oír el parte de mañana, muy parecido al de hoy, por otra parte. En esta parte del país es tal la costumbre de esperar que se vive hoy como si fuera mañana, o ayer; y mañana como hoy, o ayer. Por eso ocurren esas cosas». Arrimó su frente al cristal e hizo pantalla con las manos; la noche estaba negra y borrascosa, nada se distinguía. Con cierto conocimiento de causa dijo al capitán: «Escucha ahora». El capitán se caló de nuevo los auriculares y puso cara de atención. «Ahora se oye más, pero muy lejos». «Eso es, siempre tiene que ser de lejos. Ésa es su fuerza». «Ahora», dijo Ruán, «ahora se entenderá». «Es cierto», confirmó el otro. «¿Qué dice?», preguntó Ruán. «Me parece que habla otra vez de las bajas». «¿De Teruel?». «No lo sé, calla un momento».

Era una noche cerrada, agitada por una lejana y silenciosa tormenta que de tanto en tanto iluminaba en violeta la silueta de la sierra, sin una luz. Durante un rato permaneció junto a la ventana —mientras el otro al tiempo que se esforzaba en descifrar el lenguaje, entre los zumbidos del aparato, mudaba de expresión hacia la taciturnidad—, llevado de un anhelo repentino por fundir su pensamiento con las tinieblas para recibir de su seno una inédita confidencia. «Supongo que lo hará con todo su desdén», dijo sin conseguir que el otro hiciera el menor ademán por escucharle. «Son sólo nombres; de vez en cuando logro distinguir un nombre». «Quizá algún puesto está emitiendo en clave», contestó sin abandonar su posición ante la ventana. «Sólo pueden mirarnos con desdén», supuso Ruán. «O con soma», repuso el capitán al tiempo que de nuevo se despojaba de los auriculares. «Nada más natural».

En dos ocasiones anunció su deseo de irse a la cama sin que el otro hiciera el menor gesto por seguirle, atento a los mensajes. «¿Quién fue Santo Bobio?». «No lo

sé muy bien; una de tantas historias de por aquí; uno de tantos que se echó al monte para vengar una afrenta, supongo. Nada importante, cuestión de época. Buenas noches».

Aquella noche Ruán durmió mal y, a consecuencia del aguardiente ingerido, despertó a las pocas horas con la boca seca y la cabeza pesada. Venciendo la pereza y el frío se echó una manta sobre los hombros y bajó al comedor a calmar la sed. De nuevo se había ido la corriente, y careciendo de una vela fue haciendo el camino a tientas; al alcanzar el segundo rellano observó un débil resplandor por la rendija de la entreabierta puerta del salón, y tras descender unos peldaños creyó oír unos murmullos. Cuando fue a abrir la puerta topó con su padre detrás de ella, con la lámpara de carburo sostenida en alto, una llama menos vigorosa que la de una cerilla sostenida por el impaciente silbido con que la piedra se resistía a pasar al orden de la ceniza. Su padre, enfundado en una bata de lana a cuadros, le increpó como si todavía fuera un chico: «¿Qué haces tú aquí a estas horas?». Nunca existió afecto entre ellos ni tampoco, por supuesto, intimididad. Podía asegurar que desde que tenía uso de razón su padre se había dirigido a él tan sólo en la forma interrogativa. Luego, en menor grado y con menos frecuencia, vendría la imperativa; jamás utilizó el «por favor», y, en esencia, las relaciones con su padre se habían limitado a responder a sus preguntas. Respuestas casi siempre insuficientes a preguntas formuladas con ánimo de mantenerlas insatisfechas, que dieran pie al descontento: «¿Qué haces tú aquí a estas horas?». No pudo pasar adelante porque su padre, con la lámpara en alto le obstruyó el paso. Sin embargo, creyó percibir la presencia de una persona oculta en las sombras del salón, atenta —y muy atenta— a su inesperada e inoportuna aparición a tales horas. Mientras a tientas cruzó el vestíbulo para palpar la puerta del comedor, su padre se mantuvo vigilante a sus pasos; se sirvió un par de vasos de una jarra de loza, dispuesta en una hornacina forrada de azulejos, que en sus buenos tiempos se cubría con una pequeña servilleta almidonada; cuando volvió sobre sus pasos sintió la mirada de su padre sobre su espalda, tras el visillo de la puerta cristalera, la misma inmóvil mirada que tantas veces siendo niño le siguió escaleras arriba. Desde que tenía uso de razón, su padre había sido el mejor exponente y causante —si no el único— de «el drama que aleja los muros vecinos». Nunca supieron muy bien los tres hermanos qué clase de padres tenían ni —menos aún— si llegaría un día en que al menos uno de ellos tuviera a bien hacérselo saber, y a poder ser de forma indirecta. Tan distantes fueron que al menos los tres hermanos gozaron de esa un tanto insultante libertad que concede toda indiferencia. El drama conyugal se desarrolló en las alturas, lejos de su vista, en ciudades lejanas. Jamás presenciaron sus disputas y rara vez les vieron juntos; al menos les ahorraron las delicias de la armonía familiar; en las contadas ocasiones en que su madre visitaba Escaen —tan sólo para breves estancias, pues se cuidaba de dejar siempre algo pendiente que

reclamara su inminente y precipitada vuelta a la capital— su padre aducía una sobrecarga de trabajo que le obligaba a permanecer largas horas en su gabinete, de donde sólo emergía cuando ella salía de paseo o echaba su siesta. Nunca uno de ellos les habló del otro, no transmitieron sus quejas, y como las primeras desavenencias surgieron cuando eran muy niños y su separación se consumó en sus años colegiales, quedando al cuidado de la familia paterna, nunca en verdad echaron a faltar lo que nunca habían tenido. Y todo ocurrió porque su madre comprendió en hora temprana que no tenía por qué mantenerse ligada a un hombre débil al que no quería ni a tres hijos que nada tendrían que reprocharle si a distancia se preocupaba de que nada les faltara y de cuando en cuando les dispensaba unas cuantas atenciones. El padre nunca se hizo el mártir, pero sí se endureció; tampoco debió sufrir mucho, porque nunca estuvo muy enamorado de una mujer de mejor posición que él, en cuyo mundo — atractivo durante el noviazgo— nunca llegó a entrar. Adoptaron una actitud educada; llevaban años así y todo parecía indicar que así seguirían indefinidamente. En sus horas bajas ella volvía a Escaen —a gozar de la paz del campo y hacer gala de su arrogancia—, cargada de paquetes y marcada por las ojeras (pues dormía muy mal), para abrazar a unos hijos que tras el beso perfunctorio se abalanzaban a soltar las cuerdas y desgarrar los envoltorios, y saludar a un marido que en la puerta de su gabinete nunca dejaba de preguntarle si había hecho un buen viaje. Sí, allí tenía una confidente y una consejera lo bastante discreta como para, a la hora tranquila de la siesta, adelantar su labor en el balancín del gabinete y sin alterar en lo más mínimo el ritmo de sus agujas suministrarle aquel subproducto de la industria matrimonial, que por una serie de avatares había pasado a constituir su principal sostén, llegado el momento en que los artículos primarios elaborados por la misma dejaron de tener salida. Así que en aquel gabinete ora su padre trabajaba en una obra de excepcional importancia ora recibía —con los ojos entornados y mientras jugaba con sus gafas (pues la impresión de que su vida familiar tendría lugar entre las breves pausas que su trabajo le permitía, no le abandonaría jamás)— unas noticias que, aunque las hubiera esperado con impaciencia, nunca le sorprenderían demasiado ni, por supuesto, le llevarían a lamentar o revocar una decisión tomada mucho tiempo atrás y, supuestamente, con carácter definitivo. Así que para la última generación en aquel gabinete siempre se guardaba un secreto; los tres hermanos apenas entraron en él, y si lo hicieron, fue para entreabrir una rendija, para asomar antes la cabeza y recibir una o dos miradas, que sin necesidad de acompañarse con palabras les hicieron saber que aquél no era el momento de entrar allí.

De vuelta a la cama no pudo conciliar el sueño. Cuando la oscuridad es obligada y no hay medio para conjurarla, el insomnio se recrea. No se atiende a una voz que dice: «Pierde cuidado», y en cambio toda atención es poca para perfilar y corregir el mensaje de la que afirma: «Te mantendrás desvelado para que atisbes el poder de las

tinieblas». Al rato de revolverse en el lecho, más inquieto a medida que se cercioraba de que había equivocado el camino del sueño, se levantó de nuevo, se vistió a medias y se asomó a la escalera. Como el capitán se alojaba en su habitación, él había ocupado uno de los viejos cuartos de la servidumbre, situado en la tercera planta, con un ventanuco que daba al patio trasero de la casa. Muy débilmente —un día indolente, necesitado de muchos estímulos externos para abandonar su nocturna dejadez— empezaba a clarear y la tormenta en la sierra había cedido el paso a una madrugada aquiescente. Entonces, sin siquiera escuchar un ruido, comprendió que alguien andaba todavía por la casa; oyó unos pasos y volvió a su cuarto para observar el patio desde el ventanuco. Una puerta se cerró allá abajo, y en un extremo del patio, adonde no alcanzaba su vista por la estrechez del hueco, brotó un débil resplandor. A tientas abandonó su habitación para pasar a un cuarto de trastos contiguo, cuya ventana dominaba todo el patio. La lámpara había quedado en el umbral, y en su débil y reducido círculo de la luz distinguió la silueta de su padre, enfundado en su bata a cuadros, con la mano en el pomo de la puerta que mantenía abierta. Un hombre envuelto en un amplio capote salió con prisa de la casa y por un momento se detuvo en el umbral, para cambiar unas últimas palabras con su padre. Luego, encorvado, cruzó todo el patio a grandes pasos para abandonar el lugar por las eras traseras; pero antes de hacerlo aún se detuvo un instante para volver su mirada precisamente hacia donde él se hallaba. Se había calado una pequeña boina en la nuca, y gracias a ese detalle y a pesar de la escasa luz, Enrique Ruán creyó reconocerle: un propietario vecino que siempre había mantenido con su familia unas relaciones distantes y ambiguas. Poco después un motor se puso en marcha y el mugido de sus cambios de marcha se fue desvaneciendo por los encinares en sombras.

Cuando volvió a la escalera la luz había desaparecido, nada denunciaba que aún quedara alguien despierto. Con sumo tiento fue recorriendo la casa: bajó de nuevo al comedor y salió al patio trasero. Sobre la piedra del umbral había un pequeño charco y con el pie dispersó unas pocas cenizas. Ya gozaba de la suficiente claridad como para no andar a tientas, y en el rellano del primer piso se detuvo de nuevo a escuchar. La puerta del estudio del tío Ricardo estaba entreabierta, y cuando ya se disponía a cerrarla un apenas perceptible resoplido le impulsó a entrar. Con los pies colocados sobre el antepecho —lo único que en verdad se distinguía— el capitán Arderús, con la guerrera desabrochada, la botella de aguardiente con dos dedos de licor al alcance de su mano y los auriculares en el suelo —y todo ello denotaba que en toda la noche no había abandonado aquel puesto—, contemplaba la salida del nuevo día, nada decidido a salir de su escondrijo por temor a ser de nuevo víctima de un engaño tan repetido.

Enrique Ruán no le dijo que había visto salir al vecino —un hombre conocido por sus actitudes violentamente derechistas— de la casa y muy probablemente con

intención de cruzar las líneas y pasar al otro bando, donde le hacía desde el principio de la guerra. La sospecha, bastante fundada, de que Escaen podía ser una base de información y apoyo del enemigo y su padre, oculto tras su trabajo de investigación, un informador del mismo había germinado en su ánimo desde mucho tiempo atrás. Pero por muchas razones había optado por no dar salida a tal premonición y eludir, incluso con la ausencia prolongada de la casa paterna, cualquier posible implicación en un asunto tan grave. En numerosas ocasiones había tenido que oír ciertas cosas acerca de la conducta de su familia y la «gente de Escaen», a las que había procurado replicar con moderación y firmeza, buscando en todo momento la mejor manera de ponerlos a salvo de toda sospecha e indagación. En cierto modo la época de la búsqueda y captura del «enemigo dentro de casa» había pasado ya, distraída por las luchas internas entre diversos partidos y facciones que de forma cancerosa invadieron el cuerpo republicano tras la campaña del Norte, pero en el ánimo de Ruán nunca dejó de crecer el temor a que su propia familia —y en particular su padre— aprovechara la inmunidad conseguida por su protección para fortalecer su adhesión al enemigo, para desembarazarse poco a poco del temor a la represión y para, primero tímidamente y luego con creciente osadía, hacer toda clase de méritos que en su día fueran reconocidos por aquel que en Escaen sin excepciones era considerado como indudable vencedor. No había querido volver a Escaen para no tener que respirar el ambiente que allí reinaba; para no tener que discutir con su padre o sus tías, para no verse envuelto en situaciones enojosas y, sobre todo, para no cerciorarse de lo que tanto temía. Prefería no saber nada, pero ahora que un suceso fortuito había fortalecido sus sospechas y, ante la acuciante necesidad de proteger con el secreto los planes que había de desarrollar el Comité en las próximas semanas, decidió sin vuelta atrás desprenderse de aquella tímida doblez en la que se había refugiado y adentrarse en la aventura de seguir aquel rastro hasta sus orígenes. Decidió también llevarlo adelante con la mayor reserva, y, a ser posible, sin dar conocimiento del asunto a ninguno de los miembros de la misión Lamuedra, no sólo para salvar la reputación de los regionatos, sino también para intentar desenganchar a su familia y aislar al espía que se sentaba en la mesa del colegio de los Escolapios, impidiendo al mismo tiempo que fuera prevenido por cualquiera de las muchas confidencias que dentro del mayor secreto se hacían unos a otros todos los miembros del Comité. Así pues, nada dijo aquella madrugada al capitán Arderius, que a pesar de la fatiga provocada por su velatorio parecía inquieto, los ojos llorosos y brillantes; su respiración muy honda y lenta de tanto en tanto se resolvía en un prolongado resoplido, al igual que ese mar de fondo sin mucho oleaje levanta aquí y allá un surtidor de espuma. Recíprocamente tampoco le confió el capitán lo que, por culpa de aquella mezcla de curiosidad e incredulidad, había escuchado en los auriculares del aparato de galena, a saber: que en breve moriría de un tiro en la espalda, disparado desde sus propias filas.



## LIBRO SEXTO

*Sospechas sobre Juan de Tomé. Importancia de las fechas del ataque nacional. Cambios en el Mando nacional: el coronel Gamallo. Su hija es descubierta en Región. La documentación del Comité. Un error mecanográfico. Vigilancia en torno a Escaen. Los dos mensajes de Madrid. Visita a Gamallo del falso Ramón Vázquez Reina. El hallazgo de Mazón. El final de la misión Lamuedra.*

**L**a mayor parte de la reunión era aprovechada por Juan de Tomé para la manufactura de muñecos y objetos de papel. Apenas hablaba, sólo intervenía cuando era consultado —por lo general, sobre alguna particularidad de la sierra o el paisaje, de los que era buen conocedor—, y cuando concluía el debate en el lugar que había ocupado en la mesa —habitualmente en el extremo, a la izquierda del viejo Constantino— quedaba todo un muestrario de sus creaciones: el elefante, la cigüeña, la barca de Cleopatra, la caldera de vapor y la rana saltarina, a diferentes tamaños. Era hombre esquivo, de poca envergadura y rubio, con rasgos de gato, sobre el que, en cuanto entre los miembros del Comité cundió la aprensión de que había un Judas que comunicaba con el enemigo y transmitía noticias sobre la situación en Región y las reuniones del colegio de los Escolapios, recayeron las primeras sospechas. Era su proceder tan ambiguo y daba tan pocas explicaciones acerca de sus actividades, sus métodos y sus fuentes de información, que no podía por menos de levantar sospechas. Su comportamiento durante los sucesos de las casas de Borques estuvo muy posiblemente dictado por la necesidad de ganarse amigos y jugarse su reputación y su salvación a una carta —la carta de los adversarios del grupo de La Forestal—, que de resultar ganadora le había de garantizar la confianza de los hombres más influyentes y quién sabe si hasta su nombramiento para un cargo de responsabilidad. Tenía una rara habilidad para fabricar aquellos muñecos; siempre llevaba encima papel y unas pequeñas tijeras plegables, y en los momentos más inesperados —y hasta en pleno campo— podía sacar un pliego del bolsillo que sometía a numerosos dobleces y recortes; a veces, con la cabeza ladeada, inventaba con tal maña que resultaba difícil sustraerse a la curiosidad por conocer lo que había de salir de aquel proceso. Además sabía elegir el momento adecuado, bien para amenizar las tediosas lecturas de informes por parte del comandante Vallejo Román —un segundo de Lamuedra, un andaluz triste y grave que podía no alzar la vista del papel durante media hora mientras su jefe consideraba la penumbra del techo, mordisqueaba la patilla de las gafas y vigilaba, como un profesor de instituto, a todos los presentes—, bien para amainar la violencia de una discusión con un gesto distractor —de un leve tirón hacía surgir de un apretado rombo la rana que saltaba al punto iluminado por el flexo más próximo—, bien para saludar el paso de un ángel invocado por el cándido estupor de una asamblea que hacía tiempo que no creía en las sorpresas y sólo esperaba, a la luz de los flexos, noticias infaustas. Porque para aquellas fechas ya nadie creía en la victoria final; y muy pocos en un armisticio honorable que el enemigo —con sus gestos más que con sus palabras— bien claramente había dado a entender que no estaba dispuesto a conceder; ni en el perdón, para el que ninguno podía acreditar merecimiento; ni en la compra de determinadas indulgencias, para la que nadie contaba con fondos. Por consiguiente sólo podían confiar en unos cuantos cartuchos y a mayor abundamiento cargados, para algunos, con pólvora mojada por las lágrimas

del ahorro.

En la calma invernal de 1937, tras los sucesos de las casas de Borques, la liquidación de la banda de Agulló y la retirada del enemigo a sus posiciones de Socéanos, el Comité había vuelto a reanudar sus sesiones animado de una confianza que no tenía precedentes y que en el invierno siguiente en modo alguno volvería a recobrar. En todo aquel primer invierno todos los problemas se redujeron a uno, en virtud de la decisión del Gobierno de condicionar la revolución a la victoria militar sobre los sublevados; en pocos días de un incontrolable torbellino de pasiones desatadas, facciones opuestas, actividades sectarias, servidumbres, enajenaciones e inconfesados móviles, había de surgir —de hacer caso a los comunicados oficiales y las afirmaciones de la propaganda, mucho más efectivos en los medios rurales donde son tomados en serio y obedecidos que en los centros donde se generan— un pueblo unido, y en cierto modo arrepentido, dispuesto a terminar con un enemigo que había aprovechado su anterior desunión para amenazar su misma existencia. Si se tomaban al pie de la letra las consignas y comunicados oficiales se podía creer que en menos de un invierno se había producido el cambio de la noche al día. Por otra parte, el objetivo inmediato —la victoria sobre los rebeldes— ni era difícil de alcanzar ni se hallaba lejos en el tiempo, a la vista de que el triunfo era imposible para el enemigo; pues si no lo había conseguido en su mejor momento, ante un pueblo dividido y desarmado, ¿cómo pretendería alcanzarlo contra otro rearmado, unido como un solo hombre, reconciliado con sí mismo y animado de la idea de la victoria como único patrón de su conducta?

Para los más crédulos y optimistas, en los primeros meses de 1937, la mayoría de los errores del medio año anterior habían sido comprendidos y enmendados. Una vez alcanzada la nueva inteligencia bastaba con dotarla de medios para que ella misma se abriera paso hacia el objetivo final. Los errores pertenecían al pasado y, por supuesto, los traidores, los derrotistas y los pusilánimes también. En Región no volvería a cundir la desunión y la responsabilidad de todos los males conocidos iría a recaer —en flagrante contradicción— sobre los irresponsables de La Forestal. La infección, una vez diagnosticada y atajada, se convierte en una fuente de salud y revitalización. Por eso Agulló y sus hombres no serían —a los pocos días de los incidentes de Borques— más que una pandilla de traidores, que una vez exterminada obraría el milagro de un Comité eficaz, limpio y libre de toda sospecha, recipiendario de la inmanente confianza en la victoria que unos a otros se entregarían con las más francas actitudes y las más sinceras palabras, una vez concluida la pesadilla.

Pero quizá para Juan de Tomé nunca prescribió la alarma, porque nunca había de participar cabalmente de aquella confianza, porque a su vez nunca se creyó la amañada historia con que se enjugó el final de los hombres de La Forestal. Había sido demasiado acosado, había visto el peligro demasiado cerca como para sentirse

definitivamente libre de él, redimido por una desaparición que no había de dejar secuela y restaurando a pleno derecho en una posición en la que jamás se volvería a poner en duda su lealtad. Pero las cosas no podían ser tan simples; la traición y la escisión podían seguir visos y de la campaña de noviembre surgió un Comité renovado, pero no un Juan de Tomé diferente, un hombre al que nada se le había probado, pero que —no podía olvidarlo— había sido agraciado con la confianza de los demás tan sólo porque otros habían sido inculpados y aniquilados. A lo largo de 1937 la confianza en la victoria final —incrementada con el parón del Jarama y la resonante victoria final —incrementada con el parón del Jarama y la resonante victoria de Guadalajara— no sólo fue minada por los sucesivos reveses en el Norte, en el Sur, en Segovia, en Brunete y Teruel, sino, tras el desvanecimiento del espíritu que la animaba, sustituida por la sensación de inferioridad respecto a un enemigo que no demostraba la menor prisa por asestar sus golpes ni la menor necesidad por estrechar sus cercos; ni las arengas de los políticos ni la llegada de nuevas armas —cada vez menos nuevas y cada día más insuficientes— lograrían devolver aquella confianza que tenía que cimentarse, sin duda, en algo tangible: ya que no éxitos al menos recursos. Y si bien en el teatro de Región, el año 1937, deparó a los republicanos sus únicos éxitos incontestables —acaso porque lucharon a la defensiva, porque supieron aprovechar sus medios y adaptarlos a un terreno desconocido para el enemigo—, no por eso quedó incólume la confianza en la victoria final, sino que, antes al contrario, como consecuencia del sensible desgaste sufrido y en la situación sin salida tras el derrumbamiento del frente asturiano, se fue transformando en el convencimiento de que tarde o temprano la resistencia de Región sería aplastada; era una clase de convicción que a cada uno en particular le podía inspirar la mejor solución para librarse del destino que su perseverancia en la lucha le había de deparar, pero que colectivamente no les dejaba otra opción que mantenerse en sus trece y proseguir el combate hasta la consecución de la tan cacareada como imposible victoria. Por si existían dudas al respecto, la misión de Fernández Lamuedra podía ser interpretada —desde Región— más como de vigilancia que como de ayuda. Los regionatos suponían que en los últimos momentos de la resistencia Madrid despacharía un avión, quizá el mismo *De Havilland* que les llevó allá, lo bastante reducido como para acoger a Lamuedra y sus hombres, y quizá a alguna compañera; y que a ellos les tocaría o ver desde un desván la entrada de las tropas de Brémond por el puente del Torce o echarse al monte en dirección a Mantua para acabar sólo el Numa sabía cómo. No es de extrañar, así pues, que desde las primeras sesiones todas las iniciativas de Lamuedra tuvieran que saltar sobre un abismo de suspicacias, sorna y despecho para alcanzar unos oídos que lo último que necesitaban para proseguir la lucha eran normas administrativas y admoniciones sobre el orden y la organización. No, verdaderamente no estaban demasiado bien dispuestos a ser aleccionados ni

arengados, y si había que combatir no es porque así lo ordenara Madrid o Valencia, sino porque así lo había determinado Burgos, sin apelación posible. Por consiguiente, si hubo un momento en que por la mente de todos pasó la idea de un intento de entendimiento con el enemigo o de una rendición —todo lo incondicional que fuese— fue aquel en que los dos aviones —un *De Havilland* y un *Bréguet*—, casi sin intervalo, tomaron tierra en la rústica pista de La Vallina, no lejos de El Auge.

Entre otras consecuencias que tuvieron, las operaciones de 1937 deshicieron un sortilegio, vinieron a demostrar que el enemigo contaba con una información de primera mano sobre los efectivos y dispositivos regionatos y volvieron a dar entrada al fantasma del espía que recorría los desnudos y destemplados pasillos del colegio de los Escolapios, entraba en sus salas, habitaciones y dependencias al estilo Ulloa y sin prisas ni zozobras consultaba sus archivos. Por paradoja, una información concisa y correcta fue la que condujo a las tropas de Brémond al desastre de Burgo Mediano; días antes en un golpe de mano había caído prisionero un teniente de Regulares, que, sorprendido mientras dormía, no tuvo tiempo de destruir sus documentos y, entre ellos, un croquis, que posiblemente no era sino el calco de un original republicano salido del Estado Mayor del Comité de Defensa, en el que se describía toda la disposición de las fuerzas y fortificaciones a lo largo de la línea del Torce. Se hubiera dicho que se trataba de una operación montada por el servicio de contraespionaje, de tal manera fue fácil seguir con aquellos documentos el camino que había de seguir la fuerza de Brémond desde La Requerida hasta el Puente para continuar hacia Burgo Mediano, antes de lanzarse al asalto final de Región. En dos jornadas de marcha todas las fuerzas republicanas escalonadas desde el puente fueron retiradas y concentradas en la línea Burgo Mediano-La Loma-El Quintán, previamente elegida por sus posibilidades para una defensa contra una punta de lanza no lo bastante fuerte como para perforarla en cualquiera de sus puntos de apoyo. Con anterioridad se habían cavado trincheras y construido blocaos, se había emplazado la artillería —transportada a toda prisa sobre los *Ford* canadienses— y dispuesto los nidos de ametralladoras, los caballos de Frisia y toda suerte de empalizadas, alambradas y parapetos en la idea —decidida sobre la marcha— de jugarlo todo a la defensa de aquella línea. Pero en lugar de situar tras ella todas las unidades hábiles se decidió —y tal fue el mayor acierto táctico del Comité a lo largo de toda la guerra—, a la vista del posible despliegue de Brémond entre Quijogaveta y Matalahuella y en la confianza de que una serie de contraataques esporádicos lanzados contra su flanco izquierdo desde Sepulcro Beltrán le obligarían a estirar sus líneas y, sin retrasar la marcha de sus avanzadillas, distanciar sus fuerzas, que la Brigada de Mazón permaneciese en el sector de Bocentellas, concentrada en la margen derecha del río, lejos de la observación enemiga y en cierto modo indiferente a su progreso y al objeto de avanzar sobre Burgo Mediano en cuanto el grueso de las fuerzas rezagadas que lo

ocupaban se vieran obligadas a acudir al ataque de la línea de La Loma, con el movimiento de un muelle que para ejercer presión con uno de sus extremos precisa que el otro se le aproxime. Era, una vez más, el intento de provocar un avance del enemigo sin cuidarse de su flanco, atraído por un llamativo señuelo, para pillarle con un movimiento retrógrado por su lado descubierto y que en aquella ocasión —y solamente en aquella ocasión— dio el resultado tantas veces soñado por Mazón, un hombre por entonces bastante versado en táctica para lo que en aquellas fechas se llevaba. Si los hombres del Comité hubieran deseado comprender y profundizar en las razones de su éxito tendrían que haber reconocido que el azar fue un factor nada desdeñable, que de no haber caído en sus manos la documentación del teniente (gracias a la cual supieron que aun habiendo elegido el paso de La Requerida optaba por alcanzar el Torce aguas arriba de Región, en lugar de seguir el camino más directo hacia la ciudad) muy bien podían haber mantenido un dispositivo que Brémond habría podido barrer como un castillo de naipes, y que de haber tenido un algo (o un algos) de malicia y un eficaz servicio de contraespionaje bien podrían haber logrado con industria el premio que la casualidad (unida en esta ocasión, ciertamente, a la sagacidad para advertir sus fallos y la diligencia para enmendarlos) les había deparado. Hasta hubo quien tuvo la tentación de apuntarse el tanto, aun sin haber tenido la menor participación en todo el asunto. Pero al menos sirvió para que algunos de ellos se despojaron de la venda que tan apresuradamente se habían colocado tras la caída de Agulló y comprendieran la triste y menesterosa situación de sus servicios de seguridad e información.

De nuevo volvieron a recaer las sospechas sobre Juan de Tomé, de nuevo se trató de investigar sus pasos, sus correrías por la sierra y sus posibles incursiones invernales por la vertiente oriental; sus conexiones con elementos afines a los rebeldes y sus frecuentes contactos y transacciones con agentes del otro bando para llevar a cabo algunas negociaciones de canje (casi todas ellas condenadas al fracaso) que le habían sido encomendadas por el propio Comité. Pero en aquella ocasión no le sorprendieron; estaba demasiado placeado (como se decía en ciertos medios) para que le volvieran a coger en otra, y ni siquiera cuando, tras la batalla de La Loma, se produjo la tregua que había de durar varios meses, en los que el Comité, devuelto a su rutina, al reanudar sus tareas de organización y preparación del contraataque trató de investigar a fondo las razones que pudieron inducir a Brémond a incoar el ataque por La Requerida, y muy en particular las posibles filtraciones procedentes de Región, hizo el menor ademán de adelantar los testimonios de su inocencia y de su fidelidad. Cuando sobre la mesa de la reunión alguien produjo la documentación aprehendida a aquel teniente días antes de la retirada hacia Burgo Mediano, tan sólo se irguió algo de su silla para observarla de lejos y volver de nuevo a su papel, para con unos cuantos dobleces producir la barca de Cleopatra, como si todo aquello no fuera con

él. Había entrado noviembre en su segunda decena y ni el más osado podía esperar la reactivación de las hostilidades para antes del próximo deshielo, por lo que tanto unos como otros contaban con no menos de cuatro meses para elaborar los planes de la próxima campaña y montar un servicio de información que aportase cuantas noticias pudiese recoger acerca de los del adversario. Hasta entonces los hombres del Comité habían prestado muy escasa atención a ese servicio, mayormente porque en los dos primeros años de la guerra los propósitos e intenciones de los nacionales eran tan manifiestos y explícitos y de tal manera se transmitían y repetían de boca en boca, que no hubo en momento alguno la menor necesidad de abrir un conducto secreto de informaciones de primera mano, pues a través de él siempre llegarían a su punto de destino con bastante retraso respecto a las recibidas de la calle. Pero el equilibrio en los campos de batalla —o por así decirlo, el empate— con que se cerró la cuenta de los numerosos y diversos enfrentamientos de 1937 llevó al Mando nacional a adoptar respecto a sus planes ofensivos —los pocos que hacía— una reserva en todo opuesta al «alarde liberador» de que en anteriores ocasiones había hecho gala (cuando las unidades —o lo que fueran— se ponían en marcha tan pronto como con vítores y vivas y juramentos concluían las arengas desde balcones y escabeles) y a buscar en el bando enemigo aquellos contactos que debidamente utilizados le ahorrasen las ingratas sorpresas que le habían deparado Brunete y Teruel. Cuando un combatiente adopta una técnica o una postura de la que extrae un cierto provecho, el otro no tardará en copiarla, hasta tal punto la simetría domina una guerra de larga duración. Aun cuando tras la liquidación del frente del Norte todos los planes nacionales se dirigen —como una idea fija— a la conquista de Madrid y no dejan abierta a la República otra opción que su defensa —sea directa o indirecta, sea en el propio alfoz madrileño o sea mediante la creación de una amenaza en un frente alejado—, la desgana y reserva con que se realizan y la parsimonia con que se materializan todas las operaciones previas empujan a aquélla a adoptar la más rigurosa reserva en la preparación de sus contragolpes y a buscar con el mayor ahínco el que resulta ser el más importante de todos los secretos del enemigo: la fecha precisa en que se desencadenará el ataque a Madrid. Ante ese dato todos los demás —la dirección del ataque, el número de los frentes de ruptura y su localización en el sector, el papel de los mismos y la situación y composición de la fuerza principal, las unidades movilizadas y la personalidad de los mandos— pasarán a ocupar un segundo lugar, y al efecto no estará de más recordar que habiendo sufrido Madrid por aquellas fechas tres asaltos determinados por los tres cauces que configuraban su frente —el Manzanares, el Jarama y el Henares— y cuando la mentalidad operacional seguía inmersa en las concepciones de la estrategia fluvial heredada de la guerra del 14 y todavía vigente para aquellos coroneles y generales que se habían formado con sus enseñanzas, el siguiente sólo podía ser un calco o una combinación de los ya sufridos.

Pero, en cambio, la fecha era una incógnita que el Gobierno de la República a todo trance necesitaba despejar y no sólo para anticiparse a ella, contando como contaba con una ilimitada libertad de elección del punto geográfico donde lanzar su contragolpe disuasorio, sino para aprovechar el calendario hasta las horas, pues tanto más avanzados estuvieran los preparativos de la ofensiva nacional tanto más dañinos serían los efectos de aquel que, por encima de cualquier otra virtud, debía gozar del don de la oportunidad. Ambos contendientes están íntimamente convencidos de que el día en que caiga Madrid la guerra concluye; y desde el mismo instante en que esa premonición toma cuerpo de convencimiento, en ambos bandos se producirá un singular, doble e idéntico efecto: que ambos lo niegan (unos al afirmar que Madrid no constituye el objetivo principal de la guerra y que caerá en su día como toda fruta madura y otros al repetir de manera machacona que la guerra continuará en todos los frentes, y hasta la victoria final, aun cuando caiga la ex-capital, para terminar con el insistente y falaz «si pasan no importa») y que al conjuro de tan sedantes arrullos el frente de Madrid, y hasta el final de la guerra, queda dormido, tan sólo de tanto en tanto alterado por los numerosos sobresaltos que cunden en los letales, abotargados y pesarosos sueños inducidos de tan especiosa manera.

Pronto había de llegar a Región la noticia de los cambios efectuados por el Mando nacional tras el desastre de Burgo Mediano. Bastaba con alguna conversación telefónica (pues aún se mantenían en pie algunas líneas entre los dos valles, y en más de una ocasión se estableció la comunicación para que ambos extremos cambiaran propuestas que terminarían sin excepción en insultos, admoniciones y amenazas) o con el ejemplar de un periódico de Burgos o Valladolid que incluyera los nuevos nombramientos y que de tarde en tarde era recibido (y por algunos saboreado) en el colegio de los Escolapios, o simplemente con el telegrama cifrado con que Madrid o Valencia demostraban que seguían muy atentos a los problemas de Región, a pesar de la distancia y las dificultades. Se supo que se había ordenado el traslado de algunas unidades y la creación de nuevas mediante la agrupación e incorporación de unas antiguas y que Brémond con toda probabilidad había sido destinado a un puesto burocrático, sin mando, desde el que le sería dado contemplar el paso, los ascensos y los honores concedidos a sus colegas por méritos de guerra. Así, sin dejar más rastro<sup>[23]</sup>, había de desaparecer de aquel escenario el hombre que durante año y medio tuvo en vilo a toda la comarca. También se supo pronto que para sucederle fue nombrado un teniente coronel, Gamallo, que había formado a sus órdenes en la campaña del 37, que había sido el artífice de la retirada por la Sierra tras la batalla de La Loma y del que se decía que con frecuencia había estado en manifiesta oposición a los planes y planteamientos operativos y tácticos de su superior. De este hombre se sabía algo en Región (donde tenía unas parientes lejanas), aunque no mucho. En los primeros años de su carrera había sido destinado al Regimiento de Ingenieros de



Macerta y, como muchos otros oficiales jóvenes y despreocupados con frecuencia había subido en verano al balneario de Cártago a jugar y bailar. Se decía que había cortejado a un par de muchachas de Región y que, a causa de una mujer, un día su mano había quedado clavada con una navaja a la mesa de juego. Por aquel lejano entonces el suceso había dado que hablar —fue la última temporada del balneario, al año siguiente fue cerrado por una quiebra fraudulenta— y motivó una episódica pero significativa (y algo hereditaria) escisión entre los habituales al establecimiento que la transmitieron a las gentes educadas y ociosas de Región, tan necesitadas de tales mitigaciones a su aburrimiento; poco menos que una confrontación entre los partidarios del honor y los partidarios del amor —como en la tragedia francesa—, los unos dispuestos a perseguir y buscar al agresor perdido en el monte, los otros empeñados en dar posada y cobijo a aquel bandido generoso que de una vez para siempre supiera incorporar a su persona un apetito de venganza contra nadie sabía qué ultraje consumado siglos atrás y despojado de su origen, como todo mito, para ser conservado entre los sentimientos. Se suponía que el tal teniente coronel Gamallo, que no había dejado amigos en Región, en donde no volvió a poner los pies tras la herida y la afrenta, había sido designado para el mando supremo de todas las fuerzas acantonadas en Macerta por sus conocimientos de la Sierra de Región (que muchos años atrás había recorrido en todas direcciones y durante semanas en busca de su agresor), bien claramente puestos de manifiesto en sus numerosos informes a la superioridad durante la campaña anterior, y por la carencia de los cuales se había producido, según todas las opiniones versadas en la materia, el desastre de Burgo Mediano; pero no se barajó el histórico rencor acumulado por aquel hombre a lo largo de una carrera mediocre —por no hablar del menosprecio con que había sido distinguido por sus compañeros de armas por su incapacidad para lavar la mancha— que le designaba como el mejor habilitado de su rango para entrar a sangre y fuego en el mudo e intacto escenario de la tragedia de su juventud. Se supo, en fin, que pocos días después de la toma de posesión había alquilado, requisado u ocupado una espaciosa quinta en las afueras de Macerta, en el camino de Muchavilla, donde acompañado de un asistente, una cocinera y un secretario-mecanógrafo civil (empero, embutido en un uniforme), se encerró a redactar el plan de campaña de la primavera de 1938; fue una labor minuciosa y paciente que llevó a cabo con un rigor inusitado a lo largo de aquel largo invierno; recogió toda la información que estaba a su alcance, recorrió la sierra por su vertiente oriental en coche, a caballo y a pie, por pistas heladas y navas desiertas y escondidas breñas nevadas; alternó con montañeros, propietarios, pastores y paisanos e incluso en alguna ocasión se internó en el territorio enemigo, con grave riesgo de su vida, más allá de aquella línea de gruesas aspas negras señalada en un mapa y que apenas se materializaba en el terreno si se exceptúan los puestos y defensas de Socéanos y La Requerida; y se dice que en una

ocasión (pero probablemente se empezó a decir tras su muerte) pasó a la vertiente occidental por los desiertos pasos de Zocs y faldeando las laderas del Acatón llegó hasta Cártago, cuyos corredores y salones en ruinas —ya no quedaba un cristal ni una puerta, los forjados se habían venido abajo y el suelo estaba sembrado de trozos de cañizo y falsos techos, cascotes y vidrios rotos, en redor tan sólo muestras de fogatas e inscripciones cinegéticas y obscenas— recorrió una y otra vez en busca del origen del odio, que al no poder hallar, tuvo que inventar para investir a su misión de la altura épica que a su sentir merecía, y de allí se asomó a un collado por la parte de Doblas para contemplar el valle del curso alto del Torce. No lejos de allí existe en la actualidad, al borde de la carretera de macadam que baja hacia El Auge, una estela funeraria que recuerda la muerte del coronel Eduardo Gamallo acaecida por accidente el día 19 de enero de 1939.

Así, y a lo largo de cuatro meses, elaboró un prolijo informe que guardó celosamente en su quinta de Las Moras; que no mostró a ninguno de sus subordinados (a los que miraría siempre con cierta desconfianza de la que él mismo —si acertaba a mirarse con imparcialidad— constituía el más inmediato precedente) y que se distinguía por su minuciosidad y detalle de todos sus congéneres; que un día personalmente llevó a Burgos, donde durante tres días le hicieron esperar en el despacho de un ayudante mientras intercambiaba cigarrillos y conversaciones insulsas y tenía que ver cómo oficiales y jefes de menor graduación (pero muy habituados a la casa), con sus carpetas y carteras, pasaban por delante de él y con un sumario «¿Da usted su permiso?» y un taconazo se introducían en la habitación y el ruido de sus pasos se perdía en la alfombra de la que sólo llegó a entrever una esquina; al tercer día por la mañana su impaciencia le llevó a precipitar los acontecimientos, y sin esperar más a la concesión de la audiencia entreabrió la puerta, dio un taconazo y preguntó: «¿Da usted su permiso?»; al fondo del espacioso despacho con dos ventanales que daban al río, por los que a través de los blancos visillos se filtraba la cerúlea luminosidad del invierno castellano, entre los cuales una imagen de la Virgen del Pilar, con el pedestal envuelto en la bandera de dos colores, había aceptado su dignidad militar, sentado detrás de una mesa Luis XV y bajo un retrato del Generalísimo (de la firma Jalón Ángel) con un capote de cuello de piel echado sobre sus hombros y haciendo ostentación de una sonrisa sostenida por la seguridad en sí mismo, el general Vigón levantó la vista por encima de sus gafas redondas con montura metálica, sin tiempo para disimular su asombro ante tan inesperada interrupción; el general se hallaba en aquel momento con la boca llena; del centro de su mesa habían sido retirados los papeles y documentos, y sobre un blanco mantel de hilo le habían servido un par de huevos fritos con una loncha de jamón, media botella de Rioja, un salero y un panecillo de Viena con un pedazo del cual el general ya había reventado una yema que estaba a punto de saborear cuando el

teniente coronel irrumpió en su despacho para hacerle entrega de su informe acerca de la ofensiva sobre Región prevista para la primavera de 1938. Tal vez Vigón no quiso, con la medida que ulteriormente tomó, más que defender su desayuno de media mañana; no quiso sino advertir desde el Estado Mayor del Ejército del Centro que estaba dispuesto —y decidido— a poner cualquier plan en marcha si su ejecutor se atrevía una vez más a interrumpir su desayuno. Lo cierto es que a las pocas semanas de su vuelta a Macerta el teniente coronel Gamallo se vio sorprendido por la orden ministerial que incluía su ascenso al coronelato, seguida a pocos días vista del oficio expedido por el Estado Mayor del Ejército del Centro por el que se le autorizaba a tomar las disposiciones necesarias concernientes a las fuerzas bajo su mando para llevar a cabo las operaciones preparatorias del plan citado al margen. Una vez más el coronel Gamallo creyó que era todo lo que necesitaba para llevar adelante su plan.

En cambio, era todo lo que necesitaba saber Juan de Tomé, quien para aquellas fechas ya había detectado la presencia de Gamallo en Las Moras, una quinta de las afueras de Macerta no defendida y apenas visitada. Pero antes de aquellas fechas había tenido conocimiento —por sus propios y muy particulares conductos— de algo que por considerarlo de suma importancia se guardó para sí mismo durante varias fechas, sin comunicarlo a ningún miembro del Comité, a fin de aprovecharlo para su propia ventaja y no producirlo hasta tener en sus manos los cabos del ovillo que él mismo había formado para averiguar la identidad de la persona que facilitaba a Macerta las informaciones sobre Región. Había sabido que en un piso del barrio de la Colegiata se hallaba escondida, o poco menos, una hija —la hija única— del teniente coronel Gamallo, una criatura de dieciocho años a la que su padre, no sabiendo nunca qué hacer con ella en los largos períodos de vacaciones, había enviado a Región a pasar el verano en casa de unas tías, el día mismo que terminó el bachillerato en las Damas Negras. Que aquella criatura espigada, de rasgos poco acentuados y expresión un poco torcida (como si siempre estuviera tomando buena cuenta de lo que ocurría en derredor suyo para recapacitar sobre ello después) era la hija de un jefe del bando nacional, también lo sabían otras personas, y entre ellas Eugenio Mazón, relacionado de antiguo con su familia, y que asimismo lo había mantenido en secreto desde los sucesos de La Forestal y las Casas de Borques, a fin de ahorrar a la muchacha y a sus tías algo más que una situación desagradable. Pero Juan de Tomé no lo pensó dos veces: consideró que antes de que cualquier otro miembro del Comité tuviera conocimiento de ello era preciso hacerse con aquella muchacha que bien podía convertirse en una preciosa fuente de información o, al menos, en una baza de incontestable valor que bien jugada le había de reportar una inapreciable protección si su reputación volvía a ponerse en entredicho. Era pronto para pensar en ella como en un posible rehén. Se personó, sin acompañamiento alguno, en el piso habitado sólo

por mujeres y habló con las tías, demasiado horrorizadas por la presencia en su casa durante año y medio de aquella muchacha tan peligrosa —y a la que tampoco les unía un afecto y un vínculo muy estrechos— como para poder disimular su angustia. Trajeron a presencia de Tomé a la muchacha —seca, alta y desdeñosa— que ni negó ser hija de Gamallo ni concedió a tal hecho la menor importancia, para terminar insinuando que nada tenía que ver ella con los asuntos de su padre ni por tanto participaba —como no había participado jamás— de una de las muchas insensateces que había hecho en su vida. Su actitud dejó a Juan de Tomé un tanto desconcertado, pues sin duda había esperado tener que enfrentarse a una de tantas precoces y abnegadas heroínas —siempre dispuestas a sacrificar su vida por altos ideales— que la clase dirigente produce en serie, con la vista puesta en el santoral cívico y la gloria de los buenos apellidos. Con una presencia de ánimo de diferente signo aquella muchacha vino a decirle que nada quería saber de sacrificios, y cuando Juan de Tomé insinuó la conveniencia de llevar a cabo su traslado a un lugar seguro, y menos conocido, todas las presentes sintieron que les quitaban un peso de encima: las tías pues aunque les importara la seguridad de la sobrina no era tanto su afecto como para no considerar la propia como prioritaria, tras haber sido sometidas a una prueba para la que no habían sido consultadas y corrido un riesgo del que bien podían ser libradas, aun contra su voluntad y por la fuerza, como se cuidarían de alegar en su día ante su primo el militar si las cosas habían de rodar mal para su hija; y la sobrina para la que —parecía decir— cualquier cosa era preferible a seguir poco menos que secuestrada en las habitaciones de atrás de aquel tenebroso piso, sometida a tantas y tan rigurosas dietas que bien podía añorar el internado de las Damas Negras, donde al menos siempre contaba con alguna confidente y amiga, o la piedad de una madre dispuesta a venir en su socorro en los momentos de más negra soledad.

Pocos días después Juan de Tomé la sacó de allí y la acompañó a una casa de las afueras, que ya había sido inspeccionada y saqueada en agosto del 36 por los hombres de Agulló y, poco menos que abierta al curioso, ya no despertaba la menor curiosidad, donde la depositó en manos de una antigua sirvienta de la familia que estaba al cuidado de un chico de corta edad, que no gozaba de la plenitud de sus facultades y allí había quedado tras el precipitado éxodo de todos los suyos. Antes de despedirse de ella —y tras recomendarle que no abusara de sus salidas, que no se diera a conocer, que utilizara un nombre falso y que aparentara toda la soltura de que fuera capaz— la situó en un rincón de la huerta y, de pie y sentada y en diversas poses, le sacó unas cuantas fotografías, algunas en compañía de la sirvienta y el niño, con el pretexto de que había adquirido una nueva cámara y quería familiarizarse con su manejo. Después, dos o tres veces a la semana la visitaba y a veces se quedaba a cenar, en la cocina de la casa, en compañía de las dos mujeres mientras el chico jugaba por el suelo con unas bolas o unas chapas. Una vez concluido todo ello, Juan

de Tomé pensó en la manera de ponerse en contacto con el teniente coronel Gamallo (no ascendido para aquellas fechas), aprovechando la pausa en los combates impuesta por el invierno y la falta de comunicación entre las dos vertientes; no descartó la posibilidad de personarse en Macerta, habida cuenta de la facilidad para entrar en Las Moras gracias al valioso salvoconducto que guardaba en la cartera. Con toda seguridad a todo ello no le movía tan sólo su devoción a la causa republicana y su afán por encontrar al hombre por el que tantas veces había sido tomado, con grave riesgo para él; también le empujaban otros incentivos, unos de inmediato provecho y otros, inconfesables en aquel momento, concebidos en la forma de un seguro de vida mediante una póliza suscrita por aquella muchacha y avalada por su padre; pero aún había de tardar en descubrir el más recóndito y compulsivo de sus móviles. Dos circunstancias, empero, retrasaron sus planes, muy contra su voluntad y aun cuando cualquiera de las dos era de tal naturaleza como para obligarle a acelerarlos; por un lado se produjo el nombramiento y ascenso de Gamallo a coronel jefe de las fuerzas del sector de Macerta, lo que había de provocar una mayor inaccesibilidad de aquel hombre y, por su reciente notoriedad, un interés seguido de una investigación sobre su persona que en el caso más desfavorable podía concluir en el descubrimiento del paradero de la muchacha, y por otro sobrevino la llegada a Región de la misión Lamuedra, que —entre otros epifenómenos— había de provocar una desusada actividad del Comité, en muchas ocasiones con el único objeto de aparentar un eficaz entusiasmo volcado al triunfo de la causa republicana, que se había de traducir en innumerables requisitorias y demandas que le obligaban a perder una parte preciosa de su tiempo. Cuando tras haber tanteado el terreno, haber sido cumplidamente informado de la presencia del coronel en Las Moras y de sus primeras instrucciones relativas a la organización de sus fuerzas, tras haber seguido sus pasos en sus reconocimientos de la sierra, por fin sintió Juan de Tomé que había llegado el momento de entrar en contacto con él para ofrecerle la salvaguardia de su hija a cambio de cierto precio —que ya se cuidaría él de recibir en dos monedas, la republicana y la propia—, tuvo una revelación que le obligó a suspender su proyecto para sustituirlo por otro con gran apresuramiento, pues para aquellas fechas se estaban celebrando ya las reuniones del Comité, con asistencia de los miembros de la misión Lamuedra, en las que se hablaba de la ofensiva sobre Macerta, de las posibles fechas para su lanzamiento y del plazo para la elaboración del plan de campaña, con lo cual estaba a punto de inaugurarse el período crítico de los secretos sin que nadie hubiera avanzado un paso hacia el descubrimiento de la persona que los podía transmitir a Macerta. Por algunas conversaciones en la cocina de Adela, la sirvienta, por un conocimiento un poco más amplio del carácter de la muchacha y de las relaciones que desde que era huérfana había mantenido con su padre, por ciertas inferencias acerca de la naturaleza, la historia y las motivaciones de éste, Juan de

Tomé vino a considerar que su plan podía verse abocado al fracaso en cuanto el padre no aceptase el chantaje y ni siquiera el canje de la hija; y aun cuando la hija —no lo decía expresamente, pero no era difícil interpretarla— no estaba en modo alguno dispuesta al sacrificio, bien podía su padre —un nuevo Agamenón— contemplarlo con buenos ojos (siempre que se guardasen las apariencias) y no sólo para ahorrarse su rescate y añadir a sus numerosas condecoraciones futuras la palma del martirio de todos los Guzmanes, sino también para resolver a la ifigénica manera todos los problemas que aquella criatura incómoda y poco querida le había deparado desde su viudez. Ella no lo dijo, ciertamente, y ni siquiera lo insinuó, pero Juan de Tomé lo vio en un gesto extraño, severo y exigente, en la de nuevo precoz mirada de la criatura que no protesta por ser utilizada en una encrucijada del destino para fines que nada tienen que ver con ella ni con su cuerpo ni con su pasado ni con un ilusorio mañana —cielos percibidos tras las ilusorias frondas que se merecen y una paz entrevista tras las ilusorias palabras susurradas junto a la ilusoria orilla que una corriente no se detiene a mirar, atenta a su marcha—, pero sí exige un momento de atención hacia ella misma y a la comprensión de su silencio confía su desesperada defensa, consciente de que nada podrá obtener de la protesta. Entonces fue cuando Juan de Tomé vislumbró por primera vez el más recóndito y compulsivo de sus móviles, tan distinto de los otros. No tenía mucho tiempo que perder y todo lo había jugado a aquella carta que cada minuto que pasaba más le costaba soltar; nada, en aquella ocasión, le habría complacido tanto como tratar con patriotas, con enemigos, con traficantes, con aprovechados, con jugadores de su misma condición, con situaciones no más complicadas que las de una transacción, un chantaje, un contrabando o un envite; eso era lo que él sabía hacer, algo —se le antojaba— mucho más sencillo que negociar con aquella muchacha. En un primer momento había pensado ofrecer a Gamallo toda clase de garantías acerca de su hija —incluso su entrega— a cambio entre otras cosas de la confianza que le permitiese identificar a su agente en Región y a tal efecto, a la vista de la fidedigna información que obraba en Macerta sobre todo lo que ocurría en Región, había llegado a ingeniar un ardid (el pase negro de siempre) mediante el que pudiese el coronel suministrar los datos sin pronunciar nombre propio alguno, pues ¿qué le había de impedir, una vez formalizado el trueque y garantizada la vida de su hija, dar una pista falsa que le ahorrara el precio del rescate, le permitiese conservar intacta su red de información y, por si fuera poco, introdujese en el seno del Comité una nueva complicación levantada sobre nuevas sospechas que sin duda sólo habrían de traer funestas consecuencias? Podía muy bien —y así lo pensó— comprometerse a la entrega de la muchacha sólo y cuando en su poder obrase un dato a la vez suficiente y comprobable, pero vino a temer que tal exigencia podía ser aprovechada por el coronel para romper la negociación y convertirla en un gesto patriótico que sólo a él beneficiase. Por otra parte, con frecuencia se había

preguntado sobre los métodos e itinerarios que debía utilizar el agente de Macerta para hacer llegar sus mensajes a su destino y aunque se hallara lejos de presumir de un conocimiento y control plenos de todos los contactos y comunicaciones entre las dos vertientes de la sierra no dejaba de ser un incómodo enigma —que de ser esclarecido le conduciría directamente a la persona que buscaba— para quien por todos era reconocido como el mejor experto en aquella clandestina actividad. Había espiado a sus propios hombres, había intensificado sus contactos con el otro bando y, con el señuelo de más grandes recompensas, había espoleado su actividad en busca de un desliz o una delación; había tendido trampas y elaborado fintas y no había obtenido el menor resultado; bien es cierto que se movía en un terreno bajo, del que extraía noticias de secundaria importancia (que a veces corrían por la calle y a veces por los pasillos), que nunca pisaban los que en uno y otro bando guardaban sus más recónditos secretos, que lo suyo no eran las autoridades competentes ni los grandes responsables y que, por todo ello, aquel asunto del coronel, su hija, el agente de Macerta y las vías y vehículos utilizados para pasar sus informaciones, se salía un tanto de sus límites habituales para situarse en una esfera en la que no se movía con soltura. En numerosas ocasiones se había encontrado con hombres del otro bando en algún caserío de la «sierra de nadie» para hacer un trueque que a todos aprovechase y a nadie perjudicase, para cambiar unos papeles o un par de medrosos personajes que —por dinero— eran pasados al otro lado; hasta, por cuenta propia o por encomienda del Comité, había llegado hasta Macerta para entregar o recoger un paquete, mantener una conversación o librar unas joyas, pero ¿de qué le servía todo ello para el presente asunto? Por todo ello poco a poco había ido abandonando su primer plan, basado en el cambio de la hija de Gamallo por una información fidedigna, para derivar hacia otro en el que la muchacha no significase otra cosa que una prueba de su buena voluntad hacia ella —recompensable en la forma de una garantía respecto a su propio futuro, después de la guerra— y un salvoconducto para llegar hasta Macerta donde llevar a cabo sus propias averiguaciones a espaldas del coronel. Tal cambio, ¿estaba dictado por el violento precipitado, en la múltiple solución de elementos dentro de su espíritu, del más recóndito y compulsivo de sus móviles?

Como un ejemplo de explicable reciprocidad, sus sospechas se habían dirigido desde siempre hacia Julián Fernández, pues no en vano había estado a punto de ser fusilado por sus hombres en el almacén de La Forestal y aún seguía persuadido de que durante la campaña de 1937 había tenido al alcance de la mano el descubrimiento del nexo que, según él, le unía al Cuartel General de Brémond; sus sospechas estaban teñidas por sus deseos, responsables de buen número de pesquisas infructuosas con las que no había conseguido otra cosa que entenebrececer el enigma, demorar su solución y consumir sus energías. Aun cuando toda su seguridad procedía de la muda protección que le dispensaba el viejo Constantino —nunca declarada pero bien

perceptible desde los sucesos de las casas de Borques— el único hombre del Comité que le inspiraba la confianza suficiente como para hacerle partícipe de sus temores e iniciativas, era Eugenio Mazón; en cuanto a los otros (el mismo Constantino, el capitán Asián, el señor Rumbal, Estanis, Ruán o el mayor de los Strausse), jamás se le habría pasado por la cabeza acercarse a ellos para ponerles al tanto de sus movimientos para buscar su apoyo, de cualquier índole que fuese. En la reunión del 15 de febrero, también martes, volvieron a plantearse y discutirse algunos de los seis puntos establecidos y acordados en la convocatoria anterior, lo que había de provocar la justa irritación del teniente coronel Lamuedra, quien con voces algo subidas de tono empleó por primera vez la palabra sabotaje para calificar algunas actitudes retardatarias que, según él, más parecían dictadas por agentes de Burgos que por leales servidores de la República; no es de extrañar que los regionatos (todos estaban en el ajo, todos convencidos de que ninguno de los miembros de la misión Lamuedra podía abrigar la menor sospecha acerca de su lealtad) no pudieran reprimir el escalofrío, y el que menos Constantino sacudido constantemente por ellos bajo el cobijo de su manta. Curiosamente la provocación había partido de Eugenio Mazón (sin duda, instigado por Tomé) que hasta entonces se había mostrado, con Julián Fernández, el regionato más partidario de una acción ofensiva sobre Macerta, preconizada *ad nauseam* por la misión Lamuedra como la más eficaz contribución de entre todas las posibles a la causa republicana. La tranquilidad —y cierta velada soma— que en aquella discusión y en los debates que siguieron demostró Mazón no era más que la consecuencia de la poca importancia que concedía a los seis puntos acordados, incluso al más apremiante de ellos, el tercero, acostumbrado como estaba (y como por otra parte lo estaban todos) a las diferencias de todo orden entre lo que se debatía y acordaba en el Comité y lo que luego había que hacer en el teatro de operaciones; más que dos vidas distintas era como los dos estados diferentes, uno larvado y otro adulto, de una permanente y cíclica metamorfosis que en una primera etapa prepara un cuerpo para que viva en unas determinadas condiciones ambientales y en una segunda le obliga a evolucionar para adaptarse en su despertar a un medio muy distinto del previsto. La llegada de la misión y el trabajo de gabinete de sus miembros no les había de infundir una mayor confianza en los planes y disposiciones previas; de sobra sabían que con o sin ellos llegado el momento tendrían que echarse al campo, con una orden de operaciones que serviría como señal de partida y poco más; que a continuación se verían, como siempre, obligados a improvisar y luchar allí donde pudieran o lo dictara el enemigo, con las fuerzas con que contaran, con las pocas ideas que les permitiera el acoso cierto en que se habían de ver para, al final, buscar la retirada con las menores pérdidas posibles. Ésa era toda su ciencia y eso les bastaba para no prestar excesiva atención al cúmulo de precisiones a que pretendía llegar Lamuedra antes de lanzar la ofensiva. Si a algo estaban acostumbrados era a



moverse con rapidez y sigilo y, con los escasos medios con que contaban y las pocas (y muy conocidas) fuerzas que podían movilizar, en cierto modo les era igual que la ofensiva se decidiese para dentro de una o de seis semanas, con tal que el cielo lo permitiese. Pues si aquel martes se hubiera ordenado que era preciso lanzar el ataque al siguiente, también lo habrían aceptado, en la seguridad de que aún les sobraría un día para pasar la voz a los capitanes y preparar las raciones. Con tal manera de pensar en la mente de casi todos (Estanis balanceaba su cabeza), ninguno se llamaría a engaño respecto a las improcedentes cuestiones de Mazón que, por retardatarias y obstrusivas que parecieran en aquella ocasión, sabría en su día compensarlas con su diligencia y su poder de aceleración, una vez que pusiera manos a un cometido que con seis semanas por delante no tenía por qué acuciarle. La maniobra de Mazón sólo tenía por objeto salvaguardar los planes que los hombres de Lamuedra habían empezado a trazar, aun a costa de provocar su irritación y obligarle a volver sobre asuntos ya tratados, para ganar tiempo y concederse una prórroga para detectar el origen de las filtraciones a Macerta antes de tomar decisiones irreversibles y, por tanto, de inapreciable valor para Gamallo. Tomé le había informado ya de la situación de la muchacha y ambos habían convenido, por un lado, no darla a conocer al Comité y, por otro, sólo recurrir en caso desesperado a la involuntaria ayuda que les podía prestar; ambos estaban también de acuerdo en que las posibilidades de éxito de la transacción eran muy escasas y que el intento sólo conduciría al fin deseado si, por algún procedimiento que no acertaban a vislumbrar, empujaban a Gamallo (o a quien fuera) a suministrar la información que necesitaban, persuadido de que con ella engañaba, una vez más, al Comité de Defensa de Región. Así que durante varios días y sus noches no pensaron en otra cosa que en el mejor procedimiento mediante el cual Gamallo intentara engañarlos. Acerca de las reuniones del Comité estaba encargado Ruán de redactar un acta que resumiera con la máxima economía el desarrollo de las mismas, con relación de las personas presentes, sus diferentes puntos de vista y los extremos acordados. De ese acta, considerada del máximo secreto, se hacían un original y cuatro copias, mecanografiados por el señor Ponce al dictado de Ruán. El original se guardaba en los archivos del Comité, la primera copia se enviaba a Madrid en la valija aérea que funcionaba con cierta regularidad y de las otras tres, una quedaba en posesión de Lamuedra, que muy aficionado a los papeles mantenía sus propios archivos, otra era destinada a Julián Fernández en su calidad de comandante de la guarnición de Región y la cuarta la conservaba Ruán, en las oficinas de las casas de Borques como adjunto al Estado Mayor de la Brigada 142 que allí había instalado su Cuartel General. Casi todos los papeles oficiales, con membrete o con el sello del Comité de Defensa, tenían el mismo destino por lo que —desde la campaña del 37 y, sobre todo, cuando la captura del teniente demostró la evidencia de las filtraciones— fue necesario montar un servicio de control y

vigilancia de los archivos que garantizase la protección del cúmulo de papeles que se producía en el colegio de los Escolapios, mayor aún tras la llegada de la misión Lamuedra. El acta de la alborotada reunión del 15 de febrero recogía, con mayor verbosidad que en anteriores ocasiones, las vivas discusiones a que dio lugar la intervención de Mazón y como colofón, y solamente introduciendo pequeñas variantes sintácticas, repetía el enunciado de los seis puntos acordados en la sesión del 8. El siguiente miércoles se encargaba Ruán de recoger la firma de los asistentes y de hacer llegar a los destinatarios las copias correspondientes, aun cuando no las hubieran rubricado todos los firmantes. En la tarde del miércoles 16 de febrero se produjo, cuando todavía no se habían apagado los ecos de las violentas discusiones de la tarde anterior, una llamada de urgencia de Lamuedra a Constantino, al que no logró localizar, que luego pasó a Mazón y a Ruán —por su calidad de secretario en funciones— instándoles a una convocatoria de urgencia del Comité para aquella misma tarde o para la mañana del día siguiente, jueves, a lo más tardar, «para esclarecer la situación y salir al paso de una vez para siempre de las actitudes saboteadoras», pues de lo contrario amenazaba con tomar medidas disciplinarias (?) y poner el caso en conocimiento de las instancias supremas. El Comité no pudo convocarse por ausencia de la mayoría de sus miembros (sobre todo, de los regionatos que, como colegiales, parecían esperar a que se levantara la sesión para escapar de allí a todo correr, cosa que algunos habían hecho ya en su adolescencia) pero en el despacho de Lamuedra tuvo lugar una reunión con Julián Fernández, Mazón, los comandantes Cherclaes y Vallejo Román y el capitán Arderíus, para dilucidar el asunto y aplacar la cólera del teniente coronel. Todo su furor partía del hecho de que en la susodicha acta, aún no firmada, el famoso punto tercero estaba redactado de forma que donde debía decir «marzo» decía «mayo», lo que el teniente coronel interpretó como un acto de piratería —además de una chapuza— y una provocación a la que Madrid y Valencia no vacilarían en replicar, como no podía ser menos, con su sustitución. Lamuedra no pedía sólo explicaciones, exigía también una expiación, un culpable y un castigo ejemplar. «Si ustedes quieren verme lejos de aquí, no tienen más que firmar ese acta», dijo luego, en un tono más sosegado. La valija no había salido para Madrid y aún se estaba a tiempo para enmendar la falta. Al despacho fue llamado Ruán que, desconcertado, reconoció que el error (no la falta) era suyo —y nada se podía achacar al señor Ponce ni por supuesto a instigación alguna por parte de un tercero— por partida doble, por haberlo cometido y por haberlo pasado por alto en su posterior lectura. Ciertamente cuando dictaba al señor Ponce —que era un poco duro de oído— lo hacía tan encima de él que iba leyendo el texto mientras el viejo contable tecleaba en la *Remington* y cuando con un rápido giro del carro extraía el folio tan sólo le echaba un ligero vistazo para comprobar la cuadratura del escrito, leer alguna frase, su encabezamiento y su final. Fue tan

convinciente que hasta el propio Lamuedra, un tanto avergonzado de su rapto de histeria, se tuvo que rendir a la evidencia y renunciar de paso al castigo de un culpable. Aquella misma mañana quedó enmendado el error; el señor Ponce con su pulcritud habitual borró en el original y las cuatro copias la palabra errónea para sustituirla por la correcta; hacía aquellas cosas con tanto esmero que en el original apenas se advertía la obliteración; tan sólo en las copias se veía que la palabra estaba escrita con otra tinta que el resto del texto, detalle que no revestía la menor importancia y que a juicio del propio Lamuedra, llevado de la impaciencia por enviar a Madrid aquel acta con que culminaba una cierta etapa de su misión y demostrando una liberalidad que borrara el mal efecto causado por su extremosa actitud anterior, no requería la nueva escritura de todo el folio. El asunto no dio mucho más que hablar—incluso los presentes se comprometieron a no divulgarlo, para no hacer más extenso un malentendido que podía engendrar otros— pero sí vino a demostrar, y acaso a incrementar, las suspicacias que existían entre unos y otros y la fragilidad de una asociación que por una causa tan baladí a punto estuvo de quebrarse.

Poco antes de aquellas fechas Juan de Tomé había sugerido a Mazón (y casi le había persuadido de ello) la conveniencia de obligar a la hija de Gamallo—su familia la llamaba Marré— a escribir a su padre una carta redactada en tales términos que al recibo de ella éste se viera en la obligación de entrar en negociaciones. A ambos les parecía *prima facie* del mayor interés establecer la base de esa negociación, incluso antes de ponerse a pensar qué es lo que tenían que negociar; siempre tendrían algo que negociar—pensaban— aun en el supuesto de que un resultado favorable de sus indagaciones les permitiese prescindir de las informaciones de Macerta, antes de que el Comité se pusiese a trabajar en secreto en sus operaciones. Juan de Tomé llegó a ofrecerse a llevar la carta en mano hasta la casa de Las Moras, protegido por una amenaza de represalia sobre la muchacha a la que—por poco que la estimase o a poco que temiese el deshonor— el coronel tendría que ceder. Cuando menos de eso estaba seguro Juan de Tomé a quien, por otra parte, no le faltaban recursos para llegarse hasta la casa, llamar al timbre y preguntar por el coronel, gracias a las fotografías que había obtenido de la muchacha, de las que había sacado unas copias y cuyos clichés dejó a Ruán en custodia. Hasta entonces Juan de Tomé había pasado inadvertido al otro bando que presumía de conocer hasta la saciedad la personalidad de los hombres prominentes de Región, objeto de toda clase de sarcasmos y caricaturas sangrientas—tanto dibujadas como cantadas— por parte de la prensa local, de la soldadesca y de la muchedumbre que con cierta regularidad acudía a las manifestaciones, desfiles y misas de campaña. Y así como no había semana en que Constantino, Julián Fernández, Mazón y Estanis no apareciesen en los papeles y en los pasquines devorando niños, incendiando templos y celebrando con grandes carcajadas y largos tragos las ruinas que humeaban a sus espaldas, ni la efigie ni el

nombre de Juan de Tomé había asomado nunca a los así llamados órganos de propaganda del enemigo, circunstancia (unida a alguna que otra habilidad suya) que le permitía creer que podría pasearse a su antojo y con entera libertad por las calles de Macerta o de cualquier otro lugar ocupado por los rebeldes.

Unos días después de aquel agitado miércoles se recibió en el Comité, por cable cifrado, y procedente del Estado Mayor del Ejército del Centro una no demasiado pormenorizada instrucción que con el lenguaje telegráfico (condensación léxica pero no lógica del pensamiento) venía a exponer en pocas líneas todo lo que con machacona insistencia había estado repitiendo en todas las reuniones el teniente coronel Lamuedra. Tras su primera lectura se podía suponer que tan sólo se trataba de una última y abreviada edición del mismo de siempre vademecum de Madrid; o de un texto autoritario y exigente expedido en ayuda de Lamuedra, para apoyarle en su intransigencia, a la vista de las dificultades en que podía encontrarse para convencer y empujar a los regionatos a la elaboración y puesta en marcha del ataque de primavera; o de una orden terminante que en cualquier momento pudiese exhibir Lamuedra para, agotada su capacidad de persuasión y llegadas a un punto muerto las «negociaciones», exigir el acatamiento a ella por la vía disciplinaria y la obediencia a las supremas instancias. El documento llegó a manos de Ruán que, tras darle el curso debido, optó por mencionarlo y referirse a él lo menos posible, a fin de no encrespar más la situación y no dar pie a Lamuedra ni para otra salida de pata de banco ni para ponerlos a todos en situación de obediencia, y no tanto por su aspecto desagradable y algo humillante para el Comité cuanto en consideración a las dificultades que podía crear entre los rangos inferiores y la propia tropa (mucho menos imbuidos que los dirigentes de cualquier clase de disciplina) la sospecha de que Madrid les obligaba a luchar contra la voluntad de sus jefes directos. Comoquiera que fuera el documento fue poco menos que pasado por alto y las reuniones, tras la de aquel tempestuoso martes 15 de febrero, se distinguieron por las numerosas aquiescencias de los regionatos y sus inequívocas muestras de asentimiento a las sucesivas proposiciones de Lamuedra. Por consiguiente, el documento alcanzó el objetivo que se proponía merced al desdén que le fue dispensado; sepultado entre otros papeles quedó guardado en la memoria de cada cual como ese odioso intermediario que pese a conseguir la concordia entre dos partes encontradas no consigue superar el malestar que provoca su presencia e involuntariamente facilita la reconciliación precipitada por ambos antagonistas por el deseo de tenerlo lejos, sin que nadie reparase por ende en la fecha en que fue expedido.

Toda complicidad se recompensa con otra complicidad y así dos cómplices en un asunto pronto se convierten en dos cómplices en dos asuntos; y de ahí pasan a tres y a cuatro, hasta alcanzar la casi complicidad total, reducto final de toda amistad y de todo entendimiento amoroso. Por el mismo proceso acumulativo anterior, pero en

sentido inverso, una traición se convierte pronto en dos traiciones (con la diferencia entre ambos procesos que hay entre adición y multiplicación, pues así como la complicidad exige cuando menos la convergencia de dos personas en un mismo asunto —lo que inscribe el campo de la amistad o del amor dentro de la suma de los asuntos de dos personas—, la traición, por ser unilateral, pasa rápidamente de la divergencia de una persona en un asunto a la divergencia de dos personas en dos asuntos, esto es, cuatro divergencias, mínimo exigido para que los dos interesados se coloquen en la misma situación), en tres, en cuatro, en ocho, para desembocar en la fulgurante destrucción de un andamiaje que tan paulatina como gradualmente se elevó. Cuando por Juan de Tomé, y no por Mazón, Ruán fue informado de la existencia de la hija de Gamallo, de su custodia en una casa de las afueras y de su posible aprovechamiento como rehén para obligar a su padre a hacer ciertas concesiones en lo posible conducentes a la identificación y neutralización de su agente en Región, no pudo por más tiempo ocultar a ambos su temor (convicción ligeramente barnizada de incertidumbre), confiado a amigos más que a colegas, a que Escaen constituyese la base, o una de las bases, del espionaje enemigo. Como consecuencia de tal prueba de confianza acordaron entre ellos que —venciendo su repugnancia— Ruán fuera a pasar una temporada de descanso con la familia, lo que no le impediría ir y venir a Región varias veces por semana, acompañado la mayor parte del tiempo por el capitán Arderíus, para evitar suspicacias, que tan buena impresión había causado en aquella casa después de su primera estancia, gracias a sus buenas maneras, su amable talante, su mucho mundo y su exquisita manera de interpretar al piano —un Pleyel un tanto asordinado—, después de unas piezas del repertorio romántico, unas cuantas páginas de música contemporánea que por primera vez se habían de escuchar en aquellas latitudes. Muchas horas tuvo Ruán que pasar en vela, ayudado por unas pastillas que —sobre todo por las mañanas— le convertían en un sonámbulo con boca de madera que espiaba todos los movimientos que se producían en la casa y sus alrededores, las entradas y salidas de unos y otros, que escuchaba tras puertas y cortinas y por las noches revolvía cajones y escritorios, buscando con todo ahínco la clandestina conexión, mientras Arderíus hacía la vida de familia, tocaba el piano o paseaba con su hermana Elena y le servía de pantalla. Con Mazón y Tomé había montado una sencilla red de vigilancia que, alejada de la casa y a una señal suya, pudiese seguir la pista de cualquier sospechoso y proceder a su detención o a su seguimiento en el caso de que diera inequívocas muestras de una conducta sospechosa; la red, por así llamarla, tenía por centro la casa, con Ruán en ella; en un amplio sector de sus alrededores, desde Bocentellas hasta Burgo Mediano, los hombres de Mazón y Pou establecieron un cordón atento día y noche al paso de cualquier clase de transeúntes; y, por fin, Juan de Tomé se encargó de la vigilancia de los caminos de montaña mediante unos cuantos infiltrados en los puestos

permanentes que contaban con sus enlaces con los hombres de Mazón. La operación no dio el menor resultado; como si hubiera detectado el peligro, la casa permanecía sumida en el sopor del invierno, las pocas personas que entraban y salían de ella no rompían los límites de sus hábitos cotidianos e inofensivos y sólo en cumplimiento del trámite fueron detenidos e interrogados cuatro o cinco individuos que de manera satisfactoria pudieron responder de todos sus actos y movimientos. No logró Ruán detectar ninguna actividad nocturna ni volvió a ver por allí a aquel vecino que tanto le alarmara en una ocasión anterior. Pero uno de los detenidos lo fue por encontrarse una mañana en la orilla del río, en un paraje denominado Castillejos no lejos de las ruinas del Molino de Fabián Rincón (uno de los lugares más castigados por los pasados combates), en el momento en que se hallaba removiendo y seleccionando los efectos contenidos en un bulto de mano allí abandonado. El Comité en reiteradas ocasiones había hecho público diferentes bandos y proclamas para terminar con el pillaje y para exigir de la población civil la entrega a las autoridades de cuantos objetos no identificados cayeran en su poder. El saqueador fue detenido e interrogado y el bulto llevado al despacho del camarada-señor Pou; además de algún dinero de la otra zona, un llavero, unas cuantas pertenencias sin importancia, un pantalón kaki y una camisa azul, con dos flechas bordadas en su bolsillo, se encontró una cédula personal a nombre de un tal Ramón Vázquez Reina y un salvoconducto al mismo nombre extendido por la Comandancia Militar de Macerta, con fecha de marzo de 1937; en otros tiempos aquello hubiera bastado para enviar directamente al paredón a su poseedor, aunque lo fuera desde aquella misma mañana. Pero quedó demostrado que era un pobre hombre, un viejo minero retirado que vagabundeaba por aquella zona de la ribera, que hacía noche en un montón de paja en un rincón de las ruinas del molino, que allí había atesorado unos pocos desechos y que malvivía rebuscando en los vertederos y basureros y se alimentaba de la sopa boba con que le regalaban en algunas fincas. Con todo fue detenido y, por supuesto, incautado el contenido del bulto que pasó a la oficina de Mazón aquel mismo día. Desde el primer momento Mazón tuvo la evidencia de que se trataba del equipaje del hombre que tan afanosamente andaban buscando y que, por una razón desconocida (y muy probablemente por un soplo), había abandonado en aquel paraje por miedo a ser detenido con él. Era, pues, admisible la hipótesis de que al tener conocimiento de la existencia de la red de vigilancia tejida en torno a Escaen, hubiera desistido de llevar a cabo el contacto, advertido por su cómplice, así como de su paso al otro bando y de la conservación de las ropas y documentos imprescindibles para ello. Indirectamente el hallazgo desviaba las sospechas hacia cualquiera de los imbricados en la red o hacia una persona muy próxima a ellos que hubiera tenido un atisbo de la operación y olfateado un peligro cierto; el recuerdo de la camisa que había sentenciado a muerte a Agulló no podía estar ausente de aquella apremiante y turbia circunstancia (cuando

todos los indicios apuntaban hacia un círculo cada día más estrecho que, por paradójica, incluía a los que en las últimas semanas más se habían esforzado en aclarar el enigma) que llevaba a suponer que aquel bulto tan casual y fácilmente encontrado bien podía ser una trampa que aprovechada sin más por su destinatario le condujese directamente a las celdas de Macerta, pues ¿quién podía afirmar lo que le había de ocurrir al que allí se personase oculto bajo el nombre y la falsa identidad de Ramón Vázquez Reina?

Para saberlo era necesario intentarlo y para intentarlo no se podía perder un día, aun contando con las demoras de todo orden que el paso de la sierra en aquellas fechas exigiría al más avezado montañero que además de conocer todas las sendas transitables y el estado de la nieve tenía que gozar de paso franco por todos los puestos entre el Puente y El Salvador. Tras una discusión que les llevó la mañana, decidieron intentarlo; o más bien decidió intentarlo Juan de Tomé que encaprichado desde tiempo atrás con la idea de hacer una visita personal a Gamallo nunca había sabido dar con la táctica que debía utilizar con aquel hombre para sonsacarle la información necesitada ni tal vez con el propósito mismo de la visita, oscurecido por el poco aconsejable chantaje con la vida de su hija, demasiado vago como para incurrir sin más ni más en tamaño riesgo. Pero aquella camisa y aquella cédula constituían de por sí un objetivo bien definido y si una vez en Macerta demostraban ser la trampa preparada por el enemigo siempre sería capaz de volver a Región, aun con las manos vacías, a cambio de la seguridad o la entrega de la muchacha, cuyas fotografías, acompañadas de una breve carta autógrafa que la muchacha se avino a escribir aquel mediodía<sup>[24]</sup>, escondió en un alojamiento que al efecto le preparó entre las dos correas de su cinturón el guarnicionero de los oficios. Esa misma tarde Ruán y Juan de Tomé salieron hacia Sepulcro Beltrán; se despidieron a la vista de La Requerida, totalmente cubierta de nieve, hacia donde se dirigió el segundo, acompañado de dos mozos, a la caída de la tarde y con intención de cruzarla de noche. Cortaron en dos trozos una hoja de papel de periódico y cada uno de ellos se guardó uno; la entrega por uno de los mozos del papel de Tomé a Ruán quería decir que el primero había llegado a su destino. Ruán, con base en El Salvador, permaneció durante toda la ausencia del otro merodeando entre La Requerida y Socéanos, atento a cualquier indicio o noticia que procediera de la otra vertiente.

Mientras tanto, en Región se recibió un segundo despacho cifrado procedente de Madrid que no era más que la repetición, en tonos más enérgicos y contundentes, del anterior y justificado por el silencio con que había sido replicado éste. Se respondió por la misma vía y con la mayor brevedad —no sin tomar la obligada precaución de enviarlo a otras estaciones receptoras para desorientar a los escuchas enemigos—, con el lenguaje más sosegado y persuasivo, a fin de enterrar definitivamente el asunto y no provocar una nueva crisis del picajoso Lamuedra. Pero por fortuna Mazón

comenzó a sospechar que algo raro se ocultaba tras aquellos dos mensajes tan poco usuales, tan seguidos y parecidos, y al cotejarlos observó que el primero estaba expedido el sábado 19 de febrero, es decir, después del jueves en que fue enmendado el error del acta y antes del hallazgo del bulto de mano en Castillejos. Sobre todo, le llamó la atención una expresión que todos habían pasado por alto, poco menos que por considerarla una frase hecha utilizada para dar mayor realce al texto siguiente. Cuando instaba al Comité a llevar adelante la ofensiva en el mes de marzo lo hacía en razón de que a través de «informaciones recientes máximo secreto» se sabía que el enemigo preparaba un ataque a Región para la segunda quincena del mes de abril por lo que... y ahí venía a añadir todas la monsergas habituales que tantas veces había repetido Lamuedra. Es decir, que, leído sin más ni más, el mensaje venía a decir que el Ejército del Centro (Madrid) había sido informado por un conducto secreto —léase el espionaje— de los más recientes planes del Mando nacional. Si el Mando nacional preparaba un ataque para abril se debía a que su propio espionaje había detectado un ataque republicano para mayo, como muy pronto. ¿Y quién había informado de aquel ataque para mayo, que solamente se había barajado en el Comité como una posibilidad remota y sin otro propósito que el de rebajar los humos y atemperar las impacencias de Lamuedra? ¿Y cómo se había arreglado el espionaje nacional para transmitir la noticia si el enlace que debía cruzar la sierra había abandonado su impedimenta y renunciado a su misión? Sólo cabía una respuesta satisfactoria: la información había sido enviada desde Región por dos o más conductos; el expedidor podía dormir tranquilo aun cuando le constara el abandono de Ramón Vázquez Reina si por otro conducto había conseguido hacer llegar la noticia a Macerta. Ese segundo mensajero ¿comunicaría también el fracaso de Ramón Vázquez Reina y la anulación de su personalidad? Entonces recordó Mazón el error del acta, una de las pocas y últimas ocasiones en que la palabra mayo había sido escrita en un papel oficial del más reservado secreto. Pero la palabra sólo había permanecido escrita las treinta y seis horas que mediaron entre la redacción del acta por Ruán y la enmienda del error en presencia de seis hombres del Comité; por otra parte, solamente la copia de Lamuedra había salido de las manos de Ruán en aquellas treinta y seis horas, por lo que no era difícil deducir que si los planes nacionales se apoyaban en una información secreta procedente de Región, expedida aquel miércoles 16 de febrero, únicamente Lamuedra y Ruán podían haberla enviado. Aun cuando fuera muy doloroso Mazón tuvo que rendirse a la evidencia; ahora que sabía quién era el hombre de Macerta todo lo vio mucho más claro; todo su comportamiento desde el comienzo de la guerra apareció bajo una luz que enfocada desde un nuevo punto iluminaba las antiguas zonas de sombra a cambio de entenebrecer sus conjugadas; su vinculación a la familia quedaba demostrada (y no desmentida) por sus esfuerzos por hacer patente su alejamiento de ella, que, por otra parte, le permitía tener las manos



libres para operar a su antojo y bajo su lejano amparo; y cabía interpretar sus últimas confidencias al respecto como una maniobra que restableciera la confianza en él en un momento en que el menor desliz podía delatarle; así, la sugerencia (que, Mazón recordó, partió del propio Ruán) de acomodarse por unos días en su propia casa para vigilarla de cerca no sería más que una estratagema para poder cancelar la convocatoria con su emisario o para darle nuevas instrucciones, una vez que había enviado a Macerta su información por otro conducto. El hallazgo del bulto de mano no lejos de Escaen claramente delataba un contacto furtivo y una escapatoria apresurada. Para completar aquel pequeño rompecabezas, en el que todas las piezas empezaban a encajar, como atraídas por su posición definitiva, tan sólo restaba a Mazón averiguar la naturaleza de aquel segundo conducto que de ser descubierto le llevaría, por si fuera poco lo conseguido, al propio agente del Mando nacional en el seno del Estado Mayor del Ejército del Centro, casi el único organismo con el que permanentemente se hallaba en contacto el Comité. Los días que había de consumir Ruán merodeando por la sierra eran preciosos para aquella indagación. Temía Mazón que aquella alerta (ciertamente no muy justificada, habida cuenta de la habilidad de Juan de Tomé para valerse por sí mismo en aquellos pagos) no fuera sino otra estratagema de Ruán para, en el caso de que la aventura de Tomé se viese coronada por el éxito y regresase a Región con la identidad del agente de Macerta, situarse a un paso de la otra vertiente y pasarse al otro bando antes de ser descubierto. Si eso era así a Tomé le aguardaban dos peligros: el encuentro con el coronel Gamallo y el encuentro con Ruán, a su vuelta, que no se andaría con rodeos si olfateaba que el otro tenía en su poder una información concluyente. No estaba en modo alguno en su mano la posibilidad de advertir a Juan de Tomé de aquel segundo peligro y en cuanto a ordenar a Ruán su regreso a Región, ¿no supondría precipitar la solución, levantar la caza, empujarle a pasarse al otro bando y darle la oportunidad de advertir a Burgos que su agente en Madrid podía estar amenazado? Por todo ello optó Mazón por dejar las cosas como estaban, aprovechar la ausencia de Ruán y, en el peor de los casos, sacrificar si era preciso a Tomé para permitir que el otro actuara confiado en que nada en Región se había averiguado acerca de él. Mazón nunca había correspondido al aprecio que le profesaba Juan de Tomé; era para él un hombre sagaz pero un tanto incómodo, innecesariamente sibilino, de esos que por lo bajo está siempre exigiendo conformidad con sus puntos de vista; había especulado y traficado y aunque no tenía en su haber ningún delito de sangre con frecuencia había acertado a saldar con provecho —económico siempre— sus numerosas actividades, autorizadas o por cuenta propia; no era un hombre de su clase ni de su formación ni de su mentalidad. Muy otra era o había sido su relación con Ruán al que conocía desde niño y con quien, sobre todo, desde el comienzo de la guerra, le unía una sincera amistad, a pesar de la diferencia de edad y de carácter; había llegado a tener por él un gran respeto,

sobre todo por dos virtudes que —cualquiera que le tratara había de reconocerlas— le adornaban y que, con mucha frecuencia, van unidas en la misma persona: su desprendimiento y su incapacidad para temer el daño propio, dos componentes imprescindibles para el coraje. Era, como se ha dicho repetidas veces, un hombre lacónico pero no grave; que rara vez discutía y discrepaba; que se guardaba sus reservas; que lo más frecuentemente hablaba para proponer y asentir, con tanta economía que cuando la pronunciaba solía decir la última palabra. Era, tal vez, el perfecto espía. Pero la razón y el lenguaje son en materia de sentimientos tan equívocos que todos los conceptos y principios (como el aprecio a la virtud) que regulan la actividad de uno de ellos pueden volverse en fundamentos del contrario cuando la polaridad afectiva cambia de signo. La supuesta motivación del cariño puede ser la misma que la del desagrado y una nota cualquiera del carácter servirá lo mismo para uno como para otro, al dictado de las directrices de esa siempre incomprensible y versátil afectividad. Sus virtudes de antaño y de siempre —el laconismo y el coraje— no cambiarían pero puestas al servicio de una causa enemiga harían de su poseedor un individuo más execrable y temible que si careciera de ellas. Y todas sus otras notas amables, al quedar en la zona de sombra a consecuencia de la nueva orientación de la luz, apenas tendrán influencia en el nuevo retrato del personaje. No eran sólo notas y caracteres sino también hechos y méritos que había contraído en su día y que, como las condecoraciones del degradado, serían arrancados de su pecho de un solo tirón. Para Mazón quedaban algunas incógnitas de menor cuantía por resolver pero confiaba en que, una vez aprehendido Ruán y demostrada su complicidad con el enemigo, cabría explicarlas todas. Sin duda, aquel presunto error mecanográfico no era tal y todo hacía sospechar que había escrito la palabra mayo al dictado de una instrucción precisa, pero ¿por qué una instrucción tan burda? ¿Con qué objeto? ¿Adónde conducía el doble juego de suministrar a sus cómplices una información notoriamente falsa y tan fácilmente detectable? ¿Se conformaba con crear la confusión?

Con ayuda de un cerrajero que le proporcionó Estanis —y obrando por cuenta propia— Mazón inspeccionó todos los archivos del Comité encomendados a Ruán en cuanto secretario en funciones del mismo. Rebuscó en su mesa de trabajo y en su dormitorio de Borques, en su despacho del colegio, pero no encontró otra cosa que unos cuantos papeles personales y algunas cartas; no encontró ningún documento comprometedor y eso le cercioró en sus sospechas, o más que en sus sospechas en su convencimiento, pues, ¿quién no guarda, y en tales tiempos, un documento comprometedor? La inspección sólo le sirvió para informarse de ciertos pormenores relativos a otros miembros del Comité pero que nada tenían que ver con el asunto que le importaba. Ya en ese terreno, y tan sólo para descartar la incómoda y más que improbable hipótesis de la culpabilidad del teniente coronel Lamuedra, se atrevió a

violiar los archivos personales de éste, en un cuartucho adjunto a su despacho en el Colegio, en los que se guardaban documentos de suma importancia que nunca habían sido producidos ante el Comité; uno con otro demostraron a Mazón que el interés de Madrid y Valencia en el ataque a Macerta no podía confundirse con el interés por Región y sus hombres, cuya supervivencia no entraba en sus cálculos; pero tampoco aquello hacía al caso; una vez resuelto el problema de hoy, se encararía mañana con aquel asunto... ante el pleno del Comité y frente a Lamuedra. En uno de los archivadores se guardaban todas las actas, que conocía de memoria y apenas le importaban. Pero por curiosidad —o por esa tendencia al lujo de una distracción estética que brota de súbito en un momento apremiante, quizá para distraer la sensación de fracaso o para provocar una caída de tensión y recuperar un sosiego— se detuvo en la famosa acta de la sesión del 15 de febrero y para su asombro comprobó, una vez más, que donde debía decir marzo decía mayo. Se sentó, apartó el documento y encendió un cigarrillo; tras un par de chupadas aplicó todo el chorro de luz de su linterna al documento y lo leyó despacio, sin saltarse una palabra; apagó la linterna, encendió el flexo y observó el documento al trasluz: en efecto, la palabra había sido borrada y escrita de nuevo, un poco más alta que la primitiva, lo que además de por la tinta la distinguía del resto del documento, una copia al carbón del original; pero donde antes decía mayo ahora decía marzo, encajada perfectamente entre las palabras contiguas y separada un espacio de ellas.

A las seis de la mañana siguiente, con un pistolón al cinto —cosa poco usual en él— y acompañado de Estanis fue a despertar al teniente coronel Lamuedra con el que sostuvo una larga entrevista a puerta cerrada, instándole a que no le obligara a emplear la fuerza —ni, si era menester, a detener a todos los miembros de su misión— y obligándole a poner a su disposición —aún contraviniendo órdenes superiores— toda la documentación que por la valija aérea enviaba por cuenta propia el Estado Mayor del Ejército del Centro. El teniente coronel, entre la espada y la pared, entre la sorpresa y el temor, no opuso gran resistencia y le permitió el acceso a sus archivos personales que Mazón no fingió desconocer, antes bien fue derecho al acta que le interesaba. Mazón, en presencia de Estanis, le indicó que leyera su copia del escrito (no sin cierto temor a que la diabólica palabreja le jugara, una vez más, una mala pasada). El teniente coronel —que se había puesto la guerrera por encima del pijama— temblaba; unos pelillos blancos asomaban por su escote. Tras la lectura Lamuedra quedó lívido y boquiabierto, con los ojos levantados hacia los dos hombres como en demanda de compasión. No preguntó nada. La palabra era marzo, tal como Mazón la había leído la noche anterior<sup>[25]</sup>. Lamuedra confesó, finalmente, que la documentación que enviaba a Madrid la preparaba personalmente, con ayuda del capitán Arderíus que estaba encargado de revisar todos los papeles, cerrar los sobres y preparar la saca. Ninguno de ellos sabía exactamente cuándo saldría el próximo

vuelo para Madrid, pero cuando menos era preciso esperar tres o cuatro fechas.

\* \* \*

La entrevista del coronel Gamallo con Ramón Vázquez Reina, jefe de centurias de FET y de las JONS, discurrió con absoluta normalidad y fue más extensa y expresiva que lo que el visitante había previsto. Voluntariamente recluido en su casa de Las Moras y también un tanto marginado por sus inferiores, el coronel no estaba acostumbrado a tales visitas y a las pocas que recibía las abrumaba con sus protestas. Decididamente, Burgos no le hacía caso; apenas dispensaba atención a sus planes y a veces ni se dignaba contestar a sus más apremiantes y elementales demandas. Todo eran promesas, promesas y justificaciones por las necesidades de otros frentes. Había elaborado un plan perfecto para liquidar la bolsa de Región con un ataque directo y bien planteado, al comienzo de la primavera, pero ¿con qué querían que lo hiciera? ¿Por qué no enviaban el material? ¿A qué esperaban? ¿A que el enemigo atacara? El coronel demostró a su visitante que o bien era la primera vez que veía a Ramón Vázquez Reina o bien Ramón Vázquez Reina era un nombre único para una personalidad polivalente, que en su calidad de enlace de la jefatura provincial del Movimiento se acercaba de tanto en tanto a Las Moras para cambiar información. En realidad, no cambiaron nada. Las informaciones que aquí y allá trataba de injertar el falso falangista en las frondosas protestas del coronel —y al llegar a cierto punto no tanto para cumplir con su papel cuanto para podar éstas, y en otro momento más avanzado de la entrevista por un travieso espíritu de diversión— eran recibidas con suma displicencia, pues el coronel no sólo presumía de estar perfectamente informado acerca de lo que ocurría en Región, sino que estaba persuadido de que ocurriera lo que ocurriera no se habían de alterar sus planes —siempre y cuando Burgos viniera en apoyo de ellos—, tan perfectamente elaborados que aún descendiendo a detalles minúsculos podían ser contemplados como una envolvente general de cualquier situación que se presentara en su frente para obtener de ellos la debida respuesta a lo que cada momento podía exigir. ¿Que Burgos enviaba los hombres y equipos solicitados? Allí estaba el ataque. ¿Que atacaba el enemigo? También sabía cómo responderle. En cuanto a la fecha, dijo el coronel, podía asegurarle que, a pesar de ser materia reservada, sería en abril, claro está siempre y cuando Burgos cumpla con sus compromisos. «Mi coronel, ¿y si los rojos se deciden a atacar en marzo?», se aventuró a preguntar el falso enlace. «Ya le he dicho que no me cogerán desprevenido», dijo con aplomo el coronel. Y añadió que no creía que los rojos fueran capaces de pasar al ataque antes que él y como prueba de ello, aunque se trataba de materia reservada, tuvo a bien avanzarle que las últimas y más dignas de crédito informaciones que habían llegado al SECIM apuntaban a un ataque

republicano en dos sectores para los primeros días de mayo. «¡En dos sectores! ¡Si apenas se pueden tener en uno!», exclamó el coronel con cierta jocosidad, exenta de la sombra de una preocupación.

\* \* \*

La apertura de la saca que enviaba a Madrid el teniente coronel tuvo lugar en su propio despacho, a altas horas de la madrugada siguiente al día en que quedó lista, el viernes 25 de febrero. En el Comité anterior del 22 se trataron asuntos de la mayor importancia y máximo secreto —precisiones sobre el ataque a Macerta—, por lo que sólo asistieron a él sus miembros de derecho. La información preparada para su envío a Madrid, por la valija aérea, era la más completa y comprometedora de las enviadas hasta entonces. El vuelo estaba previsto para las últimas horas de la tarde del sábado 26 de febrero. La saca contenía algo más que lo dispuesto por Lamuedra; contenía además un voluminoso sobre dirigido al Servicio de Cartería del Estado Mayor que, a su vez, contenía otro dirigido a la Secretaría de Información Regional con otro dentro dirigido al Servicio de Intervención que, por fin, contenía exclusivamente los clichés de todos los documentos expedidos por el Comité, entre ellos dos de las actas de las reuniones del mismo y uno del Informe Provisional sobre las últimas disposiciones para la reagrupación de las fuerzas de Región. Todo ello era obra de Arderius, en cuya habitación —aprovechando una excursión suya a Escaen— fue hallada la cámara de fabricación alemana con que hacía las fotos y cuidadosamente dejada en el mismo lugar donde la ocultaba.

A fin de no demorar el vuelo y para, una vez más, no levantar la caza, se decidió cerrar la saca con todo aquel contenido, tras ser tomada buena nota de la documentación enviada aparte, así como de las direcciones de los diferentes sobres; y se decidió también dar cuenta a Madrid del descubrimiento tan pronto como fuera posible. Empero se optó por no tomar ninguna represalia inmediata sobre Arderius, por ocultarle el descubrimiento y permitirle actuar como lo había venido haciendo, a fin de utilizarlo como transmisor de informaciones apañadas y como involuntario delator de otras posibles y ulteriores conexiones. A tal efecto se previó, con la connivencia de Lamuedra, continuar con las reuniones del Comité como si nada hubiera ocurrido, constituir un segundo Comité en la sombra, más restringido, que fuera el que realmente tomara las disposiciones auténticas y preparara las reuniones del primero; encargado de adoptar iniciativas ficticias o inocuas con el fin de que por aquel laberíntico itinerario su noticia llegara a Burgos y Macerta. En un momento ulterior se discutió si no sería preferible no dar cuenta a Madrid del hallazgo, no fuera que cualquiera de los numerosos infiltrados de Burgos que allí pululaban acertara a detectarlo y arruinase toda la labor realizada, con pérdida total de sus beneficios; y

hasta hubo quien llegó a afirmar, a la vista de tal precedente, que en cuanto Madrid tuviera conocimiento del descubrimiento de la red de Arderius y procediera a su desmantelamiento no tardaría una fecha en montar otra equivalente, pagada probablemente por el enemigo, con tal de tener Región sujeta a su control.

El teniente coronel Lamuedra no supo o no pudo reponerse del golpe. En tres días se habían venido abajo su ascendiente, su autoridad y su competencia. Apenas salía de su despacho, ocupado en trabajos administrativos, y sólo lo hacía para retirarse a su dormitorio en el claustro o para asistir a las reuniones del Comité y del subcomité al que tenía acceso, por deferencia de todos. Si hablaba y mantenía su figura en ambas reuniones no era sólo por amor propio sino por un sentido de la disciplina tan rectamente asumido que nadie pudo detectar un cambio de su actitud hacia Arderius al que Ruán se encargó de vigilar de cerca, con sus soporíferas conversaciones sobre Proust y los recitales en Escaen. La frecuencia de sus visitas condujo al capitán a trabar amistad, o algo más que amistad para horror de Enrique, con su hermana Elena, a quien Enrique no confió —naturalmente— lo que de él se sabía. Aunque Enrique prefería no verlo, en los numerosos fines de semana en que le acompañó a Escaen, para mantener la vigilancia en torno a la casa, pudo comprobar cómo se animaba todo el cuerpo y la vida de Elena en cuanto Arderius se presentaba allí. Solamente Enrique podía temer lo que podía salir de aquello y cuando en la primera decena de marzo el teniente coronel Lamuedra incapaz de soportar la tensión a la que estaba sometido y alegando motivos de salud, pidió ser trasladado a Madrid toda vez que además podía dar por concluida su misión —dejando encomendada al comandante Cherclaes la supervisión de los planes—, a todo trance trató de convencer primero a Mazón y luego al viejo Constantino de la conveniencia de despachar también a Arderius con un motivo cualquiera que si venía sancionado y apoyado por Lamuedra Madrid no dejaría de aceptar. Pero ambos se opusieron a ello, pues preferían, cuanto más se acercaba el momento de pasar a la acción, seguir beneficiándose de las rentas que podían sacar de él y tenerlo cerca para poder aprovecharlo, en caso de necesidad.

No todos los miembros del Comité fueron informados del asunto. No lo fueron por el momento Julián Fernández, el capitán Asián y el señor Rumbal; de esa forma el asunto fue aprovechado por Mazón, con la complicidad del viejo, para dejarlos fuera del sub-Comité y trasladar a un segundo plano su influencia en las próximas operaciones militares. Tal fue el precio que tuvo que pagar el Manchado por su adhesión a la misión Lamuedra. En cambio sí fue informado, y cabalmente, el comandante Cherclaes que se perfilaba como el Jefe del Estado Mayor Conjunto de las dos Brigadas que empezaban a formarse.

Para todos los demás conjurados —excepto para Ruán— la traición de Arderius y el relevo de Lamuedra fueron dos motivos de satisfacción y orgullo y alivio. Con la

resolución del caso por primera vez desde la llegada de la misión Lamuedra volvieron a sentirse dueños y soberanos de sí mismos. Tan dueños y soberanos que por unos días llegaron a olvidar (y algunos para siempre) que todo había empezado con la sospecha o certidumbre de que entre ellos trabajaba un Judas. Pero de nuevo volvía a ser su guerra, sin injerencias madrileñas ni trabas administrativas ni planes de alta estrategia ni un dómine republicano que con reprobación les mirara por encima de sus gafas para a continuación reprenderles por su alocada conducta. Ahora, en fin, podrían usar a su antojo (y tanto más cuanto que la oposición a ella procedió de Arderius) toda la caballería que pudieran reunir.

Pero si habían de ser justos tenían que reconocer que la presencia de Lamuedra y sus hombres (incluido Arderius) les había servido de mucho. No es solamente que gracias a ellos aprendieran el valor de la disciplina y la necesidad de la buena administración, de los planes y la previsión. Eso ya lo sabían aunque carecieran de aquellos atributos y como sabe el pobre, tal vez mejor que el rico, el valor del dinero. Pero habían aprendido a estar unidos y, paradójicamente, unidos contra Lamuedra y sus monsergas; habían aprendido a reducir sus planteamientos a una única directriz lo bastante considerable y meditada como para oponerse de igual a igual a la del teniente coronel; habían aprendido a dejarse de puntillos y a sacrificar la satisfacción personal en aras al mejor beneficio común; y por fin aprendieron la necesidad de recapacitar, y cuanto más mejor, antes de coger el arma y echarse al monte. Pero en contraste con tanto beneficio todos —con la excepción, acaso, de Julián Fernández— percibieron que, sin lugar a dudas, iban a ser derrotados y que esta vez ya no les sería concedido el beneficio de la prórroga; que ninguna de las suertes que aún podía distribuir aquella moribunda República caería sobre ellos y que por todas partes se oía decir, y tanto en un bando como en otro, que serían los primeros de los últimos, el principio del fin. Y quién sabe si aquel malhadado y afortunado asunto les sirvió para aceptar con fuste tamaño destino, para engolfarse en la lucha sin volver a pensar en su prevenido resultado, para encararla sin ninguna clase de derrotismo, para adoptar y dar el nombre propio a la criatura que otros habían dejado huérfana y para, puesto que estaban empeñados en un juego que no mostraba más que una salida y un solo ganador señalado de antemano, aprovecharlo en cada envite para exhibir sus aptitudes para él y, de paso y si a mano venía, extraer de su desarrollo alguna que otra satisfacción personal.

# Segunda Parte

*(Libro VII)*



## LIBRO SÉPTIMO

*La inspección de los puntos de paso: el Torque y Zocs. La casa del ahorcado. Los Mazón. Desaparición de Kerrera.*

«**P**or ahí no se va a ninguna parte», dijo Juan de Tomé sin apearse de su montura. Los otros habían desmontado; dejaron las cabalgaduras con las riendas sueltas, para que pastaran a su antojo, y se dirigieron a pie a un escarpado risco desde el que esperaban divisar la salida de aquel pequeño valle. Pero una vez más aquel horizonte les remitió a otro más lejano. Durante buen rato permanecieron escudriñando las alturas con sus prismáticos hasta que a un gesto de Mazón desaparecieron de su vista, por espacio de una hora, para surgir de nuevo trepando por la pared oriental de aquella irregular artesa, con la esperanza de encontrar un punto que ofreciera una vista sobre la otra vertiente. El tiempo estaba frío y el cielo a ratos cubierto y a ratos despejado. Aunque aquella parte de la sierra era la menos conocida para Tomé, como para cualquiera de Región, tenía la evidencia de que lo que con tanto afán buscaba Mazón era imposible de encontrar; pero a costa de numerosas y fatigantes jornadas de reconocimiento —que bien habrían podido ser aprovechadas para otros menesteres tan urgentes o más que aquél— no sabía de otro procedimiento para llevarle a su misma clase de convicción que dejarle que se persuadiera de la inutilidad de su búsqueda.

Habían partido en dos coches (tras dejar el *Lagonda* al cuidado de Recio para unas pequeñas reparaciones) de Sepulcro Beltrán, muy de mañana. Después de abandonar la carretera de La Portada, por caminos, de carros y pistas forestales habían contorneado toda la ladera septentrional de Punta Muleta, y, evitando la proximidad de La Requerida, a fin de no ser detectados ni siquiera por su propia gente, subieron a caballo a buscar un punto de paso natural que les condujera a la vertiente del Lerna sin que su presencia fuera denunciada por las patrullas o los pastores.

Habían cabalgado durante cinco horas seguidas —sin otra interrupción que la necesaria para una sucinta merienda a la vera de un arroyo de montaña—, la tarde ya tocaba a su fin y aún quedaba una hora de camino hasta el punto donde esperaban los coches con que volver a Sepulcro Beltrán, para de nuevo hacer noche allí donde Juan de Tomé tenía que recibir noticias de un paisano de Feltre adicto a la causa republicana. Ninguno de ellos, con excepción de Kerrera, era un consumado jinete y cuanto más se agudizaba su cansancio tanto menos partido sabían sacar de sus monturas, unos caballos de aldea poco acostumbrados a largas andaduras y con tendencia a seguir la curva de nivel.

Cuando regresaron de su exploración el sol ya se había puesto. Juan de Tomé no podía ocultar su mal talante y no tanto porque durante toda la excursión hubiera Mazón desestimado sus conocimientos y apreciaciones cuanto a causa de las demoras, incomodidades y nulos resultados que a lo largo de toda ella había provocado su empecinamiento. No veía el momento en que diera por terminada la búsqueda de aquel paso que cuanto más difícil (si no imposible) se demostraba más le

incitaba a descubrirlo, sin regatear esfuerzos ni caminatas y sin dar por bueno de manera definitiva un primer examen que no hubiera conducido a ningún sitio.

La vuelta hacia los coches la hicieron casi de noche, con frío, sin el aliciente de una buena cena o un largo sueño o de un futuro y prometedor hallazgo que culminara o justificara las anteriores fatigas. Tal vez por eso, para desterrar esas sombrías premoniciones que aprovechan todos los silencios para imponer el clima del fracaso, trataba Mazón de ser más locuaz que de costumbre, aun cuando sus compañeros no replicaran a sus sugerencias. Incluso Kerrera, tan entusiasta siempre de sus iniciativas, se limitaba a asentir sin demasiada convicción. Desde los primeros días de febrero, antes de que el Comité trazara las líneas generales de la ofensiva, había insistido Mazón en la posibilidad de convertir Sepulcro Beltrán en la base de partida de su ataque, en su centro de operaciones, con vistas a saltar a la otra vertiente de la cordillera por un punto desguarnecido por el enemigo para de esa forma alcanzar la ribera del Lerna sin necesidad de librar un combate en la montaña, siempre lento y costoso; argumentaba sobre la ventaja de situarse con toda su fuerza intacta en el territorio enemigo y siempre a espaldas, cualquiera que fuera su posición, de Socéanos; sobre la necesidad de cortar, cuanto antes mejor, las comunicaciones más directas de Macerta por carretera y ferrocarril e impedir, durante el plazo más largo posible, la llegada de refuerzos a su guarnición una vez entablada la batalla; sobre la conveniencia de volver la punta de lanza del ataque sobre Socéanos solamente después de haber asestado a las fuerzas en el valle un golpe decisivo y someterlas a tan duro desgaste como para abortar todo intento de apoyo al frente montañoso; sobre la contingente obligación, habida cuenta de la inferioridad de sus fuerzas frente a las del enemigo tanto en efectivos como en potencia de fuego, de optar por una batalla de maniobra en la que, tanto más que la caballería, la capacidad de marcha de la infantería había de jugar un papel decisivo, no sólo para envolver y esquivar al adversario, sino para elegir a su antojo los puntos donde asestar sus golpes. Eran más bien palabras que se dirigía a sí mismo mientras cabalgaba —el único que lo hacía— con la cabeza alta, apenas alterado por la esterilidad de sus esfuerzos. Tan sólo de tarde en tarde un «¿No lo crees tú así?» dirigido a Juan de Tomé y contestado por un monosílabo, tan indiferenciado como las sombras que les iban envolviendo, vendría a escandir su monólogo para pasar a la siguiente premisa.

Cuando ya entrada la noche llegaron al punto previsto los coches no estaban. Era una noche sin luna y aquella encrucijada entre abetos y hayas era tan semejante a cualquier otra que en un principio, y tras las primeras maldiciones, lo atribuyeron a un error propio. Habían tomado de vuelta una pista forestal cuyo entronque con la carretera de Sepulcro Beltrán no se hallaba lejos de un mojón kilométrico; hicieron el camino hasta el mojón para cerciorarse de que se hallaban en el punto correcto y de vuelta a la encrucijada esperaron la llegada de los coches sin saber muy bien qué

partido tomar. Al cabo de una larga espera, Mazón decidió montar de nuevo para, en el peor de los casos, seguir a caballo hasta Sepulcro Beltrán, aun cuando el camino bien les podía llevar más de tres horas. Yendo a Sepulcro Beltrán, por un atajo paralelo a la pista forestal que les ahorraba una gran revuelta, empezó a caer una lluvia menuda y fría y apretaron el paso para marchar a un trotecillo salpicón, en fila india y al borde de la cuneta, con los capotes y mantas por encima de las cabezas; una imagen de anteayer que venía a demostrar que ni la guerra ni la paz habían cambiado no ya en decenios, sino en siglos. No habían hecho una tercera parte de su recorrido cuando Tomé —que cabalgaba en cabeza y bastante adelantado— distinguió una pálida luz a su derecha, en un claro del bosque, apenas más luminosa que una luciérnaga, indiferente al efímero y superficial barniz de la lluvia como un insalvable defecto o un error del impaciente autor de la noche.

No recordaba Tomé que por allí existiera vivienda alguna, que justificaría no por su propia existencia, sino por su ignorancia en todo lo relativo a aquel sector, pero se decidieron a tomar un camino que bordeando unas sernas les condujo hasta unas pilas de troncos, unos cobertizos y unos establos donde mugía el ganado —un sonido que hacía mucho tiempo que no escuchaban—, no lejos de una rústica y agazapada vivienda, con todos sus huecos cerrados, tan negra que la noche aclaraba junto a ella.

A los golpes se abrió una ventana de la planta superior —apenas situada por encima de sus cabezas— y de una opalina claridad (el secuestrado suspiro de una llama encanecida y paralítica) surgió una vieja voz femenina no dirigida tanto hacia ellos cuanto a la \*espúrea emanación de una luz delatora que aún trataba de abrirse paso a través de una condena arrastrada sin dignidad hasta la incandescencia. Sonaron golpes, pasos, puertas que se cerraron y al fin con un chirrido la media hoja de la puerta se abrió para permitir que asomara la mitad de un hombre indefinido que sólo preguntó: «¿Qué hay?».

Sólo Juan de Tomé había desmontado, arrimado a la puerta para parlamentar; apenas oyeron sus palabras, acalladas por los resoplidos de los caballos, inquietos por la detención que presagiaba un descanso demasiado breve, con los sentidos puestos en un inexistente pasto que sus pezuñas no dejaban de rebuscar.

«¿Cuántos son?».

El hombre abrió la puerta de par en par y su figura se recortó en una claridad compuesta de retazos y desperdicios, dispuesta a extinguirse en rincones vacíos. De dentro llegó la airada protesta de unas brasas, sofocadas por un golpe de agua.

«Somos cinco», dijo Juan de Tomé.

«Aquí no hay sitio para tantos», contestó el hombre al tiempo que asomaba la cabeza para tratar de distinguir los bultos.

«Somos cinco», repitió Juan de Tomé, infundiéndole a sus palabras un tono de amenaza.

«Aguarde un momento. ¿De dónde vienen?». Y sin esperar la respuesta entornó de nuevo la hoja. Mazón desmontó también y con paso decidido se dirigió a la casa, abrió la hoja y franqueó la entrada en el momento en que el paisano empuñaba el picaporte.

«Lo siento», dijo, «pero tenemos que hacer noche aquí; nos quedaremos hasta mañana por la mañana».

Una mujer de edad, de pie y vestida con unas sayas hasta los tobillos, le miraba desde el fondo de la habitación. Un hombre más joven les observaba también desde lo alto de la escalera.

«Comandante Eugenio Mazón, de la Brigada Mixta», dijo, con el propósito de imponer autoridad y acatamiento. «¿No les quedará algo de cena?», preguntó en un tono más humilde y conciliador.

El de arriba se había retirado; el de abajo, tras rezongar unas palabras tan indefinidas como sus otros rasgos (ya eran tres los intrusos), hizo a la mujer un gesto con la cabeza con el que puso de manifiesto toda la desgana que le merecía la petición. La mujer tomó una olla por sus dos asas y observó inclinándola su contenido; por el gesto y la inclinación se comprendía que era muy escaso. El de arriba asomó en una zona iluminada de la escalera, poniéndose la chaqueta a medias. Más robusto y definido que el de abajo, con una cabeza redonda y rapada que parecía haber surgido por extrusión a través de un cuello tenazmente abrochado con un omnipotente botón, con tres o cuatro pasos —seguidos por los de abajo— dio a entender que todas las disposiciones procederían de él. En el rellano de la escalera y con las manos en la balaustrada se asomó a preguntar:

«¿Quiénes son éstos? ¿Qué quieren? ¿Qué horas son éstas de entrar en una casa?».

El otro lo pensó antes de enfrentarse con él.

«Son militares», dijo. «Dicen que se tienen que quedar por esta noche».

El otro se desabrochó la hebilla de un grueso cinturón de cuero y se subió los pantalones de pana rubia que se volvió a ajustar.

«¿Militares?», preguntó al tiempo que descendía los últimos peldaños: «¿Qué clase de militares?».

Eugenio Mazón se volvió hacia el arranque de la escalera para enfrentarse al que por sus maneras parecía el dueño de la casa.

«Comandante Eugenio Mazón» dijo, al tiempo que entreabría su guerrera de cuero.

El otro ni siquiera se detuvo a mirarle, cruzó la estancia y fue derecho a la puerta para observar lo que había fuera. «¿Cuántos son?», preguntó.

Juan de Tomé volvió a repetir el número.

«¿Cinco?», preguntó extrañado. Luego añadió: «Aquí no queremos militares. Aquí no sabemos nada de la guerra».

«Pues no va a tener más remedio que aguantarla, amigo», dijo Juan de Tomé sin lograr recabar su atención. En todo momento el botón de su camisa —tan apretada que dejaba asomar dos lunetos de su pecho— parecía a punto de saltar. Cuando Juan de Tomé preguntó por el lugar donde cobijar los caballos, le volvió la espalda y se acercó a la pileta a echar un trago de un botijo. Tardó en contestar y al fin concedió: «Acompáñale a la cuadra», ordenó al otro, más viejo. Sonaron fuera los cascos de los caballos y entraron los tres que habían quedado fuera. La mirada del paisano se clavó en Kerrera. «¿Militares?», preguntó de nuevo con una dosis de soma (y el botón de su camisa ascendió, como un indicador manométrico) para añadir: «¿Qué clase de militares?».

Se despojaron de sus capotes, zamarras y guerreras que pusieron a secar —sobre sillas y bancos— cerca del casi extinguido fuego y a la vista de sus uniformes y sus armas la mujer se acercó a él, le llamó por un nombre que nadie entendió y le susurró unas palabras con la mirada puesta en el grupo.

El paisano hizo una mueca —más que una mueca la forzada corrección de un trazo en un boceto desafortunado, para ser sustituido por otro más incómodo y dominante— y la mujer dispuso en la mesa unas cucharas y unos platos, casi todos diferentes y todos mellados. Colocó en el centro una olla con algo de potaje frío y una alcuza con agua y, escondiendo sus manos bajo un delantal de negruzco calicó, se situó cerca de Kerrera para observar su figura y su vestimenta, como si se tratara de un ejemplar nunca visto, y estudiar de reojo sus maneras, con miradas de soslayo hacia Mazón y los demás.

No tocaron a más de tres cucharadas por cabeza; mientras las apuraban el dueño de la casa extrajo de una alacena una botella verde claro tan sucia que no permitía distinguir el color del licor que contenía; se echó a la boca un corto trago y la devolvió a la alacena que cerró con una llave que ostensiblemente guardó en su bolsillo.

«Que se echen a dormir ahí», dijo sin dirigirse a alguien en especial.

Cuando terminó su ración de potaje, Eugenio Mazón llevó su plato y su cuchara a la pileta y del bolsillo de la guerrera sacó una pitillera de cuero y ofreció un cigarrillo —liado por él mismo— a su anfitrión que, no sin desconfianza, lo llevó a sus labios y lo prendió en la mecha que le ofreció Mazón. Por la manera con que retuvo el humo en su boca y cómo expulsó la primera bocanada sin tragarla, se veía tanto que había sido fumador cuanto que hacía tiempo que se abstenía del vicio. A la segunda chupada tragó la mitad del humo que sopló hacia el techo con fuerza y cierta delectación.

«¿A cuánto estamos de Sepulcro Beltrán?», preguntó entonces Eugenio Mazón, vuelto a su taburete, un poco apartado de la mesa donde los demás se resistían a dar por concluido el potaje.

«Un par de horas largas», dijo el viejo. El otro calló, absorto en su cigarrillo.

Cuando terminaron el potaje retiraron los platos de la mesa donde Mazón extendió el mapa del club excursionista con que se guiaba en sus expediciones de reconocimiento. A ambos lados tomaron asiento Juan de Tomé y Kerrera mientras uno de los guías permanecía junto a la puerta en actitud de vigilancia. Mazón intentó sin ningún resultado que el paisano señalara en el mapa la posición de la casa; no sólo no lo entendía, sino que a cada pregunta protestaba de la impropiedad de todas sus indicaciones y a cada nombre que le dictaban respondía que aquello no estaba por allí, que aquello caía por la otra cara del monte. Por dos veces abrió la puerta para observar el estado del tiempo y comprobar que seguía cayendo una lluvia fina y silenciosa, casi carente de movimiento y dirección, en una noche que encubría su falta de cuerpo tras un dudoso, rayado y martirizado hule.

\* \* \*

No se decidía Mazón a abandonar su propósito de encontrar un paso a la otra vertiente que reuniera todas las condiciones que exigía su plan: pues tenía que estar apartado, olvidado de la vigilancia del adversario, poco menos que desierto y situado a una altura tal que fuera transitable durante las todavía meteorológicamente históricas semanas de marzo. Pero los puertos eran contados y no quería convencerse de que ninguno había escapado a la atención de las patrullas.

Entre los valles del Torce y del Lerna se alza la sierra de Región, cuyas más inaccesibles y elevadas cumbres y breñas se levantan hacia el meridiano del nacimiento de ambos ríos; al tiempo que desciende hacia el sur y gira hacia el oeste la sierra va perdiendo su envergadura orográfica para transformarse en una complicada sucesión de pliegues que separan los cursos medios de aquéllos, más o menos en el paralelo de Región y Macerta. A lo largo de más de cuarenta kilómetros el espinazo de la sierra sólo es atravesado por un par de carreteras (de las que el viajero se puede fiar durante seis meses al año) y media docena de caminos vecinales y forestales que no ofrecen ninguna garantía de paso incluso durante la época más rigurosamente seca a causa del estado de abandono en que se encuentran, de los numerosos obstáculos que se han acumulado a lo largo de décadas de incuria o del repentino corte por un desprendimiento de tierras o un hundimiento de la calzada que si alguien advierte nadie se preocupará de reparar. El más septentrional de los puertos es (a pesar de su porte legendario y heráldico, pues se dice que por él pasó Ruy Díaz de ida y Almanzor de vuelta) el más intransitable y arriesgado, tan solitario que a duras penas tiene un nombre unánimemente admitido por cuantos han oído hablar de él, pero sólo lo conocen de referencia: unos lo llaman el desfiladero de los Torques o las Torques y otros sencillamente Roque. Se trata de una estrecha garganta de unos diez kilómetros

de longitud que discurre a todo lo largo del sinclinal fallado que separa las formaciones del Monje y del Malterra, tan distanciados y enemistados desde su tectónico origen como para no hacerse ninguna recíproca concesión y mantenerse de espaldas uno a otro, no sin haber prohibido a sus respectivas cohortes de cerros, laderas y serranías cualquier clase de trato o diálogo con sus homólogos y vecinos; y toda vez que ambos macizos se implantan en una curiosa conjugación de sus opuestos promontorios, uno a cada lado del paso y con sus armas —se diría— apuntando en la dirección del otro, el Roque se configura como una perpleja e imprevista frontera natural que no recibe de ambos colindantes sino las muestras de su arqueológica hostilidad; apenas recoge agua, pues ambas sierras drenan en direcciones opuestas, y acaso por eso reúne y guarda con la mayor avaricia toda la nieve que cae entre enero y mayo y no para aprovecharla ni fundirla, sino para regalarla al violento septentrión que parece haber escogido ese singular cañón como lugar favorito donde hacer en cualquier época del año ostentación de sus excesos y veleidades; pues el viento —en mucha mayor medida que la carencia de agua y de vegetación, que los desprendimientos, aludes, cabras salvajes y buitres— es el verdadero dueño y señor del Roque; encañonado en un conducto trapecial de una altura tres veces mayor que la base, todo el año está presente (bien sea silbando o rugiendo) y aun cuando en cualquier fecha y cualquier hora puede suspender su sospechoso sueño y hacer una demostración de su casi dormida fortaleza, es en el mes de marzo cuando celebra sus fiestas; o más que fiestas, misterios, pues de tal modo quiere que sean secretos que la sola presencia de un inadvertido testigo basta para que despierte toda su cólera y, al tiempo que cierra las puertas de su pétreo y escabroso templo, se disponga a recibirlo tan sólo como víctima para sus sacrificios. Durante unos días de marzo la sierra suena; más allá de los rumores de las frondas y las aguas, de los ecos locales que el viento arranca de las hondonadas o los collados, durante unos días la sierra (al tiempo que muda de coloración) entre el Monje y la Muleta se convierte en el permanente diapasón de un telúrico la (más sonoro durante la noche que durante el día), un impaciente y mórbido zumbido de caracola a escala continental tal como si en el seno de esa masa de piedra un fuego negro se hubiera de nuevo encendido para revivir su catastrófico nacimiento; de sobra saben el paisano y el pastor que, cualquiera que sea el estado del cielo, en tanto la sierra suena nadie deberá aventurarse por terreno abierto, desguarnecido y fuera de los límites del bosque, más allá de los 1200 metros de altitud. Ay de él si no respeta el mandato; durante meses no se vuelve a saber de él; no dejará el menor rastro y aun cuando el cielo aclare y se funda la nieve de nada servirá buscarle en torno al punto donde fue visto por última vez; si hay suerte, ya muy entrada la primavera, un pastor guiado por las espirales de los buitres encontrará una forma anómala en el cortado de un sucio ventisquero: tal vez el esqueleto de un pie —el remate rococó de una guirnalda de hielo ocre que adorna el costero de un



lambrequinado catafalco— asoma de la pared, con unas lonchas de mojama entre los dedos, inconfundible señal de que incluso para la muerte el intruso debía haber aceptado las normas establecidas para la preservación del cuerpo, en la postura del feto, de tal manera hecho un ovillo de escarcha y carne congelada que en numerosas ocasiones se le ha tenido que dar sepultura utilizando una barrica en lugar de un ataúd.

En su afán por no dejar ningún posible puerto por explorar y dentro de su plan de inspeccionarlos todos —aun en aquella época del año— siguiendo un orden de norte a sur, Eugenio Mazón, acompañado las más veces por Juan de Tomé, Emilio Beltrán, Tomás Bordón y otros, y conducido por algún vecino, se decidió a visitarlos en aquel frío y despejado mes de febrero y en ocasiones llegó a internarse en territorio enemigo, tan desierto como el propio. Guiados por un leñador que decía conocer aquellas breñas como la palma de su mano, se asomaron al Roque en la primera semana de marzo, aprovechando unos días inusualmente claros y bonancibles. Durante toda la guerra el invierno había mostrado en aquella sierra una tendencia a llegar retrasado; los otoños fueron secos y los puertos permanecieron abiertos (y algunos transitables) hasta la llegada del nuevo año; se podía pensar que el clima, envidioso de los desastres provocados por la guerra o molesto por su desplazamiento a causa de ella a un segundo plano de importancia o cansado de una industria que obligando a todos a protegerse de la intemperie hacía más soportables sus estragos, suspendía temporalmente sus rigores para proporcionar a ambos contendientes la oportunidad de concluirla durante la época de su mandato; pero las guerras muy rara vez terminan en invierno, cuya parálisis acostumbra a aprovechar el beligerante, aun aquel que se halle en la más estrecha penuria, para reparar sus fuerzas y levantar sus ánimos con vistas a la siempre definitiva campaña de primavera. Pero viendo que ninguno de los jugadores se decidía a hacer uso de una baza tan generosamente ofrecida, el invierno perdía la paciencia y allá por enero, febrero o marzo rompía la tregua para descargar sus golpes, más furiosos cuanto más reprimidos y tardíos. Pero cada año esperaba más; el 36 nevó en noviembre sin mucha fuerza, empero la suficiente como para detener el avance de las fuerzas de Brémond sobre Bocentellas, provocar su retirada hacia sus bases de partida y suspender todo combate hasta la siguiente primavera; en la siguiente estación fría la primera nevada cayó bien entrado enero y en el 39 aún se permitió esperar hasta febrero, deseoso sin duda de precipitar la caída de Región en manos de Gamallo, pero ante la parsimonia y apatía del coronel decidió castigarle y anticiparse con su blanca y silenciosa huete para recibirle en sus desiertas calles con la más fría de las acogidas.

Ya volvían de su inspección del Roque —llevada a cabo durante dos días y tras la cual todos los excursionistas se habían de formar, por breves horas, una impresión bastante favorable de aquel paso de no muy incómodo acceso y cuya singular

horizontalidad le distingue de todos los demás— cuando, después de haberse asomado a su vertiente oriental y observado con sus prismáticos y telescopios las posibles sendas que descienden por las escarpadas laderas donde nace el Formigoso, a través de los calveros de la garganta vieron cómo asomaba la nube. Estaban poco menos que decididos a aprovechar las horas de luz para elegir entre los prados y bosques de robles que rodean la laguna de Don Pablo los puntos donde llevar a cabo la concentración de la brigada antes de su marcha sobre el territorio enemigo. Para Mazón la ventaja más sustancial que ofrecía aquel puerto era su apartamiento; era quizá la única, pero lo bastante considerable como para decidir la elección, una vez tomadas en consideración cualesquiera otras circunstancias y condiciones; de existir un camino que le permitiera situar sus tropas en la ribera del Lerna sin haber alertado al enemigo lo habría elegido sin lugar a dudas, a la manera de Aníbal, desdeñoso de cualquier otro más fácil y transitable, pero que le obligara a combatir para abrirse paso a través de él, obsesionado por la posibilidad de plantear su primer encuentro en tierras llanas y a ser posible de espaldas a las posiciones permanentes de los nacionales. Aunque todo hacía de él un guerrillero —condenado como sus ancestros a resistir en terrenos abruptos y montañosos— su máxima aspiración se cifraba en una campaña de movimiento, sugerida por las lecturas de los clásicos de la estrategia que algo le habían calentado la cabeza, y que un hombre algo más razonable y consciente de sus fuerzas y limitaciones habría sin duda desestimado como imposible.

Las llamadas posiciones nacionales se extendían por la sierra en torno a sus puertos —Roques, el más septentrional y tectónico, tan desprovisto de abrigo y tránsito como saturado de leyendas y maldiciones; Zocs, el más parecido a sus parientes alpinopirenaicos, abundante de bosque; Socéanos, el enlace común entre ambas vertientes con un perfil muy desigual, como un paso cantábrico girado 90° hacia el este y dos laderas diferentes; La Requerida, un majestuoso collado, el más geográfico y panorámico, y por último El Auriga, apenas más que un nombre, escrito de nuevo por un cultivado, escondido entre abetos— y apoyadas en una serie de puntos que delineaban un arco con centro en Bocentellas y cuyo extremo meridional en la Fuente de Santa Quiteña se situaba a unos veinticinco kilómetros a vuelo de pájaro de Región. La aproximación «púnica» soñada por Mazón y la ocupación por sorpresa de un punto en la ribera del Lerna podía hacerse al norte o al sur de Macerta, pero nunca por el centro, a través de Socéanos o La Requerida. La aproximación a Macerta por el norte era la que ofrecía las mayores facilidades, pero el menor número de ventajas; por grande que fuera la habilidad y diligencia de Mazón en las marchas<sup>[26]</sup> y el sigilo con que pudiera desarrollar la primera etapa de la operación, inevitablemente llegaría el momento en que el enemigo detectara su presencia en la vertiente del Lerna, a partir del cual se aprestaría a la defensa de Macerta, incluso retirando sus fuerzas apostadas en la montaña si se estimaba necesario para ello. Se

consideraba un axioma que, por razones de toda índole, el Mando nacional lo podía permitir todo menos la caída de Macerta; pero la villa se hallaba bien comunicada por el sur —por dos carreteras en buen estado y una línea de ferrocarril— por lo que el envío de refuerzos desde cualquier acantonamiento no revestiría la menor dificultad desde el momento en que se tuviese noticia de que una amenaza por el norte se cernía sobre ella; tal configuración invitaba a pensar que un avance por sorpresa hasta alcanzar un lugar sobre el Lerna situado al sur de Macerta permitiría cortar sus principales comunicaciones —reduciéndolas a las casi impracticables carreteras del norte y del este— lo que obligaría al adversario a montar su inmediata defensa con sus propios recursos lo que aparejaría la retirada de todas las unidades distribuidas en el arco de la sierra a fin de reforzar un glacis en el alfoz de la villa. Combinadas todas estas consideraciones, en los planes de Mazón previos a la elección del paso se barajaban dos posibilidades de muy distinta índole: de un lado el beneficio táctico derivado de la llegada al Lerna por el norte atravesando la sierra por un puerto desguarnecido y nada frecuentado sin ser advertido por el enemigo; de otro la considerable ventaja estratégica obtenida con una penetración semejante realizada al sur de Macerta aun a costa de llevarla a cabo sin el concurso de la sorpresa y a despecho de una serie imposible de prever de ineludibles combates con las unidades enemigas desplegadas al sur de Socéanos.

En menos de media hora todo el cielo sobre el Roque se hallaba cubierto y tan sólo sobre un calvero, hacia mediodía, un sol de invierno que asomaba una mejilla tras el quicio de una nube —como el niño rezongón que estira el brazo de su madre sin prisa por llegar a casa donde no le espera nada comparable al suceso callejero que olvidará tan pronto como tenga entre sus manos sus trastos y juguetes— parecía resistirse a perder el espectáculo de la tormenta. Apretaron el paso, pero antes de alcanzar la mitad del desfiladero rompió a nevar con milenaria profusión con el atávico y vindicativo ímpetu con que borrar largas sequías e inviernos bonancibles con la escéptica y desalmada energía con que un viejo luchador ensaya su resurrección, una raya en su expresión y sus puños envueltos en delicadas gasas.

Pronto quedaron divididos en dos grupos y cuando los más adelantados creyeron haber alcanzado la entrada del paso toparon con una pared sin dimensiones ni color, como el escenario anterior a cualquier escenario, surgida del mismo ímpetu retrógrado de la tormenta; caminaron sin dirección, en busca de la salida y les sobrevino la noche sin que lograsen verla; tan sólo acertaron a palparla, con el cuerpo encorvado hacia adelante. Caminaron aún por espacio de un par de horas, despacio y con poco provecho, hundiendo en la nieve toda la caña de sus botas. Eran cuatro; Bordón y otros dos habían quedado atrás, tres figuras pronas e imperfectas, detenidas en una pose, en un instante trascendidas bajo la nieve a los primeros bocetos que un pincel monocolor insinúa en un lienzo de impoluta, repulsiva y jaque palidez,

dispuesto a devorar todo trazo disconforme con sus pretensiones. En una bauma tan profunda como para que parte de su suelo quedara al resguardo de la nieve, pero no tan alta como para que una persona pudiera entrar erguida, hicieron un alto para echar un trago de aguardiente y encender un cigarro. Tras el breve descanso se vieron imposibilitados de salir; habían perdido toda orientación en ese siempre minúsculo infierno de la tiniebla donde un paso o un palmo es la distancia que separa del abismo. Apenas podían tumbarse, sin espacio para los cuatro. Pasada la media noche cesó la tormenta de nieve, el cielo quedó parcialmente despejado (una pieza de mármol recién lavada, más brillante su pasta oscura que sus motas y aguadas) y la temperatura inició un rápido descenso. Antes de que amaneciera comenzó a soplar el septentrión; primeramente fue una ligera brisa de superficie que a falta de vegetación que tañer dio en silbar por los ventisqueros y a levantar en remolinos el inconsistente pelaje de las lomas que pronto se habían de convertir en una zarabanda de partículas en candescencia que iniciaron —con esa insulsa animación del niño al que han enseñado para la función cuatro pasos y una vuelta que repite una y otra vez— las fiestas inaugurales del invierno; una más numerosa muchedumbre se mezcló con ellos, al principio con timidez y desgana, por el prurito de impedir con su participación que el festejo decayera: turbiones de lluvia helada que la tierra devolvía al cielo en un gesto de banal restitución, efímeras nubes de polvo irisado sobre miniaturas de valles y cordilleras en un primer escenario de papel. Apuntaban las primeras luces del día cuando la fiesta se interrumpió en un entreacto para que los actores mudaran su disfraz, la escena reducida a una única superficie carente de centro, próxima y casi inexistente, una emulsión de polvo, *confetti* y expectación, una pizarra degradada por las rayas periféricas de inescrutables movimientos, como los pelos y defectos que surgen en los primeros fotogramas blancos durante la proyección de una película rancia. Era el aviso de que otra tormenta se acercaba y, por delante, enviaba el turbión para requerir silencio; pronto surgió un nuevo escenario —bañado en una luz carente de polos y sibaríticamente equilibrada— no del todo acabado, fruto de la improvisación o de una aviesa sabiduría propensa al malestar. Desde una hora después del amanecer hasta pasado el mediodía estuvo soplando la ventisca con tan consistente crescendo que todo momento pareciera de calma respecto al siguiente; no obedecía a ninguna dirección, revuelta en todas y contra todas y tan sólo llevada de su furia (como la alimaña acosada por una jauría que sin poder terminar su viaje hacia el enemigo más próximo ha de volverse hacia otro que le acosa por detrás), infinitos trazos que se dibujaron sobre aquella pizarra sin llegar nunca a quedar impresos por un deliberado deseo de obliteración llevado más allá de todo accidente y en busca, tal vez, del olvidado episodio original de la creación, entre nubes de irritado incienso y estruendo de desafinados tambores tan súbitamente desalojados de su sueño que olvidaron templar sus cajas antes de iniciar

su redoble, sin ton ni son ni otro propósito que el de embriagarse durante los fastos de las fúnebres deidades del invierno, en la imposible búsqueda de aquella definitiva paz sin regeneración en la calma, sin descendencia ni renovación, sin otro fin que el movimiento del quimérico e insustancial polvo blanco definitivamente liberado de su larga condena en la materia sólida y los colores. Cuando con el *smorzando* la tormenta fue perdiendo intensidad, frente a la abertura de la bauma fue apareciendo una pared curva de hielo, semejante a la alabeada superficie de una gran pieza de acero recién salida de la fundición para ser torneada, que conservara todavía algún jirón de la delicada gasa placentaria en cuyo seno se habían desarrollado los misterios de su génesis.

Tuvieron que cavar con las manos una trinchera para salir de allí; un sol ártico apenas se atrevía a contemplar, tras un visillo de inmaterial emulsión, un lugar casi inexistente, sólo presente por sus destellos y tan fugaz como la escarcha, que sólo necesitara de un instante en la retina para metamorfosearse en hojas de cuchillo y trozos de espejo e indefinibles residuos incoloros que hubieran perdido todo nexo con el ente del que procedían, casi más allá de la audición y de la visión en el más apacible paradigma del caos. De Bordón y de los otros dos nunca volvieron a saber nada.

Al paso de Zocs no le dispensaron tanta atención. Con equipos de invierno y de montaña habrían podido atravesarlo para llegarse hasta las proximidades de Fayón — un pueblo desguarnecido, casi deshabitado y terriblemente castigado durante las represalias de 1936, por haber intentado mantener durante unos días su lealtad a la República— a condición de haber dedicado a la excursión unas pocas jornadas. El puerto no puede ser más distinto del Roque; situado en el centro geográfico de la Sierra coincide con el vértice de su curvatura y su topografía reproduce a cualquier escala todas las deformaciones y quiebros provocados por el cabalgamiento del manto de Tomasera, una formación \*halóctona del cretáceo superior montada al revés sobre los residuos de la era precedente. Una montaña de abruptas pendientes y recios peldaños subverticales es interrumpida, tras una densa vegetación alpina, por un imponente cortado de caliza eocena, de casi doscientos metros de potencia, equidistantemente drenado en forma de cascadas a través de sus diaclasas y cortado de tajo, en su dimensión transversal, por cuatro valles muy parejos; la más profunda y ancha de esas fisuras es el Zocs por donde discurre el arroyo del mismo nombre (probable corrupción de una voz agarena) que alimentado de fuentes subterráneas muy probablemente se nutre en su origen de aguas caídas en la vertiente del Formigoso. Todo a lo largo del paso discurre un camino de herradura que, entre abetos y hayas, va saltando de un lado a otro del arroyo mediante rústicos pontones de troncos o piedra a hueso, pero que no es capaz de aceptar todavía hoy, cincuenta años después de aquellos sucesos, ni por su trazado ni por su piso, el tráfico rodado

aun para los vehículos más ágiles y mejor adaptados a esa clase de terreno.

No era otro el objeto de Mazón que desestimar con una somera inspección la aptitud de aquel camino para llevar a cabo en pleno invierno el paso de su brigada y, por consiguiente, no se detuvo mucho tiempo en considerar las ventajas que ofrecía ni en estimar la posibilidad de aderezarlo para hacerlo practicable a sus propósitos. En cierto modo tenía de antemano adoptada una postura; le urgía dedicar toda su atención a los pasos del sur y respecto a los del norte, tras la desastrosa excursión al Roque, sólo necesitaba una confirmación de la índole que fuese para apartarlos de sus planes de manera expeditiva; esa confirmación no la tuvo y afincado en la mala calidad del camino no prestó la menor atención a los dictámenes favorables a su mejora con cuatro golpes de pico; el señuelo de la maniobra al sur de Macerta (unido a la actitud del pájaro del capitán Asián (que ya por entonces se llamaba Ordax, como apelativo más onomatopéyico de su graznido) que llevado en su jaula en el asiento trasero del *Lagonda* no se dignó abandonarla, simulando un córdido desinterés por aquellos parajes plagados de aves de presa de gran envergadura, en cuanto llegaron a las dehesas de Finis) fue el mayor enemigo de aquel camino que sería el de salvación para buen número de hombres, al término de la ofensiva. Sólo a regañadientes se vio Mazón obligado a reconocer que el paso a lomos de una caballería era practicable en cualquier época del año; su dominante orientación a levante, la densa vegetación y su planta en *zig zag* —de suerte que en todo punto parecía dirigirse a una escarpada montaña, sin atisbos de salida— contribuían a convertir aquel valle glacial en un refugio donde no tenían entrada los vientos y donde la nieve, gracias a la inclinación de las laderas y a la moderación impuesta por aquella corriente de aguas cálidas y subálveas, tendía a fundirse antes de convenirse en hielo.

En la primera decena de marzo, cuando un Estado Mayor dirigido por los comandantes Cherclaes y Vallejo Román avanzaba en la elaboración de los planes del ataque combinado y se tomaban las primeras disposiciones para el reclutamiento y acantonamiento de las fuerzas y a los depósitos y almacenes diseminados en torno a Región empezaban a llegar pertrechos y vituallas, Mazón se dedicó a merodear por la sierra entre el puerto de Socéanos y las alturas de El Auriga, en busca de aquel subrepticio paso que le pudiera conducir hasta las riberas del Lerna sin ser advertido por el enemigo, con manifiesto descuido hacia otros asuntos más formales y administrativos que habrían requerido la atención de cualquier comandante responsable de su fuerza.

\* \* \*

Eugenio Mazón era el menor de cuatro hermanos, nacido con el siglo y que sólo en contadas ocasiones había salido de su tierra. Doce años antes de la guerra había

abandonado su residencia y su mujer en Bilbao, donde había iniciado la carrera de ingeniero que dejó a la mitad para meterse en negocios de representaciones industriales que pronto le condujeron al matrimonio. En un momento dio la impresión que lo suyo era abandonarlo todo —la carrera, la ciudad de adopción, la mujer, una situación acomodada y hasta la sociedad a partes iguales con un representante extranjero, que liquidó a cambio de un coche y un divorcio— para volver a Región a cuidar de su madre y de sus últimas propiedades, demasiado solas y demasiado abandonadas como para saber sustraerse a la rapacidad de parientes y administradores. Pero quizá aquello fue tan sólo un pretexto, un pretexto lo bastante sólido y convincente como para ocultar (a sí mismo y a quien se molestara en indagarlas) las verdaderas razones de un retiro tan prematuro. Pues durante doce años aparte de cuidar de su madre dedicó tal atención a la administración de las propiedades que a ambos quedaban (una vez hechas las partijas entre sus otros hermanos) que vivían de esas intangibles y poco menos que subálveas rentas, más invisibles que la fe, que todas las viudas que un día gozaron de una envidiable fortuna y vieron cómo se evaporaba gracias a las iniciativas de la prole, conservan para sí con el mismo apego que el retrato del difunto esposo.

Eugenio Mazón era el último vástago de una de las dos ramas de la familia, la que a lo largo de cuatro generaciones había permanecido en Región con una decidida preferencia hacia las propiedades y los asuntos urbanos, en contraste con la otra rama que encontró la estabilidad campesina a cambio de la trasposición del apellido. Porque al comienzo de la guerra todos los que llevaban el apellido Mazón en primer Jugar estaban arruinados. Su bisabuelo, Ricardo Mazón, probablemente oriundo de un caserío del Torce medio, carente de partida de nacimiento, se había establecido en Región a comienzos del segundo tercio del siglo pasado, tras haber amasado en la Argentina una fortuna con negocios de lanas e hilaturas; unos meses antes de subir al cuatro palos que le había de devolver a su tierra natal, donde había previsto una cómoda vida de hacendado, había contraído compromiso de matrimonio con una criatura casi adolescente, de grandes ojos negros y estampa dominante, hija de un emigrante siciliano. Se contaba tiempo atrás que en el momento en que ayudaba a su joven prometida a poner el pie sobre la plancha de embarque, un incidente surgió en el muelle más allá de la barrera de parientes, amigos y curiosos que habían acudido a presenciar la salida, más allá de la cadena dócilmente aceptada por la muchedumbre e indolentemente vigilada por quien con una casaca y una gorra galonada no tenía por qué dar la cara para hacerse respetar. Un grito, tal vez no lo bastante sonoro ni audible como para que la futura esposa ni su imponente prometido tuvieran que volver la cabeza, demasiado atentos ambos a los dificultosos pasos de aquellos botines —acaso calzados por vez primera a unos pies demasiado acostumbrados a caminar descalzos por una cocina de emigrantes poblada de matronas sicilianas,

abuelas, esposas, novias y toda clase de niños en toda suerte de posturas menos la erecta— sobre la empinada plancha; una más entre la multitud de voces, un grito no de adiós que ambos pudieron desoír o tan sólo un nombre propio demasiado saturado de un solo diptongo como para romper la procaz deyección sonora de aquel muelle —fragmentos de voces y órdenes y desgarrones de voz, heterogéneos residuos reunidos en una única agobiante forma carente de todo salvo de propósitos— y alcanzar un oído lastimado, desentendido de su función para concentrarse con los otros sentidos en el cuidado de sus pasos. O tal vez lo oyó y sin duda lo reconoció, pero comprendió que no tenía que detenerse a atenderlo ni volver la vista atrás, convencida de su impotencia tras su claudicación, una vez aceptada la vicaria resolución que a sus expensas había sido convenida días atrás y cuyo máximo garante y celador la llevaba del brazo y, acaso, imprimió a sus implacables dedos la sobrepresión necesaria —estrictamente necesaria— para hacerle saber que no toleraría la menor vacilación. Porque con un poco más le podía haber roto el brazo, tal era la fortaleza de sus manos. Entonces (nadie lo vio salvo la instantáneamente muda y casi inexistente muchedumbre del muelle, acrisolada ya en un ayer extático y poco menos que sin prolongación en el mañana, suspendido en un instante sin temporalidad, en cuanto dio comienzo la maniobra y por encima del murmullo del muelle surgieron las voces de la tripulación) un hombre intentó saltar por encima de la liviana cadena para echar a correr por el espacio desierto entre el hemiciclo y el borde inferior de la plancha; y sin duda se oyó entonces el grito o tan sólo la última vocal o el primer diptongo de aquel nombre siciliano suspendido sobre la muchedumbre repentinamente silenciosa que había callado sus voces de adiós y detenido el flamear de sus pañuelos y abierto un corro en torno a un hombre en los últimos vacilantes pasos de un equilibrio definitivamente perdido para mantener la boca abierta, mientras eran soltadas las amarras y retirada la plancha al compás del chapoteo de los remos. Y luego ese *desultorio* y acromático «¡oh!» no coreado por la muchedumbre —mientras el otro se abría paso a golpes—, no formado por mil *ohs* salidos unánime y simultáneamente de mil gargantas diferentes, sino de la única y universal garganta de la especie carente de voz, de sorpresa y de voluntad propias (el que se eleva tanto en el muelle como en la plaza del pueblo como en el *Yankee Stadium* como en la explanada de Lourdes y un día (según dicen) se elevará en el valle de Josafat, en cuanto se descorra el telón celestial para que inicie el desfile la corte que allí reina), unido indisolublemente a su torpe caída sobre la cadena en un momento sintético e incomprensible del que nada cabía separar, ni carrera ni diptongo ni caída ni el desvergonzado charco de sangre sobre el pavimento, como la mancha de aceite que deja la máquina casi antes de su colisión, que hizo volver las miradas de la pareja desde su privilegiado puesto en la borda, una vez sueltas las amarras con aquella tierra de lucha, promisión y escarnio.



Fue —según se diría después, cuando un colectivo resentimiento rodeara la figura de Laura, en sus años de mayor poderío y desenfado— el arranque de la maldición siciliana de los Mazón. A su llegada a España el indiano instaló a su novia en Madrid, al cuidado de unas religiosas, antes de celebrar la boda y preparar su residencia en Región, lo que le llevó casi un año a pesar de la celeridad y lujo de medios que movilizó para ello. Compró en la plaza de la Colegiata una vieja casa de la que no aprovechó nada y en cuyo solar levantó una vivienda con tres plantas y una cuarta de guardillas —del recién estrenado y sobrio estilo isabelino; compró otra quinta en la vega —que con más tiempo por delante se propuso remozar— y un extenso monte de caza, de unas seiscientas hectáreas, con algunos cultivos y una parte de vega, en el término de El Auge; designó un administrador —con muy buen tino— y cuando comprobó que todos sus planes se llevaban a cabo con regularidad volvió a Madrid a contraer matrimonio con la siciliana en la más estricta intimidad. Y tras un viaje de novios de dos meses de duración —por Francia y por Italia, pero sin llegar a Sicilia— se instaló en su nuevo y flamante hogar para llevar una vida de patricio. En sus primeros meses en Región se permitió hacer algunas donaciones al municipio —a fin de que su nombre perdurara en lápidas, plintos y portadas—, pero también tuvo la suficiente claridad de visión como para no meter su dinero en los numerosos negocios locales que todas las semanas le proponían las amistades recién adquiridas; llevaba una vida muy sana y el mismo ahínco y perseverancia que a la gimnasia y los ejercicios al aire libre dedicaba a intentar germinar el vientre de su mujer, apremiado por idéntica falta de paciencia y medida con que había iniciado su carrera hacia la fortuna una quincena de años antes; pues si en diez años había amasado diez millones, en los siguientes diez intentó hacer diez hijos, para verse en breve plazo rodeado de una carnada tan numerosa y, seguro de su descendencia, dedicar su tiempo patricio a los problemas del país, tan necesitado de nueva savia. No tenía para ello que contar con la anuencia de su joven esposa (casi veinte años había de diferencia de edad entre ellos), pues sin duda entre las tácitas cláusulas de su contrato matrimonial se incluía su total sumisión que a no dudar la siciliana aceptó sin reservas, en atención a las numerosas ventajas que el contrato le ofrecía y quién sabe si con la vista puesta en un desquite favorecido por la diferencia de edad, pero comoquiera que fuera la naturaleza de Laura —anticipándose a su voluntad— tomó sobre sí la obligación de reducir las ambiciones del *parvenu* a unas proporciones más justas, dejando la cuenta reducida a cuatro: dos varones y dos hembras.

Sólo al cabo de dos años de matrimonio —dos años de prueba para Ricardo Mazón que comenzó a sospechar en una venganza del destino al atropello de la Boca y a rumiar las primeras ideas para una venganza a la venganza— Laura quedó embarazada, lo que, antes que otra cosa, supuso su enclaustramiento en obediencia a los cuidados de su marido para evitar cualquier peligro que amenazase el normal

desarrollo del tesoro que llevaba dentro. Y en cuanto nació el primogénito —un niño muy robusto que con su físico parecía justificar su tardanza— fue encomendado al cuidado de una numerosa lista civil encargada de amamantarle, lavarle, dormirle, vestirle y pasearle a fin de que la madre —sin otra obligación hacia él que besarle unas pocas veces al día y mostrarlo con orgullo a las nuevas amistades que varias tardes por semana acudían a la casa de la plaza de la Colegiata a merendar—, en contraste y compensación a los nueve meses de retiro precedentes, dispusiera de todo su tiempo libre para emplearlo según lo tenía dispuesto su marido, para mayor gloria del apellido. Antes de dejarla embarazada de nuevo la regalaba con toda clase de atenciones y la paseaba —ufano de su hermosura— por los mejores balnearios de Europa; raro era el año que no hacían dos viajes, uno obligado a París en primavera, otro a Berlín, Vichy, Carlsbad o Baden, en otoño; y tampoco faltaba la excursión de diez días a Valencia o Sevilla. Pero el viaje anual a París, entre otras razones para hacerse ropa, no podía fallar porque Ricardo Mazón, habiendo alcanzado la satisfacción de sus propósitos, empezaba a pensar que más que el de gran señor local el destino le tenía reservado un papel como político nacional, en un momento en que el país necesitaba nueva savia.

Cuando el embarazo entraba en su cuarto mes, el régimen de la casa quedaba sustancialmente alterado; don Ricardo se retiraba a dormir a una alcoba junto a su gabinete y cuatro habitaciones de la planta media quedaban al servicio de la señora que apenas debía subir o bajar escaleras; se reducían las visitas a las de los íntimos, un capellán decía la misa en el oratorio familiar, las salidas se limitaban al jardín o a la casa de la vega, en un coche doblemente almohadillado; y antes de que la madre saliera de cuentas don Ricardo a sus expensas ordenaba enarenar la plaza y los tramos adyacentes de las calles que en ella convergían para ahogar el sonido de los cascotes de las caballerías y las llantas de los carros y no alterar el silencio que debía dominar la casa.

En los cuatro últimos meses del embarazo, una vez seguro de que su mujer quedaba en buenas manos, con una asistenta a su lado de manera permanente y una asidua visita del doctor y de la comadrona, don Ricardo menudeaba sus jiras por la capital y las provincias. Eran viajes políticos y de placer; no, no se trataba de visitar a las *midinettes* de París o las amiguitas de Valencia, como alguna gente maliciosa daba en suponer. Adoraba a su mujer de manera lo bastante incólume como para prescindir de toda carne durante aquellos cuatro meses; pero en aquellos períodos daba o trataba de dar satisfacción a su segunda pasión, de una naturaleza tal que difícilmente podía ser compartida por su mujer, consciente de que habiendo nacido en un medio rudo y nada ilustrado y alcanzado una relevante posición social, a la que en todo momento se debía, no podía permitirse la menor negligencia respecto a la delicadeza de sus sentimientos. Así que odiaba la lucha y los combates. Ricardo Mazón —lo decía él de

sí mismo— había braceado mucho y se había abierto camino a fuerza de puños y maña; era fuerte como un toro y nada le fascinaba tanto —después del dinero y la belleza femenina— como la fuerza física. Una vez al año, cuando menos, hacía un viaje a Pamplona para echar un pulso con Ochoa y por el que apostaba una fuerte suma; no logró nunca ganarle, pero era uno de los contados españoles que se lo sostenía por lo que declarado con frecuencia el match nulo el dinero se consumía en las celebraciones pamplónicas y en los delicados presentes —perfumes de París, champán de Reims, caviar del Volga, sedas de Turín y Mahé, joyas de Amsterdam— con que a su vuelta de la competición regalaba a su mujer para ayudarle a sobrellevar el supino aburrimiento de sus embarazos.

Los cuatro hijos no salieron igualmente fuertes, sino que —como índice de un secreto declive que no se manifestaba en el aspecto de su persona, pero sí en su descendencia— a partir de un primogénito tan robusto y voluminoso como su padre fueron, en lo que a su condición física se refiere, cada vez más a menos hasta que la serie se cerró con una hembra flacucha y desorganizada, eternamente desgana, que desde niña desarrolló un olímpico desdén hacia los demás, una tendencia a la jaqueca, un humor algo huraño y un aire propio, con cierto aroma a papel de Armenia; en aquella «década moderada» en que el país decidió echarse a la calle a hacer cosas, ella prefirió quedarse en casa acaso para proféticamente preparar un rincón donde guarecerse en los tormentosos años que habían de seguir. Como el segundo varón no vino al mundo con una complexión parecida a la del primogénito, su padre se desentendió pronto de su educación, porque desde muy niño, por ser pálido y rubio, consideró que sería hombre de puertas adentro, apto para las cuentas o los almanaques y del que a lo más se podría sacar provecho en la administración, por lo que con gran precocidad empezó a jugar con cuentas y fichas —en lugar de bolas y pelotas— con las que pronto demostró un gran dominio y una neta superioridad sobre sus padres y hermanos, sin duda como consecuencia de su voluntaria renuncia a una dimensión. No es de extrañar, por consiguiente, que en cuanto Cristino, el segundo, ganara a su padre la primera partida de damas, el primogénito, Eugenio, se convirtiera en el favorito, el elegido desde la primera infancia para mantener el culto a la vida al aire libre y la fortaleza física en toda clase de competiciones; a los diez años ya echaba pulsos con todos los servidores y allegados a la casa, con vistas y como preparación a la celebración del gran match que habría de celebrarse el día en que cumpliera quince años y con que habría de inaugurarse el largo torneo que pautaría la convivencia con su padre.

Un postrer —y algo tardío para el patriarca, pues entre Mazón y su mujer mediaba una diferencia de edad de más de veinte años— intento de concebir un último retoño robusto, que viniera a desmentir la degeneración física que había marcado a su descendencia, pudo tener consecuencias desastrosas para la madre, a la

que Mazón apartó desde entonces de toda actividad reproductora; así que se tuvo que conformar con fomentar y seguir de cerca el desarrollo y la educación de un Eugenio que por decisión paterna había de reunir en su sola persona las numerosas cualidades de todo el conjunto de atletas que había ansiado tener bajo su techo —como para formar una troupe del Medrano o una dinastía de *sportmen*— y que habrían de ponerse a prueba el tan esperado día de su cumpleaños. Pero a sus doce años Eugenio era un avezado cazador que podía soportar todas las fatigas e inclemencias de una partida al lobo, podía montar a pelo cualquier caballo del país y ayudar al herrero a levantar el carro para desmontar un buje; y todo parecía indicar que si su padre descuidaba su preparación muy bien podría conocer su primera derrota en Región el día que su primogénito cumpliera sus quince años. Pero el match no se llegó a celebrar nunca, Ricardo Mazón no vivió para verlo.

Antes de que su primogénito cumpliera los quince años Ricardo Mazón amaneció muerto, incomprensiblemente muerto una mañana de otoño, en el lecho de la alcoba junto a su gabinete y a los pocos días de su vuelta de un viaje a París, en compañía de su esposa, que había aprovechado para asistir al célebre banquete de los Campos Elíseos y sostener en privado una conversación con el propio Prim. Murió mientras dormía, tras haberse retirado a descansar a la hora de costumbre, bastante temprana, y sin que el más ligero síntoma denunciase una alteración de su salud; no había guardado cama un solo día en sus últimos cuarenta años y tan apacible y saludable era su aspecto aquella mañana que por unos y otros fue zarandeado —y casi arrojado del lecho— en la sospecha de que algo anómalo —cualquier cosa menos la muerte— se había apoderado de aquella naturaleza que tras su formidable aspecto escondía aquel punto de debilidad que —paradójicamente— con los años se había de demostrar más fuerte e influyente, hasta concluir en una hija enclenque y una muerte prematura.

Su muerte dio mucho que hablar por largo tiempo y como fue la primera víctima de lo que más tarde se dio en llamar la maldición siciliana de los Mazón con cada nueva víctima atribuida a ella volvía a salir a la superficie el misterio que rodeara a la muerte del viejo Mazón para en cada ocasión ver en ella la acción de una mano asesina, siempre distinta de la anterior. Pero muy posiblemente no hizo otra cosa que negarse a ser esa víctima y —en secreto y premonitoriamente— se dejó conducir por su traidora naturaleza —como un niño con los ojos vendados, hasta el punto que debe ocupar en el terreno del juego— hacia el terreno reservado para él por un destino por él desatado en un muelle de la Boca.

Algo debió ocurrir en París y no exclusivamente relacionado con el partido progresista ni con la facción que veía en Olózaga a su jefe indiscutible. Algo mucho más privado y que bien pudo tomar la forma de una incómoda visita o un ingrato descubrimiento. Meses antes de su fallecimiento había aparecido por Región un

extranjero, sin oficio ni beneficio, que en su primer paso por el pueblo apenas fue advertido por media docena de personas: un mesonero, un camarero, un prestamista, un par de holgazanes borrachines y otro par de jugadores de ventaja. Tan sólo permaneció por el pueblo y por el valle un par de meses, haciendo trabajos oscuros y llegando a tener que coger la herramienta para contar con una cena y un lecho, al cabo de los cuales desapareció como había venido. Luego se supo que también había merodeado por la cuenca minera que por aquellos años empezaba a despertar de su medieval sopor, con la introducción por parte de algunos patronos de utillaje moderno y la apertura de nuevos cortes que habían de inducir aquel ilusorio auge industrial del último tercio del siglo. Pero no era minero ni bajó nunca al corte; era comerciante, traficante, suministrador de artículos raros o prohibidos, propagandista de ideas subversivas y, sobre todo, jugador, un experto jugador en cualquier clase de naipe y suerte y para quien los endomingados picadores ahítos de paseo, sidrería y bolera —y nada saturados de mujer— constituirían las más inocentes presas, la más deseable clientela. Pero no pudo durar en ningún tinglado, tal era su rapacidad, tales los rencores que suscitaba tras sus sabatinas razzias, tal el enojo que levantaba con su nada disimulado menosprecio —con un insolente acento extranjero y cantarín— por la tierra adonde inexplicablemente había ido a parar. Así que poco menos que expulsado de todo lugar donde quedaran unas pesetas sobre un montón de naipes de tanto en tanto recalaba en Región, sin otro propósito que el de recoger información sobre el próximo punto hacia el que dirigir su codicia. En verdad no sólo iba a eso; eso era tan sólo un pretexto como lo era su afición al juego al menos mientras tuviera que inscribirla dentro de las pagas de los picadores; sin duda sus ambiciones estaban colocadas en un punto mucho más elevado y, con toda probabilidad, lejos de aquella «*suchia*» tierra en la que se hallaba de paso hacia otra mejor, infinitamente mejor, donde conocía gran número de hermosas «*muqueres*».

Una noche en que tal vez abusara del licor sus confidencias fueron más allá de lo habitual y un camarero o un dueño de establecimiento al que dejara a deber una pequeña suma prestada para continuar la noche sobre la mesa de juego, vino a saber dónde podía y debía buscar la reposición del préstamo. O acaso fue un papel firmado sobre la mesa o sobre el mostrador, en cuyo dorso escribió nada más que Don Ricardo Mazón, Plaza de la Colegiata, para desaparecer a seguido por espacio de varios meses. Nadie le debió dar mucha importancia a aquel improvisado pagaré o, mejor aún, letra de cambio puesta al cobro más de diez años después de entregada la mercancía. Y si levantó alguna sospecha fue por el nombre, un nombre endiablado y más propio de un indio, que nadie tenía por qué relacionar con Albanesi. Cuando volvió ya estaba olvidada la historia de aquel papel, pero una persona al menos sabía sus antecedentes, una persona informada cabalmente por Mazón —tras la exigencia y promesa del máximo secreto— e interpuesta por él para tratar con el forastero el

precio de su alejamiento definitivo de Región y de su comarca. Era lo que andaba buscando, ése era su objetivo y no los beneficios que podía levantar todas las noche de la mesa de naipes o los subsidios que podía obtener de dos mujeres que vinieron acompañándole en su segunda estancia, instaladas en una casa a la salida de Bocentellas donde también se servían bebidas, convertida en el primer salón de vicio que se había de ver en el valle y que con el nombre de «la casa de la Marcelina» — por el de la viuda que la regentaba— llegaría a ser centenario.

«Definitivo» en labios de Mazón —y en los de la persona interpuesta, aquel eficaz administrador del patriarca que uniría su destino al suyo— quería decir eso y tan sólo eso, cualesquiera que fueran las condiciones del extranjero y sus intenciones de repetir la suerte; definitivo había sido su adiós al nuevo continente y definitiva la manera con que se había visto obligado a cortar las pretensiones de un impetuoso prometido —o lo que fuera— decidido a no tolerar la salida de su novia para Europa y terminadas de manera violenta en el mismo muelle de la Boca. Ése era el trato establecido por Mazón: un precio alto, incomprensiblemente alto (esto es, la cantidad suficiente para que un hombre en lo mejor de la edad y con ganas de iniciar una carrera en la honradez pudiera establecerse donde gustase, siempre que fuera lejos de Región) y un estricto acatamiento a sus condiciones; pues de lo contrario de sobra sabía el forastero —y por experiencia propia— a qué clase de medios podía recurrir Mazón para hacerse obedecer y, en caso contrario, para castigar o terminar con el desacato.

Pero el error de Mazón en el tratamiento de aquel espinoso y sucio asunto fue múltiple; muy posiblemente había si no olvidado la clase de persona a la que pertenecía el hombre con el que se había avenido, por persona interpuesta, a negociar, menospreciado el número y la variedad de sus recursos; había olvidado también —y es muy comprensible que así fuera— que el adiós definitivo a América era el adiós, por su parte, a unos métodos que se había jurado no volver a practicar desde que pusiera los pies en la cubierta del cuatro palos y que a sí mismo se tenía prohibidos desde el momento en que, casado y propietario de una cuantiosa fortuna, se asentara en su tierra natal en calidad de hombre respetable y apacible que a nadie tenía por qué dar explicaciones sobre su pasado; por importante que fuera la suma que había destinado a su destierro sólo supo estimar por bajo las pretensiones del ex-presidiario, en el supuesto de que una entrega suficiente para montar un negocio o adquirir un útil de trabajo era todo lo que pedía y necesitaba aquel hombre; y por si fuera poco había permitido que el forastero se instalara en el valle, aún de tapadillo y no como responsable, pero sí como beneficiario de una industria tan poco recomendable como la casa de la Marcelina, que, a los pocos meses de abierta, ningún alcalde ni gobernador civil se avendría a clausurar, por cuantiosas que fueran las protestas que suscitara entre las gentes respetables, a causa de su nada despreciable contribución al

mantenimiento del orden público. Cuando supo que el extranjero —se llamaba Ettore Sciavikko, era natural de un pueblo costero de Sicilia y había vivido desde niño en Argentina, sin oficio conocido, donde había consumido buena parte de su juventud como inquilino de diversos penales— en apariencia contento con la suma recibida se había decidido a acatar el pacto y abandonar el valle y la casa de la Marcelina con lo puesto, como el día de su llegada, creyó que había alcanzado la solución definitiva. Tal vez fue en París donde Ricardo Mazón sufrió su más amargo mentís, la comprobación de que lejos de haber conseguido la solución definitiva tan sólo había obtenido un compromiso provisional y que tal provisionalidad no sólo consolidaba la amenaza que pesaba sobre su buen nombre, sino también que para el futuro excluía los métodos que hasta entonces había ensayado para conjurarla. Tal vez fue un hallazgo sorprendente, un encuentro inoportuno, un desliz de aquella sumisa pero despierta mujer que hasta entonces había seguido el asunto sin decir una palabra, con sus grandes ojos esquinados, puestos en otra parte. Cuando volvió a Región su decisión estaba tomada y pensado incluso el procedimiento de ejecutarla.

Pero antes de eso, y como aperitivo a la sospecha que había de sustanciarse en París, Sciavikko había vuelto a Región, con un pretexto de poca monta que le serviría para protestar de su acatamiento al compromiso y al mismo tiempo para poner de manifiesto su libertad para pasarlo por alto en cuanto así se le antojase. Ante un hombre que había jugado limpio y persuadido de que su dictado sería obedecido y, por consiguiente, no había adoptado ninguna clase de medidas coercitivas, su vuelta no representaba para él el menor peligro. No se molestó en hacerle llegar la noticia de su llegada, seguro de que alcanzaría la casa de la plaza de la Colegiata por cualquiera de los conductos del rumor y Ricardo Mazón prefirió no darse por enterado, bien para esperarle en su feudo hasta el momento de formalizar un segundo trato, bien para darse tiempo a preparar el recibimiento que merecía si sus intenciones no obedecían a las cláusulas del primero. Así transcurrieron unas semanas en las que cada uno de ellos sabía del otro —y en secreto se espiaban— aun cuando en apariencia se ignorasen, ambos seguros del arma que guardaban para la siguiente confrontación.

Ettore Sciavikko volvió a sus andanzas por la cuenca, pero con un tono más elevado, haciendo cierta ostentación de medios. Tenía olfato; se cuenta que —sin que mediara la menor explicación— no acudió a cierta partida de altos vuelos en cuya preparación alguien que advirtió la mano del administrador de Mazón fue con el cuento al italiano que una vez más desapareció en los días del viaje de aquél a París. Ambos estuvieron ausentes por las mismas fechas —lo que dio lugar a pensar en un encuentro en terreno neutral en el que acaso se echaron las bases del segundo trato o, más probable aún, se decidió la ruptura del primero— y ambos volvieron a Región con pocos días de diferencia, uno con un humor de perros, el otro no dejándose ver más que de noche y en sus infamantes tugurios. Debía estar a punto de recoger la

calderilla de la mesa de juego cuando le llegó la noticia de la súbita muerte de Mazón, una fría mañana de octubre. Posiblemente su juramento terminó por imponerse a su naturaleza y una jerarquía superior, empeñada en velar por su cumplimiento, determinó acabar con ella antes de que las circunstancias le obligaran a romperlo, para preservar intacta su corta, pero limpia carrera de patriarca regionato.

Amaneció muerto, pero sereno, sin un gesto de malestar, sin que la amenaza que había ensombrecido en secreto sus últimos meses asomara a su expresión y sin que nadie —con excepción de aquella persona que había interpuesto para llevar a cabo las negociaciones con el siciliano y que sin duda sabía a qué extremos estaba decidido a llegar su patrón para terminar con el chantaje— abrigara la menor sospecha acerca de su honorabilidad. Como consecuencia de un fallecimiento abintestado, de una declaración como gananciales de unos fondos transferidos desde América después de su matrimonio, de la minoría de edad de sus cuatro hijos, todas sus propiedades y su fortuna pasaron a manos de su mujer, nacida Laura Albanesi, natural de Palermo, quien con el luto —que además realzaba su mediocre estatura— encarnaría la más cabal representación de aquella jerarquía superior encargada de velar por el nombre de la casa y establecer el orden mortuario.

Ettore Sciavico tuvo el buen criterio de no asomar por Región en las fechas inmediatamente posteriores al fallecimiento de Ricardo Mazón, pero de cerca o de lejos no dejó un solo día de tener el oído atento a cuanto ocurría en la casa de la Colegiata, que para la Navidad volvió a abrir sus puertas aunque a gentes bastante diferentes a las que la habían frecuentado con anterioridad. Supo que por allí pasaron algunos parientes o conocidos de la viuda, que jamás habrían osado asomarse en vida de Ricardo Mazón, que desde tierras lejanas acudieron a su llamada o simplemente supieron olfatear la necesidad de compañía de aquella mujer un tanto aislada y enigmática, de un imponente aspecto solemnizado por el luto, que sin haber cumplido más de treinta y pocos años manejaba a su antojo —tras haber despedido al administrador de su marido y contratado los servicios de otro de más edad, casado y con familia, tras modificar la organización de la casa y rodearse de nuevos servidores y colonos, tras alejar de sí con o sin indemnización a toda persona que hubiera podido gozar de un trato confidencial con su marido— acaso la mayor fortuna de aquella comarca.

La cuenta de Ettore Sciavico no quedaría saldada con la muerte de Ricardo Mazón, pero ya no sería el chantaje la forma de presentar la factura. En poco tiempo —ni siquiera a su viuda— a nadie importaría lo que el difunto había hecho, o mandado hacer, en un muelle de la Boca y no teniendo importancia el pasado de un hombre en cierto modo malogrado nadie daría un céntimo por la preservación de una memoria sin mancha. Pero si la factura no tenía por qué ser la misma, tampoco lo tenía que ser la cuantía, una simple aunque renovada indemnización. Tal vez



Sciavicco sabía de la viuda más de lo que ella suponía y acaso el último fundamento del chantaje no fuera tanto la ocultación de un hecho luctuoso cuanto la puesta en vigor de una naturaleza furiosa y apasionada que podía aceptar unas cosas, pero no otras. O peor aún: que podía aceptar cualquier clase de cosas siempre que para unas determinadas se reservase el derecho a la venganza; o peor todavía: que podía fingir una cierta ignorancia o inocencia para tomarse la revancha el día en que alguien le sacara de ellas. Porque ella no había visto nada de lo ocurrido en el muelle de la Boca, su marido se lo había impedido con un tirón de su mano. Pero Sciavicco sabía muy bien que ella estaba al tanto de lo que podía pasar, pues por ser el compañero de fatigas y confidencias de su amante había sido elegido —mediante la primera compensación— como brazo ejecutor de los designios de Mazón. Por ende el arma de su chantaje no era tanto la opinión pública cuanto la opinión doméstica, la impetuosa reacción de una mujer a la que Mazón no tenía por qué dar por enterada del suceso del muelle.

Un día, al fin, apareció en Región transformado de pies a cabeza, haciendo gala de una estampa de caballero cosmopolita, de la permanente afectación en que se resuelven las maneras de un libertino cuando considera llegado el momento de concederse nuevos aires. Sus primeras relaciones con la Albanesi fueron sin duda ambiguas y secretas, por la puerta de atrás, y para las que acaso el libertino no tuvo necesidad de acudir a sus antecedentes, sino que ensayó una táctica nueva, en cierto modo dictada por la propia Laura; atrás había quedado el marido y mucho más atrás el chantaje, amortizada ya la puñalada en el muelle y condonados los años de penal mitigados por toda clase de atenciones dispensadas por la familia Albanesi, por encargo de un pariente que se había trasladado a vivir a España. Pero todavía había muchos ojos y oídos atentos a todo lo que ocurría en la casa de la plaza de la Colegiata como para dar por buenas ciertas cosas sin grave quebranto para el buen nombre de la misma, sin que algunos que se pudieran considerar vulnerados en sus sentimientos o en sus intereses no dieran en elevar las primeras voces de protesta o —más grave aún— pie a los más fundados rumores. Sólo al cabo de dos años de experiencia en la dirección de sus propios asuntos se decidió Laura Albanesi a cortar por lo sano y arreglar su vida sin tener en consideración otras razones que las emanadas de su soberana voluntad.

En primer lugar envió a sus dos hijos varones, lo bastante crecidos como para poder poner obstáculos a sus propósitos, a estudiar al extranjero, y durante las vacaciones les instó y ayudó a recorrer mundo y aprender idiomas; sin ser excesivamente rumbosa sabía muy bien cuándo y en qué tenía que gastar su dinero, a qué reclamaciones tenía que anticiparse a fin de que no se multiplicaran tras una primera demanda y su consiguiente negativa y qué bocas había que silenciar para poder seguir su propio juego; aun cuando en los años de su primer matrimonio

hubiera estado ajena a todos los negocios de Mazón, cabe suponer que en secreto había asimilado las lecciones derivadas de ellos y, llegado el momento, sabía aplicar los métodos que tan celosa como inútilmente le habían ocultado tanto su marido cuanto sus padres y parientes de la Argentina. Las hijas, por el contrario, no le estorbaban, por lo que no las alejó demasiado a sabiendas de que para despacharlas del hogar bastaría prepararlas para un matrimonio que en aquel país y mediante una atractiva dote no tardaría en llegar; así que tan sólo las envió a un colegio de religiosas, en una cercana capital de provincias y bajo un estricto régimen de internado que había de complementarse con una estancia veraniega en una residencia de señoritas de Orthez para que adquiriesen un sólido conocimiento del francés. Cuando todo lo hubo dispuesto fue ella la que partió, con su nuevo marido, para enseñarle Europa y familiarizarle con las maneras de Vichy, Carlsbad o Baden —tan desconocidas para el antiguo libertino pese a sus nuevas apariencias— y de paso hacerle saber por la vía del agrado y la experiencia previa quién mandaba en el hogar y quién tomaba las decisiones. A su vuelta a Región sólo recibió plácemes y sumisión, tal como ella había previsto, aún envueltos en un recelo hacia su marido que las más selectas cenas y fiestas no lograron disipar.

Durante meses su nuevo marido apostó por la fidelidad y el decoro —dentro de los infranqueables límites impuestos por su naturaleza y su pasado—, convencido de que había alcanzado la meta de sus aspiraciones y dispuesto a ocupar en la sociedad regionata el puesto que había sabido adquirir; pero una vez alcanzado quizá fue ella el mayor obstáculo no para que ocupara aquel señalado sitio pero sí para que pudiera ejercer en todo su alcance su incumbencia; en verdad no tenía acceso a la fortuna de los Mazón, no tenía otros negocios propios que los anteriores a su matrimonio y de los que por el momento era mejor olvidarse aun cuando la mayor parte de su dinero de bolsillo siguiera procediendo de ellos; sólo de palabra podía ejercer de rico y su mujer tan sólo le pasaba unas asignaciones, generosas, pero limitadas; como asimismo carecía de un círculo de amistades dignas de codearse con su medio, poco a poco fue reincidiendo, al modo nocturno, en sus antiguas costumbres, en lugares y medios que un caballero de su posición jamás se habría atrevido a frecuentar. Y al tiempo que consumía buena parte de sus días en mesas de juego de trastienda y rudas cacerías y juergas de señoritos aldeanos, iniciaba cerca de su mujer una política de acoso conyugal que viniese a concluir en una descendencia que, ante notario, le redimiese de una vez para siempre de la sumisión económica a que se veía reducido.

Por segunda vez en su vida Laura Albanesi se vio sometida a las perentorias reclamaciones de un marido ansioso de tener descendencia; ni su edad, ni las dificultades y peligros implícitos en un nuevo embarazo, ni el recuerdo de los numerosos malpartos habidos en el pasado fueron capaces de frenar el impulso de aquel hombre. Con creciente suspicacia había seguido Laura Albanesi las evoluciones

de su marido tras una primera época de devota dedicación al matrimonio; pero entre satisfacer sus ambiciones de gran hombre de negocios, asediado por los trepadores menos recomendables del pueblo, y permitirle embarcarse en aventuras que podían pignorar buena parte del patrimonio de los Mazón, o tolerar pequeños descatos al sacramento matrimonial, que sólo daban lugar a salidas a deshoras, excursiones de dos o tres días, pequeñas mentiras («pues la mentira es el recurso civil del esclavo») y rumores que terminaban a la puerta de la casa, optó por lo segundo en la seguridad de que se trataba del mal menor y en la convicción de que la independencia y holgura económicas de su marido solamente contribuirían a la larga a una mayor ligereza de sus costumbres y a un más lato alejamiento de ella. Era la técnica mediterránea de atar corto al marido.

Pero a cambio de eso tenía que luchar sola; a nadie podría confiar Laura Albanesi sus temores y zozobras y de nadie podría esperar una ayuda para sobrellevar los malos momentos. Por entonces no sabía lo que eran los celos, no los había padecido nunca y guardaba en su seno la confianza en sí misma suficiente para estar convencida de poder batir, en cualquier terreno, a cualquier rival que pretendiese de su marido algo más de dos noches de amor. Porque ése era su límite: dos noches de Sciavikko fuera de casa. La tranquilidad de una persona que, dominando todos los resortes de una situación dada y no estando dispuesta a ceder parte de su dominio ni a tolerar la menor evolución de esa situación hacia otra cualquiera en la que se conceda al sometido alguna de sus tácitas reclamaciones, observa cómo aquí y allá, ahora y después, surgen esos gestos de protesta contra los cuales el ejercicio del poder tan sólo sirve para su reproducción, se cifrará en un menosprecio de la rebeldía y en una ciega remisión al futuro —para cuyo esclarecimiento nada hace— de la solución de todos los problemas por el arrepentimiento del pecador. Pero el esclavo nunca peca, bastante tiene con padecer, y si un día es cogido en falta su castigo no será otro que el que corresponde a la rebeldía. Si viola, antes ha desobedecido. Así que el estatuto de la esclavitud permite dos grados de libertad: aquel por el que le es permitido hacer cualquier cosa siempre que sea en la clandestinidad y aquel por el que todo desmán es medido por el rasero de la rebeldía.

Laura Albanesi sabía muy bien que su marido nunca abandonaría la ergástula ni rompería el vínculo por el que tanto había suspirado y luchado y su larga ejecutoria de mujer tentadora y atractiva le invitaba a pensar (más que a pensar eso a no pensar lo contrario) que ninguna otra mujer lograría usurpar el puesto que ocupaba en la vida de Sciavikko. El puesto que ella ocupaba en la vida de él no lo ponía en tela de juicio; en las mujeres más dominantes existe empero un síndrome de sumisión, una disposición trascendente a constituir la segunda persona siempre que la primera valga la pena. Pero ése no era el caso de Laura y toda su política doméstica vendría dictada por la convicción de que Sciavikko jamás ocuparía la primera plaza. Cuando

Sciavicco tras una época de pequeñas correrías, habladurías y distanciamientos, volvió a mostrarse tan amorosamente recio como en los primeros meses del encuentro anterior al matrimonio, Laura Albanesi no dudó por un momento de que se había producido la conversión y la vuelta a la sensatez que en su fuero interno tan a menudo había pronosticado. Pocos meses después estaba embarazada, para su sorpresa, recluida una vez más en la planta media, atendida por las mismas manos ancilares que al cabo de doce años repetirían los mismos gestos esmerados (como si se tratara de una vuelta al trabajo, tras doce años de injusto despido), rodeada de las mismas holandas, las mismas mudas, los pañales devueltos a la luz tras doce años consumidos en un sueño de alcanfor.

Con muchos temores y precauciones, pero sin grandes dificultades nació una niña a la que bautizaron con el nombre de Lucía, de apellido Chavico —la forma que adoptó el patronímico del siciliano para su conversión al español—, y que desde la cuna dio innumerables pruebas de que venía al mundo para dar guerra. Por primera vez en años toda la familia Mazón-Chavico se congregó en la casa de la plaza de la Colegiata para celebrar el bautizo, el mismo día en que Isabel II pasó la frontera para establecerse en Pau y no volver a su tierra. Una Laura Albanesi remozada y triunfante, que con su quinto parto parecía haber adquirido mayores proporciones y una mayestática combinación de carne y plomo amalgamados en un severo pero rutilante traje de seda de color perla, una cabeza arreglada para un dilatado ejercicio del poder, flanqueada por un Chavico más alto, pero de menor envergadura, atildado como un príncipe consorte que, a sabiendas de que ha de seguir buscando su papel y su cometido lejos de las tareas de gobierno, empero sostiene ufano en sus brazos la criatura que al heredar un día la corona le retribuirá con un solo edicto del cúmulo de desaires sufridos por su procedencia morganática; un Eugenio Mazón, recién llegado de Bélgica, corpulento y un tanto desorientado y ausente, que en todo momento de la fiesta parecía husmear el modo y la oportunidad para escapar de nuevo a Charleroi, a unirse a sus amigotes y sus compañeros de trabajo y tal vez a su querida; un Cristino Mazón, prematuramente calvo y algo macerado por la edad, decidido a saber lo que allí pasaba y aprovechar la convocatoria para procurarse un largo aparte con su madre; dos jovencitas muy diferentes: una que sólo pensaba en frivolidades, en todas las vicarias y no antropomórficas representaciones del futuro varón que en forma de pañuelos, zapatos, pamelas y lazos se anunciaba ya —de la misma manera que la llegada del Mesías se anuncia con plagas, deformidades, pestes, movimientos celestiales y monstruosas alteraciones del orden natural—, y otra que sabiendo solamente quejarse de su jaqueca y de la insufrible vulgaridad de su familia aportaría a la fiesta un alma gemela en la que buscar refugio, un joven dado a la lírica que una vez introducido en la familia no sabría a quién halagar más para acertar.

Antes de volver a Bélgica, Eugenio Mazón dejó firmado un papel que con el

tiempo se convertiría en el acta de división de la familia en dos ramas irreconciliables. Al papel no le dio la menor importancia y lo firmó casi de espaldas, mientras revolvía la alcoba de su padre en busca de sus elásticas y sus equipos de gimnasia, sus muñequeras, sus pesas y su calzado de goma. En verdad debió soltar una pesa para tomar la pluma. En virtud de aquel documento, suscrito después ante notario, Eugenio Mazón otorgaba poder bastante a su hermano menor para, en ausencia suya, representarle en cuantas acciones estimase convenientes para la partición del patrimonio familiar.

Pero Laura Albanesi no quería saber nada de particiones ni de legados prematuros. No había precisado demasiada habilidad —sino tan sólo unos dignos emolumentos y un presente de bastante valor— para que el letrado redactase los términos de la resolución de su contrato matrimonial de forma que revertisese a sus cuatro hijos la nuda propiedad de la mitad de sus bienes, recabando para sí el usufructo de por vida de esa mitad y la legítima propiedad y usufructo de la otra parte. Así quedaba rescindido su contrato matrimonial y así estaba dispuesta a ejecutarlo. Había cogido gusto a la administración de su fortuna y poco a poco se fue imbuyendo (y alguna participación tuvo en ello el señor Servodio, tal vez descendiente de algún Abdullah italiano asentado en Región en el siglo XVIII) del convencimiento de que disfrutaba de un raro talento para el incremento de la misma; en contraste con su marido que, una vez asentado en Región, hizo oídos sordos a las tentadoras ofertas de los inversores locales de penúltima hora y se limitó a conservar su fortuna y vivir de unas holgadas rentas e intereses, a no dudar ahíto de la actividad que había desarrollado en América para amasarla y deseoso no sólo de un largo descanso y disfrute de ella, sino, como es frecuente en el nuevo rico, también de adoptar un nuevo modelo de vida, dedicar su tiempo a todo aquello a lo que había tenido que renunciar —y observar con envidia— durante sus años de lucha y representar la figura de gran señor de provincia, libre de obligaciones y tan despreocupado de las vicisitudes económicas como atento al bienestar social y progreso político de su tierra, Laura Albanesi —no bien volvió del cementerio— se lanzó a los negocios (invirtió buena parte de su dinero líquido en nuevas adquisiciones, compró y vendió fincas y cosechas, se introdujo en el negocio de la madera y con la creación de la Compañía Forestal de Región S. en C. (matriz de la posterior Minero-Forestal) llegó poco menos que a controlar toda la producción maderera de la provincia) en un principio para sacudir todo el aburrimiento que había acumulado durante su matrimonio y dar prueba irrefutable de la energía que llevaba dentro, apenas advertida mientras tuvo que representar el papel de esposa y madre y nada más, pero en poco tiempo invadida por el veneno de ir a más en todo. A los pocos meses de enterrar a su marido había olvidado toda fidelidad a su memoria, el luto quedaba plegado en un armario de la planta alta, entre bolas de alcanfor y hojas

de papel de envolver (por si un día tenía que volver a utilizarlo, pues la moda no le afectaba) y para la Navidad un joven pariente de paso compartía su lecho durante su breve estancia en Región. El temperamento de la joven siciliana —seducida en una calleja de Avellaneda y arrebatada a la fuerza de los brazos de su amante para ser entregada al mejor postor— tardó poco en renacer, afianzado por el dominio de sí misma y la seguridad de que podía disponer de cualquier hombre de la comarca que se le antojase. Y por si fuera poco, con la conciencia limpia, pues ninguno de los desacatos al orden burgués compensaría a sus ojos el ultraje sufrido en el muelle de la Boca; un ultraje, por supuesto, que no se avendría a confesar, que para sí guardaba como el mejor regalo que le había podido deparar el destino y que, a la hora de saldar cuentas, le mantendría de manera permanente en la condición de acreedora moral de la sociedad; de tal manera una persona ambiciosa puede desdoblar su mentalidad, incluso en secreto.

Pero acaso tal estado de cosas y de ánimo no sea el más adecuado para una relación duradera; no era eso —ciertamente— lo que deseaba y pedía Laura Albanesi de sus sucesivos amantes que parecía atraer a su lecho tan sólo para hablar con menosprecio de ellos tres semanas después; o para utilizar para su propio provecho la información recibida entre las sábanas; o para filtrarla con ánimo de discordia en la mejor ocasión; o para provocar la ruptura de un compromiso contrario a sus intereses o perjudicar el crédito de quien tuviera la osadía de maldecirla o maltratarla.

Cuando Sciavicco apareció por Región convertido en un caballero de buenos modales, Laura Albanesi era temida por todo el pueblo y odiada por su mitad. Sin embargo, tal estado de cosas no era obra suya, sino por reacción. Si no encontró un hombre que estuviera a su altura no fue ciertamente porque sus pretensiones —antes de quedar, por así decirlo, maleada por una sociedad pacata— fueran muy elevadas; antes al contrario, fue hacia sus primeros amantes de igual a igual y tan sólo por sport, sin el menor deseo de derivar otras consecuencias del affaire; pero si eran solteros querían casarse y si eran casados... no tardaban una semana en hablar de dinero, dificultades, riesgos, el qué-dirán. Aquel que recibía los favores de la Albanesi se creía, *ipso facto*, poseedor de ciertos derechos y no tardaba en hacer planes que, naturalmente, no confiaba a ella; pero era aguda, mucho más aguda que la mayoría de ellos, así que con cualquier subterfugio no tardaba en ponerlos en evidencia; a continuación eran las llamadas y protestas, los deseos de reconciliación hacia los que Laura Albanesi se mostraría inflexible. Poco a poco y tras aceptar la amistad esporádica de los hombres de paso, que nunca eran muchos, tuvo que ver cómo se rebajaba la categoría social de sus amantes porque nadie, con algo propio que defender, se arriesgaría a meterse en su cama o, menos aún, ser visto en su compañía. Entre cierta burguesía apocada de Región y ella se declaró la guerra; sobre su persona se levantarían todos los testimonios posibles, verdaderos o falsos, a los

que ella replicaría con el extenso e indiscriminado desprecio por aquel pueblo de gente atrasada y su revancha en los negocios que de la mano del señor Servodio nunca le fueron mal.

Sciavicco no pudo llegar en momento más oportuno, poco menos que cuando ya Laura —incapaz de soportar el aroma a cochera entre las sábanas— tenía que recurrir a los viajes o a las dádivas para atraer a un hombre que hubiera tocado el jabón aquella mañana. Si lo hubiera pensado o calculado no lo habría hecho mejor; no podía ser así porque ni calculaba ni pensaba, sino que se dejaba llevar por un olfato en tal medida y de tan animal manera atento al dinero que un puñado de duros al otro lado de la mesa le podía distraer de una fortuna al otro lado de la calle. Y al parecer todo empezó con una chica de la casa de la Marcelina con la que, para hacer tiempo y de paso no pagar una deuda de juego, escapó a Salamanca y de allí a Zaragoza donde la dueña de la casa en que se metieron se encaprichó con él y durante dos años le tuvo, como se dice, en palmitos y le vistió como un petimetre e incluso le llevó al teatro.

Un verdadero profesional de la información vertida por encima del mostrador, Sciavicco no fue directamente al grano, sino que en una primera etapa atacó de lado: la doncella favorita de la señora y que en cierto modo repetía sus rasgos, no tanto los físicos cuanto los históricos. Esbelta, de rasgos fieros y crudos —una belleza de pajar —, contaba además con unos ahorros, una buena paga y unos favores que la distinguían de todas las de su clase e incluso de muchas señoras de Región que no podían comprarse los trajes —segunda mano, retocados— que aquella sirvienta ostentaba los domingos en el paseo. Sciavicco no lo tuvo fácil, aquella mujer no se dejaba tocar un pelo. Por ella supo el italiano que Laura no toleraba que las jóvenes a su servicio cayesen en las tentaciones del amor y que en cuanto sospechaba la existencia de un novio las ponía en la calle y así lo advertía el primer día que entraban a su servicio: «Mientras estés en esta casa, nada de amores».

No se lo dijo ni con objeto de disuadirle ni de apremiarle, pero comoquiera que fuera no podía obtener otro resultado que una promesa. Ella estaba dispuesta a casarse —y no a otra cosa— y Sciavicco le prometió que la llevaría al altar en cuanto resolviera unos pequeños asuntos. «Al principio podemos vivir de mis ahorros», dijo ella. Luego lo pensó mejor; una cosa era tener amores y otra marido y tal vez la señora, en atención a ella y a la calidad de sus servicios y a su fidelidad a toda prueba, se aviniera a romper su regla y aceptar su matrimonio y, aún más, a dar un trabajo a Sciavicco bien en la casa, bien en cualquiera de las industrias de la familia. Y con tal convicción decidió ir al toro por los cuernos y explicar su situación por propia iniciativa y con toda franqueza.

Si bien no sería fácil a Laura encontrar en toda la provincia una doncella como aquella —de buena planta y con una cabeza sobre los hombros, de las que por

contagio y con el menor número de palabras adquieren una educación y unas maneras que a menudo hacen avergonzarse a algunos visitantes de la casa, de una fidelidad y una discreción tales como para que Laura pudiese confiarle muchos de sus secretos y veleidades y así atesorar un conocimiento de los hábitos y gustos de su señora que le permitía anticiparse a sus necesidades con sus servicios—, la mejor baza con que contaba Daniela para persuadirla de la calidad de su novio «un hombre donde los haya», cualquier cosa menos uno de aquellos patanes aborrecidos en el consulado regionato del buen gusto parisién.

Haciendo omisión del dudoso encuentro en París, mientras su marido asistía al famoso banquete, Laura Albanesi no había vuelto a ver a Sciavicco desde los días de Buenos Aires; y si había sabido de su vuelta no lo había puesto de manifiesto, hipócritamente relegada al limbo que su marido y su administrador habían dispuesto para ella. Y también es posible que apenas hubiera tenido relación con su compatriota en el otro continente, habida cuenta del poco tiempo que medió entre su primer y frustrado noviazgo y su subida a la plancha de embarque; fueron unos pocos y azarosos meses en los que estuvo, si no secuestrada, poco menos que encerrada en una casa y vigilada por varias matronas, mientras su novio y su compinche espiaban al otro extremo de la cuadra. Y si estaba al corriente de la participación de Sciavicco en todo el asunto —fue todo tan rápido que cuando la muchedumbre lanzó el oh el agresor podía haber desaparecido de su vista— no tenía por qué confiarlo a nadie y guardarse para sí misma y para su provecho sus propias resoluciones al respecto. Y dentro ya de las conjeturas, aunque esta última pertenece ya a otra índole, hasta no sería de extrañar que en un momento dado su temperamento fogoso se hubiera impuesto a las dificultades y hubiera llegado a tener con el compinche un trato más intenso que con el novio —poco menos que asediado por los Albanesi y los hombres de Mazón de consuno—, lo que podía explicar de manera bastante satisfactoria el *renversement des alliances* con que Sciavicco entró a formar parte de la conjura, pues ¿por dónde había sabido Mazón que el novio estaba dispuesto a todo para impedir el embarque?

Cuando Daniela se presentó en el gabinete de su señora para exponerle una decisión que no se alteraría fuese cual fuese su reacción, ésta no pudo o no supo o no quiso tener el acceso de furor que, sin excepción, administraba en tales ocasiones. Tal vez en sus dádivas y confidencias con su doncella había ido demasiado lejos (Daniela guardaba una llave y era la única que tenía acceso al gabinete que Laura había instalado en la calle de la Tercia, no conocido más que por ella y sus fugaces ocupantes) y lo último que deseaba era tenerla en el campo de sus enemigos; la escuchó con atención, reconoció su derecho a tener una vida propia (más aún sabiendo como sabía las dramáticas vicisitudes por las que había pasado aquella muchacha) y formar un hogar e incluso llegó a admitir que la demanda estaba



formulada con tanta sensatez y discreción —como salida de aquella mujer excepcional—, que les obligaba a reconsiderar las razones que un día les movieran a dictar tal limitación concerniente a su servicio aunque sólo con vistas a ponderar su posible suspensión para tal preciso caso; y ahí, a lo mejor, su largueza les llevó a añadir un piropo. Preguntó fechas, pues necesitaba tiempo para pensarlo; entonces Daniela se equivocó y se precipitó y habló de mañana, del mes que viene, cuanto antes, sin advertir cómo el experto jugador esperaba de su contrario el arrebatado e inconsecuente movimiento previsto por su envite. «Se ve que estás muy encaprichada; no sé qué tendrá el hombre que te ha puesto en tal estado», le pudo decir, mientras contemplaba a través del visillo las últimas luces del día sobre la cúpula de la iglesia de las Carmelitas. Una persona menos aturdida por la emoción habría adivinado su despecho, cierto brillo de la mala fe que reduce la pupila a una cabeza de alfiler; pero ella no y —tal como estaba ensayado por todos los actores y actrices del siglo— bajó la vista para dar el último toque y levantarla a continuación con orgullo, persuadida de que con tal movimiento concluía la partida; en cierto modo, sí, del fondo en sombras de la habitación llegó la respuesta antes que la luz de la bujía: «No te quedes parada, mujer, ya se arreglarán las cosas».

Tres días o poco más después las cosas estaban arregladas. Tras una sumaria visita de presentación, la señora había otorgado su consentimiento, la había felicitado y hasta se permitió alargarse con unos pocos y sabios consejos. Eran «días de gabinete», como ella solía decir a Daniela cuando un amante andaba rondando; y la partida terminó acaso la misma semana que había empezado, a la hora del desayuno (ella odiaba desayunar en la cama como su marido le había obligado a hacer durante quince años de matrimonio y la primera mañana de viudez ordenó trasladar la bandeja a una mesa de la alcoba con el obligado «y que no te lo vuelva a repetir») con aquel movimiento que descubrió la pieza que remató la suerte: el doble movimiento de un embozo y el repentino tirón de las cortinas que despejó la cálida —sazonada por el aroma intenso y efímero de toda célula reproductora, el tufo de un residuo desaprovechado— penumbra por donde había avanzado con medidos pasos, idénticos a los de ayer, hasta depositar la bandeja de plata sobre el mullido cobertor blanco de la mesa; un caudal de luz —un chorro dirigido desde las sombras por una mano en alto— se volcó sobre la cama (sobre el bulto, el animal, la bestia, el instantáneamente incomprensible y odioso enemigo apenas despierto que se rebulló entre las sábanas y levantó un brazo para esconderse de la luz y de la mirada delatora de su poca hombría y replicó con un ronquido, anterior y posterior al deletéreo suspiro de amor que un día su boca fue capaz de exhalar, para proseguir su insano sueño en la más burda y avara y prostituida virilidad) después de haber topado con su invicta y desafiante silueta, envuelta en un camisón negro y aureolada de mil malignas iridiscencias, que empuñaba en alto los pliegues de la cortina en el teatral

gesto de triunfo —ensayado en las tablas y repetido por todos los escultores patrióticos— de la diosa, en la matinal y turbulenta apoteosis de su triunfo y de su venganza.

Aquel mismo día Daniela volvió a su pueblo, sin puesto y sin novio, a cuidar de un padre idiota que no se acordaba que tiempo atrás la había repudiado y velar por la observancia de la ley en una casa dominada por cuatro hermanos dedicados al bandidaje. No era su intención permanecer en aquella casa sino el tiempo necesario para que enfriara su sangre y volver a la capital a cobrarse cumplida venganza; como aún es ley hoy en día, nadie que ha conocido las delicias de la capital vuelve a empuñar la azada y en el caso de Daniela, que en la casa de la plaza de la Colegiata había llegado a aplicarse perfumes parisinos y cuidarse las manos, a tal repulsión se sumaba el horror por el clima de violencia que dominaba el hogar paterno, tan arraigado en su espíritu que ni siquiera pasó por su cabeza apelar a sus hermanos para una vindicta que les habría llevado veinticuatro horas poner en ejecución. Ni siquiera mencionó el escarnio, ni pronunció el nombre de Ettore, y justificó su vuelta —que ninguno de ellos esperaba ya— para una temporada de descanso antes de aceptar un nuevo empleo que le había sido ofrecido muy lejos de aquella tierra.

Pocos meses después de la salida de Daniela, en una parroquia de Madrid, contraían matrimonio Laura Albanesi y Antonio (un primer nombre anterior al de Ettore, marrulleramente escrito en una partida de bautismo ilegible) Chavico, que regresaron a Región tras una prolongada ausencia, casi toda ella consumida en el extranjero, en la que el nuevo esposo tuvo ocasión de sentarse a las mesas de juego más sonadas de Francia y Alemania, aunque nunca con la facultad de envidar grandes sumas. Las razones que movieron a Laura para renunciar a su tan querida y cacareada independencia y unirse a un hombre que no se distinguía de tantos otros que había despreciado no son fáciles de comprender, y aun cuando se aduzcan unos y otros motivos que sobre sus actos íntimos extiende toda persona soberana y en cierto modo solitaria; sin duda el enfrentamiento con la pequeña burguesía regionata le había hecho comprender que necesitaba una protección —de índole distinta a la que le procuraban sus administradores y esbirros— y que su ascendente carrera hacia la mayor fortuna del valle sería mucho más fácil con un marido a su lado que —si no respetar— se hiciese temer; por no hablar del cansancio provocado por los amantes de paso, de la añoranza de los cuidados maritales; por no aducir la renovación de aquellas relaciones que tal vez se iniciaron —clandestinamente— en Avellaneda y clandestinamente resurgidas en la calle de la Tercia exigieron el oxígeno de la legitimidad; por no mencionar —finalmente— el despecho que tomaría su forma final con el matrimonio con el hombre menos querido en aquella tierra. A partir de aquel momento Chavico pasaría a ser, entre otras cosas, el mejor título para el menosprecio de Laura por su tierra de adopción, el contraejemplo de todos los

varones que no había retenido entre sus brazos y el premio a cuya convocatoria tantos otros habían acudido.

Pero su unión trajo consigo —como no podía ser menos— un mayor aislamiento, una considerable reducción del ya estrecho círculo de amistades —cuando concluyó la ronda de plácemes y enhorabuenas— y de unas actividades que no saldrían de los muros de la casa de la plaza, de la verja de la quinta, de las tapias de la serrería o de los lindes de las fincas de El Auge.

Cuando nació la niña una nueva crisis —de orden conyugal— estaba a punto de romper el difícil equilibrio de aquella pareja aislada, rodeada del encono de muchos, que sólo se amaba de manera formal y consuetudinaria; apenas se confiaban sus cuestiones y cada cual por su lado buscaba con independencia del otro —una con la administración de sus bienes y negocios y el otro con la multiplicación de sus francachelas— la satisfacción diaria, sin esperar del mañana mucho más que la repetición del hoy. En apariencia la niña vino a cambiarlo y mejorarlo todo (al insinuar un indefinido camino a seguir, distinto para cada uno de ellos) y la fiesta del bautizo se desarrolló en un clima de sincero bienestar, de tan buenas palabras y augurios que todo (excepto las ausentes miradas de Eugenio, más allá de los cristales) parecía señalar hacia una nueva concentración en armonía de la familia, bajo el augusto protectorado de Laura Albanesi en compañía de su esposo del que nadie (ni siquiera Cristino, metido de lleno en la sociedad regionata) tenía mucho que decir. Pero si Laura Albanesi, en los días que siguieron a la fiesta, se mostró inflexible ante las demandas de su hijo Cristino, ansioso de llevar a cabo una distribución equitativa del patrimonio familiar que a satisfacción de todos estableciese de manera inequívoca la parte que correspondía y permitiese a los hijos de Ricardo Mazón mayores de edad la plena posesión de su parte, aún menos inclinada se vería poco después a disponer un legado en favor de su hija Lucía que su padre esperaba administrar en tanto no alcanzara la mayoría de edad.

La secreta aspiración de Cristino era dividir el patrimonio en cuatro partes, una para su madre, otra para su hermano, otra para él y una cuarta para las tres hijas. Con el documento firmado por su hermano en el bolsillo —y con la connivencia secreta de su hermana Margarita, que, por miedo a su madre, rehusó exponerla en documento privado del mismo alcance que el anterior— podía afirmar que ostentaba la representación de más del 50 por 100 del capital ante la que ningún juez —era tan sólo el primer anuncio de una amenaza negaría a fallar un protocolo de partición. En un principio Chavico pretendía —como poco— repartir la fortuna en dos legados, uno por cada uno de los matrimonios de Laura Albanesi que, bien apoyada legalmente en Servodio (la única persona que le demostró, tras la salida de Daniela, una constante fidelidad; conocedor en parte de los intentos de chantaje que un día iniciara Chavico, tras el segundo matrimonio tomó como cosa propia la defensa de

los intereses de la familia, como si se tratara de una entidad superior a la suma de las personas que la formaban, encarnada por su actual cabeza, por arbitraria y discutible que fuera su conducta) nunca se detuvo a pensar seriamente en la necesidad de dividirla, convencida tanto de sus dotes para conservarla y aumentarla cuanto de la debilidad de todos los que la rodeaban y temerosa de que cualquier segregación de sus bienes sólo podía concluir en la evaporación de la parte separada. Y además — aunque tal prevención estuviera en contradicción con el anterior temor, pues en su fuero interno una persona puede albergar toda clase de opuestos si contribuyen al mantenimiento de su estatuto, así como un régimen puede acoger a los partidos que colaboren con él— guardaba toda clase de recelos hacia una posible competencia, una vez demostrado lo que en aquella tierra secularmente inactiva se podía todavía hacer con un capital considerable en manos de una persona ágil y competente. No contenta con la serrería, el ganado y el producto de las fincas, empezaba a albergar sueños industriales; quería tener una fábrica aunque no sabía muy bien de qué; una fábrica a la orilla del río, ordenada, recogida y limpia — como las que se veían en las pequeñas ciudades de Francia y Alemania—, que con técnicos que trabajarían a sus órdenes (como aquel imprevisible señor Erskine, siempre sonriente, que chapurreando cuatro palabras de castellano podía hacerse entender gracias al lenguaje universal de la ciencia) sería el orgullo de toda la comarca y le situaría a ella y a su familia en las alturas inmarcesibles de los grandes industriales, fuera del alcance de las intrigas de la pequeña gente de Región.

Con una carrera de derecho terminada o a punto de concluir y al menos con unos cuantos certificados expedidos por la Universidad Central, Cristino Mazón se instaló en Región como abogado, al principio en la casa de la plaza de la Colegiata y con un pequeño bufete en el último edificio de la calle del Císter y más tarde en casa propia, seguro de adquirir pronto una clientela y con el secreto propósito de plantear la batalla a su madre y obtener por cualquiera de los procedimientos ordinarios la posesión del legado que, a su parecer, en justicia le correspondía. No era hombre de carácter violento, pero sí enérgico y obstinado, de los que en modo alguno renuncia a sus propósitos aun cuando se acumulen las dificultades. Sólo como una posibilidad lejana y postrera — y una vez demostrado que cualquier otra no daba resultado— preveía recurrir a los tribunales para la solución del conflicto; así que en un principio ensayó el entendimiento con su madre, asesorándola en algunas pequeñas transacciones; el sentido común le dictó la conveniencia de mantener unas buenas relaciones con su padrastro — y más que buenas, cordiales, de las que tan necesitado estaba el otro— a quien en más de una ocasión acompañaría en sus correrías vespertinas. Pero una visión de mayor alcance le aconsejó entrar de lleno en la sociedad del pueblo, hacerse socio del Casino y amigo o contertulio de personas que no habían estrechado una mano Mazón desde la muerte de don Ricardo y que gracias

a él no tuvieron inconveniente, llegado el momento, en sentar a Chavico a su lado. Ambos se prestaron un apoyo recíproco, se sirvieron uno del otro, se confabularon entre sí, siempre con la mirada de reojo puesta en la mujer que contra su voluntad mantenía sobre ellos un dominio incontestable. Como la llegada de Cristino supuso una ruptura del bloqueo que padecía la casa, con la entrada en ella de personas de la nueva generación que no tenían por qué obedecer a los prejuicios y limitaciones de sus padres, y como coincidió con el regreso definitivo de las dos colegialas — convertidas en señoritas casaderas que, al menos una, en modo alguno aceptarían las restricciones sociales de su madre—, la casa y la familia gozaron de un período de armonía y puertas abiertas que, para un observador superficial, podía suponer el arranque de una época de avenencia, con olvido de las diferencias y avatares del pasado, que de sostenerse no dejaría de sentirse en todo el pueblo.

En el mejor momento de aquella engañosa paz pasó por la cabeza de Cristino — con un hermano mayor alejado que daba tan pocas señales de vida y ninguna muestra de querer regresar un día que bien se le podía considerar definitivamente expatriado; dos hermanas que ocupadas en sus cosas no contaban a la hora de los números y una hermanastra con una larga infancia ante sí— la idea de convertirse en el hijo predilecto, el apoyo de su madre, la eminencia de la familia y futura cabeza de la misma. Esbozó todos los proyectos posibles y se trazó una estrategia a largo plazo mediante la cual, con una desinteresada ayuda que poco a poco iría evolucionando hasta transformarse en una imprescindible asistencia a su madre en todas sus especulaciones, había de terminar por tener en sus manos el control y la dirección de todo el patrimonio familiar. Y además estaba dispuesto a llegar al corazón de la fortaleza que —por las razones que fueran— su madre no había pisado nunca. O bien la segunda generación de Mazón se mezclaba con la buena sociedad regionata —los Amat, los Santo Bobio, los García Menor y sus contrapariantes, los Murano— y unían sus sangres o bien el cisma se prolongaría hasta quién sabe cuándo y a no dudar para detrimento de la casa de la plaza de la Colegiata. El único que podía llevar a cabo la penetración era Cristino pues, aun dando por supuesto que una de sus hermanas (sin duda Margarita, pues sobre la otra no cabía hacer hipótesis alguna en tanto su cabeza siguiera ocupada por la tontería lírica) casara con algún vástago de buena familia, en tanto su madre no modificara su actitud su boda no tendría otra consecuencia que su alejamiento y su ingreso en las filas enemigas.

Para tal proyecto contaba Cristino con la alianza de Chavico, deseoso también de entrar en el Casino y codearse con los grandes y poder hablar de política a la hora del café para saber por qué partido tenía que decidirse (pues en ese aspecto desconfiaba de su hijastro, a quien le había oído cantar las ventajas del «pacto conmutativo, bilateral y sinalagmático» sin saber a qué carta quedarse, pero persuadido de que tenía que llevarle la contraria para hacerse oír en la casa) y lo bastante astuto como

para comprender que con sus solas fuerzas, por extremados que fueran sus cuidados hacia su mujer, nunca sería capaz de romper su resistencia a dejarle suelto y económicamente pudiente.

Al parecer la paz se rompió a causa de unos créditos obtenidos por Cristino — decidido a simultanear su política doméstica con algunas aventuras extramuros que le habían de proporcionar el capital que necesitaba para codearse con la buena sociedad en tanto no le llegaba el famoso legado— y para cuya formalización el banco requirió el aval de su madre. Corrían tiempos difíciles para el país sacudido por dos guerras —una en ultramar y otra civil— y regido por un monarca de compromiso y muy posiblemente había sufrido Laura Albanesi algún quebranto no desdeñable en alguna de sus operaciones. En aquel momento las relaciones entre madre e hijo habían alcanzado el mismo grado de madurez como de hipocresía; creía estar Cristino lo bastante compenetrado con ella y con su manera de llevar los asuntos como para pedirle aquel favor, cuya concesión, además, vendría a demostrar tal hipótesis; creía haber ganado su confianza de la misma manera que ella, mediante pequeñas concesiones, creía haber satisfecho sus aspiraciones y remitido a las calendas griegas unas pretensiones de mayor alcance, sobre todo la referente a la partición de la herencia.

Más que una amarga sorpresa para todos el asunto de los créditos sirvió para poner en evidencia sus diferentes engaños; quien de manera sistemática se alimenta de lo que en principio era un voluntario engaño —o cuando menos ese *wishful thinking* de los ingleses— tarde o temprano ha de convertirlo en certeza, pues no hay cinismo que pueda ser extenso ni duradero; una falsa certeza como aquélla — encubierta por una mayor o menor hipocresía— al ponerse en evidencia no sólo agota las posibilidades que ofrecía, sino que incapacita a todo el género para cualquier aprovechamiento; cuando la primera falsedad se viene abajo todas sus hermanas pequeñas desaparecen y la familia en pleno es sustituida —hasta en el terreno de los sentimientos— por aquella otra que vivía a oscuras.

Laura acertó a saber que tales créditos eran destinados a una operación de compra-venta de terrenos que Cristino había montado con García Menor, un rico propietario de Jueves —hombre poco visto por Región y nada dado a las intrigas— con quien ella había tropezado en anterior ocasión con motivo de una subasta de pinos; y además a aquellos terrenos situados en la vega les había en secreto echado el ojo para el día en que el proyecto de su fábrica estuviera listo; pero no había dado un paso en aquella dirección y el solo atisbo de que su hijo —en sociedad con un rival— se le anticipara le llenó de zozobra y le hizo sospechar que la misma suerte podía correr su sueño fabril; cuanto más vago, secreto e ilusorio es un proyecto más se atesora como cosa propia y más excita el temor de que sea el objeto de la codicia y la rapiña ajenas. El aval no fue concedido, pero la operación se realizó tal como la había

concebido Cristino, con dinero de García Menor y una mera participación simbólica suya que, aun así, le produjo un beneficio bastante sustancial.

Parece ser que una tarde memorable Laura Albanesi tuvo el acceso de furor que no pudiendo exhibir desde la marcha de Daniela había estado alimentando durante cinco años; hubo insultos, documentos desgarrados, un puñetazo sobre la mesa, un cacharro roto, gritos, portazos y una definitiva despedida a voces por el hueco de la escalera; hubo el tirón de manta en virtud del cual madre e hijo se presentaron como lo que eran, con olvido de las lindezas pasadas; hubo amenazas y la inmediata apelación a la ostentación de fuerzas que ha de concluir en una declaración de hostilidades; sin duda que se produjo el «un día me las vas a pagar todas juntas» seguido del «con quién crees que estás tratando» continuado por el «te olvidas de quién soy» y replicado por el «te vas a enterar de una vez para siempre», todos acompañados de alusiones personales —nunca hasta entonces mencionadas, pero una vez dichas indeleblemente grabadas y repetidas en toda ocasión propicia como prueba bastante de la irremediabilidad de la guerra— que darán el tono de la futura contienda. Tras la escena sería imposible cualquier intento inmediato de reconciliación (como el ensayado por el fiel Servodio días después) y si ésta se habría de producir al cabo del tiempo (y sólo después de que llegara a Región la noticia del resultado del combate de Pamplona) y tan sólo para conservar las formas y aparentar cierta armonía ante terceros y ante los propios hermanos, para ambos sería imposible recuperar el falaz entendimiento y la artera colaboración que habían instrumentado durante aquel insincero quinquenio.

A Chavico le llegaron, como no podía ser menos, las salpicaduras del escándalo. Fue acusado por su mujer de entendimiento con el enemigo, de conspirar contra ella y de mirar por su provecho en detrimento del suyo, y —por supuesto— de simular quererla —no queriéndola de verdad— para engañarla en todos los terrenos. Salieron a relucir sus infidelidades y correrías, sus amantes pueblerinas y sus desmedidos dispendios, acusaciones que se completarían con las subsiguientes amenazas de recortes y restricciones. Chavico demostraría que, frente a su mujer, era un hombre débil y que enfrentado a ella sólo tenía cosas que perder y apenas gozaba de recursos para sacarla de su enojo; en verdad sólo sabía poner distancia de por medio y esperar a que, necesitada de compañía y contacto carnal, le llamase a su cama una vez pasado el acceso de furor y aligerado su pecho del peso del resentimiento ansiase volver a cargarlo con el de su marido. Una espera a veces larga e imposible de saber cuándo y en qué terminará; pues libre de la plétora que impone al macho el límite de sus abstenciones, rompe sus propósitos y traiciona sus promesas, la mujer llamará a la carne sólo cuando moviliza toda su voluntad.

Cristino desapareció de la casa; por breve tiempo también lo hizo de Región. Se dijo por un lado que andaba por Castilla, con pleitos y negocios; por otro se supo que

estaba pasando una temporada en Jueves, que cada día tenía más amistades influyentes y que se preparaba para presentar a su madre la batalla judicial en toda regla. Pese a su aspecto inmovible y más firme cuanto más aislada (parecida a la rosa del soneto), los días que siguieron a la ruptura con Cristino hubieron de ser los más negros de la vida de Laura Albane si, pues ni siquiera la compañía de Chavico — que habría obtenido con sólo mover un dedo o abrir el portamonedas— le serviría para mitigar su encono contra toda su familia y toda su servidumbre, sin excepciones, cada hora incrementado por la supuesta ingratitud de cuantos la rodeaban, ese sentimiento hacia dentro tan propio de quienes habiendo hecho poco o nada que sea de agradecer se ven a sí mismos como acreedores de toda clase de gratitud por el mero hecho de existir; ni siquiera su última hija, puesta en manos de un aya, sería tratada con delicadeza, sino como la criatura que a sus cinco años todavía no había hecho nada por su madre.

Laura Albanesi y Chavico acudieron —cada cual por su lado— a los hábitos anteriores a su matrimonio; o más que hábitos, pasatiempos, incursiones en el campo de las irregularidades que se agotan antes de convertirse en costumbres y ni siquiera disipan —antes al contrario, la avivan— la añoranza de una difícil y discontinua, pero constante unión. Nada tiene de extraño que en tal situación —y rodeada de mujeres con las que no tenía cuatro palabras que cambiar— volviese su atención a los negocios y su pensamiento hacia Eugenio, el hijo ausente, quien a pesar de no haber demostrado nunca el menor interés por volver cerca de su madre, nunca le había ocasionado disgustos ni acosado con apremiantes o desmedidas demandas; el que —a distancia— cuanto más crecía su disgusto por los próximos más recordaba y mencionaba, envuelto en un halo de hombría, rectitud y desinterés. Cuando murió su padre estaba estudiando el bachillerato en un colegio de Palencia y no llegó a tiempo para el entierro. Durante la siguiente Navidad apenas apareció por la casa casi ocupada por parientes y amistades que no conocía; dos años después marchó a Francia a perfeccionar su idioma y al siguiente a Bélgica a estudiar un peritaje en electromecánica que le debía haber retenido cuatro o cinco años más al cabo de los cuales no compareció por Región, quién sabe si porque había echado lazos en aquel país o porque nadie de aquí se tomó la molestia de llamarle; a oídos de Laura había llegado la noticia de que trabajaba en una fábrica de Charleroi y que sólo esperaba ahorrar un pequeño capital para contraer matrimonio con una muchacha de aquella tierra. Una noticia bastante sorprendente para Laura y para sus hijos, que indicaba a qué grado de independencia (y recapacitando sobre ello, de desprecio hacia los suyos) había llegado aquel hombre que en circunstancias normales no habría tenido más que abrir la boca para hacerse con un dinero que le permitiera vivir de manera bastante holgada.

Pero bastó aquello para que Laura Albanesi empezase a suspirar por la vuelta de



su primogénito, poco menos que convertido a sus ojos en un mártir de la vida moderna, un adelantado del progreso, tal vez el llamado a levantar en Región un imperio fabril. Eran, sin duda, suspiros tan falaces como injustificados, muy propios de la persona que al no saber mirarse con un mínimo de rigor e imparcialidad, envuelta siempre en las brumas de la autocomplacencia, nunca sería capaz de reconocerse como la principal causante del alejamiento de su hijo y de su consiguiente manera de ganarse la vida. A Eugenio Mazón, allá en Charleroi, le debieron llegar separadas por poco espacio de tiempo dos cartas diferentes, pero de muy parecida naturaleza: una de su madre y otra de su hermano, movido a escribirle en cuanto supo por una confidencia de Margarita que su madre lo había hecho; ambas cartas estaban llenas de quejas; la situación que pintaba cada una era muy distinta y tan contradictoria con la otra que obligaban a sospechar que en ninguna se decía toda la verdad, una suerte de quimérico lugar geométrico a igual distancia de dos interpretaciones; por eso dicen los chinos que la verdad la guarda un tercero inexistente; pero en ambas cartas, al amparo de unos sentimientos de añoranza y de ciertas halagüeñas expresiones relativas al vacío que hacía sentir su ausencia, se reclamaba su venida a España y su apoyo para arreglar una situación atrozmente enrevesada y espinosa. Pero ninguno de los dos se dirigía a él en cuanto árbitro que pudiera poner fin al litigio, antes al contrario ambos exigían —con exageradas descripciones de la iniquidad del otro— su alianza para luchar por su causa: una apelando a los lazos maternales y otro a los comunes intereses.

Eugenio Mazón debió quedar bastante sorprendido ante el inusitado interés que despertaba su colaboración con cualquiera de ellos, tras una separación que duraba casi nueve años, y que —con buen criterio— no prometió a ninguno de los dos, tras dejar bien clara su buena disposición para toda ayuda que se le solicitase con vistas a solucionar el conflicto a satisfacción de todos. Y escribió a ambos, no sin hacerles esperar, tan sólo para anunciar su visita en el próximo verano, sin tomar partido y sin decidirse por cualquiera de las dos residencias que le habían ofrecido. Un anuncio que tuvo efectos contemporizadores y que —sin habérselo propuesto— facilitó una tregua primaveral entre ambos contendientes, deseosos de no complicar más las cosas hasta la llegada de aquel decisivo aliado.

Llegó, en efecto, una tarde de finales de julio, sin previo aviso, y apenas vio a nadie. Nadie le reconoció, tenía ya aspecto de extranjero; ostentaba un gran mostacho, se tocaba con un sombrero blanco de grandes alas —temeroso de un sol al que ya no estaba habituado— y vestía como un cazador colonial, con *leggings* y una chaqueta con multitud de botones y bolsillos. Aunque en el breve paseo de la casa de postas a la plaza de la Colegiata llamó la atención, nadie le reconoció, nadie vio en él un Mazón, sino —algún maledicente— un nuevo siciliano que venía por unos días a llenar el hueco de Chavico en el lecho. Su escaso equipaje —un abultado maletín de

cuero y un saco de fuerte lona casi vacío— denunciaba una estancia muy breve o unas muy sobrias necesidades y muy poco ajuar. Su estancia, en efecto, fue muy breve —tan sólo veinticuatro horas— porque, para hacer economías, había tomado billete de ida y vuelta a Macerta, cerrado para el día siguiente. Cuando llegó a la casa su madre no estaba y tuvo que darse a conocer para que una sirvienta le permitiera la entrada. Cuando al cabo de dos horas de la quinta de la vega llegaron acaloradas su madre y sus hermanas le encontraron en la habitación de su padre —conservada intacta desde su muerte— extrayendo de armarios y cajones los equipos del difunto —los maillots, los guantes, las muñequeras, las vendas, los zapatos elásticos, las pesas, los muelles, un antiguo frasco de loción de color de caramelo— que fue depositando con sumo esmero en el fondo de su saco de lona. Detrás, su madre trataba entre suspiros y lamentaciones de llevarle a su terreno y hacerle comprender las dificultades por las que estaba pasando, las ingratitudes de unos y otros, la ruindad de su hermano Cristino y la malevolencia de cuantos la rodeaban. Cuando hubo metido todo en el saco lo ató con firmeza con unas cuerdas y lo depositó junto al maletín; le dijo que no era su intención llevárselo para siempre, que lo necesitaba durante un mes, que después lo devolvería todo intacto; que por favor lo vigilase hasta el día siguiente en que pasaría a recogerlo; que le disculpase porque tenía mucha prisa, que volvería al día siguiente. Dio un beso a cada una de las tres y se fue. Al día siguiente volvió a media mañana (nadie supo nunca dónde había pasado esa noche, ni en el Cuatro Naciones ni en la Fonda Regina ni en casa conocida alguna y el testigo presencial, meses después, se atrevería a conjeturar la existencia de un misterioso compañero de viaje y preparador físico aficionado que había viajado con él desde Charleroi), se dio un largo baño (que durante días dejó el cuarto de aseo impregnado de un fuerte aroma a loción de áloe) y con un nuevo beso y la promesa de una próxima vuelta y la firme confianza en que todo se arreglaría, con sus dos bultos partió sin más dilación hacia Macerta, donde había de tomar el tren que, mediante tres transbordos, le conduciría finalmente a Pamplona para acudir a la cita a la que desde Charleroi se había emplazado. Durante cuatro semanas nada se supo de él, lo que no hizo sino aumentar el nerviosismo de cuantos le habían esperado y sobre todo el de su hermano Cristino, que no habiendo tenido oportunidad de verle empezó a sospechar que en su breve visita a la casa de la plaza de la Colegiata se habían echado las bases de un pacto entre su madre y él, para quebranto o detrimento de sus intereses, a puerta cerrada y en ausencia de Chavico o de cualquier otro testigo, y que su rápida desaparición obedecía a la vergüenza por haber actuado a sus espaldas y al temor a enfrentarse con él cara a cara.

En contraste, al día siguiente de la partida de Eugenio, Laura Albanesi no tendría la menor dificultad, una vez pasado el sofoquín, para disimular la insatisfacción —y hasta el despecho— que le había supuesto la visita de su primogénito y, protegida por

la inexistencia de testigos de la indiferencia con que la había tratado (pues las dos hermanas no estaban preparadas en aquellos momentos para calibrar otros sentimientos que los propios), en numerosas ocasiones se hizo lenguas de la alegría que le había proporcionado con su regreso, de lo fuerte, sano y cariñoso que lo había encontrado, de la compenetración que existía entre ellos tras tantos años de ausencia y de lo contenta y orgullosa que se sentía por la decisión de un hijo así —su hijo preferido, lo repetía a todo aquel que quisiera escucharla— de volver definitivamente a su tierra para vivir con su madre. No tenía otra intención Laura Albanesi que protestas y afirmaciones tan aventuradas alcanzasen los oídos de Cristino y de Chavico, y no sólo para atormentarles con la sospecha de un entendimiento contrario a sus intereses, sino también con el propósito de crear en el pueblo y en las amistades y relaciones comunes un estado de tacto y un clima tan propicio a Eugenio como para que a su vuelta se sintiese de inmediato obligado a optar por el campo de su madre; luego ya se ocuparía ella —con sus encantos, con sus dádivas, con su dinero, incluso con sus promesas relativas a la herencia, con su arte para provocar la atracción hacia ella y la repulsión hacia sus enemigos— de consolidar aquella primera tendencia para alinearla definitivamente contra Cristino y, en menor medida y sólo en una operación de castigo, contra Chavico.

\* \* \*

Al mes, aproximadamente, de su fugaz paso por Región se supo por un testigo presencial del acontecimiento que Eugenio Mazón había ganado en Pamplona un combate de lucha contra el hijo mayor de los Ochoa, concertado por correspondencia desde Charleroi y desde meses atrás, y con él una importante bolsa de veinte mil pesetas, constituida parte de la cual con sus ahorros durante años de trabajo en la fábrica de equipos electromecánicos y otra parte con prestaciones y aportaciones de sus amigos, colegas y admiradores de aquella tierra; que su victoria había sido recibida con asombro en Pamplona por cuanto había venido a romper —y por un desconocido, ni siquiera navarro— el monopolio de victorias en aquella clase de lucha que atesoraba la familia Ochoa a lo largo de cuarenta años y tres generaciones; que con todo los pamplonicas le habían recibido y homenajeados como corresponde a un campeón, que como buenos y limpios deportistas los Ochoa le consideraban ya como uno de la familia y que de su mano había sido introducido en las mejores familias de Navarra, donde todo el mundo se lo disputaba para enseñarle las bellezas del país y las riquezas que guardaban sus bodegas, para —como un complemento a la bolsa tan bien ganada— hacerle disfrutar de sus sanas y pintorescas costumbres y empujarle a ganar el favor de sus discretas y cálidas muchachas; dijo también que tanto se habían encariñado con él que no lo querían soltar ni a la de tres, que había

bastante gente en Pamplona que pretendía que Mazón se quedara a vivir allí para siempre o, al menos, una temporada lo bastante larga como para preparar el combate de revancha y que un apasionado admirador, tratante de ganado, para hacerle llegar su reconocimiento y persuadirle a permanecer en aquella tierra le había regalado un asno —un asno muy joven y fuerte— con el que no sabía muy bien qué hacer aunque sin duda estaba decidido a aceptarlo y cuidarlo.

El testigo presencial afirmó también que había tenido la ocasión de saludar personalmente a Eugenio Mazón, en el curso de un banquete de más de doscientas personas, y que nunca había encontrado a un hombre en tal plenitud de facultades y tan bien rodeado de aprecio y cariño; que le saludaban por la calle y que yendo con él se podía entrar gratis en todas las bodegas y establecimientos del ramo. También aseguró —el testigo presencial— que en un aparte y al saber que él —el testigo presencial— al cabo de pocas fechas tenía que viajar a Región por motivos profesionales, le rogó que transmitiera sus saludos a sus compatriotas a quienes brindaba su triunfo y al tiempo les hiciera saber que no siendo por desidia por lo que no enviaba noticias, sino por falta material de tiempo, era su propósito volver a su tierra —aunque sólo fuera por urbanidad— en cuanto cumpliera con todos sus compromisos —muy numerosos y de muy diferente naturaleza— y a fin de entrenarse y prepararse allí para el combate de revancha, concertado con el hijo de Ochoa la misma noche de la victoria, para comienzos del próximo año. Que él —Eugenio Mazón estaba decidido a que el combate de vuelta se celebrase en Región, pues con la victoria había conquistado el derecho a elegir el lugar de la competición, y que nada le parecía más justo como homenaje a sus compatriotas y para el fomento de la afición casera; que también estaba decidido a practicar los aluches regionatos —una variante *sui generis* de los leoneses, sin duda derivada de los juegos que practicaban los legionarios de la VII en sus largos días de campamento, en la que los luchadores desnudos se cinchan con cuerdas aceitadas —seltas unas, amarradas otras— a las que debe agarrarse el contrario— y extender por el país esa clase de competición.

Aquellas noticias llenaron de satisfacción y perplejidad a mucha gente del pueblo. No parece necesario señalar que a todas vistas el testigo presencial había añadido mucho de su cosecha. Ése era su oficio, vivía de la exageración porque sin énfasis no se vendía un peine; pero, *mutatis mutandis*, y aun despojando todo su discurso de los halagos cartageneros, quedaba una noticia que durante mucho tiempo fue el plato fuerte de toda conversación entre hombres. No estaba el regionato acostumbrado a que un hijo de su tierra triunfase, ni en tierra propia ni en extraña. En la memoria de los más viejos no había registro de un reciente e irrefutable éxito; los ricos y poderosos seguían siendo los ricos y poderosos de siempre, sin necesidad de éxitos para conservar o aumentar su poder y fortuna, y los que por su propio esfuerzo se

habían encaramado a las cotas de aquéllos —y aun habían tratado de superarlas, intentando hacer del suyo algo más que un poder local, que trascendiese a toda la comarca o a una parte más amplia que el valle del Torce— en uno u otro momento habían tenido que inclinar la cerviz y salir pitando para otras tierras no sin dejar en casa un montón de deudas o unos pocos bienes enajenables, de un valor más que dudoso.

De repente —de la noche a la mañana— un hijo de Región triunfaba en Pamplona y —al decir del testigo presencial— ponía toda una Navarra (que para el contertulio regionato, y no digamos para el tendero que de allí recibía artículos muy apreciables, o para el mozo de labranza, siempre dispuesto a emigrar, seguiría siendo un próspero reino, con historia y reyes propios amén de un futuro prometedor) a los pies del nuevo e inesperado héroe. No será, por consiguiente, difícil de entender que en el curso de pocas semanas, tras la noticia aportada por el testigo presencial y confirmada por un suelto de prensa que algún contertulio responsable de la animación de la sobremesa buscó aquí y allá, teniendo que viajar a Macerta o escribir a Valladolid para recabar la información exigida por el caso, Eugenio Mazón se convirtiera si no en una figura sí en un nombre muy popular en todo el valle, adornado de todas las virtudes inherentes al sebastianismo. El joven héroe que en pocos días volvería triunfante a su tierra para sacarla del atraso y la dominación extranjera —los políticos y señores de Macerta—, vencer en lucha abierta al usurpador —el ferrocarril de Macerta a Palanquinos— y traer con la independencia la caída de un sistema caduco y la ruina de los viejos caciques que, sacrificando los intereses de la región en aras al beneficio de los clanes, habían pactado con el enemigo secular; en suma, el hombre que con la sola ayuda de sus brazos había luchado en tierras del infiel —una Pamplona delirante, embriagada por toda clase de fiestas populares y privadas— por la gloria de su tierra, vendría para inaugurar una época nueva, de esplendor industrial y justicia distributiva, y hasta —para algún socio defensor ardiente de los ideales federales— echar las bases del «pacto conmutativo, bilateral y sinalagmático».

Pero en Región apenas era conocido y no tenía amigos; no en balde había vivido en el extranjero por espacio de casi diez años, tan decisivos para su formación como para la creación y el fortalecimiento de vínculos personales con su tierra de nacimiento; sus compañeros de juego estaban perdidos por las alquerías y sólo se le recordaba como «el chico mayor de Mazón», pues no estando nadie tan familiarizado con él como para llamarle Eugenio desde el momento en que su hazaña despertó el interés por su persona en todos los medios —en el Casino y en el Hotel Cuatro Naciones y en las animadas reuniones en torno al testigo presencial, cada vez que pasaba por Región a vender su mercancía— se buscó la manera de olvidar que era hijo de Laura Albanesi.

Por consiguiente, al poco tiempo de la llegada de la noticia traída por el testigo presencial y confirmada por buen número de pruebas documentales, se desató una nueva guerra sorda entre Laura Albanesi por un lado y por otro los que pretendían que entre madre e hijo mediaba un abismo, demostrado por el breve paso por la casa de la plaza de la Colegiata en su camino hacia Pamplona, conocido después por confidencias de sirvientes, mozos y postillones. Hasta se llegó a especular sobre su paradero aquella famosa noche fuera de casa y no faltaría quien afirmara que había dormido en la cama de un primo de un amigo suyo —que le había rogado lo mantuviera en secreto— y al que a lo largo de la noche había confiado el terrible secreto de familia: que él no era hijo de Laura Albanesi, sino de la hija de un colono de El Auge y que Laura Albanesi, una impostora, había envenenado a Ricardo Mazón a su vuelta de París. Se llegó a decir que quien en verdad mató fue Ricardo Mazón a Laura Albanesi, cuando supo en París que le engañaba con Chavico, y que la que volvió de allí como su esposa era una sosias que pronto acabó con él a instancias de Chavico. Y también corrió el rumor de que Laura Albanesi y Chavico eran hermanos, que desde niños habían mantenido relaciones incestuosas.

Era la tercera o cuarta guerra que se libraba en una década. No podía convenir más a los intereses de Cristino que, sin embargo, no habiendo tenido intervención alguna en su desencadenamiento, prefirió abstenerse de toda participación en ella a fin de no comprometer el posible arreglo que pudiera conseguir su hermano a su vuelta; el apasionamiento provocado por su hazaña bastaba para caldear el ambiente contra su madre, sin necesidad por su parte de aportar leña al fuego, y a medida que pasaban las semanas y se demoraba su vuelta más olvidadas y empalidecidas quedaban las afirmaciones de su madre a comienzos de agosto y para mediados de septiembre, recluida en su casa y en sus posesiones y sin otros tratos que los que mantenía con su administrador, sus servidores, colonos y enfiteutas, apenas podía hacer nada contra la creciente oposición a ella que involuntariamente suscitaba su hijo con su ausencia.

Bien entrado el otoño volvió por fin Eugenio a Región, sin un céntimo, sin que su talante denunciara las vicisitudes por las que había pasado, sin que de sus palabras cupiera obtener la menor información acerca de su famoso combate, de su paseo por Navarra y de sus proyectos e intenciones para el inmediato futuro. Pero su laconismo y su incomparecencia a los centros de opinión y discusión eran ampliamente compensados —y sin duda más que compensados por las exageraciones a que son tan proclives todos los vates, y no sólo los del sector épico— por las homéricas descripciones del testigo presencial que vez que pasaba por Región y desde el acontecimiento dio en hacerlo con mayor frecuencia —lo bastante agudo como para comprender que el ángel de la historia le había rozado con su ala y sería un despropósito —y hasta un desagradecimiento— no aprovecharse de aquella

oportunidad única—, abría una tertulia en el hall del Cuatro Naciones a la que acudían todos aquellos oídos ávidos de oír una vez más el relato del combate. Antes se alojaba en las otras fondas o pensiones más modestas, en la Regina o en la Orensana, pero a partir del acontecimiento decidió instalarse en el Cuatro Naciones y no sólo por la mayor capacidad de su hall, sino por el cambio de su propio status, de su público y de su industria que se había producido con él. En verdad tenía toda la razón del mundo para considerarse así; de ser un oscuro viajante de comercio había pasado a figura pública, cuya llegada era esperada con ansiedad y cuyo anuncio con alivio, cuyos retrasos eran medidos por horas no ya por días. Era también un caso de justicia y reconocimiento históricos: el del hombre que en la más estricta austeridad y con el mayor empeño ha estado afinando un arte poco menos que secundario para la industria que le mantenía y que, de la noche a la mañana, un golpe de fortuna le ofrece la oportunidad de extasiar a un público que había olvidado tales virtuosismos. Y dueño de una técnica extremada —tan extremada como para ganarse la vida vendiendo peines, batías, jabones y chucherías en una tierra tan reacia a la higiene— podía hacer con el público lo que quería, y lo hacía; y a medida que lo hacía mejoraba su técnica y más envolvía al público. Es el caso de muchos artistas y *sportmen* epifenomenales, por llamarlos así: durante muchos años se han visto obligados a desarrollar por sí solos una técnica muy depurada para sobrevivir de una profesión muy ruda (como la del sacamuelas) y el día que ensayan una actividad refinada, en la que todo depende de aquélla, no tienen rival posible. Era el caso del testigo presencial, que sólo gracias a la oratoria lograba vender peines y artículos de desecho, irreconocibles para el propio fabricante, y llegado el momento de narrar el combate no sería superado por el mejor cronista de la época.

El combate —según lo narraba el testigo presencial— había constituido una magistral lección de economía bélica por parte de Eugenio que sobre la balanza había pesado quince kilos menos que su adversario, y a pesar de superarle en cuatro o cinco centímetros de estatura; tenían ambos combatientes complexiones muy distintas; el navarro era todo fortaleza, con cualquiera de sus miembros —desde la frente al talón— podía hacer una demostración de supremo vigor, y sus rasgos, dentro de su limitada talla, eran los de un coloso, un coloso tan bien puesto en la tierra que jamás sufriría la suerte de Anteo y tan incommovible que nunca caería como Titán; a su lado, Eugenio —mucho más espigado— ofrecería un cuerpo metálico y flexible, como una hoja bien templada, sin aquellas grandes protuberancias musculosas, pero sin un fallo; y con unas piernas de saltamontes. Aquellos quince kilos, unidos a la indudable mayor experiencia del profesional sobre el amateur, podían ser fatales a Eugenio en los primeros asaltos, el mejor momento para que un Ochoa fresco diese por terminada la sesión con un contundente golpe; y los mismos quince kilos podían suponer una pesada carga para su poseedor a partir del décimo round.

El combate había levantado mucha expectación —en una plaza de toros donde acababan de terminar los festejos taurinos— no por Mazón, sino por Ochoa, un ídolo popular del que era proverbial su honradez y sabido que sólo aceptaba un encuentro si adquiriría garantías de que con él satisfaría a su afición. En ocasiones el testigo presencial, para prolongar su relato, introduciría alguna nota pintoresca sobre la Pamplona en fiestas con una técnica de varietés antes del número de fuerza, para intercalar también un breve intermedio, pasar al ambigú a rellenar la copa y observar por el rabillo del ojo —y a través del ventanal— cómo iban las ventas en la calle, a lo que el público —sabiamente conducido— replicaría bien con gritos «¡Al combate, al combate! ¡Al grano, al grano!» bien aprovechando el descanso para adquirir una pastilla de jabón y liberar a León de toda preocupación que no fuera el relato del acontecimiento que tuvo lugar en Pamplona aproximadamente en las mismas fechas en que Ruiz Zorrilla hizo el discurso de presentación de aquel Gobierno que había de durar setenta y cinco días.

Durante los primeros asaltos Eugenio no hizo más que estudiar, tantear y esquivar a su enemigo y apenas se dejaba atrapar se desasía como un gato. «¿Como un gato?», preguntaría alguno del público, sin duda descontento de una comparación tan poco favorecedora, que obligaría al relator a moderar sus metáforas. En cuanto a la esgrima —decía—, era supremo, no paraba un momento; más que en sus brazos, casi siempre abiertos para ofrecer menos bulto y poder replicar con un golpe de puño al fatal abrazo de Ochoa, el buen aficionado había de fijarse en el baile de sus piernas, siempre abiertas y en juego, en un espectáculo digno de admirarse en un tablado de calidad. Durante aquellos ocho primeros asaltos Ochoa se vio obligado a sostener un ritmo al que no estaba acostumbrado. El público del Cuatro Naciones (habían aportado todos los sillones de mimbre y las sillas del comedor, detrás una triple fila escuchaba de pie y algunos asomaban sus cabezas por entre los balaustres de la escalera) sabía que había pasado lo peor de la velada y reclamaba la asistencia del camarero (la servilleta hasta los tobillos y la bandeja por encima de su cabeza) para escuchar el nudo del relato con el auxilio de la copa. Obcecado Ochoa por la idea de aplicar a su adversario su temible y favorito golpe —el abrazo con los brazos recogidos, el doble codazo sobre los riñones simultáneo al golpe de pecho, rematado todo ello con el mazazo de su frente— durante el noveno asalto anduvo de un lado para otro como el perro tras el gato. «¿Qué gato?», preguntaría una voz de atrás y de a pie a la que replicaría el testigo presencial con un parpadeo. En el décimo asalto Ochoa empezó a jadear; en el decimoprimeros tenía la boca más abierta que de costumbre y una innegable mirada de enojo y asombro que le impedía seguir los rápidos reflejos de Mazón para ver el camino a seguir. Estaba demostrado que Mazón —nadie podía saber cómo— había estudiado la manera de pelear de Ochoa, conocida en todo el mundo del deporte especializado, y contra su estilo uniforme y monótono



había ensayado y puesto a punto una táctica basada en la movilidad, tanto en el cuadrilátero como dentro de los límites del cuerpo, para eludir la aplicación y los efectos de aquel terrible golpe del navarro. Sabía el público que se acercaban los momentos más dramáticos y había un rebullir de cuerpos, toses, ruidos de patas de silla, algunos que reclamaban silencio y otros que se levantaban de su asiento para observar mejor al narrador, como si les fuese dado seguir en su faz el desarrollo del acontecimiento que una historia desatenta les había privado de contemplar. Cuando Ochoa le abrazaba, Mazón se tiraba al suelo; cuando le aplicaba el pecho, saltaba; cuando le largaba su cabeza era para estrellarla contra su hombro. Y aquí el narrador acostumbraba a introducir una pausa, no para beneficio propio esta vez, sino —como gran conocedor de la psicología de las masas que por entonces acababa de descubrirse— para rebajar la intolerable tensión que dominaba el ambiente y conceder a su audiencia la serenidad precisa para escuchar la parte más dramática del relato.

En el decimosegundo asalto Ochoa le pilló; todo fue tan rápido que nadie pudo ver el fallo de Mazón o el acierto de Ochoa, pero el caso es que le pilló en el mismo centro del cuadrilátero y sin darle tiempo a reaccionar le aplicó sin misericordia su triple golpe; triple o tal vez cuádruple. Fue un golpe terrible que levantó del público —que ya para entonces miraba con cierta simpatía a Mazón, maravillado de su arte— un unánime grito de dolor; sacudido y atrapado, Ochoa lo llevó a las cuerdas, lo atenazó otra vez y de nuevo le aplicó su triple golpe —repetición exacta del anterior— con todo el furor que había acumulado a lo largo de un combate tan mortificante; se pudo oír el crujido de sus clavículas y el hondo suspiro de ahogo que escapó de la garganta de Mazón; parecía que estaba a punto de desvanecerse, y cuando Ochoa se disponía a aplicarle por tercera vez su mortífero golpe —y un tanto extrañado de que hubiera soportado dos, lo que constituía ya todo un récord para un luchador— sonó el gong que salvó a Mazón de una caída inevitable y seguramente fatal. Ochoa —todo hay que decirlo— se retiró limpiamente, en modo alguno intentó rebasar la cuenta del tiempo para rematar a un adversario sorprendido con su defensa desmantelada, seguro de que le sobraban dos de los tres asaltos que restaban para acabar con un enemigo tan severamente castigado.

El breve minuto de descanso apenas sirvió a Mazón para rehacerse y saltó de nuevo al cuadrilátero con una mirada perdida, dispuesto al sacrificio; o tal vez era una finta, porque un hombre que había resistido por duplicado la triple Ochoa había de tener una resistencia de la que guardara buenas reservas; el caso es que Ochoa —convencido de que lo tenía a su merced— fue derecho hacia él con los brazos abiertos como redes y el pecho descubierto, por lo que a Mazón no le fue difícil esquivarlo; de nuevo cundió la persecución de los primeros asaltos, pero en uno de sus acosos, Ochoa, de nuevo impaciente, se precipitó y cometió un grave error al colocar mal su

pie izquierdo, circunstancia que aprovechó con su diabólica presteza Mazón para lanzarle con las piernas un torniquete a los tobillos que dio con el navarro en tierra, donde le golpeó en la región lumbar; rodando por la lona, por primera vez tuvo Ochoa que retirarse para erguirse de nuevo con una actitud más precautoria.

El penúltimo asalto fue una repetición de los primeros, pero a punto de terminarse Mazón descubrió un arma que hasta entonces había mantenido oculta — extremadamente arriesgada y sólo utilizable frente a un hombre lento o fatigado— y que utilizada con mucho tino hizo que Ochoa se tambalease de nuevo, un tanto perplejo. Toda la concurrencia esperaba un resultado nulo cuando, pasada la mitad del último asalto, en un momento un tanto inocuo y separados ambos luchadores, se vio cómo, sin propósito aparente, Mazón daba un descomunal salto hacia atrás que Ochoa interpretó como un intento de ruptura de su acoso —algo muy poco deportivo— para contemporizar y llegar al final del combate con un resultado nulo, muy satisfactorio para el debutante; resuelto a no tolerarlo se lanzó por él con la cabeza baja y Mazón lo recibió con un rodillazo que le colocó firme y con la guardia baja; en lugar de golpearle directamente de nuevo sacó Mazón su arma secreta: dio otro descomunal salto, esta vez hacia adelante, con las manos enlazadas y los brazos en alto, y antes de volver a tocar el suelo descargó sobre el cogote de su adversario un golpe de hacha, que sumaba la fuerza de sus músculos al peso de su cuerpo en movimiento, tan certero y enérgico que nada más recibirlo, Ochoa dobló las rodillas; pero antes de que con ellas tocara la lona, Mazón, con unos reflejos de insecto, se echó hacia atrás y arrodillado a su vez, con ambas manos enlazadas para hacer de sus brazos un mandoble, descargó un segundo golpe —simétrico del anterior— al otro lado del cogote que tumbó a Ochoa por tierra, con piernas y brazos abiertos como un San Andrés, sumido en un instantáneo y apacible sueño del que tarde despertó para ver en lo alto el brazo de su adversario alzado por el árbitro.

Así como el público de Pamplona al segundo golpe de Mazón se levantó de las gradas no sabiendo si aplaudir o llorar, el de Región no acertaba a abandonar sus asientos cuando León ponía punto final a su relato. Le sabía siempre a poco, quería volver a oírlo, no podía prescindir de esa repetición (más intensa sin duda que el primer contacto), gracias a la cual el buen relato emociona más profundamente que el mejor espectáculo: «¿Así que en el asalto número doce Ochoa le pilló y le aplicó su llave?», preguntaría uno. «¿Y por dos veces?», insistiría otro. Ah, era entonces cuando la oratoria del testigo presencial alcanzaba cotas sublimes; con el relato concluido, la audiencia ganada y sin otra cosa que hacer que cargar la suerte con brillantes y patéticas descripciones: «Sí, se puede decir que estaba todo perdido, era un hombre al que daban todos por acabado. Pero dentro de su actitud vacilante mantenía una mirada firme, alimentada por una secreta resistencia, la del hombre que conserva la fe en sus recursos...».

El testigo presencial, vez que pasaba por Región, era requerido para hacer las delicias de los aficionados con una nueva edición de su famoso relato. Lo había contado innumerables veces, pero con el pretexto de que siempre había alguien que no lo había oído de sus propios labios (sino de labios de terceros, lo que no hacía sino aumentar el interés por conocer la versión original) se imponía la necesidad de que lo contara una vez más. El relato, en esencia, era siempre el mismo, pero para cada nueva edición el testigo presencial se sentía obligado a añadir algo hasta entonces inédito y no sólo como propina, sino para suministrar a la mayoría del auditorio — que ya lo había oído en repetidas ocasiones— un nuevo ingrediente, otro detalle de interés, de renovado motivo de regocijo y una fundada razón para la sorpresa y sin otra intención que la de mantener viva la curiosidad o la adicción para la siguiente ceremonia. Con todo ello el testigo presencial demostró ser un consumado narrador que (como los buenos) tanto más partido sabía sacar de sus palabras cuanto más conocida era la historia que contaba. En la primera ocasión (de la que se arrepentiría siempre, por su estilo precipitado y aturdido) se limitó a decir que Mazón había ganado el combate, en el último asalto y con todas las circunstancias en contra suya. Poco a poco —y a lo largo de las semanas que siguieron, pues el testigo presencial era un viajante de comercio que antes de estos sucesos pasaba por aquellas tierras en un par de ocasiones al mes, cuando mucho, y que sólo por casualidad y para matar el tedio de una tarde calurosa en Pamplona, donde no tenía muchos amigos, había tenido la fortuna de convertirse en testigo presencial de la histórica velada— había ido ampliando detalles hasta dar una versión completa del combate, asalto tras asalto, en su mayor parte fruto de su retórica y en la que empero siempre cabría algo no dicho en la anterior ocasión.

El testigo presencial era hombre joven y animoso, con marcado acento palentino y aire gótico, que había tenido que bregar muy duro para abrirse paso en aquella profesión dominada por gente de Levante; nunca hasta entonces había gozado de particular relieve en Región —cuya comarca cubría más para tener un feudo propio que sus colegas tenían en olvido que por el volumen de sus ventas— ni nunca habría soñado con una oportunidad para hacer gala de sus numerosas cualidades ante una extensa y dispersa concurrencia —como la de aquel alocado y bravo postillón que sin abandonar su afición al vino llevó por toda la Inglaterra central la noticia de la victoria de Trafalgar, según cuenta De Quincey— de no haber sido elegido por el destino para llevar a las riberas del Torce la noticia del combate de Pamplona.

El mensajero —decían los clásicos de Grecia— ha de tener algo divino, y si su elección es correcta es muy posible que él mismo se convierta en héroe. Algunos teóricos de hoy —sin necesidad de recurrir a la erudición ni hacer referencia a los escritores de la antigüedad— han venido a concluir en que el vehículo y el modo de presentación de la noticia pueden ser tan interesantes y excitantes como la noticia en

sí, cuando no más, y dado que en el mundo moderno éstas no faltan nunca y cubren un campo más extenso que el de la más fértil imaginación, será menester cuidar aquéllos y dotarles de la mayor vivacidad posible si se quiere conseguir el efecto sobrecogedor que se persigue con la publicación de la nueva. Así el que anuncia la llegada del nuevo Mesías o del joven Sebastián ha de estar tan convencido de ella y tan persuadido del poder del anunciado para salvar a su grey de los males que la aquejan que no podrá tolerar que alguien le aventaje en su fe y pueda propagar la noticia con más calor y convicción que él mismo; y por eso insistirá —cada vez que toma la palabra— en denostar a sus oyentes con el epíteto que califica lo que menos teme: descreídos, pues mientras muestren atisbos de cierta indiferencia hacia su profecía con más vehemencia le harán creer en ella y con palabras más arrebatadas la repetirá en cada ocasión que se le presente. De esa forma su personalidad y sus convicciones aumentan con su oratoria, su ardiente palabra no es más que un reflejo del fuego que abrasa su alma y es tal la velocidad con que el incendio consume sus entrañas —en triste comparación con la lentitud con que su fe se propaga por la muchedumbre— que pronto (en cuanto el mesías se hace esperar) empieza a personificar su mixtificación y a convertirse en lo anunciado para, mediante una sutil suplantación por nadie percibida, relegar a un plano del olvido a la criatura de su imaginación y tras sustituirla por su carne, sus huesos, su sangre y su palabra, subrogar sus actos para transformarse en salvador de la comunidad.

Pronto la saturación de su relato obligó al testigo presencial a incluir ciertos detalles sobre la vida de Mazón, anteriores al combate, que, por supuesto, no conocía ni de oídas. El testigo presencial observaba, con creciente satisfacción, que en cada visita al valle su parroquia aumentaba. Entre otras cosas, al final del verano vendía con suma facilidad todos sus artículos; si antes necesitaba dos días para colocar el contenido de una bandeja para mediados de septiembre le bastaba dejar el cajote abierto —y todos los artículos extendidos sobre una manta, con un chico contratado para controlar las ventas— en la esquina del Cuatro Naciones para liquidar toda su mercancía en una tarde, mientras se desarrollaba la tertulia, y volverse a Macerta o León sin una navaja ni un collar, pero con una extensa hoja de pedidos a sus suministradores. Pronto su fama se había de extender por el valle a varios puntos del cual fue personalmente invitado para, en el salón de sesiones del ayuntamiento o en la taberna de la plaza o en la puerta de la iglesia o en la explanada de la feria relatar a la comunidad el combate de Pamplona. Así que pronto su visita al valle pasó a ser de cuatro días cada quincena: dos en Región, uno por Bocentellas, Cerverola y Burgo Mediano y un cuarto por El Auge —donde los Mazón tenían mucho predicamento— y Cabeza del Torce; cuatro días en los que —a mediados de octubre o principios de noviembre— vendía cuatro baúles de baratijas: toda clase de artículos de cuchillería y cosmética, peines, bisutería, jabones y aceites esenciales, tijeras de esquilar y alguna

que otra pieza de alta ferretería, todo ello sazonado con muestras de regalo para las mujeres y pequeñas chucherías para los niños. Y aún le quedaban vírgenes los campos de Etán, El Salvador y Juelves.

Pero, naturalmente, cuanto más aumentaba su parroquia, más se le exigía; habiendo observado que existía una proporcionalidad entre el incremento de sus ventas y el número de detalles nuevos que en cada ocasión introducía sobre el combate de Pamplona y la vida y hazañas de Mazón antes y después de él, y no teniendo por qué conformarse con la estabilización de un mercado que cada quincena se mostraba más ávido de sus productos —y ninguna muestra daba de una próxima saturación—, cualquiera que fuese la Naturaleza de éstos, se vio en la necesidad —por un lado— de preparar sus charlas con cierta anterioridad a la jira por el valle e inventar toda una vida y un anecdotario de su héroe —cosa bien fácil— y —por otro— ampliar su campo comercial con productos que hasta entonces no había trabajado nunca y nuevos suministradores que no vacilaron en designarle como representante y agente exclusivo para la comarca regionata. Así, en breve espacio de tiempo pasó de ser viajante de comercio a ser agente, y fundamental, primordial y esencialmente agente sería a partir de aquellas fechas.

En cuanto agente, la noticia de su venida era precedida del rumor de su venida que alguno traería de la estación de Macerta, a la que —dos días antes de descender su propietario del mixto de Palanquinos— llegaba facturado su cargamento, cuatro hermosos baúles de fibra de madera, con tapa curva, rejilla de mimbre y nervios y cantoneras metálicos, con una elegante chapa de bronce que ostentaba el nombre de su propietario: Ventura León. El mismo día que el factor de Macerta recibía el cargamento, la noticia salía del hall del Cuatro Naciones —pues ya antes de la instalación de la línea telegráfica los rumores y anuncios de desgracias volaban por un éter dispuesto al inalámbrico gracias a una tradición que preparaba para la tragedia antes de que se produjera, como en las costas de Noruega— para con sus cuatro palabras, «Mañana llega el agente», levantar en el valle una expectación, un entusiasmo y una sensación de alivio que con toda seguridad no se habían producido desde los días de la llamada a las armas —desde los atrios, los púlpitos y los balcones— para luchar contra el invasor francés. Ya no eran baratijas, sino artículos de primera necesidad, incluso remedios médicos y farmacéuticos y productos contra las plagas y epizootías, de suerte que el paisano asolado por una grave preocupación podría contar siempre con el consuelo de su colega: «Espera a que venga el agente, hombre, que seguro que tiene lo que necesitas». Y después de cubiertas las primeras necesidades vendrían los indicativos de un cierto bienestar (sin abandonar la cuchillería ni la cosmética, de la misma manera que el gran industrial conserva el pequeño comercio de donde nació todo) como el azul de Vergara, las cretonas y los abonos, las pólizas de seguros y los materiales para cerramientos y vallas, los papeles

pintados y los raticidas, todo mediante catálogo, hoja de pedido y expedición contra reembolso. Con la ampliación de sus actividades la noticia de su llegada dejaría de ser oral y tomaría la forma de un gran cartel apaisado, de dos metros de longitud, con los colores de la enseña nacional y un lacónico: «Mañana, VENTURA LEÓN», que en los muros, en las tapias y en los tolmos aledaños a las carreteras y caminos, surgirían de la noche a la mañana con la violencia y espontaneidad de una floración de amapolas.

Con todo, el centro de aquel soleado y próspero panorama estaba ocupado por una sombra; el primer salto hacia la popularidad y la fortuna (no acumulativa, pues todo lo que ganaba en una tarde podía perderlo en una sesión de noche, tan apasionado del naipe como impenitente perdedor, capaz de montar una timba sobre la punta de una espada) lo había ejecutado durante la larga ausencia de Mazón tras el combate, y gracias tanto a la poca afición del regionato a salir de su tierra cuanto a la escasa afluencia de viajeros por el valle, no era fácil que el agente topara un día con una persona que pudiera salirle al paso, en todo o en parte de su relato, acusarle de superchería y desmontar una industria cimentada sobre tan inconsistente ventaja. No era eso lo que más temía Ventura León. Sus mayores aprensiones, una vez lanzado a la carrera del éxito y no teniendo otra alternativa para continuarla que hacer de su industria una necesidad regional, procedían de la sombra que su propio héroe proyectaba sobre su relato, el cual tenía que prodigar menos (hasta que llegara el día en que pudiera prescindir totalmente de él) a medida que se afirmara su negocio; pero aun así no veía el día en que tal relato fuera olvidado, tal había sido el entusiasmo despertado por él. Y, aun a distancia, temía a Mazón; un día u otro habría de volver a casa y encontrarse con un renombre, con toda una leyenda en torno a él, que bien podían enojarle si demostraba ser más amigo de la verdad que de sí mismo; en previsión de ello el agente no había vertido acerca de él más que lisonjas y admiración, pero ¿qué se podía esperar de un Mazón y, a mayor abundamiento, de un hombre que desentendiéndose de su familia y de su patrimonio había malvivido muchos años con el sueldo de un trabajador tan sólo con objeto de prepararse para un combate desconocido para todo su pueblo? ¿Qué venganza no sería capaz de tomarse —aquel Aquiles— si, por desgracia, no resultaba de su gusto la pintura que de él había trazado el agente?

En uno de sus momentos de euforia —y dentro de su política de consolidación de los resultados obtenidos, con vistas al mantenimiento de su negocio sin contar con las ventajas de que había disfrutado— el agente había estado a punto de adquirir un carro —un carro pesado y robusto, de los que llaman galeras, provisto de capota y cesta, y tan grande como para poder extender en él un colchón— a un paisano que estaba dispuesto a cederlo, junto con su par de tiro, en muy buenas condiciones y con el que tenía pensado dar un nuevo giro a su actividad y rehacer su economía, pues buena

parte de sus gastos se iban en viáticos. Además de orador ingenioso y elocuente, hábil prestímano, jugador empedernido y recalcitrante mujeriego, el agente era un tanto trotamundos, y la posibilidad de vivir durante el buen tiempo sobre un carro propio, haciendo noche en descampados en lugar de fondas, casaba bien con un carácter poco dado a mantener vínculos fijos y casi obligatorios con casas y personas. Tras descubrir los mercados que ofrecían los burgos podridos del valle había decidido restringir la geografía de sus actividades y limitarse a viajar por aquel sector del noroeste peninsular donde la experiencia de aquel verano le había demostrado que tanto su oratoria como sus artículos despertaban un entusiasmo tal como para vivir de él, y además estaban las mujeres de los pueblos, más atrevidas en muchos aspectos que las de las villas populosas.

Parece ser que dentro de esa política Región y el valle del Torce jugaban un papel central, tras el descubrimiento del filón, y que la primera sería elegida como feudo o base de operaciones desde la que emprender sus correrías entre la Contrera y Mantua, entre Jueves y La Matanza, y aún más allá de esas sierras, aun cuando sospechara, con toda razón, que el buen recibimiento en la cuenca del Torce nunca vendría acompañado por otro del mismo orden en la cuenca del Lerna.

Pero puesto en tal tesitura no podía perder de vista la reacción que acertara a provocar en su héroe, ignorante hasta la vuelta a su casa de la manipulación de que había sido objeto por parte de un desconocido. Tal reacción era, por el momento, imprevisible, y como bien podía resolverse en un arrebató de furia o en una amenaza de palabra o de obra que le impidiera, sin aceptar ciertos riesgos, volver a poner los pies en Región, el agente estaba decidido a no correr el suplementario riesgo de una comprometida inversión y demoró la adquisición del carro hasta tanto regresara Eugenio Mazón de su larga excursión por tierras de Navarra y supiera a qué atenerse respecto a él.

Además el agente estaba seguro de que el propietario del carro podía esperar y no porque no le urgiese tener en sus manos el importe de la transacción, sino porque sabía muy bien que no existía en muchos kilómetros a la redonda, y tal vez en toda la provincia, una persona dispuesta a adquirir aquel carro, y aunque fuese a un precio muy por debajo de su valor. No es que aquel carro estuviera maldito; de haber alguien maldito lo era su propietario, marcado —por voluntad propia— por un trágico destino que a los ojos de sus paisanos y vecinos —y no así para el agente, capaz como ninguno de convertir una superstición en una operación lucrativa— se extendía a todas sus propiedades y bienes. En primer lugar había intentado vender su casa, a un precio de ganga, a fin de poder abandonar de una vez aquella tierra maldita e iniciar una nueva existencia dondequiera que fuera recibido sin recelo, es decir, dondequiera que su pasado no fuera conocido. Pero nadie, ni en muchos kilómetros a la redonda ni seguramente en toda la provincia, compraría aquella casa, perdida en una hondonada

de San Lobatón, de la que rara vez salía y si lo hacía era casi con el desesperado propósito de no volver a ella.

Pues era él el primero que sufría de la superstición. La casa no ofrecía nada de particular —era una edificación lóbrega y tosca, de dos plantas que parecían una— y la tierra no valía nada, un pequeño huerto donde cultivar unos nabos y unas berzas para alimentar un par de cerdas y un erial del que a duras penas podía obtener un celemín de centeno, rodeado del bosque de hayas y abetos del que, cuando menos una vez al año y en el momento más inoportuno, surgía la alimaña para cobrar en forma de gallinas o ternero la contribución sobre la leña que beneficiaba de él. Y, por si fuera poco, devaluada y entenebrecida por el crimen —o la serie de crímenes— que en ella se habían cometido.

No le faltaba cierta razón al paisano de San Lobatón al pensar que su carro —antiguo, pero robusto, en buen estado de uso— y su par de todavía jóvenes mulas constituían un patrimonio de más fácil enajenación que la casa, a cuya propiedad estaba dispuesto a renunciar para abandonarla sin más, a merced de quien quisiera ocuparla, por lo que con cierta frecuencia bajaba a Sepulcro Beltrán o se llegaba hasta el mercado de Jueves, los primeros miércoles de mes, en busca del ansiado comprador. Fue un día de mercado en Jueves —que por primera vez se veía amenizado por la presencia, las palabras y el baúl de Ventura León— cuando el paisano —un hombre esquinado y contraído por sus propias miradas de recelo— entró en conocimiento del agente que ante la aglomeración del público y sin más expediente que un gesto de cabeza y mano, con una pequeña reverencia y una sostenida mirada de simpatía para obtener su beneplácito, optó por subirse a la trasera del carro para dirigirse a la multitud. No tenía por qué sospechar el agente que la resistencia de la multitud a arrimarse para escuchar sus palabras procedía de la repugnancia que le inspiraba el solio elegido para lanzar al aire soleado y polvoriento de la plaza sus primeras palabras. Era la primera vez que pisaba Jueves y era, por tanto, natural que atribuyese tal resistencia a la tradicional oposición con que todo nativo de aquellos pagos, sobre todo en manifestaciones colectivas, recibía cualquier novedad tanto en el campo del comercio como en el de la cultura. Así que, acostumbrado a tales reacciones y dispuesto a entrar como fuera en aquel bullicioso y succulento mercado, Ventura León afinó sus habilidades y apretó las clavijas de su oratoria o, como decía un pensador de nuestro tiempo aficionado a la mitología y algo también a la cinegética, «abrió el portón de los centauros» para echarlos a correr en medio de la plaza. Poco a poco los hombres —primero un joven, como siempre, tal vez un recluta de permiso— fueron arrimándose para observar atónitos cómo aquellas enormes y relucientes tijeras —con esos enérgicos, limitados, sucintos y casi opuestos trazos que definen el temperamento del artista, poco menos que convertido en un autómatas dirigido por un poder ultraterreno cuando se halla inspirado—



recortaban una silueta sobre una página suelta de La Esfera y cómo tras hacer una pelota de la parte sobrante y arrojarla lejos de sí con un gesto que aunaba munificencia y desprecio (y con olvido de que tal parte fuera tan artística como la que conservara, como el molde de la misma, complemento de ésta para formar la hoja de la publicación, algo así como el bloque cúbico del escultor) exponía con un brazo extendido el fruto de su célebre trabajo: una enorme mariposa que con sus alas y antenas desplegadas, con un doblez en su eje y un golpe de aliento en su cabeza, fue echada a volar por encima del corro de paisanos admirados que lo recibieron con ese acromático «¡Oh!», reproducción en pequeño del universal reflejo de pavor que se elevará en el *Yankee Stadium* o en la explanada de Lourdes y con el que (según dicen) se inaugurará un día de las postrimerías el congreso del valle de Josafat.

No será necesario añadir que en pocas horas Ventura León acertó a vender en el mercado de Juelves todo el surtido de navajas, peines, artículos de higiene y cosmética, pegamentos y cintas atrapamoscas que había seleccionado para introducirse en aquella plaza. Ni tampoco que, sentado en la trasera del carro para llevar a cabo un primer y sumario arqueo, entrara en tratos con aquel codicioso paisano ávido de emprender la fuga que no podía contemplar la pequeña caja de acero niquelado donde el agente guardaba el producto de sus transacciones sin ver en su interior la realización del reiterado sueño de sus largas noches de soledad e invierno. Muy probablemente no había visto en mucho tiempo tanto dinero junto y considerando que tardaría mucho más en volverlo a ver, sin pensarlo dos veces y sin tomar otra precaución que la de no ser observado por algún conocido, se dirigió al agente para reclamarle —con el gesto de sibilina humildad que esconde una velada amenaza— el alquiler del carro por toda la jornada.

No había pensado (o no estaba preparado para ello) Ventura León que la utilización del carro como escabel pudiera devengar una cuota y en un principio trató de eludir la demanda y compensarla con una invitación a la taberna; pero el paisano se negó a ello porque lo último que deseaba era entrar en la taberna —repleta a aquellas horas de un personal eufórico que, entre naípe y naípe y sujeto todavía a la fascinación de la novedad, intercambiaba los objetos recién adquiridos para despertar la envidia del prójimo y reafirmarse en su propio talento adquisitivo— y ser el objeto de tantas miradas de recelo y encono; así que tras una dilatada negociación el agente no tuvo más remedio que abonar una cantidad, muy inferior a la pretendida por el propietario del carro y no tanto en concepto de alquiler por aquella tarde cuanto como paga y señal de su definitiva adquisición en fecha próxima.

En su segunda visita a Juelves, un mes después, el agente ya sabía todo lo que había que saber sobre aquel hombre o, por lo menos, lo que más le interesaba respecto a la urgencia para comprar el carro en unas condiciones poco menos que únicas e irrepetibles: no que el paisano de San Lobatón podía, sino que forzosamente

tenía que esperar su decisión —y aguantar el tiempo que él quisiera—, pues de ninguna otra parte le llegaría jamás una oferta parecida a la suya. En su segunda visita apenas vio al paisano que adoptó una actitud retraída y suspicaz —a pesar de su impaciencia por ultimar la venta—, poco dado a dejarse ver en público y a conceder ocasión a las miradas de reojo y los comentarios al oído que suscitaba su presencia. Antes de que un miércoles por la tarde el agente abandonara Jueves de vuelta a Región, con el producto de la venta de dos baúles de restos, el paisano apostado tras un seto le abordó. Al principio le exigió el pago de la cantidad adeudada, a cambio de la entrega inmediata del carro y las mulas que había arrendado en una era de las afueras del pueblo, a lo que el agente se resistió y negó finalmente alegando su incapacidad para satisfacerla en toda su cuantía, así como su libertad para llevar a cabo la compraventa en la fecha que a él mejor conviniera y que, si se desarrollaban como él esperaba ciertas operaciones en que estaba muy interesado, podría situarse en un plazo de uno o dos meses. Ventura León pensaba, naturalmente, en la vuelta de Eugenio Mazón. El paisano, a causa de las intencionadas noticias que habían llegado hasta él, temía que no podía esperar tanto y le preguntó por la cantidad que estaba dispuesto a entregar *ipso facto*; Ventura León le contestó que ninguna, puesto que la venta no había salido como él esperaba y tan sólo serviría para cubrir gastos. El paisano le miró mal, pues sabía que le mentía e insistió en su demanda, pero sin poder apelar al apremio en que se veía y que el otro, sin entrar en detalles, conocía de oídas. Ante la cerrazón del agente el paisano rebajó su oferta a la mitad, a cambio de la entrega inmediata del dinero. Era una oferta muy tentadora, que podía aceptar y ventilar en aquel mismo instante para hacerse sin más con la propiedad del carro y del par. Pero hubo algo que le retuvo —la ignorancia respecto a la vuelta del héroe, y aun cuando la adquisición del vehículo ya no supusiera la misma inversión, la vuelta a Región de noche, su impericia para manejar el trasto y los animales, la convicción de que una nueva moratoria obligaría a su dueño a rebajar más el precio—, por lo que el paisano se tuvo que volver a su casa con su carro y sus mulas, con otro pequeño adelanto en el bolsillo —que no le sacaba de apuros, tan sólo le serviría para ahogar la espera en castillaza— y la promesa en firme de que en la próxima visita del agente a Jueves, quizá antes de un mes, cerraría la operación por la cantidad convenida.

Al paisano, de vuelta a su casa, le sobraba tiempo para pensar que tal vez fuera demasiado tarde, envuelto en los más negros presentimientos. Su miedo no era infundado, ni mucho menos. Cada noche se le hacía interminable, no pegaba ojo y, como el condenado a muerte, sólo lograba conciliar el sueño, harto de castillaza, cuando la primera claridad denunciaba las rendijas de la contra. Vivía solo, a nadie podía confiar sus temores y de nadie podía esperar una ayuda. Muchas noches —insomne y embriagado por aquella mezcla de alcohol y miedo— se llegaba hasta el establo y atalajaba las mulas al carro, dispuesto a pegar fuego a la casa y abandonar

aquella maldita tierra para siempre. Pero en el último instante abandonaba el intento para echarse a llorar sobre la paja. Más que cobarde era avaro y con la misma frecuencia con que le amedrentaba la amenaza que pesaba sobre él se decía que todo eran intrigas para deshacerse de él y arrebatarle sus propiedades.

Sabía, por noticias no dignas de todo crédito, que su sobrino estaba a punto de salir del penal de Santoña. No era, pues, la amenaza lo que le atemorizaba —pues la amenaza existía desde hacía años—, sino la libertad de quien había jurado cumplirla. Su sobrino, acusado de un delito de homicidio (con atenuantes) y condenado a una pena de diez años de reclusión mayor, a punto estaba de salir a la calle gracias a su buena conducta, a la amnistía del 16 de febrero y —según algún voceras— para evitar la reapertura del sumario y revisión del proceso que alguien se permitió impedir a cambio de la anticipada libertad del reo. Pero el mismo voceras aseguraba que el reo —con todo y su buena conducta— había hecho saber que no quedaría libre de su venganza —así le cayeran otros veinte años— quien, faltando a la verdad, al juramento y a la religión, con su falso testimonio, había dado con sus huesos en la cárcel, acusado de un delito que ni había cometido ni había podido cometer. Y que tardaría en tomarse su venganza lo que tardase en llegar a San Lobatón desde Santoña.

Se trataba de un sórdido crimen rural que en Región apenas recordaba nadie, que sólo se mantenía vivo en la memoria de la comarca de Juelves en virtud de las diligencias y rumores que en su día había provocado. Cuyo misterio, con el prendimiento por la Guardia Civil de un muchacho huérfano, había quedado poco menos que resuelto y a cuya definitiva sentencia, dictada por el juez de una lejana audiencia y no recurrida, nadie había prestado demasiada atención porque ni siquiera había revestido la importancia suficiente como para ser publicada en los papeles.

Un hombre que poseía bastantes tierras en los términos de Región, Sepulcro Beltrán y Juelves, soltero y emparentado con los García Menor, un hombre que no tenía familia y que se había señalado por su mala voluntad hacia su rico pariente a quien no perdonaba su encumbramiento y acusaba de deshonestidad en antiguas testamentarías, apareció un día muerto de un porrazo en la cabeza, detrás de la cerca de un camino que conducía a una de las granjas de La Tomiñera. Aquel hombre, que nunca había tenido necesidad de trabajar y consumía la mitad de sus rentas en tratos con mujerzuelas, a sus cincuenta años se había encaprichado con la hija de uno de sus vecinos del que le separaba una cerca de piedra, pero al que le unía su enemistad con García Menor. Era un pobre hombre —medio loco y cargado de hijos, todos varones menos la primogénita— que apenas podía alimentar a su familia con su parcela y arrastraba con su poderoso vecino un largo, reñido y a veces violento pleito por la posesión y el uso de las aguas de unos manantiales que nacían en las lindes. Un hombre que vio el cielo abierto con la posibilidad de casar a su hija y convertirla en

heredera de unas tierras mucho más extensas que las que él y sus hijos pudieran trabajar.

Pero la hija, como acostumbra a ocurrir en los dramas rurales, tenía un novio al que había jurado ser suya y que, en rigor, se lo había tomado en serio; tan en serio como para reiteradamente amenazar de palabra al terrateniente con abrirle la cabeza si volvía a verle rondando la granja de su prometida y obsequiando a su padre para ganar su favor; un favor que, en verdad, tenía ganado de antemano sólo con la promesa de hacerla su esposa y que llevó al padre a prohibir las visitas del otro pretendiente y a predisponer contra él el ánimo de sus cuatro hijos, cuatro niños ávidos de peleas y palizas. El terrateniente, en efecto, apareció un día de invierno con la cabeza abierta como una granada madura por efecto de un golpe en la nuca que lo dejó seco, tendido boca arriba y sonriente.

A los dos días de levantado el atestado el juez dictó orden de busca y captura del prometido que, gracias a un soplo —con toda evidencia de la propia Daniela—, antes de que la Guardia Civil se personara en la casa de San Lobatón, donde vivía acogido a la caridad de sus tíos y trabajaba de sol a sol para pagar el camastro y la comida, se echó al monte en dirección a Mantua. Probablemente fue eso lo que le perdió, mucho más que las amenazas reiteradamente proferidas o de los inconsecuentes indicios de culpabilidad que el juez advirtió en su conducta antes, en y después del día de autos, pues por aquellas fechas —y en buena medida todavía en nuestros días— al monte, y sobre todo en dirección a Mantua, sólo se echaban los delincuentes, los extraviados de la razón, los marginados, los lunáticos y algún que otro aventurero irresponsable. Pero no se atrevió a adentrarse en Mantua, quizá porque no era tan arrebatado e insensato como luego se dio en suponer, y la Guardia Civil no tardó en dar con él en un aprisco abandonado, aterido de frío y muerto de hambre, empero confiado en su inocencia y convencido de que cualquier cosa era preferible a tratar de sobrevivir en aquel monte en el mes de febrero.

Todos los indicios de culpabilidad se basaron en un mango de azada con muestras de sangre, en la reiteración de amenazas de muerte proferidas en el marco de la rivalidad amorosa del difunto con el muchacho y en su incapacidad para dar cuenta de su conducta la tarde del día de autos; incluso su novia —de nombre Daniela, Daniela Gilvarey— hizo todo lo imposible para encubrirle, llegando a forjar una coartada que sólo sirvió para escandalizar al juez y obligar a su padre a intervenir cerca de él y en compañía de sus hijos, para desmontarla. Por un cúmulo de circunstancias todo se volvió contra él (el prometido) o contra ellos. Es posible que aquella tarde de amor fuera real, pero nunca sería verosímil para un juez no dado a contrastar los gestos de sacrificio con los hechos contundentes: una caseta para guardar los aperos de labranza, situada a poca distancia del lugar de autos, muy poco apropiada para una tarde de amor y donde por si fuera poco en el primer registro fue

hallado el funesto mango. En cierto modo Daniela resultó tan condenada como su amante a causa de una confesión que si no lograba abrirse paso como coartada le conducía a una suerte pareja; si no la cárcel, al menos la extradición. Había despertado cierta notoriedad, más de uno repararía en su porte y en su gesto desafiante, pero tras haber perdido el mejor partido al que su familia pudiera aspirar, su padre —un bobo— se negaría a recibirla y mantenerla como mujer deshonrada, sin posible salida ya en el mercado de los matrimonios vecinales. Así que tenía que irse de casa pues, además, con aquella planta, con tal descaro (pues ni su padre ni sus violentos y deslenguados hermanos podían llamar de manera más suave el gesto de la naturaleza apasionada dispuesta a sacrificar su buen nombre de por vida) no le sería difícil encontrar —siempre que fuera lejos de Jueves— un hombre dispuesto a pagar, cada noche o de una vez para siempre, por llevarla a su cama.

El muchacho había declarado que el día de autos se hallaba fuera de su casa para llevar a cabo ciertos trabajos que su tío le encomendaba o agenciaba para ganarse unas perras, muy de vez en cuando; que había abreviado lo más posible para reunirse cuanto antes con su novia, en la caseta de las herramientas, pues sus encuentros eran cada día más difíciles; que allí había permanecido, en su compañía, las horas anteriores y posteriores al crimen y que nada había advertido ni nada sabía de aquel mango que no era suyo. Pero el sumario quedó prácticamente cerrado y listo para ser remitido a la Audiencia en cuanto Eduardo Vázquez —su tío político, marido de una hermana de su difunto padre—, casado y sin hijos, vecino de San Lobatón, pedanía de Sepulcro Beltrán, declaró que en modo alguno había encargado a su sobrino un trabajo fuera de la casa, pues bastante tenía dentro de ella, sobre todo en aquellos días y precisamente el de autos, extrañado de su ausencia, le había estado buscando por los alrededores sin lograr dar con él hasta bien entrada la noche en que llegó desabrido y un tanto fuera de sí, sin avenirse a entrar en razones.

Un abogado de oficio aconsejó al muchacho que confesara que se había producido un encuentro y una riña, que en el curso de ella se habían calentado los ánimos y que en un arrebato le había propinado un palo a su rival; con todo lo cual él (el abogado) podría aducir unas cuantas circunstancias atenuantes —la necesidad, la legítima defensa (pues el palo lo portaba la víctima hasta serle arrebatado), la provocación por estímulos tan poderosos que dieron lugar al arrebato, la posterior obcecación— que redujeran la pena a una breve y pasajera estancia en la cárcel. Le cayeron diez años. A los pocos meses de trasladado el joven a la prisión de Macerta —en espera de la celebración del juicio— la mujer de Eduardo Vázquez (el hombre que en verdad selló su suerte, que como huérfano le había acogido en su casa para, con el pretexto de la caridad, contar con dos brazos que le dieran de comer) era encontrada muerta en su casa, colgada de una viga de la cocina y con ciertas muestras de violencia en la cara —arañazos y erosiones— que para el mismo juez que dictó la

suerte de su sobrino de carne, constituyeron pruebas irrefutables de un súbito ataque de locura, no infrecuente entre los campesinos, pastores y leñadores de aquellos montes. Antes de eso, a los pocos días del traslado, su prometida —una mujer de temperamento, incapaz de vivir bajo el mismo techo que un padre y unos hermanos que, lejos de secundarla y con el pretexto de la defensa del buen nombre del apellido —Gilvarey—, habían formado parte de la colusión contra la pareja— abandonaba su hogar (dejado en manos masculinas e insensatas) para buscar trabajo como sirvienta en cualquier casa de Región que pasara por alto el desdoro que había echado sobre sí misma. Y si no en Región, en Macerta; y si tampoco en Macerta, en León, Palencia o Zamora.

Sin embargo, hubo ya entonces un individuo que empezó a barajar la hipótesis de la inocencia del muchacho. Era Cristino Mazón, estudiante de derecho y con aficiones penalistas, que en sus frecuentes viajes y estancias en Región se interesaba por casos como aquél y gracias a su incipiente amistad con los funcionarios de la Administración empezaba a tener acceso a los juzgados, las notarías y los registros. Así supo que las tierras del difunto habían pasado a propiedad de su vecino y pariente lejano —Atanasio García Menor, el más poderoso de los Atanasios—, con quien la víctima, fallecida sin hacer testamento, nunca había guardado especiales relaciones de amistad. Posteriormente vino a tener noticia —nada secreta, por otra parte— de la vida desordenada y ostentosa que al poco de su viudez dio en llevar Eduardo Vázquez, que a causa de su soledad cerró la casa de San Lobatón para refugiarse en los peores andurriales de Bocentellas y Burgo Mediano. A partir de ahí poco había de necesitar (sin salir por el momento del terreno de las especulaciones) para concluir que la declaración de Eduardo Vázquez al instructor del sumario era el producto de una compra por parte de quien había preparado o cometido el crimen y llegó a suponer que la ausencia del muchacho de su casa —que nunca quedó explicada— obedecía a un plan premeditado entre su tío y el beneficiario en último término del porrazo de La Tomiñera. Muy posiblemente en un principio Cristino Mazón se dejó llevar por sus aficiones al misterio y el complot y no midió el alcance de sus palabras; pero si se condujo con ligereza en una sobremesa del Casino pronto el hombre avisado y competente (que en pocos años demostraría adónde podía llegar) comprendió el peligro que suponía la tenencia de semejante arma. Y sin duda rectificó o, por lo menos, detuvo el crecimiento de la conjetura. Pero comoquiera que fuera Eduardo Vázquez —sin duda por culpa de su imprudencia y de sus malos pasos en lugares de mala nota, donde, por poco tiempo, dio en gastar un dinero que nadie sabía de dónde le podía venir— se vio de la noche a la mañana embutido en el sambenito de la maldición, rehuido de amigos y conocidos, y señalado por el destino para un final trágico. Del que por el momento le liberó una mano más previsora que caritativa —y quién sabe si movida por Cristino Mazón— que lo sacó de un tugurio,

le despejó una borrachera, lo vistió, le entregó un paquete de monedas, lo subió a un carro tirado por dos relucientes mulas y lo despachó para la vieja casa de San Lobatón, con la promesa (obtenida sin duda bajo amenazas) de salir de ella lo menos posible, no dejarse ver por los tugurios de la vega y no irse de palabras. Vuelto a su casa y desacostumbrado al trabajo, malvivió en ella —gracias a alguna ayuda que le llegaba sin puntualidad— por espacio de algunos años, pero cuando llegó a sus oídos (quién sabe si vertida por un piadoso informante que bien la pudo recibir de Cristino Mazón, el hombre más informado de Región en aquella clase de asuntos) la noticia de que su sobrino —por las razones antedichas— estaba a punto de abandonar el penal antes de cumplir la sentencia, ya no pudo conocer el descanso ni conocer otro sueño que el inspirado por el alcohol. Un primer impulso a pedir ayuda a quien, según él, estaba obligado a darla debió quedar abortado o replicado por una advertencia lo bastante seria como para coartar el más tímido intento de coacción; y cuando comprendió que nada le cabía esperar, se encerró en su casa, con las trancas echadas y la escopeta cargada siempre al alcance de la mano, en espera de que la venta del carro le permitiese escapar para siempre de aquel funesto lugar.

\* \* \*

Un día de finales de octubre o mediados de noviembre corrió la voz de que al fin Eugenio Mazón había regresado a su hogar. A pesar de que gracias a la campaña de propaganda llevada a cabo por Ventura León contaba en toda la comarca con un considerable número de incondicionales partidarios, ansiosos de verle y estrechar su mano, pasó bastante tiempo antes de que alguien pudiera presumir de haberlo conseguido. Al igual que en su primera venida, apenas vio a su madre y cambió tan sólo unas palabras con su hermano Cristino; sólo lo necesario para organizar su acomodo a conveniencia de los tres. Fiel a las costumbres adquiridas durante su primer matrimonio, Laura Albanesi a principios de octubre se trasladaba, tras el verano, a la casa de la plaza de la Colegiata, dejando la de la vega cerrada y encomendada al cuidado de unos guardas pues, como muchas personas adineradas que se pueden permitir toda clase de caprichos, era muy mirada para los gastos de calefacción.

Eugenio decidió —porque le pareció la mejor solución para no aumentar la desavenencia entre su madre y su hermano y porque tal como estaban las cosas lo consideró el campo más neutral, que no le obligaba a tomar partido por una o por otro — permanecer todo el otoño y el invierno en Región y acomodarse en la casa de la vega donde sólo de tarde en tarde sería importunado por las visitas familiares. Era una casa grandona y poco confortable en cuyo mantenimiento Laura no se había esmerado —porque nunca le tuvo apego—, amueblada con todos los desechos de sus otras propiedades. Allí Eugenio, con unos pocos traslados y las pequeñas adquisiciones que le permitieron los restos de su bolsa, instaló un gimnasio y un cuarto de duchas, el primero que se introdujo en el país —y que había de causar una cierta sensación—. Para ello tuvo que escribir a unos amigos de Bélgica por cuya mediación le fueron enviados desde Inglaterra unos equipos sanitarios para cuya instalación le pusieron en contacto con un técnico en fontanería —el señor Erskine, de la casa Adamant que ya había recorrido aquellas tierras y trabado conocimiento, en el hall del Cuatro Naciones, con Ventura León, un hombre que podía saltar la barrera del idioma para llevar adelante la conversación. Laura Albanesi corrió con los gastos de aquella instalación, segura de que era una manera —si no la mejor— de acallar las posibles demandas patrimoniales de su primogénito y de ganarle para su bando en su litigio con su segundo. Entre otras cosas, la obra obligó al señor Erskine a permanecer durante un mes en el Cuatro Naciones —que aprovechó para hacer la propaganda de los aparatos Adamant—, donde sin duda puso a Ventura León al corriente de lo que estaba ocurriendo en la casa de la vega. No podía por entonces sospechar que el enclaustramiento de Eugenio obedecía a su deseo de prepararse



físicamente para el combate que, tras su victoria de Pamplona, había quedado concertado con su rival, vencido pero no humillado y decidido a cobrarse la revancha en la próxima primavera y en unas condiciones que a lo largo del invierno habían de determinar los apoderados de ambos. Demasiado bien sabía Eugenio que la victoria de Pamplona se debía en buena medida a la sorpresa, al desconocimiento de la técnica de su rival con que Ochoa había saltado al cuadrilátero —en contraste con la secreta familiaridad que desde el anonimato y la distancia Mazón había adquirido con la manera de combatir de Ochoa, facilitada en buena medida por la popularidad del navarro y las noticias que acerca de él habían propagado los reporteros especializados —, como para despreciar la anulación de tal factor con vistas a su próximo encuentro que, de acuerdo con las reglas, habría de celebrarse en el punto elegido por el vencedor de Pamplona.

Antes de su segunda vuelta a Región había decidido Eugenio que no volvería a su fábrica de Charleroi, donde solamente podía contar con recursos y tiempo limitados para dedicarse a su preparación, y que un mínimo de respeto hacia su adversario —un profesional que había encajado su derrota con una deportividad que dejaba fuera de duda su honradez y que, por lo mucho que le iba en ello, concedía al desquite la máxima importancia— le exigía una plena dedicación al próximo combate. Pero nadie podía saber, por entonces, lo que Eugenio preparaba en la casa de la vega y no porque quisiera rodearlo de un aura de misterio, sino porque, como mucho, tan sólo lo había confiado al señor Erskine, quien por un lado sería incapaz de traducirlo a cualquier parroquiano del Cuatro Naciones y por otro —siendo también aficionado al deporte, aunque lo suyo eran los caballos— no podría nunca comprender que una conducta tan sencilla aportaba una nueva dimensión a la vida regionata y quién sabe si a la española. Pues de haberlo sabido y transmitido a Ventura León —su compañero de asiento más habitual en el hall— éste no habría vacilado ni en presentarse en la casa de la vega, para ofrecer sus servicios, ni en subir sin tardanza a San Lobatón para llevarse el carro, cosa que de haber hecho aquel otoño habría cambiado la presente historia. Y, por añadidura, el señor Erskine había conseguido ya un contrato para la instalación de modernos lavabos e inodoros en el Cuatro Naciones, decidido a remozarse para las fiestas de la próxima primavera y convertirse en el mejor hotel de la provincia; un contrato que le daba pie a pensar en la conquista de un extenso mercado —era la época del redescubrimiento de la riqueza minera de la cuenca, de la pureza y abundancia de la leche del valle, de las virtudes curativas de tantos manantiales y hasta de los caballos de Mantua— y no le dejaba tiempo que dedicar a las minutas querellas familiares de una pequeña ciudad extranjera.

Muy posiblemente entre las ideas modernas que había adquirido Eugenio Mazón durante su permanencia en el extranjero, la concepción del deporte como una actividad plena del individuo —y no como una mera expansión para sus ratos de ocio

— y la consiguiente acta de nacimiento del *sportman*, no necesariamente un hombre rico, pero sí con la holgura de medios como para costearse los gastos de una profesión todavía no valorada por el público, no ocuparían un lugar secundario. Por si fuera poco no podría olvidar que en aquellos países del Norte donde se había formado un *sportman* que ganara el favor del público —como era su caso tras el combate de Pamplona— se convertía de manera automática en servidor suyo, mediante un tácito contrato suscrito entre ambos y según el cual ambos se comprometían a darse mutua satisfacción en el cuadro de una recíproca fidelidad. ¿Y de qué otra fidelidad —se preguntaría Mazón, un pionero en España en estas materias— podía hacer gala un luchador —siempre obligado a buscar y a deshacerse de contendientes— sino hacia la propia lucha a la que un campeón no debería nunca engañar con una ocupación diaria en todo ajena a ella y aunque sólo fuera para corresponder a la devoción y puntualidad de un público que una vez que ha elegido su héroe no está así como así dispuesto a cambiarlo por otro cualquiera?

Cuando se supo en Región, a través de las defectuosas informaciones de Erskine y las confidencias ancilares, que Eugenio se disponía a permanecer en la casa de la vega durante todo el invierno para prepararse para el combate que había de tener lugar en la próxima primavera y cuando, por los mismos u otros conductos, también se llegó a saber que dependía de su voluntad que el combate se celebrara en Región —si así tenía a bien decidirlo— el entusiasmo que había sabido despertar por su figura Ventura León poco menos que se había de transformar en idolatría, tanto más firme y creciente cuanto más reservada era la vida del héroe y más enigmáticos y desconocidos su figura, sus costumbres y sus movimientos. Los que se habían deleitado con el relato de Ventura León empezaron a comprender que aquello no era nada en comparación con lo que podían tener —el propio espectáculo— y no faltó quien realizó un viaje furtivo a alguna capital, a presenciar la lucha o a visitar de hurtadillas (como si de un lugar prohibido y pecaminoso se tratara) un taller de gimnasia, o se suscribió a un almanaque o recibió clases por correspondencia a fin de llegar convenientemente preparado (y no como un pardillo o un patán) a su cita con la historia. Pero la fuente que más cerca tenían era Mazón, encerrado en la casa de la vega. Atrás quedaban —como si no fueran con él— los odios que había suscitado su madre a lo largo de una época de abusos o los celos que había despertado su hermano con sus sibilinos intentos de alzarse con cualquier patrimonio —y no sólo el familiar— y escalar las cumbres locales del poder. Y a un tercer plano, en trastiendas, lechos adúlteros, garitos y reservados de mala reputación, quedaría relegado Chavico, lo bastante astuto como para comprender que ante la emersión de su hijastro —al que apenas conocía— como figura pública, lo mejor que podía hacer era abstenerse de jugar con su nombre y su parentesco, hasta el extremo de no secundar las maniobras de su mujer para atraerse al héroe a su bando, seguro como estaba por aquel entonces

de que la paternidad de la pequeña Lucía le había de permitir pescar una pieza muy gorda en río tan revuelto. Y quién sabe si esa actitud de Chavico —el hombre de quien nadie tomaría ejemplo para cualquier clase de conducta o política, incluso la de alzarse con el santo y la limosna— no influyó en buena medida en su esposa y en su otro hijastro, quienes, un tanto intimidados por la recia independencia que Eugenio demostraba en su retiro de la vega, no se atrevieron a importunarle con sus respectivas demandas, sin duda por miedo a una reacción imprevista que produjera su inclinación hacia el otro bando, con consecuencias tal vez definitivas.

Sin embargo —se preguntarían ambos—, ¿en qué podía influir la popularidad de Eugenio a la hora del reparto de bienes de la fortuna de los Mazón? Un hombre público, ¿no era en cierto modo un hombre neutro puertas adentro? ¿No miraría antes que nada por la intangibilidad de su figura? Quizás el primero en ponerlo en tela de juicio fue Cristino y el primero también en desdeñar la ayuda de Eugenio —a quien, por otra parte, tenía sujeto por un documento ante notario, bastanteadado para las presentes circunstancias— y por la que tanto había suspirado cuando residía en el extranjero.

Aquel invierno la vida de Cristino tomó un nuevo rumbo, gracias al cual pudo mitigar en buena medida su obsesión por recibir la herencia de su padre. Antes de que concluyera el año quedaron formalizadas mediante un compromiso matrimonial sus relaciones con acaso la más rica heredera de la comarca, Soledad García Menor, hija del más poderoso de los Atanasios, señor a la antigua usanza a pesar de su pobre prosapia, propietario de casi todas las tierras comprendidas entre Juelves y Cafarnú, las más cosecheras de los cinco términos del valle bajo. Soledad era mujer poco agraciada y nada sobrada de luces; una de esas muchachas para las que encontrar marido —a pesar de su fortuna— puede llegar a ser difícil, entre otras cosas por considerar que ninguno de los candidatos conocidos pertenece a su clase; una de esas criaturas que a los catorce años despiertan en su padre tal miedo de especie al cazador de dotes que en cada suspiro y desmayo suyos cree ver la mano de la Providencia, al tocar con su dedo esa frente inocente para inculcarle la vocación religiosa; y que consumirá dos años recorriendo conventos y hablando con superiores que, bondadosamente, tuercen la cabeza ante su demanda, y que teniendo que renunciar al momento de hundir sus lágrimas en su amplio pañuelo para no verla de bruces en el suelo de granito de la capilla, en cuya bóveda resuena el chasquido de las tijeras, la cede un día en matrimonio a Cristino Mazón, pensando que después de todo no ha salido tan mal como pensaba. Porque el físico de Soledad García Menor era lo de menos; bastante le importaba a Cristino Mazón el físico de Soledad, y a su padre menos. Lo importante eran los hombres y Soledad el mejor vínculo para unirlos.

Sabía muy bien Menor con quien casaba a su hija; no era tan sólo un buen partido que tarde o temprano terminaría por recoger buena parte de la fortuna de los Mazón,

y al que sólo por eso bien se le podía conceder el crédito que necesitara para que su esposa viviese como merecía; era en segundo lugar un abogado competente —no había ningún otro en todo el valle— que le podía suministrar una excelente protección jurídica en sus transacciones dominicales, no todas muy claras; se decía que tenía vista para los negocios —y la compra de los terrenos de la vega así lo demostró— y, por último, parece ser (y aunque nunca hiciese la menor ostentación de ello, como buen profesional del sigilo) sabía ciertas cosas cuyo conocimiento debía incorporarse al patrimonio familiar. Y en cuanto a sus ambiciones, que eran muchas, allí estaba él —un hombre joven, con una salud de roble— para determinar hasta dónde podían llegar.

La boda se celebró con la llegada de la primavera y fue uno de los grandes acontecimientos de la vida regionata, tan escuálida, preámbulo de la brillante y efímera edad de oro que se habría de iniciar con la restauración alfonsina. Fue, según se dijo y escribió entonces, la más nutrida y brillante fiesta que se diera nunca en el Cuatro Naciones, tan orgulloso de ser el escenario del acontecimiento que no vaciló en remozar fachada e interior y decorar sus salones para la ocasión hasta ponerse a la altura de los más selectos hoteles europeos, necesidad que reiteradamente había predicado Ventura León, quejoso de que una ciudad como Región no contase más que con un fondaco de tercera categoría. Era en cierto modo la venganza —justa y valiente— que Región se tomaba sobre Macerta, donde para aquellas fechas se estaba construyendo la fonda del ferrocarril y con el que, gracias a la alcaldada de un político local, había entrado por la puerta grande en la senda del progreso. Ciertos hombres influyentes de Región no se habían de conformar con un trato tan desigual, con un gesto tan arbitrario como antisocial, y decidieron por iniciativa propia tomar sobre sí la obligación que Madrid no había sabido o querido cumplir: poner a su ciudad a la altura de los tiempos, con o sin ferrocarril, gracias a un espíritu regeneracionista heredero del afán impulsor del ilustrado don Gonzalo Álvarez de Buelnes, el hombre que a finales del XVIII había dotado al valle y sus municipios de caminos, casas de postas, fuentes y alhóndigas. De entonces datan el nuevo hotel Cuatro Naciones, el mercado de fundición traído en piezas de Francia, el teatro Carrión y los Jardines de la Vecina, junto al río, entre el puente y el palacio de Paya, con un templete para la música más que decoroso. Que tiempo después se complementarían con el adoquinado y alcantarillado, la verja de los jardines del Castillo y todo un barrio pequeño, pero asaz moderno, a ambos lados de la calle del Císter, una calle que nada tendrá que envidiar a la de cualquier capital; iniciativas que se continuarán con la construcción del hotel-balneario de Cártago, los hornos y las instalaciones de la cuenca minera, las fábricas de luz, los molinos e industrias de la vega y las primeras explanaciones y túneles del frustráneo ferrocarril de Cabezas, delirio de un valle incapaz de calmar sus apetitos.

Alguien llegó a afirmar que la edad contemporánea se inició en Región con aquella boda celebrada en la Colegiata y festejada en un rutilante Cuatro Naciones donde la buena sociedad regionata lo estrena todo o casi todo: desde los estucos y las escocías hasta las alfombras y los parquets; los espejos, los candelabros, la porcelana, los sanitarios Adamant, las aspidistras, el salmis de perdiz y el vol-au-vent, los cubiertos de plata, el vino de marca, las pecheras, los escotes y hasta la música. Doscientos invitados en torno a dos familias muy diferentes que con su unión, sepultando las rencillas del pasado, van a crear un nuevo tono y un nuevo poder en la comarca: una unida, dilatada y no salida todavía de los usos y costumbres del paisanaje, cuya parentela se extiende hasta los más alejados caseríos y cubre desde un carpintero de carros o un zapatero hasta un millonario —niños y abuelos tan alejados del lujo como para no prestar atención a él—, que observa con admiración y temor a los componentes de la otra: una docena de personas —entre familiares y allegados— que gozan de todos los atributos de lo desconocido y envidiado: la mentalidad moderna, el cosmopolitismo, los conflictos conyugales, las lenguas extranjeras, los estudios y las carreras superiores y —por encima de todo— la presencia en un rincón del vencedor del combate de Pamplona, embutido en una levita un poco corta, tocado con un plastrón verdoso descuidadamente anudado al cuello de una camisa de escarolados bordes con los botones a punto de saltar, y que no sabiendo moverse en aquel medio es de inmediato rodeado por oleadas de niños (sus madres no tardan en acudir para con el pretexto de tomarlos de la mano y retirarlos para que no sigan molestando, cambiar una sonrisa o una frase con el héroe) tras los que se refugia para evitar la conversación de los mayores; y que en lo mejor del baile, tras haber desoído unas cuantas insinuaciones alegando que no sabe mover los pies, desaparece —a la francesa— no sin dejar a unos cuantos jóvenes de ambos sexos admirados de su físico e impacientes por conocer la fecha y el lugar concertados para el combate de vuelta.

Un poco antes del acontecimiento se había producido la visita de Ventura León a la casa de la vega, para darse de nuevo a conocer, interesarse por la salud y preparación de su inquilino y recabar del *sportman* algunos detalles de su existencia que le resultaban imprescindibles para mantener sus pretensiones cerca de su clientela. En Región —y ante la perspectiva de que allí se celebrara el próximo combate— ya había pasado la avidez por su relato, pero en otros muchos puntos aún seguía haciendo estragos y agotados sus recursos o arrastrado al terreno de la pura fantasía necesitaba tanto un acopio de datos reales cuanto un trato directo con su héroe para evitar una situación o un encuentro desairado. Había acertado —gracias a Erskine— a ser invitado a la boda, acontecimiento que no podía perder si no quería ver seriamente dañado su crédito, y no podía asistir a ella sin tener previamente una larga conversación con el hermano del novio. Por eso fue a visitarle y por eso en

cuanto el *sportman* abandonó el baile muchas conversaciones —provocadas por Ventura León— giraron en torno a la futura sociedad gimnástica y transformaron el salón del Cuatro Naciones, durante las últimas horas de la fiesta, en una bolsa de contratación.

Cuando por diversos conductos Ventura León llegó a saber la fecha de la boda debió vivir horas de verdadera congoja, resuelto a ser invitado a ella y todavía no decidido a llamar a la puerta de la casa de la vega, empero escondido en su pecho el temor a que alguien se le pudiera adelantar y trabara con aquel hombre un trato que echara por tierra su crédito y su negocio. Por lo poco que había visto y oído acerca de él, había deducido que se trataba de un hombre un tanto huraño, con una sola pasión, que bien podía despachar con un bufido al desconocido que intentara —aunque fuera por unos minutos violar su retiro y su intimidad. Si así se producía podía dar por perdidas sus pretensiones y decir adiós al mercado de la Región, así como al carro, a menos que supiera encontrar otro punto de apoyo tan firme como el que le había proporcionado, durante meses, el relato del combate de Pamplona. Pero la situación era irreversible —sobre todo con el combate de revancha a la vista— y el destino no acostumbra a regalar una segunda oportunidad. Así que, ante la fecha fija concertada para la boda y puestas todas las posibilidades sobre los platos de la balanza, Ventura León —por intermedio de Erskine, un agente neutro— se decidió un día a visitar al héroe, no sin haber vendido previamente toda su mercancía a fin de quedar ligero de equipaje si tenía que salir encopetado del lugar.

El luchador le recibió y atendió con suma educación, no sin expresar la sorpresa que le causaba su visita, completamente ajeno a la popularidad local que aquel hombre le había proporcionado. Temiendo en todo momento provocar su enojo, Ventura León se mostró muy precavido y en modo alguno hizo mención a la campaña que había desarrollado, atribuyendo el buen nombre que en la comarca había adquirido su interlocutor a las numerosas noticias que habían llegado de su hazaña, lo que al otro dejó aún más perplejo. A título de demostración, Ventura León le invitó a introducirle en un círculo de amigos que estaba muy deseoso de ser honrado con su amistad y, a ser posible, con su asistencia a sus reuniones, lo que el otro despachó con un vago gesto de la mano y una huida de la mirada, como para indicar que no era el momento de abandonar sus hábitos para llevar una vida socialmente más intensa. Entonces se habló de su entrenamiento, del próximo combate; tan sólo de pasada habló de dificultades que nada tenían que ver con su preparación física, pero a la curiosidad de Ventura León, muy interesado en conocer tales dificultades para ofrecerle sus servicios de manera incondicional (y la palabra apoderado, pronunciada una vez, le sumió en un abismo de futuriciones), respondió con vaguedad, como si estuviera en otra parte, con la cabeza ocupada en otras cogitaciones que en modo alguno llegó a mencionar. Cabe conjeturar —no es difícil hacerlo cuando se escribe

una historia muchos años después de ocurrida y se carece de los enojosos datos que pueden desmentir las hipótesis que buscan las determinantes de la conducta— que en su mesa de trabajo tenía la carta del señor Cathelinau, recibida por aquellas fechas. Sin dar muestras de impaciencia ni intercalar de cuando en cuando ese gesto —una mirada al reloj o a la ventana, una suspensión voluntaria de la palabra para que la próxima frase sea forzada— con el que se viene a insinuar que el plazo ha concluido, no dejó Mazón de impresionar a su visitante por el poco interés que demostró por todas sus ofertas, su oficiosidad y su entera disposición a cuanto tuviera a bien ordenarle o sugerirle.

Ya en la despedida y ambos de pie —y como una cuestión de paso— preguntó Mazón a su visitante si, dado que parecía conocer tan de cerca a la sociedad regionata, creía que sería posible la creación de un gimnasio donde la juventud, mediante una cuota muy razonable, pudiera recibir una adecuada y moderna educación física, en casi todos los campos, y practicar cierta clase de deportes, tanto a cielo abierto como a cubierto, tal como ya se hacía en los países avanzados. Para Ventura León, el hombre que sabía sacar dinero de debajo de las piedras y suspiraba por un trabajo que estuviera a la altura de sus facultades, aquella tímida insinuación fue como un rayo de luz, el relámpago insonoro que en un instante venía a iluminar toda la inmensidad de la noche regionata. No preguntó nada, inhabilitado por la sugestión a dar salida a todo el cúmulo de cuestiones que en tropel se precipitaron en su mente. De buena gana habría prolongado la entrevista, sin más que insinuar al luchador que la cuestión revestía la importancia suficiente como para volver a la sala —si así se podía llamar— a fin de discutirla con toda amplitud; para aceptarla sin más y comenzar, aquella misma tarde, a perfilar los pormenores del proyecto. Ya lo veía poco menos que en marcha: el Gimnasio Mazón, bajo la dirección del héroe de Pamplona consagrado en cuerpo y alma a la educación física de una juventud ávida de emularle y superarle, introductora en España de los deportes más nobles y saludables, y bajo la celosa mirada de un agente y jefe administrativo, irremplazable en su puesto: Ventura León. En un instante todas las partículas en suspensión de su compleja personalidad trashumante —su oratoria, su rigor contable, su arte para vender cualquier mercancía, su futuro carro (muy apropiado para el transporte de atletas), su talento para vender por tres lo que costaba uno, incluso el sofocado anhelo por un despacho y un hogar, inimaginables para un comerciante de la legua— se polarizarían hacia aquella magna idea que, además de redimirle del carácter un tanto gitano de su actual medio de vida y proporcionar al héroe el adecuado marco para la perpetuación generacional de su gloria, podía constituir un honorable y sabroso medio de subsistencia y una manera de enaltecer y engrandecer a la patria. Pues por encima de todo, Ventura León se consideraba un patriota a su manera (y que no le vinieran con preguntas), que no gustaba de alardear de un sentimiento cuanto más

serio más callado.

Pero el otro parecía tener sus ideas puestas en otra parte (acaso en la carta del señor Cathelinau, abierta sobre el escritorio) y ni siquiera se molestó en ponderar el efecto de sus palabras sobre su interlocutor; ni le incitó a discutir las con más tiempo ni, por supuesto, le invitó a volver a la sala para prolongar la entrevista, atento a esos imperceptibles guiños del éter (siempre frustráneo) que ha de enviar una confirmación acerca de un asunto baladí a quien por otro conducto o por otra jerarquía ha sido designado para una elevada misión que se permite desdeñar en tanto no llega la solución (no es raro ni infrecuente que una mujer se esconda tras ella) a sus problemas de *boudoir*.

A regañadientes fue empujado Ventura León a dar por terminada la entrevista — que a su gusto habría prolongado para entrar en pormenores acerca del futuro gimnasio— y abandonar la casa; en su impaciencia aquella misma noche —sin hacer la menor mención a la visita que había realizado— comenzó a sondear la opinión de sus amigos y conocidos de la tertulia del Cuatro Naciones respecto a un posible negocio, cuya naturaleza por el momento no podía revelar porque así lo exigía la discreción de su inspirador, «un amigo de toda solvencia, admirado por todos ustedes», una frase reveladora para el buen entendedor y que no comprometía a nadie. «Un negocio que dejará atrás al Cuatro Naciones y a cualquier otra industria, se lo puedo asegurar».

Durante aquella primavera, durante el verano y otoño siguientes (y sin amilanarse por la segunda desaparición de Mazón, tal era su entusiasmo y la confianza puesta en él) Ventura León trabajó intensamente en el proyecto, hizo numerosas visitas a la casa de la vega y sin poder presumir de un trato íntimo con el luchador, se hizo el intérprete de sus ideas. Consiguió —pese a sus pocas palabras— hacerse cargo de las necesidades del gimnasio y en cuanto pudo airear la idea logró reunir las suficientes promesas de colaboración, por parte de la familia, los contertulios, los madereros y mineros, algunos ganaderos y terratenientes, como para poder ofrecer a Eugenio Mazón, el día de la boda de su hermano, la posibilidad de poner en marcha la constitución de la sociedad, reunir un primer capital e iniciar las obras del gimnasio en cuanto otorgara su visto bueno. A tal efecto incluso había seleccionado el local: una abandonada almazara del otro lado del río y no muy lejos del puente de Aragón, con volumen más que suficiente para las instalaciones interiores y un terreno que en su día, cuando se alcanzase la prosperidad implícita en todo proyecto industrial obligado siempre a crecer, sería ocupado por las canchas deportivas y las pistas de equitación. No estuvo mal elegido: vecino a las huertas y solares que tiempo atrás adquirieron en comandita García Menor y Cristino Mazón, Laura Albanesi no dudó un instante en adquirirlo, bien para aportarlo —al valor que ella determinase— como su participación en la futura sociedad, bien para —si fracasaba el proyecto— no



quedarse atrás en la revalorización y especulación de que habían de ser objeto aquellos predios.

Corría la primavera saboyarda y hasta aquel apartado valle habían llegado las noticias de toda índole sobre los trastornos políticos, sociales y dinásticos que sacudían la España de aquel momento. Aun cuando aquel siglo, tras las contagiosas convulsiones de la revolución de Francia, por primera vez en la historia había sacado la política a la calle, inaugurando así una época de indeterminismo político y poder público, todavía la participación del pueblo en los asuntos de la nación era poco más que verbal, relegada a unas camarillas y, cuando más, a unos adolescentes partidos políticos cuyos miembros se contaban por centenares en las capitales y por individuos en las villas aisladas. Desde aquel 28 de septiembre en que tras la victoria de Serrano sobre Novaliches en el puente sobre el Guadalquivir hasta la cabeza del Estado había de verse arrastrada por la marea política, la cuestión del «Estado futuro» nunca habría de dejar de estar presente —con una vehemencia desconocida desde la invención del café— en las tertulias del Casino y del hall del Cuatro Naciones, transformados de cuatro a siete de la tarde en dos centros adversarios —si no tan ternes y doctrinarios, sí tan adversarios como la Gironda y el Jacobino— que adoptarían como suyas todas las mutaciones en la ideología y el liderazgo político a fin de mantener encendida su rivalidad; y así al tiempo que el primero pasaba de isabelino a montpensiero, esparterista y hasta algo carlista en aquel fogoso julio de 1869, el hotel adoptaría la línea de Serrano y Prim que había de conducir a la discreta obediencia a la figura de don Amadeo y a un bullicioso pero corto de alas entusiasmo por el triunfo de la República.

Muy posiblemente Eugenio Mazón había, en la Pamplona posterior al combate, entrado en contacto íntimo y constante con un ambiente del todo inédito para él, exaltado y patriótico, que acertó a introducir en su cabeza unas ideas que no sabría contrastar o cotejar con cualesquiera otras, pues no en vano durante los años de su formación había permanecido en todo ajeno a las cuestiones políticas de su tierra.

Durante toda la primavera había estado don Carlos correteando por la frontera pirenaica, sin osar cruzarla, lanzando desde aquí y desde allí manifiestos y soflamas y cursando instrucciones a través de las juntas vasco-navarras para levantar a su pueblo en armas, y aun cuando en ningún momento fuera capaz de cumplir sus promesas respecto a los fondos y subsidios con que adquirirlas. En aquella fetal Guerra Civil sus sucesivos descalabros financieros y parabólicos no habían de servir, ciertamente, para apaciguar los ánimos de sus partidarios, sino más bien para levantarlos y enardecerlos con vistas a la próxima ocasión, siempre más favorable que la anterior. No cabe duda de que, como secuela del combate y para la organización del siguiente, a lo largo de todo el invierno había estado Mazón en contacto corresponsal con sus amigos de Pamplona que, con palabras lisonjeras y altisonantes, debieron ganarle

para la causa de don Carlos y poco menos que comprometerle a la formación de una bandería regionata en la seguridad de que su persona —pues no en balde también por los aledaños de la plaza del Castillo había cantado Ventura León las glorias de su ídolo— podría arrastrar cuando menos a la mitad de su pueblo.

Se había constituido ya la Sociedad Regionata de Gimnasia, había adquirido ya Laura Albanesi la almazara de la vega y autorizado la iniciación de las primeras labores de limpieza y acomodación del local, cuando en una de sus visitas a la quinta de la vega, Ventura León se vio desagradablemente sorprendido por la desaparición de Mazón. En un principio temió lo peor; las dificultades a las que vagamente se había referido cuando se mencionaba el combate de revancha podían haber cuajado en su celebración de nuevo en Pamplona, circunstancia a la que muy bien podía haber sido empujado Mazón, quien en el penúltimo momento no se atrevió a confesarlo a su gente, lanzada ya a la creación del gimnasio por el señuelo de aquel encuentro. Si así era podía dar Ventura León por perdidos todos sus sueños, pues ni sus conocidos ni el pueblo regionato, en general, le perdonarían nunca tal desaire del que, sin guisarlo ni comerlo, le harían responsable. En la casa de la vega no supieron decirle gran cosa, sino que de la noche a la mañana había decidido salir de viaje, sin decir hacia dónde ni por qué ni para qué, ni si tenía pensado o advertido que volvería en tal o cual fecha, ni la más sumaria razón que permitiera a aquel hombre salir de su desconcierto y buscar una salida a situación tan desairada. Como primera medida no dijo nada a nadie —ni siquiera a Erskine que, ocupado con otras instalaciones y contratos, apenas bajaba a la vega—, protegido su secreto por la de todos conocida y respetada soledad del *sportman*; procuró dejarse ver lo menos posible y menudeó sus viajes comerciales a la provincia y, con sumo tacto para que nadie adivinara sus estrecheces, contemporizó con los albañiles de la almazara —a quienes pagó de su peculio— para que rebajaran el ritmo de la obra y se limitaran a terminar lo ya iniciado. En una palabra, una vez más apostó por su ídolo, convencido de que un perentorio compromiso le había obligado a salir de Región y que una vez saldado volvería a ocupar el lugar que él mismo se había buscado. Y como Ventura León era en el fondo un temperamento optimista se dijo que, a su vuelta, la prueba de confianza que había hecho durante su ausencia no pasaría inadvertida para el *sportman* quien, de una u otra forma, sabría retribuirle por ello.

No andaba desacertado Ventura León al pensar así pero en contrapartida —y «*pour si les mouches*», como había oído decir una vez a Laura Albanesi— no se decidió a adquirir el carro, que tenía previsto regalarse aquel mes, hasta tanto no volviera el tráfuga. En efecto, Mazón, al recibo de una carta de un tal señor Cathelinau, miembro de la junta, redactada en términos muy elevados y dramáticos, decidió salir para Pamplona a finales de aquel abril, para unirse a sus amigos a punto de levantarse en armas en cuanto su joven y decidido soberano cruzase la frontera;

allí debió llegar en los primeros días de mayo, con el tiempo justo para acompañar la expedición que debía saludar la primera entrada del pretendiente en el territorio español.

Tiempo después las gentes —sobre todo en el hall del Cuatro Naciones que por fidelidad a Serrano no tardaría en adoptar la línea alfonsina— se preguntarán por las razones que movieron a aquel hombre a iniciar tal aventura, impropia de un carácter liberal y progresista: el ardor, las deudas de amistad contraídas con los *sportmen* de Pamplona, la otra deuda contraída por dejación con su país y que ahora le regalaba la moneda con que saldarla, fueron los más frecuentes argumentos aireados en el hall para comprender y perdonar a aquel hombre con quien nadie deseaba estar a mal. Pero la absolucón incondicional se obtuvo con el móvil que adujo Cristino Mazón que de vuelta de su viaje de novios, deslumbrante y pletórico, tuvo para con su hermano su primer y quizá único rasgo de generosidad; según él, con la presencia de Eugenio en Pamplona, sin acompañamiento, prescribía el tácito y enojoso compromiso de llevar consigo toda una partida regionata que otro hombre cualquiera, careciendo de toda clase de escrúpulos, se habría atrevido a formar. Así entendida, la aventura de aquel hombre cobraba ribetes de sacrificio, la inesperada pena que el destino impone a todo gesto fuera de lo común o el doble castigo —según Schelling— que el héroe ha de sufrir por distanciarse de sus semejantes. Al igual que de sus conjeturas acerca de la procedencia última del porrazo de La Tomiñera o de su moción para que su madre empleara como doncella a Daniela Gilvarey, Cristino Mazón andando el tiempo tendría numerosas ocasiones para arrepentirse de una generosidad poco previsoras.

«El recibimiento que tuvo don Carlos en Vera pudo lisonjearle», dice el historiador: «repique de campanas, entusiastas aclamaciones, eran bastantes no sólo para dejar satisfecho a cualquier caudillo, sino para enloquecer a un joven que representaba por primera vez el papel de rey entre sus súbditos». No se quedó atrás el regionato en la marcha que, acompañando a su rey, emprendieron los navarros hacia el valle de Ulzama y en la mañana de aquel caluroso 5 de mayo se encontró formando parte de una avanzada de la columna de don Jerónimo García, en las afueras de Oroquieta, cuando se produjo el ataque de las fuerzas del general Moriones. Mazón apenas intervino en la batalla, pues sólo cuando comenzó la desbandada carlista pudo hacerse con una escopeta ripollesa, abandonada por un caído, más con vistas a su propia defensa que para hostigar al enemigo que lanzado en persecución de don Carlos hacia los Alduides dejó francas las salidas de Igoa por donde algunos dispersos grupos de voluntarios buscaron el camino de Leiza. En las siguientes tres semanas anduvo merodeando por la sierra y pasó a Guipúzcoa, por cuyas tierras, hasta el convenio de Amorebieta, marchó mucho y peleó un tanto, por lo general con escasa fortuna, siempre con el Aizgorri a su espalda. El desencanto que produjo el

convenio entre sus amigos y compañeros debió influir no poco en su decisión de permanecer en aquellas tierras, pues los cuatro disparos de Oroquieta no bastaban —a su entender— para saldar la deuda de amistad, en espera del siempre inmediato acontecimiento que había de terminar con aquella insostenible situación. Pero con don Carlos de nuevo en Francia el acontecimiento se demoraba en el país vasco-navarro, por lo que, contagiado de la impaciencia de sus compañeros de armas, a punto estuvo de trasladarse a Cataluña, donde el levantamiento se prolongaba con mayor consistencia, con mejores pertrechos y mayor número de voluntarios y cartuchos. En Huesca, a las dos jornadas de viaje, volvió sobre sus pasos —sin abandonar su escopeta ripollesa decidido a esperar en Vizcaya la tan ansiada ruptura de la tregua. En las dos provincias debió trabajar como técnico —y a partir de la puesta de sol— en las fundiciones y fábricas de armas del Goyerri y en la cuenca del Oria a no dudar celebró buen número de combates clandestinos, organizados por sus amigos navarros, que pronto le habían de valer una cierta notoriedad entre aquellas gentes con tanta afición a las competiciones de fuerza y tan recelosas de cuanto les venía de fuera. También asistió a reuniones de índole muy diferente, pero también clandestina, y en las que a cuenta de la amistad o la camaradería fue pignorada su suerte para la inminente Guerra Civil que todos los días estaba a punto de estallar.

Por segunda vez había de volver a Región entrado el otoño, con el deseo —casi la necesidad— de pasar inadvertido y recluirse en su quinta para atender a su preparación física y olvidar la turbamulta de pasiones violentas que en aquel país se levantaban por los asuntos —para él— más nimios. No tenía nada de qué avergonzarse ni nada que justificar, pues nada había hecho, a su entender, para romper la paz de sus compatriotas. A ciertas imputaciones del hall —que tampoco alcanzarían sus oídos— sólo habría podido responder con una pregunta: ¿es que un caballero no se comporta así? No conocía la tierra ni sus gentes y en cierto modo se sentía cogido y algo amedrentado por un clima tan imprevisible como intempestivo. Y en cuanto al gimnasio y a sus compromisos regionatos —de cuyo alcance nunca tuvo una clara conciencia— poco menos que los había olvidado, tras medio año dedicado a actividades clandestinas.

Su incógnito apenas había de durar una semana; Ventura León se encargaría de despejarlo; y sus actividades durante aquel semestre serían conocidas por el hall en menos de dos, pues la conducta de sus amigos navarros —a los que ya empezaba a conocerle había convencido de que las estipulaciones del convenio de Amorebieta serían más duraderas que lo que ellos esperaban. Acogido, pues, a la amnistía, su aventura por tierras vasco-navarras, lejos de distanciarle de la afición regionata —y con excepción de unas pocas voces no conformes con su gesto—, le había adornado con un atributo más o con el mismo ya adquirido antes —el del guerrero que busca por honor el combate en tierras remotas, lejos de su gente y sin ayuda de nadie—,

pero enaltecido por la dimensión trascendente que otorga la puesta en juego de la propia vida. Todavía el clima de su tierra era lo bastante rústico como para que las pasiones y facciones políticas no quedasen claramente perfiladas y su partida para combatir por un bando que no gozaba de simpatías, pero tampoco de una clara definición local, no ensombrecería para nada su leyenda.

Cuando Ventura León tras un verano (afortunadamente un verano) huidizo y tornasolado, supo que estaba de vuelta no tardó una fecha en personarse en la casa de la vega «para dar cuenta a su director de la marcha del gimnasio». Su buena educación autodidacta —derivada de su genio para ganarse al público— le dictó la conveniencia de no mencionar su desaparición, de no apremiarle con el cúmulo de problemas pendientes, de —ni siquiera indirectamente— hacerle comprender su responsabilidad en todas las demoras incurridas y la extrañeza —y hasta el enojo— de algunos componentes de la Sociedad. A los héroes se les trata así, se dijo, bastante tienen con su heroísmo. «Todo está en orden», le dijo, «aunque un poco retrasado». Días más tarde en el hall, bien informado y ansioso de volver a levantar el fervor del público tras aquel semestre desmayado, habló en tonos encendidos de los combates de Oroquieta y Garibay y de las hazañas de Mazón en el valle del Oria y la comarca de Araoz, pues tampoco podía olvidar su propio dinero invertido en las pequeñas obras del gimnasio y le comía la impaciencia por recuperarlo para adquirir de una vez el carro del paisano de San Lobatón.

Como siempre, la siguiente en bajar a la quinta de la vega fue Laura Albanesi, con el pretexto de la preocupación materna por la salud de su hijo, tras su inclemente campaña en el norte. Su salud le importaba una higa —y de sobra sabía que por el momento no había motivo de alarma—, pero estaba tan inquieta como podía estarlo León, aunque por muy diferentes razones. Tampoco el gimnasio le quitaba un minuto de sueño; hasta entonces se había limitado a adquirir la almazara —a un precio de ruina— y comprometido a cederla en alquiler a la Sociedad para la cual no había aportado el capital correspondiente. Sus razones para la inquietud iban por otro camino: sus relaciones con Chavico habían entrado en un nuevo período de disgustos, provocados por la simplista conducta de aquel hombre que en cuanto tenía el bolsillo suficientemente abastecido y el inmediato porvenir asegurado, no sabía hacer otra cosa que atender a sus más insolentes caprichos. Ciertamente, ninguno de los dos —la Albanesi y el Chavico— había hecho el menor esfuerzo por conocerse y modificarse a lo largo de su matrimonio y de sus prolongados, aunque azarosos, períodos de intimidad y armonía. Cuando el matrimonio —o cualquier otra clase de unión, tal como la amistad— descansa sobre un particular atributo de uno de los cónyuges resulta muy difícil— casi excepcional— que el resto de sus cualidades (o la persona en su conjunto, como receptáculo de todos sus caracteres) venga en apoyo del vínculo en cuanto se ve amenazado por la insuficiencia de aquel primer ligante; y

quién sabe si las otras cualidades que fueron desdeñadas a la hora de la vinculación, por una hostil envidia hacia la que casi por sí sola la produjo, se convierten en los aliados más activos del divorcio cuando estalla la crisis, en obediencia a un principio del equilibrio de los sentimientos, en todo semejante y opuesto al de Le Châtelier: cuando la decadencia de un sentimiento vinculante tiende a disolver la unión, todos los demás actúan de consuno en el sentido de la ruptura a fin de precipitarla y borrar los efectos residuales de aquél.

El de Laura Albanesi y Chavico era un ejemplo casi perfecto de matrimonio plano, construido con los materiales que del uno interesaban al otro —el dinero y la prestancia de Laura, el atrevimiento de Chavico—, pero con olvido y sin intercambio de los demás. En cuanto Laura se mostraba reservada con su dinero y Chavico tan poco audaz como para conformarse con unos modestos estipendios, aquel matrimonio hacía agua por una doble vía, imposible de ser cortada por la incompetencia de cada uno de ellos en venir en ayuda del otro. Llegado ese momento —y pese a los gestos de instantánea reconciliación a fuerza de avivar, por una noche, unas brasas a punto de extinguirse— se diría que ambos buscaban la salida en el daño al otro. Por ser Laura Albanesi la más fuerte y la que contaba con más extensos y duraderos recursos, era siempre la menos apresurada, convencida tanto de que el tiempo trabajaba para ella —a pesar de las indelebles marcas de la edad y el atentado a la silueta, sacrificada en aras a su pasión por los dulces— cuanto de que los desacatos y torpezas de su marido terminarían por desarbolarle y conducirlo de nuevo a casa, en busca del perdón y del refugio permanente que sólo ella podía ofrecerle; razón que, aliada a su amor propio, le impediría en cualquier momento dirigirse a Chavico en tono de súplica y olvidar sus agravios para ofrecerle una paz duradera.

En situaciones parecidas las personas consideradas fuertes reciben buena parte de su energía de la posibilidad de que gozan de aceptar cualquier solución, tanto la ruptura como la reconciliación, y Laura Albanesi no mudaría su talante, o al menos eso pensaba ella, tanto si perdía como si recobraba a Chavico. En cierto modo tal fortaleza, emparentada con una polivalencia de pseudosentimientos hacia los demás en contraste con el carácter monovalente del aprecio hacia sí mismo, encubre la escasa consistencia de unos vínculos que al poder atar o desatar a voluntad denuncian la naturaleza versátil de quien dice dominarlos; o, por decirlo de otra manera, el comportamiento casi impersonal de la recia personalidad. Es frecuente que el dominio de tales sentimientos conduzca a la misma corrupción que el del poder, pues la vida afectiva es también una costumbre; es sobre todo una costumbre. Cuando la costumbre del dominio se prolonga (como fue el caso de la nobleza) llega a ser tan innecesaria la prueba de fuerza que se transforma en un rito, cada día más ornamental y menos exigente, y cuando una circunstancia obliga a ensayarla de nuevo ya no se cuenta con los recursos para llevarla a cabo, consumidos por la corrupción. A esa

clase de prueba tuvo que someterse la Albanesi con su segundo siciliano.

A su vez, Chavico, sobrecreído del dominio carnal que ejercía sobre Laura, cifraba su triunfo final sobre ella en una suerte de rendición sin condiciones, provocada por la abstención de todo trato sexual en respuesta a sus estrecheces; algo así como la fortaleza que en pleno dominio de sus armas se ve forzada a rendirse al enemigo por culpa del hambre extrema causada por el asedio. Era Chavico de esas personas que sólo interpretan al prójimo por comparación consigo mismo.

Dos formas tan distintas y heterogéneas de combatir difícilmente podían conducir a un armisticio, tanto más cuanto sus breves treguas tan sólo servirían para exagerar sus respectivas conductas, avivadas tras cada ruptura por nuevas razones y mayores motivos de pugna. La situación entre ellos se vio agravada por las circunstancias que concurrían en los dos hijos de Laura: uno convertido en figura local, aunque no compareciente, que en cualquier momento podría favorecer a uno de ellos (y tendría que mediar un milagro para que ese uno fuera Chavico) con el peso de su opinión o de su favor; el otro, casado con una rica heredera que a la vuelta de la luna de miel ya llevaba en su seno la descendencia, capaz de movilizar a su favor a las fuerzas y magistraturas interesadas en la resolución del pleito testamentario. En una situación de avenencia entre ambos cónyuges tales circunstancias —resumidas en la independencia de ambos respecto a su madre— no tenían por qué representar una amenaza de detrimento a sus comunes intereses; pero en la discordia y con ambiciones y propósitos enfrentados, la posibilidad de que cualquiera de los hijos tomase un determinado partido sólo podía ser contemplada por cada uno de los esposos con creciente aprensión y con toda clase de recelos, que en nada contribuirían al restablecimiento de la armonía conyugal, las más inocuas y naturales aproximaciones a cualquiera de los dos hermanos. En cuanto Laura Albanesi inició o insinuó un trato deferente hacia Eugenio, Chavico ensayó el suyo con Cristino, con quien —una vez aceptado que las divergencias con su mujer adquirirían carácter de estado— se sentía unido por una misma codicia, por un adversario común y por ciertas particularidades que, antes del matrimonio de Cristino, hicieron de ellos un par de buenos aliados. Su patria potestad sobre la niña inducía a Chavico a abrigar la seguridad de obtener, de consuno con Cristino, un buen mordisco de la partición y cuyo usufructo le permitiría vivir con holgura e independencia hasta la mayoría de edad de la niña. Muy atrás quedaban sus sueños de recién casado, su pretensión de tener en sus manos la mitad del patrimonio del difunto patriarca; en lugar de confirmarle como su sucesor, los años de matrimonio sólo habían contribuido a llevarle poco a poco al campo de su inicial antagonista.

A la larga aquella doble moción provocaría la división de la familia en dos ramas diferentes —y que en sucesivas generaciones no harían sino separarse más, incluso en el espacio— y aun cuando los dos hermanos —en cierto modo, las cabezas de partido

— poco hubieran intrigado para ello y sobre todo Eugenio, colocado en el papel de protagonista para un argumento en el que no había tenido arte ni parte. Fue una división que, aparte de formalizar las otras menores y numerosas desavenencias entre ellos, permitía ampararlas y fomentarlas, como si a la muerte del viejo don Ricardo el cisma se hubiera convertido en el distintivo emblema de la familia y bajo cuya advocación habría de desarrollarse la propagación ulterior y la historia de un apellido dominado por el rencor a sí mismo.

El primer gesto de importancia de Laura Albanesi, a la vuelta de Eugenio tras su campaña en el norte, hecho con un desprendimiento que nunca había demostrado en ocasión anterior, fue invertir en el gimnasio una bonita suma, aparte de ceder en alquiler el local en unas condiciones ventajosas para ella. Con su participación, la de Eugenio (a quien se le reconoció un capital —aparte de un futuro salario— a cambio de su iniciativa y sus servicios), la de don Luis Servodio y un paquete de un 8 por 100 a nombre de sus hijas (todos los que consideraba sus fieles y aquellos a quienes sabía imponer su voluntad), podía alinear más de la mitad del capital social y conducir la nueva industria según su criterio. Nada sabía (ni nada le importaba su desconocimiento) Laura Albanesi acerca de la educación física, los gimnasios o los deportes, pero así era su carácter: si se embarcaba en una aventura de la que el día antes no había oído hablar no sería para hacerlo a medias o a título meramente simbólico; en aquella ocasión, además, intuía que el gimnasio no sólo habría de constituir el glacis de la fortaleza familiar donde se harían fuertes los miembros que quería tener a su lado —tres de sus hijos mayores y su consejero—, sino que también estaba destinado a convertirse (por delante de la Compañía Forestal de Región, el Hotel Cuatro Naciones, la fábrica de harinas La Palentina o la industria del carbón) en el negocio más avanzado, próspero e innovador de toda la provincia. No una fábrica, pero sí una soberbia instalación en la vega —tal como ella siempre había soñado—, sin obreros ni polvo ni humos, destinada a la formación de señores. Era, por consiguiente, la mejor oportunidad que desde la muerte de su primer marido se le ofrecía para reconstruir su imagen y, desde la mayoría de edad de sus hijos, su segundo matrimonio y el comienzo de las desavenencias familiares, para volver a ser una de las personalidades capitales de Región, si no la más influyente y poderosa.

El primero en beneficiarse de su iniciativa fue Ventura León que tras más de un año de esfuerzos intensos y solitarios por primera vez podía creer que el éxito los coronaba. Convertido en el administrador (sólo bastó el visto bueno de Servodio para que Laura lo aceptase como tal) de un capital social lo bastante amplio como para abordar las obras de la instalación sin ninguna clase de restricciones y con un Eugenio pacificado por el convenio de Amorebieta, saldado su compromiso de honor y obligado a prepararse para el tantas veces diferido combate de revancha, veía ante sí un horizonte despejado por buen número de actividades lucrativas. Tal vez en el



cuadro de su nueva personalidad, con un largo futuro como administrador del nuevo centro educativo, el carro había dejado de jugar un papel protagonista y al limbo de las ilusiones juveniles quedaban trasladados los ideales de una vida trashumante.

Tal vez por eso mismo nunca tuvo tanta prisa. Se conocía lo bastante bien como para saber que al cabo de pocas semanas en su nuevo acomodo ni contaría con el dinero necesario ni sería capaz de vencer la inercia impuesta por su vida sedentaria para subir hasta San Lobatón y darse el gusto de regalarse aquel capricho. Aparte de que ya había hecho esperar demasiado al paisano que bien podía haber optado por otro comprador u otra solución. Así que a los pocos días de constituida formalmente la Sociedad Regionata de Gimnasia con un capital de ciento veintiocho mil pesetas, repartidas en doscientas cincuenta y seis acciones de a quinientas pesetas cada una, en la notaría de don Fulgencio Arranz, y hecha la reposición del dinero adelantado a los albañiles, Ventura León salió en dirección a San Lobatón con el propósito de hacer el viaje de vuelta en la galera, para la que ya había escogido un cobertizo entre las dependencias de la almazara, junto a un rústico pesebre levantado de manera provisional con cuatro pies derechos y unas tejas, en espera de aquellos establos que un día la Sociedad había de construir para iniciar sus actividades como escuela de equitación. Volvió, en efecto, con el carro y las mulas —que depositó en los cobertizos— sin que por entonces a nadie mencionara un molesto encuentro que había tenido durante el viaje de vuelta. O más que encuentro una aprensión; no se sentía muy seguro de la conducción de aquel pesado vehículo como para poner el par al trote y durante dos o tres horas, ya cerca del atardecer, comprobó que era seguido de lejos por un hombre protegido por una amplia capa de pastor y que, aprovechando los atajos que parecía conocer a la perfección, no dejó de acompañarle a distancia hasta que comprobó que tomaba la carretera de Sepulcro Beltrán a Región. Pero de eso sólo habló mucho más tarde.

Durante dos días no hizo sino dedicarse a su compra; al carro, después de tres manos de aceite de linaza, una aplicación en los bujes de grasa y pintura contra la intemperie y unos dibujos policromados, de su propia invención, en valderas y radios, lo dejó como nuevo, más propio para una romería que para una vida de trotamundos; el herrero cambió las herraduras del par, el veterinario extirpó sus verrugas y él mismo las almohazó, lavó y peinó y dispuso el pienso, el agua y las bolas de sal, así como un lecho de paja nueva.

Su solaz había de durar pocos días. Hallándose jugando un solitario a la sombra del establo se persona la pareja de la Guardia Civil para hacer un registro y tras redactar sobre la mesa de los naipes el oportuno atestado (nada le maravillaba tanto al agente como la multiplicidad de funciones de los miembros del Instituto), trasladarle en conducción ordinaria hasta el cuartelillo de Borques para ser encerrado en el sótano del mismo, dispuesto como calabozo. Nunca creyó Ventura León que la vida

le había de ofrecer un trago tan amargo como el cruce de todo el pueblo, desde la vega hasta Borques, en pleno día y flanqueado por los dos números que —tantas veces como le habían escuchado embargados por una emoción a la que su profesión les predisponía—, sin duda conturbados por tan duro menester, le condujeron cabizbajos y a paso procesional, acompañados por buen número de chiquillos y algunas vecinas que repetían su nombre.

En el calabozo se enteró que el Juzgado había cursado la orden de su busca y captura, como presunto autor del asesinato de Eduardo Vázquez, hallado muerto con un golpe en la cabeza y colgado de una viga de su propia vivienda. Posteriormente el juez vino a establecer que de la valdera posterior de la galera habían sido borradas, pero no perfectamente, las siglas del antiguo propietario, EV, y sobre ellas habían sido pintadas dos nuevas letras, VL, lo que unido al reconocimiento del vehículo por parte de algunos vecinos de Jueves, vino a constituir la prueba más poderosa del móvil del crimen. Trató de redargüir Ventura León que, aun no teniendo testigos de ella, la transacción se había llevado a cabo en toda regla, sin necesidad de papel ni contrato, y que a cambio del carro y del par (por cuya adquisición se había interesado desde mucho tiempo atrás, como podía atestiguar, entre otros, el señor Erskine) había entregado al finado la cantidad de mil seiscientos reales en tres plazos de doscientos, doscientos y mil doscientos, respectivamente, pero no existiendo la menor prueba de tal transacción ni rastro de aquel dinero ni indicios de un posible hurto en la vivienda de la víctima, el juez desestimó la alegación del agente y dictó su encarcelamiento preventivo y la cuantía de su fianza para su puesta en libertad, en tanto completaba el sumario. A mayor abundamiento el forense venido de Macerta dictaminó que la muerte había ocurrido alrededor de las horas en que, según la declaración del agente, había tenido lugar el acto de compra-venta.

Por segunda vez en pocos meses quedaron suspendidas las obras del Gimnasio, pues no siendo Ventura León nadie se molestaría en bajar a la almazara para dirigir las y controlarlas. En aquella ocasión ya estaban a punto de quedar ultimadas las labores de albañilería; faltaba toda la carpintería y el mobiliario y asimismo la instalación de unos aparatos de la casa Twyforde, inglesa, encargados a la fábrica por aquel mismo señor Erskine, pasado a la competencia de la casa Adamant desde que esta firma no accediera a sus pretensiones de participar en los beneficios que su mucho celo le proporcionaba. Por segunda y —todo parecía indicarlo— definitiva vez si el agente no recobraba su libertad, pues en ausencia del alma del negocio nadie —ni siquiera Laura Albanesi, ocupada siempre con muchas cosas y siempre motivada por más de una razón—, a pesar del dinero invertido, se decidiría a terminar el gimnasio y correr el riesgo de un posible fracaso tras su apertura al público, poco menos que inadvertida si no era animada por quién podía convertirla en una fiesta. En un principio el suceso apenas despertó la atención de Eugenio Mazón, que adolecía de

una cierta abulia para todo lo que no fuera su preparación física y apenas prestaba oído a lo que le venían a contar, como si no fuera con él o se tratara tan sólo de chismes. Y con toda probabilidad, ocupado por entero en sus ejercicios tan sólo por un resquicio de su mente había entrado la idea del gimnasio, como una ocupación firme y duradera para un futuro más lejano, imposible de ver por la interposición entre él y el presente del próximo combate.

Quizá fue la insistencia del señor Erskine —aquel pintoresco y algo dado al vino mancomuniano que, dentro de sus limitaciones, había alcanzado un grado de intimidad con León—, quien, bien por amistad desinteresada, bien por llevar a buen término el encargo de los lavabos e inodoros Twyfordes —que a punto de llegar de Inglaterra podían suponerle un grave quebranto si la Sociedad no se hacía cargo de ellos—, insistió en la necesidad de sacarle del calabozo de Borques o de la cárcel de Macerta a donde en fecha próxima iba a ser trasladado. Erskine estaba tan convencido de su inocencia que se mostró incluso dispuesto a adelantar una parte de la fianza impuesta por el Juzgado con tal de verle en libertad. Además sabía cosas; nadie comprendería nunca cómo con aquel rudimentario castellano —salpicado de eses y efes nacidas en el bigote más que en las cuerdas o los labios— podía enterarse de tantas cosas. Posiblemente otro de sus informadores fuera Cristino, que chapurreaba algo de inglés y también había requerido sus servicios para la mansión que estaba remozando en Ontiveros. Al otro Mazón, que nada sabía de la historia del carro, pues había tratado siempre al agente con tal distanciamiento que éste nunca le haría partícipe de sus íntimas inquietudes ni le confiaría otros asuntos que los relacionados con el gimnasio, le contó la extraña historia de Eduardo Vázquez, del crimen ocurrido cinco o seis años antes en el que estuvo mezclada una antigua doncella de su madre y de la existencia de una amenaza de muerte muy anterior a la compra del vehículo por parte de un ex-presidiario que estaba a punto de abandonar el penal de Santoña, si no lo había abandonado ya. Y también le contó lo que en su día había callado León: la presencia de aquel individuo cubierto con una capa de pastor que le siguió de lejos desde San Lobatón hasta la carretera y que coincidía con otra que habían denunciado algunas personas de Región y Jueves: un hombre de aspecto hosco y pocas —y muy poco reconfortantes— palabras.

Por segunda vez también había de comparecer ante el juez a prestar declaración aquella muchacha espigada, de mirada un tanto inquietante y gesto endurecido, dañada desde su primera juventud por la vehemencia e inconstancia de sus pretendientes. El juez había cambiado y ahora tenía enfrente a un hombre joven, en nada parecido a aquel que, ofendido por su declaración, la había pasado por alto, no sin insultarla. En contraste con la ocasión anterior, su declaración fue tan contundente y decisiva que obligó al juez a desatar un buen número de legajos para encontrar y estudiar un sumario instruido años atrás, por su predecesor en el puesto. Como

consecuencia conjunta de la lectura y de la declaración el juez consideró más que probable la inocencia de Ventura León y lo dejó en libertad tras el pago de una mínima fianza que fue depositada en persona por Eugenio Mazón.

(Como consecuencia de la puesta en libertad de Ventura León y el de facto sobreseimiento del sumario con otra orden de busca y captura que nunca pudo llevarse a efecto, el crimen de San Lobatón jamás quedó plenamente aclarado y sus secuelas se prolongarían durante varias décadas. De tanto en tanto era remitido al Juzgado de Región un escrito cuyo firmante, desde un lugar remoto y en trance de muerte, se declaraba autor del asesinato, con la aportación de nuevas pruebas y testimonios que con frecuencia rozaban el territorio de lo fantástico; o un párroco de una aldea perdida recibiría en secreto de confesión y de labios de otro moribundo una nueva relación del crimen, con una descripción detallada de los hechos y una exacta localización del punto donde había quedado enterrada la bolsa del dinero que la imaginación popular, al tiempo que modificaba la personalidad de la víctima para transformarle en un sangriento y ambicioso avaro, incrementó hasta el punto de convertirla en un tesoro de antiguas monedas de oro y plata. Al no tener la víctima descendientes ni familiares directos, la casa quedó cerrada con un precinto del Juzgado que no tardó en saltar. En un principio fue visitada por gente ávida de buscar el tesoro entre hornacinas, mampuestos y tejas. Tras el pillaje quedó despojada de todo, ni siquiera aprovechada como refugio de cazadores y evitada por su mal nombre y por la supuesta presencia de un alma en pena, pronto se fundió con el monte. Sólo bastantes años después de aquellos sucesos un vecino advertiría al paso una salida de humos por una chimenea desmochada y si, venciendo su repugnancia al lugar, se hubiera acercado a ver qué ocurría habría advertido las huellas de una mano que poco a poco —y a hurtadillas— iría mitigando los destrozos causados por la intemperie. Algún gitano, diría, algún pobre loco que no sabe dónde se mete.)

En apariencia el carácter de Ventura León no quedaría alterado por su breve estancia a la sombra. A las inevitables suspicacias que había de despertar su presunta participación en el crimen y a la pérdida de prestigio que había de sufrir, sobre todo por su paseo escoltado por los dos números, que sería largamente comentado en el Casino como una de las maneras de salir al paso de tantas intemperancias del hall, aquel hombre que todo lo cifraba en el favor del público no podía responder con cierto retraimiento. Por fortuna, tenía las obras del gimnasio y contaba con el carro que el juez no había precintado. Jamás un carácter tan incansable desarrollaría una actividad más intensa como a las pocas semanas de salir de Borques. No sólo reanudó las obras de finalización del gimnasio, sino que —sin el menor escrúpulo en la utilización del carro, puesto que con razón aducía que su inocencia era inherente a la legítima propiedad del carro, o viceversa— emprendió de nuevo sus expediciones — más como agente que como vendedor ambulante— que en más de una ocasión desde

Juelves le condujeron hasta el caserío de San Lobatón, en busca de una concluyente prueba de inocencia que despejara para siempre el equívoco de su situación. No la encontró, no la podía encontrar en aquel caserón asolado por las razzias, pero acaso sus indagaciones le llevaron a un punto un tanto alejado de sus primeros propósitos, un punto al que acaso no hubiera deseado llegar de haberlo conocido de antemano y más allá del cual no estaba dispuesto a seguir, cualesquiera que fueran los resultados que aportara su insistencia. Un punto pasado el cual se podían vislumbrar no sólo los móviles del crimen de San Lobatón, sino también los del acaecido unos cuantos años atrás en la granja de La Tomiñera (a donde había ido a refugiarse Daniela Gilvarey después de su amarga experiencia en la casa de la plaza de la Colegiata), primer capítulo de aquella atroz serie de venganzas personales que habían de ensangrentar aquella década de la historia regionata.

En una de sus visitas después de su dilatada estancia en Borques a la casa de la vega, Ventura León se vio sorprendido por la presencia en ella —no podía saber en calidad de qué— de Daniela Gilvarey, la muchacha a la que en buena medida debía su libertad. No la había visto nunca, tan sólo había oído hablar de ella, pero cuando oyó aquel nombre tan poco común ni por un instante dudó de que aquella muchacha un tanto altiva y misteriosa, que le abrió la puerta y a continuación se retiró discretamente, como una doméstica cualquiera, hasta ser de nuevo requerida para traer un refresco y una bandeja de fruta, era la antigua doncella de Laura Albanesi, de cuya historia había tenido unas vagas noticias. Su primer impulso fue darse a conocer para expresar su agradecimiento por la desinteresada moción que le había valido la libertad, pero se sintió intimidado y sólo en la puerta, antes de despedirse, farfulló unas pocas palabras casi ininteligibles, en la confianza de que Daniela sabría comprender y perdonar su embarazo.

Pero pasado aquel primer susto no pudo por menos de preguntarse qué hacía allí aquella mujer, en calidad de qué habitaba la casa, quién la había llevado hasta allá. Tanto sus largos viajes por provincias durante el verano en que Mazón estuvo ausente como su estancia en el calabozo le habían mantenido al margen de los graves sucesos que acaecieron en las tierras de Juelves y que todos los imbricados —los García Menor y los Gilvarey, empeñados en una guerra de vindictas— trataron de ocultar a la opinión y a las autoridades hasta que por sus propios excesos fueron denunciados.

Durante casi cinco años había permanecido Daniela Gilvarey en casa de su padre, muy contra su voluntad. Llegó allí, tras la imborrable escena de la casa de la plaza de la Colegiata, con el aliento tomado y sin haber podido desatar el nudo de la ira, pero con el propósito de permanecer tan sólo el tiempo necesario para despedirse —de manera definitiva— de su padre y de sus hermanos, decidida a recoger sus ahorros y abandonar para siempre aquella tierra inhabitable, donde además no tenía cabida sino en el espacio de la deshonra. Por espacio de dos días dudó si contar el trance por el

que había pasado, tan sólo para tantear el apetito de una posible venganza que sus hermanos, todos ellos dados a la violencia, no vacilarían en tomarse aun sin llegar a conocer los detalles de lo acaecido. Durante el tiempo que sirvió como doncella le habían llegado noticias alarmantes acerca de sus fechorías y en más de una ocasión a punto estuvo de tomarse un permiso para acercarse a la casa y por unos días poner orden en un hogar donde se echaban de menos unas manos femeninas. Pero también le asustaba la posibilidad de que a oídos de sus familiares hubiera llegado la noticia de su breve paso por la casa de la Marcelina, poco menos que obligado en sus condiciones, antes de ponerse a servir con Laura Albanesi por mediación de Cristino Mazón, pues todo lo podía temer de la lengua de Chavico. No lo hizo, no confesó nada; bien por quedar petrificada ante el espectáculo de su casa —la mejor medicina para olvidar sus propias dolencias—, bien por considerar que una venganza tan inmediata podía traer funestas consecuencias, no hizo el menor intento por explicar su vuelta, acogida por todos —excepto por su hermano Saturnino— con la mayor indiferencia. Su padre había entontecido; arrastraba una vida de perro, se ensuciaba en los pantalones y se le caía la baba; dormía en un camastro hediondo y apoyándose en una silla acudía a comer a una alcuza donde de tanto en tanto eran vertidas unas patatas cocidas. La tierra había dejado de ser trabajada y sólo quedaban unas pocas gallinas y un cerdo en un establo abandonado; tan sólo Saturnino cuidaba un pequeño huerto con que se alimentaban su padre y él, pues los otros tres apenas paraban en la casa sino para hacer recuento de sus rapiñas, exigir un potaje caliente y echarse de nuevo al monte.

La mujer que contagiada por Laura Albanesi de la necesidad de ciertos lujos — que en su equipaje llevaba algunas piezas de seda, terciopelo o *moirée*, un neceser con agua de colonia, polvo de arroz veloutine y leche antefélica para la pureza del cutis—, no estaba a su salida de Región dispuesta a soportar aquel medio por más de cuarenta y ocho horas y si había de apelar a la venganza no sería para presenciarla. En sus mejores momentos había incluso llegado a bendecir para sus adentros las desdichas que había sufrido, y gracias a las cuales había tenido que abandonar La Tomiñera, y aunque de boquilla se decía unida al hombre que por su amor fue a dar con sus huesos en la cárcel —y sin duda era sincera cuando entró a servir en la casa de la plaza de la Colegiata— nada le podría parecer más insano que guardarle ausencias ni más insensato que, una vez cumplida la sentencia, convertirse en la mujer de aquel rústico. Poco a poco se fue desenganchando y las cartas que al principio menudearon se distanciaron más y más hasta que un día, al reconocer que llevaba un año sin sus noticias, consideró que bien podía prolongar el paréntesis por otro más. No, Chavico no fue el primero, pero sí el que más exaltó su imaginación y el que —de consuno con Laura— abrió sus ojos hacia el mundo al que debía pertenecer, tan distinto del de su procedencia. Aquella mujer decidida a no consumir

más de dos fechas en la casa de su padre tuvo que sacrificar cinco años de lo mejor de su vida, tanto por no atreverse a encerrarle en un asilo cuanto para impedir que Saturnino —un hombre de delicada salud y enfermo del pecho— lejos de sus cuidados cayera bajo la influencia de sus hermanos y se dejara arrastrar a una vida para la que no estaba dotado en ningún sentido.

No contaba León con la suficiente familiaridad con Eugenio como para inquirir qué hacía en su casa aquella mujer que con su escabroso pasado bien podía arrojar una sombra sobre el nítido historial del *sportman* —e indirectamente afectar al gimnasio, cuya apertura se anunciaba para la próxima primavera, y restarle clientela —, pero nada en principio podía oponer a que Mazón, un hombre con pocas necesidades y acostumbrado a valerse por sí mismo para los más menudos menesteres, la hubiese empleado para cualquier cometido ancilar y así contar con más tiempo que dedicar a sus entrenamientos. Incapaz de preguntar la razón de su presencia tampoco podía esperar que Mazón, *motu proprio*, le informase de las razones que le habían empujado a acogerla y que Ventura León atribuyó a su credulidad y a la ignorancia (pues vivía en Bélgica cuando Daniela era doncella de Laura) acerca de su antigua y desdichada relación con Chavico y de su intempestiva salida de casa de su madre. Con sumo tacto y haciendo uso de numerosas circunvoluciones, Ventura León vino a saber que tanto Chavico como Laura Albanesi ignoraban la presencia de Daniela en la casa de la vega —o que al menos Eugenio no les había informado de ello ni ellos, sin tomarse la molestia de averiguarlo, habían acusado recibo de una posible delación— por lo que, haciendo acopio de todo su desinterés y de su deseo de salir al paso de posibles malentendidos y nuevas rencillas, se vio en la necesidad de ponerle al corriente del pasado de su doméstica y de las posibles consecuencias que podían derivarse de un acceso de furor de la Albanesi. Ventura León era lo bastante avisado como para entrever —a través de los discretos movimientos de la muchacha y los silencios de su presunto patrón— que bien podía ser algo más que una simple doméstica y que, por consiguiente, a la obligación de ponerle en antecedentes sobre su pasado y en guardia respecto a cualquier amenaza o represalia procedente de los Chavico —a partir del momento en que fuera denunciada su presencia— se venía a sumar la sospecha de que Mazón pudiese ser el objeto de una conjura destinada a enquistarle con su madre, urdida por su hermano, por Chavico o tal vez por la propia Daniela, deseosa de cobrarse al fin —y al cabo de los años— cumplida venganza sobre la aborrecida familia.

Al único que confió sus cogitaciones fue al señor Erskine que, sin abandonar su flema, le desaconsejó todo; le dijo que no se metiera en cuestiones de familia, que menos aún sembrara entre hombre y mujer, que todos eran mayores de edad para saber lo que hacían, que nada bueno podría salir si se metía en un enredo. El señor Erskineya había recibido el importe de los sanitarios del gimnasio y no parecía

preocuparse demasiado por la reputación de sus fundadores. Ésa era al menos la conclusión de Ventura León, ignorante de su participación en el asunto. Pues, en definitiva, tanto como de la libertad de León había sido Erskine el artífice del traslado de Daniela a la casa de la vega, cuando tuvo noticia del suceso de Ontiveros y de la doble amenaza que pesaba sobre Daniela.

Pero Ventura León no se dejó convencer; algunos consejos consiguen el objeto más opuesto al deseado, según la persona y la circunstancia; los que reclaman moderación, serenidad y prudencia con frecuencia son los mejores estímulos para una acción precipitada, cuanto más rápida mejor. Abandonó sus reservas y se decidió a poner el cascabel al gato y bajar a la casa de la vega para decirle al héroe qué clase de muchacha habitaba en su casa y tal vez compartía su lecho. Esas situaciones en solitario tienden a alterar los sentimientos hacia el prójimo, aun sin la intervención del prójimo; o mejor aún, cuando el prójimo interviene de lejos y sólo indirectamente es cuando más sentimientos desata. Todo aquel paréntesis de indecisión e incertidumbre sirvió, entre otras cosas, para que Ventura León procrease toda clase de prevenciones contra la muchacha —a la que en principio había mirado bien y le debía un agradecimiento que no había sabido expresar— y, en contraste con su actitud inicial, neutra y conciliatoria, empezase a desear su salida y su alejamiento de los entornos de la casa y el gimnasio. No sólo auguraba nuevas tormentas, posiblemente estaba alimentando unos celos de la primera persona hacia la que su héroe estaba a punto —según su temor— de ofrecer su intimidad.

En la primera visita no pudo hacer nada, ninguna de sus perífrasis le llevó a la palabra Daniela. En la segunda quedó aún más cortado y mohíno, sin atreverse a mencionar el nombre semiprohibido y sin acertar a justificar el motivo de su visita, apenas sostenida con comentarios intrascendentes y asuntos que ni siquiera requerían su exposición. En la tercera, al fin, fue derecho al asunto y no se levantó de su asiento sin haberlo despachado, con la mirada hundida en el suelo —o alzada hacia el techo en los momentos apremiantes— y las palabras entrecortadas por sus vacilaciones.

Nunca llegó a saber la reacción de su amigo, si es que la hubo. Por no saber no supo siquiera si el otro sabía de antemano lo que le estaba contando y le dejaba hablar sólo por buena educación o —también podía ser— por hipocresía, para no denunciar la importancia que daba al asunto y simular que lo relegaba a la categoría de otros chismes, que poco podían afectarle. No le observó durante toda la conversación y en ningún momento suspendió el temor a sus propias palabras, para dar entrada a la curiosidad por el efecto que podían producir. Por otra parte, el otro tampoco dijo nada ni se permitió interrumpirle; se limitó a asentir, de manera muy deportiva, con breves y continuos movimientos de cabeza. Tan sólo en una ocasión —y de soslayo advirtió en él una mirada sesgada, atenta y reflexiva, exponente de una actitud en la que no intervenía clase alguna de apasionamiento, muy propia de un caballero y de un atleta



consumado que fuera de su dominio, para esconder su timidez, se comporta con inquebrantable flema. Ni siquiera le dio las gracias por la información recibida, al término de la entrevista. Tal vez tampoco la dio por recibida (Ventura León se limitó a decir lo que sabía, sin complementarlo con los malos augurios que abrigaba, y ante la sequedad del otro no se atrevió a apuntar algunos remedios a situación tan delicada) y cuando presintió que su informador había soltado todo lo que llevaba dentro —y en verdad llevaba mucho más— se levantó de su asiento para indicarle la puerta en cuya dirección le abandonó a medio camino.

Por aquellos días entraba en España, por Dancharinea, el mariscal de campo carlista don Antonio Dorregaray, convertido en capitán general de la región vasco-navarra del ejército rebelde y dispuesto a reavivar aquella Guerra Civil tan súbita como insuficientemente concluida menos de un año antes; tras su triunfo en Eraul, sobre las fuerzas del coronel Navarro, consideró de nuevo don Carlos la conveniencia de volver a España para, como dice el historiador, «sacarse la espina de Oroquieta». De nuevo las juntas se pusieron en movimiento, las campanas de los pueblos tocaron a rebato y se enviaron cartas y delegaciones a cuantos fieles tenía la causa para convocarles al momento tan esperado que había de compensarles del gran desaire de Amorebieta.

En marzo de aquel año vino a saber Ventura León por un tercero (pues tras su última visita rehuía la casa de la vega, a la que no se acercaría en tanto su inquilino no suministrara indicios de su deseo de verle) que una vez más —y tras decidirlo de la noche a la mañana, sin consultarlo con nadie (al menos así lo aseguraba Erskine) ni dejar la menor razón ni encomienda sobre tantos asuntos pendientes— Eugenio Mazón había partido solo hacia tierras de Navarra, para unirse a sus antiguos compañeros de armas en su lucha contra el recientemente establecido gobierno republicano de Madrid. Cuando con los más sombríos augurios y aprensiones se acercó a la casa de la vega para confirmar o desmentir la funesta noticia, sólo pensaba que un sueño tan larga y resueltamente elaborado podía desvanecerse sin dejar otro residuo que unas obras inacabadas, un carro y un par de mulas, amén de una vista pendiente de juicio y un crimen no desvelado. Pero no podía sospechar que él mismo —también— podía correr la misma suerte que el sueño.

Con pocas palabras Daniela Gilvarey (un apellido hoy desaparecido) le hizo saber que, en efecto, Eugenio Mazón había marchado a Navarra, sin dejar explicaciones sobre su vuelta ni sus propósitos. Sin que abandonara un tirante laconismo en su respuesta creyó percibir Ventura León un tono de reproche como si, conocedora de la conversación sostenida días atrás, le hiciera en parte responsable de aquella huida hacia la guerra, dejándola sola y en difícil situación, rodeada de adversarios y acosada por las malquerencias. Un gesto gratuito provocado por él en buena parte y no por haber levantado un secreto sino, justamente lo contrario, por haber contribuido con su

desgraciada intervención a romper el acuerdo de dar por secreto lo que no lo era para nadie. Y en correspondencia con su adusta respuesta, la casa —que en los últimos meses había adquirido con unos pocos objetos y un cierto comfortable desorden, un tono un tanto risueño y extravagante— volvía a aparecer despojada de todo carácter con la ausencia de su inquilino, retirados sus efectos personales y todo a punto para ser desalojada.

Jamás como en aquella época debieron hacerse tan largos los días y las noches de Ventura León; tan saturados de reproches, tan consumidos en inútiles elucubraciones. Jamás sentiría tan innecesario el alimento, tan insípido el vino y tan fatigante el tabaco; tan bienvenido el sueño y tan maldecido el despertar. Por no tener no le quedaban ni ánimos para suspender por enésima vez las obras del gimnasio, que un albañil remolón prolongaría hasta la eternidad, derribando hoy lo que había levantado anteayer. Por momentos se veía como el culpable de la marcha de Mazón —el héroe hastiado de su pueblo, de su familia y de sus falsas amistades— a una guerra que no era la suya, tan sólo para poner tierra por medio y justificar una ausencia de meses, tal vez de años. No lograría León calmar su desasosiego, atormentado por la memoria de aquella funesta conversación que acaso sólo había servido para despertar el aborrecimiento del héroe a cuanto le rodeaba, a su madre, a su padrastro, a sus conocidos, a su doméstica o amante. Con la conciencia de culpa en carrera ascendente su aprecio a sí mismo alcanzaría las mínimas cotizaciones, en correspondencia con el temido desprecio con que el prófugo le habría de distinguir por el resto de sus días. No se sentía con fuerzas para soportarlo. En tal estado de degradación lo de menos sería el futuro del gimnasio, comprometido una vez más. También su actividad comercial, sus ventas, operaciones y charlas, se desvanecían para siempre; su ascendiente sobre el pueblo regionato quedaba por los suelos y la necesidad, desdibujada, pero imperiosa, de adoptar un nuevo rumbo y una nueva tierra de adopción se impondría como única salida a tal encerrona, como único paliativo a tan numerosos quebrantos. Y aun así ya no sería nunca el hombre de antes, tocado por la fortuna y señalado por la historia, colaborador cercano y amigo personal del héroe; sería un hombre con un pasado inconfesable y (miraba al carro) una señal en la frente, obligado a recorrer pueblos impertinentes y tierras ociosas, perseguido por la sombra blanca que nunca le permitiría volver atrás. Miraba el carro y las lágrimas asomaban a sus ojos, acaso para verse a sí mismo un poco más licuado, ennoblecido por el dolor.

Tal vez una situación tan extrema sea la más propicia para la concepción de una idea luminosa y salvadora; y tal vez no sea el valor o la singularidad de la idea cuanto la decisión y el coraje para adoptarla y ponerla en ejecución —con la reducción del entorno anímico a su consumación, su pupilaje como vía de síntesis moral y su exaltación a la máxima jerarquía espiritual— lo que la instruyen como única e

inoslayable vía de conducta. Fuera cual fuera su resultado, decidió ponerse a ella sin más tardanza; era un todo o nada. Y una mañana Ventura León empaquetó sus más imprescindibles efectos personales, reunió todo su dinero, atalajó las caballerías al carro y —sin despedirse siquiera de Erskine, un poco a la manera de su ídolo— salió en dirección a Navarra en busca de Eugenio Mazón, para hacer la guerra a su servicio.

Tras la partida de Eugenio Mazón no podía tardar Daniela Gilvarey en abandonar la casa de la vega, donde había encontrado refugio tras la muerte de su padre. Pero sin Eugenio tampoco allí podía estar segura. Eugenio carecía de amigos de confianza y en modo alguno se atrevió a cargar la responsabilidad de su cobijo sobre los hombros de Erskine o Ventura León, dos hombres a su manera un tanto trashumantes y poco preparados para aceptarla. Pero si tenía dudas la conversación de Ventura León sirvió para sacarle de ellas y al día siguiente tenía tomada su decisión.

Los Gilvarey constituían una familia de campesinos —oriundos de Galicia, con toda probabilidad— huraños y avaros, que gracias a un tío soltero —ya difunto— habían llegado a poseer una pequeña pero buena tierra y algunas cabezas de ganado. Pero en pocos años —con la muerte del tío y de la madre, la piedra angular de toda la casa, a causa de su último parto— habían quedado reducidos a la miseria por la desvergüenza del padre y la nula dedicación al trabajo de unos hijos que, criados a su antojo y exentos de toda férula, no supieron salir de sus travesuras infantiles sino para incurrir en sus correrías adolescentes sus actos de vandalismo juvenil. Se diría que con la pérdida de su esposa el padre abandonó toda idea de conducir a su familia por la senda de la decencia y convencido de que su propiedad le permitía vivir sin tener que empuñar la herramienta, con cinco hijos que pronto se harían cargo de ellas, arrendó sus tierras en aparcería para llevar la vida del terrateniente que no era: las tabernas de Jueves o Sepulcro Beltrán, las largas sesiones de naipe, la vuelta a casa a deshoras y en estado de embriaguez. Antes de cinco años había disputado con los arrendatarios, había enajenado la mitad de sus tierras mientras la otra permanecía inculta, en tanto sus hijos aterrorizaban a las mujeres de sus vecinos y poco a poco ampliaban el campo de sus razzias hasta alcanzar las riberas del Torce o los altos de La Requerida. Eran cinco: Daniela —la mayor— y cuatro varones, Vicente, José María, Saturnino y Juan, el más fiero de ellos, tal vez por ser el más pequeño y criado en la usanza de todos los desmanes de sus predecesores.

Todos los esfuerzos de Daniela —transformada antes de la pubertad en directriz de la casa— por sujetarles resultaron inútiles. Cuando no era uno era otro y no pasaba un día sin que Daniela tuviera que pagar unos vidrios rotos. Pero delante de Daniela eran unos párvulos; una mala palabra que pronunciaran y les caía una bofetada, como primera medida. Muy raro era el día o la noche en que se sentaban todos juntos a la mesa, pero aquel que no acudía —salvo el padre— sabía que encontraría un plato de

potaje frío en una repisa del establo y las trancas echadas. Mucho antes de cumplir los veinte años los dos mayores se echaron al monte, para huir de Daniela, de la autoridad y del trabajo y buscarse la vida robando gallinas y terneras y hasta salteando los caminos entre Sepulcro Beltrán y El Salvador, entre San Mamud y Bocentellas; y cuando cundió la alarma y hasta en la prensa de la provincia se llegó a decir que en la sierra de Región había surgido un brote de bandolerismo, entonces para no desprestigiar a las autoridades civiles ni decepcionar a las fuerzas del orden público, para adornarse con un título que en cualquier otro campo les sería muy difícil adquirir, se convirtieron en bandidos con jurisdicción en toda la comarca, sin respetar otros límites que los del bosque prohibido de Mantua, guardado por un sujeto de su misma o parecida condición. Cuando el tercero, Saturnino, un chico débil y apagado, el hermano que ella más quería y en quien algo podía confiar, el que cultivaba el huerto y le ayudaba a cuidar los animales, el que constituía su único escudo frente a las brutalidades de su padre, más por emulación de su hombría que por una tendencia natural a llevar aquella clase de vida, más por temor a ser tildado de cobarde que por verdadero coraje, desapareció un día para seguir los mismos pasos de sus mayores, Daniela no lo pensó dos veces y renunció a su papel y a su cometido en aquella casa, con la vista puesta en otra cosa. Cuando poco después volvió Saturnino, consumido por la fiebre, ya era tarde: Daniela se había entregado a un vecino, un hombre que podía ser su padre, que la sedujo con la promesa de hacerla su esposa y heredera de las tierras que poseía, entre otras las antiguas de su familia. Pero otro pretendiente anterior, más joven y sin otros bienes que sus manos, debió considerar que con tan unilateral resolución ni mucho menos quedaban sus amores zanjados, por lo que decidió hacer valer sus derechos, acosó a Daniela y amenazó al futuro —y pusilánime— marido con romperle la cabeza. Para amansarle, para llevar las cosas a un terreno más tranquilo, también para probar una variedad más sabrosa y lozana del fruto que ya había gustado y quién sabe si para, como consecuencia del mordisco, decidirse por uno u otro, Daniela se entregó también a él, en el mismo lugar y a la misma hora, aunque en domingo, fecha en que el prometido acostumbraba a pasear y tomar el refresco en Región. No logró nada de lo que se propuso, ni siquiera en su fuero interno, pues habiendo probado los dos nunca llegó a saber a cuál de ellos podría detestar más. Antes al contrario sólo consiguió encandilarlos más, intensificar sus acosos y apremiantes demandas. Ya estaba decidida a abandonar a los dos, a dejar para siempre la casa de su padre y ponerse a trabajar en alguna granja, cuando el prometido apareció descalabrado en una cuneta, muy cerca de la choza que había cobijado sus amores. Sus primeras sospechas, como las de todo el mundo, recayeron sobre su segundo amante; sin embargo, sabiendo que un testimonio suyo podía resultar fatal para el presunto autor, Daniela se decidió a mentir por duplicación: no sólo no confesó a nadie sus tratos carnales con la víctima,

sino que sostuvo que a la hora del crimen yacía con el acusado. El acusado entró en el penal persuadido de que alojaba en su pecho dos sentimientos que eran correspondidos: de odio a su tío que le había condenado y de amor a Daniela, que no había vacilado en mentir para salvarle de una pena mayor. Y para el penado Daniela sólo lo podía haber hecho por amor.

No era exactamente así. Desde que yaciera con él, aquel hombre a Daniela le importaba poco. Tampoco le importaba mucho mentir, así que dos cosas sin demasiada importancia para ella podían convertirse en una de cierta trascendencia. En cambio, sí era sensible al halago y a la magnificencia de Región, entrevista de camino hacia el Juzgado. El primero fue provocado por el juez con su exabrupto. A la salida, alguien —una persona educada y sin duda influyente— la tomó del brazo y la llevó a un aparte; la trató con consideración, alabó su entereza y no tuvo palabras para elogiar su espíritu, la nobleza de sus sentimientos. A Daniela nunca le habían dicho nada parecido. Sin embargo —insinuó el desconocido—, acaso fuera preferible una pequeña rectificación; una nueva declaración, no en el sentido de contradecir la anterior, para aclarar ciertos extremos que habían quedado oscuros; por ejemplo, el mango de la azada, ¿acaso no podía reconocerlo? Él se encargaría de arreglarlo cerca del Juzgado y sólo necesitaba un par de fechas en que podría alojarse en la fonda o en la casa de la Marcelina, naturalmente a gastos pagados. Precisamente su madre estaba buscando una muchacha de toda confianza, una muchacha de carácter, una chica despierta.

La muerte del padre reunió a los hermanos Gilvarey en su casa, por primera vez en mucho tiempo. Los tres prófugos no tardaron en acudir, gracias a un aviso enviado por Saturnino a Aguaturca donde se habían hecho fuertes. Para Daniela y Saturnino habían emigrado, nada sabían de ellos desde meses atrás, pero el más lerdo de la comarca sabía que en todo latrocinio perpetrado entre el Torce y Mantua estaba metido un Gilvarey de por medio. Pero solamente eran conocidos de nombre, pues se habían echado tan jóvenes al monte que sólo media docena de vecinos podría reconocerlos, por su pelo rubio, según decían.

Una mezcla de temor y de respeto a la ocasión indujo al vecindario a pasar por alto las ofensas recibidas antaño por aquellos temibles hermanos y permitirles unos días de tranquilidad para honrar al muerto e inducirles, con una llamada a la razón, el apetito por volver a la senda de la ley. Un párroco fue encargado de ello, un cura con ojos inquietos y brillantes que en todo momento lanzaba miradas de soslayo, en busca de una navaja o de una bolsa de dinero pero que repitió tres veces del plato de lacón preparado por Daniela. A los postres, por reconocimiento a la buena comida o en la idea de que sólo apurando la situación puede recibir una recompensa, les advierte: «Tenéis que entregaros. No hay salida. No podréis salir del cementerio. Acudirán todos con sus armas».

Una ocasión así no la despreciaban los Gilvarey; a menos de cuarto de hora del cementerio, paso de caballo, se encontraba Ontiveros, la finca más extensa y rica de la comarca, que Cristino Mazón había empezado a remozar y, se decía, estaba alhajando con todo lo bueno que encontraba en la comarca. La incursión fue preparada con presteza pero con detalle, la noche anterior al entierro. Daniela, en previsión de lo peor, se opone, trata de llevarles a la razón, de atemorizarles con las presumibles represalias, de apiadarles con la pintura de su propia suerte y de la situación de su hermano, indefensos ambos ante cualquier clase de vindictas. Logra tener un aparte con Saturnino y entre los dos elaboran un plan para desarmarlos mientras duermen. Todo es inútil, no son unos principiantes y están decididos a todo, seguros de cobrar un botín —mientras se celebra el entierro— lo bastante cuantioso como para salir de una vez de penurias, abandonar para siempre aquella tierra y establecerse en cualquier otro lugar del país, lejos de aquellos pagos, donde su nombre no quiera decir nada.

En efecto, al tiempo que se celebra el entierro y la comitiva —encabezada por el féretro seguido del párroco, de dos hijos del difunto y un inquieto acompañamiento de hombres y mujeres que miran a derecha e izquierda en busca de los otros tres— se dirige al cementerio, los Gilvarey saltan las cercas y entran en la casa de García Menor, en aquel momento casi exclusivamente ocupada por mujeres y niños. Un carretero que intenta oponerse al asalto recibe un culatazo en la espalda y cae de bruces, con un estertor que no indica nada bueno. Vicente reduce a todos en una habitación mientras los otros dos proceden al saqueo, sin respetar una cerradura. Aunque se llevaron todo lo que había de valor —el dinero en metálico, unas cuantas joyas y objetos ornamentales, toda la plata, un par de crucifijos y un ostensorio de la capilla— no encontraron tanto como esperaban, por lo que en el último momento cambiaron de opinión y en lugar de tomar la dirección de Jueves, para seguir luego hacia tierras leonesas como era su primitivo plan, puesto que la captura no daba para cubrir sus proyectos y no estaban demasiado familiarizados con aquellos caminos, prefirieron dirigirse hacia El Salvador para eludir en sus breñas, que conocían a la perfección, la persecución de la justicia que a no dudar sería alertada aquella misma tarde.

A la mañana siguiente se personaron los alguaciles en casa de los Gilvarey para inquirir sobre el paradero de los tres hermanos y, como pago obligado al nulo resultado de su misión, llevarse preso a Saturnino, acusado de complicidad en el asalto de Ontiveros. Nada esperaba la autoridad obtener de él, pero al menos lo ensayaría como rehén, si no como anzuelo con el que atraer a sus hermanos al calabozo de Borques, donde quedó confinado. Daniela fue tras él, al día siguiente y después de cerrar la casa con la determinación de no volver a ella una vez que nadie dependía de sus cuidados. Ni siquiera mató al cerdo, no se llevó un solo enser, nada

le importaba de todo aquello. Prácticamente tenía el equipaje hecho desde hacía cinco años, el mismo que había traído de Región y apenas tocado, que pacientemente había esperado el inevitable momento que un día u otro había de llegar. Hizo el viaje a pie y en carro del que saltó al llegar a la vista de las primeras casas. Detrás de una tapia se mudó las ropas y al pie de la tapia quedaron para siempre sus negras estameñas, un sufrido chal de lana, un pañuelo blanco y unos zuecos. La persona que bajó del carro no era la misma que la que entró en Región.

No tenía muchas puertas a las que llamar y no era tanto su atrevimiento como para acudir a quien en su primer viaje la había atendido y le había buscado el empleo, víctima ahora de la piratería de sus hermanos. Pero Daniela era una de esas personas que no teniendo un porvenir despejado —más bien cerrado por todas partes— sabe perfectamente lo que ha de hacer en las próximas veinticuatro horas; acaso por eso aguantó cinco años en casa de su padre, cada día con el siguiente ocupado. Y como conservara íntegros sus ahorros y como algún conocimiento de la vida regionata había adquirido durante su estancia en la casa de la plaza de la Colegiata se fue derecha al Cuatro Naciones, convencida de que no había mejor lugar para negociar la libertad de su hermano. Dos caballeros le cedieron el paso; uno se quedó mirándola —un hombre de flequillo alborotado y un tanto rubicundo—; el otro parecía demasiado apresurado como para reparar en nada y cuando ella pasó a su lado dirigió a su compañero una frase que incluía la palabra «Jueves». El primero desde la calle se volvió a mirarla mientras el otro, con un maletín de tamaño mediano, le apremiaba para que apretara el paso.

No anduvo descaminada Daniela Gilvarey durante su estancia en el Cuatro Naciones que en nada influyó para la puesta en libertad de su hermano Saturnino. Como su prendimiento no dio el menor resultado para atraer a sus hermanos —y corroborada su ineficacia con la llegada de su hermana, para estar cerca de él y asistirle con sus visitas y paquetes— alguien, constituido en sabueso, se decidió a soltarlo en la idea de que su querencia le conduciría a la guarida de sus hermanos. Salió con mucha fiebre y con un principio de congestión pulmonar contraída en el calabozo que al día siguiente de desalojar él fue ocupado por Ventura León.

Saturnino —muy posiblemente por consejo del señor Erskine, quien, tras haber puesto los ojos en ella en la puerta del Cuatro Naciones, no tardó en presentarse y trabar relación con Daniela— no salió de Región y se refugió en una casa de la vega, ya en las afueras, para reponer su salud y persuadir a las fuerzas del orden de que no mantenía ninguna clase de vínculos con sus hermanos. Muy poco después, también a sugerencia de Erskine, que así cumplía un doble servicio —por la declaración de Daniela en favor de Ventura León— y conjuraba una doble amenaza, entró la muchacha en la casa de la vega, con los mismos bultos con que había salido de la casa de la madre del inquilino, cinco años antes.

Los temores de Erskine estaban bien fundados y no se dirigían tan sólo al joven que hacía poco había salido del penal de Santoña y probablemente había matado de un porrazo a Eduardo Vázquez y no pararía hasta dar con Daniela. Tiempo atrás había hecho su aparición en Región —y apareció como todos sus predecesores sicilianos, de la manera más natural, como si se limitaran a aprovechar las facilidades de una línea directa entre Palermo y Región, tan directa y no terrenal como la de Dover y Calais o tan espiritual y antagonista como la de Roma y Moscú— un tipo llamado o apodado Tito Meneses, familiar o conocido de Chavico de sus tiempos de matón y que después de hacer unos cursos en Sicilia, se había relacionado con la Mano Negra y había operado en Andalucía, adonde, por una temporada, no podía volver. Unos decían que el Meneses no era más que la corrupción castellana de un nombre italiano mucho más complicado —no Minestrone, pero algo así—, como había ocurrido con Chavico, pero otros daban por segura que era una consecuencia más del gracejo andaluz, que así le había motejado por su afición a la pedrería y los falsos metales nobles, las muñequeras claveteadas y las pulseras de hojalata. Era el puro matón y a su lado el Chavico de los mejores tiempos sería una guirnalda de virtudes y nobleza; era tan matón que ni siquiera era jugador porque sólo apostaba sobre sí mismo y, como los poetas clásicos, nada dejaba al azar y nada hacía en demasía; sólo lo justo, lo justo para ser matón. Un tratadista moderno que ha estudiado ese tipo hasta donde se deja estudiar y ha seguido su declinante trayectoria desde los grandes matones del XIX hasta los esfarataores de hoy —un proceso más rápido, pero análogo al que de los tiranosaurios conduce a los lagartos— ha señalado el carácter técnicamente levantino de esa raza. Y si hoy sólo subsisten en la tierra donde se come la jibia, entonces era otra cosa, pues lo que los grandes helechos fue para los saurios fue el progreso para los matones.

Tito Meneses lo mismo terminaba con un baile que con un plante; lo suyo era terminar y, por supuesto, sólo se alquilaba para eso; para terminar con el orden o para terminar con el caos, la ley o el bandolerismo, pues siempre habría alguien —en la España que estrenaba República— que pensara que había que terminar con la presente situación. Poco tardó en pasar de Chavico a Cristino Mazón —liberal, mas no republicano, nunca republicano— y de la cuenca —donde pronto terminó con unos conatos de disturbios sin ninguna conexión con el Congreso de Valencia de la Internacional, tal como quería el Casino, ni vinculación precedente con la insurrección cantonal, como posteriormente querría el hall— a Ontiveros para desde allí terminar de una vez para siempre con el bandolerismo.

En cuanto supo en el hall que a los pocos días del asalto de Ontiveros Tito Meneses dormía en una de sus dependencias y acompañado de dos o tres jinetes armados recorría sus lindes y hasta se acercaba en sus rondas a los de Mantua, el señor Erskine —que en ausencia de Ventura León agudizó su ingenio, su oído y su



olfato para cumplir sus funciones— intuyó el peligro y sugirió a Daniela la conveniencia de buscar un refugio más seguro que la habitación del hotel y una estancia más reservada que en pleno centro de la villa. Con todo se retrasó un poco o tal vez Eugenio Mazón —un tanto desdeñoso para los problemas externos para cuya comprensión necesitaba un tiempo que nunca regalaría— tardó en dar su consentimiento y no para pensarlo con calma, sino porque —excepto para los combates de lucha y las decisiones súbitas— era hombre lento y poco acostumbrado a dar un sí. La cuadrilla de Meneses se presentó en la casa de los Gilvarey en cuanto en Ontiveros se tuvo noticias de que había vuelto a ser ocupada; eran cinco jinetes armados con escopetas y carabinas. Meneses era un tipo inconfundible, que en invierno se protegía con una amplia capa de color tabaco que le llegaba a los tobillos, pero en toda estación del año —lo mismo en enero que en octubre se paseaba remangado, exhibiendo en sus brazos sendas muñequeras de cuero negro claveteado. La casa estaba cerrada, las contras seguras, las trancas echadas; pero al encontrar indicios de una reciente habitación —huellas de pocas horas— la forzaron y la prendieron fuego, como indudable señal y aviso de sus intenciones. Durante el expolio surgió un incidente entre ellos; dos de sus secuaces quisieron llevarse unos objetos de mínimo valor, pero Meneses —como buen profesional— se opuso a ello para eludir la existencia de pruebas del delito y en la discusión cruzó la cara de uno. En el suelo juró vengarse y para hacer consistente su amenaza hizo el camino de vuelta a Ontiveros un tanto rezagado, a pesar de los intentos de su colega por conducirlo hasta el grupo. A la postre le dejaron a su paso y cuando cayó la tarde le perdieron de vista. No pudo cumplir su amenaza y no le volvieron a ver vivo; a la mañana siguiente le encontraron tendido en el camino, con el consabido porrazo en la cabeza con que terminaban su existencia todos los enemigos de aquel fantasmal y ubicuo vengador.

Era más de lo que Cristino y Meneses podían soportar. A decir verdad a Cristino no le iba mucho en ello, pero para el matón un golpe así ponía en tela de juicio su prestigio y su salario. Es lo más probable que a partir de ese incidente el matón se decide a actuar por cuenta propia, sin consultar con Cristino el siguiente paso que, naturalmente, no será en falso. Cristino no podrá aprobarlo, pero una vez ejecutado no tendrá otra opción que cubrirlo; en cierto modo, tales son los términos tácitos de su acuerdo. No tienen que molestarse mucho y no hacen falta más que tres hombres que, apostados en la vega, esperan a Saturnino de vuelta de un paseo solitario para respirar aire puro y oxigenar unos pulmones consumidos. Ni siquiera necesitan llevárselo muy lejos, hasta unos encinares en la dehesa de Bohar, donde es amarrado a un tronco y tras la aplicación de unos medidos y hábiles golpes, abandonado en estado semiagónico. Pero antes de caer, con nublado entendimiento y nula capacidad de reacción, de su boca salen unas entrecortadas indicaciones acerca de una mina

abandonada, no lejos de Aguaturca.

Dos días después tendrá lugar el combate de Aguaturca, del que la autoridad no querrá tener la menor noticia —en cierto modo amparada por los fogonazos de una Guerra Civil que en aquellas tierras no había prendido—; no sólo no se dará por enterada, sino que, hasta donde su poder alcanza, desmentirá y silenciará por la fuerza —como si se tratara de un grave desacato— el relato que sobre él corre de boca en boca por todo el valle. Una partida numerosa, de unos diez o doce hombres, se enfrenta con los tres Gilvarey en las laderas cubiertas de brezo donde se sitúa la bocamina de una antigua explotación de hierro, abandonada desde siglos, en las proximidades de Aguaturca. En la guarida sólo se encontraba el mayor de los hermanos, Vicente, que —con ayuda de un chiquillo expósito que le servía de pinche— se decidió por sí solo a repeler la agresión en la inteligencia de que los otros dos, que no podían estar muy lejos, llegarían en su ayuda con el eco del primer disparo. Así fue; el combate duró varias horas y concluyó con un saldo nada favorable para los hombres pagados por García Menor y capitaneados por Tito Meneses; pues si bien en él perdió la vida el mayor de los Gilvarey, Vicente, y José María recibió un tiro en el pie que le dejó cojo para el resto de sus días, cuatro de los mercenarios quedaron en el monte. Y se dijo que cuando, ya con una luz declinante, la partida abandonó la empresa aún sonaron en el monte media docena de disparos con que Juan remató la suerte de tres mercenarios que habían de servir de carnaza a esos buitres enanos y fosforescentes que, al decir de los pastores, se han convertido en animales tan sibaritas y tan enemigos del género humano que pueden prescindir del banquete ofrecido por un ternero o un rebeco despeñado con tal de picotear en el pecho, el vientre o el cráneo de un cazador —como en Mantua es preceptivo— poco afortunado.

El combate no terminó ahí, pues el carácter de sus protagonistas —Juan Gilvarey por un lado y Meneses por otro— adquiriría un nuevo matiz con su resultado. Sin duda que con aquella efemérides gira el destino y cobra toda su envergadura la personalidad vindicativa (y carnicera) del menor de los Gilvarey, Juan, que de bandido de ocasión y salteador de caminos pasa a convenirse en ángel tutelar de la diosa de la venganza. A partir de la muerte de su hermano Vicente dejan de interesarle el expolio y las depredaciones que todavía la escuálida riqueza del valle podía ofrecer a un hombre que, por encima de cualquier otro atributo, hiciese gala de la audacia. Si asalta y roba es para subsistir y adquirir los medios con que proseguir su guerra particular y desde entonces no tendrá otra profesión que la venganza ni otro cliente que la familia García Menor, con sus allegados. Y ha jurado que matará a Meneses, aunque le cueste la vida.

Por su parte, Meneses no ha podido quedar más desairado. Ha sido humillado por poco más de un rapaz que ha puesto en entredicho su profesionalidad y rebajado su

categoría. Ya no puede frecuentar los tugurios y reclamar silencio con un taconazo y, por si fuera poco, la recuperación del prestigio la tendrá que hacer por sí solo, pues Cristino —en cuanto apoderado de García Menor para todos los trabajos sucios—, después de utilizar toda su influencia para silenciar el incidente de Aguaturca, no permitirá que una vez más el matón actúe por su cuenta y riesgo; y aunque no ha recuperado uno solo de sus candelabros, ordena a Meneses que se limite a vigilar la finca —sin aventurarse fuera de sus lindes— por temor a que el precio que le cueste, si la autoridad gubernativa se decide a sacudir su pasividad, sea mucho mayor que el valor del tesoro robado por los Gilvarey y multiplicado por cinco en el correspondiente atestado. A Tito no le queda otra opción que largarse de la tierra o buscarse la revancha por sí mismo, sean cuales sean las órdenes de Cristino. Por la razón que sea —bien por amor propio, bien porque le retenga Laura Albanesi— se decide por lo segundo, y desde el camastro de Ontiveros o en el lecho de la calle de la Tercia empieza a elaborar un plan algo más refinado que el anterior y que para evitar una repetición del suceso de Aguaturca ha de pasar por Saturnino o por Daniela. Es posible que la duración de su exilio en Región fuera obligada; o que hubiera encontrado allí un campo de acción mucho más desguarnecido que en el resto de la península y en el que —salvado el escollo de los Gilvarey— faenar durante una larga temporada, o que, nada satisfecho por su resultado, el combate de Aguaturca despertara, al tiempo que el afán de revancha, la codicia por la posesión del tesoro sepultado en la mina y que, a causa de las engañosas palabras de su antiguo propietario, cree mucho más cuantioso de lo que en realidad es. Por si tenía algunas dudas sobre su inmediato futuro y sus próximos pasos, la muerte de Chavico vino a despejarlas, con una razón más —y tal vez más poderosa que todas las anteriores— para su permanencia; pues a todas ellas se venía a añadir una posibilidad, un tanto ambigua y lejana, que de llevarla a la realidad podía hacer de él el hombre clave de la situación; el que daría las órdenes —incluso a Cristino y García Menor— en lugar de recibirlas.

Estimulado con tan poderosos augurios Meneses se inclina por una simulada —o siempre amparada por una estratagema— indisciplina y en la sombra se decide a reclutar una partida de hombres descontentos, dispuestos a subir una vez más hasta Aguaturca para terminar con Juan y hacerse con el tesoro. Considera que es el primer paso que —desde el lecho del gabinete de la calle de la Tercia— le puede llevar al de la casa de la plaza de la Colegiata. El premio será de tal magnitud que no duda en arriesgar al máximo y para obtener una primera bolsa se vuelve contra García Menor, quien cree que al mercenario sólo le mueve la liquidación de un saldo, imprudentemente dejado en suspenso hasta el finiquito del contrato y su salida definitiva del valle. Se produce el atraco, esta vez en la capital, de una forma tan bien estudiada y perfecta que el propio García Menor —en una de sus postreras

resoluciones, antes de caer fulminado por la hemiplejia— tiene que dudar de que proceda del joven y montaraz bandido, demasiado perdido y alejado en sus breñas como para disponer de una información tan precisa sobre los movimientos de su pagador. Pero cogido por su propia trampa, una vez más se ve obligado a levantar la acusación sobre los Gilvarey y monta con toda publicidad y ayuda de la ley una partida dispuesta a batir el monte y no regresar a Región sin las cabezas de los dos hermanos y —cosa también importante— con la prueba de sus delitos, sobre todo del último. La encomienda no tenía otro propósito que el de incluir en la partida a Meneses quien a regañadientes, pero sin la menor posibilidad de rehusar la invitación a menos de ponerse en evidencia, accedió a acompañar a sus gentes hasta Aguaturca en una expedición que, organizada de esa manera, no ofrecía para él ninguna ventaja ni le había de ayudar a la ejecución de sus planes. En muy poco tiempo el viejo García Menor —el más poderoso de todos los Atanasios— había sufrido un sensible cambio a tenor de los tiempos. Sus ambiciones se habían doblegado porque comprendía muy poco todo lo que había cambiado, el clima de abierta violencia, la participación de tantas personas desconocidas que osaban tratar de poder a poder a las antiguas potestades; nunca llegó a saber desenvolverse en aquel ambiente encarecido y sólo suspiraba por volver al antiguo régimen cuando él y dos o tres personas más, sin contacto directo con la fuerza y la coacción, podían disponer a su antojo de los intereses de toda la comarca; y creía —en uno de sus últimos momentos de energía y lucidez— que recurriendo a los antiguos procedimientos podría de un solo golpe acabar con los Meneses y los Gilvarey, y recuperar la tranquilidad del cacicato, alterada por nuevos ricos, aventureros y matones.

La partida consta de más de veinte hombres e inaugura (pues la encabezada por Meneses y que dio lugar al combate de Aguaturca jamás gozó de registro histórico) esa periódica caza del fugitivo que cada diez o veinte años se organizará en Región para sacudir su aburrimiento u olvidar la maldición del Numa por unos días, con la representación histriónica de su función. Para conceder a la acción todo el relieve que merece la encabezan el primogénito de García Menor —de nombre Atanasio también, un joven sin el carácter de su padre y que por el momento no parece molestarse en acrecentar lo que un día ha de recibir— y Cristino Mazón, su hermano político; y se acompañan de Murano y Santo Bobio, dos descendientes de antiguos señores que han tenido que pasar al vasallaje, más o menos disimulado, y son requeridos para formar el cuarteto que se distraerá con el naípe en las acampadas o con la carrera del zorro en alguna desviación cinegética de la misión. Pero Cristino Mazón, nada aficionado al caballo, pronto da media vuelta, requerido por un propio (aleccionado de antemano para ello) a volver urgentemente a su despacho de Región para un asunto que no permite demora alguna. Meneses recela de tal abandono, pero nada puede hacer situado en segunda fila, en modo alguno deseoso de tomar la

dirección de la marcha. Una vez más menosprecian la astucia y diligencia de Juan, advertido de lo que contra él se preparaba —sin necesidad de espías— por el imprudente clamoreo con que García Menor quiso legalizar su empresa. Juan y José María ya sabrán cuidarse de sí mismos; son Saturnino y Daniela los que corren el mayor peligro. El primero se traslada una noche a una casa de Cafarnú, de toda confianza, en cuyo altillo se oculta. El señor Erskine —que por entonces estaba instalando en Ontiveros unos sanitarios de la marca Cascades (roto su entendimiento con la casa Twyforde, por no aceptar ésta sus proposiciones para un equitativo reparto de los beneficios) y estaba al corriente de cuanto allí ocurría y se preparaba— por temor a que se reprodujera un atentado como el de Bohar arregló y aceleró ese traslado, gracias a su amistad con un albañil, y apremió a Eugenio para que acogiera a Daniela en la casa de la vega, un lugar que ni el propio García Menor se atrevería a allanar, con o sin Meneses.

En la mina no encontraron nada, tan sólo huellas de habitación y señales de un paso reciente en dirección a Fuentes Falda y los lindes de Mantua que algunos se prestaron a cruzar (tal vez entonces no infundían tanto respeto como ahora) frente a la oposición de la mayoría más propicia a continuar la búsqueda por los piedemontes de Montayú y las Bárdenas altas. Nadie desea volver a Región con las manos vacías, pero al que menos importa es a Meneses que, convencido de que los pájaros han huido, teme que Mazón le prepare un recibimiento poco acogedor. Por las disensiones entre unos y otros y por la falta de capitanía la partida se divide en dos en Fuentes Falda; Meneses y los suyos se vuelven por el camino de Socéanos; García Menor y Santo Bobio rehacen sus pasos hacia Aguaturca y los lindes de Mantua, espíados desde lejos por un innombrable sujeto que nunca se dejará ver. Santo Bobio —imprudentemente atraído por una perdiz o un zorro más allá de una línea que sólo existe en la mente de una criatura casi supraterrrenal— no volverá nunca. No sólo no volverá nunca, sino que obligará a volver al descendiente que no volverá nunca; tan pesada es la carga del apellido que todo Santo Bobio ha de dejar descendencia antes de subir a Mantua en busca de su progenitor y, por lo mismo, está obligado a subir a Mantua en cuanto tiene descendencia. Acaso por eso la descendencia por lado paterno de los Santo Bobio se hace esperar cada vez más hasta culminar en esa figura —muy propia de tiempos revueltos y republicanos— del aristócrata setentón que, entre sollozos, se cala una boina chapada para depositar en su cuna a un bebé empapado por las lágrimas y a continuación descuelga una escopeta con la que no ha disparado en los últimos treinta años.

El primogénito de García Menor apareció muerto de un porrazo en la cabeza en las cercanías de Tebus, unas horas después de que un granjero advirtiera un caballo ensillado pastando en su propiedad. Entre su muerte y la hemiplejía de su padre —y, por consiguiente, la transferencia a Cristino Mazón, como nuevo cabeza de familia,

de la administración del mayor patrimonio del término de Juelves— no mediarían seis meses.

La partida no pudo, pues, tener resultados más desastrosos. Pero a título de consuelo todos los que habían intervenido en ella (menos Meneses) quedaron por unas semanas convencidos de que los dos hermanos se habían esfumado para siempre, ganando su franquicia al otro lado de la cordillera. Aquella costosa y no establecida paz no había de durar mucho. Un paisano tentado por la codicia informa a Tito del paradero de Saturnino, escondido en un altillo de Cafarnú y consumido por la fiebre. A falta de mejor primicia, la represalia no se hace esperar. Saturnino es llevado al monte y abatido por media docena de escopetazos; entre sus ropas fue encontrada una cartera que había pertenecido al pagador de García Menor, con unas pocas monedas y unos cuantos libramientos de imposible negociación, que aparentemente desgravará a Meneses de toda sospecha acerca de su participación en el atraco, pero que no hará sino aumentar los recelos de Cristino hacia su antiguo testaferro.

Por un instante se piensa que las cuentas han quedado saldadas y una tregua conseguida por el temor a la represalia se extiende por Región en los días en que Eugenio —no sin obtener a su manera garantías sobre la seguridad de Daniela— marcha hacia Navarra. Pero el espíritu de vindicta no se ha extinguido, tan sólo reposa en espera de la ocasión propicia. Tras unos meses de calma la venganza —alimentada por la meditación— se cebará de nuevo en la familia y con la más sobrecogedora e inquietante de sus manifestaciones. Tres de los nietos de García Menor —dos de su hija y el primogénito de Cristino— volvían acompañados de su aya de una merienda junto al río cuando son invitados a subir a un carro que les llevará hasta su casa; el aya ya no recordará más, aporreada en la cabeza en el momento de subir al pescante y depositada junto a una carrasca dormida con una fuerte dosis de cloroformo. Los dos pequeños aparecen en el mismo paraje y en parecidas condiciones, atados y anestesiados, pero la niña —la predilecta del cacique — presenta en la mejilla un corte desde la oreja hasta la nariz que ya nunca podrá disimular y que pondrá de manifiesto para el resto de sus días la clase de herencia de que es acreedora. En cuanto al mayor de Cristino nunca se volvió a saber de él; durante muchos días su gente rastreó el lugar y sus inmediaciones, pero sin que se obtuviera ningún resultado. Se dio en suponer que después de zafarse de sus aprehensores —un conjunto de pisadas y tierras revueltas así lo insinuaban— fue de nuevo capturado y sacrificado, escondido su cadáver en cualquier punto de aquel arenoso carrasca]. Otros —más dados a ciertas variantes del sebastianismo— apuntarían la posibilidad de que siguiera con vida, lanzado a la vida salvaje o refugiado en la compañía de algún pastor lo bastante huraño como para no devolverlo a la civilización y guardarlo consigo. Al horror suscitado por tal suceso se vino a sumar la inquietud y perplejidad provocadas por los numerosos enigmas del crimen

—obra más propia de un maniático que de un bandido, por encendido que tuviese el espíritu de vindicta—, pues ¿qué sentido podía tener la ocultación del joven Mazón, el último en llevar el apellido, cuando los otros dos habían sido abandonados al borde del río?

Desde el primer momento el crimen fue imputado a los Gilvarey y ya se habló de nuevo de la organización de una partida de castigo, pero el recuerdo de la desastrosa expedición anterior estaba demasiado fresco y frenó los ánimos de Cristino, convencido por sus amigos de que en poco tiempo le llegarían por cualquier conducto unas condiciones para el rescate de su hijo. Estableció una vigilancia permanente sobre la casa de la vega y dejó pasar el dolor, enfrascado en las numerosas preocupaciones que su suegro le había legado con su hemiplejía. En menos de medio año la familia García Menor había quedado reducida a mujeres, niños e inválidos y a su trono rural se había encaramado Cristino Mazón, decidido más que cualquiera de sus precursores a convertirlo en la primera potencia regionata, tal como suele ser la norma de quienes encabezan una nueva dinastía que lleva en su sangre un doble número de pretensiones.

Al no recibirse en las semanas y meses que siguieron la menor comunicación sobre el precio y la forma del rescate, la hipótesis del rapto fue poco a poco siendo desechada y sustituida por la del simple crimen, cometido en circunstancias tan vergonzosas y agravantes como para ser ocultado para siempre. Si tenía por finalidad —además de cobrarse venganza por la muerte de Saturnino— amedrentar a los García Menor y advertirles del baño de sangre con que podía ser lustrada la familia si perseveraba en su sañuda persecución del bandidaje, cierto que lo consiguió. Como primera providencia, o como resultado de las desavenencias entre el patricio y Cristino provocada por el crimen, casi todos los García Menor abandonaron Ontiveros (unos para buscar refugio en Región y otros más lejos todavía) que quedó bajo el cuidado y la administración de Cristino quien, con el pretexto de mantener desde allí la vigilancia y el acecho en espera de la vuelta de su primogénito, tomó posesión del lugar y con él conquistaría una inapreciable cota desde la que hostigar a su madre. Pues si al usufructo de Ontiveros lograba añadir las propiedades de los Mazón en el Auge y Cabeza —y que aspiraba a obtener como herencia legítima a cambio de la cesión de sus derechos sobre las otras propiedades en Región y Bocentellas— bien podría presumir de haberse convertido en el hombre más poderoso del valle y al que hasta los bandidos de Aguaturca tendrían que rendir vasallaje. En cuanto el viejo García Menor abandonó Ontiveros en su rústico balancín, Cristino despidió a Meneses y lo primero que hizo éste en Región fue dirigirse al gabinete de la calle de la Tercia, a ponerse a disposición de aquella mujer que, viuda por segunda vez, no podía ir por el mundo carente de protección.

Cristino Mazón —al que no le faltaba el coraje— era hombre de puertas adentro,

que sólo detrás de una mesa sabía despachar los asuntos; por su educación tenía verdadero horror a la fuerza física pero, con tal de no verlas, podía ser el promotor de las más extremas violencias. Ya en otras ocasiones había echado mano de Chavico — atraído a su bando como la mosca hacia la leche— para encomendarle toda clase de trabajos sucios o al aire libre o para tratar con gentes no del todo respetables. Pero Chavico era tan ligero y tan poco competente que en cuanto apareció Meneses en Región lo suplantó en casi todas sus funciones y locales, menos en el lecho de la casa de la plaza de la Colegiata, porque tenía otro mejor —o más ardiente— en el gabinete de la calle de la Tercia. A poco de su llegada a Región cobró una cierta notoriedad y por primera vez Laura Albanesi debió reconocer que se encontraba en condiciones de inferioridad y que a las amenazas y coacciones emanadas de la coalición le sería difícil replicar sólo con desdén y astucia. Las armas que desde siempre había utilizado con mayor arte y acierto —sus dádivas, sus encantos femeninos y su habilidad para con sus intrigas enfrentar a sus adversarios— bien podían resultar inútiles frente a aquellos tres hombres, contra dos de los cuales no tendría efecto su poder de seducción. Pero quedaba un tercero hacia el que, además, por el proceso de saturación que sólo puede desembocar en el hastío o la morbosidad, sentiría una cierta curiosidad sexual —ajena a la lucha de intereses en que se veía envuelta—, aderezada por la malquerencia hacia sus socios y la posibilidad de enquistarse con ellos. Una curiosidad correspondida por otra de la misma clase por parte de Tito Meneses, el matón que nunca desdeñaría la oportunidad para incluir a aquella madura emperatriz del lecho en la lista de sus conquistas. Y aún más, de simular rendirse a sus encantos, de hacerla suya, de conmover su voluntad a su capricho, de someterla a su régimen carnal y de engañarla a continuación; exactamente el mismo plan —y ejecutado a través de las mismas etapas— que ella le tenía reservado. Ciertamente entre los individuos pagados de su propio cuerpo, idólatras de su físico y convertidos en campeones del sexo capaces de obtener todos los galardones que se proponen, prima la necesidad de medirse (al igual que en la lucha) con un igual a ellos, que ostente un historial de éxitos comparable al suyo y no tanto con el propósito de extraer de la competición una experiencia inédita cuanto con la mórbida pretensión de obtener el triunfo más difícil y dejar tendido en el terreno un adversario de gran talla, con su carrera definitivamente truncada por la casi suicida voluntad de superar al más fuerte; cuántas veces el trato carnal constituye un macabro remedo del duelo que denuncia el cinismo implícito en la naturaleza al tratar de ocultar el gesto de exterminio de donde deriva, como ese alto y germinal bohordo que la pita, tras vivir veinte años estéril, erige sobre sus arruinadas y decrepitas pencas.

La mayor ventaja de la Albanesi sobre Meneses (al que entre las sábanas hablaría en jerga siciliana, para hacer más tirante el nudo de la complicidad) residía en la necesidad de éste de ocultar tales relaciones, un desacato lo bastante grave como para



que hijo y marido —y por ese orden— rompieran todo trato con él al menor atisbo de ellas. A la primera fechoría podría Laura —generosa hasta el cinismo con su propia reputación— responder con una delación en previsión de la cual bien se cuidaría Tito de hacerle comprender, mediante contundentes consideraciones sobre la escasez de sus escrúpulos, lo peligroso de tal solución, sobre todo para una mujer no sobrada de hombres decididos a protegerla y completamente desguarnecida ante determinado tipo de agresiones. Tanto en el lecho como en la escena basta con que un personaje produzca una frase de cierto corte para adivinar qué clase de comedia o drama va a seguir.

Todos habían comprendido las lecciones de la guerra entre los García Menor y los Gilvarey y nadie en su sano juicio, en un momento tan revuelto, podría presumir de vivir en paz y no guardar en su arsenal las armas utilizadas por unos y otros. No podía la Albanesi sino envidiar la buena fortuna que tal guerra había deparado a su hijo menor —que tampoco había hecho grandes méritos para ganarla— y, contra toda razón, se dejaba llevar por las ensoñaciones, a la delectación que le producía la posibilidad de reunir en una misma persona las dos mayores fortunas de la comarca. Y además estaba la sangre y las desilusiones provocadas por tanto tráfuga como había pasado por su casa; en su fuero interno sólo tenía estima por sus Mazón, despreciaba a su yerno y a su nuera, reservaba sus mejores sarcasmos para las pocas luces de los García Menor y en cuanto a los advenedizos los consideraba una plaga del momento —incluyendo al Chavico de los momentos bajos— de la que pronto se verían libres a poco que todos demostraran un poco de cordura. Con frecuencia se le oía decir que añoraba la pasada armonía familiar (sin que nadie supiera a ciencia cierta qué quería decir con eso) y que estaba dispuesta a todo con tal de ver a sus hijos y nietos unidos y contentos en torno a ella. Era la forma que un temperamento orgulloso adoptaba para confesar su miedo; todas sus quejas estaban envueltas de un falso descontento y sus buenas palabras no levantaban más que suspicacia. Inmediatamente antes de que saliera para Navarra se produjo un encuentro en el que, una vez más, Laura pidió a Eugenio que mediara en el conflicto familiar, que estableciera los términos de un armisticio y que él mismo, en calidad de árbitro, le aconsejase y ayudase en una distribución equitativa del patrimonio familiar, a la vista de lo que tenían y necesitaban unos y otros. Para Eugenio tal oferta era como el salvoconducto para Navarra que Laura Albanesi se avino a expedir con una promesa que, por una vez, se veía obligada a cumplir sin paliativos ni segundas intenciones si no quería verse a la larga sola y abandonada de todos. Con su hermano hizo cosa parecida, aunque con éste el convenio tenía el carácter de un cese de hostilidades con los Gilvarey, a los que debía dar por muertos.

El precio impuesto a su madre no era cosa de poca monta: le obligaba, por el tiempo que durase su ausencia, a permitir la estancia de Daniela en la casa de la vega,

mientras que su hermano Cristino quedaba comprometido a velar por su seguridad o, al menos, a impedir que cualquiera de sus esbirros se dejase ver por sus inmediaciones. Bastaba con una insinuación para que Cristino comprendiera todo lo que quería decir y a quién hacía especial referencia. Había supuesto Eugenio que una cosa así no sería nada fácil de obtener, tanto por Daniela como por los otros dos. Cada una de las mujeres podía alegar un sinnúmero de razones —las ofensas recibidas, el orgullo maltratado, la recíproca antipatía, por no hablar de odio— para rechazar el compromiso que a ambas trató de imponer no por respeto y obediencia hacia él, sino en atención a los beneficios que podían obtener con tan forzada alianza. Con falsas protestas del sacrificio que les obligaba a realizar —y que realizarían tan sólo por cariño y obediencia hacia él— ambas aceptaron el compromiso, ambas persuadidas en secreto del provecho que podrían obtener si pasaban el trago; una porque no se viese en situación de crearse más enemigos y considerase que su plácat supondría la alianza incondicional de Eugenio y la otra porque, por muy mortificante que le resultase la estancia en aquella casa, había comprendido que con el consenso del héroe podría alcanzar la situación (tal vez la de esposa) desde la que cobrarse la diferida venganza sobre Laura.

No pudo por menos de asombrar a Eugenio la timidez de las protestas de ambas mujeres. Lo que había reputado como un dilema casi irresoluble quedaba resuelto en un par de breves charlas, salpicadas de buenas palabras, que para nada respondían al clima de violencia y rencor de las pasadas semanas. Decididamente —se decía a sí mismo— no era capaz de comprender aquel país, a ninguna escala, y se preguntaba si aquella causa que le llevaba a combatir en Navarra no vendría provocada por disensiones semejantes a las que sacudían a su familia y a sus gentes y que si un día se celebraban con sangre al siguiente se cerraban con un brindis. Era el primero en creer que al cabo de un mes estaría de vuelta —secreta confianza que compartía con Laura y Daniela, cuyas decisiones habrían sido otras —muy probablemente— de haber supuesto la duración de su ausencia—, con un saldo en su haber muy semejante al obtenido en la ocasión anterior.

Poco tiempo había transcurrido desde la marcha de Eugenio Mazón para unirse a las fuerzas de Dorregaray cuando se produjo la muerte de Chavico, en circunstancias nunca esclarecidas, pero en modo alguno misteriosas. Cayó en Macerta, fulminado de un ataque al corazón, en un lecho adúltero; una mañana despertó con la boca envuelta en baba y unos ojos fijos —semejantes a los botones de los disecadores—, sin poder hablar ni mover un miembro. En tal estado —y para evitar el escándalo— Laura se empeñó en trasladarle a Región —con muchas precauciones y misterios— donde murió al cabo de una semana en su lecho de la casa de la plaza de la Colegiata. Como el traslado no pudo ser totalmente ocultado, una vez más corrió la voz de que se trataba de la maldición siciliana y una opinión anterior a la del pueblo —la que se

proclama y extiende de forma anónima para que éste la recoja y haga suya— señaló a los hermanos Gilvarey, operando desde hacía meses —y después de Aguaturca— a ambos lados de la cordillera como autores del nuevo asesinato. Por una vez todos los Mazón (menos Eugenio), perfectamente enterados de lo ocurrido, no vacilaron en salir al paso de afirmaciones extravagantes y Laura (tenía muy fresco el compromiso como para atentar contra él siquiera con una palabra inoportuna o un silencio susceptible de ser maliciosamente interpretado) no dudará en afirmar de manera resuelta que en tal caso nada tienen que ver los Gilvarey, «si es que todavía existen».

Para Laura la muerte de Chavico fue un gran alivio. Nada suponía ya para ella o, como mucho, un pobre enemigo que por falta de recursos sólo podía producir molestias. Sin embargo, quedaba rota la triple alianza y con un Meneses dispuesto a acudir a su lecho en cuanto ella levantara un dedo, desequilibrado a su favor el dispositivo de las fuerzas. Una vez más se veía con energía para pasar al ataque; un ataque por el flanco más insospechado que, si prosperaba, restablecería el antiguo orden de batalla: Cristino por un lado, Eugenio y ella por el otro.

El incentivo de la recíproca curiosidad entre Laura y Tito Meneses había dejado de surtir efecto, como ha de ocurrir siempre que ese estímulo —útil para la primera ocasión, pero rara vez para la segunda— no sea sustituido por otro con más poder de agarre; así, pues, a las pocas semanas de la segunda marcha de Eugenio, el vínculo entre ambos amantes estaría encomendado a ciertos particulares en los que se mezclaban, como ingredientes naturales, la falta de cosa mejor, el temor a la ruptura, la posible represalia y —en el caso de Laura— esa ingenua añoranza de la constancia que el amante más mudable genera para subsumir su última y enésima decepción. Hasta entonces la lid se había desarrollado —en apariencia— a su favor.

Desde hacía muchos años —pues ya lo conocía Daniela en sus tiempos de doncella— tenía dispuesto Laura un gabinete en otro inmueble de su propiedad, en barrio apartado y con puerta trasera, donde recibía sus amistades más secretas o aquellas a las que, al dictado de su capricho, se complacía en mortificar o tan sólo mantener en una segunda categoría que nunca pondría los pies en su mansión principal. Ése fue el escenario de sus amores con Meneses, incluso después de la muerte de Chavico, y en ningún momento pasó por su cabeza abandonarlo sobre todo cuando advirtió las insinuaciones de su amante por trasladarlos a la otra casa. Con el más secreto regocijo recibía Laura las muestras de inquietud que su segunda viudez obraba en el ánimo de Meneses. Una diferencia de edad de casi veinte años sólo se traduciría en ventajas para ella, siempre que supiera aprovecharse de las torpezas en que incurre todo pretendiente cuando no está seguro de ser el elegido. Y Meneses cada vez lo estaba menos, un tanto desquiciado por la parquedad de los resultados obtenidos con sus ejercicios en la cama. Comenzó por hablar más claro, por intentar imponer su ley; quería enervarla, salir al paso del progresivo desdén con que era

tratado y darle a entender que, siendo viuda, nada tenía que temer porque les vieran juntos y se supieran o sospechasen sus relaciones. Y Laura callaba, esperaba y simulaba ser muy resignada, segura de que por aquel camino Meneses no tardaría en tropezar y caer. Con frecuencia había buscado refugio en la figura de Chavico para cortar las alas o salir al paso de las exageradas pretensiones de sus efímeros y a veces apasionados amantes; ora presentándole como un marido alejado, pero resentido y celoso, capaz de cualquier desmán para vengar *à la sicilienne* el menor insulto a su hombría, ora como un obstáculo infranqueable a la disolución de su matrimonio y a la transustanciación del adulterio. Tras haberlo utilizado —en la sombra— como un peligro, portador de unas armas más temibles y contundentes (entre ellas, la falta de escrúpulos) que las que pudieran exhibir sus posibles víctimas, ahora se serviría de él como de una reliquia, cuya memoria por un plazo prudencial sería necesario respetar si quería evitar mayores disgustos con sus hijos. Chavico fue, para todos aquellos unidos a él por lazos de familia, una figura marginal, que tras haber cumplido en su día un papel no excesivamente honorable, no había acertado a encontrar su lugar, ni siquiera como padre de Lucía, desde el momento en que Laura pudo o supo renunciar a su legítima compañía. Pero molesto y pedigüeño en la intimidad y en la intriga, en sociedad no quedaba del todo mal y llegó a hacerse querer por sus hijastros, con excepción de Eugenio, que nunca le trató. A veces esas figuras marginales, sobre las que recae más sombra que luz una vez pasado su momento de esplendor, sirven (o más bien son imprescindibles) para el equilibrio del conjunto de la composición que no puede sostenerse si todos los actores han de ser protagonistas del drama; y de ahí que su más acertado cometido sea interponerse entre aquellos que, por sus condiciones propias o por encontrarse situados en el eje del argumento, gozan de una luz propia y diferente, no susceptible de ser cotejada ni mezclada con la del vecino sin grave riesgo para los dos y para el conjunto. De ahí que la desaparición de Chavico enfrentara de nuevo —y de la manera más cruda— a madre e hijo, quienes durante diez años habían acertado a mantener su hostilidad de manera bastante discreta —y conservando cada cual su personalidad, sus maneras y sus argumentos— gracias a la interposición penumbral del interfecto. Ahora, tanto la viuda como el huerfanastro, amigo y socio del difunto, le llorarían y recordarían con palabras que nunca habían tenido para con él en vida, y ambos con el propósito velado y añadido de cargar sobre el otro la responsabilidad de sus malos pasos y su desdichado final. Por una vez los motivos secretos no prevalecerían sobre los públicos; la sorda lucha que habían de librar de nuevo madre e hijo apenas añadiría un acento a las lamentaciones de ambos, exageradas tan sólo por una suerte de emulación poética en busca del favor en las postrimerías de un indeciso y débil aliado que en vida les había servido de muy poco, tanto a una como a otro.

Con Chavico en la tumba Laura se sintió más segura y no encontrando la ocasión

propicia para desprenderse de Meneses, tentada estuvo —con el pretexto de encontrar consuelo en otros aires— de abandonar Región por una larga temporada, sin arreglar nada, hasta la vuelta de Eugenio y la llegada de tiempos más serenos. Pero la codicia, o la tacañería, la retuvo, persuadida de que en su ausencia nada sería más fácil para Cristino, con la ayuda de sus matones y la colaboración de algún juez propenso al cohecho, que tomar posesión de sus bienes o de aquella sustancial parte de ellos que venía reclamando como legítima herencia desde que tenía uso de razón. Para luchar contra Cristino en aquella situación nada le servía Meneses y sólo podía contar con su talento para contemporizar y esperar la vuelta de Eugenio, tanto más decisiva cuanto mayor fuera su cuidado por Daniela y su acercamiento a ella; y si venía complementado por algunos desaires de Cristino, tanto mejor. O algo más que desaires. Si a largo plazo no tenía otro proyecto Laura Albanesi que deshacerse de Meneses, a corto ninguna idea casaba peor con sus intereses que, de la forma que fuera, hacer públicas sus relaciones con él, pues mientras permanecieran secretas no gozaría de otro título —ni de otra manera podría justificar su permanencia en el valle— que el de hombre a sueldo de su hijo. Nada le interesaba más que prolongar tal situación hasta que se consumara el tropiezo —a poder ser con perjuicio para Daniela— y Cristino se viese en la necesidad de deshacerse de él, no sin haber asumido el daño que pudiera causarle a Daniela. Aparte de eso y desaparecido Chavico, el hombre que las había separado, ¿qué obstáculo se oponía a que dos personas que en el pasado se habían entendido a la perfección volvieran a reunirse, una vez extinguida la causa de la desavenencia que —paradójicamente— ponía de manifiesto el parentesco de sus caracteres, sus tendencias y sus gustos? Como ocurre en casos semejantes, en que una rivalidad amorosa se utiliza como fiel contraste, Laura pensaba en sí misma en cuanto persona evolucionada que había superado aquel trance, en tanto el carácter de Daniela seguía anclado en él. Y una vez más se equivocaba. En virtud de ese error —y creyendo tener en las manos las palancas de todo el asunto— Laura decidió, tras una primavera llena de incertidumbre, sin una noticia de Eugenio y los peores augurios respecto a una pronta terminación de la Guerra Civil, trasladarse por la cuenta del verano a la casa de la vega, que no había pisado en más de un año.

Jamás fuera tan hipócrita la convivencia de dos mujeres bajo el mismo techo; jamás su recíproca alianza tomara una forma más \*espúrea, más villana; jamás el disimulo tendría tanta necesidad de ser simulado, así como en un clima recio se precisa una doble hoja de cristal para lograr un cierto aislamiento. Jamás se dirían: «Haz esto por mí, mira lo que te ofrezco», pues ninguna de las dos reconocería su derecho a la debilidad, la posibilidad de ayuda que la otra —en su diferente y no complementario estado de indigencia— le podía prestar y que llegado el momento le prestaría nunca de forma interesada, sino (como el intrigante de la tragedia que en su

carrera hacia el poder ha de pasar por la etapa servil y aparentar la más leal colaboración en la lucha de su señor —cuyo poder se propone usurpar— contra sus enemigos) en busca de ese ascendiente y esos méritos que un día la proclamarían vencedora. Ni siquiera necesitaron cambiar sonrisas (tal era el efecto del doble disimulo), ambas impuestas de la seriedad de la pugna que tenían que librar bajo un techo común y, tal vez, sin proponérselo acertaron en el tratamiento, más soportable que un continuo intercambio de ásperas delicadezas.

Con tal estratagema pretendía Laura, además, distanciarse de Meneses por tres meses y si no apartarlo definitivamente al menos incoar el expediente de su derrelicción, claramente insinuada por un cambio en sus costumbres y una vuelta a cierta vida de sociedad en la que el matón nunca tendría entrada. Daniela no quedaría ajena a ese propósito y, obligada pese a su generoso estatuto a desempeñar en la casa el papel de inferior, ninguna función recibiría con tanto agrado como la de perro guardián, disuasor de todo indeseado e intempestivo intruso. Así pues, la protección era recíproca, pero muy distinta —y para distintos momentos y distintas amenazas—, sobre todo en la manera en que ambas se la habían de conceder. Pero como dije antes, el pacto convenido de tan tácita manera encerraba toda la doblez posible y no solamente porque cualquiera de ellas considerase a la otra como el demonio, al que había que engañar, defraudar y aniquilar una vez cumplidos (con la llegada de Eugenio) los términos del mismo, sino porque cada gesto, cada hecho y cada manifestación del mismo vendrían acompañados de aquellos gestos, hechos y manifestaciones que de manera complementaria justificasen en su día la rescisión del mismo y la destrucción de la otra parte.

Aparte de los celos suscitados entre ellas *in illo tempore* (y no hay que olvidar que la larga relación entre señora y camarera había dado lugar a un íntimo conocimiento entre ellas) nada enquistaría tanto el ánimo de Laura como la sospecha de que cualquier gesto de generosidad por parte de Daniela podía reforzar el vínculo que le unía a Eugenio y que a todo trance trató de averiguar, sin mucho resultado. En una situación así, y con tan pocos datos en la mano (no se recibían cartas, mensajes ni confidencias y ambas se tenían prohibido mencionar al ausente), la sospecha se dirige en primer lugar a la posible carnalidad del vínculo, pues en la mente de Laura (cuya condición de madre alimentaría todas las tradicionales suspicacias que despierta el trato de un hijo con una muchacha de rango muy inferior) no habría espacio para consideraciones más altruistas.

Por todos los medios a su alcance intentó que Daniela cayera seducida por la sociedad que acudió aquel verano a la casa de la vega. Nada habría deseado tanto como verla comprometida y corte, y a poder ser con un pecado tan grave sobre sus espaldas como para verse obligada (si no por ella misma, por su feroz mirada, pues el diálogo mudo, secreto y comprendido tanto puede referirse a la última frase

pronunciada como a la última deducida y no dicha) a romper el vínculo con Eugenio. Pero aquella sociedad que pudo aportar Laura no era gran cosa, no tenían la talla de otros: administradores e hijos de administradores, vecinos, inquilinos, socios e hijos de socios que pasaron ante los indiferentes ojos de Daniela como los niños domingueros ante la amodorrada leona, incapaz de corresponder a la atracción y curiosidad que involuntariamente despertaba. Su conducta sobria y altanera —en una persona de la que sabía sus pasadas veleidades y su arrebatada manera de dejarse tentar por un capricho— no pudo por menos de alarmar a Laura Albanesi y llevarle al convencimiento de que el vínculo que en secreto le unía a Eugenio era de los que obligaba a guardar ausencias; y de ahí a pensar que entre ellos existía una promesa de matrimonio no había más que un paso. Así que al régimen de las tentaciones para una noche o un paseo o un mes de vacaciones, pasó Laura al de las ofertas matrimoniales. Todo el arte de Laura —el sombrío arte heredero del encanto de anteayer, el cúmulo de sabias recetas elaboradas en la larga práctica de la hechicería y la seducción, puestas al servicio del negocio y de la conquista de otra por otra, tanto más directas y eficaces cuanto más despojadas de toda debilidad y toda inclinación a la caída— fue aplicado al intento de casar a Daniela, defendida tan sólo por el baluarte de su resentimiento. Y sin duda su imaginación voló hacia Meneses; un vuelo corto, no hacía falta mucha ala para tal recorrido, pero que ofrecía algo más que dos presas.

Y recordaría que entre ellos, en los primeros días de su pulso, entre las sábanas y en jerga siciliana habían hablado de Daniela, para hacer bromas groseras a su cargo, esa clase de bromas —con un contenido de verdad— que hacen mella en el oído de un matón. No lo pensó dos veces; era una idea tan brillante que no necesitaba de un procedimiento refinado para ponerla en ejecución y al optar por el método más burdo —llevada de su impaciencia— se equivocó. Creía que tan sólo bastaría con un encuentro —como en cierto modo había sido suficiente en su caso— y que su papel se limitaba a hacerlo posible, en el marco más adecuado, un gabinete pensado tan sólo para las citas clandestinas. Lo único que cuidó fue el pretexto, y para eso no dudó en hacer de Daniela su confidente para la ocasión; una confidencia que aunque empañase con un punto más su inmediato pasado no dejaría de tener efectos detergentes, al refrendar su pacto con un gesto de buena voluntad y al confiarle una difícil embajada que debía poner punto final a unas relaciones poco recomendables. Le entregó la llave del gabinete, recomendándole que la guardara por si tenía que volver a él, como en otros tiempos; le entregó también una carta para Meneses a quien sin duda se dirigió antes, en términos muy precisos y distintos y —posiblemente— con una tentadora oferta en metálico.

Daniela tardó en regresar, no volvió hasta el día siguiente, y aquella noche Laura apenas durmió, no por el insomnio, sino a causa de la delectación que le producía el éxito de su maniobra, que ya daba por consumada; la delectación que produce el

convencimiento de haber alcanzado un objetivo largamente codiciado. Cuando volvió no pudo quedar más desconcertada; al levantarse encontró la llave sobre una mesa y cuando le preguntó qué había ocurrido, Daniela se limitó a decirle, con muy estudiada sequedad, que le había entregado la carta y Meneses se había limitado a recibirla, leerla y dar media vuelta. ¿Nada más? Su vergüenza le impedía inquirir detalles y ni siquiera indagó qué había hecho aquella noche. Al día siguiente era ella la que volvía al gabinete de la calle de la Tercia.

Había calculado mal; no era Meneses el hombre capaz de comprender tan enrevesada maniobra y, por ser posterior a la primera, había interpretado al pie de la letra la segunda carta en la que Laura se despedía, escrita en unos términos para que si la leía Daniela no dudase de su sinceridad y que para Meneses resultaron totalmente convincentes e indignantes.

Laura llegó al gabinete en un estado de nervios propicio para montarle una escena de la que se había de acordar toda su vida. El otro tampoco era una malva; hubo voces, insultos y amenazas y hasta un intento por parte de Meneses de reducirla por la fuerza del que salió arrepentido. Era Laura persona que incluso en sus arrebatos de cólera mantenía el ojo avizor, que nunca dejaba de tener presente adónde le podía conducir su apasionamiento y que, lejos de perder el control de sí misma, cuando alcanzaba el vértice de su furia sabía cómo administrarla para aprovechar a su favor las reacciones que suscitaba. Y si por un lado del portal de la casa de la Tercia salió un Meneses más sumiso, amonestado por sus pocas luces y por su torpeza y convencido de la inutilidad de los métodos broncos con aquella mujer, por otro dobló la esquina decidido a replicar a su manera a la culpable de la pérdida de sus favores. Una vez más su poca inteligencia le engañó y olvidado el contenido de las cartas con el calor y furor de la discusión, creyó que recuperaría los favores de Laura con una venganza sobre Daniela. Por su parte Laura, mucho más penetrante y dando, muy a su pesar, por fracasada la maniobra con que pretendió enlazarlos, adivinó que ése sería el camino que había de tomar la reacción de Tito y se limitó a esperar su conclusión, resguardada en su inocencia (o no participación) y recompensada por cualquier detrimento que sufriese Daniela.

También con creciente aprensión había observado Laura cómo desde la marcha de Eugenio, Daniela era cortejada —de manera discreta y caballerosa— por míster Erskine, aquel inglés ingobernable que por entonces tenía decidido asentarse en Región, abandonar la representación de unas firmas demasiado egoístas y montar una fábrica de productos cerámicos con unos procedimientos importados de su isla y unos materiales procedentes de una vieja mina de caolín, no lejos de Estragán, poco menos que abandonada y vendida como terreno de monte. Al principio fueron unos cortos paseos a la vera del río, que ni siquiera despertaron la suspicacia de Laura, advertida de la gratitud —y nada más que gratitud— que Daniela debía al extranjero. Sus



recelos empezaron a cobrar entidad cuando vino a saber que Daniela estaba aprendiendo a montar a caballo, gracias a las lecciones que el extranjero, con un animal de su propiedad y en una explanada del gimnasio convertida en picadero provisional, le daba dos veces por semana. El extranjero, al parecer, tenía pasión por los caballos y, con su incomprensible manera de hablar, había entrado en tratos tanto con un granjero que le vendería toda cría que él diera por buena como con un guarnicionero que le fabricaría una silla bastante distinta de la habitual, de acuerdo con unos patrones recortados en cartón por él mismo. Y en un dorado y cairelado octubre supo Laura —de vuelta a su casa en la plaza de la Colegiata— que no era raro ver la pareja al trote, por las suaves riberas de Peluz. Por una de esas intuiciones dictadas por una mezcla de envidia, odio, rivalidad, miedo por lo peor e ignorancia de lo que está ocurriendo ante los propios ojos, Laura intuyó en seguida que no se trataba de un idilio (pues no deseando otra cosa no podía creer en tanta fortuna), sino de una amistad, tanto más peligrosa cuanto más sincera y desinteresada fuera, lo bastante firme como para echar por tierra sus propósitos respecto a Daniela, quien contaría así con un eficaz entretenimiento para soportar la ausencia de Eugenio y un medio con el que ahuyentar a los pretendientes deseosos de entrometerse en su vida. Para mayor inri, temía Laura que el trato con el inglés podía proveer a Daniela con aquel atributo que menos deseaba para ella: unas buenas maneras, para cuya adquisición ella misma había contribuido —y cómo lo lamentaría después— en no parca medida durante el tiempo que le sirvió como doncella y que constituirían el primer fundamento de una educación que, en manos del inglés, podía llevarla más lejos, hasta borrar el mayor obstáculo que se opusiera a su unión con Eugenio, ciertamente un hombre refinado y políglota, pero que nada recibiría en su casa con tanto agrado como una mujer que practicara un deporte. Por de pronto, ya sabía montar a caballo, algo que no había hecho Laura nunca, que por desidia o por tacañería o por falta de mundo tampoco había permitido hacer a sus hijas.

Quién sabe si ante los escasos resultados obtenidos con su política de *boudoir* y ante la independencia que confería a Daniela su amistad con Erskine, Laura decidió un día cortar por lo sano y apelar a la manera siciliana para despejar el futuro, antes de la llegada de Eugenio, y aun cuando su resolución supusiera una ruptura definitiva con el hijo ausente y un aislamiento total en la controversia patrimonial con todos sus hijos. Si fue así prevaleció la mujer celosa sobre la previsora, los instintos se impusieron a la cautela y el deseo de actuar —y de manera contundente— a la pasividad a la que se había visto empujada desde la vuelta de Eugenio al que, por uno de esos giros de los sentimientos, empezó a considerar como el principal responsable de sus males, el que por despertar falsas promesas y no cumplir ninguna —con su tendencia a escapar en los momentos difíciles— a la larga la había relegado a un papel segundón y recluido en aquella condescendiente inoperancia que tan mal

convenía a su carácter y a sus intereses. Cuando comprendió que eran vanos todos sus esfuerzos para desviar a Daniela del camino que se había trazado y que, con la ayuda del inglés, nada le detendría hasta casarse con su hijo; cuando entendió que entre todos ellos le habían preparado una encerrona de la que saldría despojada de su condición de cabeza de familia y de buena parte de sus bienes, decidió aprovechar la tregua impuesta por la Guerra Civil y realizar un nuevo ensayo para restablecer su autoridad y su imperio.

Es posible que en aquel piso de la calle de la Tercia conviniera su último pacto; es posible que se aviniera a ofrecer un premio desusado, en la seguridad de que no tendría que hacerlo efectivo, bastando un pequeño adelanto, y es posible también que no hiciera nada y se limitara a recoger el fruto de la siembra de aquel verano, una única pieza en lugar de la cuantiosa cosecha que había esperado.

La escena tuvo lugar en la dehesa de Peluz, en un claro del carrascal donde acostumbraban a descansar después de su cabalgata. Fue ella la primera que los vio, sólo con tiempo para la voz de alarma que hizo volverse a Erskine; eran tres que se habían interpuesto entre ellos y los caballos; uno se quedó atrás, en actitud de vigilancia, y Meneses y el otro avanzaron, el segundo con una escopeta de dos cañones. Pero Erskine, como un profesional de la doma, jamás en sus paseos se separaba de su látigo magiar. Les dejó acercarse, al tiempo que Daniela se refugiaba tras un tronco, e intencionadamente les preguntó en inglés qué querían, qué hacían por allí. Ocurrió en un visto y no visto: cuando el de atrás alzó el cañón de la escopeta Erskine llevó su látigo desplegado —tenía más de seis metros, terminado en una trenza de acero— a su hombro izquierdo y lanzó un seco trallazo que golpeó a su adversario en el brazo y la escopeta cayó al suelo; cuando Meneses quiso darse cuenta el látigo —en el movimiento de vuelta—, tras ser recogido hacia atrás, había sido lanzado de nuevo para cruzar la cara del matón con un corte que desde su oreja hasta la boca seccionó toda su mejilla izquierda, para dejar al aire los músculos de la cara y la mitad del maxilar. Cuando recogió la escopeta el tercero ya había echado a correr; al otro le dio una patada y también se alejó, entre lamentos, sujetando con la mano izquierda un hombro que sangraba abundantemente, en tanto Meneses —caído de culo y con las piernas abiertas— observaba idiotizado la porción de suelo entre ellas, con una mano extendida y abierta como un mendigo que pidiera otra mejilla.

No se volvió a saber de él; optó por desaparecer, por buscar una tierra más agradecida —al tiempo que una nueva cara— o un refugio donde nadie pudiera relacionar una mejilla destruida con un suceso tan lamentable. Y alguien —nunca dejará de existir ese alguien— afirmará mucho después que por Jueves se había visto un hombre con dos caras o con una cara partida en dos, la sana tan irreconocible como la otra, a tal punto aquella mitad reducida y necrosada, donde se alojaba un ojo menudo y colérico, había estirado, deformado y espatulado aquella inexpresiva y

lunática mejilla. Tal vez Laura supo de él, pero nada dijo; sin duda no hubo ni agradecimiento ni compensación ni finiquito del contrato. Y la tarjeta de despedida tomó la forma de un allanamiento del gabinete de la calle de la Tercia; la puerta fue violentada, los muebles aporreados, pasados a cuchillo las ropas, los colchones, las almohadas, las tapicerías, los papeles pintados —azulados y bonancibles tonos mansos y alguna pincelada dorada o carmín en los pájaros orientales, de especies pequeñas y amables— y escritas con feroces mayúsculas formadas con palotes trazados con ambas manos —que hicieron saltar unas lentejas del enfoscado, la blanca y solidificada sangre de la sibarítica diosa del confort— unas palabras denigrantes y soeces. Cerró aquel piso y no volvió a hacer uso de él, como de tantas otras cosas de las que —se diría— quedó apartada tras el latigazo de Erskine.

Faldeando la sierra de la Matanza habían alcanzado la cabeza del valle del Lerna, por el arroyo de los Sasos, los últimos supervivientes de una maltrecha brigada carlista que en lugar de optar por una huida hacia el norte, tras el combate de Abadiano, tomaron el camino del oeste para eludir el acoso de los alfonsinos por entre las breñas del piedemonte cantábrico. Su destino era la nada o el mar, pues ni siquiera la remota posibilidad de alcanzar la raya portuguesa ofrecía la seguridad suficiente como para emprender el viaje. Su propósito obedecía más bien a la idea de desprenderse del enemigo, dispersarse, enterrar las armas y buscar cada cual su acomodo entre la población. O quizá esperaban —como una tribu perseguida y errante— encontrar un valle de promisión, un lugar tan apartado e incomunicado como para ofrecerles el triple beneficio de la paz, el aislamiento y el perdón, y aun cuando estuviera dominado por la celosa vigilancia de un Numa, dispuesto a proteger sus corderos siempre que no hollasen sus pastos. Sin embargo, una sección de la brigada Ciria salió en su persecución, mantuvo el hostigamiento y marchando en paralelo y por caminos más transitables, fue ocupando sucesivamente las plazas que definían aquel itinerario, obligando una y otra vez a los vencidos a buscar refugio en el monte. Para terminar con aquella migración y por consejo del brigadier Ciria el gobierno de Madrid despachó —en parte por ferrocarril, una innovación que —según se presumió entonces— había de revolucionar los sistemas de movimientos de la guerra moderna— una fuerza de 1500 hombres equipados con fusiles de aguja, y cuatro piezas de artillería Krupp, que abandonó Macerta a las órdenes del coronel don Donato Gayo de Valencia para salir al paso de los rebeldes. Tras el encuentro de Ferrellán casi doscientos de aquellos hombres fueron hechos prisioneros y conducidos a Alar, a trabajar en los canales. Los restantes lograron romper el cerco y a pie, con unas cuantas caballerías y media docena de carros ganaron Campo para remontar desde allí el valle del Formigoso, cubierto de nieve en aquella fecha.

Un último combate tuvo lugar en los caseríos de Beberino. Gayo emplazó —con considerables dificultades— sus piezas en los altos de Engañosa y persuadido de que

en tal estado del tiempo su huida hacia el monte era impracticable, durante tres días —sin ahorrar munición— bombardeó los caseríos hasta reducirlos a unos montones de cascotes, de los que salió apenas un centenar de hombres que una semana después estarían picando en Alar. En el bombardeo murió Cabañes —el segundo de Mazón durante toda la campaña— y Mazón fue herido en una pierna por la metralla. Solamente le salvó el celo de dos fieles —León y Bercio— que tirando ellos mismos del carro lograron llevarlo a lugar seguro, en la falda del Malterra, donde una copiosa nevada les libró definitivamente de la persecución del coronel Gayo. De unos cuantos que también lograron escapar —con la nieve hasta la rodilla— y buscaron refugio —tras cruzar la cordillera por los Roques— en Mantua y sus aledaños, poco se volvió a saber. Algunas leyendas los convertirían en hombres rubios, con una lengua propia incomprensible y vueltos al estado semisalvaje, que con las nieves bajaban al valle del Torce y el resto del año dejaban esporádicas pruebas de su ferocidad por los montes entre el Acertino y el Polonia. Los veinte o más que se entregaron a las autoridades en Bocentellas —a donde Gayo había enviado un destacamento que después del bombardeo de Beberino tardó un mes en llegar—, convencidos de que habían prolongado la defensa de sus ideas más allá de lo soportable, no tardaron en unirse a sus viejos camaradas en Alar. Y por fin quedaban cinco que sorteando los lindes de Mantua llegaron a El Salvador y, al saber de la existencia de soldados de Gayo en Bocentellas, retrocedieron hacia Aguaturca para buscar refugio, por el resto del invierno, en unas minas abandonadas.

Aún conservaban un caballo y dos mulas. El camino lo hacían a las medias luces y parte de la noche. El día lo dedicaban a descansar y buscar alguna pieza con la que alimentarse. A la salida de los Roques cazaron una loba cuya carne les duró una semana, conservada en un cajón de hielo. El explorador caminaba delante, señalando el camino del carro; Bercio, a caballo, le seguía. León conducía el carro —un carro irreconocible, maltratado por la campaña—, más abrumado por las maldiciones de Mazón que por el mal estado del camino, sentado en cuya trasera el joven Arana —que no había abierto la boca en toda la guerra, que jamás expresó una opinión ni el menor deseo, que nunca se separó de aquellos hombres que le sacaron de un hoyo en el combate de Monte Muru— bamboleaba las piernas.

Cuando ya en la primavera Cristino Mazón fue informado de que muy probablemente su hermano Eugenio y otros compañeros de armas se habían refugiado en Aguaturca, su primer impulso fue —mediante persona interpuesta, naturalmente— denunciarlo a las autoridades de Región y pasar aviso al Cuartel General de Gayo en Macerta para prender al rebelde y, de paso, acabar con el bandolerismo que al amparo de la Guerra Civil y de las inculpaciones dirigidas a los hermanos Gilvarey había proliferado en los tres últimos años en el valle medio del Torce, entre El Auge y Burgo Mediano. Pero pronto rectificó; como epílogo local de una guerra concluida se

trataba de un gesto atrasado, a pesar de las resonancias que aún despertaba el nombre de Agaturca, que no tenía en cuenta las medidas de gracia con que el gobierno de Madrid trataba de restañar las heridas provocadas por el conflicto y de restaurar un difícil clima de concordia que en lo posible conjurase la reproducción de la guerra. No carecía Cristino de arrojo y atrevimiento —como ya he apuntado alguna vez—, pero tampoco dejaría de considerar las consecuencias de su acto que de no concluir en el resultado apetecido podía muy bien volverse contra él. Todavía su hermano gozaba de muchas simpatías, no apagadas por sus tres años de ausencia ni por su participación en la guerra en las filas del vencido. Comoquiera que fuese prefirió engañarle o ganarle de la mano al ofrecerle la casa de Otramazón, no lejos de Bivia, en el término de El Auge, para que allí aguardase el perdón real mientras curaba de sus heridas.

Alguien le debió susurrar —¿sería por una vez Daniela?— al oído: «No vayas, es una trampa. ¿Qué necesidad tienes de refugiarte allí? ¿Qué tienes allí que aquí te falte? Si estás al margen de la ley tanto lo estás allí como aquí, con la diferencia de que allí podrán prenderte en cuanto lo deseen y hacer de ti lo que quiera Cristino. No vayas». Palabras que constituyen la primera declaración expresa de la división de la familia en dos ramas, una en Región, otra en El Auge y Jueves, cuya separación se prolongará a lo largo del siglo siguiente y la siguiente Guerra Civil, sesenta años más tarde.

No era Eugenio de los que se dejaban arrastrar por consejos y confidencias de almohada y convencer por lo que otros sabían y él no había atestiguado. En cuanto se sintió repuesto de su herida (sabía con todo que su pierna derecha nunca sería la misma, que sólo con una lenta y perseverante recuperación estaría en condiciones de reanudar sus entrenamientos pero que con toda probabilidad el combate de vuelta no lo podría realizar nunca), acompañado de Bercio se dirigió a Otramazón donde solamente permaneció una noche. Más que por la suya propia temía por la seguridad de León, quien a su condición de rebelde sumaba la de prófugo de la justicia y que permaneció en Agaturca con instrucciones muy precisas si demoraba su vuelta. Las instrucciones que recibió un par de días después le llevaron —después de numerosos titubeos— directamente a Región, a la casa de la vega, donde encontró a un Mazón taciturno, sin la menor voluntad de dar explicaciones. Allí se enteró Ventura León de que nada se oponía a su regreso, que ninguna diligencia tenía que llevar a cabo para vivir en paz y en plena posesión de sus derechos y que Laura Albanesi vivía recluida en su casa; que afectada de una parálisis consumía sus mañanas y sus tardes en una mecedora, saboreando dulces y chocolates que habían amargado su carácter, y que apenas había en el pueblo una persona que se acordara del gimnasio.

Ninguno de los dos hermanos habló nunca de aquella entrevista en Otramazón ni del precio —según algunos muy elevado— que tuvo que pagar Eugenio por un

tratado de paz que incluía a unos Gilvarey que no se dieron por enterados del beneficio. Todavía se habló de un caso alarmante: un niño raptado cinco años atrás — reconocible como quiere la tradición por un lunar en la espalda— por cuyo rescate, en el supuesto de que Eugenio tuviera poder para realizarlo, su padre exigió una considerable fianza en la forma de usufructo de todas las fincas rústicas de los Mazón. Entre ellos se abrió un abismo de tal magnitud que en el curso de sus vidas sólo se verían en una nueva ocasión, y de manera casual, en la capital del reino a donde Cristino se trasladó a comienzos del siguiente decenio, empujado por sus veleidades políticas.

A la muerte de Laura quedaron también a cargo de Eugenio unas pensiones para sus dos hermanas y la tutoría de su hermanastra, Lucía, hasta su mayoría de edad. No había transcurrido un año desde la muerte de Laura cuando Daniela Gilvarey hizo su entrada en la casa donde tanto tiempo había servido como doncella, en calidad de señora de la misma, como legítima esposa de Eugenio Mazón. Parecía que tras tantos y luctuosos sucesos —y con independencia de la división de la familia en dos ramas — al fin los Mazón, alrededor de los cuales tantas cosas habían girado, con la llegada de la tercera generación —que había sufrido en su carne las pruebas del carácter violento de la primera y segunda— entraban por la vía de la concordia o, al menos, de la solución pacífica de sus litigios.

Pero indudablemente por aquella sangre corría un germen de violencia que no sólo se transmitía por ella sino que parecía contagiar a todos sus allegados. Quizá Daniela Gilvarey no llegó nunca a sentirse suficientemente recompensada como señora de la casa Mazón; o incapaz de perdonar que Laura muriese en la mecedora, con el contenido de una caja de bombones esparcido por el suelo, en su fuero interno seguía encendida la brasa de una venganza que no pudo consumir, por falta de víctima; y más vivo cada año su encono a causa de las estrecheces de un hogar de cuyas necesidades su marido no parecía apercebirse. Quizá su entrada en la casa de la plaza de la Colegiata —de la que no tardaría diez años en salir, para asentarse de manera definitiva en la de la vega— no era sino el primer acto de un vasto plan —que la poca fortuna de Eugenio en buena medida frustró— para atraer sobre Lucía la venganza que no había podido consumir sobre su madre. Y así, mediante un nuevo e injusto castigo se reanudaría la cadena de represalias que ni siquiera concluiría con la siguiente Guerra Civil, con la extinción o desaparición —real o hipotética— de todos los Mazón.

\* \* \*

Juan de Tomé había recostado la cabeza en sus brazos, sobre la mesa, y se había quedado dormido. Mazón no parecía advertirlo, toda su atención ocupada en la

lectura del mapa del club excursionista que de vez en cuando era fumigado por una bocanada y sobre el que de tanto en tanto tomaba una medida con una escalilla de cartón. O consultaba un manoseado croquis que doblado llevaba en el bolsillo superior. A su lado Kerrera trataba de acompañar su silenciosa meditación y adelantaba alguna tímida pregunta, sin preocuparse si no era contestada y sin poder reprimir un bostezo o una cabezada. Aquella noche la sierra zumbaba, un constante diapason que levantaba protestas de la madera y agitaba el sueño de puertas y ventanas. De pronto se percibió un sonido no muy distante y el guía sentado junto a la puerta, con la carabina entre las piernas, se incorporó y abrió la hoja superior.

«Ahí están, jefe», dijo el guía. Mazón se acercó a la puerta al tiempo que los faros de los dos coches iluminaron fugazmente la carretera para perderse de nuevo en el bosque de abetos. El *Lagonda* iba detrás, con un faro apagado. Dieron unas voces que sólo consiguieron despertar a Juan de Tomé. «Imbéciles», dijo al tiempo que en un repecho brotaron de nuevo los dos haces de luz, dos burbujas erráticas en su ascensión hacia un inverosímil equinoccio. «Imbéciles», repitió Juan de Tomé. «Vamos a dormir, no hay nada que hacer», dijo Mazón.

Durante la noche escampó y antes de que el sol apuntara en el horizonte se levantó Mazón —los riñones doloridos por el sueño sobre el banco— y despertó a sus tres compañeros. Al mayor de los guías lo despachó a ensillar los caballos; al más joven le ordenó que permaneciera en la casa, en compañía de Kerrera (que seguía durmiendo), mientras ellos volvían a Sepulcro Beltrán desde donde les enviaría un coche para recogerlos. Por primera vez debió barruntar la fatiga que se había apoderado de todos, tras tantas jornadas de marchas, y como de vuelta a Sepulcro Beltrán tenía intención de echar un vistazo a las Bardenas de Montayú, prefirió hacerlo sólo en compañía de los más fuertes. En Sepulcro Beltrán Juan de Tomé tenía citado a un paisano de Feltre que se había ofrecido a colaborar con ellos y señalar los caminos que debían seguir con unas piedras formando una media luna, con los cuernos apuntando a la dirección correcta.

Nadie se había levantado de la casa cuando la abandonaron, en la primera estática y vacilante luz del alba, no resuelta a traspasar las puertas del color de los labios para avanzar hacia un día desértico. Pero cuando los tres jinetes y los cinco caballos se alejaron por el incoloro camino junto al sembrado (antes de que ambos intercambiasen sus tonalidades, en el proceso de revelado de la mañana) y en dirección al bosque, se abrió una contra de la segunda planta y una mirada les siguió hasta que se perdieron de vista.

Al conductor que al volante del *roadster* Autoplano (uno de los coches que cruzó la cordillera por caminos de carros durante el avance nacional sobre Gijón) —de dos plazas— envió Mazón para recoger a Kerrera y al guía, le llamaban, imposible saber por qué, Carpetá. Tal vez era valenciano, criado en Asturias. Era hombre muy

popular en el Ejército de Región, de lengua afilada y una chulería que imponía respeto a pesar de su delgadez. La vieja le abrió la puerta, sin permitirle la entrada en la casa; le dijo que la pareja se había ido temprano, en dirección a Sepulcro Beltrán. Carpeta preguntó cómo se habían ido, incrédulo. La vieja respondió que habían venido a buscarles. ¿Quiénes?, preguntó Carpeta, intrigado. Unos militares, repuso la vieja, unos militares que esperaban en la carretera, no dijo más y cerró la puerta. Carpeta tardó un rato en subir al *roadster*, merodeando por los alrededores de la casa sin saber qué partido tomar. Se estaba echando la noche y buena parte del camino de vuelta la hizo muy despacio, ralentizando en las curvas y cambios de rasante, esperando encontrar a la pareja en cualquier lindero del bosque.

Llegó tarde y a su llegada no encontró a Eugenio Mazón en la casa que había ocupado para un improvisado Centro de Operaciones; una vez más, en compañía de Juan de Tomé, se había acercado al divorcio de las aguas para hablar con el paisano de Feltre y echar un vistazo al camino de Santa Quiteria. Algunos hombres de la brigada, anticipándose al grueso de la tropa, se habían acomodado en el pueblo y en algunas casas había cena, vino y fiesta. Carpeta decidió —no podía ser de otra manera— que Kerrera y el guía habían llegado mientras él estaba fuera y habían salido de nuevo a acompañar a Mazón. Nadie le supo dar detalles ni precisiones.

El propio Mazón le tiró del camastro para que le explicara lo ocurrido y sacara el coche. Fueron diez, cuatro en el *Autoplano* y seis en el *Lagonda* pero el *Lagonda*, como era de temer, se averió en el camino y a la casa solamente llegaron Mazón, Carpeta y dos más, con sendos ametralladores, ateridos de frío en el ahitepudras. La casa estaba cerrada, echaron la puerta abajo. Estaba todo recogido, no había muestras de desorden pero no había nadie, los establos vacíos. El barro de las llantas del carro indicaba que al entrar en la carretera había tomado la dirección de Sepulcro Beltrán. Nada más. Dejó a los dos hombres con sus armas en la casa y volvió a su Centro de Operaciones. Nadie tenía la menor noticia de Kerrera y ninguna fuerza había sido destacada a aquel lugar el día anterior. A la mañana siguiente una sección compuesta de medio centenar de hombres fue despachada para batir la zona y una fecha más tarde se persona en su despacho el sargento Lombardero para comunicarle que había sido encontrado un carro abandonado y vacío, más allá de Tebus, en la carretera de La Requerida.

Una razón que por entonces se guardó para sí llevó a Eugenio Mazón, tras la desaparición de Kerrera y el guía, a cancelar de inmediato el examen del terreno y a volver sin mayor pérdida de tiempo a Región, a casa de su madre, donde con un muy reducido grupo de colaboradores y sin apenas salir a la calle ni atender a otros asuntos se dedicó, en un plazo muy breve, a preparar los planes definitivos del ataque que por el sur había de llevarle hasta las puertas de Macerta.



# **Tercera Parte**

*(Libros VIII-XII)*

## LIBRO OCTAVO

*El carácter de Eugenio Mazón. Sus hombres. La organización de la CCIII Brigada Mixta. La formación de un regimiento de caballería. Una ejecución. El plan general de la ofensiva sobre Macerta. La movilización.*

**D**urante cuatro días nada se supo de Mazón; y a su vuelta nadie se permitió preguntarle por el motivo de su breve desaparición. Ya estaba un inquieto Ruán decidido a dar la voz de alarma y organizar su búsqueda cuando una mañana supo que había regresado a su casa. Nada le dijo acerca de aquellos cuatro días y cuando abordó una serie de cuestiones urgentes le escuchó con cierto distanciamiento, como si aquel paréntesis las hubiera desplazado a un segundo plano de importancia. Tan insólita conducta podía deberse a numerosas razones, y alguna dominante (y entre éstas situaba Ruán la desaparición de Kerrera), pero no a un brusco cambio de planes.

De Eugenio Mazón se podía decir cualquier cosa menos que se trataba de un hombre temperamental, cuya conducta podía variar de un día para otro por un golpe de fortuna o un cambio de humor. A pesar de su juventud había acumulado en su persona tan buen número de manías que nada que hiciera podría parecer raro para quienes le conocían de tiempo atrás; y aun cuando nadie fuera capaz de predecir con seguridad cuál había de ser en una circunstancia dada su manera de proceder, a lo largo de una vida no demasiado ajetreada ni inquieta había sabido revestirse de un estilo tan seguro que todos sus actos y sus gestos contaban siempre con su inherente justificación, aun cuando no fuera así y muchos de ellos cayeran en el terreno de lo arbitrario. En una palabra, era un hombre que despertaba confianza, tanto más cuanto que con frecuencia no era comprendido ni se preocupaba de serlo; no era muy hablador ni demasiado ordenado y, sin presumir de ello, hacía gala de un cierto desaliño intelectual y de una tal despreocupación hacia las exposiciones claras, la memoria de los compromisos adquiridos y el análisis de la situación, que todos sus veredictos y opiniones parecían proceder de una enigmática mente rústica, que se expresaba (excepto con su madre) con medias palabras, haciendo uso de conocimientos adquiridos de una vez para siempre y que no se molestaría en incrementar y con frecuencia a partir de una instantánea improvisación.

No era un patán, como en un principio lo había calificado Arderíus. Durante los primeros meses del año y a lo largo de las sesiones del Comité claramente se había puesto de manifiesto la diferencia de ambos caracteres que, si no en incompatibilidad, se traducía en un recíproco desdén. En aquella época Arderíus no pasaría de ser, a los ojos de Mazón, el producto de una sociedad que despertaba todos sus recelos y el recuerdo de los malos momentos que le había procurado su desgraciada aproximación a ella, en los días de su matrimonio; el joven bien educado e inconstante que había abrazado la causa de la República por una compostura intelectual pero que distaría mucho de jugarse el tipo por ella, no embargante su arrojo en la mesa de las deliberaciones. Para Arderíus, Mazón era tan sólo un híbrido que no participaba de ninguna de las virtudes de sus progenitores: ni el honrado valor del cabecilla salido del pueblo ni el poder demagógico de un cacique venido a menos y poco menos que anquilosado en su tosca cultura pueblerina. Pero con el tiempo ambas apreciaciones

habían de cambiar, tanto por la manera con que Mazón supo limar las diferencias entre unos y otros para trazar las líneas maestras de la ofensiva de marzo, cuanto por su descubrimiento de la doble actividad de Arderús. A partir del momento en que vio en él a un agente del enemigo su consideración cambió y desde que cargó sobre sí la responsabilidad de su utilización y su vigilancia se vio obligado (tal vez contra su voluntad) a dejar de lado sus primeras impresiones para tomar la medida de un adversario que en lo sucesivo no podría menospreciar.

Mazón no era un patán, ni mucho menos; cuando estalló la guerra llevaba tiempo sin hacer otra cosa que malvivir en casa de su madre, compartiendo unas rentas que sólo daban para hacer un viaje anual a la capital; de un hombre emprendedor se convirtió, de la noche a la mañana, en el fin de raza de una familia exhausta y sin que cupiera atribuir tal cambio —versión oficial del hall— al fracaso de su matrimonio y a sus reveses como hombre de negocios; pero la guerra le sacó de su atonía y le devolvió a la actividad, acaso porque las mujeres no participaban en ella, acaso porque le permitía volver por la noche a casa. No se cargó de entusiasmo y en un principio tan sólo se dejó arrastrar por ella. Pero su carácter, un tanto a contrapelo, se impuso y en los últimos días de octubre de 1936 se vio al mando de la columna que partió de Región por la carretera de Asturias para salir al paso del avance falangista sobre El Salvador, porque así, sin más ni más, lo dispuso el viejo Constantino que —desde que tiempo atrás le había ayudado a solventar un negocio que escapaba a sus conocimientos— tenía por aquel hombre confianza y respeto, sentimientos que ofrecía a muy pocos.

Como comandante en jefe de la segunda unidad en importancia del Ejército de Región —una entelequia que nadie, y menos los hombres despachados por Madrid, se atrevía a llamar así a pesar de la denominación oficial en los tampones— Eugenio Mazón dejaba mucho que desear. Más que descuidar buen número de sus funciones y competencias, se negaba a intervenir en ellas; ciertamente había sabido rodearse de un pequeño número de colaboradores que a lo largo de dos años se habían agrupado en torno suyo por un instinto de selección, pero ni siquiera se detendría a definir y establecer sus diferentes cometidos. En su Brigada apenas había constancia de órdenes escritas y las que se cursaban no guardaban demasiada relación entre sí, como páginas sueltas de un raro ejemplar semiperdido y deshojado cuyo orden y unidad sería imposible restablecer. Si sus hombres confiaban en él —pese a sus deficiencias—, también esa confianza se extendía a otros sectores —que al envidiarlo como jefe no se callaban a la hora de censurarlo—, con excepción de aquellos dominados por personas que creían a ciegas en su propio papel y su propio historial. Pero una cierta mayoría era consciente de que Eugenio Mazón había salvado Región en dos ocasiones críticas: con el ataque del 7 de diciembre de 1936 sobre el camino de Matalahuella, que a punto estuvo de seccionar la punta de lanza del adversario y

obligó a sus fuerzas a replegarse del molino en el Torce para volver a sus posiciones en el puerto, y en la campaña de 1937, cuando tras escabullirse por el valle del Tarrentino —un tanto a la manera de Kutuzov— y despegarse del avance de Brémond por el río, descargó sobre la espalda de éste toda la fuerza de su columna y le arrastró a la retirada por el camino de La Requerida. En ambas ocasiones atacó por detrás y de flanco, y no sólo buscando la aproximación indirecta, sino también el tropezón hacia adelante de su adversario. Se diría que era lo suyo: salir de una esquina y asestar de lado un codazo para que el otro perdiera el equilibrio. En ambas ocasiones el hombre que estaba enfrente del enemigo —Julián Fernández— atribuyó a su firme resistencia el éxito obtenido y nunca deseó saber otra cosa ni acertó a expresarse en otros términos (obligando a todos los suyos a hacerlo así) que en los de la heroica resistencia frontal del pueblo en armas frente al invasor.

Aunque a veces lo pareciera, Mazón no era un improvisador; distaba mucho de serlo pero incluso como comandante de la Brigada tan sólo se interesaba por un cierto orden de problemas y, carente de un grado de profesionalidad y exento de todo espíritu de sacrificio, se limitaba a intervenir tan sólo cuando se trataba de ellos, dejando que sus subordinados, o el tiempo, resolviesen el resto. Aunque nunca se permitiera confiarlo ni siquiera a sus más íntimos, sabía Mazón que encomendar a un individuo de unas funciones y descargarlo de otras, norma obligada para un buen dispositivo jerárquico y la organización de una vasta y complicada unidad, se traducían en numerosos casos en una merma de las facultades de cualquier hombre con capacidad de mando y, cosa más grave aún, en una cierta dejación de sus responsabilidades específicas como consecuencia del incumplimiento de su deber por parte del vecino. Por eso en su Brigada todos jugaban a todo y nadie se atrevía, para no incurrir en su cólera, a cargar las culpas sobre otro tan sólo para justificar un fallo cualquiera.

Aunque cargado por una natural o adquirida misantropía, Mazón era hombre de talante apacible y comprensión rápida; si bien execraba todo gesto violento en ocasiones podía ser brusco, y hasta iracundo, si los tácitos supuestos en los que basaba la colaboración de sus hombres eran violados o mal entendidos; entonces podía perder los estribos y llegar a la brutalidad pero, por lo general, antes de que eso ocurriera torcía el gesto y lanzaba un breve bufido, como una primera señal de alarma que el interlocutor —a poco familiarizado que estuviera con él— tenía que acertar a interpretar para buscar por sí mismo la enmienda de su error. Huía de las largas explicaciones y suponía, a veces en detrimento suyo, que el entendimiento se podía alcanzar con meras insinuaciones lo que no dejaba de producir numerosas discrepancias entre quienes presumían de ser sus mejores intérpretes. Cuando los hechos tomaban una dirección opuesta a la de su voluntad no podía reprimir su furor que descargaba sobre unos cuantos elegidos; uno de ellos era Ruán, otro el camarada-

señor Pou. Con el tiempo aprendieron a sobrellevarlo y si al principio sus desmanes eran para ambos motivo de mucho desasosiego, poco a poco fueron a concluir que las posteriores atenciones con que intentaba mitigar sus exabruptos compensaban con creces los disgustos y malentendidos provocados por ellos. Por silencioso y discreto pasaba Ruán por ser hombre apocado; pero la timidez no era un ingrediente sustancial de su carácter y el mercurial trato al que le sometió Mazón le sentó como un temple para convenirse en un hombre duro y flexible y nada quebradizo, siempre dispuesto a refugiarse en sus largos silencios para sobrellevar las más adversas circunstancias. En cuanto al camarada-señor Pou era otro caso; nada, ni siquiera el arrebató de furia de Mazón, le hacía perder su aplomo y nada le satisfacía más que absorber las veleidosas descargas de su jefe para devolverlas, llegado el momento, en forma de una sensata reconvención.

Así pues no se podía decir que la Brigada estaba bien organizada pero sin papeleo ni burocracia ni un dispositivo jerárquico piramidal, funcionaba con más agilidad que cualquier otra agrupación del Ejército regionato. En cierto modo a tientas sus hombres habían buscado y encontrado sus respectivos cometidos y sin necesidad de órdenes, oficios o circulares a los pocos meses de funcionar de esa guisa cada cual sabía a quién tenía que dirigirse para resolver un asunto particular. Así, el camarada-señor Pou, además del mando de su tropa se ocupaba de la intendencia, el cuartel y el avituallamiento de los hombres; la instrucción de las nuevas levás corría a cargo de Cuarto Banderas, así como de su distribución en las diversas unidades que formaban la Brigada y de la formación de nuevas agrupaciones; de la logística y el armamento se ocupaban los capitanes Lavaiz y Asián —este último en calidad de asesor, más para proporcionarle una satisfacción que para utilizar sus servicios y conocimientos, un tanto anticuados— y los planes de campaña, la topografía y las comunicaciones eran responsabilidad casi exclusiva del grupo formado por el propio Mazón, Juan de Tomé y Enrique Ruán y al que vino a sumarse —por decisión unilateral del primero y para tenerlo bajo su directa vigilancia— el capitán Arderús.

Un capítulo aparte lo constituía la formación y organización de la brigada de caballería que Mazón, en franca discrepancia con el capitán Arderús y los restantes oficiales de la misión madrileña, reacios a la utilización de tal arma, estaba decidido a emplear en el ataque por el valle del Lerna. Al tiempo que el camarada-señor Pou tomaba sobre sí la tarea de la requisa y remonta de los caballos, de la recolección y fabricación de sillas y arneses y de la organización y conservación del buen estado de los establos, aprovechando para ello las instalaciones casi en ruinas de la vieja Sociedad de Gimnasia, la instrucción de los jinetes fue confiada a un conocido caballista de Bocentellas (un hombre carente de toda clase de ideas, bélicas o políticas) quien desde los primeros meses del año contó con la colaboración de Kerrera, que en su país y en sus tiempos de colegio había montado mucho. Para

muchos aquella fuerza —que nunca llegó a contar con los efectivos previstos— era tan sólo una criatura mimada y fruto de un capricho, que empero concentraba sobre sí y sublimaba todas las aspiraciones de la ofensiva y representaría el ímpetu regionato de la lucha, aunque sólo fuera por la oposición que había suscitado entre quienes habrían deseado canalizarla a través de las normas de la guerra moderna y despojarla así de todo sabor local. En su día pasaría a ser no tanto una fuerza de choque cuanto una unidad de élite, tan escogida y reservada que el Mando nunca se decidiría a emplear en operaciones de rutina, tal vez por miedo a perderla o a ver cómo se desvanecían las esperanzas puestas en ella, y que a la postre, aislada en territorio enemigo y poco menos que desprovista del apoyo de las formaciones de a pie, tendría que luchar con las armas y procedimientos del infante para abrirse paso a través de las filas enemigas, en una retirada sin esperanza a la que sobrevivieron pocos jinetes y todos los caballos sucumbieron.

Al poco tiempo de iniciada su organización murió en un accidente —aplastado por su montura— el caballista de Bocentellas a quien Mazón había designado, para estupor y hasta indignación de sus colaboradores, como comandante de la brigada. No tenía otras virtudes que las de un consumado jinete aficionado a la caza, pero sin duda era su falta de personalidad y su poca aptitud para el mando lo que impulsó a Mazón a encomendarle aquel puesto que en el fondo deseaba para sí y que, con cierta premeditación, pretendía reservarse para la hora penúltima mediante su ocupación por un hombre de paja. Y con la vista puesta en esa hora aprovechaba toda ocasión para tomar de Kerrera clases de equitación en cuya práctica jamás llegó a soltarse. A falta de un jefe se decidió a nombrar tres, uno para cada escuadrón, con lo que eludió la necesidad de designar un nuevo comandante. No podían ser los tres más distintos: Feliciano Fidalgo, ex-guarda jurado de La Forestal y cuyo mayor éxito, además de encabezar la ocupación de la Sociedad en los tumultuosos días del 36, consistía en haber cumplido el servicio militar en el Arma de Caballería con un reenganche que le ganó el galón de cabo primera; Ramón Baltasar, un pequeño propietario de la vega de El Mame, amigo de Mazón y de Cayetano Corral, y Julián Chacón Sedeño, gitano, antiguo tratante de ganado oriundo de Medina del Campo, jinete muy diestro y hombre muy bravo que durante los sucesos de Borques se había unido de manera incondicional a la partida de don Tertuliano y que más tarde tuvo una gallarda actuación en los combates de Burgo Mediano.

En un principio se pensó en reunir una fuerza de unos 1200 hombres, agrupados en tres regimientos de 400 cada uno, al mando de las personas citadas. Pero pronto hubo que convenir que en el mejor de los casos se alcanzarían los dos tercios de aquella cifra lo que impuso la conveniencia de reducir la brigada a dos unidades. Chacón, el gitano, no puso la menor objeción a quedar bajo las órdenes de Fidalgo, un hombre nada competente, que apenas se aguantaba sobre la silla, que durante los

últimos quince años había reinado en los tabernuchos y chigres de la cuenca minera, repitiendo sus hazañas en el mostrador mientras su caballo esperaba arrendado al árbol más próximo; Chacón en cambio era un hombre de una natural aptitud, poco amigo de entrar en discusiones y acostumbrado por su profesión a cerrar un trato con el menor número posible de palabras. Se había percatado de que el mando que había sido otorgado a Fidalgo sería ejercido por éste solamente de boquilla, que lo aprovecharía tan sólo para hablar y dar voces, para pavonearse ante sus hombres y presumir ante Mazón y que, por consiguiente, todo el trabajo del regimiento recaería sobre él.

No había de pasar mucho tiempo para que Mazón se persuadiera de la imposibilidad de reunir por falta de recursos, sobre todo de monturas, la fuerza prevista en el proyecto restringido. Pero tras un año de dar vueltas a la idea, apoyado en unas cuantas lecturas un tanto desordenadas, se hallaba sugestionado por las posibilidades que podía ofrecer una unidad de élite, capaz de llevar a cabo desplazamientos muy rápidos y, operando con total autonomía y sin necesidad de apoyo por parte de la infantería, aprovechar las fragosidades del terreno y las grandes extensiones sin ninguna clase de guarnición para situarse en la retaguardia de las líneas del enemigo y crear la confusión en sus bases de apoyo y su sistema defensivo. Por así decirlo había ingeniado una manera de hacer la guerra (o al menos de llevar a cabo aquella campaña dentro del teatro que estaba al alcance del caballo) que era una combinación de la mentalidad guerrillera y la concepción propia de un moderno conductor de blindados, cuyas más recientes doctrinas no habían, por supuesto, llegado a su conocimiento. Pero para su fortuna tampoco habían llegado a oídos de los profesionales de la estrategia que tenía enfrente. Ambas concepciones coincidían en un cierto desprecio hacia la guerra de conquista, hacia la ocupación del territorio por parte de la infantería y al orden impuesto por un avance continuo y regular, con el cual la ganancia del terreno y la eliminación del enemigo son dos operaciones simultáneas e indivisibles. Pero la primera le importaba poco; más aún, consideraba que era preciso aprovecharse de la importancia que le concedía el enemigo. La continuidad de la guerra o la resistencia de la República descansaba más —al decir de Mazón, quien en eso no hacía sino seguir la opinión de algunos políticos aventajados, opinión no demasiado tenida en cuenta por los Estados Mayores— en el tiempo que en el espacio y toda su estrategia estaría dictada por su disposición a sacrificar o ceder cuanta tierra antojara el adversario a condición de preservar ciertos reductos —inaccesibles o montañeros— donde mantener encendida la llama de la contienda y desde los que asestar tal número de golpes que, al demostrar la vulnerabilidad de su ocupación, hicieran vanas sus pretensiones de victoria. En su vehemencia y en uno de sus raros viajes (tras el último de los cuales juró no volver a subir a un avión) había llegado a hablar en Madrid de la posibilidad de hundir los frentes y de llevar la



República al monte, como en los tiempos del invasor francés.

Al hacerse cargo de uno de los dos ataques en que había de consistir la ofensiva sobre Macerta, no dejaría Mazón de adoptar los principios que dictaban su plan de resistencia: esto es, un ataque en el que lo último que contaba era la ocupación del territorio enemigo (siempre lo bastante fuerte, contumaz y poco imaginativo como para ante toda provocación ofensiva intentar, antes que otra cosa, la reconquista de lo perdido) y cuyo objetivo primordial se cifraría en el descalabro de su máquina bélica. Aunque no había oído hablar del papel que algunos precursores asignaban a los blindados en la guerra moderna (no como unidades de apoyo a la infantería —tal como se seguía enseñando en las Academias, a partir del primer ensayo en Cambrai— que, cualquiera que fuera la velocidad de su marcha, debían avanzar a su paso y en su misma dirección, sino como entidades autónomas, conducidas en formaciones cerradas y compactas, prácticamente inexpugnables, capaces de destruir por zonas todo el sistema enemigo situado detrás de un frente perforado en un discreto número de puntos (una idea que poco más de dos años después tendría su más contundente demostración en los campos de Flandes y Picardía)) intuía Mazón, siempre consciente de su inferioridad numérica, que sólo la movilidad podía dar a su empuje un momento capaz de desestabilizar al enemigo. No sólo falta de blindados, sino de los más modestos medios mecánicos de transporte, no es de extrañar que volviera su vista hacia la caballería y que, con la más discreta de las sonrisas, replicara con tácita y solapada reticencia a los sarcasmos del capitán Arderíus quien, al observar los trabajos de todo orden que se llevaban a cabo para la formación de los escuadrones, una y otra vez caería en la expresión de esas justificadas protestas con que los pesimistas allanan y pavimentan el camino de la derrota, sin duda para recorrerlo con una cierta tranquilidad de conciencia y justificar (aunque sólo sea ante sí mismo) su escasa y contravolente participación en un esfuerzo descabellado.

Para algunos la formación de aquella brigada obedecía a motivaciones muy diferentes y apelaba a sentimientos que poco o nada tenían que ver no ya con la guerra moderna sino ni siquiera con una concepción estratégica cualquiera, ora de la guerra en general, ora de la ofensiva sobre Macerta en particular. Hasta entonces la visión de las unidades de combate republicanas, antes o después de entrar en acción, no habían servido ciertamente para incoar el expediente del entusiasmo —patriótico, político, social o lo que fuera— que debe acompañar a toda tropa en su viaje hacia las líneas enemigas; ni para prender la llama del ardor bélico sino en aquel que la tuviera de antemano encendida; ni para despertar la confianza en el triunfo inmediato, tan a menudo subsumido en la cantinela de la victoria final; hasta entonces la República en armas no había sabido montar otro espectáculo que el del entierro de la sardina, con fusiles y granadas en lugar de escobas y calabazas. Pero el miliciano subido a un caballo perdería su aspecto andariego, agrícola o fabril —sin duda porque el caballo

prestaba lo que el miliciano no tenía, una cierta serenidad, un olvidado y fronterizo aplomo, un compromiso con la seriedad de su misión— y con el mosquetón en bandolera, el casco a la espalda, la mochila ante el borrén y la manta a la grupa, vendría a delinear la raya de un horizonte lejano y romancesco donde había de dirimirse el resultado de una prueba no dictada por la revancha, de un especulativo sacrificio no mancillado con los sombríos tintes del rencor.

También habría más de uno que en la formación e instrucción de aquellos escuadrones vería el triunfo de la oposición a las doctrinas sustentadas por el capitán Arderius y sus secuaces; tras las tapias de los corrales y picaderos de la Escuela de Gimnasia, adonde todas las semanas llegaban unos cuantos camiones cargados con caballerías recogidas y requisadas aquí y allá, estaba tomando cuerpo un espíritu en cuya reencarnación el regionato había dejado de creer desde muchas generaciones atrás: ¿de independencia?, ¿de voluntad?, ¿de fuerza solamente?, ¿de rebeldía? Quizá nada de eso; quizá ni siquiera el espíritu de liberación de una opresión secular sino la primera réplica, en siglos, a la callada y sumisa aceptación de un veredicto histórico que el hombre de aquel país había recibido como herencia inajenable y de cuya confirmación, por sus propias culpas y no por las de sus abuelos o antepasados, deseaba ser merecedor aunque sólo fuera para poder congratularse y dolerse por la dureza de una condena que le había sido ocultada o denegada por el olvido de generaciones contentadizas. Así, tras una barrera pintada de rojo y blanco, tras una guardia que no se permitía ninguna clase de ligereza ni lenidad, tras unas tapias suplementadas con una cerca de alambre de espino, habiendo adquirido el aspecto de una casamata apenas aliviada por unas cuantas salidas de humos y unos pabellones de nueva planta con cubierta de uralita, unas cuantas grupas alineadas bajo los cobertizos y una hilera de sillas de diferentes clases montadas sobre el jabalcón, tomaría cuerpo secreto —como si se tratara de un templo donde a puerta cerrada se celebrase el largo misterio de la iniciación— el instinto de crecimiento de una pequeña, hambrienta y arrinconada tribu decidida a salir de su territorio para entrar en el campo de la aventura, lanzada en su ignorancia a ser «algo más que arcilla; un instante en las tinieblas donde retumba el cañón y galopa un caballo».

No podían tardar los desengaños; un mes después de decidida, organizada y en su mayor parte ejecutada la leva, las mil monturas previstas por Mazón y sus hombres se habían de reducir a cuatrocientas. Con las primeras condiciones establecidas apenas se pasó de dos centenares; hubo que levantarlas y suavizarlas —se admitieron caballos viejos y animales de tiro, se cobraron algunas piezas de la indomeñable, inútil y enana raza de Mantua y se cerraron los estadios con algunas mulas de buen porte y alzada— para acercarse a las cuatrocientas monturas, una tercera parte del número establecido en una primera instancia; así pues, a fin de cuentas la pomposa brigada hubo de reducirse a tres escuadrones, dos de ellos bastante uniformes y

compactos y un tercero formado casi exclusivamente con residuos y desechos y considerado por todos poco más que como un almacén de repuesto de los otros dos.

Para salir al paso de posibles rivalidades y evitar inútiles competencias decidió Mazón encomendar el mando del regimiento (denominación que poco a poco sustituyó al de brigada) a Feliciano Fidalgo, el antiguo guarda jurado de La Forestal, y a fin de facilitar y simplificar su trabajo y reducir al mínimo su intervención cerca de la tropa le adjudicó un despacho en el Cuartel General de la CCIII Brigada, en las casas de Borques —con el pretexto de que su presencia era necesaria cerca del Estado Mayor y su trabajo más útil tras una mesa—, lo más alejado posible de la Escuela de Gimnasia adonde, por falta de montura y por economizar la gasolina y las horas de vehículo de lo que siempre se andaba escaso, solamente una o dos veces por semana cursaba una visita de inspección tras la cual elevaba a la superioridad el correspondiente informe, casi siempre verbal y bastante optimista. De esa suerte los hombres que tenían a su cargo la instrucción de los escuadrones podían trabajar sin una excesiva intromisión por parte de su jefe, ocupado casi todo el día en su cátedra de historia universal en la cantina de Borques en el extremo de cuyo mostrador bien podía haber quedado moldeado en bronce, con un codo apoyado en él, la pierna cruzada y la mirada en la puerta al acecho del primer parroquiano desprevenido. Había colgado su viejo uniforme de pana y se había confeccionado una extraña guerrera, de esas que por entonces se llamaban canadienses, con numerosos fuelles, trabillas y bolsillos abotonados y que combinada con unos solemnes bigotes con las guías apuntadas hacia arriba le otorgaba un cierto aspecto de explorador aerostático italiano. Hablaba de todo —ya desde sus tiempos de guarda jurado—, lo mismo de Viriato que de la capa de armiño del Rey de Francia, y era tal su familiaridad con los secretos del universo que bien podía tratarse de la última encarnación del sabio Zoroastro. Era de los que no bien un cliente pagaba y se alejaba del local se arrimaba a otro, cogido por sorpresa, de suerte que en una jornada normal de mostrador su auditorio no bajaba de treinta personas, por lo general hombres resignados que no sabrían hacer otra cosa que asentir para quitarse el muerto de encima, con poca probabilidad de conseguirlo sin pagar cuando menos media hora de atención. Acaso tal costumbre y tales abusos le habían llevado a creer que era hombre de grandes conocimientos y poderosa oratoria, un jefe nato, un conductor de masas<sup>[27]</sup>. Tanto Ramón Baltasar como el gitano temían sus visitas a la Escuela pues el día que cursaba su visita de inspección era un día perdido para todos los efectos; de entrada ordenaba que compareciesen todos los mandos y en el salón de actos les largaba una disertación sobre cualquier asunto de interés universal relacionado con la defensa de Región; luego gustaba de recorrer el cuartel y todas sus dependencias, paseando lentamente y haciendo frecuentes detenciones para que se formase el corro en torno suyo, a fin de que todos alcanzasen a oír sus palabras. Bastaba que un recluta, un

poco más allá, estuviera almohazando su caballo para que se dirigiera a él, de manera terminante: «Tú, deja eso y ven acá que te conviene oír lo que voy a decir». Tras el rancho no podía por menos de retener a su auditorio con una larga sobremesa y cuando al fin le acompañaban a la puerta para despedirle hasta la próxima, todo el cuartel se hallaba manga por hombro.

Entre los hombres del Tercer Escuadrón —aquel Tercer Escuadrón formado con los restos de los otros dos y que reunía, claro está, la gente más inepta e indisciplinada— había un mozo llamado Teodoro que servía para todo, lo mismo para acarrear las pacas del pienso que para hacer un guiso o colocar un hueso en su sitio; a pesar de su juventud era un forzudo, casi enano, de formas achaparradas, las piernas arqueadas y una enorme espalda vencida —donde cogían con toda facilidad dos pacas o tres sacos de grano— y que en un estado de permanente euforia andaba siempre presumiendo del número de mujeres con que había gozado la semana anterior y, cómo no, constituía el blanco de todas las chanzas sexuales del regimiento, atemperadas con todo por el respeto que imponía su fortaleza (pues nadie le podía ganar un pulso) y enconadas por la sospecha de que alguna de sus exageraciones podía ser cierta dadas las facilidades de que disfrutaba —por su estrecha relación con Fidalgo— para entrar y salir del cuartel a su antojo<sup>[28]</sup>. En cierta ocasión tuvo Chacón la feliz ocurrencia de destacar a Teodoro para recibir a Fidalgo y entretenerle en la cantina durante un buen rato con el fin de ganar tiempo suficiente para organizar la jornada del cuartel en tanto durase la visita de aquel hombre tan absorbente; para su sorpresa ninguno de los dos apareció en los patios en toda la mañana y cuando el corneta tocó a formar para el rancho aún seguían ambos hilvanados en una animada conversación junto a la cantina. (Cuando al término de la jornada el gitano le mandó llamar para preguntarle sobre los asuntos que habían tratado aquella mañana, el otro respondió sin más: «De mujeres»). En cierto modo fue Teodoro uno de los artífices de la recta instrucción y organización del regimiento en el breve plazo de dos meses que se habría prolongado quién sabe cuánto de no haber acertado a neutralizar las aptitudes de su jefe para la pérdida de tiempo. Sus visitas se hicieron más frecuentes y hasta más meritorias pues no vacilaba en hacer el camino a pie —una hora larga desde Borques hasta la Escuela— con tal de disfrutar de la compañía de Teodoro cuando transcurrían dos fechas sin que éste le visitara en su despacho. (Se decía en el cuartel que Fidalgo había sido introducido en ciertos círculos femeninos del Barrio de las Ollas donde Teodoro era muy conocido; que la locuacidad de aquel hombre había sido en general bien recibida por parte de algunas mujeres de aquellos círculos, un tanto deprimidos por las restricciones bélicas y la moralidad revolucionaria, pero que otras, más ásperas y reacias a la enseñanza, antes preferían entregarse a Teodoro que atender al sermón; que empero cuando la plétora se apoderaba del muchacho se había demostrado que su poder viril era más consistente que la verbosidad de su jefe y que

en más de una ocasión, presintiendo que se agotaba su elocuencia sin haber colmado sus ansias, había irrumpido en calzas en el salón de recibir para tirarle de la manga y susurrarle al oído: «Hábleles de los piratas de China, jefe»). Así mientras todo el cuartel se hallaba afanado en la instrucción no era raro contemplar aquellas dos figuras tan diferentes —un hombre de gran aspecto que con gestos grandilocuentes se recreaba en su palabra, y el chaparro que para acompañarle se veía obligado a exagerar su movimiento pendular, forzado por sus cortas piernas arqueadas, y de vez en cuando alzaba su manaza para solicitar una aclaración— que recorrían los patios, los establos, los picaderos y el campo de tiro para, finalmente, enfrascados en su conversación y desentendidos de trotes, saltos, descargas, cornetas, tapias y barreras alejarse por la carretera hacia una remota, casi ilusoria Región salida de la neblina del río, surgida un instante dorado antes de su muerte para acoger en su seno a los héroes destinados a caer en combate. (Se decía en el cuartel —lo afirmaba un soldado del Segundo Escuadrón que juraba por sus muertos haber sido testigo presencial y ocasional del diálogo— que en el centro del picadero y mientras una Compañía trotaba en círculo alrededor de ellos, Teodoro con expresión obediente al tiempo que curiosa le había preguntado: «Y del cartón ¿qué me dice usted del cartón?». A lo que su jefe, con gran dominio y sin detenerse gran cosa a pensar, había respondido: «Pues sí señor, se trata de un gran artículo. Y también una gran industria, no lo olvides: la industria del cartonaje».).

Pero el precio que tendría que pagar Mazón por aquel capricho no sería pequeño, ciertamente, aunque nunca fuera lo bastante franco como para reconocerlo así, pública o privadamente. Sin embargo las cartas que escribió a su madre con notable constancia durante sus ausencias en el frente —únicos documentos donde dejó escritas sus consideraciones y su manera de pensar acerca de aquella guerra— pese a reconocer con cierta insistencia la enorme influencia que puede llegar a tener el factor humano y la calidad del soldado en el éxito no ya de un combate sino de toda una campaña, en todo momento parece poner el acento en la importancia decisiva de los planes, en la inteligencia y aptitud del comandante para aventajar a su adversario y descubrir sus puntos flacos, en una palabra, en la indisputable superioridad de la razón sobre la materia, principio del que no querrá apearse ni en las circunstancias más sombrías de la ofensiva ni cuando su propia experiencia le debió empujar a poner en entredicho un axioma tan sacrosanto y absoluto. Tan pronto como en los últimos días de febrero y primeros de marzo, se tomó la decisión por unanimidad del Comité de montar la ofensiva para anticiparse a la del enemigo, y estimada por todos la conveniencia de lanzar un ataque bifronte —en cierto modo al estilo Zuera-Belchite— con un sector de presión en Socéanos y otro de ruptura en cualquier punto desguarnecido de la divisoria de las aguas, comenzaron las discusiones acerca de las fuerzas que debían destinarse a uno y otro. Apenas tuvo necesidad Mazón de

defender su causa como comandante del frente de penetración; no sólo lo suyo —lo que había predicado hasta la náusea y practicado con éxito en dos ocasiones propicias— era la guerra de movimiento, para la cual todo el Comité le reconocía una aptitud suficientemente demostrada, sino que su principal colega —y al mismo tiempo oponente—, Julián Fernández, no estaba en modo alguno dispuesto a soltar el mando del frente de Socéanos, el más importante de los dos y el que en último término irrogaba la comandancia militar de Región y la defensa de la plaza. Para tales designaciones no abrigaba el Comité la menor duda y se llevaron a cabo sin que mediara la más ligera discusión. Pero tras el apuntamiento de los jefes vendría la distribución de las fuerzas que habían de quedar bajo sus respectivos mandos, tarea en la que Mazón hizo ostensible dejación de sus deberes y responsabilidades para dejarla encomendada a la habilidad negociadora del camarada-señor Pou, demasiado apremiado por presiones de toda índole como para poder salir con la suya en cualquier ocasión.

La forma en que se haría esa distribución no distaría mucho del método con que dos colegiales, designados como capitanes, eligen entre sus compañeros de aula a quienes han de formar sus respectivos equipos para la competición que tendrá lugar durante el recreo; antes que nada echan a suertes o a pies quién ha de ser el primero en elegir y luego, alternativamente, cada uno de los capitanes designa para su campo al que estima más valioso; a veces interviene la amistad o la compenetración pero aun contando con las intromisiones provocadas por la obediencia a un criterio distinto al de la aptitud, es lo cierto que una vez apartados los valores firmes queda en el corro un conjunto de jugadores sin clase, ávidos de alcanzar su estimación por la prontitud de su designación y aun cuando luego, durante el partido, no sepan hacer otra cosa que estorbar y dar patadas. Con excepción de Estanis —que desde el otoño de 1936 llevaba grabada en la mente (y ostensiblemente representada por su larga cicatriz en la frente, como las armas del apellido que allí se albergaba) la idea de conquistar el puerto, acerca del cual había montado una épica y una simbología que alcanzaba a los banderines y estandartes—, y de los adictos e incondicionales del Manchado, resueltos a hacer su carrera dentro de la más estricta disciplina político-militar, no había jefe ni oficial que en su fuero interno no deseara partir para el frente a las órdenes de Mazón; tal predilección no se debía ni mucho menos al carácter de éste (demasiado arbitrario y un tanto distante como para despertar simpatías populacheras) sino a las duras condiciones que todos presumían que se habían de repetir en aquel odioso Socéanos que para el combatiente regionato sería algo así como el frente del Este para el soldado alemán, unos años después; un frente ingrato, poco menos que de castigo, terriblemente carnicero y ocupado por un enemigo que en momento alguno concedería cuartel y en el que, a la postre, se decidiría la suerte final de la campaña cualesquiera que fueran los éxitos conseguidos por la Brigada de

Mazón en su suelta, imprevisible y flamígera correría.

Para el conjunto de la ofensiva sobre Macerta contaba el Comité de Defensa con alinear en orden de batalla tres brigadas de infantería, dos batallones transportados sobre camión, quince secciones de ametralladoras, dos regimientos de artillería con tres secciones de morteros de campaña y, en fin, el regimiento de caballería con sus tres escuadrones antes citados, así como una compañía de zapadores y pontoneros, otra de minadores —el Asturias Libre— y los servicios de sanidad, intendencia y mayoría. En total, en el inicio de los planes se barajó la cifra de 16 000 hombres, una cifra ilusoria que ni los más crédulos aspiraron nunca a alcanzar, ni siquiera recurriesen a las famosas quintas del pirulí y del chupete. A medida que los p fueron tomando cuerpo y progresó la concentración de fuerzas y vos —algunos de ellos enviados por avión desde Madrid, en un alarde de apoyo a la resistencia regionata mucho más propagandístico que efectivo—, la realidad vino a demostrar que nunca sería posible alcanzar la cifra de 10 000, contando con la masa de reserva, y so pena de dejar en torno a Región una retaguardia meramente simbólica, incapaz de toda acción consistente. Pero habiendo sido conformados los estadillos, relacionadas y numeradas las diferentes unidades y acomodados jefes y oficiales a los mandos de sus correspondientes fuerzas se dio en conservar el dispositivo general aun a conciencia de que ninguna contaría entre sus filas el número de hombres establecidos en los cánones y ordenanzas; y así como la pomposa brigada de caballería había de quedar reducida a un mermado regimiento, ninguna de las de infantería superaría el techo de los 4000 hombres, ni los batallones el de 700, ni las compañías el de 200. Un ejército, en suma, que antes de partir para el frente ya sufría las bajas de un duro castigo equitativamente repartido entre todas sus unidades.

Por conducto de la misión Lamuedra, y por obra y gracia de la meticulosidad e insistencia del teniente coronel que consideraba tal asunto de la máxima trascendencia, Madrid había impuesto que todas las fuerzas de Región quedaran agrupadas en la llamada División 42, al mando de Constantino Marcos, y formada por las Brigadas 141 y 142, mandadas respectivamente por Julián Fernández y Eugenio Mazón. Los incidentes que vinieron a concluir en el descubrimiento de la doble personalidad (o más bien, del doble papel) del capitán Arderíus coincidieron con una orden cursada por el Estado Mayor del Ejército del Centro, con instrucciones relativas a una reorganización (pues antes de que quedara ultimada una organización cualquiera se demostró siempre necesario pasar a la reorganización) de las fuerzas regionatas, que incluían la liquidación de la División 42 y su sustitución por las tres Brigadas Mixtas CCI, CCII y CCIII, con mando independiente. El objetivo de Madrid, con toda probabilidad inspirado por Cherclaes y Vallejo Román (siempre desconfiados a la vez que temerosos de los cabecillas surgidos del pueblo) no era otro que —una vez alcanzado el acuerdo general sobre la ofensiva— desposeer al viejo

Constantino de buena parte del mando directo sobre la tropa y distribuirlo en algunas cabezas más dóciles a las directrices emanadas por la misión y aun cuando se guardaran las apariencias con el fin de conjurar cualquier amago de protesta o, más aún, un intento de rebeldía. Pero, por un lado, al cabo de dos años de guerra en los que se habían prodigado toda clase de desplazamientos, traslados y transformaciones (siempre bajo la sacrosanta consigna de la reorganización) los hombres ya no sabían o no deseaban recordar a qué unidades pertenecían, sobre todo cuando eran despojadas de su apellido espontáneo para designarlas a continuación con un número, y seguían optando por los viejos nombres que hacían resonar su orgullo —el Batallón Metalúrgico, el Dominó, la columna Theobald, el Asturias Libre, el Alerta Carrilanos — sin reparar para nada en la nueva nomenclatura que había dispuesto el mando; por otro, aquella orden llegó en un momento tan inoportuno y con un Lamuedra tan caído en el desánimo que apenas se tomó el trabajo de imponerla y dejó que otros lo hicieran por él, sobre todo aquellos que en el cambio veían su propia promoción. Pero comoquiera que a una gran mayoría le importara una higa el número y el título de la unidad que Madrid tuviera a bien imponer, siempre que se respetaran su entidad y sus mandos, la orden siguió su oscuro camino administrativo sin que se tradujera en otra cosa que en un cambio de sellos, membretes y tampones, sin llegar nunca a calar en la memoria del soldado, confundida con las tres, cuatro o seis transformaciones provocadas por la eternamente necesaria reorganización.

De acuerdo con la última disposición, la de Mazón sería la CCIII Brigada Mixta que agrupaba dos regimientos de infantería y un batallón transportado sobre camión, una brigada (después regimiento) de caballería, seis secciones de ametralladoras, cuatro de morteros, tres baterías de artillería de campaña, con piezas Depon, Schneider y Arellano —fabricadas en Trubia— de 71 y 75 mm de calibre, y una heteróclita formación de pontoneros y minadores, equipados de herramienta, camión-taller y armas caseras y cuya misión era desconocida para todos, hasta para su propio jefe, un joven y robusto minero procedente de Asturias, de la cuenca de Tineo, empero bastante culto y que según sus propias palabras «había posteado lo bastante como para sostener la caída del Imperio Romano». En total, 5000 hombres escasos, aun contando las bajas por enfermedad que —naturalmente— progresaban en alarmante medida cuanto más se aproximaba la fecha de iniciación de la ofensiva.

No eran, ni mucho menos, las mejores fuerzas de Región; más de la mitad de los efectivos estaban constituidos por hombres bisoños que sólo habían oído hablar de los combates o los habían presenciado de lejos. Con excepción de los veteranos que habían combatido con Mazón en Matalahuella y Burgo Mediano, agrupados en el Regimiento número 2, los hombres del antiguo Batallón Dominó —a las órdenes directas de Cuarto Banderas, voluntariamente designado sargento de varas de la unidad— y del Asturias Libre que no admitía otra instrucción ni jerarquía que la



propia, y los escogidos jinetes de los dos primeros escuadrones, casi todos los demás eran desconocidos para jefes, oficiales y veteranos, algunos de ellos elevados al mando en las últimas semanas sin poseer otros méritos que cierto trato de favor o el celo demostrado durante el período de instrucción. Así pues, poco tiempo después de decidida por el Comité de Defensa la distribución de las fuerzas en las tres agrupaciones antes mencionadas, había de dejarse sentir la ligereza con que Mazón había permitido sus propias asignaciones. No había de pasar mucho tiempo sin que se percibiera que el entusiasmo inicial de los bisoños no resistía la dureza de un adiestramiento acelerado ni la reclusión entre las tapias de la Escuela de Gimnasia o las casas de Borques o el campo de La Tomiñera —no lejos de la venta del mismo nombre—, principales núcleos donde la tropa fue acuartelada. Las defecciones empezaron a ser demasiado frecuentes como para no coartarlas con algún castigo expeditivo, necesario y a la vez oportuno, para introducir en un hombre que hasta entonces había sido aleccionado con otros móviles, el temor a las consecuencias del desacato o la fuga. Todo el regimiento de caballería formó una madrugada, al estilo de la Legión enemiga, para asistir al fusilamiento de un soldado que habiendo desertado —con dos caballos y un respetable botín— atravesó con su machete la barriga del sargento que acertó a prenderle tras dos días de persecución. Se trataba de un tipo arrogante, que conseguía amedrentar a algunos de sus camaradas a dos de los cuales convenció para darse a la fuga y echarse al monte en dirección a Mantua. Tales deserciones eran frecuentes porque no eran ni mucho menos difíciles y los mayores temores del mando apuntaban hacia el cruce a la zona enemiga con una información que aun carente de toda solidez y consistente en los rumores y habladurías que corrían por la tropa bien podía ser interpretada por el adversario como un indicio indudable de los planes republicanos para anticiparse a cualesquiera otros con una ofensiva inmediata.

Todo el regimiento presenció formado el fusilamiento que sólo unas semanas antes se habría llevado a cabo de la manera más sumaria y sin un atisbo de publicidad; cuando el conscripto, con las manos atadas a la espalda (y sacudida su mandíbula inferior por violentos *ticks*, como si deseara expulsar de su boca un objeto molesto), recorrió escoltado por la guardia los dos patios y la larga explanada de los establos hasta la última tapia junto a la que formaba el piquete de ejecución (y hasta los animales, aún no repuestos de un despertar a deshoras, observaron su paso con el sucesivo e indolente giro de sus cabezas (como un malpagado cuerpo de baile que desde el fondo en sombras del escenario ha de saludar la entrada de la gran vedette) tan sólo para columbrar el instante trágico que les sacara de su helénico sueño), por un momento la más metálica coloración de la guerra, incapaz de aceptar tonos ni matices, vino a sobreimponerse a una torpe estampa de gruesos colores infantiles, trazada con la errabunda, espinosa, sarcástica y no abnegada locura de un niño

ausente de todo cuanto dibuja. Le ataron los tobillos con una soga y los grilletes con una tira de tela a una argolla empotrada en la fábrica. Las sacudidas de su mandíbula se hicieron más violentas e incluso arrastraron a los músculos de su cuello, como si quisiera huir de una caricia o aliviar un dolor errático, y cuando vio que el piquete alzaba las armas se puso a gritar hasta acallar y confundir la voz de mando por lo que sólo un soldado se atrevió a disparar sin acertarle; entonces dio un pequeño salto, mudo y ridículo, del que regresó doblado en dos por el peso de la descarga y sujeto por la argolla, mientras el timbal, demasiado seco para ser aceptado solamente por el oído, golpeaba en todas las membranas de carne para levantar una réplica de insolentes relinchos que llevarían el rumor de la guerra hasta los pacientes y polvorientos sembrados de Peluz dormidos un instante después de los campos de Pavía.

A su vuelta de la inspección y examen de los pasos de la cordillera se encerró Mazón en casa de su madre donde en un par de habitaciones semiabandonadas de la planta alta, a las que muy pocos tenían acceso, dispuso su Estado Mayor, esto es, cuatro mesas con dos máquinas de escribir y un tablero de planos sobre los que Enrique Ruán, Juan de Tomé, Arderius, Asián y, con menos frecuencia, Vallejo Román consumirían las tardes en su compañía, jugando con unas fichas de cartón, recortadas de una caja de zapatos y coloreadas a lápiz. Pese a no salir apenas de aquella casa sino para asistir a las reuniones del Comité de Defensa en el Colegio de los Escolapios y cursar de tanto en tanto las visitas de rutina a los cuarteles de Borques y la Escuela de Gimnasia, pese a haberse refugiado la mayor parte del tiempo en un hosco y exigente silencio —sin abandonar el cual, o tal vez con ayuda del cual, pretendía de sus colaboradores una comprensión inmediata de sus proyectos e intenciones y que, al no lograrse siempre, daba lugar a frecuentes malas interpretaciones que se resolvían en accesos de furor, por su parte, y en hastío y en cansancio por la de sus subordinados—, Eugenio Mazón dio muestras en aquellos días anteriores a los preparativos finales de un estado de ánimo en extremo exacerbado, como si la confianza en sí mismo y la serenidad de espíritu que siempre le habían acompañado comenzaran a flaquear, sin duda porque las decisiones tomadas eran de tal modo irreversibles que no permitían sino seguir paso a paso el camino adoptado hasta su término, cualesquiera que fueran las dificultades surgidas en cada nuevo examen —y en cada ocasión con mayor detalle— de la acción prevista. Los inconvenientes y dificultades surgían cada día; las directrices emanadas desde aquella habitación de su casa eran pocas horas después, cuando se trataba de llevarlas a la práctica, objetadas, y las hipótesis previas se venían en su mayoría abajo, en cuanto se trataba de verificarlas. Las más de las veces Mazón replicaba con el silencio para, a las pocas horas, dictar una enmienda o disponer una alternativa. Pero en ocasiones también desaparecía, con un pretexto de poca monta, para llevar a

cabo una nueva y breve inspección, para visitar a la familia Ruán en Escaen donde una y otra vez consultaba las mismas páginas de algunos libros de la biblioteca y consumía una tarde de charla con el tío Ricardo o para tomarse un breve descanso en compañía de su amigo Cayetano Corral cuyo trato parecía necesitar más desde la desaparición de Kerrera sobre quien con nadie se atrevió a intercambiar un comentario; pero sus ausencias no se prolongaban más de dos fechas con excepción de una ocasión —aquella que alarmó tanto a Enrique Ruán— en que se ausenta por cuatro días al cabo de los cuales volvió a Región en un estado de ánimo más taciturno.

A medida que marzo fue consumiendo sus días, Mazón, en efecto, se fue volviendo más impaciente y en todas las sesiones del Comité que se celebraron aquel mes no hizo otra cosa que urgir a sus miembros con mando sobre la tropa y a los responsables de otras fuerzas para acelerar los preparativos y poner a punto todas las disposiciones necesarias para efectuar el ataque antes de que asomaran las yemas de abril. Se diría que tenía prisa, que a pesar de su confianza en el éxito (no embargante la cual nunca tomaría una actitud de prepotencia) le roía cierta comezón por comenzar la batalla, por oler la pólvora, por abandonar de una vez el estudio y el trazado de la campaña que tantas importunidades traía cada día y pasar cuanto antes al teatro de operaciones y a la acción, donde y cuando las decisiones tendrían que adoptarse sin tanta réplica ni tanta reconsideración; había llegado, tal vez, a un punto de saturación en la fase previa a partir del cual le era imposible seguir adelante sin caer en el hastío o el abatimiento y tenía la convicción de que la mejor manera de resolver los numerosos enigmas a los que se enfrentaba —algunos de ellos exagerados por la reserva de sus colaboradores más cercanos— sería la prueba de fuego, que al menos tendría la ventaja de cancelar la época de los dictámenes y aportar la sentencia de una entidad superior, ajena a todas las opiniones. Si él tenía prisa otros no demostraban padecerla y, con improvisaciones, defectos y una considerable dosis de imprevisión, su Brigada estaba lista para el despliegue diez días antes que lo estuviera la fuerza de Socéanos, en cuyas actividades ninguno de sus hombres intervenía para nada y que sólo eran conocidas a través de los informes, casi siempre tendenciosos, que llegaban al Comité.

Las divisiones políticas de años anteriores —en cierto modo sumergidas en la voluntad unánime (o en la hipócrita expresión de esa voluntad) de suspender los ensayos revolucionarios para remitirlos al futuro, tras la victoria en el campo de batalla— adoptarían en aquel primer trimestre de 1938 la forma de diferencias estratégicas que, ciertamente, no engañarían a nadie, no siendo otra cosa que el disfraz o la traducción a términos bélicos de las diferentes maneras de entender y conducir la guerra dictadas por una u otra ideología, por una u otra doctrina o posición de partido. Aquellas diferencias eran en provincia —y sobre todo en una

región que era una provincia de la provincia— poco más que una reproducción aguada de cuanto ocurriera en Madrid, Barcelona o Valencia, encarnadas en hombres —algunos de los cuales habían ingresado en tal o cual partido sólo después de la guerra— que de su propia posición política apenas sabían más que unas cuantas frases hechas y su antagonismo a las doctrinas colaterales. De forma que sin prensa propia, sin representante ni sede del partido en ocasiones, la discusión política no asomaba a la calle y se limitaba a tomar cuerpo, y no con frecuencia, en las deliberaciones del Comité para repercutir luego en las determinaciones que cada uno tomaba a espaldas del otro y a veces para marcar la oposición a las adoptadas por éste.

La mentalidad política puede muy bien esconder sus últimas intenciones con unas primeras del gusto de sus partidarios y aceptables para sus adversarios; puede muy bien ocultar la meta hacia la que apunta y escoger un camino digresivo para alcanzar un fin insospechado por los más; puede, en fin, hacer una cosa con la mano derecha y otra con la izquierda e incluso de tal manera que una ignore lo que hace la otra. Pero para la mentalidad bélica tal duplicidad está poco menos que proscrita y no sólo porque intención y gesto se confunden en un solo fenómeno; los actos del guerrero son de tal naturaleza y tienen tal peso sobre todos los demás —incluidos los de sus enemigos— que difícilmente el más taimado de ellos, cuando hace la guerra, podrá afirmar sin caer en el ridículo que intenta hacer otra cosa. La guerra despeja el horizonte y convierte en últimas todas las intenciones del político. Cuando el gobernante que oculta su política con el enigma de sus secretas negociaciones y persigue unos objetivos a veces muy diferentes de aquellos que tiene que proclamar ante su grey, al fin no encuentra otra solución que emprender la guerra —de la que con tanta frecuencia ha abominado, por no tener un pretexto conforme a su doctrina, pero cuya posibilidad tanto ha acariciado— entre otras cosas perderá todas las ventajas de la duplicidad y en adelante se verá obligado a jugar con las cartas boca arriba, tan fáciles de leer para quien ha seguido con atención sus anteriores envites. «Los hechos de armas denuncian las intenciones más ocultas» y una vez llegado el combate no cabe más doblez que la finta, que acostumbra a durar poco, y en la medida en que se alarga despeja todas las incógnitas y pone al descubierto los propósitos más celosamente guardados.

La Brigada mandada por Julián Fernández, más numerosa y mejor y más uniformemente pertrechada y armada que la de Eugenio Mazón, tenía que acometer el principal objetivo de la ofensiva, la conquista del puerto de Socéanos y, tras arrollar las defensas enemigas, el avance directo sobre Macerta; sobre ella, de consuno con la CCI —una reserva de maniobra, no muy consistente—, recaía, asimismo, la custodia de todo el valle del Torce en el caso de que no se alcanzaran los objetivos de la ofensiva y se volvieran las tornas. Contaba con mandos hábiles que

habían acaparado y retenido las unidades y los efectivos más competentes y probados de Región, empero llevaba en su seno la desunión política que disimulada pero no curada había infectado a todos los órganos de la España republicana. Socialistas de todas las tendencias, sindicalistas, anarquistas, comunistas y gentes de izquierda, sin otro apellido, habían aceptado —obedientes a distancia a las directrices de Madrid, inspiradas por José Díaz— un mando único en la persona de Constantino Marcos y delegado en el Manchado, pero sin abandonar su particular devoción a aquella figura legendaria —Largo, Miaja, Durruti, Asensio, Rojo, Modesto, Líster, Mera o el Campesino— que desde muy lejos enviaba el soplo mesiánico que insuflaría en ellos una rudimentaria y casi conjetural inspiración: una numerosa hueste decidida a llevar adelante la guerra santa en la que cada uno enarbolaría el estandarte de su profeta particular, mucho más imperativo y pugnaz que el inexistente Dios común. Y bastaba que un grupo pusiera sus ojos en uno de ellos, como salvador de la patria y único artífice posible de la victoria, para que el resto lo señalara como el mayor responsable de los graves reveses sufridos por la República que para subsistir y llevar las armas al triunfo final tendría —antes que otra cosa— que enmendar sus errores, volver la espalda a sus enemigos de dentro y encargarse de la dirección de la guerra al siguiente, para sacrificarlo a su vez. Aquellos ídolos surgidos de la defensa de Madrid difícilmente podían enviar consigna alguna ni nada que pudiera inspirar la estrategia regionata o la manera de conducir la ofensiva para obtener los óptimos resultados entre los que la movilización del Gobierno en su apoyo, por ser el más inasequible, no sería el más desdeñable; en resolución, no pudiendo hacer uso de las muchas promesas que cada sector político recibía de sus correligionarios de la capital, en la mente de todos seguía elevada la idea de que bastante hacían con aguantar el acoso del ejército rebelde en la misma medida que otras fuerzas a las órdenes del Gobierno a quien correspondía, con una u otra política, la decisión de concluir la guerra. Así que más que directrices procedentes de los diferentes vicarios lo que recibían los combatientes republicanos de Región eran recíprocos y complementarios resentimientos que sólo se traducirían en celos y en esa diligente aptitud —con acumulación de pretextos— para desobedecer a un mando que no estuviera encuadrado en las filas de su partido. Ciertamente es curioso cómo cuando en una lucha política o bélica, dirigida por un grupo de cabecillas que ostentan la representación de las diferentes confesiones, se suceden los reveses y las crisis, para conjurarlos no se intenta otra cosa que la rotación de las cabezas que una a una jamás perderán la confianza de los suyos, convencidos a la vista de las numerosas concausas que la culpa reside siempre en otra parte que la propia; así la policefalia se alimenta de incompetencia y viceversa. En contraste, un revés de primera magnitud y la sospecha de que por su incompetencia la victoria podría escapar al rebelde, habría sin duda supuesto la inmediata sustitución del jefe único del ejército y del Estado,

cuya jerarquía nadie osaría disputar en tanto en los teatros de operaciones se sucedieran los éxitos locales. Jamás una consolidada democracia puso en duda la perentoria necesidad de poner sus fuerzas a las órdenes de un mando único, con poder bastante para moverlas a su discreción y responsable de sus actos ante la magistratura. Jamás una densa democracia entrevió peligro alguno en tal delegación, en tanto el apoderado fuera uno de los suyos, tan convencido como cualquier otro de la legítima urgencia de enfrentarse al enemigo externo para defender la propia casa. Nunca cierta clase de democracia dudó en colocar en primer término la amenaza externa —convencida de que el orden doméstico no es sustituible por el mejor que venga de fuera—, haciendo caso omiso del peligro implícito en la cesión de su defensa a una mano omnímoda. Pero, ah, la República española sería solamente democrática por nacimiento pero no por educación, tal vez por falta de tiempo para gestar una confianza generalizada; y recelosa de sus apoderados jamás se atrevería a entregar su ejército a un Escipión, por temor mimético a su más descarado enemigo (aquel que ella misma se cuidó de mimar), al igual que el niño que de día ya no puede mirar con sosiego el objeto que ha constituido el centro de una pesadilla nocturna. Aquella policéfala República, desmantelada por dos revoluciones simultáneas y opuestas, sólo al cabo de treinta y dos meses de lucha y en el límite de sus fuerzas y en las vísperas de su colapso final se decidió a publicar un decreto por el que declaraba el estado de guerra en todo el territorio bajo su jurisdicción, un decreto que hasta entonces había sido demorado para recortar el poder de las armas y así... evitar un levantamiento militar.

En la CCII Brigada Mixta al mando de Julián Fernández había de todo, hasta infiltrados del otro bando. Su principal misión en la ofensiva consistiría en forzar el paso del puerto de Socéanos mediante un ataque frontal, muy distinto al ensayado en el otoño del 36, en cuanto se advirtieran los primeros efectos sobre el dispositivo enemigo del avance de la CCIII Brigada al sur de Feltre. Una vez sobrepasado el puerto y arrolladas sus defensas, la CCII debería avanzar por la línea El Tendre-Muelas para crear una amenaza sobre Macerta por el noroeste, en tanto la CCIII la provocaría por el sur, tras el corte de la carretera de Saldaña, más o menos a la altura de Latonar. De esa suerte el compás republicano abriría sus puntas al máximo, con objeto de confundir al enemigo y en el menor plazo posible provocar la máxima dispersión de sus fuerzas, sin una determinación clara acerca de la importancia de uno u otro envite.

Una operación tan ambiciosa no dejaba de presentar numerosos inconvenientes y muy serias dificultades; en primer lugar, suponía una sustancial división de los efectivos atacantes en dos, lo que —contando siempre con la superioridad numérica del adversario— contravenía todos los cánones de la táctica y en buena medida les privaba de una de las más considerables bazas de quien lleva la iniciativa, la

posibilidad de una sobrecarga; en segundo lugar, precisaría la perfecta sincronización de movimientos de dos fuerzas muy separadas, tan sólo comunicadas por el inalámbrico o los despachos por tierra a partir del momento en que ambas abandonarían sus bases para seguir trayectorias, en una primera fase, muy divergentes, con dos vanguardias separadas en los instantes más críticos más de quince kilómetros a vuelo de pájaro; por si fuera poco, cada una tendría su autonomía condicionada por las posiciones alcanzadas por la otra, ya que la superioridad de todo orden del enemigo, sus medios de transporte y la mejor efectividad de sus vías de comunicación le permitirían en todo momento acudir a la defensa de uno de los frentes siempre que el otro hubiera sido contenido; y, por último, toda la operación descansaba en una hipótesis psicológica, en virtud de la cual se daba por segura una respuesta estereotipada del enemigo que de replicar de otra manera distinta a la prevista (por ejemplo, con un repliegue ordenado sobre Macerta en lugar de un despliegue desde allí) alteraría sustancialmente el calendario y el escenario de la batalla.

En una primera serie de decisiones —tomadas a instancias de Mazón, Estanis, Vallejo Román y Amelia Luque que, recién incorporada al Comité, para insuflarle energía estimaría que todo había que hacerlo cuanto antes, obsesionada por la pérdida de tiempo— se consideró que el ataque de la CCIII se desencadenaría la madrugada del 20 de marzo, domingo, una fecha óptima para toda clase de sorpresas. Pero consideraciones de todo orden condujeron a la doble decisión de escalonarlo y demorarlo; así, pues, quedó establecido que el despliegue de la CCIII Brigada Mixta, desde sus bases en Sepulcro Beltrán, se llevaría a cabo en la noche del 24 al 25 con objeto de rebasar el límite de la cordillera al amparo de la oscuridad y avanzar por las laderas orientales de Punta Muleta en la mañana del viernes; con una marcha acelerada Mazón contaba con situarse el mismo día a tiro de fusil de Feltre cuyo caserío debía caer en sus manos el sábado día 26. El domingo 27 a la madrugada, desvanecido ya el efecto de la sorpresa y tras un intenso cañoneo nocturno, la CCII se lanzaría al asalto del puerto de Socéanos, para franquear cuyo paso se le concedían dos fechas en tanto Mazón consolidaba su posición en el sector Feltre-Entreforte. Según cual fuera el resultado de los combates en el puerto debía Mazón girar hacia el norte, en dirección a El Jarif, para cortar la carretera de Macerta al Puente de Doña Cautiva y aislar a los defensores de Socéanos o bien faldear las laderas del Martín en la dirección Atroz-El Balsador, en tanto la CCII descendía del puerto hacia El Tendre. A partir del momento en que ambas brigadas controlasen respectivamente los sectores de El Tendre y Feltre, el programa preveía su encuentro y concentración en un punto equidistante, más o menos a la altura de Cohul, la «posición Antón» desde la que conjuntamente lanzar el asalto final a Macerta. Pero ciertamente el calendario establecido por el Comité no iba más allá; en verdad, a partir del encuentro de las dos

brigadas en la posición Antón restituía a la fortuna el dominio de los ulteriores acontecimientos. Y a ese tenor dejaba en suspenso la denominación de la persona que había de encargarse de aquel asalto.

En la semana del 7 al 13 de marzo comenzaron a llegar a Sepulcro Beltrán los primeros mandos y aposentadores de la Brigada Mazón, con el camarada-señor Pou a la cabeza. Nada le gustaba tanto al camarada-señor como organizar un sector durante unas breves jornadas; como sentirse dueño y señor de una zona y responsable de unos hombres cuya suerte en buena medida dependería de sus decisiones; como estar afanado todo el día y no tener un minuto de reposo; nada le llenaba de tanta satisfacción como revivir las horas gloriosas del 36 en la casa del Perdón donde sus hombres jugaron un papel decisivo en la salvación del valle. Y aunque el papel que ahora se le exigía era bien distinto, no podía por menos de repetir determinadas disposiciones de aquel entonces —carentes de sentido para la nueva ocasión—, como si por la imitación de las circunstancias pudiera forzar al destino a duplicar aquella jornada. El tiempo era bueno y se anunciaba despejado para un mes siempre sorprendente, cuyos fuertes ventones aún no habían hecho acto de presencia. En la semana del 14 al 20 se dispusieron los alojamientos y vivacs, se reforzaron los puestos de observación, se situaron los nidos de ametralladoras y, para hacer brazo, se cavaron en los pasos las trincheras de flanco; los exploradores recorrieron las sendas por las que había de proceder el avance y de acuerdo con las consignas recibidas establecieron los hitos y disimulados amillaramientos que de tanto en tanto definían el camino elegido; la tropa de a pie, cuya concentración quedó ultimada el lunes 21, ocupó sus posiciones en segunda línea. En la semana del 21 al 27 se trasladó al sector el regimiento de caballería, asentado y oculto en el bosque del Mustial, al pie de Punta Muleta, y, por fin, el batallón motorizado, los carros y la impedimenta lo hicieron la última noche de la movilización, el martes 22, para evitar ser detectados por la aviación enemiga que, aprovechando el tiempo despejado, había reanudado sus esporádicos reconocimientos. El miércoles por la mañana la fase de movilización de la Brigada estaba concluida sin grandes contratiempos y toda la fuerza dispuesta a entrar en combate. Ese mediodía llegaron a Sepulcro Beltrán, Eugenio Mazón, los mandos superiores y los miembros del así llamado Estado Mayor. Eugenio Mazón hizo el viaje en su propio coche, requisado al efecto, en compañía de Juan de Tomé y el capitán Arderius. La primera parada fue en el bosque del Mustial, para revisar, una vez más, y de manera muy somera, el regimiento de caballería. Al tiempo que recorría los puestos y saludaba a algunos hombres, Mazón jugaba con una cadena de oro, de la que colgaba una gruesa medalla, que hacía girar alrededor de su dedo índice.

—¿Qué es eso? —le preguntó en un momento Juan de Tomé.

—Un amuleto —repuso.



—¿Un amuleto? —volvió a preguntar Tomé.  
—Una joya de familia —rectificó.

## LIBRO NOVENO

*Una indagación. Kerrera; su viaje a España y su llegada a Región. Las pruebas mecánicas del Lagonda. Tres días de vacaciones y una visita a Escaen. Breve historia del capitán Asián y su grajo. El final de un matrimonio. Una nueva equivocación.*

**L**a carretera de Jueves al Puente de Doña Cautiva, tras remontar el puerto de San Cosmadio (llamado por otros simplemente San Cosme) y sobrepasar la desviación a Sepulcro Beltrán corre a lo largo de una interminable recta por extensos y cerrados bosques de hayas y abetos donde apenas se ve un alma. Hoy, medio siglo después de aquellos sucesos, la carretera se halla en el mismo estado de entonces, pues la falta de tráfico y su implantación en lo más alto de una meseta bien drenada la mantiene sin grandes desperfectos y sin que exija otras atenciones que una limpieza anual de cunetas y un superficial bacheo que un caminero retirado ejecuta por afición. La meseta que atraviesa, de naturaleza silíceas y arenosa, se halla surcada por las profundas barrancas por las que desaguan las sierras de San Lobatón y Punta Muleta y la traza de la carretera se resuelve en un tobogán sin solución de continuidad, con pendientes que ponen a prueba la potencia de los motores y abruptos badenes y cambios de rasante que agotan la carrera de los amortiguadores y cobran su peaje en hojas de ballesta. Desde la carretera apenas se perciben signos de habitación y sólo la entrada de un camino, marcado por las señales de barro de un carro, una cubierta de teja que se deja ver en un claro del bosque o una lejana columna de humo, indicarán que esa tierra conserva (sin ninguna clase de orgullo) su condición de habitada; 5000 hectáreas de monte que a duras penas dan para la subsistencia de un centenar de personas que adheridas a la patata, el nabo, el centeno y el cerdo se atienen a su providencia para no buscar trabajo en la cuenca o cruzar los límites de Mantua.

Antes de alcanzar el kilómetro 20 tomaron una pista forestal a su izquierda, un camino de tierra con algunos tramos reforzados con *telford*, en tan mal estado que en algunos puntos se vieron obligados a dejarla de lado para seguir a través de un bosque donde menudean las hayas, interrumpido para dejar espacio abierto al brezo a partir de la cota 1600. En un punto de la pista que conocía Carpeta bajaron del coche, que dejaron casi oculto, para seguir a pie. Carpeta iba delante, con un naranjero bajo el brazo. Anduvieron por espacio de media hora y cuando ya estaban poco menos que decididos a volver sobre sus pasos para coger de nuevo el coche y rehacer el camino que se les había antojado más breve, Carpeta —más de 100 metros por delante— se volvió a hacerles una seña, ordenarles silencio e indicarles un punto a su izquierda. Sólo cuando le dieron alcance de detrás de un tolmo surgió Juan de Tomé, acompañado de otro hombre, un paisano de aquellas tierras a juzgar por sus ropas; desde los tolmos pudieron divisar la casa, situada más allá de unos sembrados y adosada a un telón de inmóviles y prehistóricos abetos, aburridos de su permanencia en la tierra sin ninguna clase de animación. De una de las chimeneas de la casa brotaba una inmóvil columna de humo, delgada como la de un cigarrillo, disuelta a la altura donde los abetos dejaban asomar un cielo de color de plata vieja. A una señal de Mazón Carpeta quedó en el puesto junto a los tolmos, con el naranjero sobre las rodillas, mientras los otros se aproximaron a la casa por detrás, dando un rodeo. Era

una edificación rústica, para dos viviendas independientes, una de las cuales se hallaba abandonada y en parte utilizada como almacén de trastos viejos. Cuando Mazón apareció ante la puerta de la casa, el sol ya se había puesto, todo el lugar había quedado reducido a tres manchas de diferente color y el cielo había adquirido la tonalidad de una losa de mármol sucio, en el rincón de desechos de un lapidario.

Eugenio Mazón llamó con los nudillos a la puerta y cuando fue abierta por una mujer los otros dos se abalanzaron dentro con las armas montadas. Al muchacho lo encontraron en una habitación de la planta alta, dormido, y no opuso resistencia. Le ataron las manos a la espalda y los pies a las patas de un taburete. El otro hombre de la casa ni siquiera tuvo ocasión de abrir la boca, mientras Mazón y Tomé registraron la planta de arriba, sin encontrar gran cosa; tan sólo una cadena de oro, con la medalla de una virgen y unas iniciales grabadas, que Mazón se guardó en el bolsillo. Más tarde, el muchacho confesó haberla robado y, poco antes de morir, se desdijo, aduciendo que lo había dicho por miedo.

Juan de Tomé preguntó si tenían algo de beber pero nadie respondió. No tenían nada, ni siquiera un poco de vino. Antes de desplegar el plano sobre la mesa, Eugenio Mazón removió las brasas del hogar donde sólo ardía un tronco enfilado a la pared con la punta encendida y se encaró con la mujer para saber dónde había más leña. La mujer le indicó la leñera, fuera de la casa, y casi al tiempo que Carpeta se incorporó al grupo, aterido de frío, apareció Juan de Tomé con una brazada de troncos y fajina con la que animó el hogar e iluminó la cocina en sombras.

Ninguno de los tres se volvió a observarle, ninguno de los tres hizo el menor ademán de atenderle. Fue el muchacho, con las manos atadas a la espalda, quien quiso empezar a hablar, pero el silencio de la cocina le calló. Juan de Tomé se levantó por un taburete que colocó junto a la mesa, frente a Mazón.

—Siéntate ahí —dijo Mazón.

El otro hombre de la casa se hizo el remolón; le miró de soslayo y se acercó a la mujer que sobre un taburete junto al fogón se reintegró a su labor, a pelar unos nabos que depositaba en una cacerola sostenida entre sus rodillas. La mujer, sin más, señaló a los intrusos con la punta del cuchillo.

—Marrano —dijo la mujer.

—Yo no sé nada —dijo el otro.

—Siéntate ahí —insistió Mazón.

Se había echado la zamarra sobre los hombros, pues el distante fuego del hogar apenas llevaba calor hasta la mesa. Había sacado, además del mapa, unos papeles del bolsillo interior de la guerrera, doblados y arrugados; de entre ellos extrajo una pequeña fotografía, casi del tamaño carnet, también arrugada y con los bordes ribeteados que observó con la escéptica atención que despierta un documento de sobra conocido, como un billete de banco, del que empero siempre se espera algo

más:

*Jane. Rome, Mayo 1936*

—¿Dónde la dejaste? —preguntó Mazón, tras volver a colocar la foto entre los papeles.

El otro no se inmutó, como si la cosa no fuera con él. Mazón se volvió hacia el muchacho, con la cabeza abatida. No repitió la pregunta, tan sólo alzó la cabeza, le hizo un gesto y le miró, como el maestro que formula una cuestión a toda la clase y sólo alivia la expectación que provoca cuando, con el propósito de hacer el máximo estrago, escoge el alumno que debe responderla. Pero el otro le devolvió el gesto, exactamente el mismo, sin pronunciar una palabra.

—Te he preguntado algo, ¿no? No te voy a obligar a responder. Lo vas a hacer tú mismo, por lo mucho que te va en ello —dijo Mazón.

Pero el otro no respondió. Se limitó a forzar con la boca una mueca de desagrado y a mover lentamente la cabeza de un lado a otro, para negarlo o repudiarlo todo.

—Era una marrana, jefe.

—No me llames jefe —cortó Mazón.

—Era una...

—Será mejor que te... —Carpeta estuvo a punto de intervenir, pero no tenía nada que masticar y Mazón lo contuvo por el brazo. No parecía dispuesto a que otro modificase su procedimiento. En el límite de la paciencia se vislumbra un abuso de confianza. Como con algunos préstamos mal invertidos, su recuperación se buscará mediante una renovación del crédito. Con frecuencia la confianza es tan ladina que se aviene a ser de nuevo prestada con el único fin de ser definitivamente defraudada. La confianza no sabe matizar y no suele jugar más que al todo o nada. Acaso Mazón era un obseso de ella y de la que quería despertar y por eso rompería todo trato con aquel que en parte se la retirase o aquel otro que un día pusiese en duda su capacidad para responder de ella. Le venía de familia, tal vez. De un bisabuelo omnipotente, frustrado por su descendencia, o de un abuelo idolatrado y excéntrico, entregado a la devoción de un exiguo grupo de amigos y admiradores que por él serían capaces de cualquier cosa; o de un padre miope, incapaz de barruntar las intrigas que se urdían en derredor suyo, rodeado por toda suerte de inconsecuencias; o del mantenimiento del rencor hacia otra rama de la familia, tan hundida en la pobreza como para no poder saldar la cuenta de una venganza de poca monta; o de sí mismo y de su propia historia, un breve compendio de todas las insensateces ancestras.

\* \* \*

*Jane. Rome, Mayo 1936* De nacionalidad belga, de padre escocés; un escocés radical, de pelo verdoso y pómulos rojos, que se había instalado en Amberes al final de la Guerra Europea, tras haber combatido con el 2nd Argyll en Passchendaele y la tercera de Ypres y sufrir después los efectos del gas de mostaza que le dejaron parcialmente inválido. Se había casado antes de la guerra con una muchacha belga, de elevada posición económica, emparentada con los Roesmans y los Strollet, toda una criatura del capital flamenco, de la que tuvo una hija, Jane, estando en el frente. Al término de la guerra se estableció en Amberes y fundó una imprenta y casa editorial con las que el antiguo graduado en Ciencias Políticas —y entre sus contactos se contaba el grupo de Niuwenhuis— dio en publicar los textos de ideas y gustos más avanzados y radicales. Todo un templo de la vanguardia en la misma ciudadela del capital. De forma que Jane se educó a caballo de dos sistemas y en su primera juventud se aprovechó y alardeó no poco de su doble naturaleza que le permitía hacer estragos y causar bastante revuelo donde quiera que entrase. En 1935 hizo un largo viaje por el Pacífico con una expedición científica americana y en el 36 fue capaz de introducirse en Italia, en compañía de un fotógrafo de color, Bernard Jervis, para con el pretexto de hacer unos reportajes sobre ciertos pueblos perdidos en la montaña entrar en contacto con algunos refugiados en la clandestinidad o exilados por el régimen de Roma en las aldeas más recónditas de los Abruzos. De vuelta a Francia le sorprendió en Niza la revolución española y pronto acertó a entrar en contacto con Romilly —aquel sobrino díscolo de Churchill—, al que conocía superficialmente de antes, para llevar a cabo también en compañía de Jervis, una corresponsalía que de Barcelona le conduciría a Madrid, a la Ciudad Universitaria y al frente de Boadilla; en Boadilla el americano cayó herido de mucha gravedad y en el hospital de sangre Jane conoció al mayor de los Strausse por quien definitivamente abandonaría a Romilly. Bruno Strausse constituía el prototipo de intelectual, apátrida, reportero, soldado, hombre de acción y escritor mediocre y sulfúrico que lo hacía todo a medias y que invadiría España —por el campo de la República— y se encaramaría a la cabeza de la lucha, tanto por la falta de profesionales en cualquier disciplina y la compleja combinación de actividades a que obligaba la lucha del pueblo contra el usurpador de la legalidad, cuanto por la necesidad propagandística de airear el mayor número de amigos y simpatizantes extranjeros de la causa. Con Strausse pasó —vía Francia— a cubrir el frente del Norte como corresponsal de una cadena americana y tras la ocupación de Santoña por las tropas italianas —y se supo que asistió de muy cerca a las deliberaciones del famoso y un tanto infame pacto— poco menos que tuvo que salir por la puerta de atrás y unirse a una heterogénea partida de soldados, mineros, votantes de izquierda, intelectuales de casino, voluntarios internacionales y corresponsales extranjeros que no esperaban otra cosa que el paseo al paredón con la llegada de los moros y que a pie, en carro o en patinete por los valles de Cabuérniga y

Liébana —para evitar las amenazas de copo producidas a lo largo del éxodo más por los rumores de toda índole que por las tropas enemigas— alcanzaron las tierras de Asturias el día en que se cumplía un año de su llegada a España. Mes y medio después —tras dos intentos de escape, uno por mar y otro por el aire, ambos fallidos — cruzaría las breñas asturianas, leonesas y regionatas para en compañía de gentes de armas alcanzar el valle del Torce donde ciertamente no sería recibida con asombro porque para aquellas fechas nadie tenía ya tiempo ni ganas para el asombro. Gracias a su pasaporte y a sus numerosas conexiones con el mundo del gran capital no le habría sido difícil —incluso en los días de Gijón— obtener un salvoconducto que a través de las líneas nacionales le devolviera a Francia y su país de origen, pero en todo momento rehusó tal sugerencia, dispuesta a acompañar en su suerte a Bruno Strausse y decidida a cumplir con su corresponsalía hasta el último momento. (Se sabe de una crónica suya despachada por teléfono que llegó a ser publicada por la cadena americana, única vez en que el nombre de Región apareció en la prensa extranjera.).

Con toda seguridad la primera vez que Eugenio Mazón se topó con ella fue tras los combates de Burgo Mediano y El Quintán en los que —y mayormente en la defensa de la Colonia— aquella extraña agrupación de voluntarios, mineros, carrilanos y extranjeros que espontáneamente habían formado la columna Theobald (en honor de un distinguido camarada alemán caído en combate) demostró un comportamiento tan gallardo como rencoroso. Había colaborado en la defensa de la Colonia —a la que llegó como corresponsal, como enfermera, como cantinera o como amante de Strausse, hábil en el manejo del fusil— donde se dedicó a distribuir munición y tal vez llegó a disparar desde las ventanas y terrazas de la granja.

Cuando se formó la columna, como uno de tantos vástagos de aquel poco afortunado XV Ejército del general Gamir Ulibarri, con hombres procedentes de unidades desaparecidas y descompuestas tras el pacto de Santoña, su afán de combatir apenas tuvo ocasión de hacerlo a lo largo de la retirada de Santander hacia Asturias. En el preludio del acto tercero de la tragedia del Norte a la columna se vinieron a sumar algunos combatientes decididos a no dar por concluida la guerra con el final de aquella y, carentes de salvoconductos o de prioridad en los embarques, más dispuestos a eludir su captura mediante una huida por la cordillera —en dirección a los núcleos de resistencia leoneses en torno a La Robla y La Pola de Gordón o la bolsa regionata del Torce— que a dejarse atrapar en la tan temida trampa de Gijón, acosada por el enemigo por tierra, mar y aire. La mayoría de aquellos hombres se habría de dispersar por los montes de Busdongo, San Justo y Tarna, para continuar allí la guerrilla por su cuenta o enterrar las armas hasta mejor ocasión, y solamente un tercio de la columna —constituido por forasteros y extranjeros, sin ninguna clase de vínculos con aquellas tierras—, alcanzaría el valle del Torce en las mismas fechas del avance de Brémond por la vega y para empuñar las armas —sin tiempo para tomarse

un descanso— en los puestos que el Comité de Defensa les asignó el mismo día de su llegada a Región. De entre los extranjeros destacaban los hombres del grupo Strausse. Se dice de los Strausse —y de otros muchos como ellos— que cuando llegaron a España no habían apretado un gatillo, consecuencia de una juventud desmilitarizada. Se contaba del mayor —Bruno— que en la batalla del Jarama había acertado a meter una bala por el visor de una ametralladora pesada enemiga, en el momento en que más castigaba la línea propia, y que por su participación en la reconquista de determinada cota había recibido un apretón de manos y una felicitación personal del propio Walter; se decía del pequeño —Gerd— que podía ser tan arrojado y frío como el mayor, aunque menos sobresaliente en todo, y de un amigo y camarada de los dos, Rinus Hoepli, de origen suizo, que jamás disparaba si no estaba seguro de acertar; que podía sostener una *Vickers* con los brazos y que en lugar de dar gusto al dedo apretaba el gatillo con tanta precisión y economía que con ráfagas puntuales de cinco o diez proyectiles —ni más ni menos— disparados a los puntos neurálgicos de la línea enemiga podía detener en campo abierto el avance de toda una compañía y que así lo había demostrado en las sangrientas laderas del Pingarrón. En verdad, en aquella ocasión menos de un centenar de hombres —sin duda acuciados por un afán de revancha acumulado durante tres semanas de retirada— había logrado resistir el embiste de la punta de lanza de Brémond, por la carretera de Burgo Mediano a Región, desde los tejados, terrazas y ventanas de la Colonia; ciertamente en aquel momento el avance había perdido gran parte de su impulso, pero fue la terca resistencia de la Colonia en el extremo del sector —hermanada así a La Belle Alliance— lo que hizo posible el éxito del contraataque de Mazón por el flanco derecho, que había de desbaratar la segunda amenaza sobre Región en el segundo año de guerra. Dos días después, Brémond, detenido por su frente y amenazado con ser envuelto por su mismo flanco derecho, se vería obligado a buscar la salida de aquella trampa por los laberínticos pasos entre La Loma y San Mamud para, convencido por los hechos de la imposibilidad de utilizar el mismo camino que le había llevado hasta allí, regresar a sus bases en el Lerna por los pasos de La Requerida.

El mismo día en que las avanzadas de la brigada de Mazón alcanzaron con la vista el humeante caserío de la Colonia —aún continuaba el fuego de algunos destacamentos enemigos que persistían en el forcejeo, decididos a todo antes de optar por una retirada sin ninguna clase de garantías— concluyó la campaña de 1937. En tal ocasión una nueva discrepancia, seguida de vivas discusiones y varios casos de indisciplina, surgió entre los diversos grupos de las heterogéneas fuerzas republicanas: por un lado, estaban los partidarios —en general, los que habían soportado el empuje de Brémond frontalmente— de salir en persecución del enemigo y aprovechar los efectos de su momentáneo descalabro y su parcial desarticulación para rematar la suerte y consumir su aniquilación, acosarle en la retirada hacia sus



bases, arrasar éstas, desmontar sus posiciones en los puertos e incluso establecer de una vez para siempre la tan ansiada cabeza de puente en el Lerna; frente a ellos se alineaban los que se conformaban con el éxito obtenido y, concedores de la capacidad del enemigo para acudir con una fuerza considerable —trasladada desde otros sectores con toda urgencia— para repeler el ataque y salir al paso de cualquier amenaza de mayor envergadura que la prevista en sus planes de ataque, en modo alguno deseaban incurrir en mayores riesgos o en la provocación de una reacción a mayor escala que bien podría desbaratar la tregua obtenida por aquella victoria local que bien administrada les había de proporcionar un período de descanso por el resto del año y una mayor ayuda por parte del Ejército del Centro. En aquella ocasión, Eugenio Mazón, una vez más, optó por lo último que cabía esperar de él; en cierto modo el comandante más agresivo y arriesgado adoptaría la conducta más prudente y, cabe decir, pusilánime; correspondía sin duda a aquel rasgo de su carácter, ya apuntado anteriormente, poco o nada aficionado a las operaciones de rutina, apenas estimulado por una maniobra que sólo requería constancia y persecución, amén de carecer de todo plan, surgida tan sólo del entusiasmo encendido por un éxito. Pero también es posible que, por una vez, un objeto inesperado se interpusiera en su camino y le indujera a volver a casa, con la satisfacción de haber cumplido su misión y dejando encomendada a otras manos, más codiciosas, la explotación de la victoria.

Hasta entonces Mazón había llevado la misma vida retirada, cabe decir, de siempre y que tan sólo había alterado para asistir a las reuniones del Comité y acudir al lugar de combate, llegado el momento; pero concluido éste o aquéllas volvería a recluirse en su casa, en compañía de su madre, para perder el tiempo nadie sabía en qué. Ni siquiera cuidaba el jardín; no se le conocían aficiones acuciantes ni practicaba otra cosa que un ocio desdeñoso, acerca del cual —a partir de su vuelta a Región, tras un matrimonio que acabó en divorcio y una breve aventura industrial que no dejarían más que unas más que limitadas ganancias y un coche de segunda mano— jamás —ni siquiera a Cayetano Corral— se dignaría dar explicaciones. Cabe pensar que su paso por la sociedad de los negocios le había dejado exhausto y carente de pretensiones no sólo para hacer una fortuna —con la que estaba reñido todo Mazón desde tres generaciones atrás—, sino también para cualquier relación con una persona del otro sexo. En menos de dos años el hombre que parecía engendrado para levantar la maldición familiar y repetir la hazaña de su bisabuelo sin necesidad de cruzar el océano, volvería a Región ni siquiera abatido por el infortunio: tan sólo acomodado a su suerte —como casi todos los Mazón que le precedieron—, y legitimado en la ociosidad pueblerina de un futuro sin mujeres.

Entre las numerosas personas que procedentes de diversas partes del país buscaron refugio en Región a medida que los rebeldes se fueron apoderando del cuadrante del noroeste, se encontraba un grupo de ex-veraneantes que habían

recorrido de un lado a otro la costa cantábrica buscando la salida de la bolsa. Había también entre ellos jóvenes de la Universidad de Santander que por indecisión o por falta de medios o de influencias no lograron escabullirse antes de que se estrechara el cerco y, con un creciente miedo a la represalia, optaron en el penúltimo momento por cruzar la cordillera. No tenían un céntimo ni el menor deseo de ser tratados como refugiados, encerrados en una suerte de asilo y, por supuesto, muy pocos demostraron su voluntad de tomar parte activa en la guerra. La mayoría desapareció después sin dejar rastro, pero algunos no sólo acertaron a sobrevivir sino que encontraron en Región su definitivo asentamiento, gracias a una política de complacencias que les permitió superar el periodo republicano y recibir con alivio y agrado la llegada del vencedor. A pesar de que Región no había ofrecido nunca grandes recursos a los especuladores y que la guerra no había hecho sino extremar su estrechez, algunos de aquellos exilados que supieron hacer uso de sus habilidades y de su formación para aprovecharse de las necesidades de todo orden, no dejaron de sacar partido de la poca mercancía que ofrecía el mercado. Su centro era el Hotel Cuatro Naciones que de la noche a la mañana —tanto por la falta de viajeros cuanto por haber sido desde siempre un centro de discusión política— se había quedado sin un cliente y cuyo propietario no dudó en apostar por el nuevo inquilino que a falta de numerario pagaba en promesas y pagarés. El cliché se repite cualquiera que sea la magnitud de la circunstancia y el Cuatro Naciones pasaría a ser —*toutes les proportions gardées*— el Gaylord regionato, en cuyo hall se cruzaban los voluntarios extranjeros con la última dama ataviada para la cena, acompañada de un agente —de lo que fuera— y de un catalán inseparable de su maletín de cuero negro. Las veladas —a puerta cerrada— podían prolongarse hasta la madrugada; a veces se oía hablar en francés y, a falta de cosa mejor, se servían unas rondas de castillaza que rebajada con agua de Cártago devolvía la soirée a una época de espumosos. Entre aquellas gentes había acertado a ocupar un lugar especial una joven —de nombre admirable— llegada en los postreros meses del 37. Tras la pérdida de Irún había pasado la frontera y consumido aquel inquietante otoño en el *Sonny Bar* de Biarritz o en el *Basque* de San Juan de Luz, discutiendo con su elegante parroquia las vicisitudes del conflicto y dejándose querer por tanto aristócrata separado de la familia. Era rústica y hasta un poco grosera de facciones, pero muy atractiva de cuerpo, vestida siempre de forma un tanto atrevida, y no era difícil adivinar cómo se había ganado la vida antes de la guerra cuyo comienzo le sorprendió jugando en el Casino. Aunque su nombre, Mabel Contour, evocaba toda clase de frivolidades republicanas figuraba en la agenda íntima de numerosas personalidades apegadas a la tradición monárquica y como habitual del *Sonny Bar* en aquel tempestuoso otoño entró a formar parte de su cosmopolita parroquia formada de aristócratas españoles —Güell, San Carlos, Ivanrey— y extranjeros —la Suzannet, la princesa de Fazil, prima del rey Fuad—, de americanos

ricos —MacWilliams, Roy, Behn—, de corresponsales a caballo entre ambos países —Rogers, Cavanagh, Muir—, que vieron en ella la inapreciable agente de paso entre ambas zonas de cuyas autoridades se había ganado una absoluta y secreta confianza. Había empezado a funcionar en San Sebastián una Oficina de Canje, amparada por la Cruz Roja Internacional, que facilitó a Mabel sus primeros movimientos para, con la cobertura de los intercambios personales, desarrollar un tráfico de valores y joyas que pronto la convertiría en una persona indispensable; porque una llamada suya bastaba con frecuencia para movilizar una alta jerarquía y resolver un conflicto de índole grave. A lo largo del 37 incrementó el volumen de su tráfico y, sin duda, por sus manos pasaron asuntos de mayor monta. Un día en Madrid tuvo un chivatazo y alguien le advirtió que no utilizara sus vías habituales, pues la estaban esperando en relación con una desaparición un tanto turbia. Se temió lo peor y como primera medida decidió esconderse, en espera de la mejor ocasión para huir a Francia, pero la misma persona, muy vinculada al Estado Mayor del Centro y estrechamente unida a ella, le aconsejó escapar a Región y esperar allí bajo su tutela el final del conflicto. No se trataba del capitán Arderius, el primer sorprendido al ver descender del Dewoitine a aquella cara tan conocida de las noches de los Jardines Abascal.

Mabel Contour no esperaría el final de la guerra con los brazos cruzados, en un sillón de mimbre del Cuatro Naciones, a pesar de los riesgos en que podía incurrir por su afición al salvamento y resguardo de joyas. Y quizá para disimular sus actividades y al mismo tiempo ganarse de antemano la confianza de algunas personas a las que podía llegar el chivatazo del SIM, dio en organizar unas reuniones de buen tono con las que amenizar aquel interminable eclipse. Trataba de reunir a su alrededor a las pocas personas de Región que aún tenían ganas de conversar y olvidarse por una noche de la guerra, a costa incluso de tener que soportar una arenga que Mabel y unas jarras de *cup* por todos los medios tratarían de suavizar. Uno de los más adictos a aquellas reuniones era Asián quien, bien entrado el invierno, convenció un día a Mazón para que le acompañara, quién sabe si deseoso —por ser el mejor conocedor de algunas de sus interioridades— de ponerle en relación con la aventurera para mitigar su creciente misantropía. Allí la vio por segunda o tercera vez (la primera debió ocurrir en el encuentro de la Colonia, sin que entonces reparase en ella), pues Mabel la debió tomar bajo su protección, sin duda informada de las especiales circunstancias que la rodeaban; le obligó a deshacerse de sus ropas de guerrillera y, por toda la duración de la tregua invernal, la vistió con sus propias ropas, la alojó en el hotel y hábilmente la llevó a adoptar los aires propios de su salón. Se llamaba Jane Kerrera; era periodista, de nacionalidad belga, y había llegado a España en agosto del 36, en compañía de Romilly y un fotógrafo americano. Era menuda y morena y entre los alemanes y los hombres de la Theobald, durante el asedio de la Colonia, vestida con un mono kaki sujeto con un gran cinto provisto de cartucheras y todo su pelo

enmarañado, no había destacado ciertamente de entre las jóvenes que habían adoptado las actitudes milicianas. Acaso lo único que la distinguía era una actitud — en contraste con su activa militancia— más arrogante y más meditada, que no parecía tanto el fruto de un despertar apasionado cuanto el resultado de una vocación conducida con método y sin ninguna clase de veleidad, sin el menor deseo de vuelta atrás.

De forma unánime los hombres de la Theobald se contaron entre los más vehementes partidarios de abandonar sus posiciones para salir en persecución de los navarros y tomarse la revancha del castigo al que habían sido sometidos durante cuatro días entre las paredes de la Colonia. Pero su opinión no sería tenida en cuenta y apenas contaría en las deliberaciones que sostendría el Comité, apresuradamente convocado por Julián Fernández en la Fábrica de Ovoides. Por una vez, Julián Fernández y Eugenio Mazón, ambos con la anuencia del viejo Constantino, estuvieron de acuerdo y decidieron tender un puente de plata al enemigo, reagrupar todas las fuerzas en torno a las carreteras de El Salvador y El Puente de Doña Cautiva y destacar a las unidades menos castigadas de la brigada de Mazón para seguir de cerca la retirada del adversario, sin conducir su hostigamiento con otra intención que la de inducirle la mayor diligencia en su marcha y en el abandono de las riberas regionatas. Pero sabiendo hasta qué punto ciertas instrucciones podían ser pasadas por alto por los hombres que situados en primera línea gozaban de una cierta independencia y siempre podrían aducir una desconexión con el mando, semejante a la que habían sufrido durante las jornadas más decisivas del combate, nada hicieron para impedir que los de la Theobald saltaran por las ventanas de la Colonia y echaran a correr tras los rezagados de Brémond para perseguirlos como alimañas, para —sin ninguna clase de cuartel— sacarlos de sus escondrijos y vaciar sobre sus exhaustos cuerpos unos cargadores repletos de metálico furor. Cuando casi dos semanas después volvieron a Región, encabezados por los alemanes, después de su enésimo y frustráneo empeño de forzar el paso de La Requerida —donde acogido a las defensas un adversario reforzado y reorganizado les administró la adecuada réplica a su anterior frenesí— para al menos alardear de haber puesto los pies en la otra vertiente de la cordillera, Kerrera había dejado de ser la compañera del mayor de los Strausse.

En comparación con el anterior y con el que había de seguir fue un otoño inusitadamente pacífico y rumoroso, saturado de reproches y aromas de pudrición; como si el invisible péndulo que abrumaba el valle con sus golpes se hubiera detenido y por primera vez en meses fuera dado escuchar los latidos sin compás de una naturaleza en retroceso; fue un otoño en las habitaciones de atrás y en los vestuarios, como el intermedio de una competición rural cuyo primer tiempo ha concluido en un empate; en el que jugadores y partidarios de uno y otro equipo, no satisfechos del resultado obtenido, esperan al menos aprovechar la lección para

introducir los cambios que les permitirán obtener la victoria en la segunda mitad; fue el otoño de un campo vacío que no recibe una mirada, reservada para el momento de la congoja. Fue por unos días un otoño de una edad paralítica, que surgió del momentáneo silencio de coros, radios y sirenas, de la retirada en sus cuarteles (a prepararse para la segunda parte) de aquellos que debían alzarse con la victoria o conocer la derrota; de una edad que asomó —en el hipocondríaco mutis— no para testimoniar y anunciar su vigencia, su futuro o su perdurabilidad sino todo lo contrario: su irrevocable desaparición tras el zafio telón en grisalla que la historia apresuradamente —y con torpe mano— ha dibujado para representar la guerra, en un escenario ocupado por niños que remedan el papel de sus mayores con fusiles de palo y voces que ratean. Porque en Región, aquel otoño, la palabra victoria había perdido su sonido, su vibrante metal cubierto con una capa de invencible e inviolable cardenillo que la devolvería a la pálida y expósita madera, su alada feminidad encorvada sobre una bolsa de hule en busca de unas últimas lentejas perdidas entre las costuras; la palabra paz sería hoy sin guerra y la paz no otra cosa que aquella misma bolsa negra, algo más llena.

Eugenio Mazón decidió, con la ayuda de un tallerista llamado Recio, poner en marcha el mastodonte que desde hacía dos años pastaba en su jardín y antes de requisarlo para la CCIII Brigada Mixta (mediante un oficio mecanografiado y extendido por el Servicio de Material y Aprovisionamiento de dicha Brigada, firmado por el jefe de dicho Servicio, Alberto Pou, y con el visto bueno del comandante en jefe de la misma, Eugenio Mazón, fechado en Región el 23 de septiembre de 1937 y dirigido al propietario del vehículo, Eugenio Mazón, vecino de la villa, quien en señal de conformidad pondría su firma como propietario debajo de su firma como comandante, no sin añadir con letra menuda las alegaciones que consideró pertinentes contra tal expropiación por ser, según su criterio, contrarias a derecho y que, con la misma letra y en el margen reglamentario, serían despachadas por el comandante en jefe, Eugenio Mazón, con esas sumarias «orejas» bien conocidas en la jerga administrativa) disfrutarlo durante las pruebas de marcha por unos días de aquel sereno y escabroso y medieval otoño, anterior a cualquier dilema.

Recio se limitó a reponer los ferodos y ballestas y tensar la varilla de los frenos; ajustar el sinfín de la dirección; desmontar y limpiar el radiador; colocar una dinamo procedente de desguace; poner a punto la carburación y, a falta de pistones, torneear el bloque y colocar unas camisas de metal rosa. En verdad, toda una chapuza de amplios vuelos con la que el altivo *Lagonda* quedaría listo para recorrer mil kilómetros más, con algo de suerte, siempre que tuviera a bien arrancar y una vez en marcha al conductor no se le ocurriera pisar el acelerador hasta la tabla. Salieron a probarlo a la carretera de Campo un domingo por la mañana, con Recio a la dirección —los ojos más tiempo en el salpicadero que en el frente—, a su lado Mazón, y el camarada-

señor Pou que, en nombre del Servicio, debía recibir la requisa en estado de marcha, muy ufano y tieso en el asiento de atrás. No llegaron al puente, pues una indicación del manómetro advirtió a Recio que o bien la bomba de aceite no trabajaba o bien una dilatación imprevista de las nuevas camisas impedía la lubricación de los cilindros, por lo que, para no griparlo, optaron por cobijarlo en una granja por aquella noche para ser remolcado al día siguiente. Era lo último que deseaba Mazón, aun cuando, para curarse en salud, se había echado al bolsillo el oficio de requisa en cuyo margen el señor Pou, a su dictado, añadió un párrafo que mencionaba las responsabilidades en que podía haber incurrido el propietario por una cesión con vicio oculto que llegado el caso podría ser considerado como sabotaje y bajo el que Mazón, de su puño y letra, escribió su recusación del supraescrito por cuanto una expropiación contra la voluntad del dueño —no acompañada de su correspondiente compensación económica— difícilmente podía arrojar responsabilidad de cualquier orden sobre quien no había demostrado ninguna voluntad de llevar a cabo tal acto y sólo podía considerarse sujeto pasivo del mismo.

Una semana después, tras una segunda intervención de Recio que aprovechó la ocasión para mejorar la instalación eléctrica y rectificar el árbol de levas, alarmado por un golpe de taqués que no auguraba nada bueno, repitieron el ensayo y el *Lagonda* respondió —a regañadientes, pero respondió— con tanto brío, con un motor que marchaba redondo, que los tres viajeros se atrevieron a subir el pequeño puerto de Etán para, sin ser vistos por nadie, probar su suerte por las solitarias carreteras de Sierra Contrera. Su pretensión de pasar inadvertidos quedó frustrada, pues a la bajada del puerto, por las rectas de Las Iguales, inesperadamente adelantaron un destacamento de caballería del Segundo Escuadrón, que por aquellos parajes se hallaba realizando unas maniobras y ejercicios de tiro. En Etán se detuvieron un buen rato, pues Recio —tras un acelerón con el que intentó escapar de las curiosas miradas de los jinetes— denunció a la subida de un repecho la reaparición de aquel sospechoso y mortificante sonido de taqués y comoquiera que quedaba mucho tiempo por delante se decidió a levantar la tapa de balancines mientras los otros dos daban una vuelta por el pueblo en busca de la gallina que para aquellas fechas siempre esperaban encontrar en los caseríos apartados. No encontraron la gallina pero sí un paisano de raro buen humor que habiéndoles visto descender de un automóvil tan llamativo —y suponiendo lo mejor— les invitó a probar un vino de la cosecha del último año y, con el mayor de los secretos y tras echar dos vueltas al cerrojo de su bodega, un poco de cecina que tenía reservada para las grandes ocasiones y de la cual cortó unas rodajas que les sirvió sobre un papel de periódico, encima de una cuba. Entonces —y tras restregarse la grasa de los dedos y mientras repasaba con la lengua las briznas de cecina que habían quedado entre sus dientes—, Eugenio Mazón extrajo del bolsillo el oficio y obligó al camarada-señor Pou, que siempre llevaba consigo la

estilográfica, a escribir en el dorso (pues la cara anterior se hallaba ocupada por las anteriores anotaciones) que como jefe del Servicio de Material y Aprovisionamiento y en cumplimiento de las disposiciones al respecto comunicaba a la propiedad que todas las reparaciones ejecutadas por ese Servicio para el buen funcionamiento del objeto de la requisita —citado al margen— serían a cuenta de ella toda vez que suponían un incremento del valor de esa propiedad cuyo título no se veía afectado por su utilización provisional por parte del Servicio. Se hallaba Mazón, de pie sobre la cuba, en cuanto titular de la propiedad del vehículo, redactando su alegato de réplica —tras haber firmado el enterado— cuando vino a ser interrumpido por el golpe de los cascos sobre los adoquines, ese carente de preámbulo redoble con que la tierra denuncia el paso por su humillada corteza de los seres sin historia ni raza, ni origen ni progenie, híbridos seres sin gloria que desertan de la humanidad por el voto de obediencia a su montura. Por el ventanuco de la bodega la vio, por tercera o cuarta vez, esa ocasión posterior al primer encuentro en que el alma reconoce que ha sido germinada y por quién; el imprevisto golpe del feto que advierte no sólo de su existencia sino de su urgencia por adquirir la forma adulta y ser alumbrado. La había visto en dos o tres ocasiones anteriores; en la Colonia, con un arma en las manos, y en el salón de la Contour, de lado, inclinando hacia su rincón el peso de unos ojos que no se decidían o se atrevían a mirar. No era la única mujer del destacamento, acompañado de un par de carros tirados por mulas y ocupados por media docena de ellas, contra toda orden y sin ningún propósito. Giró hacia su izquierda, se echó al otro lado de la calzada y se detuvo para en compañía del gitano presenciar (desprovisto de toda marcialidad, las cabezas caídas y las barbillas hundidas en los pechos, las riendas apenas sujetas por manos indolentemente caídas en los borrenes y las botas mecidas por el somnífero balanceo de los estribos, los cañones de los mosquetones apuntados al cielo, velazqueñamente cruzados sobre el fondo de la sierra) el paso del destacamento, como un boceto previo de la apoteosis de la derrota.

Tal vez no estaba preparado para verla y, sobre todo, a caballo, y le cogió por sorpresa. Tal vez no había hecho otra cosa, sin saberlo, que prepararse para aquella visión a lo largo de una no breve historia y no reciente renuncia pautadas por no fastuosos desastres y mezquinas separaciones. Sabía que no tenía por qué ocurrir; de sobra sabía que no había razón para que volviera a ocurrir pero también suponía —de otra manera y en otro ámbito no frecuentado por el saber, en el dominio penumbral de la sospecha— que todo lo sabía provisionalmente. Desfiló el destacamento lentamente y sin orden, con esa incorregible, inapelable y desesperante indisciplina del rebaño que impide al viandante cruzar la calzada, como si más que por sus propios móviles la utilizara para impedir su uso por otro, con la maligna y concertada decisión de echarle atrás y frustrar la infinitesimal esperanza nacida en un paréntesis, brutalmente concluido con la aparición de la bestia impaciente por cerrar el espacio

que le separa de su precursora para restaurar por un instante el dominio de los fuertes en un suelo inexplicable y duraderamente ocupado por los débiles. Allí estaba junto al gitano, sobre su caballo, con el cuerpo escorzado para revisar todo el desfile, y acaso por eso sus dedos dieron en tamborilear sobre el antepecho del ventanuco como para acompañar un baile; los últimos compases de un vals muy popular, tan poco escuchado en los últimos años como repetido por la memoria; ni siquiera evocado sino automáticamente aportado por una fisiológica evacuación del recuerdo en un mal gesto en un momento cualquiera de la larga y pesada digestión que devolverá a la boca el sabor de un plato del banquete, envuelto en los jugos de la descomposición y acompañado de unas últimas risas junto a una puerta o la caída postrera de un vaso o los agonizantes murmullos de la ría —y el chapoteo del gánguil que en ese momento la remonta, con mortecinas luces duplicadas— a través del único ventanal abierto para despejar el ambiente cargado de la fiesta. Imperturbable, como la escultura del pórtico que con la atención y la mirada puestas en otra parte desdeña la admiración que despierta (y, sin embargo, en cuanto piedra sólo se sintió conmovida por el espectáculo de la carne), presencié todo el desfile que no duró un rato sino todo un intemporal sentimiento sin principio ni fin, oculto o perceptible en la no mensurable vaguedad por donde el hombre, sin saberlo, deja correr el alma para el perpetuo entrenamiento que un día le llevará a competir con el azar.

Cuando el destacamento abandonó la calzada para dirigir las caballerías hacia un prado a las afueras del pueblo, ya estaba a su lado, con una mano posada sobre el cuello de su montura en un gesto derivado y corregido de otro, acaso porque en el último instante no se decidió a ofrecérsela para desmontar. Era otro momento, de una edad irrevocablemente ida por haber sido el sujeto de insistentes y metamórficas litografías: un aparte galante después de un paseo, o en un ensayo general con actores y comparsas vestidos aún en traje de faena. No, no tenía por qué volver a suceder o al menos así se lo había repetido, con forzada convicción, desde que volviera a Región, a vivir de nuevo en casa de su madre. Tiempo atrás su padre se había pegado un tiro, o más bien se había hecho pegar un tiro de postas por la espalda, casi a bocajarro, por un criado medio idiota que fue a dar con sus huesos en la cárcel, primero, y a un hospital de alienados, después, aún más sórdido que aquélla pero más vacío. Su mujer no le acompañó a los funerales porque no tuvo tiempo de llegar al entierro; era tan sólo un pretexto, el más banal para que lo interpretara como lo que era, pues había jurado que no volvería a poner los pies en aquella casa malsana y pecadora, ni visitar de nuevo aquella tierra pobre, maldita y despreciable. Porque la muerte de su padre también fue un pretexto que ella aceptó con altanería, asistida y reconfortada por toda una familia de ciertas campanillas que bien podía prescindir de un hermano político, un tanto incómodo e inasimilable, para mantener sin un ápice de desdoro su vida de sociedad en el chalet junto a la ría. Se acogerían al divorcio recientemente legalizado,



aunque todas sus convicciones y protestas se dirigían contra él, a sabiendas de que aquella hija casada una vez, con un hombre improcedente y poco compareciente — que les había ofuscado por el breve plazo en que prosperaron sus negocios para al poco denunciar el grosero género del que estaba hecho, borracho y putero—, aún atraía más que sus hermanas y parientes solteras lastradas por la ineluctable perspectiva del matrimonio; los jóvenes de la ría podían acercarse a ella y llegar más lejos de lo habitual en sus devaneos a sabiendas de que tras ella y por el momento no se agazapaba la bestia de dos espaldas, aunque la imitara; de suerte que podía darse aires de independencia y hasta permitirse un cierto cinismo por haber abandonado la cámara que todos con deseo, temor y temblor querían visitar, y a la que no volvería sino mediante el pago de una suma que todos los días, en cualquiera de las veladas junto a la ría, se ocupaba de elevar para sin demasiado esfuerzo convertirse en la reina de aquella sociedad que se divertía en sidrerías y canchas de tenis. Luego un telegrama —con una no cumplida promesa de continuación por carta— le advertiría de una larga demora a fin de cuidar de su madre. Ninguno de sus hermanos le imitó —ni ellos ni ellas—, como si nada quisieran saber de aquella madre y de aquella casa, tan sólo visitada por los acreedores vueltos a la actividad tras una semana de entierro y funerales. Fue entonces cuando su madre comprendió, a causa del olor de un fármaco tan inconfundible e intenso como para saltar por encima de tres décadas de olvido y perdón y volver a despertar con su escozor el recuerdo de todos los horrores del pecado y la infección, que no padecía una enfermedad sino dos, la misma pero repetida.

El camarada-señor Pou se acercó al ventanuco; el otro le preguntó si la conocía y si sabía qué hacía allí y Pou respondió con un gruñido, con la intención de ser significativo pero también para disimular su ignorancia. «Una de tantas», vino a decir para sus adentros para no reconocer que el caso se le había escapado. Con discreción se acercó al gitano quien le puso en antecedentes. El camarada-señor Pou —quien presumía de un olfato especial para las relaciones ocultas— quedó convencido de que el gitano la consideraba con demasiados buenos ojos y que allí había algo más que el aprovechamiento de un excelente monitor para el adiestramiento de los jinetes. Les invitaron a entrar y les ofrecieron unos vasos de vino y los últimos y vergonzantes trozos de cecina que ella probó, mordisqueando primero con desconfianza para elogiar después su sabor, como todo el que no la había probado nunca. Hasta allí llegaron las voces del destacamento en cuanto sus hombres rompieron la formación; con los carros reunidos y los caballos pastando en un soto, la mayoría de los hombres tumbados y las mujeres afanadas con las perolas, el rancho había adquirido un aire de romería o de feria de ganado, inevitable allí donde estuviera Chacón Sedeño. Pronto seguirían los inconfundibles ecos de la jarana, el batir de palmas, la voz de sierra de un vocalista y el tañido de una guitarra ubicua, emanación gualda y espontánea de la

pradera en la simbiosis de la fiesta, para acompañar de nuevo a la voz que bisecó el horizonte en dos partes no idénticas, unidas y separadas por la rectilínea y vocal reducción de todo el orden sonoro a un solo lamento.

Cuando la invitó a volver con ellos a Región el gitano no pudo evitar un gesto de mohín, al ver cómo se venía abajo su propósito de acompañarla durante la fiesta del destacamento. Pero el gitano no sólo era disciplinado; era limpio y sabía de sobra que la presa sobre la que había puesto los ojos —incomprensiblemente libre hasta aquel momento— no tardaría en atraer a otros pretendientes más calificados que él. Cuando Recio detuvo el *Lagonda* a la puerta de la bodega y en punto muerto y, con el oído asomado para auscultar el sonido redondo de su criatura, dio dos acelerones, fue la primera en salir a verlo. Tenían todavía dos horas de luz y Mazón decidió, tras recabar del gitano noticia sobre los movimientos del destacamento y encomendarle el caballo de Kerrera, rehacer el camino de Las Iguales para caer a última hora de la tarde por la parte de Bocentellas y buscar por allí algo de cenar antes de volver a Región.

Como el coche —según Recio— respondía perfectamente, Mazón se puso al volante y sentó a Kerrera a su lado a despecho de tener entre ellos, de manera permanente, la cabeza de Recio atento a todas las agujas de los controles, los más imperceptibles ruidos de la máquina y las siempre censurables maniobras de su dueño con la palanca de cambio. Con el motor revolucionado la segunda tenía tendencia a salirse, por lo que en los repechos y en las cerradas curvas de Campaceo, Recio sujetaba la palanca mientras Mazón hacía lo propio con el volante y pisaba el pedal del embrague siguiendo las instrucciones del mecánico, un tanto mortificado por desempeñar el papel de aprendiz cuando más hubiera deseado representar el de consumado maestro. A unos siete u ocho kilómetros de Bocentellas el motor empezó a ratear y, en una recta de bajada y tras una serie de falsas explosiones, «se detuvo tan inexorablemente como el reloj de un colegial». Por debajo del capó abierto apareció la cabeza de Recio para comunicarle, sin excesiva alarma, que no había corriente en el delco y al preguntarle Mazón si la avería podía ser larga le contestó que tenía que revisar y limpiar la pipa por si había cogido agua al cruzar uno de los badenes. Como era una tarde fresca pero apacible Mazón propuso a sus acompañantes caminar un rato por la carretera, pero el camarada-señor Pou se excusó de hacerlo alegando —para no confesar su escasa afición a las caminatas— que prefería permanecer en compañía de Recio por si era preciso echarle una mano. Con un tizón de grasa en la mejilla y una llave fija en la derecha el mecánico observó a Pou como si acabase de descender del mismo cielo portador de un mensaje tan incomprensible que optó por sumergirse de nuevo entre las entrañas de la máquina para reanudar su lección de lógica con cables, tuercas y varillas, más dóciles y comprensibles que cualesquiera otras criaturas, incluyendo las no divinas.

No era —diría para sus adentros— una tentación, pues siempre se sabe dónde terminan las tentaciones. Dónde terminan y qué es lo que ofrecen y todo su misterio se cifra en saber qué clase de individuo saldrá de la prueba. «Por consiguiente, en cuanto a las tentaciones da lo mismo resistirse a ellas que dejarse arrastrar por su llamada y tanto quien sufre los golpes y dardos de la fortuna como quien toma las armas contra ella, debe seguir siendo el mismo que era». «Las tentaciones son infantiles y su recurrencia las emparenta con niños pedigüños», lo decía para sí un hombre que tal vez había pagado uno de los precios más elevados por descifrar el hastío de una tarde de llovizna. No lejos de la casa de sus suegros, y en una calle trasera paralela a la carretera de la ría, había un bar a donde fue conducido por el hastío. O más que un bar un discreto chalet separado del barrio, en cuya planta baja había un bar; un establecimiento solitario y desplazado, sin ningún signo externo a excepción de un pálido azulino y recatado neón casi oculto por una palmera, en un solar vago y apenas edificado que separado del barrio se convertía en un lodazal los días de lluvia; con una puerta pálida en cuyo dintel tiembla una lámpara carmínea que se abre a un pesado cortinón de ajados damascos que no dejará salir al exterior la rancia neblina del local, apenas iluminado por pequeñas lámparas de pantalla, colocadas aquí y allá con el designio de hacer más densa la oscuridad y más aislados los objetos que reciben el haz; un pecho decapitado por la línea de sombra y unas bocanadas de humo que suben al techo de tanto en tanto con maquinal precisión; un par de ojos que miran sin insinuar nada —casi con reprobación— en espera de una decisión que no deben ser ellos quienes la tomen sino el hastío. Un mes más tarde no fue tanto el dolor sino la perplejidad; el convencimiento de que aquella noche no había sino firmado el tratado de rendición como marido y que la enfermedad, o el diagnóstico, vino a ratificar.

Decidieron seguir camino hasta Bocentellas cuando mirando el reloj comprendió que estaba más cerca de allí que del coche. Durante el paseo le contó su estancia en España y algo de su vida antes de la guerra. No era muy locuaz y no se cruzaron con nadie. Llegaron a Bocentellas de noche; ella se quejaba de dolores en la espalda y en los pies, a causa de las botas. La fonda estaba cerrada desde el comienzo del conflicto, pero una vecina les señaló una casa cuya propietaria alquilaba camas y aceptaba huéspedes, aunque nada quería saber de comidas.

El coche, con Recio y el camarada-señor, como dos excéntricos aristócratas, llegó tirado por un tronco de cuatro caballos atalajados a una cadena enganchada al puente porque, aunque casi todo el trayecto era cuesta abajo, no quiso el gitano abrumar a las bestias en los tres o cuatro repechos próximos al pueblo. Tenía, en efecto, la pipa rajada, así que Recio optó por cobijarlo en una cuadra y volver con el gitano a Región, por el camino de Etán, para buscar el repuesto. La centralilla telefónica —desconectada desde los combates de la pasada primavera— sólo era puesta en

servicio por un oficial de transmisiones que pasaba por allí de tanto en tanto y Mazón decidió dirigirse a Escaen para acogerse a la hospitalidad de la familia Ruán, a pesar de la poca familiaridad que tenía con todos sus miembros; por medio de Recio encargó a Enrique que se reuniera allí con él y un vehículo y para darle tiempo a llegar resolvió acercarse a la cerámica Corral para visitar a su amigo Cayetano, al que no había visto en casi un año, mientras el camarada-señor Pou buscaba un alojamiento más digno que el de aquella patrona y una mesa donde le fuera servida una comida caliente.

Fueron tres días de vacaciones, la mitad a caballo y la mitad en coche, pues Recio tomó como cuestión de honor que el viaje de vuelta se hiciera en el *Lagonda*, equipado con una pipa de delco extraída de una camioneta. Fueron tres días a causa de las frecuentes detenciones y vueltas atrás, asistidos por el gitano y sus tres caballos que repetiría el rescate en media docena de ocasiones, mientras los pies de Recio asomaban bajo el radiador y el camarada-señor Pou (siempre horrorizado por la idea de subirse a un caballo) economizaba su tabaco sentado en la cuneta y maldiciendo la ineptitud del Servicio de Material y Aprovisionamiento hasta el punto de dejar por escrito, y en el dorso del mismo oficio, suspendida la orden de requisa del vehículo que el propietario, Eugenio Mazón, se negó a aceptar también por escrito y en el mismo papel en tanto el vehículo no se encontrara en las mismas condiciones de uso que en el momento de ser requisado. La segunda noche la hicieron en la casa de Corral; la madre practicó una cura de pies a Kerrera y la acostó, tras la cena, en una cama con sábanas limpias. En contraste el padre siempre se encontraba enojado y no sólo porque no vendiera una olla o porque la cosa pública desde hacía años había tomado un giro muy contrario a sus gustos, sino porque consideraba más cómodo y sencillo estar enojado con toda su familia y así eludir en lo posible toda conversación. En cuanto a los Ruán había dejado de tratarlos, a pesar de su vecindad y de su camaradería en otros tiempos, habiendo llegado a la conclusión de que eran unos advenedizos, pagados de sí mismos, trepadores y pasteleros. Pero Cayetano no escuchaba a su padre y en la mesa no cambiaban entre sí más que el salero. Cayetano había decidido dar la espalda al mundo para fijar su atención sobre el universo y lo único que apreciaba en su padre era su falta de locuacidad. Por su pobre condición física —era reumático y miope, le había sido extirpado un quiste— había causado baja permanente para toda clase de servicio y ni siquiera fue llamado a colaborar en la administración. Había aprovechado la falta de actividad de la cerámica —ni se cocía el barro ni se vendían las existencias— para apoderarse de un amplio chamizo que cerró y dispuso a su antojo para ocupar sus dilatados ocios en el diseño y fabricación de un escape universal, de accionamiento mecánico, con los materiales procedentes de numerosos relojes viejos e inútiles que había adquirido por la región y que desmantelados ocupaban la mayor parte de su taller. En su juventud había

demostrado una vocación por la mecánica y la astronomía a la que había renunciado por no contar con los medios suficientes para montar un observatorio, tras haber agotado las posibilidades que le ofrecía un ecuatorial de fabricación alemana que los Ruán poseían y que habían puesto a su disposición en los tiempos de armonía entre ambas familias. Con Mazón había iniciado en Bilbao el primer curso de ingeniería — por el deseo de su padre de contar con un ingeniero para la dirección de su fábrica— que pronto abandonó para regresar a casa y dedicarse en sus ratos libres a la relojería que empezó a estudiar en tratados antiguos, la mayoría del siglo XVIII, de los que había reunido una colección —a la que no daba valor— mucho más apreciable que todos sus trastos mecánicos. Casi siempre estaba de espaldas, encorvado sobre su tablero y una lupa en su ojo izquierdo. No era hablador pero podía seguir la conversación mientras colocaba un *ritter* en la balanza o mordisqueaba un lápiz antes de hacer un asiento —con el número de la pieza, su nombre y descripción, el peso y un somero croquis— en unos catálogos que llevaba al efecto. Pues cuando tenía compañía no trabajaba en su ingenio, para el que precisaba una absoluta soledad y sesiones de más de diez horas sin interrupción, sino que se ocupaba de labores secundarias, como la catalogación de las piezas, su limpieza o reparación y su distribución en unas rústicas vitrinas pintadas de blanco por él mismo, en algo semejantes a las de las clínicas. Padecía de frecuentes accesos de melancolía y le molestaba el mal tiempo y, por encima de todo, los cielos encapotados que le provocaban un estado de ánimo insoportable que le obligaban a permanecer en el catre, con la cara vuelta hacia la pared, durante días enteros. Y en ocasiones, hasta debajo de él. «Prueba debajo», se cuenta que recomendó un día a una persona que se quejaba de que ni siquiera en la cama encontraba reposo. En días más prósperos para la familia en cuanto en otoño los cielos empezaban a oscurecerse acostumbraba a pasar largas temporadas en el sur donde a lo largo de tres meses satisfacía su afición a la natación y su necesidad de intercambio sexual, de alcance limitado, para regresar al valle al final de la Cuaresma a consumir la mitad de su tiempo en embarques de material cerámico y la otra mitad en la construcción de su ingenio mecánico de validez universal. Eugenio Mazón había temido que el forzoso enclaustramiento provocado por la guerra afectase seriamente a su salud y durante el invierno del 36 al 37 trató por todos los medios de animarle y distraerle hasta caer en la cuenta de que la reclusión y la inactividad comercial habían curado buena parte de sus males, hasta olvidar el estado del cielo siempre que se le permitiera permanecer en su obrador.

«Cuando termine la guerra», le dijo mientras verificaba el peso de una rueda, del tamaño de un duro, de engranaje cicloidal, «tendré que cometer un delito de sangre». No parecía conforme con el resultado obtenido y repitió la pesada. «Si quiero verme en la cárcel por un buen número de años», añadió.

«No te hará falta tomarte ese trabajo, si quieres hacerme caso», insinuó el otro.

«Me imagino hacia dónde apuntas —replicó—; no puedo hacerte caso».

Gracias a la guerra había avanzado mucho en la composición de su ingenio, les dijo. Se hallaba de un humor excelente y a la mañana siguiente, con un cielo despejado, se decidió a acompañarles y así cumplimentar a los Ruán a los que hacía tiempo que no visitaba. La guerra tiene algunas ventajas, les dijo, sobre todo para quienes se quedan en casa; habría necesitado cinco años de paz, les aseguró, para alcanzar lo mismo que en los últimos diez meses. «Se trata de un escape universal, no lo olvides, el único merecedor de ese título». No es mala cosa que la gente se tenga que conformar con poco o nada mientras otros se encargan de hacer la guerra, les dijo; nada de negocios, nada de dinero, nada de prisas; un compás de espera. «Lo malo», dijo dirigiéndose intencionadamente a Mazón, «es que tal como la lleváis va a durar poco. Cuando digo universal me refiero a un escape que no obedezca a la cronología solar o continua. ¿Crees que podrás prolongar esta guerra un par de años más? Aunque sólo sea aquí, el resto no me importa». «Me parece que pides demasiado», replicó Mazón: «Confórmate con uno». «Entonces no voy a tener más remedio que cometer un delito grave cuando acabe la guerra. ¿Qué clase de delito me aconsejas, Eugenio, tú que sabes de eso? Cuatro o cinco años de cárcel sería lo perfecto, en un penal de Andalucía».

Cuando llegaron a Escaen ya les estaban esperando. A causa de los deseos de unos y otros se reunieron allí aquel día, y de forma inesperada para los Ruán, tantas personas que Elvira se vio obligada a improvisar una recepción, tirando de unas últimas reservas de la despensa a pesar de las protestas, nada veladas, del padre de Enrique. El capitán Arderíus, al enterarse de la cita, se sumó a ésta y Enrique o no se atrevió o no consideró oportuno disuadirle, pues el pretexto de tenerle vigilado acallaría cualquier protesta por parte de Mazón. Pero también les acompañó el camarada-señor Pou, a pesar de la perspectiva de tener que volver en carro, alegando que como Jefe del Servicio de Material y Aprovisionamiento debía estar presente en el momento de la entrega, tras su última reparación, del vehículo que, no deseoso de malgastar su tiempo durante la espera, Recio se llevó a Bocentellas para practicarle un último ajuste en la herrería.

Arderíus y Cayetano Corral (que fue recibido con cariño por toda la familia, con excepción del padre de Enrique) no se conocían; se empezaron a mirar con recelo a partir del momento en que el segundo, al saber la condición de pianista —aficionado pero experto, casi un virtuoso— del primero, le preguntó si era necesario u obligatorio dominar todo el teclado o si por el contrario podía elegir unas cuantas teclas a su antojo y despreciar las demás; para de ahí hacer un símil con el tiempo el cual, si bien la biología lo aprovecha todo, es seleccionado por el espíritu que determina a su voluntad qué momentos le interesan; de ahí vino a concluir que el escape —de accionamiento mecánico— que pretendía construir habría de seleccionar

y medir el tiempo que él mismo desease con independencia de la voluntad humana regido por la fluencia continua o solar. Y para terminar le preguntó si él mismo se consideraba, en ese sentido, un pianista biológico que domina todo el teclado o, por el contrario, espiritual, tan sólo interesado por una parte anecdótica (y subrayó lo de anecdótica) de él; pero antes de que Arderius intentara responder (un tanto desconcertado, desbordado su sentido del humor por un flanco desprotegido) vino en su ayuda —estimando la propia más necesaria de lo que en realidad era, una vez que quedó comprobado que la turbación de Arderius era pasajera y podía superar el trance con sus propios recursos— el tío Ricardo para recordar a los presentes que toda actividad humana podía ser considerada como la extracción y el aprovechamiento de un discontinuo a partir de un continuo y que toda ciencia o todo arte afanado en el restablecimiento del continuo, además de ser ilusorio, de alcanzar su fin sólo consumirían el final de toda ciencia o todo arte, aspiración que sólo persigue el hombre religioso; pero el teclado, según Arderius, no debía considerarse como un discontinuo ya que podía reproducir todos los sonidos, científicamente divididos por sus longitudes de onda, o al menos aquellos que percibe el oído. Ahí voy yo, vino a interrumpir Corral, pues la ciencia no se puede hacer independiente de la voluntad: un escape no consiste sino en un mecanismo de distribución uniforme de una acumulación de energía; pero esa uniformidad es una creación, o una hipótesis, del espíritu como lo será también cualquier no uniformidad preestablecida. La paz rompe la uniformidad bélica, afirmó el tío Ricardo. Ahí voy yo, insisto, interrumpió de nuevo Corral: de la misma forma que gracias a la naturaleza el espacio aparece en su forma continua pero no uniforme, el mecanismo que quiero construir permitirá que el tiempo asome con fluencia propia, liberada del movimiento continuo inducido por el sistema solar. Eso está en la mente de todos —aseguró Mazón— desde que la física adopta el continuo espacio-tiempo como único campo de experimentación. ¡El fin, el fin! Usted lo ha dicho, se oyó clamar a una voz masculina, no identificada en el fondo en penumbra. La paz no es un estado, como la guerra, sino una convención puntual entre dos partes beligerantes, afirmó el padre de Enrique, dejándose oír en la discusión por primera vez, atento antes a lo que ocurría en la cocina. Tal es el sentido del término latino *paco*. El estado derivado del pacto se diría más bien *ótium* o *indūtiae*, con todo lo que eso quiere decir, una inactividad del hombre respecto a sus semejantes en todo análoga a la que observa de tanto en tanto respecto a su medio. Indudablemente, subrayará la voz a oscuras, un amigo de la familia venido a echar la partida de naipe como casi todos los días. Al fin tuve una idea: en lugar de buscar una distribución no uniforme por parte de una sola fuente —con lo que consumí inútilmente mucho tiempo— pensé que el escape podía consistir en la liberación de la energía de dos fuentes incompatibles. Por ejemplo, dos cuerdas. Por supuesto, dijo Arderius, que todo lo que se toca en el piano es anecdótico, pero para que la anécdota

sea más ilustrativa se ha de superponer a, podríamos llamarla así, una tradición musical. El término —explicó el padre de Enrique— se relaciona con el *pagus*, la estaca que define la linde entre dos propiedades o pagos. De donde —siguió su hermano— con un fácil juego de palabras se ha de deducir que la paz es pagana. Dos cuerdas —insistiría Corral— con escapes incompatibles; una por ejemplo regulada de acuerdo con la sucesión de los números naturales y la otra de acuerdo con los primos y conectadas entre sí para producir una resultante no preestablecida. Soy el primer convencido de que la guerra no se puede ganar —reconoció Mazón ante don Ricardo— mediante un combate continuo; ni a pequeña ni a gran escala. La caballería ya no tiene sentido, repetiría una vez más su conocida fórmula; la guerra del futuro será de motores y quien tenga más y mejores motores ganará. La uniformidad sólo puede ser considerada como un caso particular; pero una distribución más general sólo puede estar dictada por el azar. Pero dígame ¿cómo se construye un reloj que mida el tiempo al azar?, preguntará Corral. No seré yo quien te lo diga, responde don Ricardo; he visto tanto a lo largo de mi vida que ahora me interesa más la ley. ¿Qué opina usted de los penales de Andalucía?, pregunta de nuevo. No me interesa saber quién ganará una guerra futura; tampoco me interesa hacer cábalas sobre quién ganará ésta porque lo sé de sobra. De sobra lo sé, como lo sabes tú, como lo sabe todo el mundo excepto cuatro iluminados. No se trata de eso; no se trata de ganarla, sino de hacerla. Nadie vive para sobrevivir, sino al revés. No ganaremos la guerra con la caballería, sin duda, dijo Mazón con un deje avieso, un tanto sombrío. El caballo se apareja para el día de la batalla, mas de Jehová es la salvación, dice el libro de los Proverbios, interrumpe el padre de Enrique. No recuerdo esa cita tan poco conveniente. Nada me parece más oportuno que recordarla en estos tiempos de miseria. Ah, la imaginación religiosa ¿qué no será capaz de predecir?, exclama el más viejo de los Ruán. Es lo único que tenemos de sobra —así justifica Elvira la entrada de un sirviente cargado de troncos—: leña. Por consiguiente, la actividad está más emparentada con la guerra que con la paz, que es sólo una suspensión. Lo mismo se puede decir del mal, sostiene de nuevo el más viejo de los Ruán. En definitiva, el ángel fue expulsado y abatido porque no se conformaba con permanecer con los brazos cruzados. Justamente lo contrario. Una vez más intervino Corral: Ahí voy ¿qué delito me recomienda usted, don Ricardo, para después de la guerra? Eso depende del tiempo que quieras pasarte a la sombra. ¿Qué me dice usted de los penales de Andalucía? El de El Puerto. Puerto de Santa María... canturreó don Ricardo. El fuego jamás dice basta, se oyó una voz oculta tras el resplandor de la chimenea. También dice el libro que la sanguijuela tiene dos hijas que se llaman, Trae, Trae, le respondió otra. Pero ¿qué quieres que te traiga?, preguntó Elvira a Enrique, que con la cabeza hizo el signo de nada.

«No entiendo nada», dijo Kerrera en voz alta y con marcado acento francés. Hasta



entonces había permanecido sentada junto a la mesa, atendida la mayor parte del tiempo por el padre de Enrique, que presumía de hablar su idioma aunque ella a todas luces prefería conversar con él en castellano. Quedó un tanto sorprendida del efecto que hicieron sus palabras, audibles en toda la sala en el momento de paso de un ángel, y acaso por eso no pudo reprimir los nervios. Dijo, con palabras entrecortadas, que no comprendía la conducta de los españoles, que cómo en momentos tan graves podían comportarse así, que tenían que pensar en la grave irresponsabilidad en que incurrían... y así hasta que rompió a sollozar, entre la confusión de todos los presentes y las palabras y gestos de consuelo del padre de Enrique, que parecía compartir su opinión para, sintiéndose libre de toda culpa, mirar al resto con ademanes reprobatorios.

A la mañana siguiente Recio detuvo el *Lagonda* frente a la casa; ni siquiera se molestó en anunciar su llegada ni justificar su demora, dando vueltas alrededor del coche y contemplándolo como si de una obra perfecta se tratara mientras se limpiaba las manos con un puñado de cotones. No bien detuvo el motor abrió el capó para hurgar en sus entrañas, comprobar los niveles y, tras encenderlo de nuevo, observar su funcionamiento y escuchar sus diferentes sonidos. Una vez satisfecho lo cerró de nuevo, se enjugó la grasa de las manos con unas gotas de gasolina y secándolas con los cotones, dirigió su atención a pequeños detalles, la presión de las ruedas, la holgura de los discos, una mancha de barro en la aleta delantera y la posición del retrovisor. También el camarada-señor Pou parecía satisfecho, pues había cenado nada menos que un estofado con patatas y había dormido en una cama de verdad. En contraste, Kerrera parecía no haber pegado ojo, su cara envuelta en una capa de barniz verdoso, su mirada gacha.

No habían hecho una decena de kilómetros cuando en una recta el motor empezó a fallar de nuevo y tras una serie de falsas explosiones perdió tanta potencia que a duras penas subió en primera la próxima pendiente. No bien hubo Recio sobrepasado el cambio de rasante (con las manos fuertemente agarradas al volante y balanceando su torso en el vano intento de transmitir a la máquina su energía) echó el coche a la cuneta, calzó las ruedas delanteras, lo puso en punto muerto (pues no quiso apagar el motor por temor a que no volviera a encender) y abrió el capó para hurgar en sus entrañas. Tras un somero examen no tuvo que pensarlo dos veces: abrió el maletero, se despojó de su chaqueta<sup>[29]</sup> y se embutió el mono. Al poco rato, con esa resuelta carencia de expresión con que el clínico aborda un caso grave, dijo: «No es cosa de platinos; hay que levantar la culata».

Posiblemente no era una tentación pero sin duda tampoco una promesa. Mazón no se hacía promesas (que como mucho pueden no cumplirse pero nunca quedar indefinidas). Si era un hombre sin sombras —tan sólo con arrebatos de mal carácter— es porque habiendo aprendido a la perfección diversas lecciones no se hacía

ilusiones sobre sí mismo. Conocía tan bien su destino que no lo dejaba salir; no admitía sorpresas. ¿Y qué satisfactoria definición podía darle, cualesquiera que fueran sus méritos y su personalidad, para un futuro uno de cuyos elementos primordiales — y el más decisivo para que cualquier otro participara de él— estaba agotado de manera tan irreversible que la confianza necesaria para la confesión de tal carencia sólo podía corresponderse con la renuncia a tal participación o con el sacrificio del vínculo más sólido para hacerla posible? ¿El sacrificio? No quería hablar de eso y puestos a no hablar tal vez eligió a Kerrera como mejor no-interlocutor. Las circunstancias no podían ser más favorables para una aventura de corta duración y tampoco era imprescindible un juego limpio. Lejos de su casa (fue a Barcelona donde no conocía a nadie y donde, a su juicio, se tratarían a diario casos como el suyo) obtuvo el veredicto final en la forma de un cartoncillo en uno de cuyos casilleros — correspondiente al reactivo utilizado— estaban marcadas con tinta (con esa uniformidad y firmeza de trazo que responde a un dictamen carente de toda emoción) las tres fatídicas cruces. El doctor le impuso, de inmediato, un tratamiento de un mes y una dieta rigurosa respecto al alcohol. Antes había conocido en Bilbao a un joven y emprendedor corredor de patentes inglés con el que entró en tratos para introducirle en un sector de la sociedad industrial de la ría y con el que formó una sociedad bipartita para la venta y licencia de fabricación de ciertos productos especializados. No le fue difícil encontrar un pretexto para extender sus actividades en Cataluña y justificar una ausencia que transcurrió como en sus tiempos de estudiante, pero con ese melancólico resbalamiento de quien por una diferencia de años mal aprovechados ya no puede llevar la vida propia de esa clase ni sumarse a sus manifestaciones ni compartir sus gustos, en una pensión de la Ronda de San Pablo, no lejos de la Universidad. Un mediodía en que tomaba café en una terraza de las Ramblas (con la caricia del sol a través de las hojas de los plátanos y el gorjeo de innumerables gorriones y mirlos que allá arriba encrespaban su cínica controversia, como emigrantes que de la gran metrópolis a la que han venido a parar todo lo aprovechan y nada respetan y en su histriónico dialecto ventilan sus diferencias con desprecio a las más moderadas y recoletas costumbres locales, y absorto en la contemplación de una muchedumbre siempre a punto de impresionar la película de un fotógrafo ambulante, en el momento de empezar a degustar los no sinsabores de una extensa soledad y las instantáneas (en tanto aparecen por sorpresa no forman tiempo) compensaciones del voto de renuncia) se topó por casualidad con el capitán Asián, que llevaba en la ciudad una larga temporada y era un asiduo visitante del paseo. El capitán era casi diez años mayor que él, vivía retirado y sin demasiadas preocupaciones<sup>[30]</sup>. En la campaña de África y la retirada de Annual había sido condecorado y herido (una herida de importancia, que no asomaba a su físico pero que limitaba ciertas funciones de su cuerpo) y la pensión, unida a unas pocas rentas

familiares, le permitía vivir con modestia pero sin angustias e incluso alcanzaba para dispensarse un capricho al año que gustaba de satisfacer en alguna ciudad del litoral mediterráneo. Tras unas cuantas temporadas veraniegas en Cártago había fijado su residencia en Región y, hombre apuesto, de maneras educadas y algo dado a la galantería, llegó a concebir esperanzas de contraer matrimonio con una mujer bastante más joven a la que redimió de una existencia oscura y pueblerina para exhibirla por el paseo del Císter los días de fiesta. De la noche a la mañana la joven despertó la admiración del heredero de un propietario de allende la sierra y tras un par de visitas a la finca a conocer a los padres, se fraguó la boda que restauró a Asián en una apacible soltería, cairelada con los flecos de una pasión malograda. Entonces nació su costumbre de tomar unas vacaciones levantinas todos los años, para observar desde una terraza los pasos de una juventud a la que ya no pertenecía. Era aficionado a la política y fue admirador de Lerroux; por la mañana devoraba el periódico en su mesa del café del Liceo y para la tarde siempre tenía una ocupación; de lo que ocurría en la ciudad lo sabía casi todo; nada le gustaba tanto al capitán como charlar largo y tendido, ante la mesa del café, en una postura elegantemente reclinada sobre el respaldo de falso terciopelo, una pierna cruzada sobre la otra y los pulgares alojados en el chaleco bajo los sobacos. El capitán fue un bálsamo para Mazón que sólo entonces, al comprender que entre sus respectivas heridas no había gran diferencia (tan sólo que de la recibida en la trinchera se podía hablar, e incluso vanagloriarse con alguna timidez, en tanto de la adquirida en el bar de Algorta era menester callar—lo que mirado con cierta perspectiva también era una ventaja—), y tomándole como ejemplo, vino a concluir que un futuro con drásticas limitaciones no tenía que ser necesariamente contemplado por un espíritu en sobresalto. Cuando compraron el pájaro a un locuaz vendedor de las Ramblas que lo había amaestrado, ya tenía su plan establecido para desprenderse definitivamente de su mujer. O al revés, para darle a su mujer la oportunidad de repudiarle. Como el grajo había de colaborar en el plan lo compraron a medias, aun cuando siempre había de quedar al cuidado y en propiedad del capitán Asián.

Entre los primeros jinetes venía Chacón que había optado por volver a la Escuela por el camino de Las Campas. No quiso mirar a Kerrera y dispuso de inmediato remolcar el *Lagonda* con un tronco de cuatro caballos y otros cuatro de relevo, a fin de apretar el paso para llegar al taller aquella misma noche tal como deseaba Recio, impaciente por intervenir en aquella criatura que cada día, cada hora, tenía peor cara. Nada esperaban encontrar en Burgo Mediano, un pueblo poco menos que abandonado desde los combates del pasado verano, pero prefirieron adelantar camino antes que volver a Bocentellas o Escaen y en previsión de tener que hacer toda la vuelta a caballo por incomparecencia del *Lagonda*. Por lo menos hicieron noche a cubierto, envueltos en mantas y junto a un fuego. Aquella noche a punto estuvo

Mazón de confesar a Kerrera su mal. Cuando ya tenía la frase hecha y medio pronunciada se quedó cortado y, ante la curiosidad de ella, se enmendó con una mentira poco convincente para sí mismo pero acaso de más efecto, por más ambigua e inexplorable. Y quizá la conversación nocturna acabó con ese «Prefiero no hablar de eso» que en tantas ocasiones el interlocutor aceptará más como una invitación a aventurarse en el interior de la intimidad que como una cancelación de la confidencia. Al siguiente mediodía apareció Recio en Burgo Mediano, con el coche y en compañía del camarada-señor Pou; Recio se había pasado toda la noche sobre el motor, ajustando y esmerilando las válvulas y sustituyendo sus muelles, y demacrado y sin afeitar no era capaz de disimular la euforia que le producía su buen funcionamiento. Por su parte, Pou, tras rebuscar en todos los economatos de la Brigada, se había hecho con una merienda que los cuatro consumieron en un soto de El Mame antes de emprender la vuelta a Región, después de tres días de vacaciones.

Había pensado permanecer en Barcelona durante toda la primera fase del tratamiento y en la confianza de llegar a Región con una cruz menos en la cartulina. Pero la ausencia de Asián se le hizo insoportable y la ciudad se le vino encima, por lo que dos semanas después siguió los pasos del capitán a despecho de tener que seguir el tratamiento en su casa. En un principio tan sólo confió la existencia del mal al doctor Sebastián, quien se prestó a practicar la inyección semanal en su consulta; pero a causa de una de sus misteriosas e inaplazables ausencias le puso en manos de un discreto y sufrido practicante —llamado Gumersindo, afiliado al partido socialista, con un rostro como la cáscara de una nuez y voz pausada, que aprovechaba el tiempo de los preparativos para largar doctrina sobre los males de la patria— que continuó el tratamiento en su casa, en su propia habitación que a pesar de ser aireada quedaría por espacio de una fecha impregnada del insoportable olor de aquel poderoso fármaco. Su madre lo reconoció y así se lo dijo, sin preámbulos; era el mismo olor que hirió su olfato treinta años atrás, tan singular e idéntico a sí mismo que no tardó un instante en reconocerlo y de ahí llegar a saber el mal que había asolado a su marido a los pocos años de su matrimonio y que sin duda le condujo a la alienación primero, a un desdichado final después. «Pero tú no harás lo mismo», le advirtió, sin necesidad de mezclar la compasión, «porque afortunadamente no la quieres». Llegaron a Bilbao —hacía tres meses que habían comprado el grajo, apellidado Ordax, que decía tres palabras y obedecía ya al capitán como a su antiguo amo— con el tiempo justo para asistir al homenaje que su familia política, los amigos y los más cercanos colaboradores y empleados, habían organizado en un merendero de Algorta para celebrar el sexagésimo aniversario de su suegro. Presentó al capitán como al amigo, paisano y compañero de toda la vida, que fue invitado a la fiesta preparada para un centenar de personas. Llegaron al banquete tarde, cuando ya estaban servidos los entremeses, y tuvieron que sentarse en el extremo de la larga mesa, bajo el cañizo,

pero antes de tomar asiento fue a dar un abrazo al suegro, que éste recibió con simulado afecto y entre miradas atravesadas del resto de familiares. Su suegro era de gran tamaño, se creía todo un patriarca y usaba peluquín. Antes de que fueran servidos el café y los licores, el capitán —a instancias de Eugenio— se vio obligado a hacer una demostración de las habilidades de su grajo, que hizo las delicias de la concurrencia con sus maneras chulescas y sus desvergonzados graznidos. Había concluido su número cuando en el momento de ser encendidos los vegueros el primogénito decidió abrir la ronda de discursos. Sin duda fue el humo de los cigarros lo que ahuyentó al pájaro que una vez suelto se fue a posar a un tilo del vecino jardín, en actitud vigilante y por una vez indiferente a los esfuerzos del capitán para atraerle con su silbato. Las palabras del primer orador, el administrador de la fábrica, debieron molestar a Ordax porque —decidido a no transigir con los abusos de cierta retórica u obediente a un mandato del mismo orden que recibiera de los dioses irracionales— de la rama del tilo fue derecho al centro de la mesa en un vuelo rectilíneo y sin la menor vacilación, anticipo de los picados que el arma aérea introduciría en aquellas tierras pocos años después, para dar una pasada a ras de la cabeza del patriarca y llevarse entre sus garras el peluquín, como si del incauto ejemplar de la especie enemiga y depredada se tratara; pero al comprobar sin duda el engaño que había sufrido o el escaso valor de su presa y tras cobrar altura con una amplia evolución, con insultante desdén lejos de la mesa soltó el peluquín que vino a caer sobre la pista de bolos donde nadie se atrevió a recogerlo, en tanto el capitán salía corriendo en persecución de su pájaro, que fue a posarse en una rama más alta del mismo árbol y sumar su insolente mirada y su mortificante graznido al estupor de los comensales. Eugenio Mazón no pudo contener su risotada pero tampoco pudo acabarla; su primer impulso fue echarse hacia atrás y bascular la silla en un equilibrio inestable del que le sacó la bofetada de su mujer que dio con él por tierra; apenas se levantó desconcertado —en torno suyo se había hecho el vacío y del desaparecido capitán Asián sólo se oían sus furiosos silbidos del otro lado de un seto— cuando se vio de nuevo en el suelo, con la barbilla desencajada, a causa de un puñetazo que no llegó a ver seguido de unas voces que no llegó a interpretar, en un instante mística y oceánicamente alejado de aquel lugar, de aquellas personas y de aquel mundo.

De vuelta a Región se avino a aceptar todas las capitulaciones que le impuso el abogado de su familia política. Accedió a todo a cambio de verse libre de aquella pesadilla y a cambio de no volver a poner nunca los pies en Algorta donde dos mujeres muy distintas habían puesto fin —así quería creerlo— al capítulo de su vida conyugal. Tampoco Kerrera hablaba de eso; había llegado —o parecía venir todavía— de tan lejos y de una sociedad tan distinta a cuanto él conocía que bien podía vivir ilusoriamente ajena a su sexo, consecuencia de una intensa y no penosa sublimación de una primera juventud asexual que había de inaugurar la edad de la máquina y del

deporte, interrumpida por una guerra entre patanes. Detrás de ella había mucha tinta y bastante tetracromía; portadas de la novela del sábado y del cuento semanal que ensalzaban su arquetipo enfundado en un mono de piloto, la cabeza protegida con una gorra de cuero y un par de anteojos sobre su frente, momentos antes de subirse a una cabina de mandos para clausurar la terca y recalcitrante edad de la carne que como sus últimos vestigios solamente dejaría asomar dos pómulos turgentes, testimonios de la furiosa entelequia sepultada bajo el cuero y la razón. Ya no debía existir el sexo en Bélgica, había de pensar poco después. Sin embargo —le habían dicho— no se hartó de disparar su naranjero desde las ventanas de la Colonia y cabe decir que no tanto contra los navarros y los regulares que enfrente corrían de un lado a otro y de tanto en tanto asomaban tras sus escondrijos como los muñecos de una barraca ni contra su tosco, histérico e intransigente empeño de restaurar contra toda lógica de la historia el imperio del atraso sino más bien contra su propia carne asexuada, su no mudo ni parlante fraticida adversario decidido a teñir de sangre los fastos inaugurales de la edad de la máquina; y que los había celebrado a horcajadas del alemán —el mayor de los Strausse quien no por eso había dejado de disparar a ciegas sobre todo aquello que se moviera unos metros más adelante; sentado sobre un taburete, con las piernas estiradas, con el culatín de la *Vickers* incrustado en el omóplato y los dedos de ambas manos furiosamente imantados al gatillo de la máquina de la que ya no se separaría sino para engendrar al nuevo centauro que pronto había de dejar atrás, dilatado como todo momento que perdura pero breve como todo que ha pasado, el torpe instante del guerrero; tal vez se despidió del sexo frente a aquella ventana, a horcajadas sobre el alemán; fue ella quien lo quiso, quien tomó la iniciativa, virilizada por su iniciación en el fuego, transmitido a todos sus órganos el eretismo del subfusil que dejó en el suelo, al tiempo que el mono, para montarse encima del alemán —que no dejó de disparar— y buscar con ambas manos la pieza cuasiporcelánica que hundió en su trémula y resurrecta carne en busca de una agonía acelerada al compás de las trepidaciones de la *Vickers*.

\* \* \*

Al día siguiente llegaron a Otramazón; tuvieron que preguntar por el camino que Eugenio ya no recordaba pues no había vuelto allí desde niño, el primer varón de la rama regionata de los Mazón que pisó aquella casa gracias a la amistad de su madre con Tinacia. Entraron de sopetón y Cristino que trató de salir a su paso fue echado a un lado y encañonado. Tinacia se hallaba sentada en un sillón de mimbre de respaldo alto, con la nuca apoyada en un almohadón y las manos extendidas sobre los brazos, como si posara para un retrato. No apartaba la mirada del ventanal (sólo acertaba a ver las copas desnudas de algunos álamos y la silueta de la sierra de color pizarra

bajo un cielo frío alimonado) y tardó en contestar, después de observarle de refilón un largo instante:

—Te has equivocado —le dijo, con tono adusto—; te has vuelto a equivocar.

—Explícame entonces de dónde ha salido esa medalla —insistió Mazón.

Había reconocido que se trataba de una joya de la familia, idéntica a otra que había pertenecido a Tinacia y que ésta había regalado a su madre como testimonio de la reconciliación que auguraba su amistad.

—No tengo nada que explicar —dijo ella—. No voy a explicar nada que no puedas saber por ti mismo. Pregúntaselo a tu madre. Lo único que te digo es que te has vuelto a equivocar. Es lo único que sabéis hacer los hombres de la familia.

Era una medalla de oro de primera comunión, inusualmente grande, con la imagen de la Virgen del Roble y las iniciales C. M. grabadas en el dorso, seguidas de una fecha apenas descifrable.

—O a Cristino. Pregúntale qué año hizo la primera comunión, si es que la hizo. Pero lo que sí te puedo asegurar es que la familia ya no tenía medios para hacer una medalla como ésa.

—¿Y entonces?

Tinacia no salió de su mutismo, su mirada devuelta al cristal de color de acero en el que la última luz de la tarde destacaba unas rayas grabadas de acuerdo con un orden enigmático.

—Él no tiene nada que ver con eso —dijo al fin—. Te repito que esa mujer nunca estuvo aquí.

—Tinacia —dijo Eugenio tras una larga consideración—: Es una prueba más que suficiente para mandarlo al paredón.

—Te equivocarás —respondió sin mover un músculo ni retirar la mirada del cristal—; te equivocarás una vez más, como todos los Mazón.

—Si no lo hago es por ti.

—Por mí no tienes que hacer nada. No quiero que hagas nada —insistió ella sin mudar el gesto—. Si lo haces como si lo dejas de hacer será solamente por ti. Y, entiéndelo, hagas lo que hagas nunca te deberé nada.

Eugenio calló, con la medalla entre las manos. Tal vez lo que había tomado como 1908 podía ser —bien mirado— 1868, a causa de unos guarismos semiborrados, quién sabe si intencionadamente. En efecto, hacia 1875 había desaparecido un niño llamado Cristino Mazón —primo hermano del padre de Eugenio y llamado a ser el cabeza de familia de la «otra» rama Mazón— a consecuencia de una de las numerosas vindictas en que se vio envuelta la familia en su segunda generación, durante la tumultuosa época que rodeó a la primera República; de manera recurrente se había dicho en el valle que el niño vivía en el monte en el más oscuro anonimato, acogido a la hospitalidad de unos pastores a fin de preservarle de una venganza más,

pero en todo momento dispuesto a volver a la civilización para reclamar su herencia, el puesto que le correspondía en la sociedad y tomarse venganza sobre los enemigos de su apellido, algunos de los cuales lo llevaban como primer nombre. La leyenda se transmitió sobre todo en los ámbitos ancilares —que la sabían conservar y legar con mayor rigor y encono que la propia línea familiar— en los que el juramento de la venganza no prescribiría jamás. Ni siquiera la evaporación de la fortuna —y la reducción de la antigua grandeza a la actual indigencia— sería razón suficiente para sobreseer el caso y cerrar aquel drama inconcluso, sino que, antes al contrario, para cierta clase de mentalidad el regreso de aquel niño y su venganza sobre el usurpador constituiría la única vía para el restablecimiento de un pasado esplendor empañado no por la historia ni por la fortuna, sino por la iniquidad.

—¿Y ahora? —le preguntó Juan de Tomé al verle salir—. ¿Qué hacemos con tu pariente?

—Hay que soltarle. No tiene nada que ver con esto —dijo Mazón.

—¿Y el chico? —preguntó de nuevo Juan de Tomé.

—Nos hemos equivocado —dijo Mazón, ansioso de subir al coche y abandonar aquel lugar.

—Canalla —dijo Cristino, cuando se vio con las manos libres—. Malditos sean todos tus muertos.



## LIBRO DÉCIMO

*El despliegue de la CCIII Brigada Mixta. El avance desde Santa Quiteria. La entrada en Entreforte y los combates en Feltre. División de la Brigada en dos destacamentos. Diversas clases de dudas de Mazón ante las propuestas de Arderius. El ataque a Latonar y su conquista. Todo ello en breves días. Frutos y Valbuena.*

**E**n la noche del 24 al 25 de marzo inició su despliegue la CCIII Brigada Mixta al mando de Eugenio Mazón. Partiendo de sus diferentes puntos de concentración en torno a Sepulcro Beltrán el grueso de las fuerzas —caminando de noche y siguiendo itinerarios distintos, señalados con diversos signos y dirigidos por las patrullas y guías destacados a lo largo de los mismos y dirigidos por Juan de Tomé— debía según la Orden del día ocupar una línea de cerca de dos kilómetros de extensión en la divisoria de las aguas, al sur de Punta Muleta y a ambos lados de la fuente de Santa Quiteria.

El viernes 25 de marzo amaneció soleado, animado por una brisa del noreste. A las siete de la mañana ordenó Mazón que dos batallones de infantería del Regimiento número 5, mandado por Ramón Alday, acompañados de tres secciones de ametralladoras, avanzasen sin mayor dilación hacia la fuente y, una vez rebasada, se introdujeran en el bosque de Viande para cortar el camino forestal de Feltre. El flanco derecho del avance quedaría protegido por un tercer batallón, constituido en esencia por los elementos del Dominó y mandado por Enrique Ruán, y el 2.º Escuadrón de Caballería, y cuya misión consistía en situarse en el camino de El Auriga más o menos en el mismo momento en que la fuerza central debía hacerlo en el de Feltre. El resto de las fuerzas, al mando directo de Mazón, quedaba por el momento en situación de reserva para acudir en apoyo de cualquiera de los dos frentes de avance y a la vista de la resistencia enemiga y de los resultados obtenidos por cualquiera de ellos.

Reservando para sí las fuerzas más ágiles y diestras contaba Mazón con despertar la resistencia enemiga en dos puntos aislados y bastante distantes —aunque mucho más guarnecido de acuerdo con sus informaciones, el de su izquierda— para cruzar entre ellos y dirigirse con resolución hacia Entreforte, equidistantemente situado entre las dos puntas de lanza, y volcarse en aquel pueblo cuando mayor fuera la confusión causada por la irrupción de sus dos alas. Una vez roto el frente y en sus manos el glacis de todo el sector, contaba con volver sobre sus pasos y atacar por su retaguardia aquel punto de cualquiera de sus flancos que hubiera resistido el empuje inicial. Un despacho enviado por Chacón y recibido a primeras horas de la tarde del viernes, en el que le comunicaba que el 2.º Escuadrón había alcanzado el camino de El Auriga sin haber detectado la menor actividad —ni siquiera de patrullas— por parte del enemigo, le llevó (espoledo sin duda por la confirmación de sus primeros supuestos) a mover sus peones en la dirección que en secreto se había trazado, en uno de esos gestos con que el fautor pretende movilizar los acontecimientos cuando sólo responden de mala gana a los estímulos y deseos incoados. Pero antes de que cayera el sol y habiendo realizado la mitad de su camino hacia Entreforte, llegaron a sus oídos los ecos del combate de Feltre, por lo que decidió suspender la marcha y esperar la llegada de noticias de Alday —hacia quien despachó dos mensajeros— en

un punto desde el cual pudiera acudir en su apoyo en un plazo no mayor de dos horas si las circunstancias así lo aconsejaban. Entrada la noche cesó aquel eco y antes de ordenar la acampada despachó un tercer mensajero hacia su segundo, inquieto por la incomparecencia de los dos primeros, a fin de estar informado de su avance antes de emprender el suyo propio a primeras horas de la mañana siguiente.

El segundo enlace llegó a medianoche para informarle que una avanzada del primer Batallón había topado con unas patrullas enemigas que abrieron fuego y hostigaron su avance antes de retirarse a Feltre donde a buen seguro habían alertado su guarnición. Que nada anómalo había ocurrido sino que Alday había retenido sus mensajeros hasta llevar a cabo la aproximación a Feltre y poder enviarle noticias más sustanciosas sobre la situación del pueblo, pero que la llegada del tercero le había impulsado a despachar el segundo para calmar la impaciencia de su superior. Por consiguiente, era de esperar que todas las fuerzas enemigas hubieran sido puestas por radio en situación de alerta y al tener que prescindir del efecto de la sorpresa había optado Alday por cambiar el rumbo y reanudar la aproximación al pueblo por el sur, a fin de consolidar una posición en las dehesas de Situación que dominaban las laderas de acceso al pueblo. No le supieron mal tales noticias a Mazón; no sólo denunciaban la confianza de su segundo para llevar a cabo su misión —y hasta una capacidad de improvisación que nunca había puesto de manifiesto (y que su jefe podía interpretar, de manera bastante halagüeña, como el resultado de un largo aprendizaje a su lado) —, sino que eran exactamente lo que estaba pidiendo, convencido de que en un momento de urgencia la más pronta ayuda a Feltre sólo podría llegarle por el camino de Entreforte, tan cerca ya de la línea del Lerna como para que su guarnición —o lo que fuera— se desentendiera de su defensa para acudir en socorro de su vecinos. Todas las razones, así pues, se acumulaban en pro de una acción inmediata sobre Entreforte, tanto para cortar la carretera que le une con Feltre e impedir la marcha de una columna de socorro hacia este último punto, tanto para hacer frente a su guarnición en campo abierto si así se conducía, tanto para obedecer a las líneas cursoras con que había trazado su plan. Así pues, y sin mayor dilación, ordenó al Regimiento número 1 (Blanco Barragán) que avanzase en descubierta sobre Entreforte —siguiendo un itinerario algo desviado para dominar, sin cruzarla, la carretera de Feltre en tanto no se advirtieran movimientos del enemigo—, sin dejar de apoyarse en su flanco derecho con el resto de la infantería de la Brigada y para converger ambas formaciones en un punto inmediatamente al norte del objetivo.

Entreforte fue ocupado sin que se hiciese un disparo, en las primeras horas de la tarde del sábado 26 de marzo. Era el primer pueblo de una cierta importancia que caía en manos de los republicanos, la primera aventura regionata más allá de sus sierras que culminaba con un éxito tan rotundo como inesperado. La mitad del camino entre la divisoria de las aguas y el Lerna había quedado cubierta y en manos de los

hombres de Mazón caía un estratégico cruce de caminos, entre la montaña y el valle, que abría todo género de posibilidades a la campaña de maniobra concebida por su jefe. La supuesta guarnición no había existido nunca —pues como se demostró después su defensa estaba encomendada a la de Feltre, escogido por Macerta como bastión avanzado de todo el sector— y la captura no supuso gran cosa en efectivos militares: una veintena de prisioneros, cuatro ametralladoras y unos cuantos mosquetones, cajas de munición, una estación de radio y una camioneta. Por las declaraciones de los prisioneros —algunos de baja por enfermedad, el personal de comunicaciones y libranzas, otros hombres sin valor combativo— se vino a saber que, en efecto, en cuanto de Feltre se recibieron por el inalámbrico las noticias del ataque de la víspera, confirmadas después por la central de Macerta y acompañadas de la orden de marcha, una compañía del Destacamento de Saldaña había abandonado el pueblo con orden de dirigirse a la línea Feltre-Situación, para intentar la aproximación al primero. Estaba mandada por el capitán Salgado, un coruñés.

Por primera vez en muchos meses los hombres de Región tenían ante sí un pueblo por el que no parecía haber pasado la guerra, a no ser por unos pocos estarcidos y pintadas, una estación de radio y un cuartelillo dispuesto en una alquería requisada y que apenas habían alterado la fisonomía del pueblo. Un lugar, con sus huertos en orden y el ganado que mansamente volvía a sus cuadras y establos, por caminos de guijarros cubiertos de lodo negro, tras pastar en los prados tan sólo obediente al pastor; con sus graneros colmados, los bocoyes repletos de las últimas cosechas, los sobrados atestados de maíz, las bodegas cubiertas con montones de patatas y castañas, arrobas de garbanzos y alubias y filas de pernils y longanizas que colgaban de los secaderos; incluso con una buena provisión de aceite, bacalao, harina, azúcar y laterío, en el colmado de la plan. Un pueblo acostumbrado durante dos años a vender su producción —sin necesidad de acudir a los mercados ni de tratar con mayoristas— a los servicios oficiales de Intendencia y Abastos, y apenas alterado por una conmoción política personificada en un alcalde que bajo su traje de pana vestía la camisa azul con la misma impropiedad con que se disfrazaba de centurión para la procesión de Jueves Santo, y más que ocupado, animado por la presencia del personal de transmisiones de una estación de radio y la turnante estancia de una compañía de infantería que allí disfrutaría de unos días de vacaciones en servicios de rutina, se veía sin advertencia previa envuelto en una guerra de la que hasta entonces sólo había oído hablar. El saqueo fue completo, pero el camarada-señor Pou, secundado por dos administrativos que le había cedido Ponce de León y unos cuantos peones, se cuidó de inventariar toda la requisa, almacenarla en la parroquia y abonarla rigurosamente a sus propietarios con bonos extendidos por el Comité de Defensa que los expropiados guardaron sin mucha fe en su valor. Tan sólo detuvieron al alcalde y al secretario del Ayuntamiento, por sus respectivas condiciones de Jefes locales del Movimiento y de

las Milicias, y otros dos sospechosos de haber abrazado la causa de la rebelión, y con las mismas brochas con que embadurnaron los estarcidos y consignas del régimen enemigo, escribieron debajo sus propias y numerosas siglas y sus estáticos gritos de aliento a la República.

Unos pocos prisioneros —menos de la mitad— decidieron tomar las armas contra su anterior bandera; en la mayoría de los casos lo hacían más por miedo que movidos por sus ideales. Los telegrafistas y servidores de la estación —que contaba también con un heliógrafo— no lo dudaron un momento —acaso por conservar un empleo que les apartaba del mosquetón— y bajo el control de un oficial de la confianza de Juan de Tomé aquella misma tarde a las insistentes llamadas de Feltre respondieron que por allí no había novedad, a fin de confundir a su guarnición y no atraer sobre sí los refuerzos que con toda probabilidad Macerta empezaría a despachar en cuanto acertara a disponer de una clara información sobre el ataque.

A la caída de la tarde llegó Mazón en el *Lagonda*, acompañado de Recio, el capitán Arderius y dos tenientes, anticipándose al grueso de las fuerzas. Ni él mismo sabía muy bien qué se debía hacer con un pueblo recién ocupado, ni cómo debía proseguir ni en qué debía consistir la ocupación. Y más aún porque las medidas tomadas por Blanco Barragán —confiscar los bastimentos y animales de tiro, detener a las figuras políticas y comunicar por radio al bando enemigo que nada ocurría— le parecieron tan acertadas y tan valiosas para su ulterior explotación que llegó pronto a la conclusión que lo mejor que podía hacer con el primer pueblo ribereño ocupado por las fuerzas de la República, era no ocuparlo, al menos hasta que quedaran despejadas las incógnitas sobre el ataque a Feltre. Así que se limitó a recibir en el Ayuntamiento a una comisión de vecinos —la práctica totalidad del pueblo, con una mayoría de mujeres entradas en edad, enlutadas y silenciosas, cuyos hijos militaban con los rebeldes— para comunicarles que habían sido liberados por las fuerzas de la República, que por consiguiente la legitimidad había sido restaurada, que empero quedaba decretado el toque de queda y en consecuencia aquel que tuviera un arma de fuego —aunque fuera de perdigones— debía entregarla a la autoridad; que nadie debía salir de su hogar después de las seis de la tarde —cuando empezaba a oscurecer—, que hasta nueva orden quedaban suspendidas las faenas agrícolas más allá de las huertas aledañas y que nadie por supuesto sería autorizado a abandonar el pueblo de cuyo abastecimiento se encargaría la autoridad por la vía del racionamiento; montó una estrecha guardia a lo largo del perímetro del caserío, acuarteló los dos escuadrones en la alquería abandonada por la compañía enemiga, ordenó a todas las unidades el silencio telegráfico y se dispuso a pasar la noche en un catre de la dependencia del Ayuntamiento donde estaba instalada la estación de radio.

Toda la noche —turbada por el lejano picado de la fusilería, con un ritmo discontinuo pero no insistente, señal de que se trataba de una escaramuza de tanteo y

sin visibilidad— estuvieron escuchando las llamadas del puesto de Feltre que reclamaba a Macerta el envío de refuerzos a la mayor urgencia para resistir el ataque que, según sus supuestos, a lo más tardar se produciría a la mañana siguiente. Las respuestas de Macerta se oían muy mal, a pesar de que la noche estaba despejada; una voz imperfecta, átona y carente de flexiones —como la de un médium o un ventrílocuo— repetía una y otra vez la misma fórmula elaborada por la superioridad para acallar las insistentes demandas de los necesitados y, entre líneas, hacerles saber que su verborrea radiofónica o telegráfica podía ser de mucha utilidad para el enemigo.

De haberlo querido, con una información en su poder lo bastante precisa como para intentar el golpe de mano con buen número de garantías, aquella noche podía Eugenio Mazón haberse apoderado de Feltre a un precio más que razonable, sin más que retener en Entreforte una guarnición de circunstancias y desplazar, al amparo de la oscuridad, la masa de sus efectivos para completar el asedio del pueblo y lanzar un ataque múltiple con tal superioridad de medios que bastarían unas horas —quizá ni eso— para la capitulación de los sitiados. Tal había sido, en efecto, su primera previsión que a no dudar fue alterada por la inesperada captura de Entreforte y la posibilidad que le ofrecía de proseguir su maniobra en campo abierto. Con la captura de Feltre habría conseguido el dominio de una banda de siete kilómetros dominando los accesos occidentales al Lerna al sur de Macerta al tiempo que cortaba la comunicación entre ésta y La Requerida, un acierto estratégico de primera magnitud y consecuencias imprevisibles tanto para la defensa de Macerta como para la de Socéanos. Ése era en esencia el objetivo de su diversión y el efecto de tal amenaza, sostenida a lo largo del fin de semana, habría creado el clima óptimo para el lanzamiento del ataque sobre las defensas de Socéanos previsto por el Comité para las primeras horas del domingo. Si no lo hizo así no fue porque no lo pensó a lo largo de aquella interminable vigilia y en dos ocasiones —un poco pasada la medianoche y en los albores de la mañana— a punto estuvo de dar la orden de marcha cuando —sin duda obedeciendo órdenes en clave— se abrió un sospechoso paréntesis de silencio telegráfico entre Feltre y Macerta. Para entonces había ya obtenido la evidencia de que, agrupando todas sus fuerzas desplegadas entre ese primer punto, las dehesas de Situación y los alrededores de Entreforte, en el espacio de dos horas podía enfrentarse con los defensores de Feltre con una superioridad cuando menos de cinco a uno y una incomparablemente mayor potencia de fuego. No le arredró el combate ni la repugnancia por llevar adelante un ataque frontal contra un pueblo que por su situación elevada respecto a su alfoz ofrecía inmejorables condiciones para la defensa, sino el temor de que una resistencia tenaz podía clavarle al terreno, hacerle perder una o varias jornadas y, si Macerta enviaba refuerzos, obligarle a aceptar una batalla de desgaste que diera al traste con su soñada campaña de movimientos. Por

otra parte, la tropa sufría los efectos de una jornada agotadora y no aceptaría de buen grado rehacer sus pasos, monte arriba, para dirigirse a un objetivo que ya consideraba rebasado. Por una vez Mazón dio entrada al deseo para modelar su pensamiento y determinó que el Regimiento número 5 a las órdenes de Ramón Alday se bastaba para liquidar la resistencia de Feltre y así podía él disponer del resto de las fuerzas para proseguir el avance. Así que aquella noche no sólo rechazó el señuelo que se le ofrecía, sino que se decidió por aquella solución que obligaba a los otros a clavarse al terreno, abierto ante sí todo un teatro de operaciones por el que moverse a su antojo y aun a costa de un considerable sacrificio que no tuvo el menor reparo en llevar a cabo.

Semejante decisión sería el objeto de toda clase de críticas y censuras después de la campaña y no sólo por parte de quienes sufrieron directamente sus consecuencias más adversas, sino también por quienes lejos de aquel teatro, operando en otros sectores que poco o nada se verían afectados por tal decisión, a la hora de buscar las causas y responsabilidades del fracaso de la ofensiva quisieron ver en aquella maniobra tan poco ortodoxa el origen de los posteriores descalabros. Pocos serán los que mencionen los inmediatos éxitos que cosechó con tal movimiento, oscurecidos por el resultado final; ni Mazón ni sus adjuntos y colaboradores demostraron después, al término de la campaña, el menor deseo de entrar en discusiones y participar en el juego de búsqueda de responsabilidades, pues aceptaron el resultado en la seguridad de que nadie había hecho tanto como los hombres de la CCIII para obtener uno muy distinto. En la reunión de La Mesquida se quejaría Mazón, como no podía ser menos, de la pasividad de la CCII en el momento más crítico del avance de la CCIII; en ningún momento, sin embargo, se dejó llevar por los resentimientos para censurar la incapacidad de aquella fuerza para bascular el frente de Socéanos; pero sí para señalar el hecho de que hubiera remitido su empuje en el momento en que urgía la máxima presión. El fracaso de la misión encomendada a Baldur —que jugaría un papel parecido al de la famosa *note á crayon* de la jornada de Waterloo, invertidas las funciones de ambas brigadas como consecuencia de la penetración de la CCIII— constituía la mejor prueba de descargo respecto al alcance de sus medidas tácticas. Muy posiblemente Mazón y Arderús, de consuno, lo habían comprendido así cuando ya habían rebasado de lejos los objetivos propuestos en tanto Julián Fernández, incapaz de incorporar el papel de Grouchy ni siquiera en la tardanza, no había alcanzado ninguno de los suyos, coartado por las disidencias políticas y ofuscado una vez más por la gobernación militar de Región. Cabe pensar que Mazón despachó a Baldur justamente para que fracasara, pues de haberse inclinado por una embajada más apremiante y persuasiva —y que a la fuerza tenía que llegar hasta el viejo Constantino— habría optado por otra persona ya que no él mismo, mucho más capacitado para convencer en Región de la necesidad de mover a la CCII que

imprescindible en La Mesquida para acompañar a la CCIII. Pero con el fracaso de la misión Baldur, qué duda cabe, obtenía un doble beneficio: de un lado, la imputación de la responsabilidad del resultado final hacia aquellos que no se habían movido; de otro, más importante y más celosamente escondido, la garantía de la inmovilización de las fuerzas rebeldes en Socéanos que de haber abandonado sus posiciones bajo la presión de la CCII sólo habría sido para aplastar y barrer a la CCIII, diseminada en torno al punto Antón. En definitiva, el veredicto final acerca de un hecho así, tan controvertido, no se halla ni se hallará en ninguna parte porque para cada momento la historia tiene muchas explicaciones pero una sola salida que al tiempo que acapara para sí todas las causas eficientes que la determinaron, priva de verosimilitud a todas las demás.

Para las primeras horas del domingo —y coincidiendo con la iniciación del ataque a Socéanos— ordenó Mazón la celebración de un cónclave al que concurrirían los jefes de todas sus unidades y sus consejeros, y el Estado Mayor de la Brigada y que tuvo lugar en un escondido molino sobre el arroyo de Flójar, aguas arriba de Entreforte. Eran veinte hombres que apenas cogían en un cobertizo atestado de toda clase de bultos, trastos y enseres y en el que para organizar la reunión tuvieron que hacer con unos tablones y unas borriquetas algo parecido a una mesa y unos asientos, operación que les llevó buena parte de la mañana. La reunión se inició con el informe —solicitado por Mazón— de Ramón Alday (aquel hombre jovial, en cuyo espíritu no había espacio para los contratiempos) acerca de la situación en Feltre y sobre las posibles necesidades y refuerzos que precisaba su Destacamento para consumar la liquidación de la resistencia enemiga en el curso de las próximas veinticuatro horas, es decir, cuando de acuerdo con los supuestos, más intensos debían ser los ataques de la CCII y más crítica la situación de los defensores de Socéanos. No había terminado de exponer su breve informe cuando intervino el capitán Arderius para preguntar si a quince kilómetros a vuelo de pájaro y separados por bosques de tal magnitud, se habían de enterar en Entreforte de lo que ocurría en Socéanos, y viceversa; y si —en caso negativo y ya que a aquellas horas el ataque tenía que haber comenzado— no sería aconsejable romper el silencio telegráfico y radiofónico para saber con exactitud lo que estaba ocurriendo en el otro frente. Fue una de esas intervenciones desafortunadas que levantó un sinnúmero de cuestiones sobre detalles de poca monta e imposible remedio, acerca de los cuales nadie había pensado o si lo había hecho lo había delegado al celo o a la improvisación del momento, que desviaron la atención sobre el asunto primordial de la convocatoria y al que difícilmente se podía volver si previamente no quedaban despejadas algunas incógnitas que nadie podía resolver con los datos e informaciones que allí se manejaban. Se dijo que el fuego de fusilería de Feltre bien podía pasar inadvertido para los de Socéanos pero no así el de las granadas ni el de la artillería —aun la de menor calibre— que incluso con el viento



en contra llegaría a sus oídos y a tenor de ello fue el propio Alday —secundado vigorosamente por el comandante Ubaldo— quien propuso, sin más tardanza, trasladar las piezas y abrir un fuego de barrera con el doble propósito de anunciar a los del puerto la intensidad del ataque y aplicar a los de Feltre un severo castigo antes de lanzar la infantería al asalto del pueblo. La propuesta encontró una fuerte oposición en el resto por muy diferentes razones —la ineficacia del fuego indiscriminado sobre un caserío desnivelado, el hecho, harto demostrado, de que ciertos escombros facilitan la resistencia y entorpecen el asalto, la escasez de la munición artillera, la necesidad de reservarla para momentos más idóneos, la futilidad de malgastarlo en parte como señales, en el vano intento de forzar el lanzamiento de un ataque en una hora que bien podía no coincidir con las disposiciones tomadas por la CCII— que sólo sirvieron para poner de manifiesto los numerosos cabos que habían dejado sueltos y las deficiencias de todo orden que iban a padecer desde el primer día como consecuencia de la falta de comunicaciones con el sector de Julián Fernández. Y todo ello concluyó en la impaciencia de unos y otros que veían cómo se escapaban las horas del domingo sin llegar a ningún resultado y, sobre todo, de Eugenio Mazón que no podía apartar el recuerdo de las interminables e inconcluyentes sesiones del Comité para huir de las cuales en parte estaba allí y una y otra vez recapacitaría sobre el juicio de Jomini acerca de los Consejos de Guerra que en una de las sobremesas en Escaen le había confiado Ricardo Ruán.

Las propuestas más sensatas procedían de Arderíus, al que Mazón tenía siempre a su lado lo que, unido a su convincente manera de hablar (en parte gracias a su acertado uso del menosprecio) y las críticas que le merecían cuanto no concertaba con su manera de pensar, le aureolaba de un considerable prestigio (entre los mandos se le consideraba el verdadero cerebro de toda la operación) y otorgaba a sus opiniones un peso que pocos podían levantar. Por otra parte, Mazón nunca le contradecía delante de testigos y sólo en secreto —sin otros confidentes que Ruán y Vallejo Román, a cuyos servicios había tenido que renunciar por haber sido destinado al Estado Mayor de la Brigada Mixta CCII, en aquel reparto de oficiales de alta graduación— tomaba sus decisiones en el sentido si no opuesto sí el más distinto al insinuado por el madrileño. Pues a pesar de tenerlo vigilado noche y día —y a partir de las primeras fechas de aquel mes tal vigilancia la tomaría sobre sí, decidido a mantenerlo siempre a su lado con el pretexto de necesitar en cualquier momento su consejo— recelaba tanto de él y de tal manera temía su habilidad para llevar las cosas a su terreno sin que nadie pudiese levantar la menor sospecha acerca de su intencionalidad, que no podía arriesgarse a tenerle informado de una medida cualquiera de cierta trascendencia, sino cuando ya estaba poco menos que en ejecución. Habían consumido Mazón y Ruán muchas horas de su tiempo dando vueltas a cualquier insinuación de Arderíus para, desde ese punto de partida,

introducirse en el laberinto de las posibilidades con la vista puesta en el punto de llegada, esto es, su intención última y desde ésta rehacer el camino a fin de trazar el itinerario que condujera al punto más opuesto; nunca lograron gran cosa, nunca pudieron presumir de haber acertado plenamente en sus pesquisas y, por el contrario, en más de una ocasión hubieron de reconocer —cada uno para sí— que el único provecho de tal ejercicio no consistiría sino en el hallazgo de valiosos pormenores que no habrían saltado a su vista de no haber sido espoleados por tan conjetural temor.

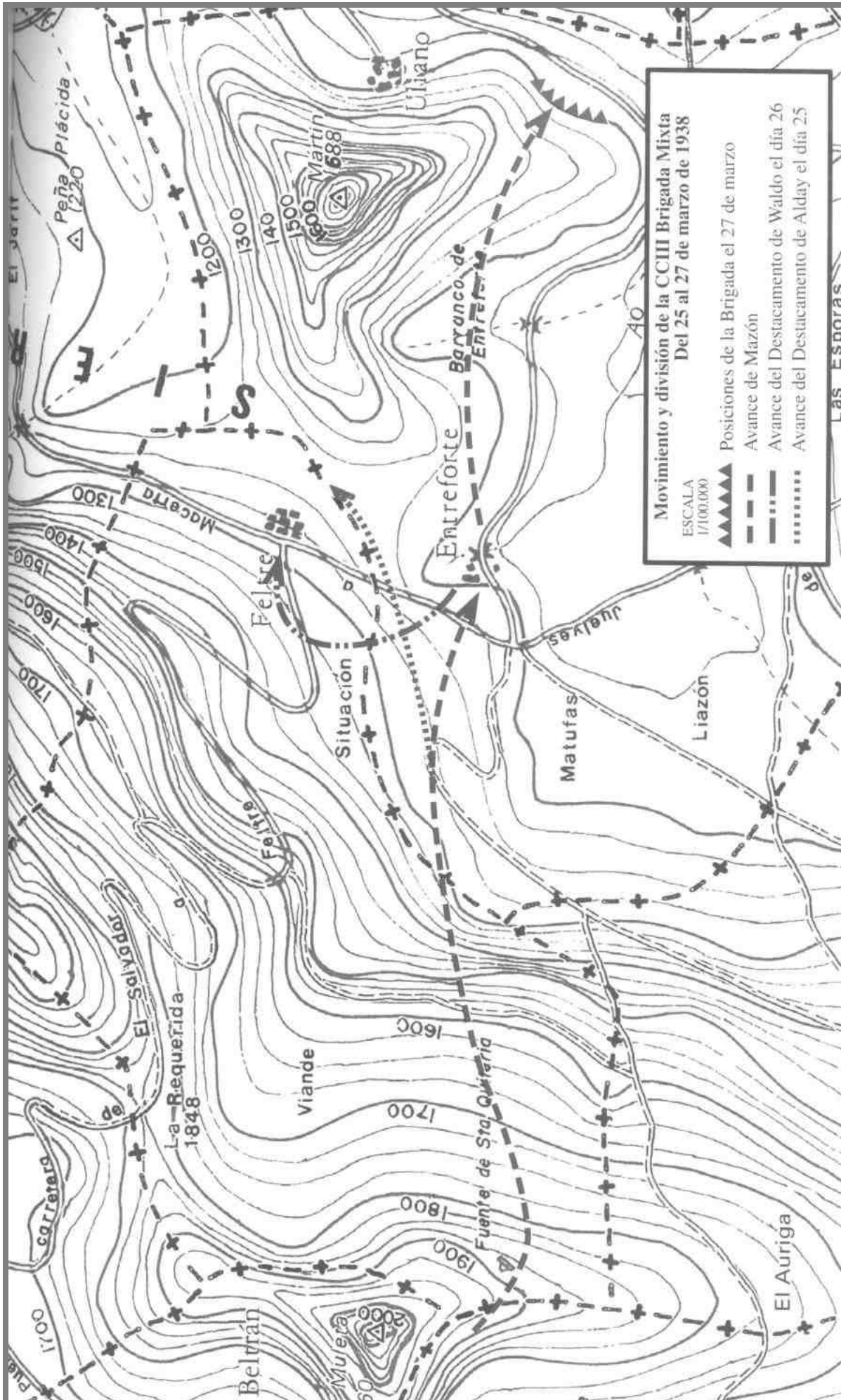
Ahí en parte radica una de las razones que explican la conducta de Mazón durante la primera parte de la campaña, salpicada de aquellas improvisaciones, pasos atrás e imprevistas decisiones que hicieron de él un jefe a la antigua, cada día menos comprendido, mejor obedecido y más exaltado en tanto fue cosechando éxitos, más denostado en cuanto la fortuna le volvió las tornas. Mazón jugó siempre de la misma manera y su virtud no fue acertar en algunas ocasiones y fracasar en otras; por así decirlo ni se encendió ni se apagó su estrella pero, en parte como consecuencia del acoso al que a sí mismo se sometió por la compañía de Arderíus, condujo la campaña con un sello tan personal que el soldado llegó a identificar la fortuna con él, para seguirle en la victoria y abandonarle tras la rota.

Tampoco podía inclinarse siempre por la oposición a Arderíus, demasiado sobrado de luces como para haber pronto advertido la verdadera causa de tan señalada y sistemática conducta y buscar con un nuevo ardid el remedio al descubrimiento de su doble condición. De vez en cuando tenía que otorgarle su confianza a fin de mantenerlo engañado y convencido de que el único que engañaba era él; sabía Mazón que el día en que Arderíus comprendiera (o acerca de ello abrigara sustanciales sospechas) que su colaboración con el enemigo había sido descubierta (y no tardaría en remitir la fecha de tal descubrimiento a su última delación, con las pertinentes consecuencias que de ello derivara) no tendría más remedio (Mazón) que liquidarlo, aun a costa de perder aquella oportunidad suprema para la que, con tanto esfuerzo y sacrificio, le tenía reservado. Por eso se veía obligado a dar una de cal y otra de arena, a seguir la línea de la desconfianza en una ocasión y la de complacencia en la siguiente; y siempre privado la seguridad en el acierto, tanto en una como en otra, a tal punto de incertidumbre conduce la obediencia a una regla dictada desde fuera; y cuando se trataba de una cuestión de importancia o bien se desentendía de él o bien lo traía a su lado, de manera privada, y a lo largo de una ficticia y abierta discusión procuraba llevarlo a su terreno haciendo uso de las maneras más persuasivas que a veces, para atribuirles mayor enjundia, tenía que revestir de un cierto dramatismo.

Arderíus opinaba que a la vista de las informaciones captadas por la radio y recogidas por las patrullas y avanzadillas, la situación de los defensores de Feltre era

poco menos que desesperada y que Macerta prefería dar el pueblo por perdido antes que diseminar sus efectivos ante la sospecha de que la penetración por aquel punto no fuera más que una finta para distraer su atención del ataque principal; opinaba también que Gamallo no movería un solo peón en tanto no contara con una sólida apreciación del conjunto de la ofensiva y que aquel momento ambiguo —sin haber tomado cuerpo todavía la acción de Socéanos— era el óptimo para conservar la iniciativa; opinaba que en tales condiciones todo invitaba a lanzar al asalto de Feltre el grueso de la brigada aquel mismo día o en las primeras horas de la mañana del siguiente, cuando contaban con una abrumadora superioridad, pues no sólo una vez conquistado ese punto tendrían en sus manos todo un sector —desde Entreforte a Feltre— lo bastante amplio como para elegir a su antojo el frente de ruptura y avanzar hacia el Lerna en la dirección más vulnerable, sino también porque con tal despliegue mayor sería el efecto de la finta y mayor, por tanto, la posibilidad de que el simulacro atrajera la atención de Gamallo y le moviera a desplazarse de la más inconveniente y desacertada manera.

Las palabras de Arderíus apenas tuvieron réplica. La mayoría se mostró de acuerdo con su opinión y los que no lo estaban no lo pusieron de manifiesto. El poder de una opinión de esa naturaleza no radica tanto en la dificultad de encontrar argumentos opuestos cuanto en hallar un tono y unas palabras a la altura de las primeras, que si no la alcanzan sólo servirán para desvirtuarse a sí mismas. La reunión fue brevemente interrumpida por una pasada de la aviación enemiga, dos grupos de tres cazas Fiat que aparecieron en el horizonte volando bastante bajo en dirección sureste —sin duda en misión de reconocimiento— y tras merodear por el valle rehicieron su camino para sobrevolar de nuevo Feltre. Una misión de reconocimiento y apoyo moral a los sitiados; una prueba más, apuntó Arderíus, de la prudencia con que Gamallo se tomaba el asunto. Mazón no quiso replicarle por el momento y, sin saber qué partido tomar, aprovechó el paréntesis creado por la aviación enemiga para suspender por unos minutos la reunión. Aunque aparentemente la postura de su consejero no tenía vuelta de hoja sabía que tenía que replicarle pero ignoraba cómo y no deseaba hacerlo delante de todos. Se sentía incómodo, poco menos que cogido en su propia trampa y agobiado por la triple sensación de: a) estar perdiendo horas decisivas; b) por culpa de tal agobio verse obligado a tomar una medida contraria a su sentir; c) dejarse arrastrar a una resolución sin vuelta atrás. «Bien», dijo de pie junto a la puerta del molino, «atacaremos Feltre mañana por la mañana. Hay que redactar el plan de esa operación que quiero ver dentro de una hora. Enrique, ven un momento». Ambos salieron al soto a deliberar —«cuestiones casi personales»—, alejándose por la línea del caz hasta perder de vista el molino.



---

Era una de sus maneras características de actuar; abandonar en manos de otros toda tarea —por importante que fuera— que no despertara su interés o contradijera sus convicciones. Bajo los desnudos chopos del soto confió a Ruán lo que pensaba; que si giraban hacia Feltre y dando por supuesto que lo llegarán a ocupar —y más aún si en la demostración hacían gala de todos sus efectivos— no tardaría Gamallo en detener su avance, en clavarlos al terreno y en echar por tierra sus sueños de una campaña de acoso con grandes y rápidos desplazamientos; que en un combate de posiciones Gamallo podía contenerlos con una fracción de su fuerza y que no era lícito desarrollar los propios planes como si el enemigo conociera a la perfección las últimas intenciones de los mismos; que a las dos horas de perder Feltre, Gamallo — por mil razones, entre las que no serían las menos poderosas la habitual respuesta «rifeña» del mando rebelde a una ofensa de tal naturaleza o el temor a la reprimenda (y el consiguiente traslado) por parte de las más altas instancias del mando enemigo — haría todo lo que estuviera en su mano para reconquistarlo y que si no lo había hecho con Entreforte era porque no se había enterado de que lo había perdido. Y por último, que no podía alcanzar a comprender la razón que movía a Arderius para preconizar esa maniobra que tan bien convenía a sus ideas, pues si en verdad, como tantas veces había sostenido en el Comité y fuera de él, no abrigaba la menor confianza en las suyas (las de Mazón) no acertaba a entender por qué para perseguir sus fines no las apoyaba y aun fomentaba. «Resulta difícil entender a ese hombre», dijo Mazón a Ruán, de vuelta al molino. Por una vez Ruán hizo un comentario: «Puesto que tiene que pensar en dos terrenos, tal vez piensa más que nosotros». Por la mueca con que le respondió el otro, comprendió que la apostilla no le había agradado pero aun así dijo: «Es posible».

De vuelta al granero del molino, Mazón tras resumir —de manera más tímida y atemperada— lo que había confiado a Ruán, aludió de nuevo a la prioridad que había que conceder a la libertad de movimientos de la Brigada, pero pronto su alegato fue contestado y subrayado por Arderius, quien adujo que la conquista de Feltre era un requisito indispensable para incoar, garantizar y ensanchar esa libertad que no sería tal si la Brigada en sus movimientos dejaba atrás un bastión en manos del enemigo que, a la hora de la contraofensiva, utilizaría como yunque. Y citó el caso de Dinant. La discusión —que llevaba el mismo camino que la anterior— fue cortada por Mazón con muestras de evidente impaciencia al dirigirse a Ramón Alday para que expusiera el plan que le había requerido y una apreciación, lo más detallada posible, de las fuerzas imprescindibles para llevar a cabo el ataque el lunes por la mañana. Al hacerlo así no sólo se dirigía al supuesto responsable de la operación, sino al más condescendiente; a Alday le sobraban las buenas intenciones; se conformaba con cualquier cosa y nunca se detenía a considerar las dificultades que ofreciera la misión

que le encargaran; se diría que sabía de antemano que eran insuperables y que todos los días había que fracasar, que todo mal resultado era cuestión de rutina; había sufrido numerosos tropiezos pero era incorregible, no acumulaba experiencia; un informe saturado de frases hechas era todo lo que necesitaba para superar un paso en falso y prestarse para la nueva aventura, en las mismas condiciones que la anterior. No en vano procedía del caótico grupo de Estanis que lo había perdido de vista con alivio y Pou lo había acogido convencido de que, por su carácter, con frecuencia injustamente había sido el chivo expiatorio de las faltas de otros. Su segundo, Garrido, no podía ser más distinto. Era eficaz pero adusto y esquinado, sólo tenía ojos para las dificultades y de ahí que formaran una pareja siempre en pugna pero bien complementada; a Garrido ningún plan le parecía suficientemente elaborado y no desaprovechaba una ocasión para lamentarse de la penuria de las dotaciones, de la desproporción entre los objetivos buscados y los medios movilizados para alcanzarlos. Tenía alma de funcionario malhumorado, que a lo largo de todo el día no deja de manejar papeles de un despacho a otro, que sólo puede hacer su trabajo si viene acompañado de desaires y malos gestos, que en el cenicero tiene siempre un cigarrillo mediado y apagado, que encenderá de nuevo sin el menor regocijo antes de salir en busca del siguiente dossier; era el Estado Mayor del Destacamento de Alday.

Por la mañana Alday se había mostrado dispuesto a llevar adelante el ataque con lo que le había ofrecido Mazón, casi un tercio de la Brigada. Pero a la vuelta del pequeño intermedio en el soto las cosas habían cambiado. Como decía con frecuencia el viejo Constantino en el Comité, un plan sólo sirve para comprender que no se puede llevar a cabo. Las protestas, la insistencia y el enconado empeño con que Garrido —olímpicamente apoyado por Arderius— reclamó mayores contingentes, impulsaron a los presentes a incrementar los efectivos hasta formar una unidad de entidad superior, con casi la mitad de la infantería y la artillería, que reclamaba a su cabeza un hombre de más experiencia y graduación que Alday. En aquel molino del barranco de Flójar se llevó a cabo, por consiguiente, la partición de la CCIII Brigada Mixta en dos destacamentos: el primero a las ordenes directas de Mazón que aprovechó el momento para, inesperadamente, nombrar segundo jefe a Ramón Alday, quién sabe si para demostrar de esa manera indirecta su disconformidad con las resoluciones adoptadas; el segundo bajo el mando del comandante Ubaldo y asistido en calidad de comisario —una figura que se introdujo en el Ejército de Región cuando estaba a punto de extinguirse en el resto de la Península— por Damián Fayón, hermano menor de un conocido periodista que por entonces ascendió los peldaños de su carrera política en la Presidencia del Gobierno. A los ojos de algunos el nombramiento de Alday se lo sacó Mazón de la manga en un arrebató y para contar con un hombre que hiciese el trabajo de rutina; para otros no tenía otra finalidad que tener bajo su mando directo un responsable al que poder cargar con las culpas,

sustituir y hasta eliminar si las cosas venían mal dadas. Nadie en la Brigada, en definitiva, demostraba gran aprecio por Ramón Alday, al que se le miraba como un advenedizo, hombre poco competente y por si fuera poco un tanto alocado. En contraste, el comandante Ubaldo tenía fama de hombre duro; durante mucho tiempo había estado esperando una oportunidad como aquélla —el mando único, suprema aspiración de tanto cabecilla— y no hay duda de que había intrigado con Garrido, e incluso con Arderús, para conseguir aquel incremento de la columna que colocaría bajo su mando; era hombre agreste y felino, pequeño de estatura, de ojos claros y pelo rubicundo, que hablaba siempre por giros y trataba al personal de muy distinta manera según estuviese por encima o por debajo suyo<sup>[31]</sup>. Firmaba Waldo.

Aquella misma noche del sábado —y con excepción de las fuerzas destacadas en Feltre y Entreforte— volvió a ponerse en marcha la CCIII Brigada Mixta que como tal no volvería a reunirse nunca. En dos columnas y al amparo de la noche inició su marcha aquella heteróclita *landsturm* de Mazón, encabezada por los dos escuadrones de caballería que habían acaparado para sí toda la marcialidad y la uniformidad que el valle del Torce podía acreditar; por delante pasaron los motorizados, una veintena de camiones diversos, cuatro turismos destartados y señoriales (no incluido el *Lagonda*), unas viejas camionetas, bamboleantes, atestadas de bultos y siempre escoradas, tres blindados —de aspecto tan feroz como infantil— que tras su tosca tectónica de chapas mal cortadas y peor soldadas en un taller de arrabal tan sólo en los faros denunciaban la criatura que llevaban dentro, unos ojos cándidos e irresolutos como los de la princesa de las estepas ataviada con todas las complicadas prendas de su traje nupcial, únicos puntos por donde asomará el desconcierto de un alma frágil, incapaz de transmitir a su disfraz el temblor que le suscita la acorazada imagen de su futuro; y detrás de los escuadrones, una infantería encorvada que a fuerza de probar todas las prendas de ordenanza que han llegado a sus manos ha logrado perder la paisana uniformidad de la pana para adquirir el peregrino abigarramiento del patchwork: morriones de lana y pasamontañas, entre cascos españoles y franceses, boinas y gorras de plato —de cualquier color— que lo mismo pertenecieron un día a un teniente, un cartero o un tranviario; polainas, alguna media bota enteriza; *leggings*, alpargatas y abarcas hechas de viejas cubiertas; monos, casacas, zamarras y mantas envueltas al cuerpo, bastantes capotes y algún chaquetón de cuero. Después la munición y la intendencia, la sanidad también representada por un desvencijado autobús de línea pintado con tosco esmalte blanco y una cruz roja en cada uno de sus costados —un rudo minero con disfraz femenino en una grosera comedieta de aniversario— y para cerrar la formación una fila de treinta carros como en los días de la Grande Armée.

En un punto de las dehesas de Las Matufas se separaron; el primer Destacamento marchó aquella misma noche en dirección a Feltre, el segundo acampó allí para

seguir a la mañana siguiente hacia Entreforte y continuar a Latonar. Aquel joven brigada —un recomendado de Ponce de León— que vivió toda la campaña tecleando en una *Remington* (como una maqueta negra de un parlamento centroeuropeo, flanqueado por dos cúpulas iridiscentes), de día y de noche, a pleno sol o a la luz de una lámpara de carburo, frente a una mesa de San Antonio o sobre un tocón, que casi por sí solo constituía la oficina de mayoría del Estado Mayor de la Brigada, aquella misma noche cerró el estadillo de las fuerzas que constituían el Destacamento de Entreforte en los siguientes términos:

**a) Personal**

Comandante en Jefe: Eugenio Mazón Lasierra, comandante.

Segundo Jefe: capitán Ramón Alday Lizaur.

**Regimiento número 1:** capitán Emilio Blanco Barragán<sup>32</sup>.

Batallón número 1: **420 hombres**

capitán José Marzo Mediano<sup>33</sup>.

Campeños del Torce: **185 hombres**

teniente Alejandro Núñez Campanario.

Columna Pambley: **221 hombres**

teniente Toribio Cárdenas Troncoso.

Caballería a pie: **60 hombres**

Compañía de Carrilanos: **140 hombres**

teniente Avelino Martínez Berganza<sup>34</sup>.

**Regimiento número 4:** capitán Alberto Pou Sintés<sup>35</sup>.

Batallón número 2: **650 hombres**

capitán Serapio Sánchez Tobes.

Batallón Dominó: **240 hombres**

teniente Enrique Ruán Martín de Olalla<sup>36</sup>.

Asturias Libre: **193 hombres**

capitán Plácido García Miera<sup>37</sup>.

Grupo de Baterías de Montaña: **94 hombres**

teniente Joaquín Lavaiz Laborde<sup>38</sup>.

Escuadrón de Caballería núm. 1: **215 hombres**

capitán Ramón Baltasar Baltasar.

Escuadrón de Caballería núm. 2: **170 hombres**

teniente Julián Chacón Sedeño<sup>39</sup>.

Primera Sección de Ametralladoras: **30 hombres**

Segunda Sección de Ametralladoras: **30 hombres**

Tercera Sección de Ametralladoras: **23 hombres**

teniente Antonio Lobato Rodríguez<sup>40</sup>.

sargento Agustín Jáudenes Demor<sup>41</sup>.

Sanidad Militar: **14 hombres**

Intendencia y Servicios: **24 hombres**

Estado Mayor de la CCIII Brigada Mixta: **9 hombres**

capitán Cristóbal Arderius O’Kearne.

capitán Emilio Asián Céspedes.



teniente Juan de Tomé Alpérez.

Transmisiones

28 hombres

sargento Serafín Suárez Lobato<sup>42</sup>.

Total

2746 hombres

El estado no incluía las bajas por enfermedad que ascendían a cerca de 40. En cuanto al material, el cómputo arrojaba las siguientes cifras:

**b) Armamento**

<i>Fusiles Mauser 7 m/m</i>	1120
<i>Fusiles Mauser checos 7,92 m/m</i>	480
<i>Fusiles Mannlicher 7,07 m/m</i>	136
<i>Fusiles ametralladores Erna 9 m/m</i>	40
<i>Fusiles ametralladores Lewis 8 m/m</i>	26
<i>Carabinas y armas diversas (bocas)</i>	60
<i>Ametralladoras Hotchkiss 6,5 m/m</i>	18
<i>Ametralladoras Bergman Nordenfelt</i>	9
<i>Ametralladoras Vickers 7 m/m</i>	22
<i>Cañones Formator 10,5</i>	4
<i>Cañones Schneider 7,7</i>	6
<i>Cañones Deport 7,5</i>	3
<i>Cañones Arellano 7,5</i>	5
<i>Morteros 50 m/m</i>	21
<i>Morteros 45 m/m</i>	14
<i>Cartuchos de fusil (estimado)</i>	740 000
<i>Cintas de carga de 250 c.u.</i>	600
<i>Proyectiles (estimado)</i>	1500
<i>Granadas (estimado)</i>	700

En un tercer capítulo el estadillo reflejaba las existencias de vituallas (sacos de arroz, de alubias, de garbanzos, litros de aceite, etcétera) que —con independencia del botín cobrado en Entreforte— permitía el abastecimiento de la tropa durante diez días o quince con un racionamiento muy estricto.

El destacamento, la columna o lo que fuera atravesó Entreforte en la madrugada del domingo —entre las cohibidas miradas de un vecindario apostado detrás de las ventanas, temeroso de encender una luz o abrir un postigo— para hacer un alto a lo largo del barranco del mismo nombre antes del mediodía. En Entreforte solamente quedó una compañía del Batallón número 2, en funciones de policía, y el personal de transmisiones que con la estación de radio aún podía llevar a cabo inestimables servicios mientras su verdadera situación no fuera descubierta y pudiera seguir transmitiendo falaces noticias acerca de lo que ocurría en el sector.

La marcha se reanudó, al mediodía —había amanecido nublado y ventoso, en condiciones que hacían imposible la observación aérea por parte del enemigo— bordeando la carretera de El Maragato y buscando el cobijo de los bosques y arboledas de las laderas septentrionales del Martín; antes de media tarde las

avanzadas estaban a la vista de Uliano, un pueblo rojizo encaramado sobre unas barrancas, de tortuoso acceso, que Mazón no tenía la menor intención de molestar. A partir de aquel momento la marcha se hizo más cautelosa, precedida de una exploración que había de detectar la llegada de la fuerza enemiga que, según la mayoría de los presagios, sería avistada aquella misma tarde. En unas colinas que dominaban la carretera de Latonar, inmejorables para montar una línea de estrellamiento, desplegó su fuerza en una extensión de medio kilómetro —bien se podía calificar de *red thin line*, haciendo uso de la denominación enemiga—, emplazó la artillería y los nidos de las máquinas, retiró a unas canteras abandonadas toda su impedimenta y los motorizados (tanto de sangre como de gasolina) y bien apostado y seguro de su posición se dispuso Mazón a hacer noche y esperar para la mañana siguiente el inevitable choque con los libertadores de Entreforte. A lo largo del día —y a pesar de que cada paso alejaba más a la columna de aquel frente— había estado creciendo en intensidad el eco del combate de Feltre que al caer la noche, acompañado de un resplandor vacilante, se había convertido en un mugido continuo —como salido de un establo— en el que ya no se distinguían los sonidos de las diferentes armas y calibres.

La mañana del lunes 28 no deparó la menor sorpresa. Tan encapotado como el día anterior, todo el terreno que alcanzaba la vista se hallaba sumido en la más absoluta calma y los periscopios no acertaron a descubrir el menor movimiento en la carretera. Todas las voces autorizadas de la Brigada eran de opinión que la fuerza enemiga despachada hacia Entreforte y Feltre tenía que estar a punto de llegar y en cuanto a la posición, era tan inmejorable que nadie se atrevería a preconizar su abandono para adentrarse por un terreno mal conocido y muy quebrado que antes de coronar una loma podía deparar una ingrata sorpresa: una formación enemiga situada de forma análoga y preparada para dispensar la misma clase de recibimiento que la CCIII había dispuesto para su fantasmal adversario. En un croquis a mano alzada levantado con ayuda de los periscopios, el capitán Arderíus señaló tres cotas —que unidas formaban una línea sensiblemente paralela a la de la posición, alejada más de dos kilómetros y menos de tres— que debían ser inspeccionadas por las patrullas de exploración antes de proceder al abandono de la posición y a la prosecución del avance. Los exploradores y los enlaces fueron despachados antes de media mañana, pero pasado el mediodía no habían enviado noticia alguna y las horas que siguieron fueron de nuevo una prueba para la paciencia y la inquietud de todos los hombres, anhelantes de ver aparecer a su adversario y temerosos de que su incomparecencia a una cita a la que no había sido convocado les obligara a acudir a la que ellos no deseaban.

El choque no se produjo porque Macerta no envió fuerza alguna para reconquistar Entreforte y liberar a Feltre de su asedio, acaso equivocada por las falsas noticias enviadas por radio, pero más probablemente remisa a sacrificar la menor unidad antes

de esclarecer con toda evidencia la situación en todos y cada uno de los puntos de conflicto. Una vez más había de reconocer Mazón que el *wishful thinking* le había hecho perder una fecha, cuando menos, y quién sabe si un nuevo réditto de la sorpresa táctica para las jornadas venideras. Había consumido demasiado tiempo y energías en hacerse fuerte en aquella posición y cuando se convenció —por las noticias de los exploradores— que por el momento no tenía enemigo por delante ya no contaba con horas de luz para alcanzar un objetivo cualquiera en la ribera del Lema, separada todavía casi diez kilómetros de terreno abrupto, monte bajo, fuertes pendientes, malos caminos y un dédalo de lomas, quebradas, barrancas y angostos valles, un terreno en suma el más idóneo para cualquier clase de emboscada. Así pues, optó por permanecer en la posición para el resto de la tarde y la noche siguiente (con esa intensificada y agónica esperanza en el último minuto con que todo plantado prolonga su espera) aun cuando de acuerdo con el plan conjunto ya se tenía que haber producido el asalto de la CCII a Socéanos y su presencia en el flanco enemigo era más necesaria que en cualquier otro momento; pero su cometido —a su modo de ver— a esas alturas ya estaba más que satisfecho con al asedio de Feltre para el que no en balde había destinado casi la mitad de sus fuerzas. Por si fuera poco su descontento, aquella larga demora sirvió además para levantar sus dudas durante el estudio nocturno de las cartas, pues con tantas horas por delante como hacía presumir la falta de movimientos de tropas enemigas —e iniciando, por descontado, un avance temprano—, lo mismo podía alcanzar la ribera del Lerna a la altura de Latonar (el camino más corto que a la caballería no le llevaría más de cuatro horas, aun sin hacer uso de la carretera) que por la línea Uliano-Atroz-El Balsador que, a costa de una primera marcha más prolongada, podía ahorrarle más de diez kilómetros por la vega para situarle a veinte de Macerta.

Era opinión unánime que, una vez alcanzado el río en cualquier punto que lo hicieran, su presencia sería inmediatamente detectada y movilizadto cualquier medio para detener su avance; o más aún, para dar lugar a la «bellísima gradación ascendente», según el famoso comentario a la Ordenanza de 1768: «Vigilar, contener, castigar». La tentación por seguir el segundo itinerario era muy fuerte, poco menos que insoslayable, incrementada por la semiconvicción de que la curva de nivel paralela a la carretera ofrecía unas condiciones óptimas de resguardo para alcanzar de manera inadvertida un punto próximo a Atroz para desde allí, gracias al progresivo estrechamiento del valle en la dirección norte, proceder sobre la vega y cortar la carretera de Saldaña (primer objetivo de la marcha de magnitud y resonancia estratégicas) de manera mucho más practicable y expeditiva que por la línea Flójar-Latonar.

Aquella noche del lunes, en el autobús de la Cruz Roja, convocó otra reunión del mismo carácter que la anterior pero con seis personas en lugar de veinte y entre ellas

Alday y Ruán. Contra lo que muchos esperaban de él, Arderíus se pronunció abierta y decididamente por renunciar a aquel nuevo sueño y de manera resuelta y con toda la fuerza, avanzar sobre Latonar, cortar la carretera y conquistar el pueblo. El objetivo era el mismo —arguyó— diez kilómetros arriba o abajo pero no así el tiempo y cuanto más demorasen su consecución menos posibilidades tendrían de alcanzarlo. El objetivo —le contestó Alday— era crear una amenaza sobre Macerta y cuanto más cerca de la plaza se situasen más plenamente lo habrían conseguido. Menester era pensar —redarguyó Arderíus— tanto en el éxito como en el fracaso y si bien lo más deseable y apetecible para todos era llegar cuanto antes a El Balsador había que considerar el aislamiento que en ese punto sufrirían respecto a las fuerzas destacadas en el sector de Feltre; bastante habían disgregado sus fuerzas —añadió— para encima diseminarlas por todo el mapa, sin capacidad de apoyo mutuo. Arderíus habló de manera severa, firme y encendida, con palabras que no dejaron de impresionar a Mazón y al resto de la concurrencia. Mazón hubo de reconocer para sí que decididamente no le comprendía, para no confesar con qué frecuencia le sorprendía y desbordaba, pues cuando más preparado se hallaba para esperarle en cierta dirección, el otro —poco menos que adivinando su actitud— salía por otra; para sí tenía que reconocer que de todas las voces presentes era la más previsoras, la que más cabalmente pensaba en la seguridad de todos, la que una y otra vez defendía los principios que inspiraron la ofensiva, con la vista siempre puesta en los objetivos que tenían asignados y que nunca permitiría que fueran desvirtuados por una situación local favorable o por un señuelo tentador o por cualquiera de esas razones que constituirán «el forzado imperio de las circunstancias del momento». Una vez más —y siempre con el subterfugio de demorar la prueba para otra ocasión— Mazón tenía que rendirse a la evidencia y —sin necesidad de hacer confidencias a Ruán para justificar su asentimiento— comprender que se había equivocado y no tanto por carecer de argumentos con que justificar su ponencia cuanto por no contar con la premonición o adivinación de aquellos otros que a la fuerza debían ocultarse detrás de los explícitos y que sin duda formaban el núcleo secreto de las proposiciones de Arderíus.

Antes de que se llegara a una conclusión Arderíus tomó de nuevo la palabra: sobre el mapa del club excursionista a escala 1: 40 000 esbozó el plan que había concebido para el asalto a Latonar, con una progresión directa a través del monte por parte de la caballería hasta alcanzar la gran curva de la carretera; una vez alcanzada y afianzada esa posición se debía: 1.º, avanzar con la totalidad de los efectivos del destacamento hasta ese punto, siguiendo la carretera; 2.º, desplegarse a ambos lados de ella y a la cota 1040, para llevar a cabo su total ocupación y el corte por el flanco derecho del camino de Las Infiernas; 3.º, por los extremos de las alas, caer sobre la carretera de Saldaña, tanto al norte como al sur de Latonar, y cortar todas las

comunicaciones del pueblo con excepción del camino de Herencia, y 4.º, lanzar sobre el pueblo y con todos los efectivos del destacamento un ataque convergente desde todas las posiciones ganadas, que no dejase a los defensores otra salida que la retirada hacia el río. Aquel plan de cuatro puntos lo acompañó de un sumario croquis y unas cuantas tablas donde había señalado los distintos itinerarios, sus distancias y tiempos de marcha, las horas de salida y llegada, la distribución de las fuerzas, el plazo previsto para cada fase de la operación y hasta la hora del ataque a Latonar, las 12 del mediodía del miércoles 30 de marzo, si todo se desarrollaba de acuerdo con sus cálculos. Una hora un tanto excéntrica para un ataque —el momento del rancho— pero que aparte de reunir algunas ventajas no era «ni mejor ni peor que cualquier otra», explicó Arderíus que en cuanto cabeza del Estado Mayor se había tomado el trabajo de desarrollar el programa con todo detalle, hasta donde lo permitían sus medios, no sólo por ser su obligación, sino para evitar improvisaciones y ahorrar un tiempo precioso que podía malgastarse en inútiles controversias. Un plan —dijo, dirigiéndose cara a cara a Mazón con distante, republicana y un poco afectada cortesía, no exenta de cierta reticencia— «que le permitirá a usted hacer el mejor uso de esa caballería por la que tanto ha piado».

Cogido un tanto por sorpresa, no tenía Mazón mucho que objetar ni nada que ofrecer a cambio. Una vez desestimado el avance directo sobre El Balsador y habiendo optado por el asalto a Latonar, resultaba a todas luces evidente que lo más aconsejable y económico era obedecer el plan de Arderíus —no habiendo nadie capaz de llevar a cabo una labor semejante en un breve plazo—, sin siquiera introducir enmiendas de cierta consideración, pues tampoco alcanzaba a ver sus puntos débiles ni qué sustanciales ventajas podía conseguir con cualquier otro; y, por supuesto, a aquellas alturas y delante de aquel crítico tan severo no podía permitir ciertos grados de improvisación ni la tolerancia hacia los jefes allí reunidos a dejarse llevar por los ramalazos de su inspiración. Por consiguiente —y sin aparentar la menor reserva—, concedió su visto bueno al plan y acto seguido ordenó una convocatoria de todos los responsables —otra reunión de unas veinte personas— para que de labios de Arderíus recibieran las instrucciones precisas, uno a uno, al tiempo que ponían sus relojes en hora.

No podía tener el ánimo muy tranquilo y por eso se retiró temprano, para cenar y hacer noche en Entreforte, acompañado de Recio, al volante del *Lagonda*, y una pequeña escolta, con intención de volver al puesto antes de que amaneciera y estar presente en el despliegue desde el primer momento. Además necesitaba recibir noticias frescas acerca de lo que ocurría en Feltre —el tímido y lejano redoble y los esporádicos resplandores eran indicio de que el combate había amainado— y conocer de primera mano qué informaciones se habían transmitido y recibido en la estación de radio. Pero rehusó la compañía de Ruán, que se ofreció a ir con él hasta Entreforte y

compartir la cena; incluso le amonestó, advirtiéndole que debía descansar y permanecer aquella noche junto a sus hombres del Dominó —para revisar el batallón hasta el último detalle— quienes debían abrir la marcha hacia la curva de la carretera, inmediatamente después de la caballería, e iniciar el asalto. Había advertido un gesto, unos labios entreabiertos por la inquietud —sin abandonar su incólume silencio—, una subrepticia y soslayada mirada de complicidad en tanto Arderius exponía su plan; con ansiedad estaba pidiendo un ulterior cambio de confianzas, repetición ampliada del diálogo que habían sostenido en el soto de la aceña de Flójar, y acaso una conjura para desbaratar las intenciones ocultas del capitán. Era tan manifiesto su desconcierto —aunque no pronunció una palabra— cuando al término de la reunión Mazón dio por bueno el plan que éste prefirió no despejarlo, para que aprendiera a hacerlo por sí mismo y, al tiempo que le obligaba a acatar las instrucciones, por sí mismo adivinara, si podía, las razones que le llevaban a obedecer tan peligrosa pauta. No tenía además el menor deseo de entregarse a las confianzas —sobre todo con uno de los pocos que conocía la doble condición de Arderius—, consciente de que sólo le habían de servir para incrementar sus dudas sin procurarle a cambio un método con el que alcanzar una, tan sólo una, certidumbre. Si para entonces algo lamentaba Mazón era tener alguien con quien compartir sus sospechas —o más bien su certeza— acerca de la «doble personalidad» de Arderius; el consuelo que podía recibir por abrir su pensamiento a otro se veía más que compensado por la implícita censura en una actitud o en una mirada en cuanto en sus resoluciones demostraba cierta condescendencia hacia las opiniones del capitán; y si a continuación no procedía a justificarse, peor que peor, pues un recelo en aumento y un cúmulo creciente y desigual de agravios por parte de quien se siente acreedor y no olvida ni perdona tantos enojosos detalles que un desmemoriado deudor se permite echar en saco roto, enmaraña una relación en la que la memoria contendrá con el desenfado; con qué frecuencia en las relaciones íntimas —y sobre todo en las secretas— no tanto el agravio como su falta de justificación suministra la energía de la disensión. Qué no hubiera dado Mazón, por aquel entonces, por ser el único poseedor del secreto aun a costa de verse obligado a resolver, con sus solas fuerzas y sin ayuda externa, el espinoso problema que perturbó su ánimo durante toda la campaña; y si sólo al término de la partida se decidió a despejarlo fue porque durante todo su transcurso confió en que había de constituir uno de los triunfos para salir airoso de ella. La carta que aquella noche escribió a su madre desde las dependencias del Ayuntamiento de Entreforte insinuaba de manera tímida aquel estado de espíritu que en vísperas de unos sucesos (sucesos, nada de temores ni premoniciones) tan particulares, todavía veta en su propia falta de certidumbre (un remedo profano de la *certitudo salutis*) el mayor obstáculo para alcanzar la victoria. Pero eso, en cambio, era cosa suya. Aunque suene paradójico, qué duda cabe de que una carga compartida puede ser

mucho más gravosa que la que se soporta en soledad; pues en contraste con la casi infinita y elástica resistencia de un cuerpo solitario, la carga puede ser insoportable si a su peso se suman las obligaciones, las deudas y el reconocimiento que exige el otro por el alivio.

Tal vez lo que le faltaba para colmar el receptáculo de su confianza lo recibía — sin que el interesado lo advirtiera— de Arderíus. Tal vez su traición le satisfacía y serenaba más que la (a veces silenciosa, con frecuencia tácita) actitud de sus colegas para denunciarla y paliarla. A sus más íntimos colaboradores —Asián y Ruán había advertido, desde el descubrimiento de las fotocopias en los archivos de Lamuedra, que en lo sucesivo se encargaría personalmente de la vigilancia del capitán y que para tenerlo bajo su control, y llegada la ocasión aprovechar para su beneficio sus posibles delaciones, lo asignaría al Estado Mayor de la Brigada y le obligaría a permanecer a su lado, sin apartarse de su vista, durante toda la campaña. Era un pretexto irreprochable, pero para un observador atento —la clase de observador, retraído y poco expresivo, en que se convertiría Enrique Ruán a lo largo de un difícil camino pautado por los numerosos jefes— desaires que motivara su inicial incomprensión de la conducta de su no bastaba para explicar la creciente y permanente influencia que Arderíus ejercía sobre Mazón, a partir del descubrimiento de su doble personalidad, ni siquiera como resultado de una maniobra de largo alcance diseñada por éste para llevar a aquél a la trampa. Ciertamente explicar y despachar la conducta de Arderíus por sucesivas aplicaciones de la fórmula «doble personalidad» —como una categoría que al introducir la vida de un hombre en un campo binario resuelve todas las incógnitas de su personalidad (y que de desarrollarse en un campo unitario requeriría toda clase de sutilezas psicológicas para ser cabalmente descrita) de suerte que las menos contradictorias aparecerán ineluctablemente como el resultado de una dicotomía anímica, como si el alma por el mero hecho de situarse en dos terrenos pasara de ser el cuerpo más simple al más complejo— no sólo constituía una banalidad, sino también una inexactitud. A los ojos de Mazón —y también para Ruán — la «doble personalidad» de Arderíus tan sólo había de durar los pocos días que siguieron al descubrimiento de su felonía, para ser después suplantada por la figura del enemigo, pura y simple; no la de ese enemigo oculto, que se halla al otro lado de la colina y sólo es atisbado de vez en cuando, y cuya presencia con tanta frecuencia sólo se puede adivinar partiendo de conjeturas, sino la de ese otro, mucho más frecuente y cotidiano con el que es necesario convivir, discutir, pactar, romper y llegado el caso, en un terreno algo diferente al habitual y aceptando un juego a veces sucio que no permite otra regla que la necesidad del triunfo sobre él, combatir y aniquilar.

No se necesita —me parece— una exagerada agudeza para comprender cómo en aquel patriótico conflicto en que el enemigo, para ambos bandos, había sido adornado

con todos los atributos del mal hasta ser transformado en una bestia ajena al género humano y con la que no había otra salida que la lucha a muerte, un raro ejemplar infiltrado en el campo propio, adornado con las mismas insignias y portador del mismo lábaro, encuadrado en las filas propias y sujeto a la disciplina de todos, fuera tratado y distinguido con un especial esmero, preservado, observado, inmunizado y tratado con todos los escrúpulos que el laboratorio reserva hacia el virus que a costa de tantos sacrificios ha sido finalmente aislado y de cuyo controlado comportamiento depende en buena medida el descubrimiento de la medicina. Pero a eso no se reducía el papel que Mazón le había reservado; en primer lugar, porque la primera mitad de su personalidad —la parte disfrazada, valga decir— le era muy útil, capaz como nadie de hacer un trabajo imprescindible y tanto más rigurosamente cuanto que constituía lo mejor de su disfraz; en segundo lugar, porque un tal enemigo colocado a sus órdenes directas era demasiado descomunal como para malvenderlo en cuanto protagonista de una comedia de enredo rápidamente resuelta y las maneras de Arderius —distinguidas y despectivas, más cáusticas que convincentes salvo en ocasiones de importancia— le predisponían a seguir representando aquel enemigo que Mazón necesitaba tener a su lado para colmar con resentimientos personales el deficitario balance de su confianza en la victoria. El hallazgo de la «doble personalidad» no constituía ciertamente una victoria definitiva de su equipo y el parangón sólo podría establecerse el día en que montaran un dispositivo semejante (semejanza que la figura de Ramón Vázquez Reina, pese a la audacia de Tomé, estaba lejos de alcanzar) o acertaran a utilizar para su provecho el que, a hurtadillas, sin duda seguía maniobrando Arderius. En dos ocasiones intentó Mazón a través de Kerrera una aproximación de la Contour a Arderius —dos personas que muy bien podían haberse encontrado en Madrid y sin embargo lo habían ocultado—, convencido de que tal enlace daría frutos. Pero fracasó abiertamente; o la Contour no despertaba el menor interés en el capitán o bien, sintiendo que se situaba en zona resbaladiza, supo disimularlo a la perfección con la ayuda que para eludir el acoso le prestaba su reciente y poco recatado —acaso deliberadamente exagerado— afecto por Elena Ruán. Pero Mazón era, aunque tratara por todos los medios de ocultarlo, un hombre impaciente que sólo con grandes dificultades y el sacrificio de apremiantes deseos lograba poner freno a una primera voluntad personal no siempre coincidente con los intereses de la guerra y el afán de victoria. Poco a poco —en su fuero interno— bien podía mermar este último siempre que la acción, en secreto, viniera a confirmarle sus aspiraciones; el final se hallaba lejos y la guerra se podría perder, cosa que no dependía de él, pero triunfaría sobre Arderius. Uno de sus primeros pensamientos —cada mañana— se dirigía hacia él, rumiando una y otra vez historias pasadas y resentimientos acumulados, siempre los mismos, y sólo esperaba —como el amante atormentado por la estática y prisionera imagen que deja la prófuga— que



amaneciese el día completamente despedejado(\*) su memoria, un efecto imposible de conseguir cuando la reminiscencia no es provocada tanto por un dato preciso cuanto por un debe o un hiato de la representación.

La carta que escribió a su madre —y que junto con un informe sobre la situación de la Brigada y un sucinto cuestionario dirigido a Constantino, envió a Región por conducto de Baldur— en las primeras horas de la madrugada del martes 29 de abril, decía así:

«Entreforte, a 29 de abril de 1938.

»Querida Madre:

»Te escribo desde el Ayuntamiento de Entreforte, el primer pueblo de importancia que nuestras fuerzas han conquistado desde que empezó la guerra. La gente nos ha acogido bien. Todo está en orden y en silencio y por ninguna parte se acusa la alegría por una victoria tan importante para nosotros. La guerra tiene que ser así y supongo que las fiestas tras la victoria final tampoco podrán durar mucho, a menos que sean otros los que las celebren. Hasta ahora sólo hemos hecho una parte del camino que tenemos que recorrer, nos queda mucho por delante y supongo que lo más difícil. Hemos tenido mucha suerte, como en otras ocasiones, y siento que<sup>[43]</sup> tengo que aprovechar la que me queda porque no me va a durar siempre. Me da un poco de vergüenza pero he de confesar que esa confianza en la suerte me parece cada día más importante, sobre todo en esta guerra que nos ha acostumbrado a todos a confiar en cualquier cosa menos en lo que tenemos entre manos. Está visto que la suerte trae el éxito, el éxito la confianza y la confianza la suerte pero en cuanto se rompe la cadena por un punto desaparecen los tres. Con frecuencia me acuerdo de lo que tantas veces has dicho: que no hay como gastar para que llegue el dinero. Aquí es algo parecido: no hay como atacar para tener fuerzas.

»Te envió un paquete con unas cuantas golosinas que hemos encontrado en este paraíso. Te prohíbo terminantemente hacer caridad con ellas y si necesitas cualquier cosa no dejes de decírselo a la Marce que tiene instrucciones mías y te ayudará en lo que pueda. No te preocupes por mí; sé cuidarme solo y por ahora no nos falta de nada, ni siquiera confianza en el triunfo. No hay como estar fuera de casa para recuperar el apetito.

»Lo último es una broma dirigida a Rufina cuya sopa de collejas no logro echar de menos. Te escribiré dentro de poco pero no sé desde dónde, a lo mejor desde la casa de tus parientes. Mándame unas líneas con el propio.

Solamente durmió un par de horas pero se levantó despejado y eufórico, convencido de que aquel día sería decisivo para saldar la incertidumbre que su espíritu venía incubando desde tiempo atrás y que en las últimas semanas, desde la desaparición de Kerrera, había degenerado en una intolerable comezón. En un principio no abrigó la menor duda de que se trataba de un rapto o de un asesinato, consecuencia de una venganza, y la figura del posible culpable pasó a ocupar un primer plano en sus pensamientos, por delante de la víctima. Cuando Tomé y sus hombres descubrieron el paradero del guía que había desaparecido con ella —el portador de la medalla, escondido en un caserío no lejos de Aguaturca— comenzaron a surgir las sospechas acerca de una posible fuga que la restauró en el centro de sus cábalas, teñidas por el despecho. Cualquiera que fuera el delito del guía había de ser castigado con la máxima pena y por eso nunca quiso conocer al detalle la manera en que le había sido aplicada la ley de fugas —mientras él indagaba acerca de la medalla en Otramazón—, y ni siquiera si había intentado darse a ella antes de caer muerto. Entonces posiblemente se fundieron en una misma equívoca y contradictoria y obsesiva figura tanto el culpable como la víctima, que todos los días y a cualquier hora y en cualquier momento —incluso en los más decisivos para el futuro de sus hombres— irrumpiría en su pensamiento para lanzar la acusación de negligencia que tanto necesitaba para juzgarse a sí mismo. La culpa no puede ser tampoco compartida y la que lo es se vuelve odiosa, en tanto la exclusivamente propia ensancha el ánimo aunque encoja el valor. La guerra —escribiría posteriormente a su madre— sirve entre otras cosas para eso: obliga a abandonar al sujeto oscuro para atender solamente al visible. Y la confianza en que un día ha de salir a la luz la materia informe y penumbral que vivirá el futuro, el día en que uno de los yos antagónicos y clandestinos que hacen de cada gesto un acto de represalia más en la guerra sucia que todo individuo arrastra consigo mismo sea vencido por el otro para abrir un período de hipócrita paz, establecida sobre el poder de un yo único e insuficiente, puede conocer su mejor momento unas horas antes de entrar en combate. A las seis —siguiendo sus instrucciones— le fue a despertar el capitán Asián que le anunció que la mañana se presentaba despejada y Ordax —que había decidido traer en su jaula, protegido con un amplio capuz de terciopelo negro— en la mejor disposición de ánimo, no inquieto pero sí vivaz, ansioso de hacer ala.

El *Lagonda* se portó aquel día bastante bien; arrancó a la primera vuelta y el viaje lo hizo redondo, tan redondo que no hubo medio de parar el motor cuando llegaron a su destino, en el desvío hacia Ulano, con las primeras luces del día; a causa del

autoencendido y por miedo a que al desconectar los cables de la batería se produjera una avería de la instalación, prefirieron seguir un par de kilómetros hasta la gran revuelta de la carretera; allí se situaron al frente de los primeros destacamentos que habían iniciado la marcha en plena noche a través del monte, por una serie de atajos señalados por el paisano de Feltre y los hombres de Tomé con unos disimulados montones de piedras en forma de media luna, con los cuernos apuntando en la dirección de Latonar.

Con pocas diferencias respecto al plan elaborado por el capitán Arderius, el despliegue en torno a Latonar se llevó a cabo en la mañana de aquel miércoles 30 de marzo y quedó cerrado a las cuatro de la tarde —en lugar de a las doce, como estaba previsto—, a causa de las dificultades que encontró y las demoras en que incurrió el Escuadrón número 2 de la caballería para encontrar sus posiciones; con dos horas de luz por delante se habían alcanzado todos los objetivos establecidos en los tres primeros puntos del plan y la fuerza de Mazón —con excepción de parte de la artillería y la impedimenta— se hallaba a tiro de fusil de la carretera de Saldaña, ocupando la cota 1040, y en una extensión de unos cuatro kilómetros tanto al norte como al sur de Latonar. Una niebla vespertina había cubierto toda la vega y solamente la parte alta de su caserío —del que sobresalía la torre de la iglesia—, el cementerio y una ermita blanca elevada sobre un pequeño cerro y al que conducía un camino flanqueado de cipreses, se habían salvado de aquella ascendente y cenicienta inundación que atraída por las sombras del falso crepúsculo no tardaría en llegar hasta ellos. Aquella circunstancia se juzgó muy favorable (en todo opuesta al sol providencial que brilló sobre Austerlitz) y se decidió, con una unanimidad conseguida a través de despachos, no esperar más para lanzar el ataque. En un cuarto de hora las primeras avanzadas del Escuadrón número 1 de caballería se internaron por el camino de Las Infiernas hasta alcanzar la carretera de Saldaña donde cortaron la línea telefónica paralela a ella. Poco después ocurría lo mismo tres kilómetros suso, en una operación similar llevada a cabo por el segundo escuadrón, con lo que el pueblo quedaba cercado, incomunicado y confiada su defensa a las fuerzas de su guarnición y a las que en situación tan apremiante pudiese despachar el puesto de Herencia.

El combate comenzó a las 17.05 de la tarde, en el arrabal de Las Fuentes que los carrilanos fueron los primeros en hostigar con fuego de fusilería y algunos morteros. Pero pronto habían de topar con una resuelta resistencia y un fuego concentrado, contenido y certero que les obligó a plegarse al terreno y esperar la llegada de refuerzos antes de lanzarse al asalto de las primeras casas. Había a la sajadílida(\*) del arrabal una quinta rodeada por su fachada principal de un afrancesado y un tanto descuidado, a su vez cercado por una tapia de fábrica de ladrillo, rematada con una verja de puntas de lanza. La quinta tenía tres plantas, una

tercera de guardillas, y construida en un estilo un tanto ampuloso —con un resultado bastante chocarrero— estaba flanqueada por dos torrecillas neogóticas, que sobresalían en altura y en una de las cuales se alojaba la escalera. Se llamaba Villa Fernanda y, tras ser requisada, había sido ocupada por el puesto de mando de la guarnición y considerablemente fortificada para aprovechar su excelente posición a la entrada del pueblo, su dominio sobre el caserío circundante y el largo tramo de la carretera. La cerca había sido convertida en parapeto, todos los huecos de la planta baja se habían protegido con sacos terreros, en las guardillas se habían instalado las máquinas y en el remate de la escalera el puesto de observación. Un verdadero blocao con el que no habían contado los hombres del Regimiento número 1 y que sin ayuda de otras fuerzas, con gran economía y precisión en el tiro, se bastó para clavar al terreno —hasta la llegada de las sombras— a las avanzadas del Alerta Carrilanos. Otro tanto había de ocurrir en el sector opuesto, donde los hombres del Batallón número 2 fueron sorprendidos por el fuego que procedente de la ermita y del cementerio se abatió sobre ellos y detuvo su avance sobre el pueblo cuando ya se hallaban a tiro de pistola de las primeras casas. Todo indicaba que el ataque no había cogido por sorpresa a la guarnición que, antes al contrario, se hallaba perfectamente dispuesta a recibirlo en aquellos dos puntos tras haber observado durante dos fechas su avance sobre la carretera, pese al sigilo y las precauciones que se habían tomado.

A la llegada de la noche los dos sectores entraron en contacto y establecieron una línea continua de posiciones a lo largo de la loma Y a poniente del caserío, mientras en sus dos extremos se mantenía el acoso contra los dos focos que cerraban el paso por la carretera de Saldaña. Aprovechando las sombras y la escasa visibilidad provocada por la ascendente neblina, los carrilanos, los del Batallón número 2, los veteranos del Dominó y algunos elementos de la Pambley fueron infiltrándose, con fuego de armas cortas y granadas de mano, casa por casa y corral tras corral hasta las inmediaciones de la Plaza Mayor —que ya había trocado su nombre—, un espacio abierto, irregular y porticado, en el que convergían cinco calles, cerrado de un lado por la iglesia parroquial y de otro por la Casa Consistorial, coronada por una torrecilla de celosía de acero donde se alojaba el reloj que toda la noche, a pesar del combate, permaneció iluminado y dando las horas como para dejar bien claro que el tiempo que así pautaba era indiferente a las disputas de sus observadores.

Las fuerzas de la guarnición —dos Compañías de un Batallón de San Marcial, de la Agrupación Gómara de la II Brigada de Castilla, según se vino a saber después— puestas en estado de alerta desde que fuera detectado el movimiento de los republicanos en torno a Uliano, habían sido concentradas en tres puntos, dos de contención y un núcleo central que ocupó todas las edificaciones en torno a la Plaza Mayor a fin de conservar bajo su control la salida y la carretera de Herencia. Antes de que amaneciera dispuso Mazón —en completo acuerdo con Arderius— que la

caballería circunvalara el pueblo y ocupara posiciones a ambos lados del camino de Herencia para oponerse a la posible llegada de refuerzos por esa vía. En cuanto apuntó el día —un día nublado, sin la más lejana promesa de sol— arreció el combate de casa en casa, de tejado en tejado, de cerca a cerca, en un estilo tan sañudo y agazapado que parecía desarrollarse en un pueblo vacío y por fuerzas ocultas, ese estupefacto y no conforme consigo mismo escenario de cartón que sin contar con grandes atractivos por unos momentos ha de soportar toda la atención del espectador en tanto vuelven los actores a la escena; una escena instantáneamente invadida por el color del ayer —profecía de la ruina que pronto será—, de la que desaparece toda animación; por la que atraviesa una figura encorvada (como un tramoyista que transporta un florero) que corre detrás de una tapia; una serie de falsos corpóreos que constituyen el presente son apresuradamente retirados para crear ese vacío sin *post-mortem* donde acaso actúe el futuro. Un pueblo donde se desarrolló la batalla será eso para siempre; o lo era antes ya, inscrito su destino en la cifra de la guerra; no habitado nunca más y, como mucho, ocupado. Al primer cañonazo se levanta una nube de polvo de ladrillo y tras la lluvia de cascotes el escenario ha cambiado: ya está en la historia de la que, por culpa de una anónima e imprudente fotografía, nunca podrá salir; es posible que tenga un futuro pero en un instante es tanto su pasado que tendrá que renunciar a él; cuando se disipa la nube de polvo la vertical y el orden se han perdido para siempre; un cable abatido, un capitel desmochado, un balcón partido en dos y una persiana que cuelga de un pernio; tres postes que se vencen bastan para que el colérico potencial del caos rompa las líneas que en secreto nunca respetó; y la insolente farola que en el centro se mantiene derecha se refiere a otro mundo y otro tiempo y no pudiendo hablar de lo que fue —porque nadie le atiende— quedará despojada para siempre de su propia ruina en cuanto ya no puede ofrecer una sola mutación; las fachadas se gangrenan, sobre el tronco de una higuera aparece una cuna y la pila del abrevadero se yergue en busca del añorado desequilibrio que el material más sumiso y grave guarda en la memoria inaccesible de sus partículas.

Al mediodía empezaron a caer los primeros obuses sobre la plaza y la iglesia, que durante toda la mañana habían sido sometidas a un constante tiroteo desde sus aledaños. A media tarde en todo el pueblo no quedaba una cubierta sana y se habían producido unos cuantos incendios. Antes de que cayera el sol los republicanos suspendieron el bombardeo para lanzar sus proclamas por medio de los altavoces, que los defensores replicaron con diversos coros de «trágalas», insultos y disparos de exhibición. No habían llegado a la mitad de la estrofa cuando sobre el Ayuntamiento cayó una lluvia de metralla que se prolongó durante media hora, la media hora del espectáculo ocupada por Lavaiz y sus cañones antes del descanso y el silencio, ese silencio no roto sino hilvanado por el silbido de un hueco, la explosión de un proyectil indisciplinado (con el único propósito de hacerse oír en solitario), el

golpeteo de un postigo contra su marco o el deslizamiento de unos cascotes en inestable equilibrio para anunciar el comienzo del segundo acto. Cuando los asturianos del Regimiento número 4 se lanzaron a través de la plaza, en una carrera abierta con la que sacudir el entumecimiento de unos miembros encogidos durante todo el día, fueron recibidos y barridos con cuatro descargas que desde las ruinas de la iglesia y del Ayuntamiento dejaron sobre el pavimento más de dos docenas de cuerpos tendidos.

Una vez más se replegaron los republicanos y trataron de recurrir a la artillería; pero bien porque sus almacenes se hallaran muy mermados a causa de la demostración anterior, bien porque Lavaiz estimara poco eficaz machacar un objetivo convertido ya en un montón de escombros y vigas calcinadas —y cuyos defensores podían abandonarlo al amparo de la confusión y de la noche, tras haber cumplido sobradamente su labor—, el bombardeo se limitó a los esporádicos disparos de obús o mortero que mantendrían viva la llama del combate y la vigilia del defensor para que, si decidía mantenerse en su puesto, llegara exhausto al nuevo día, muy posiblemente el último para él.

Con mayores precauciones que el día anterior, los republicanos reanudaron el asalto a la plaza en las primeras horas del viernes 1 de abril. Con una información muy escasa (por no decir nula) acerca de lo que estaba ocurriendo en los otros sectores de Feltre y Socéanos, sospechaba Mazón que si no lograba liquidar aquel día la resistencia de la plaza podía verse obligado a enfrentarse con una columna de refuerzos que acudiendo por el expedito camino de Herencia, tan sólo vigilado por la caballería, diesen la vuelta al combate y le obligaran a pasar a la defensiva, atrapado entre los muros de Latonar. O lo que era aún más temible, una irrupción del enemigo por el mismo camino, completamente desguarnecido, que había utilizado la CCIII. Toda su soñada campaña de maniobra podía una vez más venirse abajo por la terquedad de una defensa que hasta entonces sólo había recibido el sublimado apoyo de la aviación, en unos cuantos vuelos rasantes mucho más clamorosos que efectivos, en uno de los cuales un biplano enemigo fue tocado y se alejó rateando y haciendo guiñadas. Así pues, Mazón se decidió a ir por orden y por partes y persuadido de que ninguno de los tres focos de resistencia enemigos podía ya soportar el ataque concentrado del grueso de sus fuerzas ni tampoco prolongar su resistencia sin el apoyo de los otros dos, eligió el Ayuntamiento; era el más accesible y castigado; atacado por su espalda no podía recibir la menor ayuda de los otros bastiones y una vez conquistado provocaría el fin de toda la resistencia, sin la menor posibilidad de escape. Para el asalto final situó en torno al edificio y por sus cuatro costados a todo el Regimiento número 4, reforzado con los del Alerta Carrilanos y algunos de la Pambley, en tanto los restantes hombres del número 1 mantenían el asedio del cementerio y Villa Fernanda. Ordenó a Lavaiz un nuevo emplazamiento de las piezas

de 10,5 para batir por elevación tanto la iglesia como el Ayuntamiento hasta reducirlos a polvo y cascotes, aun a costa del agotamiento de las cajas y alguna que otra baja en las propias filas, y en una de las calles que enfilan a sus porches situó cuatro piezas Schneider en tiro rasante a las órdenes del sargento Montezuma. El bombardeo duró veinte minutos y sobre el Ayuntamiento cayeron no menos de 200 proyectiles que lo dejaron, así como a todos los edificios vecinos, convertido en escombros; en aquella reducida área el combate se prolongó durante toda la mañana y fue preciso conquistar la ruina palmo a palmo, con armas cortas y bombas de mano hasta llegar incluso al cuerpo a cuerpo. Al mediodía había cesado toda resistencia; menos de cuarenta prisioneros —algunos de ellos incapaces de sostenerse sobre sus piernas— que abandonaron aquellos montones de escombros, algunos gateando, con los brazos en alto y la mirada en el suelo, dieron la medida de una tenacidad alimentada por la convicción en la impiedad del enemigo. Los que quedaban en la iglesia —persuadidos por sus compañeros de armas de la inutilidad de su sacrificio— capitularon a la media tarde y, por último, a primeras horas de la noche se dio el alto el fuego tanto en el cementerio como en Villa Fernanda, donde fue hecho prisionero un capitán. El botín fue escaso, habiendo agotado los defensores sus municiones. Desde el comienzo de la operación los republicanos sufrieron 288 bajas, de los cuales 46 muertos, lo que suponía más de un 10 por 100 de sus efectivos humanos, un precio demasiado alto para lo que Mazón, Arderius y todos los cabecillas —hasta el momento de entrar en combate— habían considerado como un sencillo trámite.

Si desde el punto de vista técnico no podía sentirse muy satisfecho por el resultado del último episodio —tres días y dos noches de continuo combate, la pérdida del 10 por 100 de sus hombres y el consumo del 30 por 100 de la munición, para barrer a una reducida y aislada guarnición que sin un desmayo había resistido durante más de cincuenta horas el asalto de una fuerza superior en la proporción de 5 a 1—, la toma de Latonar suponía empero la plena realización estratégica de los objetivos que como jefe de la CCIII Brigada Mixta le habían sido encomendados y no sólo por haber alcanzado la ribera del Lerna y atraído sobre sí la atención del enemigo, sino también por las posibilidades que la nueva situación, creada por ese golpe, le ofrecía para elegir a su antojo la dirección de la ofensiva y el nuevo teatro de operaciones, en tanto los mandos de Macerta siguieran mostrándose remisos a dispersar sus fuerzas y abandonar sus posiciones para cortarle el paso. Había recibido además una severa lección: un segundo Latonar y toda su capacidad ofensiva se vendría abajo, en cuanto las bajas superasen el 20 por 100 y la potencia de fuego quedase mermada en un 50 por 100. A partir de aquel momento tendría que evitar el paso por todo punto fortificado, rehuir todo combate estático, a ser posible, para maniobrar en terreno abierto y reservar toda su fuerza para la última acción ¿en Macerta? No sin cierta complacencia había autorizado a Lavaiz a consumir buena

parte de sus cajas en el bombardeo del Ayuntamiento, en secreto dispuesto a abandonar allí mismo aquellas piezas que de nada servirían en los próximos movimientos; tan sólo para reducir su velocidad de marcha. Qué lejos estaba de saber que aquel hombre y aquellas piezas le entregarían en bandeja el botín de El Balsador.

Sin noticias de lo que estaba ocurriendo en Socéanos por fuerza tenía que suponer Arderius que la escasa actividad en su sector —las patrullas enviadas el sábado día 2 a la orilla del río y el puente del camino de Herencia no habían detectado movimientos de tropas ni indicio alguno de un adelantamiento de las defensas de Macerta solamente se podía deber a las restricciones impuestas por el mando enemigo para reservar sus mejores efectivos a la contención del ataque en el puerto y al repliegue de sus líneas tras un cinturón defensivo desde el que —con la máxima concentración de fuerzas— poder repeler la doble amenaza. Era, sin la menor duda, lo que habría hecho él de estar en el sitio de Gamallo y lo que, trasladado de nuevo el problema a su campo, le obligaba a insistir en el quiebro a fin de forzar el abandono de las defensas de Socéanos; de ser así, y aún cuando no llegaran a Macerta, todos podrían felicitarse por el éxito de la ofensiva. Aquella noche del viernes al sábado (con las celebraciones de la victoria se consumió buena parte del botín de Entreforte) tuvieron los hombres de la CCIII el anuncio casi celestial de que había llegado el momento tan esperado; la nubosidad había roto, la noche se había levantado y de la montaña, en dirección noroeste —mirando a Socéanos— surgió un rojizo y titilante resplandor, acompañado de un zumbido apenas perceptible —como el de un auricular descolgado— que el deseo aumentaba a voluntad. Era inconfundible, según Arderius; un combate de la máxima intensidad cuyo signo los hombres de la CCIII salieron a contemplar y vitorear, con las botellas en la mano, como si se tratara del anuncio de una nueva era.

Cuando los observadores y patrullas enviados en dirección al río y la carretera de Saldaña informaron cabalmente a Arderius de la tranquilidad que reinaba en todo el área, convenció a Mazón de que podía disfrutar de una tregua de al menos veinticuatro horas y que un contraataque enemigo de una cierta escala solamente podría esperarse, como muy pronto, después de dos fechas. Mazón decidió trasladarse con su Estado Mayor al sector de Feltre —para colaborar en la liquidación de la bolsa— pero antes despachó un correo a Región para informar a Constantino por carta de los progresos realizados por la Brigada y de las intenciones que inspiraban su próximo avance hacia Macerta; al mismo tiempo recababa información fresca sobre el ataque al puerto y las posibles consecuencias en las disposiciones defensivas del enemigo. Hacia Feltre salieron el *Lagonda*, el *Autoplano*, dos motoristas y una camioneta Chevrolet con la escolta. En el cruce de la carretera de Jueves se separaron. Hacia Región, con un sargento, un cabo y el conductor, continuó Baldur, portador de una carta para la madre de Eugenio y de un sobre con



documentación secreta que debería entregar personalmente a Constantino a quien le encarecía enviar su respuesta por el mismo conducto; hacia Feltre siguieron Mazón y sus acompañantes, los capitanes Asián y Arderíus. El primero llevaba sobre las rodillas la jaula donde cobijaba el pájaro, envuelta en un paño negro, que durante todo el viaje no produjo la menor molestia. Pero antes de salir para Feltre todavía tuvo tiempo Mazón para sostener una larga conversación —las puertas abiertas, el motor en marcha, Asián arrebujado en una manta en el asiento trasero— con Juan de Tomé, envuelto —poco menos que oculto— en un amplio capote de color indeciso. A nadie había confiado la misión que le encomendara, del otro lado de las líneas, y para evitar suspicacias y ulteriores indagaciones prefirió despachar con él a la vista de varios testigos, como si se tratara de un asunto de poca monta.

En un puesto cercano a las líneas de Feltre el comandante Ubaldo hizo un resumen de la situación en aquel sector. No habló de manera precipitada ni hizo alarde de los progresos del destacamento a su mando; se limitó a describir las disposiciones del asedio y a afirmar que la capitulación de los defensores —privados de toda posibilidad de ayuda— era cuestión de horas, sin siquiera necesidad de apretar el cerco, tan sólo con mantenerlo. Cuando Mazón le brindó el apoyo de toda la artillería, Ubaldo la rehusó, empeñado en hacer gala de su confianza mediante el rechazo de cualquier ayuda. Era cuestión de puntillo. Por tres veces ofreció Mazón los servicios de Lavaiz y sus piezas, como el medio más idóneo para terminar con la resistencia de la plaza sin otro sacrificio que el de la munición, y otras tantas veces fue desestimada su propuesta por Ubaldo, celoso de acaparar para sí el éxito de la operación. Tal era su cerrazón que no permitió que se entrara en pormenores y la reunión se canceló con el señalamiento de una fecha —seis días después— para el reencuentro y concentración de los dos destacamentos de la Brigada en la «posición Antón», tras la liquidación de la resistencia de Feltre.

\* \* \*

Entre los hombres del Alerta Carrilanos había una pareja conocida en todas las unidades del Ejército de Región por haber formado en sus filas en uno u otro momento. Juntos habían combatido en el 36, en la casa del Perdón, y su veteranía les había empujado a estar presentes (muy contra su voluntad) en todas las campañas siguientes, siempre quejosos no ya del mando sino del inmediato superior. Cierto es que el hombre de vida trashumante y cuyo oficio le obliga a continuos traslados y cambios de residencia, jamás dejará de quejarse. La queja, unida a la nostalgia del anterior destino, será su inseparable compañera y quizá el mayor aliciente en cada traslado. Un día dieron con sus huesos en el Alerta Carrilanos, por culpa de la escrupulosidad del camarada-señor Pou que al encontrarlos haraganeando en un

establo del Escuadrón número 2 los despachó sin más miramiento hacia una de aquellas compañías que excepcionalmente disponía de más fusiles y petates que de hombres. En el 36 se habían hecho camaradas de armas y desde entonces —y con excepción de un breve período— no se separaron ni para recoger el chusco. Uno se llamaba Frutos y el otro Valbuena. El primero era el nombre y el segundo el apellido pero nadie se pararía a saber que el apellido del primero era Rodríguez o el nombre del segundo Isidro pues en todo el Ejército de Región, desde la campaña del 36, serían conocidos conjunta y solidariamente como Frutos y Valbuena, lo que ciertamente sonaba como el nombre de una firma comercial. Y algo tenía aquella pareja de sigla comercial, suministradores de artículos de consumo fueran o no de munición y especializados en el ramo de la alimentación y en el subramo del vicio, pues en toda compañía era sabido que en tanto Frutos y Valbuena sirvieran en sus filas allí no faltaría tabaco y de tanto en tanto animarían el acuartelamiento con un festival de morcillas, tocino frito y vino de cosecha. En el 37 habían servido a las órdenes de Juan de Tomé, en misiones de enlace y vigilancia, de quien aprendieron a moverse por todos los puestos fijos, a tratar con todos los furrieles y aposentadores, a merodear a todo lo largo (y a ambos lados) de la línea del frente, a conocer la actitud de los paisanos y las existencias de los caseríos fronterizos e incluso a comerciar con sus homólogos del otro bando durante los extensos periodos de tregua invernal, cuando las posiciones de ambos ejércitos quedabas durante varios días a cargo de hombres que podían olvidar el estado de hostilidades para hacer más llevadera su misión y más amena la desconfianza hacia el enemigo.

A principios del 37 Frutos fue promovido al empleo de sargento pero no tardó cuarenta días en conseguir su renuncia al puesto, alegando un pretexto de salud con el que ocultar algo más que la nostalgia: la imposibilidad de soportar la vida de cuartel lejos de Valbuena. O bien era trasladado a otra unidad o bien lo tendría bajo sus órdenes, abocado a tener que conducirlo un día a la prevención y perder su amistad.

La verdad es que el propio Frutos se lo había buscado con su conducta un tanto jesuita, sus pretensiones de seriedad y honradez, su afición a constituirse en protector voluntario, tutor o garante de aquel insensato Valbuena, siempre al borde del delito, indiferente a cuantos cuidados se tomaran por él y despectivo hacia toda clase de precaución. Pero las personas que, sin que nadie se lo pida, se atribuyen el papel de redentor para hacer ostentación de su espíritu de sacrificio y consumen su vida tratando de llevar al pecador (al que todo perdonan y, convencidos hasta la médula de que comprender es perdonar, como nada comprenden tienen que cumplir su misión con la concesión universal de su perdón) al camino del bien, sólo pueden vivir a gusto cerca del delito y en su fuero interno nada execran tanto para sus semejantes como una existencia honrada, tranquila, monótona y exenta de tentaciones. Adormecen cuando sus próximos acatan las leyes y solamente despiertan para

denunciar y perdonar la falta. Así que fue su propia conducta y su permanente disposición a pagar por las faltas de Valbuena lo que llevó al mando (y concretamente al camarada-señor Pou, un hombre íntegro que para muchas cosas se guiaba sólo por las apariencias) a fijarse en él y a designarle para ocupar la plaza de sargento en cuanto se produjo esa vacante en una compañía donde abundaban unos hombres más inspirados y mejor preparados para la rapiña que para la instrucción y el combate.

En los primeros días se lo tomó en serio, confirmado en su creencia de que entre la historia y él había una coincidencia de caracteres. Como todo neófito se encariñó con la doctrina y como todo converso se hizo su más ardiente defensor; la disciplina, a partir de su empleo de sargento, sería muy distinta a la de antes; no se recató en nada, llegó a alardear de sus nuevas facultades (ante la actitud reservada y las miradas buidas de Valbuena (mucho más bajo de estatura que él) y a insinuar, tal era su ensoberbecimiento, que ejercía el mando para el bien de todo, que bajo su imperio quedarían desterrados el delito y la rapiña sencillamente porque en lo sucesivo no habría necesidad de ellos y que no por eso dejaría de ser uno más de entre los hombres de la compañía, al igual que cuando formaba como raso entre sus filas. Pero esas cosas se creen mejor cuando se está arriba que cuando se está abajo; tal vez por eso el político tiene que estar arriba y no deja de ser una razón para que el hombre de firmes convicciones sociales y religiosas se convierta en autoridad. Porque abajo es otra cosa; allí una desconfianza fuertemente arraigada no se desmonta de la noche a la mañana; aunque sea el mismo Frutos —todo un ejemplar de hombre de buenos propósitos, siempre dispuesto a echar una mano— el encargado de la operación.

Los primeros sinsabores llegaron en cuanto tuvo que trasladar su petate a un pabellón para clases que la organización de Pou había dispuesto dentro de la Escuela de Gimnasia, lejos de los barracones de la tropa, al otro extremo del picadero. Cierto es que allí paraba poco, sólo para dormir, y durante el día apenas alteró su jornada rutinaria, mezclado siempre con la tropa y nunca lejos de Valbuena, en obediencia a su concepción del mando. Pero Valbuena estaba al quite, no dejaría pasar una oportunidad como aquélla, su instinto se lo impedía. Aquel ascenso también le concernía. Sabiéndose protegido y en cierto modo partícipe de las facultades de su camarada de siempre no tardó nada en atribuirse parte de su poder para elevarse sobre sus compañeros y constituirse en «persona destacada» para dar algunas órdenes — esas pequeñas órdenes; mandar por leña, picar un hoyo, recoger el chusco, retirar unas basuras, que en el cuartel cobran una envergadura colosal y nunca son recibidas con agrado, cualquiera que sea la autoridad de quien procedan— y hacerse obedecer. Si ya antes lo había hecho era gracias a su ascendencia como contrabandista, no por su connivencia con el poder. Aun cuando se conserven las actitudes, la conciencia social no admite así como así un cambio de fundamento en la jerarquía.

Así dio comienzo una discrepancia que introdujo Frutos que incapaz de encararse

con su camarada —al que en secreto obedecía— y salir al paso de sus abusos, decidió poner algo de la distancia que debe mediar entre un sargento y un soldado para mantener el buen orden de la compañía. Era de noche cuando el efecto de aquel distanciamiento se hacía sentir más. Desde su petate podía oír Frutos —después del rancho y antes del toque de retreta— los ecos del Trágala, la Varsoviana o la jota Lagunera que atravesarían el oscuro y argentado vacío del picadero para lastimar su oído con un acento nunca hasta entonces percibido, la apelación al sentido de la soledad que la canción más oída y repetida puede despertar cuando es escuchada a distancia, entonada por un coro y dirigida a quien un día formó parte de él para recordarle su permanente destierro en un cuerpo del que una falaz camaradería sólo a ratos acierta a sacarle. Siendo el oído el peor enemigo del combatiente —pues Marte es tonante— sólo sabrá replicar a su múltiple acoso (en forma de órdenes y conminaciones, fragor y silencio) con su propio grito de guerra, con el infantil remedo de la instancia superior, con su dudosa incorporación a la voluntad general oficiada por una canción de marcha; una canción que no ha sido compuesta para ser escuchada sino cantada, que no es para el oído sino para la voz, y que para aquel que no puede sumarse a ella significará el augurio de su propia derrota, la pérdida de las razones para participar de una voluntad colectiva. Un himno cuando es escuchado cambia de signo y si en la marcha cierra el pensamiento del soldado a cuanto le espera, cuando llega desde la lejanía —procedente de un barracón que densifica la noche, con unos pocos ventanucos todavía iluminados— no será sino la abreviada obertura del drama que inexorablemente tendrá lugar, escrito con todos los temas que han inspirado a los malos poetas que cantan hazañas, para un público que desde fuera será el que mejor comprenda su banal compenetración con la fatalidad.

El error de Frutos era creer que conocía a Valbuena como la palma de su mano; y que no tardaría una fecha en buscar la aproximación, aunque no fuera tanto por cariño cuanto por provecho. Ciertamente Valbuena era un tanto chulo y, por tanto, desarraigado, un hombre que por naturaleza está acostumbrado a salir de las situaciones por sí mismo, a deber poco al pasado, a saber encontrar en cada momento el camino más conveniente, a no respetar otra fidelidad que a sí mismo. Pero un chulo —pensaba Valbuena— se debe a su aspecto más que cualquier otro hombre y no puede eludir la búsqueda de su propio provecho. Como suponía conocerle mejor que a la palma de su mano, sabía que nunca confesaría el afecto que le guardaba y que todas sus iniciativas estarían aparentemente dictadas sólo por el provecho. Pero que detrás de esas apariencias, en parte impuestas por su necesidad de mantener el tipo, escondía un sincero afecto hacia él, imposible de ser confesado sin daño para su imagen entre la tropa; y que todas sus muestras de egoísmo y despego eran, para quien supiera interpretarlas, pruebas de un cariño que no hacía sino robustecerse en el distanciamiento.

Cuando tras retirarse a vivir en el pabellón de clases, transcurrió una semana sin que Valbuena diera muestras de intentar la aproximación, Frutos empezó a impacientarse. Al principio lo tomó con resignación y a sí mismo se tranquilizó —un día tras otro— con la consideración de las diversas dificultades con que había de topar Valbuena para buscar una compañía que no le podía reportar el menor beneficio sin dañar su imagen de hombre chulo y despegado. Pues si con alguien no podía ser desinteresado era con él, un sargento que le podía distinguir con buen número de favores. Pero esa misma consideración le llevó al análisis de las numerosas oportunidades que, casi clandestinamente, ofreció a Valbuena para hacerle comprender la situación y darle una muestra de su complicidad en el afecto. Pero Valbuena lo ignoró todo y Frutos, tan aficionado y acostumbrado a cargar con las culpas de otros, no podía soportar las propias; sólo sabía ser inocente e injustamente acusado, así que no tardó en su fuero interno en inculpar a Valbuena de un distanciamiento cada día más acentuado; no venía con peticiones, no le necesitaba; peor aún, no le echaba de menos; ignoraba las posibilidades que ofrece toda prohibición para el incremento de un afecto; se desentendía de los efectos de la ausencia; no aprovechaba para nada la clandestinidad y nada le importaba la soledad de su viejo camarada. En verdad se conducía como un chulo de casta. No sólo nada parecía haber cambiado en su vida con la separación de Frutos sino que pronto se rodeó de nuevos amigos, tan alborotadores como él, como para dar a entender que más que perder un camarada había recobrado una libertad para dar libre curso a una personalidad anteriormente reprimida. Jamás habían sonado tan altos y tan desaforados los ecos del Trágala o la Varsoviana o la Lagunera, allá en los barracones donde los hombres del Escuadrón número 2 se mezclaban con los carrilanos; jamás las juergas se habían prolongado hasta tales horas, incluso después del toque de retreta, contraviniendo la ordenanza y abusando de la lenidad de los sargentos; nunca corrió tanto el vino; desde que comenzara la reorganización de la Brigada nunca se había visto tanta indisciplina. Nunca para aquel hombre fue más difícil y penoso un deber cuyo cumplimiento arrastraría la pérdida de su ventura, la enemistad de sus amigos y, por encima de todo, el definitivo alejamiento de aquel maldito paraíso en el que nunca volvería a poner los pies, desterrado al infierno de los bienaventurados y las clases. No se atrevió a cumplirlo y logró que fuera otro sargento —de apellido Miranda, al que daba lo mismo que la noche fuera ruidosa o silenciosa— el que por primera vez enviara a la prevención a los tres alborotadores, una resolución que no hizo sino empeorar las cosas y estrechar la creciente amistad entre Valbuena y Teodoro, aquel forzudo que gozaba del favor del capitán Fidalgo, que entraba y salía a su antojo del cuartel y, gracias a aquella conexión, podía hacer recaer sobre Valbuena privilegios mucho más sustanciales que los que podía dispensar un sargento. Si amargas fueron para Frutos las noches de farra, mucho más lo sería la

semana que el trío pasó en la prevención, abreviada por una orden del día firmada por Feliciano Fidalgo (quien firmaba cualquier cosa con tal de estampar, mientras se atusaba el bigote, un complicado garabato cuyos trazos se salían del papel) y en la que invocaba a la tropa a una necesaria vuelta a la disciplina y prepararse a la gran prueba que se avecinaba.

La escasez de mandos fue un mal constante del ejército republicano. En el regionato tal escasez era más bien confusión porque, con excepción de casos muy particulares, todo mando se sentía indisolublemente unido, de igual a igual, tanto a su superior como a su inferior; al primero porque así lo exigía el espíritu del ejército popular; al segundo, por miedo a desatar las iras de ese mismo espíritu. Y si algo fallaba era precisamente el sargento, que nunca contaría con el apoyo de un desaparecido subteniente para sacar su cabeza por encima de la masa de la tropa y ejercer su autoridad sin tener que recurrir al castigo. Del gitano partió la idea de llevar las aguas a su cauce mediante una degradación. Para evitar más sinsabores y restaurar la disciplina, para dar al caso todos los visos de verosimilitud y para lograr que Frutos fuera recibido sin ninguna clase de recelos por su antigua hermandad, era conveniente la comisión de una falta grave que le devolviera al estado llano, previo paso por el calabozo. En lugar de tenderle una trampa, el gitano optó —y no sólo para obrar con mayor limpieza, sino con mayor eficacia, temeroso de que la gente de Valbuena descubriese la añagaza— por exponer a Frutos el nuevo sacrificio al que se tenía que avenir por el bien de sus amigos y la disciplina de la tropa. Si su promoción había constituido un sacrificio, del que se habían aprovechado unos desaprensivos, su degradación había de constituir otro de la misma o mayor magnitud pues, como bien comprendía Chacón Sedeño, para muchas personas —y más aún si están encuadradas en una organización militar— cuando una operación se reviste como un sacrificio puede ser aceptada con una satisfacción que ninguna otra prerrogativa puede emular. El sacrificio... ¿acaso tiene mejor disfraz el privilegio?

Contra lo que desde un primer momento había supuesto el gitano, Frutos se negó a dar aquel segundo paso y avenirse a semejante humillación. ¿Por qué tenía él que perder el grado que había ganado por sus propios méritos y sin tener que deber nada a nadie? ¿Por qué nadie en todo el ejército sabía atar corto a aquel desgraciado de Valbuena y, sobre todo, a aquel par de indeseables con los que últimamente se juntaba? La solución, para Frutos, no podía estar más clara: que nombrara sargento a Valbuena, que le obligara a trasladarse con su petate al barracón de clases y ya vería cómo toda la tropa, en pocos días, vendría a comer a sus manos. La propuesta no disgustó al gitano y, más que la propuesta, la postura de aquel hombre que antes que moverse por el señuelo del sacrificio sabía dejar muy claras sus ganancias y sus pretensiones. Entonces el gitano le habló al corazón, de hombre a hombre; le dijo que estaba en juego su amistad y el futuro de Valbuena; que lejos de él —y en los tiempos

que corrían— podía acabar de la peor manera y no precisamente en acción de guerra sino ante un pelotón de fusilamiento; que, empero, estaba dispuesto a proponer a la superioridad su ascenso siempre que él, Frutos, se comprometiera ante él, Chacón, a todo aquello a que un hombre tiene que comprometerse para salvar a otro; es decir, a nada; pero era todo lo que necesitaba Frutos, un hombre dispuesto a pagar cualquier precio por tener sobre sí la responsabilidad de salvar a un amigo. Fue entonces cuando el camarada-señor Pou, necesitado de mandos intermedios para el Alerta Carrilanos, se encontró con ellos haraganeando en un establo del Escuadrón número 2.

Poco después volvían ambos camaradas a dormir bajo el mismo techo, sin nada que reprocharse aparentemente. En circunstancias parecidas el primero que habla tiene casi todas las de perder. Ambos se pueden considerar culpables de las pasadas discordias pero lo más probable es que ambos se consideren inocentes, si es que por alguna razón esotérica la idea de culpa se aloja en sus ánimos. Por un buen rato ambas miradas se cruzan sin encontrarse porque cada una de ellas trata de observar lo que se oculta en la otra sin permitir que descubra lo que ella encubre. Y en un momento sin claridad se hará la paz, pues fatigados ambos por un periodo de inútiles esfuerzos y pérdidas, perciben con doblez los beneficios que puede deparar la tregua o las ganancias que se pueden derivar del silencio del puntillo o del disimulo de la insolidaridad.

Durante todo el combate de Latonar, Frutos y Valbuena permanecieron rezagados en una posición junto a la carretera de Saldaña en el arrabal de Las Fuentes, no lejos de Villa Fernanda, donde los hombres del Regimiento número 1 quedaron detenidos por espacio de tres fechas. En aquellos tres días no pegaron un tiro, obedientes a la consigna de ahorrar munición, pero se movieron mucho y Valbuena tuvo ocasión de reconocer una alquería, del otro lado de la carretera, en la que un paisano cobijó unas pocas ovejas que se hallaban pastando cuando empezaron a caer sobre el pueblo los primeros obuses. Cuando al tercer mediodía cesó el combate y todos los hombres de la Brigada, sin necesidad de desobedecer órdenes, acudieron a la polvorienta y demolida plaza para levantar sus puños y sus fusiles y lanzar su grito de victoria y a continuación registrar el pueblo casa por casa y entrar a bayonetazos en casa del alcalde y el local de la Falange y requisar en nombre del pueblo los pocos bienes que habían quedado incólumes, mientras el camarada-señor Pou, con ayuda de su joven escribano, inventariaba y clasificaba las armas cobradas al enemigo, Frutos, Valbuena y Teodoro, acompañados de dos soldados más, ocuparon aquella alquería. Aquella noche hubo cordero asado para muchos —un banquete con el que no se regalaban desde hacía años— y hasta los mandos participaron de la fiesta. Como todos los chulos, Valbuena era sensible al halago y no bien había ejecutado una hazaña se veía envuelto en otra mayor para mantener el tipo; un tipo que tenía que crecer con cada

nueva operación. En aquella ocasión le ayudó el resentimiento del paisano que a cambio de la devolución de sus seis ovejas le prometió medio centenar, sin más que ir a recogerlas a una finca a mitad de camino de Herencia, mucho más rica que la suya.

Fue una mañana sin fecha, sin cielo, sin edad, sin guerra y sin ruidos. Por la noche había cambiado el tiempo y amaneció un cielo decolorado, sin un solo centro de animación; o más bien, como si se lo hubieran llevado y en su lugar quedara el abyecto fondo incoloro sobre el que había reposado; una mañana sin juventud ni mobiliario. Unas pocas cenefas blancas al pie de las cercas, en los surcos y alcorques, era todo lo que quedaba de una nevada nocturna que a primeras horas de la mañana se había transformado en un tímido y silencioso orvallo, tan desgano como aquel enfermo y falto de fuerzas invierno que apenas había salido dos veces de su casa, allá en las alturas, quién sabe si retenido por el enemigo que las dominaba. Había cambiado también el color de la granja, repentinamente invadida por una humedad que de entre la paja, las soleras y cubiertas y hacia los cristales abandonó su escondrijos para recibir y unirse a una atmósfera descompuesta en mil fragmentos opacos y tercos, decididos a no tolerar más la unidad de la luz. Frutos se despertó entumecido y abotargado, envuelto aún en la gasa insonora del sueño, transportado más allá de la noche y de los días hacia esa desierta e inútil paz de un rincón abandonado por todos. Los otros tres seguían durmiendo.

En la granja no había nadie, no quedaba un animal en los establos. Se habían llevado el carro y en la cama del dormitorio principal faltaba el colchón que dejaba al descubierto bajo los muelles del jergón —en una situación central y dominante que nunca había gozado en su oculta existencia—, un orinal. Incluso habían dejado la ventana abierta, sin duda para arrojar por ella los trastos y ropas imprescindibles, y cuando Frutos —quién sabe por qué llamada al orden y al abrigo, en un estado semiconsciente— se dispuso a cerrarla, vio la patrulla que se acercaba a la casa. Eran cuatro hombres con el fusil en ristre y el dedo en el gatillo; junto a la cerca había quedado un oficial —con botas, capote de cuello de piel alzado y boina roja— y una docena más de hombres tomaba posiciones en torno a la granja, tras el pajar y una caseta de aperos, separados del edificio principal. O comprendió que no tenía tiempo de avisar a sus camaradas o tuvo miedo y prefirió esperar para no provocar el primer disparo. Uno había quedado abajo, en la cocina; Valbuena y Teodoro en los establos, con una mujer.

De una carrera y con el mosquetón sujeto por el cerrojo corrió al granero, detrás de la casa, con cuidado de no empujar la puerta. Había un montón de mazorcas, mezcladas con algunas patatas y troncos de leña y numerosos trastos por los que trepó para llegar hasta la pared y esconderse en la caja de madera de un trillo mecánico, fuera de uso.

Las primeras voces, no muy altas, tardaron en llegar. Luego fueron unos pasos



apresurados por el patio, el corral y las escaleras, mezclados con más voces y golpes de culata en marcos y puertas hasta que de lejos llegó una orden del oficial y se hizo el silencio: un largo incoloro silencio matinal tan sólo interrumpido por las breves, rectilíneas y quebradas carreras de las ratas, acompañadas de sus histéricos chillidos de criaturas anormales, animadas por la perspectiva de una próxima maldad. Una se encaramó a la tapa abierta de la caja, se paseó por la charnela y se detuvo a observarle en los ojos sin extrañeza, para hacerle saber que sabía que se trataba de un intruso y que no podía escapar. Miró repetidamente a ambos lados y volvió a clavar sus ojos —como dos cabezas negras de alfiler— para decirle: «Ya estás aquí» al tiempo que movía los bigotes. Luego descendió por los peldaños a saltos, su cola como una fortuita adherencia a su cuerpo en la que no hubiera reparado. A través de una rendija de la caja vio cómo entraba un soldado, con un turbante en la cabeza y amplios calzones, que no pasó de la puerta tras una sucinta mirada de inspección. Y entonces comprendió que las ratas, tan sólo con sus miradas, le dijeron que allí no había nadie.

Esperaron a que se alejara para volver sobre él, advertidas por la otra del descubrimiento. Aparecieron dos encima de la tapa no para caer sobre él sino para comprobar su existencia y su pasividad, haciendo gala de Hablaban entre sí; alargaban la cabeza para observar de más cerca y volvían a cambiar unos comentarios. Luego oyó a otras detrás aunque se movieran con cuidado de no hacer ruido. Al principio quiso contarlas pero los ruidos de sus carreras se superpusieron hasta poner en movimiento todo el ámbito del chamizo.

Por fin una, tras una larga espera, se encaramó a su bota izquierda en cuya suela y en cuyo cuero hincó repetidamente los dientes antes de progresar por la pierna. No quería incorporarse ni descuidar la vigilancia de las otras dos, encima de su cabeza. Cruzó el pie derecho y a ciegas largó una patada al bicho que se desplomó en el suelo con un ruido de bolsa pero cuando volvió el pie a su posición sintió de nuevo el bulto en la bota. Con la prisa del despertar no se había abotonado las polainas que caían sueltas sobre los calcetines y la rata inició su avance entre la carne y la tela, haciendo hueco con la cabeza. Primero la palpó por encima de la tela del pantalón —mientras las otras dos sobre la charnela vigilaban sus gestos, decididas a no permitir que se transgredieran sus reglas y cumplir estrictamente con su misión para facilitar la de su hermana— y luego trató de rechazarla con el puño pero el bicho se resistió y dificultado para dar la vuelta, apretó sus patas, insistió en su avance y al verse detenido le mordió en la pantorrilla. Entonces sin mover la pierna y sin dejar de observar a las dos que le vigilaban —para que no reparasen en los gestos de su mano— extrajo la bayoneta de su vaina, la empuñó firmemente con ambas manos, la enfiló hacia su corva y llevó la punta hasta tocar el bulto que se rebulló al contacto con aquel cuerpo duro y volvió a morderle, con más ahínco; le asestó un golpe de poca

carrera pero la tela era fuerte y desvió la hoja con un ligero desgarrón para ensancharlo al tiempo que giraba la pierna y el cuerpo a fin de que cayera la rata y cuando creyó haberlo conseguido se incorporó un poco sobre el codo izquierdo y con la derecha asestó otro violento golpe de arriba a abajo sobre el punto donde situó al animal. Pero sin duda calculó mal y se hirió con el filo porque sólo después de haber clavado el arma en la inmundicia del fondo sintió el vivo arañazo por encima de la rodilla al tiempo que la caída de un cuerpo liviano sobre su espalda. Las dos se encorvaron para observarle de más cerca y una llegó a acariciarle la frente con el hocico; ya no pudo saber cuántos cuerpos tenía sobre sí porque se volvió boca arriba, cerró los ojos y dio en patear contra las paredes de la caja, al tiempo que a gritos llamaba a Valbuena y golpeaba con la bayoneta alrededor de su cuerpo, a diestro y siniestro.

Tardó en incorporarse sin recuerdos ni temor, en la abyecta contemplación de sus piernas abiertas hacia un limbo que no estaba ni atrás ni adelante, ni antes ni después, estúpidamente asardinado por sus voces y sus gritos y situado en un punto más allá de la reflexión y de la memoria; allí no existía ya la guerra ni el yo ni la violencia sino los restos de una decoración que unos invisibles tramoyistas se afanaban en retirar, con sigilosas y rectilíneas carreras, una vez concluida la representación, para devolver el escenario a su incoloro y expósito ocio, en espera de una nueva función y un nuevo debutante.

## LIBRO DECIMOPRIMERO

*La retirada de Herencia. La oportunidad de Gamallo. Una conversación en Las Moras. El repentino temor de Juan de Tomé. Primera noticia acerca de la columna italiana. Disposiciones para la defensa. La acción de La Glez. Reunión de mandos en la iglesia de Herencia y cambio del dispositivo regionato. La acción de El Balsador. En La Mesquida. Una cena en familia y una sobremesa. Muerte de Waldo. Aprensiones de Arderius. Todo ello en pocos días.*

**L**a retirada de Herencia se decidió para la tarde del 11 de abril y quedó consumada en una noche. El conjunto de movimientos que realizó la brigada de Mazón entre el 26 de marzo, fecha de la ocupación de Entreforte, y el abandono de toda acción ofensiva sobre la plaza de Macerta, decidida de manera precipitada y ante la posibilidad de que quedaran cortadas todas sus líneas de retirada, gira en torno a esas pocas veces explicada maniobra que había de cambiar todo el curso de la campaña de primavera de 1938 e iluminarla con un color propio, con un tono guerrillero, con el rumor de partidas vagabundas y el nocturno chasquido de los caballos sobre los vados. Fue una decisión que durante meses planearía sobre la mente de todos los responsables, que daría lugar a todos los «si entonces...», «si en lugar de...», «si se hubiera...», ese conjunto de luminosos y fugaces sis que en modo alguno sirven para despejar las tinieblas de los hechos. La historia no admite el si pero la persona o el suceso tampoco pueden ser cabalmente pintados sin ese tono de la gama fría del claroscuro, y aunque sólo sea para concluir indecisamente que otra hubiera sido la historia.

Se decidió una tarde, tras una nueva inspección de Mazón y Arderius al estabilizado frente de Feltre y aquella misma noche —al amparo de la calma, de la lluvia y de la oscuridad— iniciaron su repliegue hacia Latonar para, tras una breve detención en ese punto para avituallarse de raciones frías para tres días y colmar las cartucheras, seguir por la carretera de Saldaña en dirección a Atroz, con órdenes de detener su marcha tan sólo cuando se encontrara resistencia enemiga, por débil y esporádica que fuera. En apariencia tal maniobra no suponía ni más ni menos que la renuncia al aprovechamiento del severo castigo que la Brigada había administrado, en los días 9 y 10 de aquel mes, a la columna motorizada que —un tanto precipitadamente— Macerta había despachado para reforzar la posición de Herencia e impedir el cruce del río y el corte de la línea del ferrocarril de Palanquinos por los republicanos. De haber optado por la línea ortodoxa y la persecución de las ligeras y desmoralizadas unidades del CTV —así opinarían más tarde no sólo los estrategas de salón sino también todos los mandos de la CCII Brigada Mixta que inmovilizados en el Puerto habrían de soportar la mayor presión de la contraofensiva— Macerta no habría tenido más remedio que responder a aquella amenaza con el envío de sus mejores y más fogueadas fuerzas, retirándolas incluso de Socéanos para defender la ciudad a costa de lo que fuera. Por el contrario, la subrepticia retirada de Herencia, el avance hacia Atroz no por la carretera de Zafra sino por la de Saldaña —para desorientar a los observadores del enemigo, tanto aéreos como terrestres— y el sorprendente e implacable choque frontal con los italianos del CTV que en todo momento de su retirada lo estaban esperando por su espalda (sin duda, un precedente con tres años de anticipación de Beda Fomm<sup>[44]</sup>), resultado de una brillante maniobra que nadie —sobre las cartas— habría reputado posible, al precio de la pérdida

territorial de una veintena de kilómetros en dirección a Macerta y de la completa destrucción de una unidad en cuyo valor defensivo nadie confiaba, había proporcionado a Macerta cinco preciosos días de tregua y la más fiable y necesaria información para llevar a cabo una correcta evaluación del dispositivo republicano, a fin de afrontar la amenaza por el sur sin ceder un palmo de terreno en Socéanos ni retirar una simple compañía de su sistema de defensas en la montaña. Paradójicamente, tras quince días de presión y avance por parte de los regionatos, sin haber perdido en ningún momento la iniciativa, Macerta se hallaba en posesión de una más precisa información sobre todo el teatro de operaciones que cualquiera de las dos puntas del ataque republicano, y no sólo gracias a la observación aérea —muy dificultada a partir del día 5 de abril en que cambiaron las condiciones meteorológicas hasta impedir, por espacio de una semana, toda clase de vuelos— y las noticias que los exploradores, el paisanaje y la quinta columna acertaban a recoger y filtrar a través de las líneas, sino también por los numerosos e inequívocos indicios y signos acerca de sus fuerzas y sus intenciones que dejaban los regionatos a su paso. A pesar de los descalabros de Entreforte, Latonar y El Balsador —el más brillante y sorprendente hecho de armas de toda la campaña—, el mando de Macerta —esto es, el coronel Gamallo y su escaso y no muy compenetrado grupo de oficiales, encerrados en la casa de Las Moras— pronto llegó a la inteligencia de que cualesquiera que fueran los progresos de los republicanos en el sector sur no contaban más que con una fuerza de limitados recursos, aislada de su retaguardia y dejada a su suerte, sin posibilidad de ser reforzada, empeñada en una maniobra de diversión; un sumario análisis estratégico era suficiente para deducir su alcance y concluir que el nudo de la batalla se situaría, una vez más, en el puerto cuyo dominio en modo alguno ese mando estaba dispuesto a ceder aun a costa de pagar en otros puntos un precio aparentemente muy elevado; teniendo en aquellas fechas la seguridad de que la situación en Socéanos se hallaba de tal manera bajo su control que en breves días podría pasar al contraataque, decidió —anticipándose a las posibles críticas y reprimendas del Estado Mayor del Ejército del Centro, siempre atento a toda pérdida de terreno y celoso de su inmediata recuperación— establecer su perímetro defensivo en torno a la ciudad y sus arrabales; había recibido una amarga lección y no consideró prudente una repetición de la desgraciada maniobra que había conducido al aniquilamiento de los elementos del CTV que, acantonados desde meses atrás en el valle del Lerna para procurarse una temporada de descanso después de su activa participación en los combates de Santander, habían sido despachados sin previo aviso, sin otros recursos que su natural jactancia y sus armas ligeras, convencidos de que se trataba de una simple operación de limpieza. Así la línea Macerta-Muchavilla-La Casilla, con una fuerte apoyatura de reserva en El Tendre, con el control de todos los accesos hacia el norte y el oeste, pasaría a ser la base de todo el sistema defensivo

de Gamallo, tanto de Macerta cuanto del puerto; por lo mismo que ningún punto de esa línea quedaría desguarnecido y todos bien comunicados gracias al dominio de las carreteras, pistas y caminos de la zona, no vacilaría en ceder al adversario todo el terreno al sur de ella a fin de distribuir sus fuerzas de la manera más compacta, evitando la formación de salientes, y reservar la tropa para el momento decisivo, descansada y asentada en posiciones de su propia elección frente a un enemigo asendreado por largos días de combates y marchas. Era no sólo la actitud más segura y conservadora, sino a la larga la más política; pues superado el primer ataque de furor del Estado Mayor del Centro ante el progreso enemigo, confiaba Macerta en que aquella actitud dilatoria no sólo aprovechaba al máximo sus recursos sino que le reportaría los mayores beneficios en forma de ayudas, pues al prolongar la crisis — por la mayor cesión de terreno al adversario y la demora en el contraataque— sin duda despertaría a Burgos de su sopor (hasta el punto de revocar por primera vez la mención de aquel frente en el parte diario del Cuartel General del Generalísimo), de su reserva y de su cicatería, para obtener el envío de refuerzos por el que tantas veces había piado —y tan en vano— con vistas a la ofensiva de primavera que había de terminar con aquella anacrónica bolsa de Región.

No sin cierta satisfacción había saludado Gamallo la ruptura de la tregua invernal por parte de los republicanos. Se diría que por una vez trabajaban para él y se hacían eco, con mayor diligencia y comprensión que sus superiores, de las necesidades que reclamaban sus planes; la primera de ellas exigía ni más ni menos que el olvido del pasado y el abandono de la actitud moratoria y procrastinante del Ejército del Centro hacia aquel frente, uno más entre los muchos «dormidos» a donde eran enviados aquellos cuya carrera por una razón u otra no debía conocer la promoción. El hombre seguro de sí mismo que con tanto aplomo había menospreciado, ante Ramón Vázquez Reina, la posibilidad de ser sorprendido, batido y desplazado por su adversario, no iba a cambiar de postura ante un ataque que en buena medida tenía previsto, cuyo alcance había medido y ponderado y para cuya contención estaba decidido a emplear la estrategia que mejor concertara con sus futuras intenciones —gustara o no gustara en Burgos o Vitoria—, a sabiendas de los riesgos que podía tomar sobre sí; sabía que no podía perder Macerta, a no ser que deseara desencadenar sobre su persona una reacción semejante a la provocada por Rey d’Harcourt (del que se llegaron a decir toda clase de cosas por tener un hermano de su mismo empleo en las filas de la República) cuya sombría memoria planeaba por encima de todos los mandos avanzados; pero partiendo de esa premisa fija —y contando con la lejanía del E. M. del Ejército del Centro, con su apatía respecto al envío de refuerzos y con su inveterada afición a cursar telefónicamente órdenes insensatas— podía hacer con su frente lo que le viniera en gana hasta el punto de facilitar al adversario su aproximación a Macerta para convertirla (innecesariamente) en un bastión

inexpugnable, en cuya defensa se habían de alcanzar esas altas cotas de heroísmo que al parecer exigía el CGG para movilizar una fuerza de socorro; si a eso acertaba a añadir un nuevo descalabro italiano que enfureciera a Bergonzoli y Roatta, enervara a Ciano y sacara de sus casillas al propio Duce, podía estar seguro, gracias a las exageraciones telefónicas de unos y otros, de obtener unos resultados políticos que no guardaran mucha proporción con lo ocurrido en el campo de batalla.

En tanto supiera defender Macerta, Gamallo no sería relevado del mando; *never to swap horses while crossing a stream*, dice el proverbio inglés de extensa aplicación en operaciones militares y momentos de incertidumbre; y cuando la crisis remitiera y se aclarase la situación, ya se cuidaría él de ingresar en su cuenta los beneficios de la movilización.

Gamallo podía aceptar que la guerra se ganase en otros frentes y que otras cabezas se llevasen los laureles. Estaba acostumbrado a eso, pues su oscura carrera se había desarrollado siempre en la sombra; carecía de padrinos y no gozaba de muchas simpatías entre sus compañeros de armas, cuyas actitudes levantiscas había observado siempre con desgana. Se había unido a ellos, tras el golpe de julio, sólo por conveniencia y no podía sufrir la idea de permanecer inactivo, al mando de un frente dormido, y que la victoria le sorprendiese en la casa de Las Moras, en la penumbra de siempre, haciendo planes —a falta de refuerzos— para el ataque sobre Región, con su tropa embrutecida y agazapada en las trincheras de Socéanos. No sólo quería entrar en Región victorioso, y a poder ser a caballo; no quería tan sólo los vítores las flores de las mujeres apiñadas en los balcones tras una colgadura bicolor, el flamear de los pañuelos y el acompañamiento de la chiquillería; también necesitaba el humo, las últimas descargas, la persecución por el monte y, en una palabra, la doble cara de la paz, una de las cuales no le era suficiente. Había esperado mucho tiempo ese día y para alcanzarlo se había sumado a la rebelión. A diferencia de muchos de su colegas que desde el comienzo de la guerra presumían de haber abrazado aquella causa por un motivo patriótico y exento de todo interés particular, y bajo el que pretendían esconder sus razones lucrativas y corporativas, jamás había negado —a quien le hubiera querido escuchar— que él se movía por cuestiones personales que databan de mucho tiempo atrás; pero nadie se lo había preguntado nunca y tan sólo se lo había confiado a sí mismo, en un arranque de sinceridad que a nadie podría transmitir pero que le permitiría sentirse orgulloso —y superiormente situado— por el hecho de obedecer tan sólo en la forma a la hipocresía dominante. De haber sido distinto el panorama y haber abrazado los receptores de su encono la causa de los rebeldes, no habría dudado en unirse a las fuerzas de la República, tal era la magnitud de aquel sentimiento, en claro contraste con su indiferencia hacia las actitudes y motivaciones oficiales y políticas. Sólo pensaba en el provecho de su venganza y eso era suficiente para ser más recio, más crudo y menos servil. Despreciaba a la mayoría de sus

colegas; desconfiaba de las virtudes del Mando supremo, no creía en una sola de sus palabras y desde el día en que acertó a ocupar la vacante de Brémond —un hombre simple, ingenuo y creyente— todo (sus palabras, sus gestos y sus opiniones) lo supeditó a ciertas maneras un poco más halagüeñas y aduladoras, con el único objeto de conseguir los tan ansiados refuerzos y el visto bueno del Cuartel General para lanzar el ataque a Región y perseguir a sus enemigos hasta los últimos confines de la serranía. Conservaba unos cuantos nombres indeleblemente grabados en su memoria; uno de ellos era Amat, otro Mazón, otro Ruán, otro Benzal, otro Abrantes. Cualquiera que fuera su conducta en aquellos dos últimos años, no tendrían más remedio que pagar la deuda que habían contraído con su odio tres lustros atrás.

En los críticos momentos que siguieron al desastre de El Balsador y cuando en Macerta habían comenzado los preparativos de la defensa y en ciertos sectores de la población empezaba a cundir el desánimo y, antes de quedar abierto el camino del pánico, se hablaba de negligencia, traición y cobardía, la segunda visita de Ramón Vázquez Reina a la casa de Las Moras sirvió al menos para que aquel hombre abundase en sus opiniones y se ratificase en las comprometidas decisiones de las que en buena medida dependía la suerte de la ciudad; nada de abandono, ni un paso atrás, le vino a decir. Entendió Gamallo que con aquel hombre se podía hablar con claridad —y a su calidad de combatiente falangista atribuyó su falta de prejuicios bélicos, su manera tan franca de entender la guerra y tan alejada de las posiciones oficiales y las monsergas de la propaganda— hasta el punto de invitarle a compartir su frugal almuerzo, sin incómodas compañías ni otras interrupciones que las del camarero. No se trataba —le vino a decir— de forzar un acto de heroísmo ni de batirse a la desesperada aun cuando —tomado todo ello en consideración— no podía dejar de pensar en los beneficios derivados de una situación tan crítica, a la vista de la simpleza y terquedad del Mando supremo con respecto a la necesidad de recuperar de manera inmediata todo terreno cedido al enemigo; quería eso decir que cuanto mayor terreno cediera con más insistencia se le exigiría el paso al contraataque y tanto más cuantiosos y bien equipados habrían de ser los refuerzos. Por otra parte, el alfoz de Macerta apenas reunía condiciones para la defensa y carecía de todo valor estratégico en tanto acertara a conservar en su poder la línea Muchavilla-La Casilla-Socéanos, fuertemente atrincherada y de fácil apoyo y abastecimiento, y desde la que llegado el momento lanzaría el contraataque que —no había la menor vacilación en sus palabras— le llevaría a las puertas de Región. Tanto más se acercara el enemigo a esa línea, tanto más dura sería la réplica y más comprometido su repliegue, demasiado largo para ser desandado con una retirada elástica. Así pues, en líneas generales —vino a concluir Ramón Vázquez Reina— la operación que tenía en mente el coronel Gamallo no se distanciaba mucho de la estrategia más cara al Mando supremo y sus únicos caracteres originales se referían a ciertas particularidades en el tiempo y en el



espacio que nadie como él (el coronel) estaba en situación de calibrar. En cuanto a la resistencia en el puerto el coronel no albergaba la menor preocupación: una vez más, los republicanos habían pinchado en hueso, con grave quebranto de su poder ofensivo, tras sufrir un severo castigo sin haber logrado conquistar una sola cota clave, en buena medida por culpa de su obcecada manera de intentar la ruptura en aquel sector; cosa que él (el coronel) no pensaba hacer por el momento, pues un comandante atento a los resultados en el campo no puede perder de vista los aciertos y los fallos del adversario para deducir de ellos la réplica más conveniente; y si el enemigo había demostrado las posibilidades que para una campaña de maniobra ofrecía el sector Feltre-Entreforte-Santa Quiteria, eludiendo el paso del puerto tan comprometido en un sentido como en otro, ¿por qué no había de aprovechar él tales ventajas, tanto más cuanto que tendría enfrente un adversario agotado, alejado de sus bases y tan sólo deseoso de volver a cruzar la divisoria de las aguas? Un enemigo que, marchando y disparando hacia atrás, le serviría de guía para seguir el camino más corto a Región, sin pasar por el puerto. Era la oportunidad que había esperado Gamallo desde que tomó el mando: invertir la dirección y llegar al puerto por el camino del Torce, a sangre y fuego, a caballo y con los rastreadores por delante. Así no escaparía nadie a la venganza de la injuria producida tres lustros atrás, en un balneario de tercera, en los mismos parajes.

Era toda la información que necesitaba Ramón Vázquez Reina, quien de no haber introducido una puntillosa curiosidad aquella misma noche podría haber emprendido la vuelta al «punto Antón», en los páramos de Cohul —donde Mazón había instalado el Cuartel General de la Brigada—, utilizando para el cruce de las líneas los mismos caminos y procedimientos, pero a la inversa, que le habían llevado a la casa de Las Moras poco menos que con un cambio de camisa. Pero en el momento de llevar a sus labios una taza de malta con fuerte sabor a achicoria, el falso falangista se vio en el ineludible deber —y ése era en esencia el motivo de su visita— de informar al coronel que, gracias a informaciones confidenciales recibidas de su buen amigo Ch... (y aquí con el mayor desparpajo introdujo un nombre que sonaba mucho), el Servicio del Canje había tenido conocimiento del paradero de su hija cuyo nombre había sido incluido en una lista de posibles personas que en las próximas semanas podrían beneficiarse de uno de los trueques organizados a través de la Cruz Roja Internacional; síntoma indudable, vino a añadir Vázquez Reina, de que los servicios de información del enemigo habían detectado su presencia en Región y descubierto su valor de cambio, bien para llevar a cabo un canje de su conveniencia, bien para hacerle objeto —sobre todo en las críticas horas que se avecinaban, cuando del coraje y de la resistencia del coronel podía depender la suerte de Macerta— de uno de tantos chantajes a los que (el enemigo) les tenía acostumbrados y cuyos tristes recuerdos y ejemplos estaban en la mente de todos. Una réplica reprimida, un gesto inconcluso

vinieron a alterar la arrogancia del coronel que, con un suspiro de cansancio, apoyó la espalda en el respaldo del sillón y dejó la mirada perdida por el comedor, hacia una ventana impasible y hacia un jardín sobrecogido todavía por el rigor del invierno y apenas atento al de la guerra. Fue un largo momento de silencio que el falso falangista (como el actor consciente de que tras un par de intervenciones afortunadas ha ganado el favor del público y superado las dificultades de la comedia, y desde ese momento puede extremar sus facultades histriónicas para llevar adelante una actuación que hasta entonces ni siquiera se ha atrevido a ensayar) aprovechó para quebrarlo con esas frases inconclusas —«era mi deber comunicárselo y no quisiera, mi coronel...»— que suspendidas en el punto tonal más bajo demuestran mejor que la sentencia completa la emoción que las dicta. El coronel dejó que la taza de malta se enfriara. Parecía buscar un apoyo que, inesperadamente, hubiera desaparecido en aquel instante, entre las sombras amarrotadas del jardín. Pero el coronel en ningún momento se dejaría arrastrar por ciertas debilidades. Como si hubiera sufrido un pasajero mareo, sabía que en un instante recuperaría la sangre. Si había sabido revestir toda su vida —incluso durante aquella larga época de ostracismo a la que se vio empujado como al purgatorio de unas ambiciones de juventud que en lugar de arrastrarle hasta el borde del vicio, le empujaron al campo del honor donde no supo, por ignorante, defenderlo— de un estudiado laconismo no sería para renunciar a él en aquel momento, por mucho que le fuera en ello, cuando mayores beneficios podía obtener de un sacrificio sobrellevado en silencio. Sin duda, pensó que ante sí tenía un joven movido por grandes ideales, fácilmente impresionable, de los que a partir de una elección casi fortuita todo lo aprovechan para reafirmarse en ella; al que no sería necesario conmover para convencerle de su aptitud para el sacrificio —un viejo conocido—, de su profesional dedicación a cualquier clase de salvación patriótica, de la seriedad con que se hacía cargo de la misión que le había sido encomendada, y no sólo para estar a la altura de los tiempos. Hay épocas —parecía expresar con su mutismo, como si solamente de un jardín en sombras pudiera obtener la aprobación a su esotérico silencio— que parecen exigir una gran cantidad de héroes y, ante la demanda, los genuinos quedarán oscurecidos por la numerosa nómina de los necesarios. Por eso mismo lo serán doblemente, porque su propia condición les obliga a no parecerlo. No sólo para el héroe su acto está por encima de la persona — en una penumbra velada por seres innombrables, un jardín abrumado por la sombra de sucesos futuros— sino que una vez consumado se negará a reconocerlo como propio, para estar en la historia desde fuera. Con la vista puesta en la ventana y tras aquel breve instante dedicado a pasajeras ensoñaciones —una evanescente estampa del héroe rejuvenecido, en un clima hastiado de prudencia—, no pensaba en su hija, carente de trazos, sino en los planes del enemigo. Si el enemigo ha incluido su nombre en la lista, le vino a decir a Ramón Vázquez Reina, será a modo de anzuelo y

para que por nosotros sea confirmada la importancia que él le concede; sean cual sean sus intenciones, en modo alguno vamos a seguir su juego, colocándola por delante de otras personas cuya liberación es mucho más importante y urgente; no se trata de emular otros sacrificios ni librar un certificado de abnegación; simplemente, astucia; incluirla en la lista significa ni más ni menos que confesar al enemigo nuestra debilidad en el frente de Macerta, en tanto que pasar por alto su nombre sólo puede ser interpretado como testimonio de nuestra firme decisión de no dar un paso atrás y de resistir sus ataques y coacciones cualesquiera que sean los métodos a los que recurran para llevar adelante sus planes. El coronel se levantó para correr la cortina e impedir con el resplandor de una pantalla la invasión del comedor por la penumbra añil de la tarde. «Quiero que esta misma tarde», le dijo, «comunique usted al servicio del señor Ch... mi negativa a esa inclusión». Era ya de noche cuando abandonó la casa de Las Moras, encargado de una nueva misión que estaba muy lejos de poder cumplir. Pero su propia añagaza se volvió contra él para desencadenar su zozobra; el engaño azuza a quien no lo pudo realizar y adquiere proporciones imprevistas. «Estoy seguro de que mi hija sabrá estar a la altura de las circunstancias», eran palabras a las que hubiese deseado no prestar atención, que se repetían una y otra vez no con el tono de la amenaza sino como la advertencia de un peligro que él mismo había desencadenado con su invención y bien podía ser aprovechado por otro. El hombre que pisa dos terrenos muy diferentes y en cada uno de ellos se ve obligado a simular su conducta no puede evitar una permanente desconfianza y el estado de acecho en que vive le empuja a pensar que esa misma doblez se extiende por doquier. Iluminado por la incierta luz de esa sospecha, Juan de Tomé llegó a pensar que el coronel no había hecho sino seguirle su juego y que, conocedor en todo momento de su verdadera personalidad, lejos de intentar desenmascararle (de lo que no habría de derivar otro beneficio que la supresión de un agente enemigo) había preferido utilizarlo como su propio mensajero y devolverlo a su campo con las informaciones y confidencias que mejor convenían a sus propósitos. Esto es, una incitación al ataque. La relativa facilidad con que había entrado en contacto con él, la ligereza de todos los controles, la intimidad sin testigos con que le había distinguido, se unían a la muy probable delación acerca de su verdadera personalidad que desde Región hubiera podido llegar hasta la casa de Las Moras, por cualquiera de los informadores y conductos clandestinos habituales, para hacer más que verosímil una hipótesis que de ser confirmada había de cambiar el signo de las revelaciones. Pero en Macerta apenas podía hacer nada para confirmar o rebatir tal hipótesis a menos de prolongar su estancia allí y, con grave riesgo para su seguridad, persistir en sus tratos con el coronel hasta alcanzar un cierto grado de certidumbre acerca de sus verdaderas intenciones. Pero además, bien porque el tiempo apremiara y considerase urgente su incorporación a su puesto para advertir a Mazón sobre lo que podía esperarle en

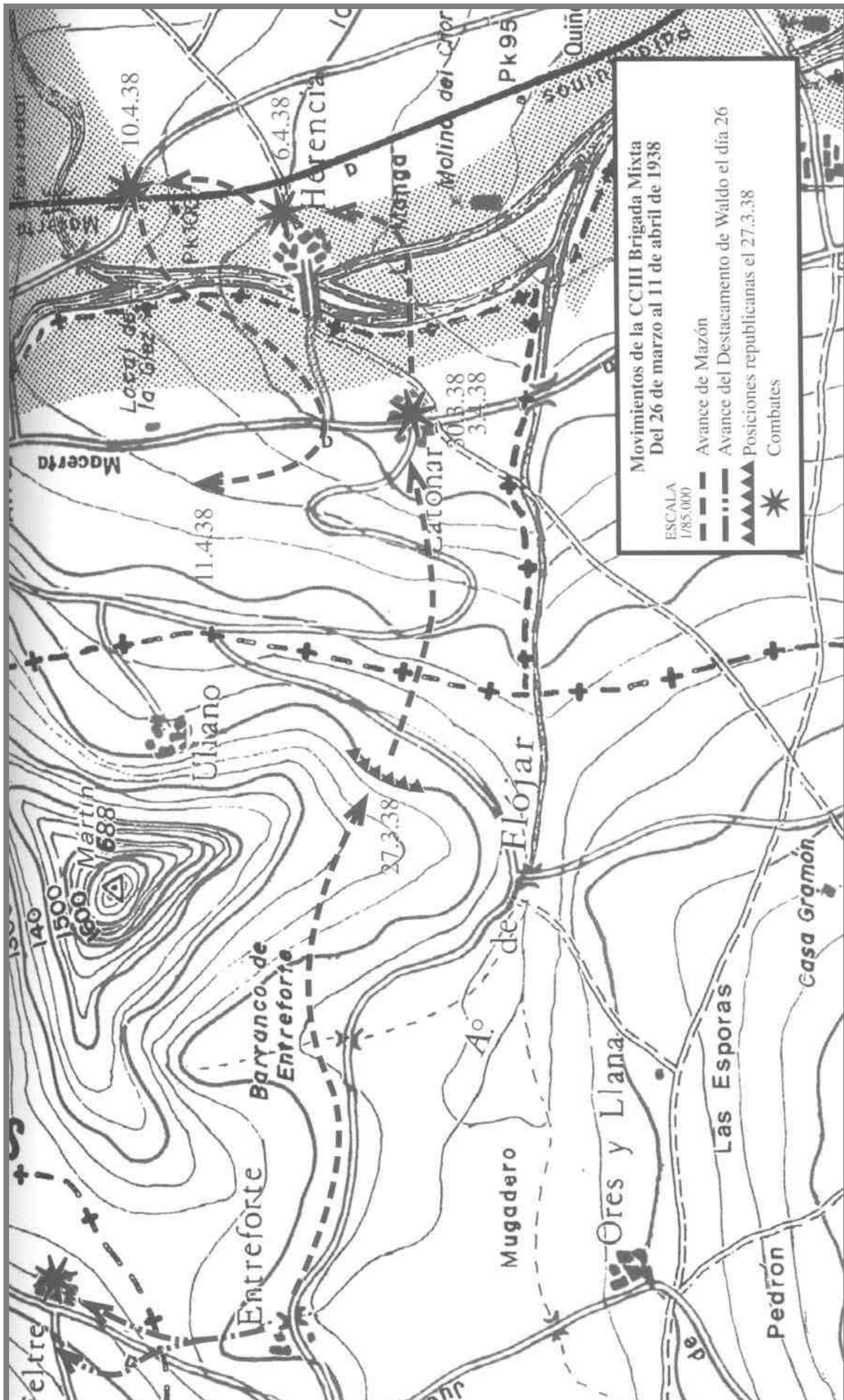
Macerta, bien porque —como aquel que en plena calle decide volver a la habitación del hotel por temor a verse despojado del pequeño tesoro que no ha dejado suficientemente resguardado— tras las últimas palabras del coronel le embargara la prisa por volver a Región para cerciorarse, tan sólo para cerciorarse, de que Marré permanecía en su escondite del arrabal y ajena al peligro que sobre ella se cernía, decidió regresar por el camino del norte, más largo pero más seguro, para visitar a su protegida antes de presentarse ante Mazón. En esa vuelta atrás la angustia va in crescendo y sus últimos pasos antes de abalanzarse sobre el cajón donde ha dejado la cartera están dominados por una cuasicertidumbre de su desaparición y la premonición del vértigo ante el vacío que ha de encontrar. Un inmediato futuro organizado de acuerdo con el «orden querido» se va a desmoronar en un instante por la falta de ese pequeño objeto —un verdadero tabernáculo donde se guarda el tiempo — cuya pérdida abre la puertas a un caos en el que ni siquiera habrá un instante primero por el que comenzar la reconstrucción del viejo orden. Hasta él «¿y qué haré yo?» sobrecoge, porque todas sus respuestas son funestas, y sólo se impondrá (ah, esa intolerable coacción de la conducta sobre la conducta) tras un preámbulo de polvo. El cajón es abierto en la casi auroral turbulencia con que ya se anuncia el caos y de repente todo el orden se restablece en cuanto la vista descansa sobre el objeto causante de toda la desazón, poco menos que flotante en un limbo acrónico que no gira con las revoluciones de las horas, incapacitado para entender que es el sujeto de la catástrofe que ha estado a punto de provocar; y a partir de ese momento será algo más que un portamonedas, algo que sin perder nada del valor que ya contenía quedará adornado por un atributo esotérico, que no sólo contiene la fortuna de su poseedor sino también la desconocida cifra de su buena suerte. Y bien, se da una proporción entre la magnitud del susto y la afección, ribeteada de atributos sagrados, a la cartera. Sin duda el susto de Juan de Tomé fue de los grandes, pues duró varios días con sus noches, lo que tardó en llegar desde Macerta a Región por el camino de Fayón y el paso de Zocs, en pleno deshielo serrano. Muchas horas con una sola idea en la cabeza; muchas horas en que la obsesión, con la única ayuda de un rasgo recordado (de manera parecida al arqueólogo que con un trozo de cerámica reconstruye una civilización), intenta extraer el objeto perfecto del distante légamo donde se halla sumergido; y lo crea a su antojo, a partir de aquel rasgo; escondido en un zaguán o en un establo y rendido al sueño tan sólo para poder despertar con un nuevo brío que le acerque más a él, o marchando contra el viento con la cabeza baja bajo la ventisca y de tanto en tanto una mirada a los pasos del guía que camina por delante, empujado por esa única y ubicua obsesión; una cara que a partir de un sobresaliente entrecejo adquiere una cierta corporeidad en cuanto asoma una furtiva y cruzada mirada sobre la que al instante se cierran las negras aguas de una retina muy pocas veces impresionada por ella. Ambas mujeres —que le hacían muy lejos de allí— levantaron

al tiempo sus cabezas, sorprendidas de su intempestiva entrada en la cocina, apenas reconocible a causa de una barba de una semana, los ojos y los pómulos hundidos y tocado con un pasamontañas; no así el chiquillo —en cuya cabeza en todo instante se estaba desmoronando el «orden querido»— que no abandonaría el suelo ni su atención sujeta por el juego de las chapas, ante la llegada nocturna del intruso.

\* \* \*

Mientras tanto, en La Mesquida pasaban las horas sin que Mazón tuviera noticia de los mensajeros que había enviado, uno a Región y otro a Macerta. Respecto al segundo podía hacer cuantas cábalas quisiera, habida cuenta de las dificultades de su misión, de los peligros que había de superar y las demoras en que podía incurrir; por otra parte, lo que le pudiera aportar tendría un valor secundario, pues solamente una información incontestable —y en todo inesperada— le haría desistir de su propósito de avanzar sobre Macerta en cuanto la Brigada se agrupase y reconstituyese tras las agotadoras jornadas de Entreforte, Latonar y El Balsador. Con mucho, eran las noticias acerca de lo que estaba ocurriendo en el puerto las que más le importaban. Hasta ese momento aparentemente había conducido la campaña sin la menor vacilación y sin siquiera tener que recurrir a un instinto que le dictara el camino más rápido y económico, pues cada paso entre Santa Quiteria y Latonar había poco menos que obedecido a un plan de antemano trazado y aprobado por el Comité. Solamente tras la difícil y costosa ocupación de Latonar, y cuando sus bajas superaban el décimo de sus efectivos y el alejamiento de sus bases y puntos de partida le había impuesto, cada día con mayor rigor, una economía cartaginesa para subsistir gracias a sus ganancias más que a sus reservas, surgieron las disyuntivas y se planteó la necesidad de proseguir el ataque según su propia inspiración, sin contar con otros datos que los suministrados por la escasa información recibida en el campo de operaciones y sin otras ayudas que las siempre razonables proposiciones de Arderius. De haber seguido sus primeros consejos se habría atrincherado en Latonar o más aguas arriba de Herencia, en los estrechos de El Balsador, una posición inmejorable para mantener su amenaza, controlar las principales vías de comunicación del valle medio del Lerna y poder resistir con gran economía de medios, y gracias a la ventaja topográfica; cualquier ataque longitudinal procedente del norte. Había llegado por fin al ansiado Lerna, en cuyos desiertos ribazos sus hombres encontraron la amenidad para un descanso que no habían gozado en las últimas dos semanas, en cuyos prados pastaban sus hobachones caballos, en todo ajenos a sus próximos trabajos y marchas, tan rápida y plácidamente desmilitarizados que antes de que se extinguiera el eco del último disparo la ribera había adquirido, de corro en corro, el aire de una feria de ganado, tan sólo deslucida por el mal tiempo. Había, en fin, cumplido con creces el

cometido que le había asignado el Comité y si toda la máquina regionata hubiera marchado a su compás aquellas horas las podrían estar celebrando ambas Brigadas con un abrazo de triunfo en la plaza de Macerta. Pero de la sierra no llegaba nada, apenas un silbido engendrado en la quietud, demasiado agorero como para proseguir con ánimo resuelto un avance tan sólo auspiciado por el corto vuelo de Ordax que a la salida de El Balsador abandonó su sitio en el asiento del conductor para evolucionar a la diestra de su jefe, en dirección a Fides.



---

Situada ya a una distancia de cuatro días de marcha de su base de Sepulcro Beltrán, el avance en punta de la Brigada CCIII sobre Macerta podía adquirir todos los caracteres de un suicidio si la presión de la CCII sobre Socéanos no lograba desequilibrar al enemigo y arrojarle de sus posiciones, obligándole a replegarse por la vertiente oriental de la cordillera y haciendo posible el enlace de los dos frentes que solamente unidos podrían intentar el asalto a la plaza. Por si fuera poco, la enconada resistencia de los defensores de Feltre, que al decir del Poliorceto todas las mañanas estaban a punto de sacar bandera blanca pero que mañana y tarde seguían disparando —incluso a los altavoces que les conminaban a rendirse— sin ninguna clase de reserva ni desmayo, constituía una razón más para detener la marcha y —de acuerdo con las recomendaciones de Arderíus— fortificar una posición que no debería ser abandonada hasta que en el resto de los frentes se hubieran despejado unas cuantas incógnitas y la brigada se viera reforzada con hombres y armas comprometidos en otros sectores. A punto había estado Mazón de adoptar esa táctica tras la ocupación de Herencia y la aniquilación, a costa de sensibles pérdidas propias, de su guarnición; el miércoles 6 de abril, a eso del mediodía, había concluido el combate que se libró casa por casa y cuando en el último reducto se hizo el silencio (el mortuorio silencio que en un pueblo derruido, tras la algarada y la traca que señalarán el triunfo, se acompaña de silbidos y diapasones y repiques provocados por huecos que mugen, un balaustre convertido en badajo o un letrero que se golpea contra su quicio) del polvo surgió una vega despoblada y una carretera rectilínea, abierta y desierta que sólo conducía, más allá de los campos desmochados, a la niebla. En la mañana del 9, jueves, los exploradores enviados por Ramón Alday hasta el puente de El Balsador llevaron a Latonar la noticia de que una columna motorizada —italianos del CTV a juzgar por su inequívoco armamento— se hallaba detenida a la altura del túnel de El Corno, en torno a sus dos bocas, en espera de que se incorporase a ella parte de la infantería —al menos una unidad marroquí, entre ella— que había quedado rezagada unos kilómetros luso. Avanzaban sin precauciones y no aparentaban la menor prisa por entrar en combate, gracias a lo cual la información fue completa. La columna constaría de unos 1500 hombres a lo sumo, que venían precedidos por unos motoristas y encabezados por una docena de tanquetas Ansaldo L3, armadas con ametralladora doble; estaba formada por buen número de camiones, unas cuantas piezas de campaña de 100 mm y cerraban su formación (en lugar de abrirla) dos temibles carros MII/39, dotados de un cañón de 37 mm. A todas luces —según los observadores— el comandante de la columna debía ignorar que Latonar se hallaba en poder del enemigo.

La presencia de la aviación que desafiando el mal tiempo sobrevoló el sector, por poco tiempo, vino a confirmar la inminencia del ataque; una formación de nueve



aparatos Fiat CR 42 —monoplazas de dos planos—, de la aviación legionaria, despegados del aeródromo de Saldaña, se limitó —a juzgar por la prisa con que tomaron el camino de vuelta, tras unas pasadas de exhibición— a constatar el avance de sus compatriotas por la carretera y sin otro objeto, se diría, que recibir sus aclamaciones. Pero uno de los pilotos debió advertir, en el camino de vuelta, las columnas de humo y señales del combate de Latonar que tuvo a bien comprobar con otros dos compañeros que desviaron su ruta a tal efecto. Una hora después, una formación cerrada de *Savoias* no dejaría en pie un solo muro de Latonar, aquel pueblo de adobes y tapiales, ora para allanar el avance de la columna, ora para de manera tan ostensible señalar la presencia de su enemigo y sacarla de su indolencia.

La imprudente y difícilmente explicable detención de la columna motorizada a la altura de Fides proporcionó a los hombres de la CCIII, tras reponerse de los efectos del bombardeo, un plazo precioso para preparar y articular su defensa. Entre Fides y La Glez la vega del Lerna se estrecha y cierra por las hoces que el río ha abierto a través de las formaciones secundarias del Martín y del Sarrión; el valle discurre a lo largo de tres kilómetros encerrado entre dos suertes de pétreos médanos, con sus cuernos apuntados, que en su centro dejan una fértil y llana elipse flanqueada por las peladas laderas de la arenisca cretácea; la más septentrional de las hoces es la más cerrada y hacia la que apuntó Arderíus como la más adecuada para montar sobre ella la primera línea de defensa y escalonarla en la segunda. Pero en esa ocasión (y una vez más la decisión de Mazón se vio influida por su desconfianza hacia su jefe de Operaciones) el comandante optó por la postura dinámicamente más conservadora y posicionalmente más arriesgada y decidió hacerse fuerte en los estrechos de La Glez, el menos alejado de Herencia y Latonar, empero donde la línea de posiciones transversales al río podía ser fácilmente desbordada por unos flancos que presentaban pocas dificultades para el movimiento de los blindados y la artillería de campaña. Tales consideraciones debieron escapar al precipitado análisis del comandante italiano, sin duda espolado por el bombardeo aéreo e infatuado del poder y cuantía de sus motores, tanto como por la premura de llevar el punto de encuentro cuanto más al sur, a fin de acompañar su victoria con la reconquista de la mayor cantidad de terreno posible. Aparte de todo eso, la visión del valle es muy distinta según proceda en dirección norte o en dirección sur que, dominada esta última por la presencia solitaria e imponente del Martín, da lugar a un efecto perspectivo falaz que induce a pensar que el valle es tanto más estrecho y cerrado cuanto más se aproxima a Latonar.

Así pues, decidió Mazón que solamente los hombres de la Columna Pambley y el Asturias Libre, bajo el mando único del capitán Plácido García, con una discreta dotación de máquinas y morteros, quedaran apostados y emboscados en los escarpes de El Balsador y no tanto al objeto de hostigar y retrasar el avance de los italianos cuanto con miras a exacerbar su confianza con una resistencia poco más que

simbólica y desdeñable e inducirles a pisar a fondo sus aceleradores en dirección a Latonar. Por el contrario, en la cerrada de La Glez la defensa se preparó con todo esmero a lo largo de aquel día 9; todo el tramo de la carretera en un kilómetro de extensión, entre el cruce de la comarcal de Tuer y el puente sobre el Guadalán, quedó centrado en las miras de cuantas armas disponía la Brigada. En lugar de una línea de defensa escalonada optó por otra poligonal, y en esa ocasión no tuvo más remedio que ceder al convincente planteamiento de Arderius, apoyado de manera decidida por Alday. Tras el terraplén del ferrocarril, utilizado como parapeto paralelamente convergente con la carretera, se apostaron los del Dominó y el Batallón número 2, al mando del camarada-señor Pou, encargados de abrir el fuego en cuanto el centro de la columna enemiga llegara a su alcance; el Batallón número 1, los del Torce y los Carrilanos, bajo el mando de Blanco Barragán, se escalonaron a lo largo de la carretera de Félix, en torno al paso superior sobre el ferrocarril y casi ortogonalmente a la línea anterior; del otro lado del río se emplazó toda la artillería del 10,5 y la de campaña a la cota 1020 con las miras a cero; en fin, los dos escuadrones de caballería tomaron posiciones en las choperas entre el río y la carretera de Saldaña, dispuestos a vadearlo en cuanto se hubiera conseguido la inmovilización de los motorizados y la dispersión de la columna a ambos lados de la carretera, bien para acudir en apoyo de la fuerza destacada en El Balsador y cerrar la bolsa por su retaguardia, bien para cortar el paso de Herencia en el caso de que esta última fuera superada y rebasada; sin tiempo para cavar trincheras, se dispusieron los nidos de morteros y ametralladoras a cubierto de cualquier observación y casi siempre en línea, rara vez en forma escalonada. En suma, apoyada en la cerrada y resguardada tras dos terraplenes y una ladera densamente arbolada, la fuerza de Mazón quedó distribuida en una sola línea que formaba una irregular U, con un brazo —el derecho— adelantado sobre el otro, en cuyo interior quedaba encerrado un tramo de carretera de un kilómetro de longitud y por cuya abertura debía introducirse el comandante italiano como una anguila en una nasa.

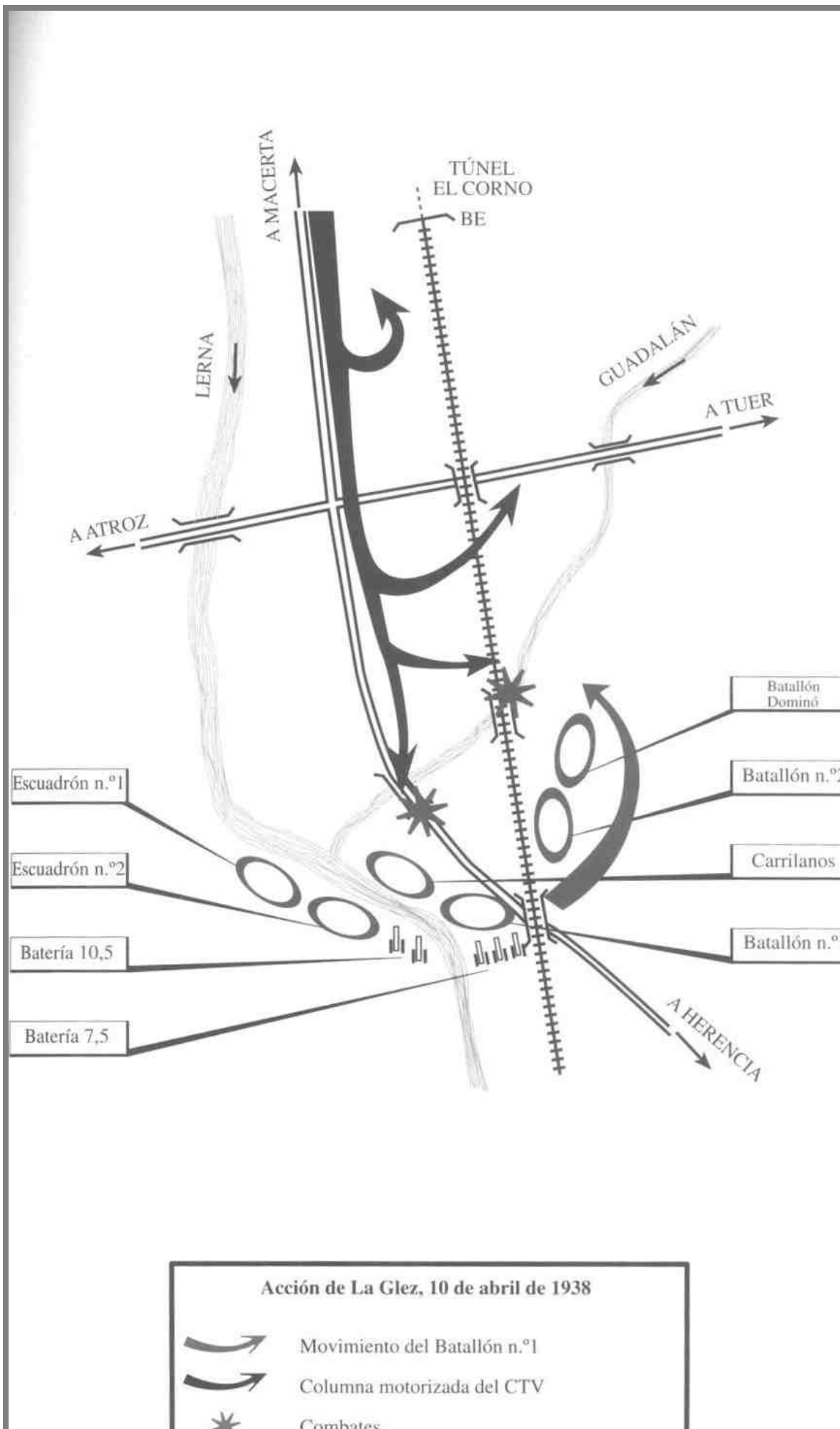
Y se metió; para darse de bruces con su propio material. Cuando sus avanzadas rebasaron el puente sobre el Guadalán, más o menos a las 10.15 del día 10 de abril, domingo, los primeros *shrapnels* comenzaron a caer a ambos lados de la carretera para aun sin alcanzar ningún móvil, crear la confusión en la cabeza de la columna en tanto su cuerpo era implacablemente ametrallado por las máquinas del Batallón número 2. Un primer camión de tropa, a causa de la falta de visibilidad en un tramo muy estrecho, derrapó y fue a caer y volcar por el terraplén del estribo y fue abandonado por sus ocupantes con los brazos en alto, entre voces y lamentos, en tanto las tanquetas sin saber hacia dónde dirigirse salían del asfalto en busca de su propia seguridad, antes de haber localizado al enemigo. Era un punto bien elegido, pues la carretera, sin el ancho necesario para poder girar 180° sobre ella, se

estrechaba aún más y adquiría una súbita pendiente para negociar los accesos al viejo puente de piedra sobre el río Guadalán en cuyo cauce terminó la primera tanqueta; se trataba de vehículos muy inestables y bastaba que una oruga pisase un mojón para provocar su vuelco. Una segunda fue alcanzada por un tiro directo del 7,5 que la dejó instantánea y totalmente inutilizada; otra se incendió, quién sabe por qué, y al cuarto de hora de iniciado el fuego ya había cinco abandonadas, dos caídas de costado y una hundida de morro en una sima.

En cuanto el fuego quedó concentrado sobre la carretera los hombres del destacamento corrieron a desplegarse a ambos lados de ella —dejando a su suerte el material móvil—, sin esperar las órdenes de sus jefes y, menos aún, de su comandante que de pie en su propio vehículo, en el centro de la columna, metido a agente de tráfico tardó en darse cuenta de lo que ocurría en su vanguardia y en lugar de detener el avance se empeñó en acelerarlo, provocando en torno al puente el embotellamiento que tanto deseaban sus adversarios; tenían éstos órdenes de no moverse de sus puestos y concentrar su fuego sobre los motorizados, lo que en cierto modo permitió el despliegue de los italianos y la formación de una posición erizo, en torno al puente y con la protección de sus pretilas, desde la que replicar al fuego del Batallón número 2 y cubrir la maniobra de retirada de todos aquellos elementos —la tercera parte de la columna— que aún gozaban de libertad de movimientos. Tras el descalabro inicial, la maniobra del italiano fue ágil y acaso por la cuantía de los blancos, el fuego de los republicanos fue disperso y no muy eficaz; por añadidura, abusaron de su confianza y una vez convencidos de que habían detenido en seco el avance enemigo y atrapado entre sus líneas el grueso de sus fuerzas sin posibilidad de recular—, optaron por mantenerse en sus posiciones en la seguridad de que habiéndole clavado al terreno acabarían con él sin abandonarlas. El italiano no lo dudó: a costa de sacrificar todo el equipo de sus avanzadas y un considerable número de bajas, decidió reforzar su posición en el puente para atraer toda la atención del adversario y ensayar un asalto al terraplén del ferrocarril, en tanto su segunda línea no sin dificultades buscaba la salida por los caminos de herradura y atajos hacia la carretera de Tuer. Un segundo asalto al terraplén, acompañado de fuego de morteros y un apoyo artillero desde una batería apresuradamente emplazada en las dehesas de Ferradal, tuvo un cierto éxito y obligó a los del Dominó a replegarse y solaparse con el Batallón número 2. Tanto Pou como Ruán, por temor a un desbordamiento que podía resultar fatal para el mantenimiento de su delgada y alargada línea, picaron el anzuelo y obligaron a Blanco Barragán, vía Alday, a desplazar hacia su espalda al número 1, a fin de taponar la brecha. El alivio de la presión en el eje de la bolsa, entre el puente del Guadalán y el cauce del Lerna, fue al punto aprovechado por el italiano, reforzado ya con infantería marroquí, para ensanchar su posición y retirar sus elementos mecánicos hacia Ferradal y la carretera de Tuer. Hacia las 15.30, tras cinco horas de

continuo combate, y aunque de manera muy precaria había estabilizado su posición, a pesar de haberse visto obligado a fragmentar sus fuerzas en tres núcleos diferentes y separados: la posición erizo en torno al puente del Guadalán, a la que se habían acogido los hombres de su vanguardia; el sector de Ferradal donde desordenadamente había logrado reunir los restos de sus motorizados, fuera del alcance y la visual de las baterías de Lavaiz; y, por último, la retaguardia de la columna paralizada desde el comienzo del combate en las proximidades de la boca de entrada del túnel de El Corno. De los tres, tan sólo el primero oponía una eficaz resistencia al acoso de los republicanos que, una vez restablecida la continuidad de las líneas, no demostraron el menor celo por abandonar sus bien resguardadas posiciones para cobrar su presa en campo abierto. Con la situación totalmente bajo su control aquella tarde decidió Mazón movilizar los dos escuadrones de Caballería para, conjuntamente con el Batallón número 1, desencadenar un ataque por el sector de Ferradal, totalmente desguarnecido y escaso de potencia de fuego, que además de ocuparlo traería consigo un copioso botín y el aislamiento completo de los defensores del puente. Pero una sugerencia de Arderius (recibida en principio y como tantas otras con todo género de reservas) y tan sólo insinuada como un divertimento nacido de la euforia del incipiente y fácilmente consolidable triunfo, habría de trocar aquel gesto casi de pizarra y oficio en una maniobra de mayor estilo de la que surgiría el más brillante hecho de armas de toda la campaña. En principio se limitó a susurrarle al oído una de aquellas frases que en su difícil y nunca bien concertada colaboración sólo entre ellos tenía sentido; vertida por uno como un intento más de ganar, mediante el halago y la complacencia, aquella confianza que desde su llegada a Región había tratado por todos los medios de conquistar y a la que no había de renunciar tras el fracaso de la misión Lamuedra; escuchada por el otro con la mezcla de interés y suspicacia que le merecían todas las palabras de un hombre al que tenía por competente y desleal al mismo tiempo. Tal vez una combinación tan inmiscible sólo se tolera diacrónicamente y el espíritu se avendrá a ella —y se reconfortará en su propia prudencia— si en cada momento decide aceptar uno u otro de sus elementos simples, pero nunca todos a la vez. Es muy posible que le hablara de su ilustre homónimo y modelo, el príncipe Eugenio. Por recomendación del viejo Ricardo Ruán, Arderius había leído extensos fragmentos de una obra en cuatro volúmenes que se hallaba en la biblioteca de Escaen<sup>[45]</sup> y, en una ocasión anteriormente descrita, había repetido la lectura en voz alta, seguida de comentarios. Es muy posible que le recordara la retirada hacia Rovigo, el avance sobre Turín al sur del Po y la liberación de esta plaza por la espalda de sus sitiadores, en septiembre de 1706, y la resonante victoria del príncipe sobre los ejércitos de Orléans, Marson y La Feuillade, uno de esos modelos —al igual que la campaña de Shenandoah de Stonewall Jackson— que una vez aprendidos se quedan grabados en la mente y, para quien lo sabe, puede ser esgrimido

como un motivo de seducción y un argumento decisivo para el compromiso.



---

Le insinuó que con la maniobra sobre Ferradal, si la columna detenida en el túnel daba media vuelta nada le impediría volver a su base de Macerta —sin duda tras haber perdido casi la mitad de sus efectivos—, pero si lograban retenerla en la olla de El Balsador nada resultaría tan fácil como situarse por delante de ella en su retirada, para repetir con la segunda mitad de la columna, invertido el sentido de la marcha y a la altura del azud, la misma lección que habían administrado a la primera. Es obligado y necesario señalar que en aquel primer momento de la propuesta, el más reacio a llevar a cabo una operación tan atrevida fue el propio Mazón, el hombre que durante meses había estado pregonando la conveniencia de practicar una campaña de maniobra, que al respecto había estudiado y aprendido todo lo que estaba al alcance de su mano (y en dos ocasiones bajo el pupilaje del tío Ricardo, aquel hombre tan culto como hablador), que en la medida de las posibilidades de todos había con tal ahínco promovido la instrucción y preparación física de sus hombres para adiestrarlos a grandes desplazamientos y la formación de unidades montadas capaces de alcanzar una gran movilidad; que había hecho de tal postura un dogma tan fervorosamente mantenido que había llegado a amenazar con su retirada del mando activo si el Comité no avalaba sus procedimientos o no le concedía carta blanca para llegado el momento poner en obra sus ideas. Y por si fuera poco, aquella concepción de la ofensiva en dos frentes —uno fijo y otro móvil— se debía a él y a él había sido encomendada la parte aventurera, por así decirlo, por la que tanto había clamado. Cuando Arderius desplegó el plano para señalar con el dedo la maniobra estaba a su lado Ramón Alday que inclinó la cabeza y sacó la lengua para, a continuación, dirigir a Mazón una mirada interrogante y algo impertinente. Una vez más, fue convocada una reunión de la máxima urgencia, todos con prisa de volver a sus puestos con órdenes de abandonar la posición para caer sobre el enemigo. En el momento en que Arderius —plenamente secundado por Alday por Ruán, pero no tanto por los demás capitanes, sobre todo los de extracción pueblerina, mucho más sumisos a Mazón que los profesionales y los cultivados— insinuó la posibilidad de poner en práctica aquella táctica tan atrevida, con un enemigo encerrado en una bolsa y un campo abierto donde moverse con libertad, Mazón se retrajo y durante un plazo demasiado largo se resistió a discutir una proposición bajo el alegato de que no comprendía muy bien lo que su jefe de Operaciones quería decir, un intento un tanto pueril de sobreeser el sumario por el procedimiento menos dialéctico. Era justamente lo que el otro —Arderius— no podía comprender: que alegase incompreensión a una idea tan meridiana, tan simple, que ni siquiera necesitaba del plano para ser expuesta y que, por añadidura, concertaba con todas las concepciones y planes de campaña que había prohijado la Brigada. Pero Arderius no discutía; tras su breve exposición se limitaba a fumar y —un observador que se hubiera agachado por debajo de la mesa de la

sacristía de la iglesia parroquial de Herencia, donde se celebraba la reunión, lo habría observado— agitar su pie derecho, de manera nerviosa pero no impaciente, indolentemente colgado de su pierna cruzada. La solución urgía; Chacón esperaba, con la mano sosteniendo el pomo de la puerta entreabierta, la orden de marcha.

Al llegar aquí cabe hacer una especulación sobre las razones que bullían en la mente de Mazón para permitirse tanta indecisión en momentos tan apremiantes. Por una parte, es menester considerar el ejercicio de la responsabilidad para ponderar el peso de la prudencia práctica en contraste con la audacia teórica y para reconocer que, cumplidos con generosidad y amplitud los objetivos que se había asignado, otras razones muy distintas —y algo más humanitarias y económicas— a su predilección por un cierto tipo de guerra podían prevalecer en su decisión final. Por otra, cabe aducir su ya varias veces mentada y harto justificada desconfianza hacia toda iniciativa procedente de Arderius; pero habiéndose producido ésta en un momento tan adelantado de la campaña, en que una decisión errónea podía traducirse en una completa debacle (y hasta entonces no había sido tan considerado hacia la merma de sus fuerzas y hacia las dificultades para asegurar una retirada no calamitosa a Sepulcro Beltrán), esa desconfianza podía haberse trocado en verdadero temor. Por entonces ya empezaba a lamentar la decisión de haber retenido a Arderius a su lado. A medida que progresaba la campaña y la Brigada avanzaba hacia la capital del enemigo, más crecía la importancia de Arderius y más decisivo y terminante podía resultar el esfuerzo de su deslealtad; o lo que es igual, más inquietud le producía a Mazón la compañía y la asesoría de su subordinado y hasta el extremo de empezar a considerar por aquellas fechas —una decisión que se deja siempre para el día siguiente, a menos que un acontecimiento fortuito y funesto la precipite y justifique— la conveniencia de acabar con él, antes de dar el siguiente paso. Pero no era sólo desconfianza, pues en una situación como la suya —con cierto paralelismo a una crisis conyugal— rara vez un solo sentimiento, no necesariamente compartido, se erige en motor de todos los actos. Nada podía aborrecer tanto Mazón como que Arderius se adelantara a sus ideas. Desde su punto de vista era —quizá— la forma más refinada de la traición; no se trataba tan sólo de debatir una propuesta cuya finalidad última —por estar envuelta en las brumas de una intención inconfesada, si procedía del capitán— era difícil prever sino más bien de adivinar en qué medida, y gracias a una intervención espuria, los propósitos de la propia estrategia podían resultar de la máxima conveniencia para el adversario que, previamente informado de ellos, podía trazar a su antojo su plan de contrarrestación, a fin de llevarlos al fracaso y obtener las máximas ventajas de tales iniciativas. Atormentado por tan justificados temores, no podría Mazón descansar ni confiar en actitudes previamente tomadas, ni siquiera en su propia doctrina públicamente expuesta y que en poder de Arderius podía convertirse en un arma más del enemigo. Con independencia de toda defensiva



precaución, no podía por menos que reaccionar como el marido que, en plena desavenencia, ha de asentir en público a las afirmaciones que una mujer desleal, conocedora de sus costumbres y gustos, hace ante una concurrencia ignorante de su íntimo divorcio, para ganar su favor, para cubrir una nueva infidelidad o, llegado el caso, para arrojar sobre su cónyuge la responsabilidad del posible desastre. Ante muchos no podía Mazón, claro está, denunciar un estado de cosas que él mismo había propiciado con su imprudente celo por mantener al capitán a su lado y atribuirle el papel de jefe de Operaciones, máximo responsable del trazado de la campaña sobre el papel. O bien tenía que seguir el juego o bien romper la baraja, a la vista de todos. O simular un accidente. Cuando a media tarde estaba poco menos que decidido el envío de los dos regimientos hacia las dehesas de Ferradal y a punto estaba Chacón de abrir la puerta y abandonar la sesión para cumplir la orden, lo último que esperaba Mazón era que Ruán —siempre tan callado— desde el extremo opuesto de la mesa preguntara si había que conformarse con eso; si no sería aconsejable aceptar la sugerencia de Arderius en el sentido de dar por resuelta, a falta de una liquidación, la situación en La Glez y despachar una fuerza considerable, tanto infantería como caballería, hacia El Balsador y no para cubrir aquella posición y hostigar al enemigo en su retirada sino, contando con una considerable potencia de fuego, impedir ésta en las cerradas de Congosto mediante el mismo tratamiento administrado a la punta de lanza italiana aquella misma mañana. Mazón clavó la vista en Ruán, de extremo a extremo de la mesa, un tanto perplejo. Era la mirada cesárea que sólo él podía interpretar; de reproche no por su disensión sino por aprovechar su compartido secreto para colocarle en una situación retrógrada y desventajosa. Tras unos instantes de indecisión Mazón levantó la mirada que paseó por toda la concurrencia para medir el efecto de las palabras de Ruán. No parece que Arderius tuviera nada que añadir —acaso consciente de que una palabra suya de más podía saturar el ambiente y precipitar una respuesta mayoritariamente negativa— y se limitó a aplastar con ahínco el cigarrillo en el cenicero; Ramón Alday, mordiéndose el índice derecho, ladeó la cabeza y arqueó las cejas para dar a entender que compartía el deseo de llevar a cabo una operación tan arriesgada y la incertidumbre que suponía; Ruán calló, con la vista clavada en el tablero de la mesa; el camarada-señor Pou levantó los hombros y Joaquín Lavaiz adelantó su mentón queriendo tal vez significar que por él no se había de abortar la aventura; y en esa expectante y no comprometida situación estaban todos los reunidos cuando desde la puerta —casi desde las sombras, aprovechándose de su marginación y del olvido en que había permanecido— las nítidas, lentas y arrastradas palabras del gitano, cargadas con su más persuasivo acento: «No lo piense más, jefe, es lo que hay que hacer», obligaron a todos a abandonar sus respectivas actitudes para volver hacia él sus miradas, en cierto modo aligeradas del poder y del deseo de contradecirle.

En numerosas ocasiones como aquélla, Mazón respondía con la *surenchère*; rara vez se volvía atrás —aunque a veces lo hiciera— y al envite replicaba con otro más fuerte. Por un lado, no podía conformarse con una iniciativa que llevase el apellido de Arderius —y que de conducir al éxito quedaría registrado en la mente de todos como un acierto exclusivo de su jefe de Operaciones— y por otro, la incipiente ansiedad que se iba apoderando de su ánimo —motivada por otra parte por la falta de noticias acerca de lo que estaba ocurriendo en los otros frentes y la incertidumbre que la incomunicación arrojaba sobre el conjunto de la ofensiva— le empujó (y fue uno de los más conspicuos ejemplos de aquella imprevisible manera de actuar en los momentos decisivos) a adoptar una línea de conducta que condujese al desenlace más rápido y a resultas de la cual su suerte quedase inexorablemente echada. Posteriormente se barajará la idea de que a aquellas alturas ya sólo deseaba la retirada, la vuelta a casa y a la inacción, cansado de tantos días de brega y, sobre todo, acuciado por problemas personales (y es de suponer que sobre su ánimo planeaba la inexplicable desaparición de Kerrera). La desidia que delataba la falta de noticias le había convencido de que, una vez más, se había roto la difícil unidad de las fuerzas regionatas que enfrentadas a suertes muy diferentes —unas al fracaso más rotundo, otras adornadas con victorias locales de escasa trascendencia, unas terceras, por último, condenadas a la inactividad resultante de tantos abortos y decepciones— volverían a la inveterada práctica de la guerra por facciones, tras echar a barato las duras lecciones que les habían conducido a aquella espuria y efímera unanimidad. En la víspera de sus más señalados éxitos se comportará como un hombre vacilante, que para mantener el tipo ha de exigir la devolución de la confianza que un día repartió a manos llenas; que por eso mismo huirá de las medias tintas, por temor a denunciar un talante dubitativo y para aparentar una fortaleza que, paradójicamente, se había en parte esfumado con el éxito; que adopta decisiones audaces, casi desesperadas, para superar las sugerencias que le vienen de fuera y que, tanto por el afán de imponer su autoridad cuanto por el temor a embarcarse en una larga campaña de desgaste, en todo momento menosprecia el camino más sensato. Sin duda los éxitos que se sucederán desde la toma de Entreforte hasta la llegada a los suburbios de Macerta, pasando por la brillante jornada de El Balsador, serán cada vez más pesados y más duros de soportar para los hombres de la CCIII —cada vez menos numerosos y más fatigados—, pues uno tras otro les van empujando hacia el vacío, hacia una nublada meta que ninguno de ellos (y a medida que continúa su avance sus rostros se van demacrando, sus cuerpos se cubren de llagas, sus prendas y uniformes se convierten en harapos, sus semblantes se ensombrecen (pues con un detrás cada día más lejos no apuntan hacia un delante)) será capaz de vislumbrar.

Entonces Mazón se recostó en su asiento y hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón, al tiempo que estiraba las piernas por debajo de la mesa de la sacristía,

dijo que puesto que estaba claro cuál era el sentir de todos, era de razón que todos, o la gran mayoría, participasen en la aventura; que por consiguiente durante toda la noche y el día siguiente la Brigada se limitaría a ejercer un «limitado hostigamiento» de las posiciones enemigas para hacer creer al comandante italiano que se conformaban con lo conseguido, que se mantenían en la actitud defensiva y que en modo alguno deseaban o podían pasar al contraataque; y si el comandante italiano acertaba a interpretar tal mensaje renunciaría a forzar la defensa y ordenaría la retirada, para salir cuanto antes de aquella ratonera; así, pues, antes de que cayera la noche del día siguiente, lunes 11 de abril, todas las unidades distribuidas en torno a los estrechos de La Glez debían escalonada y subrepticamente abandonar sus posiciones (de acuerdo con un orden de marcha que Arderius y Ruán se encargarían de redactar) para retroceder hacia Herencia, seguir por caminos paralelos a la carretera de Saldaña y volver a cruzar el río a la altura de Atroz para situarse a suso de la cerrada de El Balsador, a retaguardia de toda la columna italiana, para impedir su retirada y asestar el golpe frontal insinuado por el jefe de Operaciones y preconizado por Ruán y Chacón, con el tácito consenso de todos los demás; solamente en calidad de retén quedaría en La Glez el Batallón número 1, apoyado por toda la artillería dispuesta en una simple barrera, a las órdenes de Joaquín Lavaiz que tomaría el mando de todo el sector para actuar a modo de yunque en cuanto se produjera el choque. En cierto modo la reunión fue una copia de la celebrada el 27 de marzo en el molino de Flójar. La propuesta era tan abrumadora que nadie se anticipó a discutirla. Era todo o nada, no valían términos medios. Las palabras de Mazón, tal vez pensadas y dichas para suscitar la polémica y engendrar una fuerte oposición a tan aventurada maniobra, a pesar de provocar un cierto estupor no levantaron la menor protesta; quién más quién menos habiéndose pronunciado en aquella dirección no demostró el menor deseo de volverse atrás, aunque tuviera que aceptar el nuevo envite a regañadientes y en contra de sus apreciaciones acerca del próximo combate que todos, casi sin excepción, debían de considerar como el último de la campaña, con el que —al menos— debía concluir su cometido en aquella ofensiva cuyo peso, en lo sucesivo, habría de recaer sobre otros hombros.

En tanto que dueños de la iniciativa, los republicanos se limitaron durante todo el día 11 a mantener un fuego demostrativo, a tenor de las instrucciones cursadas por su comandante, que los italianos tuvieron a bien agradecer y corresponder. Tan sólo una compañía marroquí intentó —a eso del mediodía— abrir un frente de ruptura hacia el río, en busca de la carretera de Saldaña; pero enérgicamente rechazado por los Carrilanos desde sus confortables posiciones, indudablemente su fracaso debió colaborar a la renuncia del comandante italiano a toda clase de gestos agresivos que no estuvieran dictados por el proceso de la retirada.

Al atardecer del mismo día se inició la retirada, más bien la subrepción, de la

Brigada de sus posiciones de La Glez. Las unidades más avanzadas lo hicieron en último lugar. Fue una noche de intensos trabajos y movimientos, siguiendo las directrices cursadas por Arderius y Ruán, supervisadas por Mazón y vigiladas por Alday y Pou. Los hombres abandonaron sus puestos para caminar encorvados, sin levantar una voz, sin encender un cigarrillo, transmitiéndose la vez con el codo, bajo una lluvia suave pero pertinaz. Por la margen derecha del río y a ambos lados de la carretera de Saldaña se organizaron siete columnas, en fila india. Cada cincuenta minutos de marcha descansaban diez, con prohibición de formar corros y hablar en voz alta y si alguno se extraviaba debía permanecer en el sitio, hasta ser encontrado por sus compañeros de la zaga. En Herencia se les distribuyó raciones frías para tres días, a base de latas de atún, galleta y vino aguado, y se les recomendó que no probaran bocado hasta llegar al punto de destino que Ramón Alday, despachado previamente, secundado por Toribio Cárdenas y otros oficiales de la Pambley, oportunamente les señalaría. Aquella noche caminaron más de quince kilómetros bajo la lluvia y hasta los de caballería lo hicieron desmontados, sin otras luces que las luciérnagas de los vivacs italianos del otro lado del río.

El choque se produjo el día 13 de abril, víspera del aniversario de la República, a primeras horas de la mañana. Una vez más el comandante<sup>[46]</sup> italiano fue cogido por sorpresa y absolutamente desprevenido, convencido de que tenía franco el paso de Congosto que unos exploradores y enlaces, despachados antes de que apuntara el nuevo día, se encargarían de reconocer y que la punta de lanza —muy avanzada respecto al resto— debía clarear en el caso de que encontraran la débil resistencia guerrillera con que habían topado en el camino de ida. El comandante no podía por menos de sentirse satisfecho del comportamiento de sus hombres en la posición erizo durante los días 10, 11 y 12 y persuadido de que Macerta hacía oídos sordos a su petición de socorro, decidió iniciar el repliegue en la noche del 12 al 13, gratamente sorprendido de la inactividad de su enemigo e íntimamente convencido de su falta de recursos y ánimo para lanzar un ataque nocturno desde sus dominantes y cómodas posiciones en las lomas y terraplenes. Para proteger la retirada de sus dos núcleos más valiosos ordenó el estado de la alerta en el box del puente sobre el ferrocarril, el más avanzado, ocupado por tres compañías de infantería y dos más marroquíes, en todo momento dispuestas a saltar los parapetos a una orden suya para ocupar un tramo de la carretera y distraer sobre sí la atención de los republicanos mientras la columna se ponía en marcha en dirección a Macerta. Un sacrificio imprescindible y, si todo salía bien, un precio extremadamente bajo por la salvación del resto. Bajo una mansa lluvia y en la oscuridad más completa ordenó formar de nuevo la columna en dirección a Macerta y empujar y girar las máquinas a brazo para no encender los motores hasta el mismo momento de emprender la marcha, una hora antes del amanecer y a fin de escapar de la trampa con las primeras luces del día, después de

despachar una avanzada hacia El Balsador, punto elegido para la nueva concentración, fuera ya del peligro y del alcance de las piezas republicanas. Para evitar embotellamientos y tropiezos, los dos —el de Ferradal y el de la boca de entrada del túnel de El Corponerse en movimiento al mismo tiempo y una vez sobre marchar a la máxima velocidad de caravana. La organización no tuvo un fallo y la maniobra se inició sin otras dificultades que las provocadas por el barro que obligó a abandonar media docena de coches y arzones enterrados hasta los ejes. A las 6.40 del día 13 de abril la columna emprendió su repliegue hacia Macerta, con las luces apagadas y poco menos que morro contra trasera, dirigida por unas pocas culebreantes linternas de mano.

El plan Arderius-Ruán había previsto atacar la columna en movimiento, en cuanto su cabeza rebasara el paso bajo el ferrocarril no lejos de la boca de salida del túnel. En el dispositivo republicano el Asturias Libre y la Columna Pambley ocupaban la posición más avanzada. La primera unidad debía ocupar el paso antes citado y la segunda la trinchera del túnel y entre ambas, con un ataque sincronizado, debían cercenar la cabeza de la columna por la línea férrea al tiempo que el Batallón número 2, el Alerta Carrilanos y el Dominó se lanzaban al asalto de la carretera un kilómetro más atrás para proceder a continuación en la dirección de Macerta y, conjuntamente con las fuerzas anteriormente citadas, aplastar al tercio anterior de la formación italiana. Una vez alcanzado este objetivo, todas las unidades agrupadas girarían para tomar la dirección sur, siguiendo el eje de la carretera para paso a paso demoler a un enemigo formado en línea e inmovilizado.

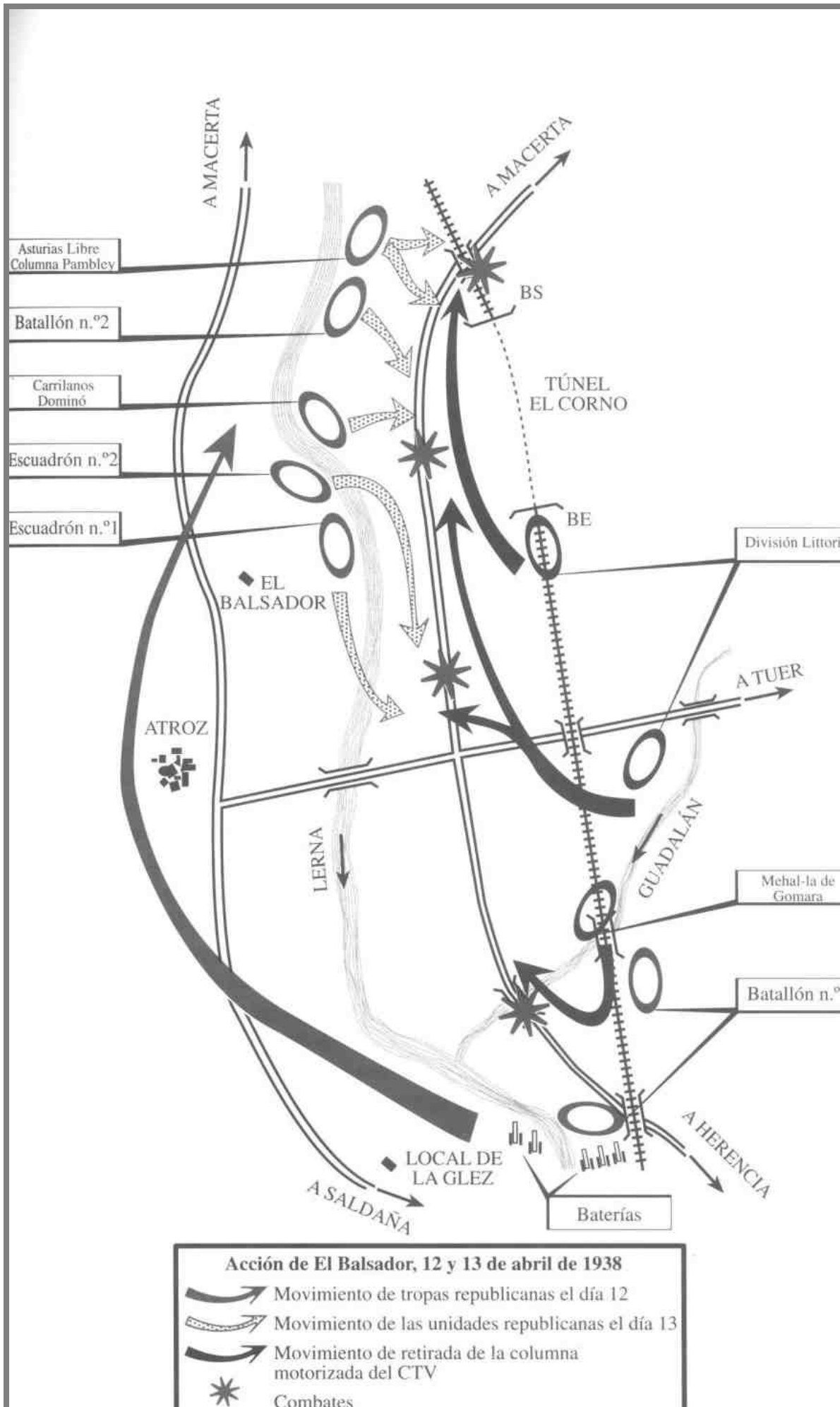
Tras dejar pasar a las unidades de cabeza, sin dar lugar a la alarma, el teniente Fueyo del Alerta Carrilanos abrió el fuego sobre la columna a las 7.20 de la mañana, en una curva a media ladera no lejos del promontorio de El Corno. Bastó con ametrallar un primer coche con las máquinas más pesadas, las *Nordenfelt* de 8 mm, y rematar con morterazos y granadas la suerte para que la columna quedara inmovilizada, taponada la carretera y detenida toda la línea, con varios topetazos, incapaz de moverse fuera del asfalto a causa del barro. Por el contrario, en la cabeza las cosas no marcharon tan bien; el asalto de asturianos y carrilanos al puente y la trinchera fue enérgicamente rechazado por una guarnición apostada allí —y despachada con antelación a través del túnel, a pie— que dotada de armas automáticas y aprovechando su ventaja topográfica no tuvo apuros para repeler tres sucesivas oleadas de atacantes. Sin embargo, semejante revés tuvo a la larga consecuencias muy beneficiosas, pues el responsable en cabeza, suponiendo que tenía ante sí el grueso del ataque republicano, no dudó en imprimir a la columna una mayor velocidad para lograr su evacuación en tanto tuviera bajo su control el paso sobre el ferrocarril; con lo cual no consiguió sino desgajarla y salvar la cabeza a costa de perder el resto.

Siguiendo órdenes indudablemente transmitidas por radio, en cuanto se produjo el encuentro en El Balsador los italianos y marroquíes encerrados en el box del Guadalán se lanzaron hacia la carretera de Macerta en una dirección desviada que cogió por sorpresa a los hombres de Lavaiz y Marzo Mediano. A punto estuvieron de rebasar la defensa que, casi agotados sus cartuchos de fusil, hubo de recurrir al tiro rasante de las piezas del 7,5 para hacer recular al moro. Cuando en la caída de la tarde en El Balsador se había consumado la destrucción de la columna y los hombres de uno y otro bando por primera vez después de doce horas salían de sus abrigos para ponerse de pie, aún se seguía disparando en La Glez —los cañones al rojo, la mitad de las armas encasquilladas— contra unos hombres que como conejos buscaban su salvación de mata en mata.

El éxito de la acción se debió al certero golpe en el centro, iniciado por el teniente Fueyo y ejecutado por el Batallón número 2, el Alerta Carrilanos y el Dominó. Detenida la columna, a causa de la topografía sus hombres no tenían mucho terreno para desplegarse tal como lo hicieron tres días antes. Tan sólo podían saltar de los coches para buscar refugio detrás de sus ruedas, en las encharcadas cunetas o en los poco acogedores matorrales del lado del monte. Pero la vanguardia del grupo de Ferradal, bastante retrasada respecto a la retaguardia del grupo de El Corno, debió adivinar (o ser informada por un enlace) que algo ocurría en la carretera a pocos hectómetros por delante y en evitación de un atasco semejante al sufrido en La Glez, decidió avanzar sobre el río para cubrir el flanco izquierdo, aun a costa de dejar sobre el terreno parte de su equipo. Los temibles M11/39, el resto de las tanquetas y una infantería generosamente pertrechada de armas pesadas y automáticas constituía una fuerza demasiado considerable para el castillo de naipes republicano. «Si en aquel momento no hubiera saltado por los aires un camión cargado de municiones, lo que desmoralizó por completo a los italianos y les indujo a rendirse<sup>[47]</sup>», la jornada podía haber tenido muy distinto signo. La explosión produjo a su alrededor un considerable vacío seguido de la confusión de quienes no sabían si agruparse de nuevo o acudir al punto de la catástrofe para atender y rescatar los heridos. Fue el momento del gitano, el que muchos habían estado esperando desde los días de la recluta y la instrucción. Siguiendo a cierta distancia una línea paralela a la de la columna inmovilizada, por entre los sotos, los viñedos y los carrascales de la ribera, los cuatrocientos jinetes de Región<sup>[48]</sup> hicieron al galope la distancia entre la boca de salida del túnel y el estrecho de Congosto, toda la dehesa de El Balsador, sin disparar un tiro. Allí giraron para cargar sobre un destacamento que encabezado por su teniente en correcta formación avanzaba al paso gimnástico y que al ver como la caballería se venía encima, rompió la formación, arrojó las armas al suelo y echó a correr, cada cual por su lado. Allí desmontaron los regionatos, echaron cuerpo a tierra y tomaron sus fusiles tan sólo para apuntar a numerosos hombres que se dirigían hacia ellos con los

brazos en alto, algunos de los cuales no se libraron del disparo en el pecho. Fue su primera y última carga tan fogosa como eficaz; y tan inédita como extempórea; la última demostración de un arma que allí se desvaneció, en una estampa ligeramente trémula donde la victoria se yuxtapone a su propia inmólación para en una hora o veinticinco años volver a lo que siempre fue y será: un campo de patatas por el que ha avanzado un oficial, en una mano la pistola y la otra en jarras, en cuya linde sus hombres esperan arrodillados, con las armas montadas; y entre los álamos una línea de caballos inquietos y sudorosos que resoplan y piafan para encontrar de nuevo el sitio que su ciego amor a la guerra les había arrebatado.

Hacia las cuatro de la tarde estaba concluido el combate y se había entregado el último italiano que había intentado buscar refugio en el monte, huyendo del infierno en que los hombres del Batallón número 2, los del Dominó y los carrilanos convirtieron el kilómetro 9. Los vehículos inutilizados fueron pronto arrumbados pero aún quedaron 11 delicados SPA y cuatro tanquetas L3 con los que los indisciplinados vencedores pronto empezaron a jugar. Y por si fuera poco, un impecable *Lancia* descapotable, pintado de camuflaje, sobre el que en seguida cayó la adúltera mirada de Mazón decidido en su euforia a adornar la victoria con tan codiciada prenda, sus oídos sordos a la fidelidad que le debía al *Lagonda* que hasta allí le había acompañado sin un desmayo, aunque con excesivos achaques por su mucha edad. Fueron tan numerosos los casos de indisciplina que resulta necesario pasarlos por alto; eran demasiados pertrechos y armas como para que se impusiera una limitación a la rapiña; era demasiada comida, demasiado tabaco, incluso chocolate vitaminado —áspero y terroso, de un sabor acre— pero chocolate al fin. Eran también demasiados prisioneros cuya manutención y vigilancia supondría una carga nada desdeñable para la Brigada cuyas bajas ya superaban —entre muertos, heridos y desaparecidos— los cuatro centenares, casi un 20 por 100 de sus efectivos iniciales.





---

Inquietos, esperando en cualquier momento lo peor, los voluntarios tratan de buscar la vía de la clemencia. Se desprenden de sus capotes y con peor ánimo trocan sus abrigadas botas por el miserable calzado de los regionatos. En cuanto a los gorros y cascos, nadie los quiere y pronto la carretera quedará sembrada de ellos, excedentes de una inútil y sobreabundante cosecha que solamente los chiquillos se molestarán en recoger después. Todos los ojos se vuelven sobre los SPA, las joyas del botín. Se trata de unos coches de primorosa y delicada mecánica, con conducción a la derecha, motor de cuatro cilindros —que producen un pistoneo lento y arrullador—, cárter de aluminio y radiador formado por elementos independientes, para mantener la refrigeración en caso de ruptura de uno de ellos en los frecuentes topetazos que provocan las caravanas. Se ordenó no tocarlos y unos cuantos voluntarios —que ahí vieron el camino de su salvación— fueron designados como instructores de aquellos que decían saber conducirlos. Algunos italianos se avinieron al cambio de obediencia, todos en busca de un trato de favor, con pueriles protestas: amigos del pueblo español que fueron engañados por sus jefes; hijos del pueblo que odian la guerra y sólo desean luchar por la libertad. Pero sus palabras apenas serán tenidas en consideración si no vienen acompañadas de obsequios que a aquellas alturas del pillaje ya pocos pueden ofrecer; pero aun así hay quien se desprende de un reloj, de una cadena, de un encendedor o de un cinturón que sustituirá por una soga, con tal de agradar a su nuevo dueño. En pocas horas la derrota se ha cebado en ellos y la flamante tropa en columna de a tres —casi cuatrocientos hombres<sup>[49]</sup>—, tras enterrar a sus muertos en una fosa común, emprende la marcha hacia Herencia bajo una lenta lluvia, arrastrando el paso; algunos con los pies envueltos en bandas, sin capotes y casi sin uniformes, tocados de esas pocas prendas personales extraídas de un misterioso escondrijo y con que el soldado, desde el mismo momento en que se convierte en prisionero, con arte de prestidigitador intenta zafarse de su condición para reincorporarse —con una bufanda, una boina, una camiseta o un jersey— al orden civil. A los italianos se vinieron a sumar en Herencia los marroquíes, procedentes de una unidad identificada como la Mehal-la de Gomara número 4, unos parientes aún más pobres que, en correspondencia, aún recibirán un tratamiento más drástico. Algunos de ellos, bien para ganar clemencia bien para buscar una oportunidad que les devolviera a sus antiguas filas, se ofrecieron a tomar las armas de nuevo, ahora contra sus antiguos colores. Sólo tres de ellos, sid Embark Ben Messaud, sid Abselan Cabo de Agua y sid Maimón Ben Hamú Mazuza, tomaron efectivamente las armas para perder sus vidas, en diferentes circunstancias, en los combates de Muchavilla.

\* \* \*

Declinaba la tarde, una tarde instantáneamente devuelta al tiempo de paz por un par de mulas, la columna de humo que despedía un montón de hojarasca y el golpe de azadón del aparcerero que abría y limpiaba de vegetación un regato. El cielo había levantado, el crepúsculo era un velo de higiénica, barata e inane gasa en torno a las alturas evanescentes de Montayú, dos chiquillos lejanos y ocultos se llamaban a voces y dos urracas remontaban su corto vuelo para de nuevo en la rama lanzar su mecánico graznido, como dos juguetes italianos de un siglo de grandes inventos. Nadie atendía a la guerra, como si aquel fuera un día de fiesta por la tarde *und fern noch tönet der Donner*.

Una sirvienta mal vestida asomó en la terraza para preguntarle si deseaba tomar algo. Era una terraza rectangular, pavimentada con losas de pizarra y circundada por un pretil con sus machones coronados con copas de cerámica verde —las más de ellas desportilladas— donde se cultivaban unos geranios; del otro lado, más allá de un terreno vago atravesado por el camino, lindaba con el secano que en aquel momento entregaba el primer brote de la avena, más clarividente que el destino que ignoraba. Se había quedado solo y, muy contra su voluntad, sin otra cosa en qué pensar que las decisiones para el día siguiente o, como muy tarde, para dos días después. Ignoraba que muy lejos de allí, en las playas de Vinaroz, en aquellas mismas horas se estaba definitivamente sellando la suerte de la República, partida en dos y conminada a seguir combatiendo y no en el inútil intento de dominar a un adversario que la superaba en todos los órdenes del combate sino con el vano propósito de conmover a un público que había observado su lucha con exaltada pasión, una manera de disimular su poca voluntad a intervenir en ella y mezclarse en un enredo que siempre quiso eludir. Había abandonado Región en los últimos días del mes anterior, cuando de los partes de guerra de ambos bandos —apenas completado el propio con informaciones más precisas, con el pretexto de que a toda costa en los momentos de crisis había de respetarse el silencio telegráfico y telefónico— cabía deducir una retirada republicana al sur del Ebro, de Alcorisa hacia Calanda y Mas de las Matas, pero no tanto como el hundimiento total de aquel frente que se había de consumir en el plazo de dos semanas con la llegada al Mediterráneo, el 15 de abril, de las fuerzas de la 4.<sup>a</sup> División de Navarra. Ignoraba también —cosa aún más grave para su destino particular, exponente de la falta de conexión entre los dos frentes de Región—, y por culpa en parte de la ineficacia de los correos despachados al Comité para recabar noticias, que el ejército de Socéanos apenas había dado un paso adelante en su intento de desalojar a su adversario de las posiciones del puerto y que tras doce días de infructuosos empujones no sólo había consumido toda su capacidad ofensiva sino que en su seno se había producido una nueva crisis que en última instancia fue resuelta por Constantino Marcos con el apartamiento del mando de Estanis y otros cabecillas —casi todos confederados, poco amigos de Julián Fernández— que no

supieron aportarle las mieles del triunfo. El mismo día en que Constantino y Fernández se trasladaron a El Salvador para, tras una somera visita a los puestos avanzados, mover sus peones con vistas a una reorganización de todo el sector, se habían de producir las consabidas defecciones que anticipaban o precedían a tales cambios, observados por los interesados con la natural sospecha de que obedecían siempre más a motivos políticos que militares y, por consiguiente, en muy pocas ocasiones aceptados con estricta obediencia a una jerarquía siempre discutida. Durante tres días el frente estuvo a merced del enemigo que si no se decidió a tomar la iniciativa y montar el contraataque y prefirió observar el decaimiento del ímpetu regionato tranquilamente asentado en sus bien fortificadas y defendidas posiciones, fue porque también en su campo se produjeron algunos cambios (entre ellos, el del irascible capitán Ruiz Lancáster trasladado al sector de Macerta) para el mejor cumplimiento de las instrucciones cursadas por Gamallo en el sentido de no extender las líneas ante los progresos de la Brigada CCIII por el sector sur. Ruiz Lancáster había visto, con certero instinto, abierta la posibilidad de lanzar un contragolpe que le llevara directamente a Región para terminar la campaña en una semana o diez días a lo sumo, a sabiendas de que la mitad de las fuerzas regionatas se hallaban descolgadas en la otra ribera y sin otra posibilidad perdida su capital, que rendir las armas. Pero tal propósito no casaba en ningún modo con las intenciones de Macerta que presintió el peligro de una victoria fulminante —y además sin necesidad de refuerzos— por parte del capitán al que de manera urgente llamó a su lado para encomendarle la defensa del sector El Tendre-Muelas. Y por otra parte, no hay duda de que de haber contado en aquellas horas con la doble información, no habría tenido Mazón más remedio que ordenar el repliegue general hacia sus bases, por grande que fuera su atrevimiento y acuciante su deseo de terminar la campaña y culminar su obra con la entrada en Macerta, al precio que fuera, incluso el holocausto de su fuerza. Pero una vez más la ignorancia respecto a lo que el presente ya había despejado constituía el mejor recurso, en aquella campaña, para adelantar una apuesta a lo que reservaba el futuro.

Le dijo que no deseaba tomar nada, que prefería esperar hasta la hora de la cena. A las numerosas inquietudes que asediaban su ánimo se venía a sumar un cierto malestar que le producía aquella casa desde el mismo momento en que hizo su entrada en ella. La habían localizado en la tarde del día 14 cuando a falta de cosa mejor habían situado la «posición Antón» en un punto que a nadie satisfacía, cuando tras ordenar la reagrupación de la Brigada en Herencia, la distribución del botín y la instrucción de la tropa con el nuevo armamento, tras enviar unas patrullas para reconocer el sector de Ullano con vistas a establecer una reserva disimulada (del tipo Bocentellas-Riazán, que gozaba de tanta predilección) para actuar en el caso de un segundo contraataque, fue descubierta a poca distancia de Atroz desde la carretera de

Zafra, en el centro de una extensa dehesa de encinas y carrascas, situada sobre una loma y dominando toda la vega del Lerna desde los piedemontes orientales del Martín. Era sin duda una de las mejores propiedades de toda la comarca, cuyo nombre —La Mesquida— no era desconocido en Región, propiedad de una familia que de haber sido sorprendida en la guerra en el bando de la República no habría dejado de contribuir a la lista local de mártires con unos cuantos nombres. La carga política de aquel nombre no era nada desdeñable; lo ostentaban algunas fábricas de harinas y durante medio siglo había alimentado las listas de los candidatos conservadores de la ribera del Lerna.

Cuando un teniente llegó a la «posición Antón» —una casa de labradores en cuya era aparcaron los mejores coches de la Brigada— para comunicar el hallazgo, una suerte de postre al banquete de la víspera, todos los presentes aceptaron la sugerencia de trasladar el Cuartel General a una gran casa confortable, con numerosas habitaciones bien amuebladas, dotada de buenos corrales y una despensa bien surtida y que, por si fuera poco, ofrecía la posibilidad de un baño. En cuanto a la familia, dijo, no habría problemas. Omitió decir que habían sido sorprendidos haciendo los preparativos para la evacuación y encerrados en una habitación, con una guardia. Entre los primeros en llegar fueron Arderius, Ruán y Mazón, al volante del *Lancia* del comandante italiano, pasado por las armas tras juicio sumarísimo. De lejos le seguían un SPA, con el conductor, Pou y Asián en la cabina y un pelotón de carrilanos designado como guardia del Cuartel General. Cuando el SPA abandonó la carretera para, siguiendo la indicación de un soldado apostado en el cruce, tomar el camino de la finca —un camino de tierra en buen estado, que al poco cruzaba una cerca de piedra a través de un portillo flanqueado por dos pilones de granito, con el nombre de la casa tallado en uno de ellos y el símbolo de una ganadería en el otro— en la memoria de Asián vino a formarse la molécula primera de una revelación imprevista que en cada nuevo accidente del breve recorrido, por un proceso de ilegítima asociación, agregaba precisos y repentinos detalles y datos inéditos para llegar a formar el inesperado núcleo de una evidencia; como si cada encina, cada revuelta, cada nuevo escorzo que presentaba la casa y los establos, las dependencias, los graneros, almacenes y barracones —hasta el peón que con una azada abría un regato y apenas alzó la cabeza para verlos pasar— formaran las encadenadas sentencias de una página leída mucho tiempo atrás que el olvido, sin borrarla plenamente, hubiera dejado en suspenso, tan sólo adherida a la memoria por la leve posibilidad de ser recordada y revivida en el caso poco probable de que el azar volviera a abrirla ante los ojos que un día la leyeron con desprevenida pasión, ignorantes de que la huella que había de quedar impresa en su espíritu jamás le podría conducir, por más que lo intentara, al no buscado objeto que la imprimió. Al igual que el cuerpo, el espíritu alimenta gérmenes que lo sustentan pero que excitados un

día por un factor casual se revuelven contra su poseedor para provocar la enfermedad; y que con su acción vienen a demostrar que el espíritu no es más que un momento fortuito y continuado que en cualquier momento puede caer en el vacío sobre el que levita gracias a un baile de partículas que escapan a sus órdenes. Quizás el recuerdo de una anónima página que no se conserva es lo que de manera más acuciante remite a un pasado que por no haber sido preservado, por no estar ya al alcance de la verificación, con furia y desgana señala el vacío presente. Nunca había estado allí el capitán; nunca había pisado aquellas tierras y nada podía recordar de aquel camino que por breves momentos le transportaron a un tiempo envolvente (la unidad hipostasiada de pasado, presente y futuro que no toma cuerpo en ninguno de los tres y cuando se manifiesta es para anularlos) que en cada una de sus revueltas le llevó a reconocer el párrafo que nunca había leído sino en el fluido papel de una obsesión. Cuando el conductor del SPA —ufano de su recién estrenada pericia— detuvo el coche ante la entrada principal de la casa, saltó de la cabina para una somera inspección de su juguete y cerró de un golpe la portezuela, el capitán Asián, que en dos kilómetros de pista de tierra había atravesado, en sentido inverso, toda la distancia que separa al hombre de su finalidad para agradecido recuperar la fatiga acumulada en un asiento tan poco confortable, sabía a la perfección dónde se hallaba, íntimamente agradecido a la guerra por haberle deparado aquella oportunidad que a no ser por ella nunca se habría producido, ni, con toda probabilidad, se había de producir de nuevo.

Cuando llegó hacía rato que los otros habían tomado posesión de la casa que compartían con sus propietarios. Fue Ruán el encargado de pedir excusas por la rudeza con que habían sido tratados por los primeros ocupantes y que fueron aceptadas sin la menor cortesía, con el miedo hasta los huesos. Pero en toda la tarde no se dejaron ver —refugiados en el piso más alto, cuchicheando—, bien fuera por temor, bien porque como señores de un cierto tono se limitaran a observar desde lejos las libertades que se tomaban los intrusos y, mientras durara su estancia, se permitieran seguir marcando las diferencias. Tan sólo un hombre todavía joven, aunque no en edad militar, vestido con ropas camperas y de aspecto robusto y saludable, con el pelo corto y un semblante rojizo, tras interesar de un soldado quién era el jefe se presentó a Mazón, en nombre propio y en el de su padre, con objeto de parar el primer golpe. Mazón replicó con un gesto de asentimiento, un «nada tienen ustedes que temer» y con un movimiento de cabeza señaló a Arderíus para que repitiera de oficio la letanía de costumbre, que poco menos que recitaba de memoria, palabra por palabra, para hacerle saber que la casa quedaba ocupada en nombre del Ejército de la República y que en tanto durase la ocupación se regiría por las normas establecidas al efecto, quedando terminantemente prohibido que persona alguna la abandonase ni se aventurase más allá del perímetro de guardia. Era poco más que la

declaración del principio de hostilidad, pues bastaba ver la casa —y el porte de aquel individuo— para adivinar hacia qué bando se inclinaban los sentimientos de los propietarios.

Cuando llegó Asián, Mazón se había acomodado en un balancín de la terraza; Pou en compañía de un furriel y un soldado se dedicó a la inspección, el censo y la apreciación de los bienes requisables y Ruán y Arderíus se habían encerrado en un comedor, decorado con numerosas piezas de cerámica, para extender sus mapas, en tanto la soldada intentaba confraternizar con la servidumbre para acceder a sus hogares, a sus secretos y a sus reservas alimenticias. Pero la división entre ocupantes y propietarios, impuesta por Mazón como una imprescindible medida precautoria, se rescindió en cuanto Asián pisó la casa.

Nadie estaba en condiciones de saber —tan sólo Mazón, gracias a la intimidad que le unía al capitán desde los tiempos de Barcelona— a qué se debía la transformación. La familia, con una prematura mentalidad de secuestrados, se había refugiado en el piso de arriba y su presencia tan sólo era denunciada por el ruido de sus pasos, de las puertas cerradas quedamente, por el eco de conversaciones asordadas, por alguna mirada furtiva a través de una rendija o por alguna cabeza que de tanto en tanto asomaba en las sombras del rellano de la escalera. Estaba ya anocheciendo —y había aclarado la deprimida luz del crepúsculo a través de un desgarrón en las nubes— cuando Asián salió a la terraza en compañía de una pareja, el caballero que les había recibido y su mujer, para hacer las presentaciones. «Ya nos hemos presentado», fue la seca respuesta de Mazón, tras inclinarse levemente a estrechar la mano de la señora. «¿Cómo puede usted seguir aquí en una tarde tan fría? ¿No quiere pasar adentro?», fue la respuesta conciliadora de ella. Era una mujer joven, de poco más de treinta años, de facciones amables un tanto anodinas, tan sólo animadas por una dentadura superior prominente; vestía con suma sencillez, de acuerdo con una moda un tanto pasada —y no a causa de su sustitución por otra sino por la desaparición de toda moda en aquellos días, a causa de una economía que debía conformarse con lo existente, a veces teñido y re confeccionado— de antes de la guerra; una silueta femenina con forma de bolo, con una cabeza redonda unida a un largo cilindro a través de un gollete y una moldura.

En una sala decorada con numerosos trofeos de caza y comunicada con el comedor mediante una puerta cristalera, habían encendido un fuego y preparado un aperitivo con unas lonchas de chorizo casero, unos trozos de pan un tanto amarillento, una botella de vino y otra de vermut. Arderíus se había sentado en uno de los extremos del sofá y Ruán, de pie junto a la chimenea y con las manos vueltas hacia el calor, no pudo reprimir un gesto de circunstancias para reclamar la indulgencia de su jefe. Uno a uno fueron llegando los otros miembros de la familia —otras dos mujeres, hijas del propietario, un hombre de más edad, primo carnal suyo, y un joven de unos

diez años, hijo de una de las primeras—, no sin poner de manifiesto con su adustez el malestar que les producía la convocatoria, y la conversación derivó hacia ciertos tópicos —los lugares de nacimiento, las amistades comunes, un posible parentesco— a fin de eludir por un tácito consenso cualquier comentario sobre la guerra y las circunstancias que les habían reunido allí. Nada más cumplir el trámite una de las mujeres, la mayor, disculpó su retirada alegando una ligera jaqueca, no muy bien acogida por sus familiares, despojados de tan buen pretexto antes de tiempo. Giraba la charla en torno a la familia de Enrique —pues tanto su padre como su tío Ricardo eran personas de cierto renombre local— y con educación y tacto la nuera del patriarca, llamada Aurora, se había interesado por las condiciones de vida en Región, sin mencionar los horrores de toda índole que allí habían ocurrido, cuando un leve ruido de porcelana obligó a todos los de la casa a ponerse en pie e invitar a los de fuera a pasar a cenar. Los cuatro republicanos (Pou se había organizado por su cuenta) cogidos un tanto por sorpresa, no hicieron la menor protesta y siguieron el ejemplo de Mazón que se limitó a abrocharse la guerrera y esperar a que pasaran las señoras; Ruán se subió hasta el cuello la cremallera de su cazadora de cuero oscuro; Arderíus se sacudió el pantalón y las mangas, desprendió un hilo de su castigado chaquetón kaki —más presentable, empero, que lo que llevaba debajo— y con las maneras de un aristócrata arruinado (que practica un gesto que ya no sirve para nada) sopló por encima de su hombro para hacer saltar unas motas de polvo, y Asián —que se quedó el último— esbozó una no artificial sonrisa y pidió excusas, en nombre de todos los suyos, por no venir adecuadamente vestidos para la cena y que el marido de Aurora, desde la jamba de la puerta cristalera, no recibió con agrado sino como una broma de mal gusto que las circunstancias obligaban a pasar por alto.

En la cabecera de la mesa ya estaba sentado el jefe de la familia, con la cabeza gacha y repasando con la punta del cuchillo los dibujos a cuadros del mantel. A su lado una sirvienta —de bastante edad, bigotuda y malvestida— esperaba junto a una gran sopera. No hubo presentaciones y el patriarca apenas levantó la cabeza: Aurora se sentó a su derecha y a su izquierda lo hizo su hija menor, la madre del chico. Antes de que terminaran de sentarse —Asián lo hizo a la derecha de Aurora y Mazón a la izquierda de su cuñada; el chico y Ruán quedaron en los extremos; Arderíus, el primo y el marido de Aurora en el centro— la sirvienta —siempre boquiabierta, con acusado jadeo— llenó de sopa el plato del patriarca que sin levantar la cabeza ni esperar a nadie dio en engullirla con sonoros y espaciados sorbos que cortaron la conversación general para fragmentarla en cuchicheos entre cada dos vecinos de mesa. Cuando concluyó su plato, que la sirvienta —cuya única misión, además de aportar la comida, consistía en vigilar al viejo— retiró al punto, y después de frotar enérgicamente sus blancos bigotes y dejar la servilleta sobre su regazo, se reclinó sobre su asiento y por primera vez paseó su mirada sobre la concurrencia, satisfecho

de su hazaña y atento al ritmo que cada comensal se tuvo que imponer para no demorar el servicio del segundo cuya fuente ya humeaba sobre el aparador. Su mirada se posó sobre Mazón, el segundo a su izquierda, cogido entre dos fuegos: la inquisitiva atención del patriarca y la premura por terminar la sopa. «¿Y qué?», preguntó, «¿ahora a Macerta?». «Si nos dejan», repuso Mazón un tanto confundido, en un intervalo entre dos cucharadas, todavía demasiado calientes para su gusto. El viejo tomó un pequeño sorbo de agua y volvió a pasar la servilleta por sus labios, decidido a no dejar en paz a su invitado: «¿Y quién se lo va a impedir? ¿Ese gandul de Gamallo?».

El segundo plato era un guiso de patatas y zanahorias con escasos trozos de carne de buey que el patriarca recibió con muestras de disgusto. «Estas patatas están heladas», dijo, al tiempo que dejaba el tenedor en la mesa. Su nuera se reclinó solícita sobre su plato para partir una patata. «Papá, ¿quiere que le hagamos una tortilla?», le preguntó al tiempo que le hacía una seña a la sirvienta que, buena conocedora de los caprichos, gustos y manías de su señor, no le retiró el plato y esperó sus órdenes sin poner atención a las de su nuera. «Tráeme la leche», dijo al fin el patriarca, al tiempo que extraía del bolsillo del chaleco un frasco y depositaba una pastilla sobre el mantel, mientras todos los comensales se aplicaban al estofado. «¿Y cuándo esperan ustedes llegar a Macerta?», preguntó al tiempo que revolvía la pastilla en el vaso de leche. «Depende mucho del tiempo», intervino por primera vez Arderíus, para atraer sobre sí la mirada del viejo y descargar a Mazón del acoso al que se hallaba sometido. El viejo, con la mirada puesta en el vaso de leche, se quedó cabeceando y dijo: «Se lo tienen merecido, partida de gandules». «Papá, no empieces», abrevió su hija menor, de manera tajante, para abortar el sesgo que tomaban las palabras del viejo y que, de seguir su independiente curso, podían terminar en comentarios poco convenientes para el buen nombre de la familia. «Se lo tienen merecido; por idiotas, por gandules», musitó para sus adentros el patriarca, entre dos buchets de leche con los que enjuagó la boca; luego permaneció tieso contra el respaldo hasta que despachó un sonoro eructo, tras el cual indicó a la sirvienta que le acercara su bastón. Ya de pie, y sin esperar a que los demás dieran fin a un potaje que se resistía a ser saboreado, volvió a repetir algo sobre el correctivo que se habían merecido los gandules de Macerta y con un hosco «buenas noches» dirigido al suelo se retiró del comedor.

«Esta guerra», sentenció su hija menor en busca de una justificación, «es una desgracia para todos». «Para todos no», replicó el marido de Aurora, en una de sus escasas intervenciones y con un cierto tono de resquemor. Durante toda la cena el capitán Asián no había dejado de ofrecer una sonrisa, una sonrisa incomprensible, incompetente y algo anacrónica; parecía dar a entender que estaba por encima de aquella espinosa situación, que sólo él poseía la clave interpretativa de las palabras y actitudes de unos y otros y que a partir del momento en que hiciera uso de la palabra



volvería a reinar la concordia, los ánimos apaciguados por una sabiduría que estaba por encima de todos los partidos; «Esta guerra», dijo mirando a Aurora con convicción; luego se dirigió a su marido y luego a Mazón, para reunir a todos en su homilía: «Esta guerra es lo que a cada uno le ha tocado», y se calló, bastante satisfecho y seguro del efecto que iba a producir. No produjo el menor efecto, sus palabras apenas fueron tomadas en consideración y por un rato el capitán permaneció silencioso y perplejo, considerando para sus adentros que si la sociedad cultivada se mostraba tan incomprensiva e incoherente, la guerra tenía más de una razón de ser, lo que le llevó a decir todo lo contrario con el buen propósito de concluir la velada, junto al fuego y con unas copas de coñac barato, de la misma manera en que había comenzado. Pero el chico, antes de que su madre lo despachara hacia la cama, quiso conocer algunos detalles del combate con los italianos para confirmar aquellas conclusiones acerca de su escasa eficacia guerrera que constituían un lugar común en las conversaciones patrióticas de ambos bandos. Mazón se dirigió al chico, con un acento un tanto apologético, y sólo a él: «A los que pierden les toca ser los menos valientes». El chico le miró embozado e inició una protesta y Mazón lo acompañó hasta puerta, estrechamente vigilado por su madre. «La victoria lo concede todo», dijo, con intención de ser mal interpretado.

«No acierto a comprender qué es lo que ustedes persiguen», dijo el marido de Aurora, cuando se encontró sólo con su mujer en medio de los republicanos. Parecía haber esperado aquel momento para enfrentarse a ellos en desigual combate, sin más ayuda que sus firmes convicciones. Al parecer de toda la familia su hermana mayor era la más vehemente y envenenada por aquella humillante situación, pues —como después se vino a saber— su marido, el padre del chico, gozaba en Burgos de un cargo de resonancia política y su mujer más que participar en sus ideas las enardecía. «No creo que puedan ustedes llegar muy lejos y aun cuando consigan entrar en Macerta —cosa que dudo— en pocas horas se les echará encima medio ejército nacional, sobre todo ahora que ha quedado despejado el frente de Aragón». Ninguno de los cuatro hizo la menor objeción o pregunta, simulando estar al corriente de cuanto decía y resueltos a no cometer la menor indiscreción. «La guerra está resuelta —añadió— y parece absurdo todo intento de prolongarla. O peor que absurdo: ¿es que nadie puede convencer a Negrín para que arroje la toalla? ¿Es que no hay nadie con sentido común?». Como ninguno de los otros respondía, se veía obligado a prolongar su soliloquio, en tono cada vez más elevado. «No van a conseguir nada con todo esto; nadie les va a agradecer este esfuerzo. Antes al contrario, una rendición a tiempo no sólo puede salvar muchas vidas inocentes sino que en su día, a la hora de exigir responsabilidades, para muchos podrá ser esgrimida, con toda justicia, como una atenuante». «Responsabilidades ¿políticas?», preguntó Mazón, hundido en un sillón y pese a su evidente cansancio (no podía reprimir de tanto en tanto un bostezo)

en un tono algo jaque. «La tragedia, la tragedia», dijo el otro sin perder su calma y observando el fuego. Luego, volviéndose a Mazón: «Sí, también políticas ¿por qué no? No pretenderá usted suponer que esta tragedia se ha desencadenado sola, que no hay responsables políticos de ella». Con calma Mazón respondió: «No pretendo decir eso sino justamente todo lo contrario. Los responsables políticos de esta tragedia — como usted la llama— los hay en ambos bandos pero sobre todo en el suyo, señor mío». «Que yo sepa no me he pronunciado por ninguno de los dos bandos hasta ahora», repuso el otro sin darle tiempo a seguir. «Usted perdone si le he ofendido pero me parece que no hay que ser un lince para saber hacia qué lado decantan sus simpatías, además de por el sentido común. Pero eso no quita nada, por nuestra parte, para que podamos mantener esta conversación con toda franqueza, se lo aseguro». «También yo estoy seguro», repuso el otro, para añadir a continuación un cumplido, «por venir de donde viene. No le voy a negar que mi causa es la de sus enemigos y es posible —aunque lo dudo— que entre ellos haya alguno tan responsable de esta tragedia como el que más. Pero tenga usted presente que responsabilidad y culpa no son nada si no son juzgadas y castigadas y ellos, los vencedores, no lo serán». A sus espaldas oyó la respuesta de Arderíus que hasta entonces, como los demás, había permanecido callado: «Precisamente, usted nos da la razón. A estas alturas, la única forma de juzgar y condenar es combatir; una forma que nosotros no elegimos, desde luego, sino que nos vino impuesta por sus amigos —que al parecer conocen otra manera de hacer justicia— y que hemos tenido que aceptar al tiempo que renunciamos a la propia nuestra». El otro se volvió, un tanto extrañado y airado por el cambio del tono pausado de Mazón al puntilloso de Arderíus. «¿Y cuál es la forma propia de ustedes, si puede saberse?», preguntó adoptando para sí el mismo cambio. «Una forma pacífica que restauraremos en el mismo momento en que consigamos la victoria, no lo dude usted». «Hasta ahora no han dado ustedes prueba de tales intenciones». «No nos han dado tiempo», respondió Arderíus sin alterar su expresión; «pero ésa es la diferencia esencial que nos separa de sus amigos pues estamos convencidos —y buena prueba han dado de ello— de que la ley de las armas que han impuesto desde el primer día será mantenida en el caso de que triunfen, en tanto nosotros sólo luchamos para poder revocarla al día siguiente de la victoria». «¿En cuál de los bandos cree usted que hay más paz?», preguntó el otro, convencido que por ahí tenía una vía de argumentación. «En ninguno de los dos, pero en el de ustedes ni la hay ni la habrá. No es poca la diferencia; se trata de dos concepciones diferentes del Estado, una basada en el modelo militar y la otra en el civil; una referida en último término al uso permanente de las armas —un estado de alerta, ustedes lo proclaman con orgullo— y otra decidida a limitar su uso al mínimo indispensable. Y le diré más y espero que no se ofenda: ésta no es una lucha entre dos clases de civilizaciones en pugna por motivos irreconciliables sino una lucha entre un señor y

un criado que se cree con derecho y facultades, cuando carece de uno y otras, para administrar la hacienda común. El Estado de ustedes —o el de sus amigos— no es más que una parte del nuestro y por eso es tan limitado, tan estéril y tan poco atractivo; pero además es la parte encargada del trabajo sucio y tenebroso, imprescindible para que el resto de la sociedad tenga un poco de decoro y bienestar; de forma que ese Estado resultante de la hipertrofia del ejército y de la policía sólo puede ser sucio y tenebroso en su totalidad. Sus amigos se han arrogado un papel que nos les corresponde y presumen de un señorío que no tienen. En nuestros días no hay más señor que el ciudadano que se gana la vida y paga y todo aquel que cobra de él, como el militar, no debe hacer otra cosa que obedecer y callar. Dígales a sus amigos que abandonen las armas y que se pongan a servir que es lo suyo, y entonces hablaremos, incluso de culpas y responsabilidades». En ningún momento levantó la voz ni alteró el ritmo pausado de su perorata, aunque sí subió a un tono agudo, dueño de una altanería que apenas tenía réplica y que sorprendió al otro, maltratado en su amor propio. Incluso Mazón, acostumbrado como estaba a sus demostraciones de arrogancia, se dejó arrastrar por sus palabras y aun cuando no dejara de considerarlas como una argucia más de aquel hombre que disponía de tantos recursos para dar una imagen de sí mismo tan distinta de la auténtica, en su fuero interno había de reconocer la excelencia de aquella representación y de aquel irreprochable alegato, sin duda mucho más eficaz que otro que hubiera intentado cualquiera de los otros tres. También Aurora y el capitán Asián que, en el fondo de la sala y lejos del fuego, habían iniciado aparte de todos una sonriente conversación sobre sus propias cosas, suspendieron su cuchicheo, atentos a las palabras del capitán Arderius que solo y en el centro, hundido en un sillón, parecía recrearse en su propia compostura (se había despojado de la zamarra para exhibir una camisa kaki en bastante mal estado y con las piernas cruzadas de tanto en tanto disparaba su dedo índice para sacudir una mancha de polvo en(\*) pantalón o levantaba su copa hacia la luz) para dejar bien pate(\*) correspondencia entre sus opiniones y su persona. «No podemos entendernos», dijo —sin perder su aplomo— su interlocutor, al tiempo que se levantaba del sofá y hacía una profunda inspiración con la vista puesta en el fuego. «Está visto que no podemos entendernos. Son ustedes los que han abandonado toda ley, toda norma de civilización...». «Por favor, eso no», le interrumpió Mazón: «No nos pongamos a discutir con las razones de nuestras respectivas propagandas. Para eso están las armas; sería ridículo que habiendo llegado a ellas pretendamos también mantener la lucha con las palabras. O unas u otras». «Tiene usted razón», dijo aquel hombre: «Más que ridículo sería insultante. Un insulto a los combatientes. Buenas noches. Buenas noches, querida», añadió al pasar junto a su mujer que le ofreció la mejilla. «Buenas noches, en seguida voy», dijo ella, junto a un Asián que ya no pudo volver a sonreír en toda la velada.

Cuando los republicanos se quedaron solos se produjo un largo paréntesis, pautado por el chisporroteo de los leños que Ruán intentó, sin lograrlo, reunir en una pila con la punta de la bota. Y cuando Aurora se despidió también de ellos hasta el día siguiente, tras una breve prolongación de la velada con la que sin duda quiso dar a entender hasta qué punto en aquella casa dominaban las actitudes liberales y, dueña de sus actos, no se limitaba a seguir los pasos de su marido, Eugenio Mazón con la mirada puesta en el agonizante fuego y sin dirigirse a nadie en particular, pero con la intención hacia Arderius, dijo: «Verdaderamente, todo un caballero que no merece figurar en las filas de nuestros enemigos». «No diría yo tanto», replicó Arderius. «Bien, que merecería figurar en las nuestras», intentó rectificar Mazón. «Tampoco», insistió Arderius que no parecía dispuesto (lanzando ya por una noche a la libre exposición de sus opiniones sin ninguna clase de reserva ni acatamiento a una posible censura, consciente tanto de que entre los cuatro existía un clima de confianza que permitía por una vez pasar por encima de las afirmaciones habituales, cuanto de que en tal situación los peligros ya no podían proceder de unas palabras indiscretas) a dejar pasar la ocasión para exponer una manera de pensar que durante mucho tiempo se había visto obligado a silenciar. «Tampoco, no nos engañemos. Tampoco somos nosotros lo que decimos que somos. Somos mucho peor. Qué más quisiéramos que corresponder a la imagen que tratamos de dar de nosotros mismos: amantes de la libertad, enemigos del tirano y hasta un poco heroicos. Bah. Ellos tampoco son lo que dicen ser, por supuesto, pero al menos cuentan con el recurso a la hipocresía y, por consiguiente, para muchos el disfraz resulta más acertado, más convincente. Pero somos todos de la misma calaña y bajo los estandartes de los grandes principios luchan dos clases diferentes de matones. De otra suerte la guerra inexplicable, pues las razones que alegan uno y otro bando sólo calan hasta cierta jerarquía, por debajo de la cual hay otra cosa, otras razones inconfesables y más fuertes. Yo creo que no somos nada y sólo representamos lo que en todas partes ha sido vencido. Por fortuna hemos perdido esta guerra, así no seremos responsables de la paz canalla que vendrá a continuación, obra de nuestros enemigos, y más indeseable, si cabe, que la guerra. Pero estoy seguro de que la nuestra no sería muy distinta, no nos engañemos. Todo lo que hemos acumulado durante tres años —todo lo malo, quiero decir— no se desvanecerá en un día y queda demasiado rencor para que sea posible el perdón. La verdadera paz tardará mucho en llegar y lo más seguro es que no será nuestra generación quien la traiga. Ya no servimos para eso: la nuestra es una falta que sólo se purga con la desaparición. Nuestro papel ha concluido o a punto está de ello, afortunadamente. Sólo deseo —de verdad, sólo deseo eso— que termine de una vez esta guerra para desaparecer de esta tierra». Se hizo un silencio; con la mirada puesta en las últimas brasas y la espalda vuelta hacia el capitán, Mazón dijo: «Desde luego, no es la mejor actitud para dirigir una campaña», para añadir al poco: «Ni siquiera

para entrar en combate». «Te equivocas», replicó Arderius, «no conozco otra mejor». Asián se levantó de su silla para desperezarse, estirar los brazos y ocupar un asiento cerca del fuego: «¿Acaso porque nadie combate como aquel que nada tiene que perder?», preguntó de manera un tanto evasiva. «Todo lo honorable está de más», fue la respuesta de Arderius; «pero, por añadidura, todavía hay algo que perder; entre otras cosas la vida. Fuera de eso me va a costar mucho trabajo encontrar lo que nos queda por perder». Ruán le miraba fijamente, apretando con los dientes el labio inferior. Asián quiso aligerar el tono con una pequeña gracia: «Si lo has de perder ¿para qué lo quieres encontrar?». Arderius replicó: «No es un juego de palabras, ni mucho menos. Por eso, precisamente por eso, insisto en que es la mejor postura para encontrar la salida». «No sé a qué te refieres», dijo Mazón. Dijo Arderius: «Esa salida, Mazón, no está sólo en la victoria». «Está en la lucha hasta el último cartucho», repuso éste. «Sin duda», contestó Arderius, al tiempo que se ponía en pie: «No se puede desperdiciar ninguno».

\* \* \*

A la mañana siguiente un enlace en un coche llevó a La Mesquida la noticia de que a primeras horas del día, a consecuencia de los disparos de unos emboscados, el camarada Waldo había caído en las afueras de Feltre y que algunas fuerzas a su mando, al conocer su muerte, habían abandonado su puesto para replegarse hacia Entreforte; y, por si fuera poco, había corrido el rumor de que un fuerte destacamento de tropas enemigas, con artillería y motorizados, avanzaba desde el sur por la carretera de Saldaña con propósito evidente de restablecer su dominio en toda su longitud y desalojar a los republicanos de la vega del Lerna.

Sin pensarlo dos veces, Mazón decidió trasladarse a Feltre sin la menor tardanza, en compañía del camarada-señor Pou; encomendó a Ruán y Arderius que permanecieran en La Mesquida hasta nuevas órdenes y ocuparan su tiempo en preparar un plan de emergencia para concentrar la Brigada en un punto cualquiera entre Latonar y Zafra, en una posición desde la que fuera posible rechazar el posible ataque procedente del sur, sin perder el dominio de la carretera y sin levantar la amenaza que habían creado sobre Macerta. Tal vez pedía demasiadas cosas. Abrigaba la incómoda sospecha de que, tras la acción de El Balsador, sus fuerzas se habían desperdigado y amodorrado un tanto; cada compañía había buscado por su lado su acomodo en granjas y caseríos, para procurarse un descanso bien ganado y un plato algo más atractivo que la lata de bonito o la «carne de mono» italiana; temía que el impulso y el espíritu combativo se hubieran esfumado —en parte por la extendida y bastante justificada creencia de que la Brigada había hecho más de lo que se podía exigir de ella, tras tres semanas de incesantes combates y marchas, en tanto la de

Socéanos no había salido de su pasividad, penúltima expresión de una rivalidad siempre latente— y que sería preciso un esfuerzo suplementario para aprestar a sus hombres a la defensa a ultranza, para la que nunca se habían mostrado tan aptos como para el avance y el ataque. Al cabo de dos años la experiencia le había demostrado lo funesta que para su tropa podía ser toda detención; toda pausa y toda alteración en el sentido de la marcha o de la tipología del combate suponía poco menos que un cambio en el deber, para aquellos hombres en los que tan fácilmente calaban los incentivos de la victoria como la desgana y el desánimo en cuanto la culminación de ésta se perdía de vista. No eran profesionales de la guerra y —a pesar de una instrucción acelerada— en ningún momento se les había dejado de animar con el ardor revolucionario; por consiguiente lo suyo estaba siempre delante y detrás no había nada más que la traición.

Una vez más le insinuó Mazón a Ruán que ni por un momento perdiera de vista a Arderíus; que no dejara de tener bajo su control todos sus movimientos y contactos, pues afincado en un medio propicio y rodeado de gentes que de sobra habían demostrado sus simpatías por el otro bando, sin duda no dejaría escapar la ocasión de conectar con el enemigo, tan cerca como lo tenía, o incluso para desertar, sin más que pedir ayuda a los propietarios de La Mesquida y procurarse un guía de confianza que le condujera hasta Macerta. Pero al mismo tiempo le exhortó a que no hiciera uso de la fuerza si había de enfrentarse a una situación en desventaja y que antes que otra cosa mirase por su seguridad, pues a aquellas alturas tampoco Arderíus merecía el menor sacrificio, una vez que habían obtenido todo lo aprovechable suyo y de sobra podían presumir su utilidad para el resto de la campaña. Acaso en el fuero interno Mazón empezara a germinar una idea que no podía transmitir a su subordinado que, muy posiblemente, podía ser el único en obtener alguna ventaja de la traición de Arderíus —tanto por la devoción que en un principio le había demostrado como por el interés que éste abrigaba hacia su hermana a la que, aprovechando los correos de Mazón, había escrito cartas de encendido «buen tono»— en caso de salir las cosas mal.

Pero no deja de ser extraña la naturalidad con que Mazón abandonó a Ruán y Asián en un lugar tan hostil, sin otra protección que unos pocos hombres más atentos al esparcimiento, el sueño y la comida que a la vigilancia. Acaso Mazón había llegado al límite de su paciencia o de su resistencia y, sin confiarlo a nadie, deseaba de una vez desembarazarse de Arderíus, agotado por la constante tensión que imponía su acecho y, más aún, la reconsideración de todas sus opiniones y sugerencias y el permanente esfuerzo de adivinación de los fines que persiguiera. Quizá cuando Mazón abandonó La Mesquida ya no creía en muchos fines, más que alarmado, aleccionado por la falta de noticias de Socéanos; y sabiendo que estaba muy próximo el término de su acción, a pesar de los recientes triunfos, tal vez se sentía en la

obligación de pensar en el destino individual de quienes de manera más conspicua habían colaborado en ello. La traición de Arderius podía al menos servir para que alguno salvara la piel.

Por su parte Arderius, en cuanto el *Lancia* de Mazón se ocultó tras la primera revuelta, se encerró en el comedor de La Mesquida con sus mapas Michelin a escala 1:500 000, las dos hojas del Instituto recompuestas con esparadrapos y las guías para excursionistas, para estudiar la elección de aquel punto solicitado por Mazón. No podía pasarle inadvertido el trato especial que Mazón le había dispensado durante toda la campaña que si a la larga se había desarrollado según las líneas maestras dictadas por él, a poco que lo pensara habría de reconocer que tal obediencia se había impuesto por sí sola, y hasta de manera algo subrepticia, pues en todo momento decisivo Mazón había optado de primera providencia por la solución contraria a la sugerida por él, bien para rectificar después, cuando ya había sido olvidada la paternidad de la iniciativa, bien para dejar que los acontecimientos condujeran a ella tras unos cuantos pasos en falso. La larga experiencia de Arderius en toda clase de escenarios y teatros de operaciones le había enseñado que en la milicia popular (y el ejército actual, pese a todas las reorganizaciones, seguía teniendo mucho de eso) el amor propio, el prestigio personal —sobre todo de los nombres que habían salido de la nada—, la rivalidad y el recelo hacia el compañero de armas ejercían una influencia mucho mayor —y más funesta— que en una organización militar jerarquizada. Estaba tan acostumbrado a que los cabecillas se atribuyesen todos los éxitos y descargasen sobre sus rivales las responsabilidades de los fracasos, que no concedía la menor importancia al mérito o a la culpa que en cada caso se le pudiera atribuir, habiendo desde hacía mucho tiempo optado por llevar a cabo su cometido de acuerdo con sus propios principios y sin pensar en el laudo, en el beneficio o en la aprobación que podría obtener de un mando siempre voluble, costare lo que costare tal actitud. Para sus adentros se había dicho, en numerosas y repetidas ocasiones que desgraciadamente siempre venían a corroborar una experiencia precedente, que ésa era la forma más sublimada del cumplimiento del deber: impuesto por un yo convencido de que no sería el beneficiario de su resultado, cualquiera que fuera. Pero no quería oír hablar de sacrificios y con mucho prefería, si le daban la ocasión, volver al pentagrama en los ratos de ocio.

Había empezado a sospechar que recelaban de él; que desde el mes de febrero algo había cambiado en Región, con independencia de la marcha de la guerra, y que algunos miembros del Comité y en particular los más allegados a Mazón no se sinceraban con él y mantenían una prudente distancia, tanto en el trato como en la exposición de sus opiniones y sentimientos. Había advertido que en las últimas semanas su propio ánimo tendía a defenderse con una reacción colegial: la del alumno recién ingresado que se incorpora a una clase formada desde años atrás y que,

tras una acogida animada por la novedad de su llegada, poco a poco comprende la distancia que le separa de unos compañeros que no le conceden así como así la camaradería ni le entregan su plena confianza ni le permiten entrar a formar parte de sus complots. Esa reacción acostumbra a ser una mezcla de oficiosidad y reserva; la primera dictada por el instinto social y la segunda por el amor propio que, como primera medida, pondrá en explotación todas las diferencias con sus compañeros de clase. Sin duda que no lo había contado todo a nadie cuando, formando parte de la misión Lamuedra como uno más, llegó a Región desde Madrid, pues ése era uno de sus cometidos. Era por consiguiente muy posible que, sin quererlo, hubiera despertado ese intuitivo recelo que provoca quien, por muy hábil que sea, se ve obligado a guardar un secreto profesional al tiempo que tiene que hacerse con toda la información que puede llegar hasta él. Aquel que desde el SIM le había encomendado tal misión —en el ambiente enrarecido y fraccionado de comienzos del 38—, y de quien no tenía noticias desde mediados de febrero, bien podía haber sido desplazado de su puesto en cualquiera de los cambios que habían tenido lugar en el Ejército del Centro, sin que tal remoción saliera a la luz pública ni llegara a conocimiento de ciertos mandos a causa precisamente de la índole de su cargo. Era, por tanto, posible que sin tiempo ni medio para comunicar con él hubiera optado por dejarle solo y con un comprometido pasado detrás, fácilmente deducible por quien le hubiera sustituido en el cargo, a los pocos días de ocupar su despacho. Pero tales aprensiones no eran comunicables aunque sólo fuera porque desde lejos podían dar lugar a las interpretaciones más inesperadas. Así que prefería, el capitán Arderíus, no pensar en eso sino consolarse con la seguridad de que de haberse producido aquel temible cambio, la noticia difícilmente viajaría a Región en aquellas circunstancias, y atribuir su delicada y un tanto espinosa situación a los vicios e inficciones que aquella maldita y plebeya guerra inoculaba hasta en los espíritus más abiertos y generosos.



## LIBRO DECIMOSEGUNDO

*Muerte de Waldo y cambios en el sector de Feltre. La amenaza por el sur. Una fiesta de cumpleaños en La Mesquida. Unos acordes de vals y una carta. El avance sobre Macerta en tres columnas. El viaje de Baldur a Región. Tensa situación en la ciudad. Achaques del viejo Constantino. Llegada de la CCIII Brigada Mixta a las puertas de Macerta y primeros combates en Muchavilla y el barrio de Abajo.*

**E**n ocasiones un hecho insólito y trivial, un disparo fortuito o una fiesta de cumpleaños, acelera el curso de la historia y a veces la modifica; la serie de los acontecimientos, delineada por los actos de unos y otros, por los golpes de la adversidad o los favores de la fortuna, se quiebra en un punto imperceptible para unos actores incapaces de advertirlo y sólo a la posteridad le será dado contemplar una línea continua con un punto anguloso que fue el resultado —dirá el historiador— de tantas circunstancias convergentes, tan desdibujadas cuando actuaban, tan imponentes una vez que todo ha pasado. A veces ese punto, como una cruz anónima al borde de una carretera, no es más que la señal de un accidente, el lugar donde se quebró una vida que nadie recordará.

Ciertamente, el enlace no había exagerado las tintas para pintar la situación en el sector de Feltre tras la pérdida del camarada Waldo. Ni siquiera fue posible recuperar su cuerpo —ni el de otro ocupante del coche que también cayó ametrallado— que sus compañeros abandonaron en el punto donde cayó, tan sólo acuciados por salvar su piel y huir de la emboscada. En muy breve tiempo la noticia corrió por los puestos, creando el desconcierto y, en algunos casos, el abandono de los mismos y la retirada a posiciones más seguras, a resguardo del contumaz fuego de los sitiados. En cierto modo, el frente y el cerro se habían sostenido gracias a la desordenada y brutal energía de aquel hombre —directamente designado por Mazón para culminar una operación que cuando se inició fue considerada como de trámite, tanto por lo exiguo de la guarnición enemiga cuanto por la comparación con las llevadas a cabo en Entreforte y Latonar— que de haber optado por otros procedimientos, y aun contando con los mismos recursos, podría haber obtenido resultados muy diferentes. Pero durante los catorce días que duró el asedio de Feltre no hizo otra cosa que gritar e ir de aquí para allá para, personalmente, animar a los hombres de una posición, arengar a un grupo, tomar un fusil, amenazar, aportar munición o castigar a un desertor y sin que en momento alguno partiera de él la más elemental directriz para coordinar y sistematizar un ataque que desde las primeras horas, y siempre dando el éxito por hecho, se llevó con desgana y negligencia, encomendado a la improvisación de cuantos tomaron parte en él. Al tiempo que las fuerzas al mando directo de Mazón, Alday y Lavaiz llevaban a cabo la brillante maniobra de El Balsador, con el dinamismo propio de un pequeño ejército hambriento de victorias, las de Waldo —formadas e instruidas en la misma escuela y tan sólo segregadas del tronco principal pocos días antes— no hicieron otra cosa que remolonear y disparar a ciegas; con la convicción de que tenían ante sí un enemigo que tenía sus horas contadas, cada día posponían sus esfuerzos para el siguiente, para festejar lo más lejos posible de las primeras líneas las noticias que de los triunfos republicanos llegaban hasta sus puestos y que en modo alguno les incitarían a emularlos sino que, antes al contrario, obraron como el narcótico que el apático se administra cada pocas horas, para eludir

o demorar un trabajo intrascendente e incómodo que poco a poco va tomando gigantescas proporciones minúsculas y cada día hace más difícil el abandono de unos hábitos viciados. En contraste, los hombres que tenían enfrente, dos compañías del Regimiento de San Marcial y una del Batallón de Cazadores de Ceriñola número 6, con infantería marroquí, y dos secciones de ametralladoras, pronto tomaron la medida de su enemigo y concentrados en un perímetro defensivo bien elegido, seguro de que una obstinada resistencia sería recompensada por Macerta con un contraataque de mayor estilo, no tuvieron la menor dificultad en rechazar los primeros asaltos, los más enérgicos. Al cabo de dos días de combates el asalto había dejado de serlo para convertirse en un desgano asedio; cesarían las descubiertas y el fuego de concentración y el acoso se reduciría a un tiroteo de ventana a ventana, casi siempre a favor del defensor que no necesitó muchas fechas para hacerse dueño de la situación. Por otra parte, la tardanza de Macerta en enviar una expedición de socorro que al menos dejara expedito el camino de retirada de aquella exigua guarnición hacia posiciones seguras en torno a El Jarif, no alcanzado todavía por las avanzadas de Mazón, lejos de arruinar la moral de la tropa no hizo sino elevarla, por una de esas poco explicables reacciones que tanto pueden desembocar en el entusiasmo como en la depresión. Aquella guarnición se hallaba al mando de un hombre competente, el capitán Queglas, quien sin duda había aprendido mucho desde los combates de 1937 y había gozado de tiempo sobrado en aquel puesto de retaguardia para adiestrar a sus hombres, para estudiar las posibles vías de ataque del enemigo, para establecer con nitidez su línea y sistema de defensa y, como buen conocedor de todas las limitaciones de que adolecía su Mando, para acumular un municionamiento y una intendencia que le permitieran subsistir con sus propios recursos durante un prolongado asedio, sin necesidad de la ayuda que sin duda no habría de recibir a pesar de solicitarla con las más apremiantes llamadas; un hombre que, en cuanto tuvo noticias de lo que se estaba desarrollando en Entreforte, se apresuró a cursarlas y no sólo para contener en lo posible aquel poco guarnecido frente sino también con el callado y decidido propósito de colocar en mal lugar al Mando, a fin de reservar para sí todos los méritos de la defensa. Por otra parte no falló en sus cálculos; había estimado que durante un plazo de diez días sería capaz de resistir el ataque de unos dos mil hombres, lo más que a su juicio el enemigo podría distraer hacia un sector secundario y apartado de su línea de avance; cuando en la mañana del sábado 26 de marzo sus escuchas y vigías le vinieron a comunicar que la fuerza principal del enemigo se dirigía a Entreforte y, por consiguiente, el asalto a Feltre sería encomendado a aquellas unidades de irregular infantería cuyo despliegue había observado el día anterior con los periscopios —una fuerza carente de artillería hipomóvil y con una escasa dotación de morteros, ametralladoras y armas automáticas— comprendió que había llegado su momento y que ni siquiera Macerta

podría impedirle ofrecer una tenaz resistencia que por sí sola bien podría retrasar (o incluso llegar a abortar) el avance republicano sobre la plaza por las carreteras del sur. Sin duda, la larga convivencia del capitán Queglas con una tropa descansada y bien provista le había servido para familiarizarse y compenetrarse con ella, para conocer su espíritu y, sobre todo, para inocularle ese amor propio gracias al cual la imposición de un deber se convierte en una incitante aventura que tendrá tanto más valor si no se comparte con otros y pasa a formar parte del apellido de la tribu; sabían que ante sí tenían un riguroso cometido y contagiados del espíritu de su capitán los hombres de San Marcial y del Ceriñola vieron aproximarse al enemigo con ánimo de juega, como al adversario de talla menor que inocentemente les ofreciera la posibilidad de adquirir un triunfo sobre el oscuro reino del miedo, sobre la malparida diosa de la victoria. Apenas tuvieron que retroceder.

No era Mazón el hombre llamado para aclarar y sanear una situación como aquélla ni para poner orden en aquel caos. Su fuerte no era su capacidad para resolver pequeños y numerosos problemas, para liquidar casos de indisciplina, para restaurar un clima de confianza en la victoria, y perdía el aplomo y la claridad de juicio cuando más de un complicado asunto se presentaba a la vez. Su carácter atrabiliario no denunciaba, ciertamente, la lineal arquitectura de su mente que hasta que no ordenaba los problemas y seleccionaba las cuestiones prioritarias no sabía decidirse a adelantar las respuestas. Fue allí con idea de cortar el repliegue y reemprender un enérgico asalto y pronto se vio en la necesidad de enmendarse, no porque la empresa no valiese el intento sino por temor a no poder culminarla. No tardó en comprender que había perdido el combate de Feltre y, no sabiendo en una primera instancia qué tenía que hacer para ganarlo —a menos de movilizar toda su fuerza en el empeño, dejando de lado por el momento el progreso de la maniobra hacia Macerta—, optó por restar importancia a aquel revés y no perseverar en tal dirección. Puesto que la guarnición enemiga parecía contar con recursos, arrestos y denuedo para soportar el ataque de una formación que duplicara sus efectivos pero, en cambio, carecía de medios (y más aún, de razones) para abandonar su fortaleza y luchar en campo abierto, condenada como estaba a mantenerse en su puesto en tanto no se alterasen favorablemente las condiciones del sector, decidió suspender *sine die* la acción ofensiva y mantener frente al barranco de Entreforte una línea de contención para salir al paso de cualquier *sortie* y evitar la irrupción de las fuerzas enemigas a sus espaldas, por la carretera de Saldaña. Decidió, asimismo, retirar del destacamento a los hombres del Regimiento número 3 (Moarves) y sustituirlos por otros del número 4 (Pou) —necesitados de un descanso tras la marcha de El Balsador y más dignos de su confianza para toda acción defensiva— y tras encomendar el mando de todo el sector a Ramón Alday (aquel hombre jovial y animoso, que no se detenía ante el mayor obstáculo) se apresuró a volver a La Mesquida en compañía del camarada-señor Pou,

para discutir con Ruán y Arderius la nueva situación y las diligencias a que obligaba el curso de los acontecimientos.

No era sólo en los momentos críticos cuando necesitaba recabar la opinión de Arderius; como más de uno lo había adivinado, lo hacía ya por costumbre, como un trámite de oficio, y tanto para hacer lo contrario a lo preconizado por el capitán madrileño, tanto para obedecerle en una primera instancia y luego, en cuanto surgiera el menor contratiempo, volver sobre sus pasos y encomendarse a la improvisación y al instinto, no sin dejar de poner de manifiesto que el cambio se debía a la inexactitud de las apreciaciones de su consejero. Cuando llegaba esa ocasión jamás utilizaba Mazón nombres propios, para referirse bien a su «Estado Mayor», bien al «Mando de Operaciones» a conciencia de que Arderius era el primero en comprender que se dirigía directamente a él, en el tono levemente cifrado que más secreta hacía su colaboración, más íntima su responsabilidad y más irónicas sus reticencias. Pero a lo largo de tantas semanas juntos —y tal vez a causa de la natural desconfianza con que le distinguía— no sólo había Mazón procreado la necesidad de consultar con el capitán todos los movimientos de la Brigada sino que había convertido ese hábito o ese trámite en una insoslayable adicción, que se extendía incluso a asuntos y opiniones que sólo de lejos tenían que ver con su posición como consejero táctico. Se diría que la consulta había llegado a ser para él una norma de obligado cumplimiento, un vicio o un gesto contradictorio y ritual, como esa vergonzante afición al dictamen de los naipes del hombre que no cree en lo que dicen los naipes, pero no por eso deja de satisfacer su curiosidad, tan convencido de la fuerza de su voluntad y de la libre determinación de sus actos que siempre ignorará que por la puerta abierta por tal curiosidad el destino introducirá al inaprensible agente que trabaja para él. Así pues, como él mismo gustaba de pensar y en alguna ocasión así lo confió a Asián (que por ser el que menos responsabilidades tenía a su cargo, era el que mayor número de confidencias suyas recibía) y así lo escribió a su madre en una sibilina carta cursada en aquellas fechas<sup>[50]</sup>, las palabras y opiniones de Arderius suponían para él poco menos que un mandamiento negativo, el camino contrario al que tenía que seguir para alcanzar el resultado deseado. Con el tiempo y por parte de aquellos dos colaboradores que estaban al tanto de la doblez del capitán, puesta al descubierto por la copia de la famosa acta de la sesión del 15 de febrero del Comité, se había llegado a forjar el término «doctrina Arderius» para indicar todo aquello que obedecido al pie de la letra conduciría al fracaso o la claudicación; algo así como la ganancia terrenal ofrecida por el maligno y cuyo pago no podía ser otro que la condena final. Sin embargo —y por no existir acerca de ello otros testimonios fehacientes que los deducidos de las numerosas vacilaciones y cambios de planes con los que condujo su marcha entre el combate de Latonar y la retirada hacia el Formigoso y Zocs— nadie será capaz de estimar hasta qué punto aquel espíritu nada religioso y poco

consecuente no fue doblegado y seducido por las numerosas tentaciones que jalonaron aquella carrera; hasta qué punto no aceptó (si bien con el propósito de romper el trato en el momento oportuno, haciendo uso de un calculado arrepentimiento que por sí mismo no sería sino la prolongación del pecado y del negocio) y sucumbió a las demoníacas ofertas de su edecán; hasta qué punto las dos doctrinas que constantemente pugnaban en su ánimo —la recta y la de Arderíus— y acerca de las cuales en todo momento tendría que pronunciarse para buscar el camino de la salvación —convertido así en permanente juez de los superiores designios— no terminaron por fundirse en una sola, la desesperada síntesis sin credo, gracias a la cual podría sobrevivir durante las siguientes veinticuatro horas a costa de cualquier precio satisfecho en la moneda de la eternidad.

\* \* \*

La tarde del miércoles 20 de abril, festividad de Santa Inés de Monte Pulciano, se celebró en la casa de La Mesquida una pequeña fiesta para celebrar el santo de una niña que, vestida de blanco y tocada a la cintura con un sedal de terciopelo verde, anduvo por toda la casa repartiendo besos y requiriendo felicitaciones. A pesar de que se mantuviera la corrección con que habían sido recibidos en la casa los republicanos, tras la primera cena se había desvanecido el clima de cordialidad para evolucionar hacia una silenciosa tirantez y una separación de bandos que solamente Aurora y Asián se atrevieron a transgredir con largos paseos y conversaciones por el jardín y el bosquecillo de encinas inmediato a la tapia posterior de la casa. Sin embargo, todos los republicanos fueron invitados a compartir la fiesta, los oficiales con la familia y los soldados de la guardia con la servidumbre; aquel detalle —comentó más tarde el camarada-señor Pou (un hombre que de tanto en tanto ponía el dedo en la llaga) al capitán Asián— demostraba mejor que cualquier otro que el Ejército Popular si no había perdido la guerra al menos había renunciado a todas sus conquistas y aspiraciones por cuanto aceptaba, sin una palabra ni un gesto de protesta, el orden burgués cuyos desmanes habían hecho necesaria su constitución.

La fiesta no pudo ser más inconveniente para los republicanos, cogidos por sorpresa y obligados a poner buenas caras y a dar por perdida una preciosa tarde que habían reservado para el examen de la situación de la Brigada, una vez concluido un nuevo plan por Arderíus y a la vista del informe de Mazón sobre el frente de Feltre y la confirmación del avance de una columna enemiga procedente del sur, por la carretera de Saldaña. Con expresión de protesta pero sin el valor para formularla, se vio obligado Arderíus a recoger todos sus papeles y mapas de la mesa del comedor, en tanto Asián y Pou colaboraban en la preparación de un *cup* y Mazón y Ruán se rehuían para no formar grupo aparte ni comunicarse sus respectivas preocupaciones.

Eran tantos los motivos que tenían para ellas que no había mucho en qué pensar, a la espera de que en cualquier momento se presentara un enlace con tal género de noticia como para sin mayor dilación abandonar la fiesta y presentarse en un punto del frente. Pero el enlace no llegó en todo el día, entre otras cosas, porque la columna del sur no se tomó con prisas su marcha sobre Herencia, y la fiesta transcurrió sin que para los regionatos nuevos motivos de zozobra se vinieran a sumar a los de la víspera. Con excepción de Arderíus que, con gesto afilado, durante toda la tarde buscó la oportunidad de tener un aparte con Mazón o con Ruán —para exponer una idea que exigía inmediatas determinaciones— y que al comprobar que su celo tan sólo era correspondido con la elusión o la indiferencia de ambos, se encerró en una adusta actitud hasta que bien entrada la noche se rindió a las delicias de la velada para corresponder a la invitación de una joven, se hubiera podido pensar que los republicanos acudieron a la fiesta como si se tratara de cosa propia, seguros de que el inmediato futuro no les habría de deparar una oportunidad como aquella para abstraerse por unas horas de sus temores y ávidos de aprovechar aquella ocasión para desvanecerlos con charlas y palabras intrascendentes.

A la fiesta acudieron algunos amigos y vecinos de la familia; unos andando, otros en un carro tirado por unas mulillas y un terrateniente, con sus nueras, en una airosa tartana aparejada a un caballo ruano sobre el que buen rato estuvo posada la mirada —experta en requisas— del camarada-señor Pou. Una de las invitadas, con toda naturalidad y sin pizca de embarazo, explicó la ausencia de otros por el temor a «andar por ahí» tal como estaba la situación y cuando Aurora le presentó al capitán Asián —de la CCIII Brigada Mixta del Ejército de la República— con todo desparpajo y entre risas le vino a decir que si así eran los oficiales del invasor, el miedo de la gente a salir de casa no era difícil de comprender. En efecto, en aquella época en la que en la España gobernada desde Burgos se había impuesto el ideal de una juventud robusta y obediente a las voces de mando y el uniforme era tratado como la máxima expresión de la prestancia —exponente además de cuantas virtudes marciales necesitaba la guerra y la sociedad cristiana—, el aspecto y la indumentaria de aquellos oficiales republicanos nada bueno podía anunciar acerca de sus cualidades morales y la tropa que tenían a sus órdenes, que no podía ser más que una horda de forajidos y asesinos para quien prestara oídos a las afirmaciones de la propaganda; el desaliño propio de Mazón, apenas disimulado por su amplio chaquetón de cuero negro del que no podía prescindir a menos de mostrar una prenda de lana aún menos atractiva; la combinación un tanto heterogénea —cazadora de cuero y cremallera, pantalones de montar y polainas— que Ruán había adquirido aquí y allá para aproximarse a la figura del aventurero internacional, incluso con gafas, que tanto se prodigaba en las filas de la República; el gastado, deshilado y malremendado(\*) uniforme de Arderíus, incapaz, a pesar de todos sus cuidados, de

mantener la línea y la disciplina de un kaki de mediocre calidad; el pesado abrigo, casi hasta los tobillos, del capitán Asián y la castigada chaqueta de espiga, sobre el correaje y el mono demasiado amplio para un camarada-señor Pou que había perdido mucho peso; y por si fuera poco, la falta de insignias y entorchados, las expresiones adustas, las carnes adheridas al hueso y la tez acortezada, propias de quienes arrastran meses de privaciones y no han conocido un instante de solaz, ante cualesquiera ojos convertirían a aquellos hombres en los cabecillas de una partida de bandidos lanzada al pillaje y el crimen, ya que no a la guerra, que allí tenían entrada no por la vía de la hospitalidad y ni siquiera de la conquista sino por la coacción y las amenazas. Acaso por verse envueltos en tan incómoda situación y siguiendo el ejemplo de Arderius, capaz por sus buenas maneras de hacerse perdonar su condición y —una vez que abandonó su reconcentrada actitud y dejó de lado un amor propio herido— provocar alguna sonrisa y hasta levantar alguna carcajada de quien le había recibido con el mayor recelo, decidieron mezclarse en la fiesta y, en modo alguno, hacer rancho aparte para apoyarse los unos en los otros, lo que sin duda habría puesto de manifiesto —tanto más que sus vestimentas— las diferencias de todo orden que les separaban del resto de los asistentes.

Entrada la noche terminó la fiesta infantil, pero, ante las seguridades de Mazón y Pou de proteger la retirada de los forasteros a sus respectivas viviendas e incluso de proporcionar transporte rodado a quienes habían acudido por su propio pie, varios de los asistentes decidieron prolongarla, unos para terminar con las pocas golosinas que aún adornaban los bordes de las fuentes, otros para satisfacer su curiosidad y su mal alimentado apetito por las reuniones sociales y otros, en fin, con la inconfesable intención de escuchar el parte de guerra del CGG de las diez de la noche. De manera disimulada y para no levantar las sospechas de los republicanos habían llevado a una apartada salita, con el inevitable tresillo de cretonas floreadas y el dispensable grabado inglés con la escena de caza, el aparato de radio de estilo confesionario gótico ante el que se congregaron tres o cuatro invitados para escuchar los triunfales y altisonantes acentos del famoso locutor de Radio Nacional. La lectura del parte atrajo a otras dos personas más que no pudieron evitar ser seguidos por Mazón y Arderius hasta la puerta de la sala, ante el desconcierto de los radioyentes que, cogidos en falta, en lugar de amagarla y apagar el aparato prefirieron consumada hasta el final y desafiar sus consecuencias como si no hubiera testigos de ella. El parte de guerra del CGG correspondiente al día 20 de abril de 1938 decía así:

*«Campanas de Aragón y Levante:*

*»En el día de hoy ha quedado completamente ocupado por nuestras tropas el valle de Arán, habiéndose llegado a los puestos fronterizos de Pont du Roi y El Portillón. En el sector de Benasque se ha efectuado un reconocimiento*



*hasta Hospital, encontrando armamento abandonado por el enemigo. En el sector de Castellón se ha logrado avanzar varios kilómetros hacia el sur, venciendo la resistencia opuesta por el enemigo. Se han hecho 387 prisioneros.*

*»En el frente de Madrid varios intentos de ataque han sido rechazados, siendo perseguido el enemigo por nuestras tropas que en el Parque del Oeste consiguieron ocupar gran parte de la línea avanzada de los rojos».*

Pero antes de que concluyera su lectura, en el otro salón opuesto a aquella sala, una mano compasiva había puesto en marcha una gramola y los primeros compases de unos remilgados bailables centroeuropeos y americanos vinieron a mezclarse con los gritos de rigor y los tres himnos que cerraban la emisión.

En las dos Españas —y por toda la duración de la guerra— había sido proscrito el baile que solamente unos pocos atrevidos se atrevían a practicar con el gramófono en sordina, arrastrando los pies por miedo a la delación del vecino, en el seno de la más estricta intimidad y con los estimulantes que propiciaban toda acción punible y clandestina. Se hallaba Mazón recostado contra el quicio de la puerta de la sala, con una copa mediada de vino en la mano y la mirada clavada en aquel impasible y augural aparato de radio, cuando Arderíus se le aproximó, con dos pasos hacia atrás para no llamar la atención de los presentes y, de soslayo y mirando hacia otra parte, le preguntó: «La campaña de Levante, ¿has oído eso?». El otro se llevó la copa a los labios: «Como todo el mundo», dijo. «Supongo que será una nube de humo», dijo Arderíus; «se creerán esos miserables que nos lo vamos a tragar». Mazón apuró la bebida, se acercó al bufete donde quedaba un jarra con *cup* y algunas botellas de vino tinto y volvió al mismo punto con la copa llena, después de cambiar una sonrisa con una dama que tras oír el parte volvió al comedor, manifiestamente satisfecha con las noticias que había escuchado. «¿Cuándo fue la última vez que escuchamos el parte de ellos?», preguntó Arderíus. «En Entreforte, ¿no te acuerdas? Debió ser la víspera de La Glez, exactamente hace diez días», respondió su jefe. «Entonces hablaban del frente de Aragón», explicó Arderíus; «si no recuerdo mal el último nombre que mencionaron fue Mas de las Matas». «Yo creo que fue Alcorisa». «Exactamente, Alcorisa; ahora lo recuerdo». «¿Dónde queda eso?», preguntó Mazón. «Me parece que en la provincia de Teruel. ¿Cómo van a estar en diez días en la provincia de Castellón? ¿Qué es eso de la campaña de Levante? No han podido salir todavía de Teruel. ¿No comprendes que todo lo que dicen es pura propaganda?». «Y de nosotros no dicen nada; ni la menor alusión», se quejó Mazón. «Está bien claro, eso es lo que yo digo», replicó Arderíus, mirándole por primera vez a los ojos e indiferente a los comentarios que pudiera suscitar su aparte; «es la mejor prueba de que necesitan

hablar de frentes imaginarios para no reconocer su situación aquí. Un truco muy viejo. ¿Cuándo les has visto reconocer un revés? Ni en Madrid ni en Guadalajara ni en Teruel». «Lo mismo que los nuestros», repuso con calma Mazón, al tiempo que bebía. «Pero por otras razones», insistió Arderius con no disimulada intensidad pero en tono bajo, «tú lo sabes demasiado bien». «No veo por qué son tan distintas», replicó Mazón sin perder la calma y con la mirada puesta en el fondo del pasillo para subrayar su imparcialidad y su terquedad. «El valle de Arán está en Cataluña, pero ¿en qué provincia?». «Lindando con Francia», repuso Arderius. Desde la puerta del comedor ambos eran observados por Ruán, con cierta expresión de alarma, quien sólo por los gestos y movimientos de labios de uno y otro podía adivinar que estaban debatiendo una espinosa diferencia ante la cual Mazón —cogido desprevenido e incapaz de recurrir a las dilaciones y auxilios de terceros que tantas veces utilizaba para rehuir el acoso de su jefe de Operaciones— podía verse en una embarazosa coyuntura y sin otra alternativa que conceder su visto bueno a las proposiciones de Arderius. Estaba a punto de abandonar su actitud retraída y su siempre inquietante silencio para sumarse a ellos e intervenir en la conversación —aunque sólo fuera para suspenderla— cuando una de las invitadas se le acercó de lado para llevarle a bailar al salón vecino; ya al compás<sup>[51]</sup> de los azucarados vales de la gramola se habían arrancado un par de parejas que no tuvieron el menor escrúpulo en hacerlo así por hallarse —por unas horas, esperaban— bajo la férula republicana, para condimentar con unos granos de sarcasmo su partidismo, para celebrar por aquella vía indirecta las buenas noticias que había aportado el parte —y que exageradas ya eran del dominio de todos— y para demostrar ante sus enemigos que no les faltaba arrojo para desafiar una ley que ante sus propias autoridades nunca se habrían atrevido a transgredir. Pero a Ruán se le subieron los colores; hizo un gesto torpe, dio un paso atrás y casi al mismo tiempo que sus botas señaló al capitán Arderius como la persona más indicada y capacitada de todos ellos para atender aquella invitación. «No será posible», le había dicho una vez más Mazón, sin mirarle a la cara. «No pretenderás dejarlo ahora; ahora que...», le decía Arderius en el tono de mayor apremio cuando la invitada le tiró de la manga y le dedicó la más malévolamente sonrisa, unida a un giro de su cabeza, para arrastrarle a bailar. Su sorpresa no duró un instante que quedó registrado el fugaz sello de una exclamación, apenas capaz de contener una mirada carente de cualquier súplica y ni siquiera el principio de una interrogación que el movimiento de una mano abortó. «Me consta que el capitán es un consumado bailarín», le dijo, para ayudar a la joven en su maniobra y no devolver la inminente pregunta. No tendría que repetirla. En aquel momento, a los acordes de una nasal, rayada y reincidente «Ramona» habían perdido la guerra o algo más; aquel vals iniciado en los jardines Abascal o en una terraza en Las Arenas o en la pista rústica de un merendero de la ribera del Torce concluía entre inesperadas miradas que no deseaban coincidir ni

cruzarse, ni volver atrás ni menos aún hacia un adelante innecesariamente prolongado por la no llegada de un enlace que se desentendía de la misión que el destino le había confiado; ni siquiera podían dar por terminada su breve pantomima, retenidos en el escenario por un público que no había saboreado el final. Así que ya nunca sentirían la necesidad de llevar el compás, si es que la habían sentido alguna vez. Cuando concluyó el disco sonaron unos débiles y aislados aplausos —reflejos casi borrados de una costumbre de anteaer— y una voz desde la otra sala pidió la repetición. Repetición de un instante ya pasado, fugado hacia la certidumbre de su cortedad. En la segunda ocasión la voz del tenor sonó más cascada, más intolerable, más insultante, consciente de que la suprema autoridad de la música barata se había de imponer a cualquier protesta que no serviría de nada, antes vencida por la paz —una paz de caracteres domésticos, de mentalidad ahorrativa— que por las armas. Ya nunca más tendrían que seguir el compás<sup>[52]</sup> ni devolver las deudas de la educación, saldada ya la cuenta de su intervención en sociedad y bajo el augusto amparo de una suerte echada. Una «Ramona» que sonaba a anteaer o a pasado mañana cerraba para ellos la edad del bailable: la edad de las miradas prometedoras y los besos de anticipo, de la confianza en la mentira, de un siglo de trombón y cromo definitivamente arrumbado por la lectura de un parte.

Aquella noche, tras haber tomado una decisión que nunca se molestó en justificar ante otros, Eugenio Mazón escribió a su madre una carta —confiada al último correo que despachó a Región— en los siguientes términos:

*«En La Mesquida, el 20 de abril 1938.*

*»Querida madre:*

*»Te escribo desde La Mesquida, la casa de los Fermosel, que por lo que me han dicho tú ya conoces, pues estuviste aquí hace años. Por lo menos ellos se acuerdan de ti. Aunque, como puedes suponer, no nos miran con buenos ojos, nos han recibido con cortesía e incluso nos han invitado a una fiesta de cumpleaños de una de las pequeñas. El mayor, Aurelio, se casó con una chica de Región, Aurora Benzal, que fue un tiempo novia del capitán Asián, cosa que yo ya sabía antes de venir aquí.*

*»Parece que corren malos vientos para la República y que nuestra campaña no puede cambiar el signo de la guerra. Por lo poco que aquí hemos llegado a saber parece que nuestras tropas se retiran en todos los frentes, que el territorio de la República ha quedado dividido en dos y que según los más optimistas le quedan pocos meses de vida a menos que se produzca el milagro. Con todo eso lo más prudente para nosotros sería iniciar mañana*

*mismo la retirada cuando todavía es el momento de llevarla a cabo con garantías de éxito; y esperar el fin en casa, sin meternos en mayores aventuras. No sólo parece lo más prudente y seguro sino, muy posiblemente, lo que también ahorraría más vidas y calamidades.*

*»Por eso y por varias razones que no tienen en cuenta lo que mañana se pueda decir de esta decisión, he decidido suspender el ataque a Macerta y mantenerme aquí<sup>[53]</sup>. Hace ya muchos días que no trabajamos para el mañana que, tan negro como está, no se ha de aclarar por unas palabras de más o de menos. En primer lugar, porque hasta ahora todo lo que nos ha llegado son rumores que no tienen el peso suficiente para hacernos volver a casa; pero además las órdenes que en su día cruzaron nuestros mandos siguen en vigor y suspenderlas o alterarlas en estas circunstancias sería poco menos que una insubordinación.*

*»Sin embargo, no es sólo la disciplina lo que me empuja a seguir aquí. Estaría dispuesto a romperla si estuviera seguro de que con ello hacía un buen servicio a la República y a mis hombres. Pero no estoy seguro de ello ni mucho menos. Es más, sospecho de<sup>[54]</sup> que si mañana corre por la Brigada la noticia de que he dado la orden de retirada la catástrofe puede ser inminente, toda una debacle, la mejor manera para no encontrar nunca el camino de vuelta a casa y terminar, en el mejor de los casos, en un campo de prisioneros. Otra cosa sería si me fiara de nuestros enemigos. Pero por lo que sabemos de ellos, rezan demasiado. Y eso lo he aprendido de ti: que una persona que hace demasiadas plegarias no es de fiar.*

*»Ahora no te puedo asegurar cuándo volveré, pero te aseguro que lo haré, aunque tarde un poco más de lo que tú quisieras. Espero que comprendas que por una vez tengo que poner tus deseos en segundo lugar. Entretanto recibe todo el cariño de tu hijo*

Eugenio.»

\* \* \*

Al día siguiente el camarada-señor Pou, tras despachar los correos, se apresuró a convocar en el comedor de La Mesquida, con las primeras luces del día y siguiendo órdenes de Mazón, a todos los republicanos para una sesión de urgencia, demorada por la fiesta de la víspera. Al mismo tiempo, la pequeña guardia de la casa, unos

veinte hombres, se hallaba en situación de revista y dispuesta a emprender la marcha a la primera orden. Muy de mañana también llegaron a La Mesquida Joaquín Lavaiz, Juan Moarves, Blanco Barragán, García Miera y Sánchez Tobes, es decir, casi todos los mandos de la Brigada. No fue una reunión consultiva sino ejecutiva; no se adujeron alternativas y sólo para cuestiones de detalle —para la mejor puesta en práctica de la orden general que nadie discutió— Mazón permitió las intervenciones de sus subordinados, en un clima de caras apagadas.

La orden general —cuyas razones había expuesto en la carta a su madre (aunque difiriera mucho de la allí apuntada) y que se cuidó de no airear en la reunión de La Mesquida— imponía la reagrupación inmediata de la Brigada en tres columnas —al mando directo de Mazón la primera, asistido por Alday, de Lavaiz la segunda y de Blanco la tercera— que, por itinerarios diferentes, en la noche del 22 al 23 de abril emprenderían el avance sobre Macerta cualquiera que fuera la situación de la retaguardia. Tan sólo un pequeño destacamento de unos doscientos hombres formaría un retén en los estrechos de El Balsador y Congosto, con el único objeto de detener por un espacio de tiempo limitado un posible avance de motorizados de la columna de socorro que progresaba desde el sur y cuya punta de lanza —en opinión de todos — muy probablemente se desviará de la carretera de Saldaña para liberar a la «heroica guarnición de Feltre», una diversión que de llevarse a cabo les regalaría unas horas preciosas para poner distancia entre sus elementos más retrasados y los más avanzados del enemigo. Al camarada-señor Pou le fue encomendado el sector de Feltre, con instrucciones precisas de levantar el asedio y buscar la retirada hacia Santa Quiteria en cuanto se sustanciara la presencia de la columna de socorro y en evitación de quedar encerrado en la tenaza del enemigo. Sin el menor aspaviento abandonó el mando del Regimiento número 4 con algunas de cuyas unidades — Batallón Dominó, el Asturias Libre— había estado combatiendo desde los días de la Casa del Perdón y muchos de cuyos hombres le consideraban con al único imprescindible del Ejército de Región. Pero no bien recibió la orden y el despacho de Mazón pidió un coche para trasladarse de inmediato a su nuevo puesto y tras desearse recíprocamente buena suerte se despidió de todos los presentes. Ninguno de ellos le volvió a ver.

La primera columna, al mando directo de Mazón con Ramón Alday de segundo y asistido por su jefe de Operaciones y sus incondicionales seguidores, formada en esencia por el Regimiento número 4 y dos formaciones de choque, contaba con la mayoría de los motorizados y encabezada por las tanquetas Fiat-Ansaldo capturadas a los italianos en El Balsador, inició la marcha sobre Macerta por la carretera de Saldaña antes de que cayera la noche del día 22, tan sólo precedida por unas secciones de exploradores y enlaces que se fueron escalonando a lo largo de los primeros kilómetros. La segunda, al mando de Lavaiz, con la artillería hipomóvil y

las piezas montadas sobre camión, quedaba completada con los Carrilanos y había de seguir la red de caminos rurales que se extendía entre la carretera y la ribera del río; la tercera, al mando de Blanco Barragán y constituida por toda la caballería y los demás elementos del Regimiento número 1 se mantendría en paralelo con las otras dos, sin más que seguir la línea Zafra-Cohul-Macertanos para cruzar el río a la altura de La Fábrica de Borra y llevar a cabo la aproximación a la ciudad por el arrabal de Abajo.

Se hallaban a punto de subir a los coches cuando llegaron a La Mesquida los dos emisarios que Mazón había despachado casi quince días antes, uno a Región en busca de noticias de primera mano sobre el frente de Socéanos, otro a Macerta en una misión de espionaje. Si bien Juan de Tomé una vez más cumplió a la perfección su cometido y obtuvo del propio Gamallo informaciones y confidencias de enorme valor para apreciar su actitud y sus recursos para el próximo enfrentamiento, demoró tanto su vuelta al Cuartel General de la Brigada que al llegar allí se encontró con unas decisiones tomadas y poco menos que irreversibles, apenas alterables por las noticias que aportó. En verdad, parte de su demora había sido involuntaria, sorprendido, cogido de improviso y detenido a la salida de la casa Amat, en la vega del Torce, por los hombres de Julián Fernández que habían detectado su presencia en Región. Gozaba de un excelente pretexto para justificar su vuelta por Región tras la visita a la casa de Las Moras, toda vez que las salidas de Macerta hacia el sur se hallaban estrechamente vigiladas y en cambio apenas tuvo dificultad para trasladarse, vestido con su uniforme falangista, a Caladrones y de allí a Lodares donde estableció los contactos que le permitirían atravesar la sierra y volver a las filas republicanas en un par de fechas. Una vez más —y aunque las que expuso eran, en cierto modo, tan incontestables como la información que aportó— silenció las más acuciantes razones que le movieron a dar semejante rodeo (estando seguro de poder salir de Macerta como había entrado), pues en su ánimo, bastante alterado, se había alojado la idea de —en caso de que hubiera fracasado el ataque a Socéanos y toda la resistencia del valle del Torce se viera arrastrada al colapso y la rendición— buscar la manera de desaparecer en compañía de Marré, volviendo si era preciso a cruzar las líneas y a vestir, por más tiempo, el otro uniforme, para buscar una nueva vida en el campo vencedor, no libre de toda sospecha pero sí con una baza en su mano de primera magnitud. En efecto, veinticuatro horas en Región fueron más que suficientes para cerciorarse de la gravedad de la situación, de la imposibilidad que, una vez más, habían demostrado las fuerzas de la CCII de romper la línea del puerto, de los desórdenes de toda índole, sediciones y luchas intestinas que constituían la secuela del fracaso; entonces más que nunca se hizo patente la dificultad de montar una defensa organizada con un frente duplicado y con las fuerzas más agresivas situadas al otro lado de la sierra y no era precisa la menor suspicacia para prever los malos

momentos que podían avecinarse para los seguidores de Mazón en una ciudad de nuevo en manos de Julián Fernández, tan sólo ocupado en imponer su dura y efímera autoridad, como si unos días de mando absoluto bastaran para aclarar los sombríos colores que reservaba el futuro. Quién sabe si aquella muchacha, antes de abandonar la casa Amat, había frustrado ya sus esperanzas; quién sabe si comprendió que aquella insuperable baza no era más que un naipe marcado, sin más valor que el de cambio, lo mismo para él que para cualquier otro. Cualquiera que fuera su actitud, bien que saliera de la casa decidido a no demorar ni una hora los preparativos de la fuga, bien que del desengaño extrajera el apremiante imperativo de regresar cuanto antes al CG de la CCIII Brigada —para exponer a Mazón la crítica situación de su tierra, para suplicarle que abandonara una empresa que ya no tenía sentido y volviera de inmediato a Región a restablecer un orden conculcado por los hombres de Julián Fernández—, no bien abandonó el arrabal para dirigirse a las casas de Borques fue detenido y llevado a las dependencias de La Forestal de donde tal vez no habría salido nunca de no haberle sacado de allí el segundo emisario de Mazón.

El viaje de Baldur desde el cruce de la carretera de Juelves hasta Región duró varios días. Fue una sucesión de averías, fiestas, detenciones, recitales y orgías. Al poco de abandonar el cruce, Baldur se puso al volante del vehículo porque en todo momento estaba esperando la ocasión de conducir, un deporte que le apasionaba. De noche y por las rectas de Las Matufas el coche se averió, sin que ninguno de los esfuerzos que hiciera un inexperto mecánico sirviera para arrancar al motor de su empecinada inmovilidad; no llegaba corriente a las bujías y de nada sirvió empujarlo<sup>[55]</sup>. Aquella noche el mecánico, un sargento de la Columna Pambley —que les acompañaba en comisión de servicios— y Baldur tuvieron que pernoctar en un aprisco y sólo al día siguiente lograron llegar andando a Entreforte donde sólo permanecía una compañía del Regimiento número 3, en funciones de vigilancia, y el personal de la estación de radio. Allí les aconsejaron que se llegaran hasta Latonar si querían encontrar a alguien capaz de hacerse cargo de la reparación del vehículo o suministrarles otro medio de transporte. La comunicación por radio con el CG, instalado —siempre provisionalmente— en una finca a medio camino entre Latonar y Herencia, no fue posible y como no quisieron esperar al correo del día siguiente se decidieron a hacer de nuevo el camino a pie, en la esperanza de detener al primer coche que pasara en uno u otro sentido.

Llegaron a Latonar a la noche, exhaustos, y allí se separaron, cada uno en busca de su unidad. No deseaba otra cosa Baldur que poner en conocimiento del CG el percance que había sufrido y solicitar un nuevo medio de transporte para llevar a cabo la misión encomendada por el comandante en jefe; su confianza en el mal funcionamiento de la máquina logística tanto como en la escasez de vehículos y combustible —que al menos le descargarían de toda responsabilidad por el retraso—

le llevaba a suponer que el percance podía traducirse en un largo e inesperado descanso. En aquellos días que mediaron entre la conquista de Latonar y la defensa de La Glez, la Brigada —siguiendo órdenes de Arderíus bastante precisas— acampó y vivaqueó entre esos dos puntos, en permanente estado de alerta y dispuesta en todo momento a emprender nuevas marchas hacia la ansiada Macerta. No tardó Baldur en conocer el paradero de los hombres del Dominó —una chopera no lejos de la orilla del río y en torno a un viejo molino llamado El Chorrador— donde esperaba encontrar algún suplemento caliente al rancho y un fuego tan acogedor como cualquier otro. Durante toda la noche de la chopera brotaron los cánticos del Dominó, periódicamente contrapuntados con sus reiterativos estribillos: «Grandes fiestas se publican / en Francia la naturale / una falda sólo queda / en la su hora fatale» y al día siguiente no estaba la cabeza de Baldur para buscar ayudas y soluciones. Solamente en la mañana del viernes 8 pudo enganchar a uno de los electricistas de Recio y —rehuyendo la vigilancia del CG— logró acercarse a Cuarto Banderas para que le facilitase el transporte a Región. Entonces llegó a sus oídos que el camarada-señor Pou le andaba buscando por todo el campamento dispuesto a pegarle un tiro, sin más expediente. Buena parte de la mañana de aquel viernes se la llevó la porfía entre el camarada-señor Pou, con la pistola amartillada, y Cuarto Banderas por la vida de Baldur. «Tú no te muevas de ahí», le dijo el primero, indicándole un tronco. Los dos se fueron a discutir por la orilla del río y de tanto en tanto el airado camarada-señor Pou se volvía para señalarle, con la pistola amartillada. Cuando volvieron —el señor Pou apuntando al pecho de Baldur con la pistola— Baldur había perdido el habla que sólo recuperó aquella noche, tras un masaje. Pero Cuarto Banderas había sido capaz no sólo de levantar la pena sino —dada la imposibilidad de sacrificar más transporte— de desviar un camión de la ruta de Feltre y remolcar la berlina para su reparación en la zona de talleres donde Recio había sentado sus reales.

Al vehículo hubo que cambiarle toda la instalación y cuando todo el equipo eléctrico se hallaba reparado, manifestó una avería en el circuito de aceite que engrasaba las bujías e inundaba de lubricante el filtro. Hubo que esperar al sábado para levantar su culata pero ya aquel día —y mediante órdenes orales— habían comenzado los movimientos de la Brigada para tomar posiciones en torno a La Glez, ante las noticias —que pronto corrieron de boca en boca— de la aproximación de una columna motorizada italiana. Cuando, estando ya el coche reparado, el Dominó ocupó sus posiciones tras el terraplén del ferrocarril, la fuerza de la sangre retuvo, una vez más, a Baldur junto a sus camaradas de dos años de lucha, enardecido, emboscado y confiado en que unas pocas horas más de retraso serían perdonables si podía llevar a Región la noticia de un triunfo memorable sobre las tropas del invasor. Y si la jornada pintaba con otros colores, ¿qué se le perdía en Región?

Fue un viaje triunfal y resonante, pero con numerosas averías y detenciones. Un



viaje en que por culpa del delco, del carburador, de las bujías y de la instalación eléctrica —superados en todo momento por el ingenio de un joven y experto mecánico— no consiguió hacer más de veinte kilómetros sin tener que detenerse; pero mientras el joven mecánico reparaba la avería, Baldur aprovechaba para acercarse al puesto más próximo a anunciar la victoria de La Glez y brindar por el triunfo de la República. «¡Victoria en La Glez! ¡Victoria en el Lema! ¡Latonar es nuestro! ¡Herencia por la República! ¡Victoria en el Lerna!», gritos a menudo lanzados a un par de casuchas, sin otro habitante que una aldeana en persecución de una gallina espantada por tales noticias. De la carretera de Jueves se desvió por unas horas a Sepulcro Beltrán, empujado por la piedad, para llevar la gran nueva a la pequeña guarnición que allí había quedado con la misión de mantener expeditas las comunicaciones entre el frente y la capital. Su propósito era tan sólo llevar la noticia, sin detenerse; pero era demasiado importante para unos hombres que llevaban dos semanas sin apenas saber nada, sumidos en el tedio. No podían conformarse con la simple noticia. Necesitaban detalles, pormenores, una relación minuciosa del combate, ah, los blindados, los italianos, ¿cómo se habían portado los del Dominó? Era ya tarde, pero estando tan sólo a tres horas de su destino —y casi todo el trayecto cuesta abajo— tampoco podía privar a la guarnición de Sepulcro Beltrán de una participación en la gloria y el entusiasmo. Por otra parte, lo suyo era hablar y encandilar a un auditorio, hacer uso de ese estilo comedido, nada ampuloso y siempre insuficiente con que el buen narrador al mismo tiempo que alimenta, despierta el apetito: «A nuestra derecha, los Campesinos del Torce. No les llegaba la camisa al cuerpo, pues, aunque parezca mentira, todavía no habían entrado en combate, situados siempre en posiciones de cobertura. Y casi todos bisoños. Y más allá la caballería a pie, muy bragados pero gente muy suya, difícil de dominar. Todos sabían que el ataque frontal lo tendríamos que aguantar los del Dominó, pues para algo nos habían colocado allí qué queréis que os diga. La veteranía es un grado. ¿Os creéis que Mazón se chupa el dedo? Lo había dicho muy claro: nada de avanzar pero tampoco retroceder. Venían cantando; así como suena, en buenos camiones y cantando. Pero ahí os quiero ver, italianos. Con permiso de ustedes, *signori*, ahora va a cantar nuestro compañero Lavaiz, vaya tipo; siempre con el reloj en la mano, nunca le he visto agacharse así caigan chuzos de punta; vaya tipo. Teníamos orden de no denunciar nuestra presencia hasta que se abriera la barrera de artillería y les vimos acercarse, siempre cantando, hasta que estuvieron a tiro de fusil. No sabéis lo que es una barrera de artillería; quien no ha sufrido una barrera de artillería no puede hacerse cargo de sus efectos Hasta las bestias enloquecen...».

Aquella madrugada —acompañado de un par de sargentos— llegó a las casas de Borques donde se reprodujo el entusiasmo y se disparó al aire más de un cargador; corrió el vino y alguien sugirió que ante una victoria de tal magnitud era llegado el

momento de echar las campanas al vuelo, una idea tan inesperada e insensata que pronto cundió entre la tropa. Por primera vez en casi dos años aquella mañana del 15 de abril voltearon las campanas de la Colegiata con un toque vivo e irregular —los hombres que se balanceaban de las cuerdas, bebiendo a gollete— y un vecindario que durante el mismo plazo había rehuido la calle, asomó a ventanas y balcones en la creencia de que de manera tan insólita como su hermana mayor, había llegado al fin la tan ansiada paz, traída de la mano de un lejano vencedor. Algún imprudente de la plaza de la Colegiata o de la calle del Císter saludó de manera un tanto precipitada el paso de un pelotón o extendió sobre su balcón la colgadura bicolor —extraída del fondo de una alacena, envuelta en papeles— para terminar aquella noche caído ante las tapias del cementerio por no haber sabido conservar la paciencia hasta el momento oportuno, tras dos años de mal simulada espera. Pero aquella celebración no pudo ser, por otra parte, más oportuna, pues para aquella mañana había planeado Julián Fernández su enésima ocupación de las casas de Borques, el Ayuntamiento y el colegio de los Escolapios, abortada en cuanto los piquetes enviados al efecto se sumaron a la manifestación popular que encabezada por los hombres de Baldur recorrieron todo el pueblo, pidiendo —entre otras cosas— la cabeza de los traidores. Una vez más, aquel hombre tan codicioso como pusilánime se vio obligado a demorar su nuevo putsch, reproducción exacta del que intentara en noviembre de 1936, con el que pretendería concentrar en sus manos todo el mecanismo de poder que quedaba en Región y, bajo la sombra protectora del viejo Constantino, aquejado de una grave crisis y reducido a un sillón, deshacerse de republicanos y confederados, concentrados en las casas de Borques y las demarcaciones de Bocentellas y El Salvador tras los varios descabros sufridos en Socéanos. Pero las noticias acerca de los éxitos conseguidos en la ribera del Lerna por la Brigada de Mazón —nimbada por la aureola de una fuerza expedicionaria que muy lejos de su tierra salvaría a la metrópoli de su ruina—, el temor de que en cualquier momento pudiera presentarse en Región con una fuerza avasalladora y la manifestación del pueblo y la gente en armas para celebrar la victoria, obligaron a Julián Fernández a dar marcha atrás, a refugiarse en La Forestal para proteger su vida y a buscar solícito el favor de los amigos de su rival que había retenido —dijo— como medida precautoria ante los desmanes cometidos últimamente por los metalúrgicos.

Baldur fue recibido en persona por el viejo Constantino en uno de los despachos de La Forestal, precariamente caldeado por un infiernillo eléctrico, con un puchero de agua sobre él, que había marcado su paso con unas cuantas quemaduras circulares sobre el suelo de tarima. El viejo le recibió sin levantarse de un pequeño sillón, a duras penas capaz de contener su tronco, con una manta oscura echada sobre sus rodillas. Desde tiempo atrás sufría de frecuentes espasmos y jaquecas que las soluciones de valeriana y las sobredosis de aspirinas y somníferos, de los que había

gran escasez, no acertarían a mitigar; solamente dedicaba un breve rato por las mañanas al despacho de asuntos políticos y militares —en verdad el Comité de Defensa, disgregados casi todos sus componentes en la ofensiva, no tenía mayor quehacer que el mantenimiento del orden y el avituallamiento del valle—, pues invariablemente al poco de ponerse a trabajar le sobrevinía aquel dolor de cabeza que le impedía pensar en otra cosa que en su propio estado, con un paño húmedo sobre la frente, y en las pequeñas incomodidades y los detalles enojosos que incrementaran su malestar<sup>[56]</sup>. Cuando recibió a Baldur estaba ya anochecido y sin duda debía de pasar por un mal momento, pues le miró y escuchó sin decir una palabra ni pedir una explicación, con la expresión hacia dentro, con esos ojos inertes y esa boca entreabierta con que el dolor teje la crisálida de la pesadumbre. Las noticias que aportó Baldur no le produjeron el menor alivio, antes al contrario, pareció que le sumían en una mayor melancolía, como si su estado tan sólo exigiese y aceptase una rigurosa y exclusiva dieta de comunicados luctuosos. «¿Y ahora qué?», vino a preguntar nada más, cuando tras largas pausas terminó de leer la carta de Mazón y Baldur completó el cuadro pintado por su jefe con una breve, no altisonante pero sí encendida relación del combate sostenido en La Glez y del completo aniquilamiento de la unidad italiana. Tenía preparado todo un discurso pero se lo guardó. «Ahora a Macerta», dijo tan sólo. Por una única vez el viejo Constantino alzó los ojos para mirarle de frente, dos ojos que no pudieron sostener la mirada sino por un instante, a causa del dolor de los senos. Una mirada que apenas vio nada, con la que no quería decir nada y que alimentada de su más taciturna incertidumbre vino a expresar todo lo que no quería poner de manifiesto; no el temor a unos acontecimientos que habían escapado de sus manos y día a día —tal como el dolor de sus senos— se hacían más presentes, irrevocables e invisibles sino la certeza de haber alcanzado aquel estado más allá de toda fortuna, perentoriamente dirigido al desastre, del que ni siquiera el miedo le podría liberar.

En una de las pausas en su viaje de vuelta y reincorporación a las filas de la Brigada, Juan de Tomé confió a Baldur un par de secretos: el primero no era tal desde que los hombres de Julián Fernández habían dado con el paradero de Marré; pero Juan de Tomé mintió en cuanto afirmó que habían sido detenidos a la vez para no confesar la delación que —pensó en aquel momento— era lo único que podía salvarle del paredón; pero también le dijo que en los días en que había estado confinado en La Forestal por el patio al que daba su ventana había visto pasar a Kerrera; que estaba casi seguro de que se trataba de Kerrera —a la que no era fácil confundir con cualquier otra—, una vez más en compañía del alemán, tan adicto a Julián Fernández. Una razón más, le vino a sugerir a Baldur, para convencer a Mazón de la necesidad de volver cuanto antes a Región y abandonar el descabellado avance sobre Macerta, una vez que estaba de sobra demostrado que el asalto a las defensas del puerto no

progresaría un metro más allá de la línea divisoria de las aguas y que de nuevo toda clase de peligros, externos e internos, se cernían sobre el valle del Torce. «No le digas nada», le dijo Baldur, «no le digas nada de esa mujer».

Como decía, estaban a punto de subir a los coches para dirigirse a la «posición Antón» donde había de tener lugar la concentración de todos los mandos y efectivos más importante de la Brigada, cuando a La Mesquida llegaron los dos emisarios con las noticias procedentes de Macerta y de Región que, a su juicio, tenían el peso suficiente para suspender todos los planes del avance y sustituirlos antes de que en su progreso la columna de socorro enemiga cortara las principales vías— por los de retirada por el mismo itinerario por el que había procedido a comienzos del mes. Pero la actitud de Mazón y sus consejeros más cercanos —contagiados de sus opiniones y en modo alguno deseosos de reconsiderar una decisión que sólo podía suscitar discrepancias— les impidió exhibir cualquier clase de vehemencia y tuvieron que ver cómo sus informaciones si no caían en la indiferencia, al menos eran recibidas como cosas sabidas y de poca trascendencia, no lo bastante poderosas como para alterar el curso de unos acontecimientos que —por así decirlo— venían dados por sí mismos y por su pasado, como una consecuencia ortogenética de todos los que habían conducido a la situación presente, por cuanto ninguna contribución personal podía proclamarse más responsable y causante que cualquier otra. Solamente Arderius, y esta vez con timidez, se atrevió a señalar que no era necesario cambiar la orden de marcha si se iba en un sentido o en otro, bien a Macerta bien a Región. Se diría que había en sus palabras un sentido oculto, en un tono de desencanto, pero fue tal el silencio con que fueron acogidas que no se prodigó más.

Era muy de mañana; una mañana que había amanecido encapotada y fría y en el nazareno tono de la segunda luz (tan sólo destacaba la casa por su blancura contra la masa oscura y sin matices de la fronda y la sierra, como las preparaciones previas de un óleo) las parpadeantes luces de población de los coches y el asardinado runruneo de sus motores invitaban a no demorar más el momento de la marcha, como si ellos (las lámparas, los motores, las máquinas) fueran los más impacientes, los más decididos a tomar sobre sí y dar cumplimiento a la orden del hado que sus intermediarios aun dudaban en transmitir. Fue entonces cuando, aprovechando un paréntesis, Juan de Tomé cogió del brazo a Mazón y se lo llevó aparte: el comandante se dejó conducir y le escuchó con la cabeza gacha al tiempo que con la punta de la bota dibujaba unas rayas en la tierra seca de la era. Le escuchó sin decir una palabra durante un largo momento y cuando Juan de Tomé mencionó el nombre de Kerrera alzó la mirada y la volvió hacia la sierra, como si a través de ella pudiera por un instante atisbar su presencia en un patio de Región, para cerciorarse de la exactitud de aquellas manifestaciones. Le miró de reojo, sin añadir un comentario ni mudar la expresión, y volvió a su puesto junto a los demás; alzó la mano y con un gesto indicó

a todos que subieran a los coches, para dar comienzo a la operación.

Como queda dicho más arriba, en la «posición Antón» se reunieron las cabezas de las tres columnas y tras una breve deliberación para repasar los detalles de la maniobra se separaron cada cual hacia su unidad. Mazón, Arderíus, Alday y un conductor subieron al *Lancia* que se hizo a un lado para dejar pasar toda la columna, encabezada por las tanquetas y seguida por los SPA —para que el curioso la confundiese con una formación italiana—, con las luces apagadas y topes contra topes, en directa por los llanos y en punto muerto y sin motor en los descensos. Al cabo de unas horas de viaje, a través de un monte bajo de robles y carrascas donde no divisaron un alma —un viaje soporífero a causa de la lentitud de la marcha y el runruneo de los SPA—, Mazón transmitió a Recio —que le seguía en el *Lagonda*— y para que a su vez la pasara a dos coches posteriores, la orden de adelantar a la cabecera en busca de los exploradores y enlaces despachados con anterioridad. No los encontraron y una vez separados de la columna Mazón ordenó a su conductor que adelantara a Recio y al pasar a su altura le animó con un gesto de la mano para que avivara la marcha. El otro respondió con un gesto de impotencia para dar a entender que su coche fallaba, y el *Lancia* se alejó. Al final de una recta divisaron el cauce del río, señalado por una masa de chopos, la cubierta de un molino y un gran peñón rojizo a su izquierda tras el que se ocultaba la carretera. Al doblar la curva se encontraron con una fila de casas, todas cerradas; el cartel indicador había sido arrancado y, tras detenerse para consultar las cartas, Arderíus dio en suponer que se trataba de la localidad de Macertanos que en el papel no figuraba como situada en la carretera sino a trasmano, al extremo de un ramal de un kilómetro de longitud. Un pequeño repecho y una doble fila de olmos cerraban el poblado y cuando rebasaron el cambio de rasante se encontraron con una calle en pendiente, abierta a un espurio banco de niebla por encima de la cual, envuelta en ámbar de la tarde —desdeñosa y secreta como si surgiera tras centurias de olvido— surgió la silueta de la ciudad alta de Macerta, cuatro torres, un gran ábside, el lienzo de la muralla, el desmochado homenaje del castillo, el lienzo de muralla y un rebaño de casas a sus pies, cuyos cristales reflejaban los rayos de un sol declinante, apretadas sus filas y fijas sus miradas sobre el esperado intruso.

«Macerta», dijo Arderíus, al tiempo que ponía una mano sobre el hombro del conductor. «Macerta», repitió Mazón, con la mirada clavada en el frente. Los tres salieron del vehículo —encorvados— y Alday amartilló el ametrallador. Arderíus ordenó al conductor meter el coche en una bocacalle y los tres encorvados ganaron la esquina para observar protegidos el suburbio que se extendía ante ellos: estaba desierto y solamente unas pocas ventanas carecían de contras. Mazón ordenó a Alday que volviera con el coche y el conductor hasta la otra vertiente del repecho para esperar allí a la columna y detenerla antes de que alcanzase el cambio de rasante, a

fin de entrar a pie y en formación de combate en el suburbio, con las tanquetas por delante. Pero antes de que el *Lancia* hubiera concluido la maniobra, por el extremo de la calle apareció el *Lagonda*, rugiendo y echando humo como el primogénito de un dragón, con tan fiero impulso que no se pudo detener cuando los tres salieron a su paso para indicarle con gestos que no siguiera adelante y doblara por la primera esquina. De la esquina surgieron Ruán y García Miera, el sargento Alastrue y dos soldados con sus armas montadas, a quienes Arderíus ordenó que cruzaran la calle para tomar posición al otro lado, en espera de la llegada de la columna. Recio no estaba para eso; en cuanto logró detenerla, entre salidas y nubes de humo, se lanzó a abrir el capó de su siempre sufrida criatura y echado sobre la aleta izquierda consumió el resto del día.

La columna se hizo esperar y la noche cayó sobre el arrabal. A una señal de Arderíus un soldado de Alastrue cruzó de nuevo la calle y a culatazos echó abajo la cerradura de una pequeña casa de una planta en la que no se percibían signos de hallarse habitada. La vivienda era muy humilde y había sido abandonada, no muy recientemente a juzgar por la antigüedad de los restos esparcidos por un suelo de agrietado terrazo; carecía de luz eléctrica y a tientas y con ayuda de cerillas y linternas la reconocieron hasta topar con una escalera que conducía a la azotea; con papeles, trapos y unas pocas astillas encendieron la lumbre en la cocina y pronto toda la vivienda se llenó de humo y se vieron obligados a abrir las ventanas y ganar la azotea donde quedó apostado el sargento Alastrue, con el ametrallador enfilado hacia el puente sobre el Lema. Una hora después, o cosa así, llegó hasta ellos el rugido de los motores de las tanquetas que a un paso de tortuga avanzaron por la calle en doble fila india, como alimañas nocturnas, no al acecho de una presa, sino en busca de cobijo, hasta —siguiendo las indicaciones de Alday— detenerse en posiciones sesgadas —de costadillo, dicen los militares— con sus ametralladoras enfiladas hacia el fondo de la calle. Detrás de ellas surgieron unos gritos que pronto fueron acallados por unas voces de mando y durante todo el resto de la noche se sucedieron las carreras, las voces asordinadas, los susurros y silbidos de la tropa que fue tomando posiciones en aquel suburbio ocupado sin que se disparase un tiro, sin que un solo paisano fuera habido.

Al poco rato el sargento Lombardero, del Asturias Libre, fue a comunicar a Ramón Alday que no lejos de la primera vivienda ocupada su gente había encontrado una casa en buenas condiciones, incluso con algunos comestibles en la cocina, indicio de que había sido evacuada con toda precipitación y, sin duda, siguiendo órdenes terminantes. Contaba con tres dormitorios, uno de ellos bastante espacioso y con cama de matrimonio donde, sin pensarlo dos veces, se tumbó Mazón boca arriba, sin desabrocharse un botón, sin otro expediente que despojarla de una olorosa colcha de raso rojo y echarse un capote por encima para quedar instantáneamente dormido. Ya

en las horas que precedieron a la acción de La Glez y la marcha sobre El Balsador — y en alguna ocasión anterior— había dado aquel hombre prueba de su capacidad para descabezar un sueño en cualquier lecho, sin más que buscar un canto donde apoyar la nuca. Cuando en ocasiones decisivas había tomado las medidas y determinaciones que estaban en su mano y no cabía otra cosa que esperar el momento en que los acontecimientos iniciaran su curso, no perdía un solo minuto en procurarse un sueño —aunque fuera muy breve— en un intermedio que el camarada-señor Pou aprovechaba para echar un solitario, Enrique Ruán con la lectura de un volumen que siempre llevaba en la guerrera mientras Arderius —elegantemente inquieto— consumía medio paquete de cigarrillos. Aquella noche el capitán no pegó ojo; varias veces estuvo a punto de conciliar el sueño —un sueño delgado e híbrido— y otras tantas fue devuelto a su velatorio por los ronquidos de Mazón, capaces de atravesar sin merma aquellos tabiques de pacotilla. En dos ocasiones salió a la calle, para alarma y desazón de la guardia, no sabiendo si acompañarle en su paseo o mantenerse en su puesto; en la primera caía una lluvia muy fina y casi imperceptible, un toque de queda con que las alturas impusieran el más ciego silencio y la más muda oscuridad. Faltaba todavía más de una hora para el amanecer cuando salió por segunda vez, enfundado en un capote de lana; el cielo había despejado y contra su débil resplandor cabía distinguir la masa de la ciudad al fondo de la calle, como una indeleble mancha de tinta en una pizarra, colgada ingrávida en la lejanía sin distancias de la noche, insomne, intocable y apenas vigilante, cerrada en sí misma y en secreto acechante, tal como una bestia que sólo necesita una leve abertura de párpados para señalar al intruso el límite que no debe traspasar. Acaso quería saber el capitán dónde estaba ese límite y con tímidos pasos echó a andar hacia el puente, ignorante de que al menos cuatro bocas de fusil apuntaban a su espalda. De un portal en sombras surgió un centinela, que le cerró el paso con el mosquetón, calada la bayoneta, al tiempo que al otro lado de la calle se oía el crac de un cerrojo. «Son órdenes, capitán», dijo el centinela. El capitán se detuvo y por un largo instante permaneció con la mirada clavada en la mancha más oscura que el cielo, como si quisiera decirle algo, incapaz de transmitir y hacer comprender la prohibición al descontento plexo donde se engendra la voluntad.

\* \* \*

El viernes 22 de abril amaneció despejado con unas pocas nubes viajeras en la dirección del noreste que no desviarían su curso para presenciar un espectáculo demasiado lejano e intrascendente. En las primeras horas de la mañana fue ocupado todo el suburbio y organizados todos los puestos, emplazados los nidos de las máquinas en las edificaciones que dominaban el río, a fin de batir un amplio sector de

la otra margen a ambos lados del puente; el acceso a la ciudad por éste había sido cerrado por un muro de sacos terreros flanqueado por dos blocaos de hormigón y la inspección con los periscopios vino a demostrar que el enemigo había organizado un perímetro defensivo por detrás de esa línea, escalonado desde la cota de la carretera y apoyado en un molino de recia construcción, convertido en bastión tanto como el convento extramuros de las Clarisas, en el otro extremo, y en el centro sobre el barrio de casas adosado a los restos y lienzos de la vieja muralla, el arrabal de Abajo. El río traía el suficiente caudal como para hacer imposible el vado por los elementos motorizados y la carrera del puente, de casi doscientos metros de longitud sin otra protección que sus pretilas, no invitaba precisamente a un avance en descubierta con toda la potencia de fuego del enemigo dirigida hacia la calzada. En tales circunstancias nadie tuvo que hacer un gran esfuerzo de palabra para convencer a Mazón y sus secuaces de la inutilidad de un asalto frontal a la plaza —condenado de antemano— en tanto no se dispusiera de apoyo artillero y se abrieran con su fuego las primeras brechas en el perímetro. Por si fuera poco el apiñamiento de las edificaciones del suburbio tan sólo permitió emplazar dos piezas Schneider, camufladas con ramaje, detrás de la tapia de un corralón y enfiladas en tiro rasante hacia las defensas del puente; todas las demás, a medida que fueron llegando, se situaron a ambos lados de la carretera de Saldaña y más allá del cambio de rasante, con el alza a 17° de acuerdo con el cálculo hecho por Lavaiz para batir la plaza del puente. Por último, el Gran Pedro, del que con él solamente se habían capturado unos cuarenta proyectiles, tras la explosión del camión de municiones, a costa de muchos esfuerzos se situó no lejos de la bifurcación de la carretera de Las Muelas, en un punto acertadamente elegido para distribuir su fuego a lo largo del perímetro y alcanzar también los puntos más altos de la ciudad, los restos de la alcazaba y la torre de la iglesia de San Martín donde había sido localizado un observatorio.

Ya había enviado Lavaiz un enlace a Mazón para comunicarle que toda la artillería se hallaba en disposición de abrir fuego sobre la plaza y estaba éste decidido a iniciarlo a las 5.30 de aquella tarde, a fin de preparar el asalto a través de los vados y del puente por las unidades de infantería y los blindados, cuando hacia el sur se escuchó un confuso tiroteo que, como se vino a saber después, respondía al acoso que los elementos más rezagados de la columna Blanco venían sufriendo desde primeras horas de la mañana por parte de sus perseguidores. Para eludir tal acoso y evitar ser desbordados por fuerzas motorizadas los hombres de Blanco Barragán y la caballería optaron por cruzar el río aguas abajo del azud de La Fábrica de Borra para establecer allí un punto de contención y llevar a cabo la aproximación a Macerta por la margen izquierda, tal como estaba previsto, maniobra que obligó a la guarnición destacada en el barrio de Abajo a distraer su atención del puente y de los movimientos y preparativos republicanos que ocurrían en el arrabal de Muchavilla, para fijarla en la



inesperada llegada de unidades de infantería y caballería por la carretera de Félix. Blanco retuvo la caballería en un soto alejado más de un kilómetro del barrio y a eso de las 5.20 lanzó a los Campesinos del Torce al asalto de las primeras casas del barrio. Entonces Mazón, desde su observatorio en la azotea, cursó orden a Lavaiz, por medio del heliógrafo, de abrir el fuego con las piezas más pesadas y concentrarlo sobre el extremo meridional del perímetro al tiempo que los *Schneider* debían perforar las fortificaciones del puente. Veinte minutos después, con las últimas luces del día y a través de una nube de polvo, se lanzaron al asalto del puente los del Batallón Dominó, precedidos por cuatro tanquetas Ansaldo disparando a discreción; ninguna de ellas alcanzó el otro estribo del puente, pero sus restos constituyeron sendas barreras, tras las cuales fueron a hallar cobijo los del Dominó en espera de la llegada de la oscuridad y la posibilidad de alcanzar a su amparo la primera línea de defensa para batirla con granadas y bombas de mano. Durante las primeras horas de la noche en ambos sectores menudeó un fuego alternativo, iniciado siempre por unos republicanos necesitados de afirmarse en una sólida posición antes del amanecer, y replicado en todo momento por una pugnaz defensa decidida a no ceder a la baja un solo pie de terreno. Con un constante hostigamiento a la barrera del puente y al convento de las Clarisas, consistentemente bombardeado por Lavaiz, logró Mazón atraer sobre sí la mayor parte del fuego adversario, circunstancia que aprovechó para hacer pasar al otro lado del río, a bragas enjutas, a la casi totalidad de los asturianos, con dos secciones de ametralladoras y una de morteros, para reforzar a las fuerzas de Blanco e incrementar su presión por el sur. El extremo del barrio de Abajo se hallaba un tanto aislado del resto de la ciudad, separado de ella por la carretera de Félix y unos terrenos vagos, salpicados de pequeñas edificaciones sin continuidad en las que la lucha —a lo largo de toda la noche— llegó en ocasiones al cuerpo a cuerpo, sostenida de pared a pared. Con la llegada de las primeras luces del 23 de abril Mazón tenía en su poder ambos arrabales, a costa de un sustancial número de bajas y de una división de sus fuerzas, separadas por el Lerna, en dos agrupaciones un tanto heterogéneas —una contaba con toda la artillería, la otra con toda la caballería— que si bien podían aunar sus energías para atacar un punto equidistante, el puente, tendrían en cambio que valerse por sí mismas para repeler cualquier agresión y en particular la de la columna de socorro enemiga, procedente de Saldaña, y cuya punta de lanza había sido localizada por los exploradores en las inmediaciones de La Fábrica de Borra.



---

A aquellas alturas del combate y a la vista de la situación en ambos barrios, tanto Mazón como Arderíus sabían, sin ningún género de dudas, que su capacidad de maniobra era muy escasa y que a menos que se produjera la tan esperada irrupción de la CCII Brigada Mixta, bajando de Socéanos hacia aquel teatro, la aventura de la CCIII podía darse por concluida, enfrentada a un enemigo muy superior en fuerzas y colocado en una posición que sólo tenía ventajas, poco menos que inexpugnable. Durante todo el día 23 los intentos de penetración hacia el centro de la villa se habían demostrado tan poco fructíferos y tan costosos tanto en bajas como en munición que a la caída de la tarde todos los hombres en primera línea recibieron la orden de mantenerse en sus puestos, suspender el hostigamiento y ahorrar toda su potencia de fuego y reservarla para el momento en que el enemigo pasara al contraataque.

En pocas horas —y por el imperio omnímodo de las circunstancias— la Brigada había pasado a aquella situación, la defensiva, que tanto repugnaba y hacía temer a sus jefes —y en particular a Mazón— y a la que en ningún momento habían tenido que recurrir desde que iniciaran su campaña en los últimos días del pasado mes de marzo. Llevaban treinta y un días de lucha y sólo Feltre había resistido a su empuje; habían hecho más de sesenta kilómetros de marcha y aniquilado dos guarniciones y una columna motorizada, pero habían quedado reducidos a la mitad; tan sólo habían engrosado sus filas con un equipo de telegrafistas, tres *kaídes* marroquíes y unos cocineros italianos. Hasta entonces habían combatido con el apoyo de la fortuna y animados de un espíritu de marcha que en toda ocasión supo encontrar el modo, el motivo y el camino para seguir adelante. Pero desde la hora en que Macerta les cerró sus puertas —que ni por la fuerza ni el fuego podrían abrir— se puede decir que no les quedó expedita otra salida que la desbandada.

Frente a aquella ciudad que siempre ocultó su rostro tras una aureola de polvo o una nube de humo, la aventura común había de conocer su fin para prolongarse en la peripecia personal de cada cual que —despojado de un destino compartido— con sus propios medios buscaría el sendero opuesto al de la guerra, la vuelta a casa o la capitulación. Llegado el momento de detenerse y parapetarse para la defensa el espíritu cambia y la alada, veleidosa y mercenaria victoria emprende su vuelo migratorio, el preludio de la estación del desastre. Hasta el botín adquirido durante el avance se fragmenta y desvanece en el aire para sumarse al polvo del combate, arrumbado en cunetas y encrucijadas, mucho más presente y reiterativo en la hora de su muerte que en los móviles instantes de su actividad: los elegantes SPA caídos de costado y afectados de bizquera; el cañón falto de una rueda o con el alma apuntada hacia el suelo; el caballo tumbado con las patas tiesas hacia arriba, como si se tratara de un hipertrofiado juguete de cartón, que aun después de muerto conservara un exangüe destello concentrado en sus ojos para tratar de comprender lo que en vida a

fuerza de obedecer le había resultado tan enigmático.

# **Cuarta parte**

*(Libros XV-XVI)*

# LIBRO DECIMOQUINTO

*En Macerta.*

(Reconstrucción)

**N**o era una mañana. No era un mediodía ni siquiera una tarde de un día cualquiera, ni un domingo ni un día de semana, en la neutra soledad rural anterior a los días festivos y laborales. Era una hora neutra y carente de luz propia, bajo un cielo encapotado y un sol a media altura, como una mancha de ácido en la gastada franela de una mesa de plancha.

Desde su observatorio, tras la ventana, observó el descenso de los tres hombres por la colina, por encima de las copas de los manzanos. Uno de ellos caminaba rezagado respecto a los otros dos y, observado con los prismáticos, creyó reconocerlo. Parecía tener dificultades para caminar y se apoyaba en un grueso cayado. Pronto se ocultaron en el fondo de la vaguada al fondo de un prado allende la pomarada, y cuando reaparecieron un rato después ya no eran los mismos, yuxtapuestos a su momento por una gratuita sobreimposición, obra de un artista sin ideas claras, en modo alguno consecuencia de sus anteriores pasos. Cuando se acercaron al arroyo ya no eran los mismos; uno se arrodilló a beber y el que caminaba rezagado se unió a los otros dos para formar una estampa casi inexistente, un previo esbozo de una composición más longeva, ensayada desde tiempo atrás y nunca cabalmente concluida. No procedía del inmediato antes y tal vez ni siquiera de la espera. Porque antes apenas habían existido como si el alejamiento los hubiera engendrado de nuevo no para devolverlos a su puesto sino para señalarles el nuevo, mucho más cerca del destino final, tan sólo emparentado con el anterior por la quimérica continuidad de un tiempo ausente, como un grupo de colegiales tras un corto período de vacaciones que ha borrado todos los avatares del curso anterior, reunidos por un vínculo sobreimpuesto al alfabético, que reanudan su trato sin pararse a pensar en las pruebas que se avecinan. Habían salido tres días antes, con la orden expresa de volver; pero no debían haber vuelto, podía pensar desde su observatorio. Entonces eran más, pero el número ya era lo de menos. No tenían que haber vuelto, ni siquiera tenía que pensarlo desde su observatorio, al tiempo que reanudaron su marcha por una estrecha senda al borde del arroyo, sin necesidad o sin deseo de dar forma a un pensamiento que a fuerza de permanecer en el silencio, sin licencia alguna para ser expresado, no encontraría el camino hacia las palabras. A fuerza de impedirle la salida, no le abandonaría nunca, en tanto los tres hombres avanzaban por la senda, apenas más visible que un hilo en una alfombra; ya habían cambiado pero pronto el que se apoyaba en un palo quedó rezagado de nuevo, como si obedeciera a regañadientes a la orden recibida días antes para así acomodarse a su voluntad. No se había arrepentido de aquella orden ni tampoco había esperado que la desoyeran; tan sólo había confiado en la imposibilidad de que fuera cumplida y a sí mismo se había dado un margen —demasiado extenso, podía reprocharse— para sentirse liberado del compromiso y abandonar la casa. La noche tenía que haber llegado antes para apoderarse de aquella hora sin luz ni sombra, sin ayer ni hoy ni mañana, tan sólo

colmada por una lenta caminata sin finalidad, en los límites inferiores del movimiento, ni progreso. Con su regreso todo un secreto quedaría definitivamente sepultado, sin posibilidad alguna de volver a él ni siquiera en el tono de las confidencias intrascendentes, una vez de vuelta a casa. Pero antes de despertarle decidió tomarse un breve plazo para que avanzaran más, para que su llegada fuera tan inminente como para renunciar a cualquier alternativa; un infinitesimal incremento marginal de aquel otro plazo que tres días antes se había concedido para dar entrada a la impostura del azar; o tal vez todo menos eso pues sin poder sentirse hastiado de él había abusado de tal manera de sus dádivas en las últimas semanas que bien podía suponer que había agotado su repertorio y nada que le aportara —en el penúltimo cuarto de hora— podría sacarle del estado de depauperación a que le había conducido el mal uso de tantas oportunidades. Paulatinamente el cielo había empezado a oscurecer, sujeto a un acelerado proceso de oxidación, mientras toda la luz de aquella no-tarde se concentraba en el horizonte, con rápidos y extensos brochazos, a fin de situarle fuera del alcance de la vista; más allá de la imaginación también, hacia una tierra ignota y despejada, donde ni siquiera el azar tenía entrada, una tierra no acogedora, indiferente al regreso de los vencidos. Se diría que con el éxodo de la luz hacia el encapotado poniente, todo el valle ante su vista se estiraba y empalidecía — como constituido por una sustancia elástica— hasta alcanzar el límite de su resistencia en un momento incoloro, tenso y vibrante, un instante antes de romperse en imperceptibles fragmentos milagrosamente reunidos de nuevo por el torcido y esquinado graznido de una urraca, como una ejecutiva y violenta orden del director de escena salida desde fuera del escenario que obligara a detener y repetir el ensayo. Y todos volvieron sobre sus pasos, algunos hasta detrás de los bastidores; e incluso para una mejor entrada repetirían las últimas frases de la escena inmediata anterior, para lograr el tono. Un zumbido incesante se mezcla al hollín, un polvillo imperceptible que no oculta nada pero rebaja todo color y disuelve las rayas, en la sofocante y amanerada agonía de una mala copia de un día de agosto firmada por la pólvora. Entonces la campana de una iglesia del pueblo alto se puso a tañer, no movida por un brazo sino por el mismo mecanismo solar que a esa misma hora —en el verdadero día de agosto— provocaría el rebuzno de un asno, y la calle quedó despejada: despejada, desierta y asiática detenida para siempre y para siempre así, como una tarjeta postal, envejecida tras un torbellino de instantes y explosiones y poco después eternizada, devuelta al fue enclaustrado en una cartulina que sólo fue un es un momento en una retina sin memoria. En cuanto calló el asno la calle recuperó la marcha de las horas (hacia la pulverización), tras haberse detenido un instante en una parada del no-tiempo. Pero antes de que asomaran por la senda, ocultos tras un reducido soto, se acercó al catre para sacudirle por el hombro y tratar de despertarle. Contaba todavía con un recurso, una pequeña estratagema. Cuando se



separaron convinieron en que esperarían allí cuarenta y ocho horas, exactamente cuarenta y ocho horas —ni una más ni una menos— al término de las cuales cada cual quedaría libre de buscar su camino de vuelta por sus propios medios, con independencia de los demás y sin otra obediencia que al olfato para encontrar la senda más segura. Un breve plazo durante el cual —empero— cada cual se comprometía a respetar los compromisos adquiridos durante tantas semanas de una campaña cuyo resultado ya nada ni nadie sería capaz de alterar. Un plazo de cuarenta y ocho horas para mantener la fidelidad, preservar los lazos de amistad y conservar la decencia; no esa inútil prórroga de cuarenta y ocho horas que el acreedor concede al deudor para que le entregue la suma que ha sido incapaz de reunir durante dos años de pesadilla, sino la otra —más cáustica— que el propio deudor a sí mismo se otorga para despedirse en toda regla de su vida civil y prepararse para su nueva y arruinada condición. O tal vez ni siquiera eso porque todos los contrayentes sabían, antes de cerrar el pacto de la espera, que la nueva condición que se abriría ante ellos al término del plazo no requería preparación ni entrenamiento alguno. O si requería alguno sería de la más elemental naturaleza, ni siquiera aprendido o heredado sino simplemente recibido desde el día de su nacimiento o desde su primera dentición, el legado biológico —como las uñas y los dientes— replegado sobre sí mismo en aras a otro más poderoso o más fiable o más adecuado a una nueva forma de combate, pero de nuevo devuelto a su insolente prioridad en cuanto aquella forma degenerase hacía otra más arcaica, necesitada de sus armas, apéndices y atributos. En cualquier momento podía empezar a nevar pero daba igual, nada que hiciese el cielo podía alterar el curso de los acontecimientos, decididos en otras instancias, y por más que ahora pretendiese con sus mutaciones favorecer u obstaculizar una u otra solución tendría que conformarse a la simple condición de espectador o, como mucho, decorador del escenario donde se habían de desarrollar las escenas finales del tosco drama cuyo desenlace ya había tenido lugar, tan sólo para quedar concluso a falta de unas frases postreras no dictadas por el argumento sino por el arte de la finitud; ese mismo cielo que días o semanas atrás había podido jugar un papel decisivo en la pieza y —tal vez ofuscado por su responsabilidad o refugiado en una actitud neutral o justificado en la intangibilidad de esa neutralidad tan demostrable como abandonable por cuanto su ruptura se había de producir por la clandestina violación de las leyes a las que se atenía —y que en todo momento podía airear— en cuanto otras leyes más fuertes y secretas así lo exigiesen, sin alterar en nada la fachada de la legalidad, o solamente desconcertado por el sesgo de una querrela cuyas partes apelaban por igual a sendos sectores de su contradictoria naturaleza y, decidido, por consiguiente, a esperar el momento en que pudiese, sin vacilaciones, decidir la vertiente por la que había de derramar sus favores, se había entonces limitado a suspender su intervención o a dosificarla en la imprescindible medida que salvaguardara todas las apariencias y

permitiese a ambas partes abrigar la creencia de que, lejos de desentenderse del conflicto seguía tan atento a él que en el instante más imprevisto podía volcar todo el peso de su influencia en favor de una de ellas— había permanecido sordo a las llamadas de unos y otros, veía ahora cómo no sólo nadie precisaba su apoyo para resolver el combate —acostumbrados todos a soportarlo con sus propios medios— sino que doquier podía ser recibido con toda clase de recelos e interpretado sin más como la cobarde e interesada decisión de subirse a última hora al carro de los vencedores para gozar de las mieles del triunfo y participar en el lucro de la victoria. El cielo, sí, el cielo. Por eso a principios de mayo amenazaba nevar, una tardía nevada que pusiera punto final a su apatía de meses atrás, que compensara con creces su neutralidad anterior con una precipitada y entusiasta beligerancia y librara al vencedor del último e indigno epílogo de las armas, impropio de un guerrero; que tomara sobre sí la limpieza de los últimos reductos de resistencia, la rendición de los vencidos, la persecución y captura de los fugitivos, la sumaria ejecución de los recalcitrantes y la extensión a todo el territorio de la paz con que la nevada, como la segunda mano de una capa de pintura, había de sellar y cubrir hasta los poros más insignificantes y recónditos. Acaso por eso el enemigo había desaparecido, desentendido de una función que ya no le correspondía, encerrado en sus acantonamientos para disfrutar del rancho especial de la victoria con carne picada y buena copia de licores baratos. En verdad desde hacía dos semanas apenas había sido visto, tan sólo sentido y sufrido, parapetado y oculto tras los muros y tapias de Macerta, en su alto, inviolado y arruinado sitio; pues siempre había estado por encima y más allá de su alcance, como una bestia semidormida que sin abandonar su sopor de tanto en tanto cede a los reflejos de sus miembros la tarea de alejar a las moscas que le acosan; pero ahora que en campo abierto había desaparecido pareciera que había dejado la tierra sin orientación, despojada además del sol y las estrellas, reducida a un escenario. Había desaparecido el enemigo pero no había concluido la guerra, una estupefacta destemporalizada y desarraigada guerra sin dirección, sin avance posible, sin final. Tal vez el enemigo no ha sido más que una ficción, le dijo, un objeto de reclamo para atraernos a aquel punto sin más allá, sin otro adversario que el yo, alimentado por el resentimiento hacia el futuro. Ahora podían —le dijo— librar el combate para el que el enemigo no había sido sino un estorbo, un comparsa. «No te puedes quejar», le había dicho, «¿no era esto lo que andabas buscando?». Cuando perdieron de vista al enemigo, cuando quedó atrás oculto en sus posiciones —tras sus acribilladas tapias y ventanas, sus desplomados campanarios, sus afilados vidrios, sus tumefactas zanjas y arpilleras, sus asordados gritos de triunfo—, ante ellos se abrió el eviterno escenario de la guerra, devuelto a su ubicuo propietario después de dos años de alquiler al vicario inquilino que no había hecho sino maltratarlo. Volvieron sobre sus pasos, sin ser seguidos por nadie. Desperdiciaron tres

días en c turas e inútiles deliberaciones; se fragmentaron y dividieron en busca de diversos caminos de vuelta, a cual más arriesgado y dudoso, y sólo con gran renuencia y un sinnúmero de dificultades se decidieron a levantar aquel campo que ya no les ofrecía ninguna posibilidad, ni siquiera el sacrificio. Dos jornadas después el enemigo estaba lejos, cómodamente asentado en unas posiciones que no abandonó para salir en su persecución.

Era más que un desaire, casi una traición porque el triunfo no concedía el derecho a abandonar la partida; tenían que seguir hasta el final, no otra cosa esperaban de ellos pues así estaba tácitamente acordado cuando iniciaron el juego con obediencia a una única regla: que aquel que perdiera no podría sobrevivir. Por consiguiente su decisión de permitirles sobrevivir, tras vencerles, carecía de todo fundamento y venía a romper la única ley que ambos tácitamente habían impuesto y obedecido y por cuya observancia habían luchado, hasta la extenuación, por espacio de dos años. Una lucha doblemente inútil, por cuanto no desembocaría en ninguno de los finales previstos: ni en la victoria ni en la muerte. O triple o múltiplemente inútil, si el superviviente recababa para sí el legado de los muertos aquellos a quienes el destino obligaba a aceptar la sentencia a cambio de transmitir su voluntad de alcanzar cualquiera de los dos fines y cuya satisfacción (o cuyo saldo) vendría a incrementar la deuda de quien no la hubiera obtenido. El otro se había levantado de la mesa con todas las ganancias, para desaparecer en un instante y dejar su silla vacía, una mesa desierta y una partida tan inconclusa como interminable, a falta no sólo de un jugador sino también de un dinero que envidar. Y en cuanto a ellos ¿debían asimismo abandonarla, aun cuando no tuvieran donde ir ni nada que hacer, ni siquiera esperar?, ¿podían hacer otra cosa que aceptar aquella situación tan desairada como inapelable, tan insoluble como insostenible?

Entonces, cuando desapareció el enemigo, le dijo, «comprendí que en el fondo tal vez no habíamos luchado contra él, pues sólo era una representación, poco más que una noticia, ni siquiera directa, adornada con caracteres grotescos». «Ah, sí, tan sólo una representación y ni siquiera buena pero ¿se necesitaba algo más? ¿No bastaba una representación, cuanto más exagerada mejor, para sacarnos de esa invertebrada atonía de los sentidos llamada paz?». Esa soltería, esa virginidad incontinentemente retenida por el miedo, ni tan siquiera dulcificada por la continuidad de los días, antes bien atormentada por la posposición de la anhelada metamorfosis que le abrirá las puertas a un estado adulto siempre visto más allá de la prueba pero nunca experimentado. ¿Acaso lo habían visto sus padres o sus abuelos? Acaso sí y por eso no habían guerreado. Le dijo, «sólo se entiende la guerra si es civil». «Durante tres días», le contestó; «porque en cuanto se prolonga tiende a hacerse incomprensible».

No; no lo habían visto sus padres ni sus abuelos y acaso por eso no supieron legarles otra cosa que una enemistad latente, un enemigo siempre en potencia; acaso

fue su más generosa y magnánima herencia, aquella arcana propiedad que nunca quisieron aprovechar y explotar para sí a sabiendas que quedaría expoliada e inutilizable para futuras generaciones que, carentes de la posibilidad de guerrear, consumirían sus días en el impúdico celibato de la paz, en el matrimonio rato con el incompetente marido al que la naturaleza, en el reparto de funciones, decidió no dotar con una razón a fin de consagrarle tan sólo al sueño, al intelecto y a la guerra. Pero tampoco lo vieron ellos oculto tras el marco de una ventana o un saco terrero, encaramado a un campanario o agazapado en una trinchera o, menos aún, desfigurado por la rabia en una caricatura de página interior.

Cuando desapareció se hizo más presente y necesario, más opresivo también. Como el invitado que es esperado durante toda una velada y ensombrece con su ausencia los colores de la misma o ese incompareciente jugador imprescindible para formar una partida que al no poderse celebrar abre sobre la tarde el abismo cada minuto más profundo del ocio —y que sólo se cerrará con la llegada de la noche y la promesa de una mañana siguiente ocupada por el trabajo—, el enemigo, abandonado tras las tapias y muros de Macerta, cobró con su ausencia la estatura que nunca había tenido. Al evaporarse creció y se expandió, ocupó el horizonte y extendió su hálito hasta el más sombrío y apartado rincón, debajo de un catre. En tanto había luchado, siempre oculto tras una tapia o en el fondo de una trinchera, había confinado su existencia a una silueta con su centro en el punto de mira; pero en cuanto triunfó perdió todo contorno para sublimarse en la comburente combinación de la posguerra; porque no hubo armisticio; no lo habría nunca, ni siquiera una rendición de armas, abandonadas en una cuneta o enterradas bajo un castaño, con el quimérico propósito de volverlas a la luz y al uso una mañana precursora de la revancha y de la no ilusoria voluntad de negar no ya la derrota propia o el triunfo del otro sino el fin de la lucha. Porque una vez comenzada no debía terminar, como toda cosa engendrada en el azar (y de la misma manera que la célula viva (por ejemplo) iniciada en una infinitesimal probabilidad de conjunción de elementos azoicos que en cierto momento constituyen una estructura con capacidad combinatoria, ya no cesará en sus intentos de preservarse buscando su regeneración en todas direcciones y mediante toda clase de fórmulas), acaso consciente de que no constituye un sólido y digno de confianza principio generacional al que mejor será renunciar (sin siquiera un reconocimiento de los servicios prestados) para encomendar su preservación y continuidad a otra potencia nacida asimismo de una fortuita circunstancia pero para siempre asentada en el espíritu de la lucha; no la injusticia tanto como el rencor y menos la supervivencia que la revancha. «Habían luchado contra nadie», le dijo —al tiempo que de manera desganada barajaba el sucio y manoseado mazo de naipes sobre una mesa que no invitaba a hacer nada sobre ella, junto a una ventana que no invitaba a la menor contemplación—, a menos que se llame alguien una figura levemente móvil más allá

de una tapia, un completo desconocido, venido nadie sabe de dónde para terminar nadie sabe cómo. «No hemos luchado contra nadie», le replicó. «Querrás decir todo lo contrario», le contestó al tiempo que apartaba el mazo de naipes y con un gesto de hastío volvía al catre para tumbarse de cara a la pared. Y lo comprendió cuando ya no quedó ninguna figura movediza, ni una tapia ni un parapeto, tan sólo un campo abierto cerrado por un cielo encapotado y una nube sustentada por las copas de los abetos, como una malsana excrecencia de la vegetación; entonces quedó demostrado que sólo a fuerza de creer en él habían tenido un enemigo enfrente y oculto, un inmaterial, burlón y fumífero comparsa que les había engañado hasta hacerles creer que luchaban por una justa causa, la más sibilina superchería. No habían luchado sino consigo mismos o contra sí mismos, le dijo, los únicos actores visibles de la comedia; y no porque se hubiera ocultado o protegido detrás de una tapia o un parapeto sino porque no había existido jamás, una malsana exhalación del torpe espíritu hereditario de generaciones de impotentes luchadores sin otro enemigo que su impotencia. «Compréndelo», dijo al tiempo que se rebullía en el catre. «Ahora es cuando de verdad debe empezar la campaña. Contra ti», contra esa entealequia que sólo reside en ti, en el solitario espíritu necesitado de un enemigo a fin de expulsar (o extralimitar) ese sibarítico andrógino atormentado por la incapacidad del otro sexo para concederle un gemelo, el doble capaz de enfrentarse a su amanerado espíritu y el único que le podría otorgar la corona del triunfo sobre su hastiado y replegado yo. Su herencia era un campo de operaciones, todo lo que tenían, todo lo que habían tenido siempre y que un aventajado enemigo había hollado con su presencia, instándoles al combate y arrebatándoles de su milenario reposo. Apenas había actuado unos pocos días, unas breves horas, no sólo para despertarles sino para hacerles comprender que la lucha era lo único que tenían, lo que habían desaprovechado durante indolentes generaciones y lo único que podían y debían conservar, incluso sin enemigo. Que no podían morir en paz puesto que nunca habían vivido en ella sino en el olvido de la guerra. En una desdeñosa, sibarítica e irreflexiva indiferencia a su única razón de ser, no sin haber confundido distintas clases de rumores: los de la mañana con los del despertar y los de la casa con los de la calle. Habían tenido tiempo, siempre habían tenido mucho tiempo por delante en tanto el pasado —como una multitud cuyo movimiento se detiene justamente en el hombre que está detrás, en un difícil y atónito equilibrio a punto de venirse abajo en cualquier momento— se limitara a presionar a un casual y un tanto ausente hoy, siempre algo ignorante de lo que ocurre en su momento. Pero ya no; ya se había roto el equilibrio y varios cuerpos habían rodado por los suelos. «Estaba seguro de la traición», le dijo. No estabas seguro de nada, le contestó, con la cara contra la pared, en el áspero e inútil gesto de llamar al sueño contra su voluntad. «¿Acaso era yo su guardián?» le preguntó. El otro se volvió para permanecer boca arriba, con la mirada en el techo, en su semblante la neutra

confusión de un buen número de palabras sin jerarquía ni orden de prioridad, poco menos que reducidas a sílabas por sus recíprocos golpes. «Sí», dijo al fin, «por supuesto que sí; y algo más que su guardián».

De repente había oscurecido, había tenido lugar un instantáneo eclipse que apenas se prolongó el lapso necesario para atestiguar el reconocimiento de la luz que siguió, en todo igual a la anterior pero separada de ella por una intolerable cortadura, tanto más inquietante por cuanto no dejó ninguna huella de su paso, colgada en un incomprensible y harapiento cenit. Ya era entonces otro momento y hasta otro escenario, un ahora precedido por un antes que había concluido con un cambio de luz o ni siquiera eso, tan sólo un instante opaco —como en una película— para permitir el tránsito a otro tiempo y otro lugar, igualmente remoto y faltos de sostén mientras no acudiesen las palabras que explicaran el cambio. Ya había ocurrido antes, casi dos semanas antes, pero no en aras de la luz sino del sonido. De repente la mañana había callado en las postrimerías del combate no por una orden cursada desde un esotérico y mezquino centro y obedecida al instante sin necesidad de ser transmitida sino por un fallo de la misma proyección —al igual que después lo provocaría el haz de luz— producido por un corte de la banda sonora tras el que seguiría una escena muda durante ese instante de perplejidad antes de la protesta, cuando se pronuncian ciertas frases capitales que al perderse confunden un argumento abierto en lo sucesivo a intrascendentes(\*) interpretaciones. Un argumento roto, incompleto e invicto, risueñamente hipostasiado en el misterio y con desdén desprendido de toda su trivialidad a sabiendas de que ya nunca sería reconstruido. Ya ha ocurrido y sin embargo en virtud de tales fortuitos hiatos no sólo no sucedió sino que estará siempre —un siempre fragmentario— en trance de suceder. «Ya ha pasado todo», dice con la cara vuelta a la pared y con la mirada puesta en los accidentes del maltratado enfoscado rayado a punta de navaja o de uña por todos los que le han precedido en el catre. No lee nada pero piensa que es lo único que queda, las únicas inscripciones permanentes de una guerra concluida por un fallo de la banda sonora. No era a todas luces la paz —ni abiertos, sembrados ni frentes tostadas, ni serenas convocatorias al toque de las campanas, ni filas de niños precedidos de sus maestros, ni chimeneas humeantes, ni cualquiera de los esquemáticas formaciones de una paz de cartel— sino a lo más la suspensión del combate, la amputación de aquel único órgano que durante centenares de días había animado la carrera del sol, iluminado días y declinado tardes. Ya no hay combate, ha cesado el fuego —había dicho el silencio, o lo que luego sería confirmado por la luz, la jerarquía superior que ratificó la decisión de su subordinado en el campo de operaciones— para añadir a continuación: todos a casa.

\* \* \*

En una hora caería la noche y en la ladera opuesta, al fondo del valle, surgirían las luces de los vivacs enemigos, cada día más lejanos. Casi ni siquiera eran luces sino cuasi marinos, titilantes e inconstantes destellos que observados con los prismáticos dibujaban un tímido oscilograma siempre a punto de extinguirse. Ya no se oían sus voces ni sus cantos ni sus toques de cornetas, antes tan próximos. Como si su victoria no fuera otra cosa que su alejamiento, como si aquellos pocos kilómetros que los separaban se hubieran dilatado para dar origen a un terreno virtual sin extensión ni anchura, desprovisto de sustancia y tan sólo aireado por el quimérico soplo de la destinación. Haber vencido suponía eso: estar ya fuera de su alcance, separados de ellos por un terreno que absorbía y frustraba todos sus gestos, acallaba sus voces, borraba sus huellas y —de haberlos hecho— acogía sus disparos con la misma indiferencia con que el mar recibe las pedradas de un colegial desde la playa; un antiterreno que cada hora les separaba más de su tierra, empujándoles a un merecido destierro. Poco a poco había aumentado la distancia entre ellos y un día aquella distancia se había transformado en otra cosa, otro clima: si era la paz sin duda no era a todas luces, sumida en la epicena tiniebla de un cielo forrado de una sola nube inconsútil. Tampoco las noches tenían luna y sin un ladrido en el horizonte —una cóncava aguada de inestable coloración, como un reflejo en el pomo de una escalera a oscuras— ni siquiera redimían de la opresión de la luz, tan sólo ausente para hacer más severo su reglamento. La marcha había empezado diez días antes y en un principio no con idea de alcanzar una meta o seguir un itinerario trazado de antemano sobre las cartas sino tan sólo con el único objeto de romper el contacto con el enemigo; todavía entonces estaba allí, todavía se sabía quiénes eran e incluso en ocasiones eran capaces de verlo en un pueblo en ruinas, un bulto que corría tras una empalizada, medio perfil que asomaba en el cuadro de una ventana destruida; y sobre todo una serie de rayas de lápiz y borrones de tinta sobre una deteriorada carta cuyos pliegues empezaban a abrirse de tantas veces como era abierta y desplegada cada día, en busca del camino de salida que unas horas después de elegido era desestimado por el informe de las patrullas de reconocimiento. Era también un periódico *shrapnel*, un estampido inicial no siempre seguido de su silbido y el esperado y sorprendente desgarrón final de su mudo curso concluido con el temblor de los muros y el intolerable diapasón del cristal, la clandestina protesta de todas sus moléculas anhelantes de la ruptura y su liberación en forma de mortíferas agujas y astillas; el golpe sincrónico que un histriónico jefe de ceremonias había ordenado al timbal para hacer saber a toda la ciudad que había cesado el combate entre dos facciones y que el nuevo acto, tras la conclusión del penúltimo, cuando el destino aparece en escena para representar el único papel que le permite su mucha edad y sus muchas tablas, decide suplantar a la primera para dirigir a la segunda a un desenlace de acuerdo con las reglas.

Ni siquiera tuvieron que correr mucho; fueron unas pocas carreras agazapados tras tapias, fachadas desplomadas, pretiles y montones de escombros, con la cabeza agachada y bajo la parabólica protección del polifémico *shrapnel*. Una calle salpicada de adoquines y lienzos de pared abatidos, ropajes, colchones y muebles diezmados que salieron a la intemperie para entregarse a un efímero e insípido libertinaje. Ya no era una calle pero durante unas largas horas fue algo más que eso, el único lugar fijo y visible de un mundo pulverizado, quintaesenciado en una decapitada palomilla al extremo de una tapia arrabalera y desprovista de su lámpara y más allá de la cual tal vez todavía era posible encontrar no ya una promesa sino una disyuntiva; más allá de la cual sería posible de nuevo sentir algo a espaldas y recuperar el *Zwischenraum* trasero —y con él el breve transcurso de lo pasado, dictado de manera demasiado rápida como para ser recogido en la taquigrafía de las grietas y boquetes— perdido de tanto mar al frente a través de un alza, un antejo o una rendija. Una palomilla ajena desde entonces al paso de las horas y de los días, desconectada del mecanismo regular del tiempo para quedar fija en una memoria sacudida por un golpe de viento que se lleva las pocas hojas restantes de un dulzón y rancio otoño en tanto permanece enganchado en la rama un sucio harapo que aguantará incólume todo el siguiente invierno sin caracteres ni colores; única reliquia involuntaria y tenazmente absorta en sí misma que preserva, esconde y cobija la unidad cuando se produce la intolerable invasión del caos al que se entregan madres, tapias y materia, como una escarpia en un montón de ceniza. Le detuvo un grito cuando estaba a punto de remontar la pequeña cuesta para alcanzar el extremo de la tapia, un grito subrayado por todo el silencio del arrabal cuando habían callado las bocas de fuego, en el intervalo entre dos obuses; un grito salido de las posiciones enemigas pero demasiado familiar como para no ser escuchado y obedecido, quién sabe si por un reflejo inmediato hacia la llamada que hasta en sueños llegaba a sus oídos. «¡Valbuena!» se oyó en toda la calleja, de un extremo a otro, con un prolongado calderón recibido con asombro, como una intolerable yuxtaposición de la voz a la desconcertada murmuración de las partículas tras el postrer estruendo, el lacayo griterío que pretendió interrumpir la jaculatoria de las sombras y los escombros. Se detuvo, se incorporó y se volvió, con el mosquetón en la mano para cerciorarse de la llamada que fue repetida dos veces, en un tono más elevado, y coreada por otras voces que le instaron a reanudar la carrera hasta el extremo de la tapia. Otra vez se agazapó y arrimó a la pared, acucillado para echar de nuevo a correr sin hacer caso de la voz que llamándole por el apellido le urgía a pasar al otro lado, por un boquete que cruzó de dos saltos al tiempo que dos balazos se incrustaban en el muro, los golpes de compás emitidos por un invisible coreógrafo. Un poco más allá fue alcanzado por un disparo y renqueando y arrastrando un pie se echó al suelo para tratar de seguir su camino a gatas pero a los cuatro pasos recibió de lleno una descarga en el costado y en la espalda, en tanto la



voz le seguía llamando; dejó caer el mosquetón, adelantó las rodillas y entre ellas hundió la cabeza, cogida con ambas manos. Entonces la voz y el disparo se unieron en un solo acorde al compás del cual su cuerpo se fue recogiendo con los minúsculos y espasmódicos movimientos de un insecto moribundo que recoge sus patas y antenas y las encierra en su caparazón como quien retira y guarda los trastos y herramientas al cabo de la jornada de trabajo, para a la postre acudir a su fin con la misma plegada postura fetal en que había iniciado su breve existencia.

\* \* \*

Apenas fueron hostigados por los de enfrente, que agotados por aquel largo asedio no se tomaron la molestia de salir en persecución de sus sitiadores; no abandonaron aquellas encaramadas e inexpugnables posiciones desde las que acertaron a resistir su embestida y cuando ésta cedió y dejó paso a un cansado forcejeo de casa a casa y de ventana a ventana no se arriesgaron a lanzar el contraataque, en la confianza de que la columna que remontaba el río se encargaría de la liquidación de todos los focos de resistencia, desperdigados por los barrios bajos del pueblo a ambos lados del río. Todas las mañanas de todos los días de aquella primera semana de mayo se anunció en Macerta la llegada de la columna y la ruptura y el fin del asedio. Pero la columna tras haber alcanzado y ocupado Herencia sin apenas haber encontrado oposición detuvo su marcha cuando sus avanzadas se encontraban a pocas horas del perímetro de Macerta y a sus oídos llegaba el eco de un cañoneo cada hora más débil y distanciado, dictado por la economía que ya no disponía de recursos sino para mantener la atención de un languideciente fin de fiesta, antes de la traca final. Fue un gesto inexplicable —como señalaría más tarde un comentarista poco ortodoxo, no satisfecho con el laconismo de los partes y menos aún con la apologética crónica de la campaña extraída del diario de operaciones de un oficial de Estado Mayor y redactada por un corresponsal de elevado y acendrado patriotismo— que prolongó la operación durante diez innecesarios días, con cuantiosas bajas por ambas partes, y hubo de permitir a los restos de las unidades republicanas que habían sobrevivido a la prueba y se hallaban todavía en condiciones de combatir, reagruparse y buscar mediante un rodeo el camino de vuelta a Región a través de los pasos septentrionales. Sin embargo, y por paradoja, tal demora se había justificado por la conveniencia de limpiar de enemigos toda la zona meridional de la sierra, la comarca entre Herencia y Feltre, y de ocupar sus pasos para impedir la retirada republicana, antes de proseguir el avance final hasta Macerta cuya guarnición, con alto espíritu de abnegación, había comunicado por telégrafo su voluntad de resistencia, animada por los ideales que habían inspirado la cruzada, y su disposición al sacrificio por una España mejor. Con un objetivo común —que mediante una reiteración de abstracciones se podía resumir

en aquella «España mejor»— se trataba de dos voluntades no opuestas pero tampoco coincidentes, ninguna de las cuales deseaba vender a la baja su victoria en el teatro de operaciones o ceder a su colega, del otro lado de las líneas republicanas, una considerable participación en ella. Sin duda en Herencia se había llegado a considerar que, concluida la campaña con una victoria sin paliativos, ninguna entrada triunfal en Macerta sería mejor que la recibida por una escasa guarnición de hombres barbudos y demacrados, ninguno de alto rango, dispuestos a conformarse con una medalla colectiva, un discreto ascenso en la escala y unas bien ganadas semanas de permiso para ver a la familia, en tanto la pacificación de la región y su gobernación militar era asumida por la oficialidad de más alta graduación de la columna. Por su parte en Macerta, mientras la atención se dirigía sobre todo a la caída de los cascotes y los muros y cubiertas que amenazaban ruina, y para acompañar la degustación de los severos ranchos y los últimos paquetes de hebra y cigarrillos, pensando en la suerte de la columna que había alcanzado Herencia sin otras bajas que las causadas por enfermedad se hacían votos para que la Providencia le concediera la misma fortuna hasta el cumplimiento de su objetivo final y a fin de abreviar también y hacer más sencillo el trabajo de quienes tenían que redactar sus hojas de servicio. Entre una y otra actitud las patrullas de reconocimiento de Arderíus habían acertado a descubrir la presencia de unidades enemigas en toda la margen derecha del río, entre Zafra y El Jarif, así como una retracción de la guarnición de Macerta hacia el inexpugnable glacis de la ciudad alta, convertida en una formidable trinchera gracias a la acumulación de escombros en torno a la Colegiata. Lo primero tenía a la fuerza que ser interpretado en el sentido de renunciar a aquel camino —el que habían traído— para su vuelta a la vertiente regionata, a menos que se decidieran a hacer lo abriéndose paso con las armas contra un enemigo superior que contaba además para su ventaja con la elección del campo de batalla y su eventual fortificación; lo segundo significaba la prudente y ahorrativa decisión de la guarnición de Macerta de olvidar la custodia de los terrenos situados al este y al norte, apenas afectados por la campaña, para concentrarse en la defensa de la plaza. Por consiguiente ambas bandas de terrenos ofrecían la posibilidad de trazar sobre ellas un itinerario de retirada que en comparación con uno cualquiera en la dirección oeste o en la dirección sur, a cambio de esquivar la presencia del enemigo y en una primera fase eludir su acoso, sólo presentaba desventajas; era más largo porque incluso el más corto de todos los posibles, aquel que consistía en una primera retirada a Lodares para desde allí optar por el cruce de la cordillera por cualquiera de los puertos, los Roques o el paso de Zocs, según el estado en que se hallaren, exigía cuando menos cuatro días de marcha más que el camino de La Requerida; se desarrollaba por terrenos desconocidos, mal comunicados, posiblemente habitados por una población, aunque muy escasa, hostil o cuando menos poco hospitalaria y sin duda inficionada por la propaganda enemiga;

podía ser atajado en numerosos puntos por una columna que salida en su persecución y dotada de elementos de transporte, mecánicos o animales, se decidiera a cortar la retirada en cualquiera de las dos vertientes de la sierra, poco menos que desguarnecida desde la cancelación del ataque de la CCII Brigada Mixta y el repliegue de la mayoría de sus efectivos al perímetro defensivo de Región; por último había que contar con el estado de los puertos septentrionales que en años como aquel —de nevadas y temporales tardíos, acompañados de una primavera inclemente— sólo se abrían dos o tres semanas después que los meridionales.

Al parecer la última de aquellas reuniones, convocadas por el comandante de la Brigada, en las que se sentaban y tenían voz los jefes de las diversas unidades y secciones para discutir sobre las posibles disposiciones tácticas que debían ser tomadas en los siguientes días para alcanzar el objetivo propuesto, tuvo lugar uno de los primeros días de mayo en el refectorio del convento de las Clarisas que por sus recios muros y su orientación hacia el poniente y el río —separado de él por un tapiado huerto a resguardo del fuego enemigo— había sido elegido para alojar en él al Estado Mayor, la administración y la mayoría, en tanto la sala capitular había sido utilizada como despacho de comunicaciones. De aquella reunión no se ha conservado el menor documento escrito y comoquiera que ninguno de los asistentes a ella sobrevivió a la contienda del transcurso de la misma tan sólo han quedado relaciones verbales transmitidas a terceros que a su vez sólo las airearon, meses o años después, en un lenguaje impreciso, para descargo de alguna conciencia o el alivio de alguna responsabilidad. Parece ser que, en contraste con las convocatorias anteriores —celebradas en cualquier improvisado cobertizo y en momentos de relativa euforia— aquella se desarrolló bajo el signo de la obediencia a las formas y a las jerarquías; había desaparecido el espíritu de camaradería y la franqueza que se adueñaron de las anteriores, cuando cualquier comandante de batallón podía tomar la palabra, sin que nadie se la concediera, para rebatir la opinión de un superior —a veces con términos malsonantes— y tratar de hacer prevalecer la suya; cuando la ocurrencia más espontánea e inesperada podía abrirse paso a través de los planes y las consignas a poco que estuviera expuesta con algo de entusiasmo y mucho de persuasión. Por el contrario en aquella reunión se habló poco —acaso porque la historia del lugar imponía mayor dosis de silencio que de voz—, en aquella sala ojival mal iluminada por unas pocas bujías y candiles; y los asistentes, menos de la mitad que en la reunión anterior a causa de las bajas que nadie se ocuparía de reponer, un tanto desinteresados todos de la función de mando, en lugar de concentrarse en torno a la cabecera prefirieron distanciarse y sentarse en rincones y sombras, tal vez deseosos de hurtar su presencia en una asamblea que, todo hacía sospecharlo, terminaría por imponerles unos cometidos que contravenían sus intenciones personales y cuyo cumplimiento nadie estaría en condiciones de garantizar. Acaso aquella actitud inicial impuso el

tono en que se desarrolló la sesión que se abrió con un informe de Arderíus en el que resumía la situación de la Brigada a la vista de los últimos informes recibidos desde todos los puntos de observación acerca de los movimientos de las tropas enemigas. Pasó luego a analizar la situación de la propia Brigada, sus efectivos reales y sus bajas, el estado de sus almacenes tanto de sus bastimentos como de sus municiones para entrar luego en una disquisición un tanto pormenorizada sobre el inminente ataque del adversario, sobre los ejes y las fechas en que era más verosímil esperarlo y sobre las posibilidades propias para contenerlo y rechazarlo. Pero antes de llegar a ese punto, una voz en el extremo de la larga mesa y protegida por las sombras que ocupaban los contornos de la nave<sup>[57]</sup>, le interrumpió para preguntarle sobre la situación en Región y sobre la posible intervención de las dos brigadas allí acantonadas, así como para precisar un detalle sobre el que deseaba tener más información si era posible. «Perdona, camarada», parece que empezó a decir para justificar su intervención, «pero si te he entendido bien...». Aquel «perdona» no se había oído en los últimos años, no había sido pronunciado en ninguna ocasión desde que se iniciaran las hostilidades. Era un latiguillo olvidado, una fórmula que pertenecía a un lenguaje que la guerra presuntamente había sepultado en un rincón de la historia léxica como muestra casi arqueológica de un uso que había dejado de estar vigente en fecha fija; de repente aquel «perdona» involuntario, poco menos que expulsado intacto por el espasmo muscular de un órgano forzado a aceptar más cosas que las que podía soportar y digerir, llenó la sala en sombras con todo el poder retroactivo de una imperdonable omisión; con la instantánea, certera y desolada convicción de la necesidad de repetir cuantos actos hubieran sido ejecutados pasando por alto el olvido; con todo su poder de revocación; con la equívoca sensación de que había transcurrido un lapso imaginario y doble, enfrentado a su impostora imagen en un espejo temporal, en el que no había ocurrido nada de lo que había ocurrido, como si lo ocurrido hubiera de tener la aprobación administrativa de una memoria que no podía dar por bueno ni por ocurrido cuanto careciera de aquella póliza, de aquel sello o aquella firma inocua que garantizara su validez. La voz «perdona» había sido incomprensiblemente emitida. Quizá comprendieron que faltaba aquella póliza y todo el trámite había sido en vano, la aventura de una alocada noche de fiesta que no pudo llegar a la madrugada por un olvido, tan colectivo como el entusiasmo. Por tanto no había pasado, la historia no lo recogería y sería preciso volver atrás para rectificar la omisión. Habían creído correr en la dirección principal del tiempo y se vieron de pronto —no por las bajas ni por el cañoneo ni por la amenaza de la columna que avanzaba desde Herencia ni por la tardía y casi improvisada llegada de una primavera que nada les aportaba, como un cartero que pasara de largo yendo derecho a la puerta vecina, sino por una imprudente y grávida palabra que aún oscureció más la nave, ocultando sus bóvedas— haciéndolo en la ilusoria imagen reflejada en su engañosa y

cristalina superficie, capaz de desdoblar todos los hechos. No se trataba de retirarse sino de volver. Unas oscuras palabras de Mazón —dirigidas hacia abajo a su pecho, que parecían pronunciadas con un ánimo expiatorio— sobre el cumplimiento de los objetivos y el éxito de la campaña, que contemplada en el conjunto de la estrategia peninsular había obligado al adversario a suspender una ofensiva de gran estilo en los frentes centrales y distraer importantes contingentes hacia una zona que consideraba neutralizada, trataron de llevar al ánimo de todos una cierta confianza en la victoria final y en la capacidad del mando para concluir como había previsto una operación que, como no podía ser menos, tenía que concluir con la vuelta a casa tras el severo castigo infligido al enemigo. Había sonado la hora de volver; aun cuando no hubieran conquistado la ciudadela habían cumplido lo que se habían propuesto y ya nada les retenía allí; era preciso cancelar el combate, romper el contacto con el enemigo y poner tierra por medio con lo que se alcanzaría un doble beneficio: su propia escapatoria y la distracción de la fuerza enemiga en una estéril labor de limpieza que podría prolongarse varias semanas cuando su presencia era tan necesaria en otros frentes. Todo apuntaba —volvió a tomar la palabra el capitán Arderius— hacia la conveniencia de dispersar las propias fuerzas para intentar la *sortie* —de forma escalonada y en diferentes direcciones y por distintos caminos— sin provocar una enérgica reacción del enemigo. La propuesta era en sí misma una declaración de impotencia, la confesión de que se habían vuelto las tornas y de que el sitiador se había convertido en asediado. Podía y tenía que haber sido replicado y tal vez rebatido —pues tal era la tónica de cuantas reuniones de ese carácter se habían celebrado en vísperas de una decisión que afectaba a la conducta y el destino de todos los presentes— pero no se levantó ninguna voz, acaso en espera de una explicación más circunstanciada del plan. Pareció que al llegar a ese punto poco o nada le quedaba por decir al capitán Arderius o tal vez sufrió una transitoria fuga de memoria, tanto más elocuente en aquella tenebrosa nave, las sombras cambiantes de las cabezas en las paredes, y ante el expectante silencio de todos los capitanes, ninguno deseoso de hacerse oír o notar. En el extremo de uno de los brazos de la mesa y casi en oposición a la cabecera había tomado asiento Enrique Ruán (quien tenía por costumbre hacerlo cerca de Mazón), que afectado de una fuerte congestión pulmonar, a causa de haber permanecido durante horas en una comprometida posición con los pies en el barro —en los momentos del combate en torno al puente y el asalto al convento—, había preferido distanciarse de los demás para hacer menos ostensibles sus frecuentes ataques de tos. Uno de los más intensos le sobrevino apenas hubo terminado Arderius con su sumaria exposición y cuando poco menos que con la palabra en el aire esperaba el turno de réplicas y controversias y la revalorización de su dispositivo mediante la discusión de las posibles objeciones, tuvo que conformarse con un paréntesis de forzado silencio que de manera

imprudente abrieron todos hasta la remisión de aquel convulsivo ataque que obligó al enfermo a levantarse del asiento y refugiarse en un rincón en sombras, con una manta agujereada sobre los hombros, golpeándose el pecho y con la cara contra la pared, como si estuviera llevando a cabo un acto de penitencia. Cuando de nuevo tomó asiento, con las mejillas enrojecidas y la respiración entrecortada, todas las miradas entre susurros y musitaciones se dirigieron a él pero nada le salvó de una salida de tono de Mazón que, con malos modos, le afeó su estado, la incapacidad en que se hallaba para atender a una reunión que no podía verse sujeta a tales interrupciones si se deseaba tomar una decisión aquella misma noche para iniciar los primeros movimientos a la mañana siguiente. Cuando Ruán abandonó la sesión, como un chico expulsado de clase, se produjo ese momento de consternación que siempre acompaña a un sentimiento velado, disimulado por una espontánea complicidad. Nadie quería ser el primero en tomar la palabra, nadie ni siquiera Arderíus deseaba dirigirse a Mazón, repentinamente aislado en su cabecera por la censura latente y la tácita y unánime reprobación de su actitud. Pero para aquellas fechas Mazón ya no se consideraba falible, se diría que había atravesado las fronteras que limitan el terreno de la aventura —y tal vez de la acción— para introducirse en un acrónico y fatídico limbo habiendo dejado tras sí su historia como quien abandona un empleo para en lo sucesivo dedicar sus ocios a una colección de sellos. Con demasiada frecuencia tenía la cabeza puesta en otra parte, sólo obedecía a lo inmediato y un callado designio le obligaba a aceptar cualquier eventualidad con el mismo talante con que hubiera recibido una contraria. Había dejado de mandar y tan sólo ejercía el mando cuyas directrices al venir impuestas por las circunstancias más perentorias ya no procedían de ninguna cabeza, ni siquiera de la de Arderíus poco menos que convertido en hechicero de aquella diezmada tribu, tan sólo apto para interpretar augurios, indicios y premoniciones. Pero todavía no había llegado el momento de la rebelión y apenas se había incoado —con las toses de Ruán— el expediente que diera lugar a las murmuraciones.

Con desgana volvió a tomar la palabra Arderíus para explicar que puestas así las cosas había tres caminos —marcados por tres direcciones— para intentar la salida. Hacia Lodares en dirección norte o hacia el valle del Guadalán en dirección este (si la primera vía era cerrada u obstaculizada por el enemigo) para girar luego hacia el oeste y alcanzar la cabecera del Torce incluso cruzando la divisoria por la falda septentrional del Monje; la tercera vía —la más deseable si se hallaba expedita— consistía en retomar el camino de llegada por Feltre y La Requerida por cuanto nadie podía considerar posible forzar el paso a través de las posiciones enemigas de Socéanos que de manera tan competente y sin ceder un palmo de terreno habían aguantado el ataque de la CCII. Sólo la lejana posibilidad de coordinar un doble ataque contra ellas en direcciones antagónicas y reuniendo los efectivos en

condiciones de combatir de ambas Brigadas podía inducir al lanzamiento de una empresa semejante; pero más que lejana tal posibilidad resultaba inalcanzable por las dificultades impuestas por las comunicaciones que ni siquiera había permitido llevar a cabo una acción simultánea y cronométricamente concertada en el inicio de la ofensiva, con todas las circunstancias a su favor, como muy bien sabían todos; y por si fuera poco había que contar con la escasa voluntad de lucha de la CCII tras su revés en Socéanos y el ulterior repliegue a sus bases en Región que difícilmente abandonaría —hallándose al mando de Julián Fernández, con un Constantino en la sombra del abatimiento— para salir en defensa de sus hermanos de lucha al otro lado de la Sierra. Conscientes de que para abrirse paso hasta Región no tenían que contar con la colaboración de su guarnición sino tan sólo con sus propias y debilitadas fuerzas —y prácticamente sin vehículos ni animales de tiro— el paso por La Requerida con ser el más directo y rápido podía muy bien resultar poco menos que infranqueable si el enemigo en su avance en dirección aguas arriba por el valle del Lerna había decidido ocupar sus accesos y controlar los caminos. En tal situación unos optaban por caminar; otros, los menos, todavía preferían luchar pero nadie se veía con fuerzas y ánimos para hacer ambas cosas a la vez.

A fin de despejar la tercera incógnita —y a sugerencia de Arderíus y del propio interesado— Mazón había despachado dos días antes al camarada-señor Pou, con el capitán Avelino Martínez como segundo, para que al mando de una fuerza que reunía los restos del Alerta Carrilanos, el Batallón Dominó y el Asturias Libre reconociera el estado de la línea Muchavilla-Zafra-Feltre, reuniera los destacamentos apostados en las diversas posiciones, tratara de definir un camino libre de la presencia enemiga y consolidara una posición en aquel último punto que sirviera para franquear el paso de todo el resto de la Brigada en su marcha hacia la Sierra. Pou había prometido, si las cosas se desarrollaban con normalidad, estar de vuelta para la reunión de aquel día para si su informe era favorable iniciar el repliegue de las primeras unidades antes de la madrugada siguiente, al cobijo de la noche. La reunión convocada para el mediodía había sido retrasada hasta las seis de la tarde ante la incomparecencia de Pou, para dar tiempo si no a su llegada al menos a la de algún enlace que informara acerca del resultado de su exploración pero la falta total de noticias, la extraña calma que se percibía desde los puestos de observación de Muchavilla —que no presagiaba nada bueno, invitaba a sospechar un agravamiento de la situación al sur del pueblo e introducía la posibilidad de que Pou hubiera caído en una celada, sin posibilidad de avanzar ni retroceder— indujeron a Arderíus a convencer a Mazón de que no retrasara la segunda convocatoria, en la seguridad de que era preferible celebrarla con toda la incertidumbre posible antes que bajo el peso de un nuevo fracaso que de ser confirmado —o tan sólo maliciado por el silencio— podía reducir a dos las tres alternativas y rebajar la moral de la tropa, bastante mermada. Por añadidura la teoría

de Arderús —en un principio observada con desconfianza por Mazón, como era habitual— consistía en procurar la máxima dispersión de las fuerzas para llevar a cabo el repliegue. Si quedaban abiertas tres direcciones menester era —según él— dividir la fuerza en tres grupos autónomos y que cada uno de ellos se las arreglara como pudiera para abrirse paso hasta Región. Incluso cabía examinar la posibilidad de pensar en un cuarto que se sacrificara por los otros tres; que permaneciendo en Macerta, el barrio de Abajo y Muchavilla actuara como cebo para atraer sobre sí el ataque ora de la columna de Saldaña ora de la guarnición ora de las dos, en tanto los otros grupos abandonaban el campo. Una solución sin duda un tanto cruel —en apariencia— y que sólo podría ser considerada si un cierto número de voluntarios se ofrecía para cumplirla. «Muchos más de los que te imaginas», le dijo por lo bajo aun cuando nadie les oyera; «si alguien se molestara en contar todos los que tienen intención de rendirse en cuanto se les deje solos». «Será una manera de saber cómo piensa la tropa acerca de la rendición», replicó el comandante. Hasta entonces por todos los medios se había tratado de conjurar que de los labios menos responsables surgiera la palabra rendición. «El único que la puede pronunciar soy yo», había dicho el comandante, «si queremos que no se produzca». Sospechando que la misión de Pou podía concluir con un desenlace funesto, Arderús urgió a Mazón a no retrasar por más tiempo la reunión del refectorio, por el miedo a recibir en cualquier momento la confirmación de aquel fracaso que, al reducir las alternativas, podía alterar de raíz sus planes y trocarlos por una solución decididamente combativa a la que no veía ninguna probabilidad de éxito dada la desigualdad de las respectivas fuerzas. En eso coincidía con Mazón, con Pou, con Ruán y Asián, con Cárdenas y Serapio Sánchez, los últimos regionatos que lo menos que deseaban era entregar las armas en la plaza de Macerta y, con toda probabilidad, terminar ante un pelotón de fusilamiento en las tapias del cementerio. No era tan sólo cuestión de bravura o de miedo a un enemigo que no estaba dispuesto al perdón. Contaba también el encono —apenas manifiesto en los días de euforia y triunfo que siguieron a los combates de La Glez y El Balsador— hacia el nuevo enemigo que había surgido en casa, aprovechando la ausencia del guerrero y su marcha hacia tierras extrañas. Era el primer resultado imprevisto de la guerra porque la derrota había estado en el ánimo de todos desde la ruptura de las hostilidades. Pero no aquella proliferación del enemigo, aquella constante transformación —y a veces súbita, de la noche al día— del amigo y aliado en el traidor a la causa, infiel usurpador del lecho conyugal; ocupante sin derecho del hogar propio; habían tomado las armas en la creencia de que al cabo de unos meses sabrían y podrían deponerlas, de que la guerra era un estado transitorio —porque la paz era lo permanente— que sería clausurado de la misma inesperada e impersonal manera con que había sido iniciado, concluido en sí mismo y sin que dejara otras secuelas que unas cuantas pérdidas, bajas y cicatrices; pero nunca habían sospechado



que constituía un nuevo estado del que no volverían jamás, la forma adulta, trágica e irreversible que ni siquiera podría añorar la no precoz inocencia de una juventud larvada, formada y mantenida en una templada y temblorosa gasa e incapaz de comprender su naturaleza intermedia y colmada en la complacencia de su no generativa quietud. Pronto habían comprendido que la inocencia no es un carácter de la acción, sino de la inactividad, y que quien actúa, peca, y que quien actúa «*est aux prises avec le mal*». En cuanto emprendieron la lucha —con una llamada a filas y una instrucción y una marcha y una guardia en la trinchera, sin siquiera todavía utilizar el arma— supieron que estaban por primera vez emborronando las páginas que hasta entonces habían conservado y pasado en blanco y que ya nunca en lo sucesivo posarían su mirada sobre un texto no escrito con sus propios caracteres. Pero no era sólo eso; ya tenían el mal dentro y ni siquiera el contagio sería bastante para calmar su ansia por transmitirlo y universalizarlo. La guerra la tenían que llevar hasta casa más aún estando lejos de una casa que con la distancia había adquirido rasgos confusos, no todos amables. Más aún, la guerra la tenían que llevar a casa y dentro de casa y tal vez contra la casa, pasada a las filas del enemigo tras el inevitable rapto, pues no otra cosa quería decir la Guerra Civil, una idea incomprensible y propia de un alienado y que al alojarse en todos y cada uno de ellos les había inoculado la enfermedad y la locura «*aux prises avec le mal*». Ya nunca tendrían paz, ni siquiera consigo mismos, eso era lo que quería decir la Guerra Civil, imprudentemente iniciada contra un histriónico, folletinesco, arremangado y apechugado enemigo del pueblo para derivar pronto en la cruzada hacia el alma propia soberana todavía no exorcizada de la idolatría al yo; un yo incorrupto desdoblado para perder la batalla, el nuevo andrógino con su elemento femenino victorioso y reducido al dorso viril a fin de poder exhibir la puñalada en la espalda.

Tenían que volver a casa para seguir la guerra, poco importaba ya el enemigo que tenían enfrente, tan sólo vencedor en el campo de batalla pero poco más que una caricatura en el largo curso de la historia. Tras veinte meses observándole de frente —aun a través de rendijas y ramas, residuo de una disposición cinegética anterior a la conciencia enferma— podían confiar en él pues no tenía otra intención que vencerlos o matarlos; no había dolo y si un día había traicionado ya era cosa sabida, un gesto que al ser ventilado con las armas no exigía más palabras ni explicación ni juicio. Había iniciado el proceso, eso era todo; demasiado poco para una conciencia enferma que no podía conformarse con una justificación cronológica de patio de colegio o de liviana mujer adúltera. La guerra se había iniciado con la traición que tras engendrar su criatura parecía haberse esfumado, contenta de haber obtenido dos organismos en pugna a partir de uno solo. Pero era tan sólo una apariencia para engañar a la historia y seguir su camino a escondidas, alojada en la conciencia de todo combatiente ya para siempre portador del virus de la traición, de la enfermedad de Ulises o de *Coeur*

*de Lion* o del hermético príncipe de Dinamarca, interesado en ver a su difunto padre en todas las barbacanas del castillo para poder ser infiel a sí mismo, contra lo que predicara. La guerra es la astucia y el disfraz de la traición y a todos engañó a excepción de aquel maduro capitán Asián —que ya la había hecho en la última campaña de África—, demasiado experto y caprichoso como para quedar seducido por sus encantos. Ni la tomó en serio ni la repudió; no la maldijo ni la bendijo, se limitó a tratarla como a un inesperado y pasajero huésped, incómodo en los momentos de solitaria y apacible rutina y aceptable en las horas de fastidio; y como nunca se avino a tener tratos íntimos e intensos con ella pudo calificarla —en una de aquellas veladas de La Mesquida, antes del avance final sobre Macerta y cuando ya estaban pulsadas todas las teclas determinantes de los acontecimientos venideros (pero antes de hacerse presentes, en ese instante plenamente ocupado por la incertidumbre pautada por inasequibles, incommovibles y mecánicos signos, como las señales de una llamada telefónica)— de la manera más certera y aviesa: «La guerra es menor de edad», dijo con el tono de un tío solterón, abrumado por la presencia de numerosos sobrinos. Todos los demás en cambio habían caído víctimas de la epidemia, de ese transconsciente desdoblamiento donde en los momentos más negros el luchador se refugia para no darse por vencido: de nuevo aparece la traición como la causa de la derrota y hasta el yo busca dentro de sí algo a lo que inculpar del fracaso, separado del propio devenir, aislado en su momento de flaqueza y separado del futuro.

Mazón tuvo buen cuidado de no expresar abiertamente sus censuras hacia la conducta de los hombres que habían quedado en Región —y en especial hacia Julián Fernández y Estanis— en el muy limitado círculo de sus íntimos que para determinados propósitos incluía a Arderius, aun cuando con Ruán y el camarada-señor Pou se despachara a su gusto acerca de la doblez del capitán y una y otra vez denunciara ante ellos la índole sospechosa de sus más inanes sugerencias. Tras los combates de Muchavilla y cuando hasta los más recalcitrantes se habían convencido de la futilidad del forcejeo por la posesión de la plaza, de que podían dar por concluida la misión ofensiva que les había conducido hasta sus arrabales y de que había llegado el momento de pensar en el repliegue, la solución de Arderius que propendía a la mayor dispersión de fuerzas posible y a la búsqueda del camino de vuelta por diferentes itinerarios y pequeños grupos que no despertaran la atención del enemigo, fue considerada en principio por Mazón como la más inaceptable, la que había de conducir al mayor número de pérdidas y la que mejor ofrecía al enemigo la posibilidad de concluir la campaña con mayor economía de medios, con unas pocas operaciones de persecución y acoso en tanto fuera (como él suponía que lo sería) advertido de los propósitos de los restos de la CCIII para volver a Región. Con toda probabilidad aquella reacción primera de Mazón no estaba motivada tanto por la

posible conducta del enemigo de Macerta —de quien bien podía sospechar que estaba muy lejos de obedecer a sus temores— cuanto por su interés en llegar a Región con una fuerza unida, decidida a imponer su ley y a cobrarse la reparación por las pérdidas y agravios sufridos en la campaña a consecuencia de la pusilanimidad o la inacción de la CCII. Pero curiosamente sus reservas no llegaron muy lejos y —un dato curioso y poco explicable de su carácter— en ningún momento se permitió hacer uso de su jerarquía para desautorizar o desmontar el plan de Arderíus. Le criticaba a hurtadillas, entre sus más íntimos, pero le dejaba hacer y nunca se encaraba con él en presencia de los comandantes y jefes de las diversas unidades y menos aún en las reuniones preparatorias de aquella sesión del refectorio convocada para tomar la decisión, unánime o no, con la que había de quedar definida la maniobra del repliegue. Es posible que, una vez más, se convenciera en su fuero interno de que las sugerencias de Arderíus eran —mal que le pesaran— las más acertadas para resolver la situación y salir del impasse si se prescindía o se hacía caso omiso de las posibles delaciones al enemigo del plan escalonado. Por otra parte, nadie sería capaz de aventurar de qué medios se podía servir para llevar a cabo tales comunicaciones más allá de las líneas, encerrados como estaban dentro de las tapias del convento, carentes de correos y aparatos y sujetos bien a su pesar a una estrecha vigilancia recíproca a causa de su escasa, por no decir nula, libertad de movimientos. Es probable que Mazón si no había olvidado el delito de alta traición en que incurriera Arderíus desde los días del Comité de Defensa, al menos se había acostumbrado a convivir con él y ya que en su ánimo le había condenado a muerte y tan sólo esperaba el momento más oportuno para ordenar la ejecución de la sentencia, cuando sus servicios no fueran ya necesarios o cuando a causa de un desliz él o el propio inculpado se viera ante una situación insostenible ante los demás mandos de la Brigada —circunstancia que Mazón había esperado que se produjera para librarse de la completa responsabilidad de su fin—, podía permitirse la licencia de confiar parcialmente en él, como quien confía en las habilidades de un estafador profesional para resolver las complicaciones de un asunto enmarañado pero estrictamente legal. Esa confianza puede llegar a ser total, aunque limitada; desprovista de los vínculos de amistad y respeto, que pueden sobreimponer en las personas caracteres no probados de virtud y eficiencia, y a sabiendas de que el sujeto no es digno de crédito para ciertas actividades, para otras que no tienen fronteras con estas últimas puede ser entregada con una seguridad —de carácter técnico, cabe decir— que rara vez ofrece el hombre sin ninguna mancha. Pero aparte de ello está el contagio, el nuevo orden anímico de naturaleza sintética que el bien adquiere con su familiaridad con el mal —y viceversa— o, si así se prefiere, la pasión por un mundo desconocido y velado por el misterio que germina en el espíritu de quien oye hablar de él a un exiliado o un derrelicto que no puede visitarlo. Cabe suponer que el prolongado y estrecho contacto con Arderíus durante

toda la campaña, obligado en buena medida por la vigilancia de sus pasos que con frecuencia había tomado a su cargo, había despertado en Mazón una cierta añoranza por la sociedad y las gentes cultivadas que de manera tan fugaz había tratado en los meses que precedieron y siguieron a su matrimonio y que tan dolorosa y permanente impresión le llegaron a producir que una vez disuelto éste buscó refugio en el tosco y cerrado medio familiar para negarse en lo sucesivo a tener tratos con unas costumbres y maneras que en nada convenían a su carácter. Su instintiva y premeditada aversión hacia Arderús —anterior al descubrimiento de su villanía— procedía en buena medida de la suspicacia con que observaba a las personas procedentes de cierta sociedad educada de la capital, como si todas estuvieran cortadas según el mismo patrón y adolecieran de los mismos vicios y la misma hipocresía que había adivinado entre los miembros de su familia política y sus allegados, y los hechos que siguieron a su incorporación al Comité de Defensa sólo sirvieron para robustecer sus prejuicios y confirmarle las sospechas que alimentaba hacia el individuo que incorporaba casi todos los caracteres que más le mortificaban. Sin embargo, un prejuicio sustentado sobre consideraciones un tanto axiomáticas tiende poco a poco a modificarse con el trato, al igual que las posteriores pinceladas pueden alterar el carácter incoloro de un boceto al carbón, suavizando unos rasgos excesivamente marcados y sobresalientes, y aún sin afectar a las reglas del mismo impuestas por aquél abren la posibilidad de encontrar ciertos resquicios por los que se comunican dos humores afines a hurtadillas de la moralidad, las normas y los sentimientos a que se atienen sus dueños. Un espíritu abierto está permanentemente engañándose a sí mismo y desmintiendo la definición de su Yo suministrada por la propia conciencia moral; y tan consciente es en ocasiones de semejante doblez que no se la confiesa a sí mismo —ni reconoce los hechos que la confirman, o si lo hace les resta importancia— para rehuir una segunda y menos restringida definición de ese Yo que permita aceptar las enmiendas sin contravenir las cláusulas primeras. Pues por un lado el Yo está tan necesitado de esa definición que repugna sus posibles mutaciones al conjuro de sus cambios afectivos y sentimentales, dando por supuesto que todo individuo admite una pluralidad de manifestaciones contradictorias sin alterar su inmutable y biológica entidad, y por otro y en virtud de ese principio puede en cada momento pasar por alto las determinaciones de su modalidad y contravenir sus reglas cuando le venga en gana y sin dejar de hacer patente su respeto a las mismas. El yo cree que con tales subterfugios puede caminar con un alto grado de libertad práctica y positiva —en tanto su entidad racional está inexorablemente determinada— y escribir la historia al dictado de su propio gusto, engañando a todos menos al destino. Porque ése es precisamente el campo de cultivo del destino, el fraude que castigará no con la aplicación de la ley sino con un fraude mayor, como corresponde a jugadores sin escrúpulos. «No hemos luchado contra nadie», le había replicado con razón, para

añadir: «Pero no sabíamos que había otro enemigo. Un enemigo para siempre». Lo había comprendido al contemplar una noche oscura y despejada —fue una sucesión de días cubiertos y noches despejadas, una indescifrable alegoría de formas nacaradas o de apresurados preparativos para una próxima fiesta, decorados inconclusos y fragmentarios e inconexos recitativos— por el ventanuco de aquel aposento bajo el trascoro, mientras en aquel rústico órgano interpretó, tras unas primeras improvisaciones, unas piezas de su predilección. Si la suerte estaba echada desde mucho atrás ¿qué podía añadir el arrepentimiento?, ¿y qué el encono? Nada se debía al azar; todo había obedecido a ciertas órdenes no escuchadas en su momento y que sólo resultan comprensibles tras sus consecuencias. Lo había reconocido antes pero sólo en aquel momento, con la pálida orla de la silueta de la sierra como un espejo oscuro empañado por el aliento de la montaña, supo anticipar la conclusión final, la imagen refleja, simétrica e inversa del primer gesto de voluntad, el signo de cierre del paréntesis elevado en el firmamento con la imperturbable y muda y délfica insolencia con que el prodigio celestial ratifica la sangrienta noticia mundana. El destino no deja huellas ni pruebas, de nada se le puede acusar, no es responsable; tan sólo se opone a la voluntad en cuanto ésta pretende cualquier desviación respecto a la determinación primera, como un acérrimo defensor de una legitimidad cronológica que no acepta sin lucha las intrusiones del cambio en el curso dado de antemano; que en todo momento sospecha y denuncia el ilegítimo deseo de la voluntad de adueñarse del terreno de la libertad, como si se tratara de una finca sin poseedor; que le suministra los recursos para esa adquisición, le oculta sus últimos fines, se muestra generoso con sus dádivas, celebra sus ganancias y se permite aplaudir sus éxitos para que ella misma se convenza de la magnitud de ese poder recientemente adquirido que puede propiciar el cambio de su condición. Pues se trata siempre de eso, del paso a una nueva condición a la que el destino, en secreto y con todas sus fuerzas, se opone. Tal vez su único acto de perfidia, en esa secreta lucha entre lo manifiesto y lo secreto y vedado, consista en hacer olvidar a la voluntad los términos de la determinación primera para que el paso a la condición tercera no se haga desde la necesidad y la inocencia sino desde la voluntad de poder. Borra de su memoria la primera condición, le engaña sobre la fuerza adquirida en la segunda y le hunde en su intento de alcanzar la tercera. De la misma manera que un párrafo o un extenso texto, por muchas que sean las enmiendas, supresiones y añadidos, está determinado de una vez para siempre por su primera redacción y opone su denodada reluctancia —cuando las sibilinas e individuales palabras se unen por clandestinos vínculos sintácticos para formar una agresiva y coherente legión, al igual que un pueblo arisco y tribal se pone en pie y amalgama en una cerrada defensa ante el invasor— a una corrección de fondo que altere el primer diseño y pretenda concluir en un dictado en todo diferente al inicial. El destino insiste en el respeto al diseño original, los primeros caracteres y rasgos, la

obediencia a la trayectoria insinuada por los primeros pasos de la criatura incipiente, cuya madurez en esencia debe consistir en la confirmación de las esperanzas que ha despertado. Y si algo rompe o desvía esa trayectoria el destino no se ocupará de corregirla, antes bien dejará que se movilicen las fuerzas individuales y sociales empeñadas en tal flexión y procurará forzar el giro hasta que su súbdito, y a poder ser mediante el desastre, vuelva al punto que le tenía reservado. Pues de no actuar así no puede presumir de haber ejercido influencia alguna sobre él.

Hasta entonces había gozado Mazón de numerosas ocasiones para comprobar el buen sentido que informaba las propuestas e iniciativas de Arderius, a lo largo de toda la campaña. Había tenido que reconocer, con frecuencia de manera explícita y hablando en términos confidenciales con sus más íntimos, que en muchas ocasiones en que se habían seguido sus directrices se habían alcanzado los resultados apetecidos y que en otras en que había sido desoído se habían encontrado con amargas consecuencias, algunas previstas por él. Y a mayor abundamiento, a fuer de ser justo con él tendría que reconocer no sólo la dificultad del trabajo de un hombre que para trazar sus planes se movía en un mar de incógnitas y contra un oleaje de gratuitas suposiciones sino la responsabilidad en que incurría —y que asumía de frente— cada vez que proponía una operación —como la famosa retirada hacia adelante de La Glez y el combate sin la espalda cubierta de El Balsador— que podía decidir la suerte de la campaña y cobrarse el tributo de muchas vidas. En los comienzos de la campaña, cuando —se puede decir— mayor era la desconfianza de Mazón hacia el traidor, no había tenido inconveniente en seguir sus dictámenes para pequeñas maniobras locales, de escaso relieve y ninguna trascendencia, con el oculto propósito de descubrir sus arteras intenciones aún al precio de un pequeño sacrificio. Pero a partir de la maniobra sobre Ferradal y los combates de La Glez y la caldera de El Balsador todo cambió porque entre los mandos y la tropa de la Brigada —siempre predispuestos a entregar su confianza al hombre que sepa resolver la situación y al que progresivamente irán adornando con caracteres providenciales— pronto se extendió la creencia nada inexacta, de que toda la operación había salido de la cabeza de Arderius, confirmada posteriormente por la ausencia de contradicción y más todavía por la escasa reclamación que para sí hizo del triunfo aquel hombre poco dado al halago y menos a la exteriorización de sus virtudes y de sus éxitos. Pero para Mazón, lejos de constituir no sólo una prueba de eficacia sino también de lealtad, que bien le podía llevar a revisar la sentencia que sobre él había dictado a raíz de la detección de las filtraciones de las actas del Comité de Defensa hacia el campo enemigo, tal conducta le empujaba a incrementar su culpabilidad con nuevos cargos, como si descontento del crimen cometido aún aspirara a hacer otro mayor y a poder ser definitivo. Bien es verdad que Mazón en aquellas latitudes y circunstancias carecía de los medios para revisar tal sentencia basada, como hacen los juristas, en

esos hechos probados que una vez que han adquirido esa categoría no son reconsiderados con el paso de una instancia a otra superior que a lo más investiga la adecuación de aquélla a éstos pero nunca la naturaleza de unas pruebas poco menos que irrefutables una vez que el primer magistrado las da por inconcusas. Ni siquiera Mazón podía concebir que Arderius —al que consideraba lo bastante sagaz como para haber maliciado las sospechas que despertaba, si es que no estaba convencido de haber sido descubierto, puesto en cuarentena y sometido a una estrecha vigilancia, para ser ejecutado en cualquier momento propicio— hubiera optado por el arrepentimiento y la redención de su pena mediante la afanosa y superlativa dedicación a sus deberes que borrara su pasada felonía de la más insobornable memoria y compensara los daños causados por aquélla con unos servicios del más alto valor. En Mazón no había espacio para tal arrepentimiento. Trataba a las personas como materias primas de las que no esperaba obtener otra cosa que lo que su naturaleza ofrecía —como del azúcar la dulzura o del carbón el calor— y en ningún momento se hallaba dispuesto a rectificar un juicio —que para él tenía la firmeza de una prueba de laboratorio, de un análisis llevado con el rigor necesario como para considerar superfluo cualquier otro ulterior— por más que la persona en cuestión le ofreciera pruebas más que suficientes de la insuficiencia de sus criterios, muchos de los cuales adolecían de prematuros —y él así lo reconocía— hasta la obtención de aquel definitivo que una vez en su poder tenía todo el valor de un documento oficial, con firma y sello de la autoridad competente. Para una mente gobernada por cierto despotismo de la razón, determinadas manifestaciones que tanto pueden afectar a un espíritu liberal han de ser sofocadas con un gesto autoritario —de más alcance que aquel que fue desvalorizado o ridiculizado por los hechos— que restablezca la ley y el orden y ponga término a la insensata búsqueda de una nueva legitimidad o una distinta jerarquía en el imperio de las ideas. Mazón no volvía atrás; un día se había demostrado de manera irrefutable que Arderius era un traidor que colaboraba con el enemigo y ninguno de sus servicios a la causa republicana podría indultar aquel delito que tendría que pagar con la única pena establecida para el caso en el código de la guerra, el día que él considerara oportuno ejecutar la sentencia poco menos que unánimemente dictada por todos los miembros activos del Comité y conedores del hecho. Si en un principio había demorado la ejecución de la sentencia fue para aprovechar los servicios y la información que indirectamente podía suministrarle el traidor en tanto permaneciera en la ignorancia de que su doblez había sido descubierta y siguiera manteniendo contactos con el enemigo. Pero aquella fuente apenas proporcionó caudal alguno bien porque tras la famosa reunión del 15 de febrero se tomaran las precauciones pertinentes y se limitaran las convocatorias del Comité al despacho de cuestiones administrativas y civiles sin el menor interés para el espionaje, bien porque un mínimo de prudencia hubiera aconsejado a Arderius

a cancelar sus contactos —tras obtener y remitir por vía aérea sus más valiosas informaciones— al menor atisbo o sospecha de que su negocio era conocido por sus superiores; y sin embargo se demoró indefinidamente la ejecución de aquella sentencia que Mazón se reservó para sí mismo y mediante cuya retención se convirtió en señor de los destinos de Arderíus; había sido lo bastante cauto como para confiar su descubrimiento sólo a las dos personas más allegadas a él —y que además estaban bajo su mando directo— y por consiguiente solamente de él podía emanar la orden de ejecución. Estrechamente vigilado y mantenido en cierta franquía respecto a las disposiciones ejecutivas en el seno de la brigada, lo había de utilizar en la redacción de aquellos planes de campaña para los que había demostrado una espontánea y singular disposición —en cierto modo explicable en un hombre adiestrado en buscar las más sutiles combinaciones con un número discreto de fichas, notas o unidades—, con la cruel severidad y displicencia del señor que obliga al esclavo a ejecutar sus gracias bajo la tácita promesa de una manumisión. Pero había más; para Mazón no se trataba tan sólo del aprovechamiento de una inteligencia singular, espoleada por la conmutación de la pena de muerte; eso era tan sólo la justificación ante los otros — que tampoco le exigieron nunca el cumplimiento de la sentencia— y que ante sí mismo tenía tan sólo un valor secundario. En realidad, lo necesitaba vivo y a su lado, lo más cerca posible y todos los días. No podía evitar que le embargara la inquietud de su ausencia en cuanto se distanciaba y desaparecía por unos días y no sólo por temor a que, aprovechando un descuido, lograra contratar los servicios de uno de tantos pastores y guías para cruzar las líneas y pasarse al bando enemigo, una operación poco menos que de rutina en el primer año de guerra, al alcance de personas con menos recursos y astucia que el capitán; era a causa de un sentimiento más extenso y más personal también, más oscuro e independiente de los móviles políticos y de la conducta de la guerra.

Tras el descubrimiento de su traición Arderíus se había convertido a los ojos de Mazón en el enemigo real, tan diferente de aquel un tanto nominal al que conocía por la letra impresa, por las fotografías, semblanzas y caricaturas o por las voces de la radio. En Arderíus había resucitado el enemigo del patio de colegio, de la noche de baile bajo un emparrado, del otro lado de la mesa de un despacho, galvanizado con toda la inquina que la propia sangre aporta para el fortalecimiento del adversario, hipostasiado a una figura nacional. Ni siquiera el enemigo entrevistado al otro lado de las líneas, y dispuesto al combate, podía medirse con él; con éste tal vez la divisoria había sido trazada por el azar o por un conjunto de circunstancias tan mezquinas que bien podrían olvidarse en el curso de la guerra para restablecer en la inevitable paz que un día habría de llegar en una convivencia sin consecuencias, sustentada en la recíproca altivez que con la guerra ha aprendido a no salir de casa. Pero no con Arderíus; con él no habría paz ni tregua ni derrota ni victoria. No habría ni siquiera



muerte. No podía matarle a fin de que la guerra tuviera un sentido, aquel sentido que sin poder ser convertido en frases ni expresado ni publicado digiere todos los principios, slogans y razones para mover al hombre a la guerra, al igual que ese orden de bacterias alojadas en el aparato digestivo del insecto —y que nunca verán la luz— hacen posible su nutrición mediante la transformación química de una celulosa inasimilable. Lo tenía, pues, que conservar a su lado y tan íntima era su convicción de que sólo junto a Arderíus podría conducir la campaña con mano firme, sin temor al fracaso, al desfallecimiento o al retroceso, que en ocasiones y sin necesidad de ello había despachado a Arderíus en ciertas comisiones lejos del Cuartel General de la brigada a fin de probarse a sí mismo durante su ausencia, a fin también de proporcionarle una oportunidad para la evasión, con la que concluiría aquella tortuosa historia sin recurrir a una ejecución que supondría —para su inquieta sentimentalidad— tanto un fracaso personal como una aceptación previa de la derrota, y todo ello para comprobar en su propia carne las consecuencias de su ausencia y tratar de convencerse de que estaba lejos de vivir una obsesión y contaba con unos recursos que se demostrarían más que suficientes para remediar su desaparición y reconstituir la historia de su espíritu, en la que el paso de Arderíus no sería más que una amarga anécdota. De esa suerte el hombre fatalista que sin haberse esforzado demasiado en ello se encuentra en un momento recompensado y atado por una circunstancia muy favorable de su vida, trata de representarse ésta en el caso de que esa condición fallara y tuviera que reanudar su carrera no tanto desde una penosa situación anterior cuanto desde la pérdida de su mejor sostén; y paradójicamente desde esa sombría anticipación es capaz de sentir una cierta euforia del instante, resultado de la acumulación de los intereses de una vida entregada al ahorro de los recursos a la que se vienen a añadir el premio de un presente involuntariamente más desahogado, aún no desaparecido. Pero aquellas estratagemas no eran de gran utilidad para Mazón porque en el fondo estaba convencido de que Arderíus jamás abandonaría sus filas y llevaría el juego hasta el final que no podría ser otro que la ejecución de la sentencia por sus propias manos, en una guerra ya concluida o carente de sentido, tan carente de sentido como para cancelarla con aquel privado holocausto. Pero además cada día sentía la necesidad de reafirmarse (cuando en apariencia era el hombre menos vacilante) y de obtener nuevas pruebas en su secreto laboratorio; las pruebas de la traición de Arderíus habían sido en su día consideradas tan inconcusas e irrefutables como para no ser necesaria ninguna confirmación de su doblez y nadie, entre los informados del caso —ni siquiera Ruán, que desde el primer día de trato le había distinguido con un apego rayano en la admiración, un tanto ofuscado por su juventud cosmopolita—, había tomado sobre sí la defensa del capitán, condenado de antemano por una silenciosa unanimidad. Pero para Mazón, descubridor del secreto, responsable directo de su conducta desde aquel momento y suspenso brazo ejecutor

de la sentencia, el caso seguía abierto pero no para su revisión, rectificación de la sentencia y posible indulto sino para su confirmación con una nueva prueba aún más acusatoria que la primera. De la misma manera, el hombre que ha sido sorprendido por un acontecimiento inesperado, como el descubrimiento de la primera cana o el paso de un meteorito que cruza buena parte de la bóveda nocturna —esa visión que siempre remite al alma cosmogónica y toca la fibra del sentido del destino—, no puede quedarse conforme con la primera y única prueba y permanece absorto con toda su atención puesta en aquella parte del firmamento en espera de la repetición que si no se produce le obliga a retirarse —con molestias en el cuello— embargado por una combinación de asombro, fascinación y fastidio porque ha sido regalado con un prodigio de los cielos pero no han sido atendidos sus deseos; y al día siguiente volverá a remover la misma zona de su cabellera o a tomar asiento en la misma silla del jardín, en busca de la codiciada prueba cuya expectativa introduce al alma en un estado completamente diferente de aquel que despertó la visión precedente; y tan distinto también —porque se trata de una atención diferente, sostenida por lo que no aparece y donde lo existente no es sólo el fondo donde ha de surgir aquello sino su oposición y contraste, como los cabellos negros o las estrellas quietas— a la abismada y paciente contemplación de la repetición, como la que empujaba al rey Canuto a consumir las horas sentado en la playa. En esas condiciones —y sin confiarlo a nadie—, y con las mayores aprensiones Mazón había encomendado a Arderius algunas funciones alejadas de su competencia, tan sólo con la finalidad de ponerle a prueba y adquirir aquella segunda evidencia de la que estaba tan ávido. Había llegado incluso —a espaldas de Ruán y de Lavaiz— a compartir con él alguna secreta intención que había ocultado a los demás y hasta es posible que, culminando la serie de desatinos en que incurrió durante el asedio, le hubiera informado con anterioridad de la orden de división de la brigada en dos grupos equivalentes, que tanta importancia había de tener para el destino de unos y de otros, para alcanzar Región por vías diferentes, que sorprendió a todos y a todos endosó como si se tratara del fruto de una noche de insomnio y profundas meditaciones, avalada por la conveniencia o, mejor, la necesidad de distraer la atención del enemigo con la retirada por un punto del perímetro para buscar por otro la vía de escape. Era una falacia que no podía resistir un análisis de detalle de la situación del perímetro pero que nadie se atrevería a discutir en aquella hora avanzada de la batalla, cuando ya ni siquiera contaba la defensa sino el despegue y la vuelta. A punto estuvo de argüir Ruán ¿Vas a buscar la división del enemigo con la nuestra?, ¿es que acaso somos más fuertes que ellos?, pero se calló porque una cuestión idéntica se había planteado en la preparación de la ofensiva y en la mente de todos seguía vivo el recuerdo tanto de la agria respuesta de Mazón cuanto de la diferente suerte que en el curso de la misma habían sufrido los dos brazos que habían de llevarla a cabo. Aquel plan elaborado en

una noche de insomnio era un calco —a una escala mucho menor, como correspondía a la menor magnitud de las fuerzas involucradas— de aquel otro que resumía el esquema dinámico de la ofensiva en dos ataques distantes y simultáneos, en una larga aproximación indirecta por el sur y un empuje frontal por levante. Ahora se trataba de lo mismo pero retrocediendo: una larga retirada combatiendo por el valle del Torce, bajo el acoso de un enemigo no satisfecho con haber levantado el asedio y deseoso de perseguirles, rodearles y cortarles toda vía de escape, con la ayuda de la columna que lentamente progresaba por la carretera de Saldaña, y una áspera huida por la Sierra para cruzarla en pequeños grupos por los pasos entre Socéanos y Los Roques. Pero cualquiera que fuera la decisión final y la división de las fuerzas en dos columnas diferentes, Mazón sabía que guardaría a Arderíus a su lado hasta alcanzar Región o ser alcanzados por el fuego enemigo.

Cuando adquirió la certeza de que la guarnición enemiga encerrada y encastillada en el barrio alto no izaría la bandera blanca (y sin duda a aquel inflexible capitán Lancáster, en aquellas fechas promovido muy probablemente a un empleo superior, le bastaría el ejemplo del coronel Rey d’Harcourt para saber resistir, informado ya de la marcha de la columna de Saldaña), Mazón no acertó a hacer otra cosa que disimular la apatía en que había caído su espíritu de lucha. Convencido de que nunca podría conseguir su objetivo final y que carecía de fuerzas y de artillería para asaltar aquel reducto inexpugnable, tal vez su mirada bélica se apartó de aquel enemigo para volverla hacia aquellos otros que habían surgido cerca de sí, en obediencia a esa desordenada y voraz floración de desavenencias, intrigas, rencillas, enemistad, rivalidad y despropósitos que brota en todo estado de guerra. Aquella lista la encabezaba sin duda Arderíus, mediante hechos probados, pero la completaban muchos nombres más (desde los jefes y oficiales de la CCII que no se habían movido un metro en sus posiciones de Socéanos, hasta las autoridades civiles y militares que habían permanecido en Región) a los cuales pensaba enfrentarse con unas intenciones tan inconfesables como los sentimientos que abrigaba hacia ellos. En secreto, aquel estado de ánimo tenía trazado —aunque con las tintas más borrosas y las líneas más confusas— todo un plan de retirada que consistía en la preservación bajo su mando, y a costa del sacrificio que fuera, de un grupo de compacta fidelidad y lo suficientemente fuerte como para presentarse en Región a exigir cuentas a los responsables del desastre. Por supuesto, ni él ni ninguno de sus hombres serían incluidos en tal calificación y no estaban dispuestos a aceptar el menor cargo ni por la manera con que habían conducido la campaña ni por las resoluciones que hubieran de tomar tras la pérdida de la iniciativa y la suspensión de la ofensiva, amparados por la cadena de éxitos que habían cosechado desde la captura de Entreforte hasta el asedio de Macerta, habiendo obtenido mucho más de lo que habían anticipado las previsiones más optimistas y sin duda acreedores de un triunfo total a poco que

hubieran contado con la colaboración de las fuerzas desplegadas en Socéanos. Es posible<sup>[58]</sup> que en secreto se regocijara Mazón de tal desenlace; que habiendo concebido desde el principio muy escasas esperanzas acerca del resultado final de la ofensiva, considerara una prerrogativa suya la posibilidad de imputar a sus colegas la culpa del fracaso; que le agradara la situación en que había quedado, victorioso en su terreno, aislado de sus bases, desasistido por su retaguardia, olvidado por su República, igual que Aníbal en Italia; que pudiera hablar de traición en voz alta, después de tanto tiempo en que había tenido que comerse la palabra; que no contara sino con los verdaderamente suyos para volver a Región y, por último (con el apetito más insaciable), es posible que considerara que la posición en que había quedado le otorgaba la facultad de llevar la guerra hasta su más trascendente conclusión, sin tener que pasar por una humillante y barata claudicación. Había olvidado las anteriores controversias y las alternativas que el curso de los acontecimientos le había ofrecido para acomodar la marcha de la brigada con los resultados obtenidos; había olvidado también las sugerencias de Alday y Ruán (que buen número de sus mandos y subalternos habían señalado) en los días de estancia en La Mesquida en el sentido de desviar la ofensiva de su objetivo final, Macerta, para dirigirla directamente hacia Socéanos, remontando el puerto. (En aquellas fechas ya estaba palmariamente demostrado que la CCII se limitaría a sostener su posición, sin llevar a cabo ninguna acción ofensiva de importancia, y comoquiera que la CCIII no había sufrido todavía un serio desgaste (que poco después soportaría en el estéril asedio de Macerta), un ataque directo a las defensas del puerto, coordinado con una acción semejante por parte de la CCII, podría alcanzar los objetivos previstos sin tener que pasar por Macerta y gracias al avance conseguido por aquella primera desde su despliegue en Santa Quiteria hasta su llegada a La Mesquida). Pero Mazón se opuso a tal proyecto, alegando la dificultad de llevar a cabo la operación bajo la amenaza constante de una *sortie* de la guarnición de la villa, más que probable en cuanto al contumaz Lancáster le llegaran noticias de los movimientos de Mazón. Si bien era indudable que existía tal amenaza —que se había de sumar a la procedente de la carretera de Saldaña—, en todas aquellas deliberaciones Mazón no hacía sino acumular dificultades para todo plan que se apartara del previamente trazado, en tanto presentaba la conquista de Macerta poco menos que como una operación de limpieza, de unos pocos días de duración; Macerta le atraía de tal manera que apenas ocupaba sus facultades en el análisis de cualquier plan alternativo, por atrayente que fuera; se limitaba a desdeñarlo y era incapaz de advertir las ventajas que se derivaban de él; cabe pensar que sufría una verdadera avidez por entrar en su Casa Consistorial y dictar sus primeras órdenes del día, una vez cesado el fuego, con lo que concluiría su vida trashumante asentado en una capital que en lo sucesivo le pertenecería de pleno derecho y a la que dedicaría unos desvelos y cuidados —con una población proletaria

exultante, con un cuantioso botín— que no merecía la alevosa, mezquina y pacata Región, a la que —es de sospechar— trataría de dictar su ley desde la ciudad rival. Pero aún había más; en aquella ocasión, en La Mesquida, la sugerencia de Alday (que la mayoría consideró la solución más brillante y económica del conflicto) no fue apoyada por Arderíus que, sin poner de manifiesto su opinión, se limitó a desoírla con un expresivo y torcido gesto y un más elocuente silencio, en claro contraste con la locuacidad y la precisión de ideas de que había hecho gala en otras ocasiones anteriores y semejantes. Quizá no sabía tolerar que una persona por cuyas dotes intelectuales no tenía el menor aprecio ingeniasse una salida que no se le había ocurrido a él —que en definitiva era el encargado de trazar las líneas directrices de los planes de campaña— o quizá aquella desviación respecto al plan original convenía muy poco a sus secretas intenciones, que bien podían consistir en estrellar la fuerza de la brigada contra la fortaleza de Macerta, tanto para cumplir su propósito destructor cuanto para, en la confusión de los combates casa por casa y cuerpo a cuerpo, buscar la ocasión de una huida que no le sería tan fácil en una ordenada retirada por el monte, inseparablemente acompañado de sus celosos y desconfiados compañeros y vigilantes. Tantos esfuerzos había hecho Mazón, en aquellas ocasiones anteriores, para asimilar e imponer las ideas de Arderíus —en las que de entrada todos los que estaban al corriente de su doble personalidad, veían gato encerrado— que con el mayor alivio recibió su silencio, abrumado de antemano por la posibilidad de que Arderíus apoyase la moción de Alday, le moviese por ende a alterar sus ideas y le obligase a imponer aquella variante a los mandos de la brigada, muchos de los cuales compartían con él el deseo de atacar Macerta y entrar en la ciudadela a sangre y fuego.

Las categorías verbales y lógicas pierden sus contornos y se tornan espurias cuando se aplican a los sentimientos. En ese terreno no existe la certidumbre ni el error, la identidad o la negación mudan, la extensión no tiene límites precisos y el número no cuenta. No existe una certidumbre amorosa que numerosas veces al día se ve sometida a minúsculas pruebas de las que con frecuencia sale airoso no tanto por la fuerza del sentimiento cuanto por la convicción de que cualquier muestra de debilidad del mismo puede resultar desastrosa. Y si los sentimientos primarios obedecen a una climatología desigual y difícilmente pronosticable —dominada por fuerzas que estando más allá de la observación no son reductibles a leyes y se las conoce tan sólo por sus costumbres—, qué duda cabe que los compuestos —y los inconscientes— adolecen de la misma indeterminación en virtud de la cual el individuo es capaz de pregonar un amor a la libertad —que no es exclusivo de su especie— de la que no se sentiría tan ávido si fuera firme su apego a determinadas sujeciones. Pero el alma no se apacigua porque la razón le asegure que determinados vínculos son electivos —aceptados desde su propia libertad— y sobre ella planeará

siempre la sospecha de una decisión que tuvo algo de acierto y algo de error. Cuando la decisión se revoca los términos se invierten, el error se convierte en acierto y viceversa, pero subsiste la combinación con una alteración de la proporción, a lo sumo. Por consiguiente el individuo está constantemente practicando un doble juego consigo mismo —que no aflora al orden verbal, dominado por una razón que sólo admite sus reglas y le exige no ser contradictorio— del que sólo exhibe una parte aunque en secreto guarda el cúmulo de jugadas desechadas que le servirán para restablecer la unidad binaria de su conciencia cuando así lo requiera una legislatura agotada, de manera parecida al sistema de rotación mediante el que dos partidos se turnan en el gobierno de una nación. Muy atrás había quedado un conflicto (o mejor, un montón de conflictos) que la guerra —cualquiera que fuera su desenlace— ya no resolvería por el momento. Ni siquiera se ocupaba de ellos; la guerra había creado sus propios conflictos, mucho más urgentes que aquellos que la suscitaron y quedaron suspendidos en un tiempo en el limbo comprendido entre dos sentencias, una condenatoria y otra absolutoria que tardaría en producirse, y sólo concluiría cuando uno de los beligerantes considerara llegado el momento de zanjarlos para dedicarse a continuación al uso y abuso de la victoria y a la administración de la venganza. Pero el vencido no tendría participación en esos negocios —sino como víctima— ni en ningunos otros (salvo la hambrienta degustación de la derrota) y comoquiera que la República no se ocupó de conceder a su soldado aquel reconocimiento civil que le librara de toda responsabilidad, al menos jurídicamente, por su participación en la guerra al término de la cual no tendría otra condición que la de forajido y sólo tras el castigo podría volverse a considerar ciudadano, a la postre se encontró indisolublemente unido a la causa de la guerra que para él no finalizaría nunca, aun careciendo de medios y oportunidades para prolongarla si no con el mismo fervor al menos con la contumacia del discípulo que en los más sórdidos rincones de la sociedad pretende mantener viva la doctrina del maestro malogrado. La doctrina era la guerra y poco más que la guerra; la guerra congelada, preservada y clandestina y cada día más íntima y próxima pues había de extenderse hasta el antiguo compañero de armas y hasta el vecino. Un estado de guerra que por no haber sido reconocido por las magistraturas prevalecería en el espíritu de muchos sobre las ofertas de aquella avara, mortificante y vocinglera paz que era el patrimonio de los otros.

# LIBRO DECIMOSEXTO

*En Macerta.*  
(Fragmentos)

... una cara destemplada. (La reunión) había concluido a una hora muy avanzada, a disgusto de la mayoría, con una resolución provisional que había de ser refrendada dos días después, a la vista del informe (ilegible). No recuerdo que se levantara un acta de la misma; algunos tomaron notas y dos días después, sin que tuviera lugar aquel acto de confirmación para el que ni siquiera hubo convocatoria, la sala seguía en el mismo estado en que la dejaron los asistentes, con numerosos papeles sobre la mesa y algunos en el suelo que me permití recoger y guardar por cuenta mía. Nadie reclamó nunca nada y la resolución —sin necesidad de ser (confirmada)— se llevó a efecto con la misma desgana y la misma falta de unanimidad con que fue adoptada.

\* \* \*

Se aprovecharon aquellos días de relativa calma a lo largo del perímetro. Tan sólo se cruzaron algunos disparos de advertencia entre los puestos avanzados y en nuestras filas sólo se produjo una baja, un soldado apostado en el extremo de la tapia del convento que recibió un disparo en la boca que le destrozó el maxilar. Los restos del Alerta Carrilanos, el Asturias Libre y la Agrupación Cuéllar (?) fueron al abrigo de la noche agrupándose en aquel punto para en las primeras horas del día siguiente intentar el despegue a lo largo del terraplén del ferrocarril para derivar luego hacia el cauce del Gaudalán, del otro lado de la sierra, fuera de la visión y del fuego enemigo. Estaba previsto que iniciarán la marcha en pequeños grupos —de dos compañías a lo sumo— para reagruparse en Herrera del Agua y de allí tomar el camino de Hacia Tuer. A partir de ese punto, debían romper toda comunicación con la base y evitando todo contacto con patrullas enemigas, abrirse camino con sus propios medios faldeando la ladera oriental del Sarrión para volver a cruzar el río a la altura de Lodaes —en tres días de marcha— donde debían encontrarse con los elementos de la Agrupación Mazón que hubieran alcanzado ese punto por el camino directo, remontando el río, bajo el probable acoso de la guarnición de Macerta, puesta en marcha una vez levantado su asedio.

\* \* \*

No tenía nada que ver, le dijo, una cosa no tenía relación con la otra. En un ancho vestíbulo comunicado con el zaguán, las monjas tenían dispuesta una sala de visitas que habían amueblado con las sillas y mesas que les parecieran más mundanas, de entre el más que centenario mobiliario del convento, y decorado con las inevitables estampas sagradas y algún óleo tenebrista dilapidado por el humo y la humedad. Utilizaban la sala para atender las visitas familiares a las madres, con una estudiada disposición en grupos de tres asientos lo bastante separados para que las



conversaciones no llegaran de uno a otro, y exponer sus labores de encaje a la clientela de prometidas y amas de casa de toda la provincia que a precios de limosna solían hacerse con un ajuar holandés. En el centro del muro ciego más largo de la estancia, y debajo de uno de aquellos óleos en el que a duras penas se distinguían las barbas y la rodilla de un ermitaño —y la hoja de una higuera bajo la que meditaba y se mortificaba—, habían colocado en función exclusivamente ornamental una pequeña espineta de madera clara de castaño, con la caja decorada con guirnaldas y cadenas de flores pintadas a mano, en buena medida descoloridas y borradas. El instrumento, le vino a decir Arderíus a quien quiso oírle, era una joya (probablemente de finales del XVII o principios del XVIII cuyo fabricante valenciano había grabado al fuego su firma, con caracteres ilegibles, en el reverso de la tapa) que cualquier museo municipal se honraría de tener en una de sus salas si hubiera un solo museo municipal en el mundo dispuesto a sentirse honrado.

El convento de las Clarisas —con su pequeño arrabal— fue el único punto del casco de Macerta que los republicanos lograron ocupar y retener durante todo el asedio. Su gran superficie —que permitía acoger entre sus muros a toda la guarnición— y su enrevesada planta, constituida con numerosas edificaciones y patios interiores, además de una extensa huerta confinada entre la margen izquierda del río y el camino de Herencia, indujeron al mando a abandonarlo por falta de medios para sostener su defensa. O la ciudad o el convento; ante tal alternativa los defensores optaron por recluirse en el casco antiguo (alrededor de la iglesia de San Martín y las ruinas del castillo) elevado como una ciudadela, que con un trazado laberíntico y unas callejas curvas y empinadas presentaba toda clase de ventajas para la desfilada y toda clase de obstáculos para el tiro directo y el avance en descubierta. La comunidad fue evacuada y los republicanos ocuparon el convento el 25 de abril, para coronar un empeño que se agotaría entre sus tapias; empero en un sótano encontraron a tres hermanas perdidas y abandonadas en la confusión de las últimas carreras, que enlazadas por un interminable rosario y arrodilladas ante una estampa de la crucifixión, habían confiado a sus dientes la pronunciación de las plegarias con que debían aceptar el martirio. A cambio de la vida las tres hermanas se ofrecieron a cuidar los heridos que, inmediatamente tras la ocupación, fueron trasladados a la iglesia del convento convertido en hospital de sangre tras ser retirados los bancos y ocupada toda la nave con la mayoría de los catres de la comunidad. Cuando dos o tres días después se comprobó que, gracias a los cuidados y desvelos de las tres hermanas, las bajas y los heridos leves presentaban síntomas de extrema gravedad, que los más ligeros rasguños se convertían en incurables pústulas, en la plaza del Arrabal se izó y agitó una bandera blanca y con ayuda de un megáfono se hizo llegar a la guarnición de Macerta una petición de tregua —de dos horas de duración—, que fue casi de inmediato aceptada, para devolver a las religiosas a las filas de sus correligionarios,

junto a los suyos, a su vecina y casi inalcanzable patria, en una palabra. Aquella breve tregua —que se prolongó más de lo previsto a causa de las demoras de las monjas, empeñadas en recoger los vasos sagrados y otros objetos de culto, sus más imprescindibles efectos personales y algunos otros dejados atrás por sus hermanas en su desordenada fuga— tuvo cierta incidencia en los acontecimientos ulteriores pues las horas de calma, silencio y cierto esparcimiento que proporcionó a los combatientes no sirvieron ciertamente para reavivar el espíritu de la lucha que se reanudó tras un disparo al aire lanzado desde la torre de la iglesia y contestado por otro, tras unos segundos incapaces de incluir toda la concentración de desgana que movió aquel gatillo, desde una ventana del convento.

Aprovechando la tregua, Arderius se refugió en la sala de visitas para ensayar la espineta que había afinado y sumariamente reparado en días anteriores. Los más la consumieron durmiendo, lejos del fusil y la granada; otros en busca de una gallina, un cesto de patatas o unas lechugas; se puede suponer que se llevaron a cabo los consabidos trueques —vino por pan, tabaco por papel de fumar, un cinturón por un pasamontañas—, algunos tan inverosímiles como el cambio de una docena de cirios, que abundaban en el convento, por un par de gatos que aún merodeaban en torno al ábside de San Martín; se dice incluso que en la plaza de las eras se celebró un partido de pelota que o quedó aplazado o suscitó una petición de revancha para cuando la auténtica rivalidad deportiva pudiera enseñorearse de la competición, tergiversada por causas ajenas a los jugadores. En un silencio irreal, envuelto en la luz candescente de un irreflexivo y dominguero crepúsculo que había cancelado el plazo para la presentación de cualquier ilusoria oferta, ascendieron las tres monjas por la calle del Río escoltadas por un soldado del Alerta Carrilanos con el fusil al hombro y seguidas de otro que empujaba la carretilla en la que habían amontonado sus efectos. En un recodo de la calle, hacia su punto medio, una de las monjas se arrodilló, se persignó, extendió los brazos en cruz y comenzó una plegaria. Una de sus acompañantes hizo lo mismo, tras unas vacilaciones; la otra no. Del alto de la calle surgieron dos defensores, con el fusil al hombro, uno con un casco y el otro con un gorro y un capote enterizo, que le llegaba a las rodillas, llevado de manera un tanto indolente. Los cuatro soldados se detuvieron ante la oración de las monjas, en tanto uno de ellos —el del casco— recibía de su enemigo la carretilla cargada de trastos. Se hubiera dicho una estampa flamenca o umbra; una variante, de comedia escenografía y escaso número de figurantes, del sacrificio de Santa Úrsula, la paráfrasis del triunfo de la piedad, siempre la misma en la carrera de los siglos, sobre la ira de las armas pero en cierto modo vista del revés o tal vez (a causa de la astucia y las trapacerías de esos mismos siglos, rivalizando entre sí para desacreditar toda doctrina y volver sobre la anterior, para a la postre invalidarlas todas y dar cuerda a la tragedia que se alimenta de dogmas) informada por los sentimientos opuestos a los de la estampa: la

áspera, incrédula y desabrigada razón de las armas hipnotizada por el espectáculo de una avara, hipócrita, sibarítica y voraz piedad que sin un movimiento, retirando de sus músculos toda la energía radiactiva que precisa la mirada del fakir, atrae hasta su alcance a la más alada, inquieta y enervante criatura (que ignora que ha sido creada casi sólo para eso) en un momento desaparecida con el latigazo de las fauces avivadas por la energía devuelta por unos cínicos párpados. En un instante se consumó su desaparición y las tres monjas quedaron solas, en el centro del dominguero y estupefacto silencio de la calle (acompañado por el repique sin melodía pero con ritmo de los pelotazos, las voces de ánimo y de decepción de otra profana e impía y lejana escena, no inhibida por la piedad) para ofrecer a su divinidad el regalo de su equívoco martirio y la vuelta al combate que tantos mártires cosechaba; hacía más de veinte meses que duraba y nunca había tenido tanta clientela.

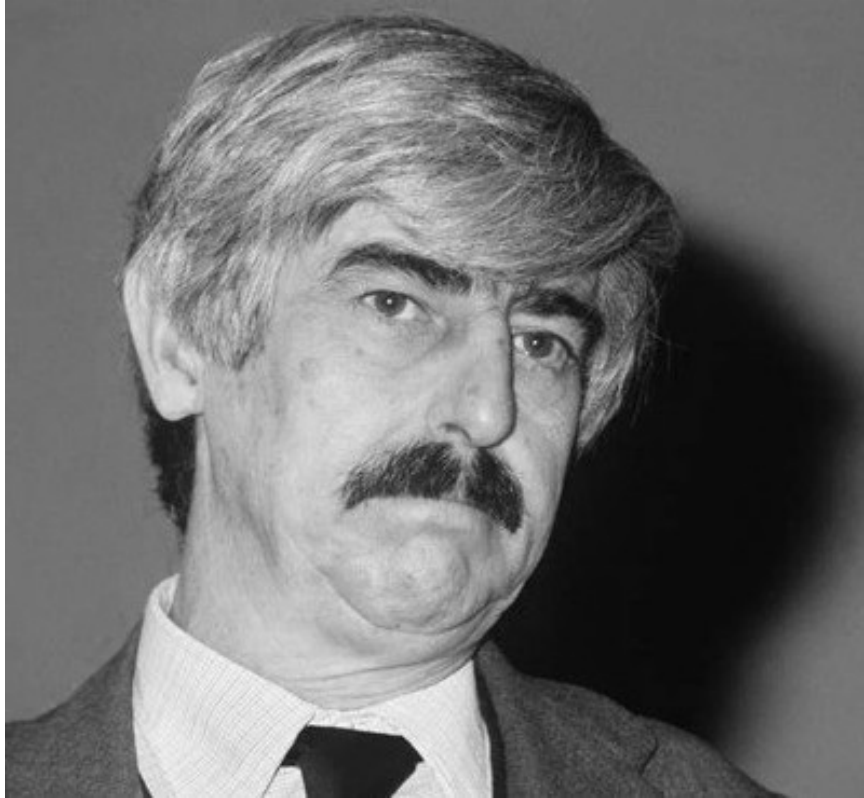
Con mucho tiento, como si su caja encerrara un peligroso mecanismo, Arderíus se había empeñado en inspeccionar aquel instrumento que muy posiblemente no había sido utilizado en muchos años. Sólo contaba con seis escalas y las cuerdas estaban ingeniosamente dispuestas en un diedro para aprovechar al máximo las pequeñas dimensiones del bastidor. Se hallaba completamente desafinado y buen número de teclas no producían sonido alguno. Arderíus aprovechó cualquier momento para distraerse con él y en las largas horas del asedio, sin razón para abandonar el recinto del convento, con ayuda de un armero que Lavaiz había mantenido siempre a su lado, se decidió a restaurar en precario el pequeño clavicordio hasta lograr arrancarle unos compases. Un carpintero reforzó el bastidor, por temor a que el tensado de las cuerdas —que el armero proporcionó con alambres y trenzas de diferentes calibres— no hiciese estallar el antiguo, astillado y agrietado; fabricó unas cabezas de martillo y con harta paciencia compensó los contrapesos, y liberó las bielas muchas de las cuales se hallaban agarrotadas. Al fin, una noche de calma y ante la actitud de reprimida indignación de Mazón, secundada con menos aspavientos por casi todos los presentes y seguido con más animación por quienes no veían inconveniente en acompañar el vino con un poco de música, Arderíus interpretó unas piezas desconocidas para todos: unas danzas de Chabrier, un rondó de Hahn, unas gimnopedias y algo de Poulenc, una breve muestra del repertorio favorito de sus maestros Baty y Viñes, con un homenaje a su compañera Bayona. Cuando atacó «La plus que lente» las protestas arreciaron y tuvo que ceder al turno de peticiones para concluir en «Mi jaca» que desde años atrás seguía cortando el viento, camino de la masacre.

Ni siquiera dio lugar a muchos comentarios. Ciertamente, en aquel inesperado instrumento y bajo su florida y apolillada tapa, había ido a sepultar buen número de decepciones, y quizás algo más: el espíritu recluso que aprovechando un descuido y una puerta o una ventanilla abierta había abandonado la celda de cuerdas para volar a

la calle, en busca de un airado entusiasmo, volvía al cabo de los meses a encerrarse sumiso en el cobijo de la clausura, todavía incrédulo.

«*Patriae trepidantis imago*»; a causa del calor había abierto el ventanal del estudio, un par de horas antes de la noche, con la persiana caída y apoyada sobre la reja del balcón, para que corriera un poco de aire. Pero los compases de Auric o de Poulenc fueron interrumpidos por un lejano y rítmico griterío que fue aumentando de intensidad, como accionado por un regulador que gradualmente lo extrajera del rugido prerreflexivo para elevarlo hacia las sílabas articuladas, dirigidas por la violencia. Su primera reacción fue cerrar el ventanal pero apenas el cristal pudo amortiguar el estruendo, acompañado de su propia vibración, como un invisible enjambre. Se asomó al balcón y de allí pasó al del comedor, para observar la manifestación por el hueco entre dos esquinas, desde un tercer piso de la calle de Orellana: las aceras estaban tomadas por una fila de mujeres y muchachas con las manos enlazadas, con blusas blancas y pañuelos al cuello, que avanzaban al mismo lento paso que la masa central que ocupaba la calzada y de la que solamente se distinguían banderas y pancartas, paños negros y rojos, grandes siglas de tres letras y unos gritos silábicos indescifrables. Cuando volvió al estudio cerró la tapa del piano; la abrió todavía un par de veces, con el resto de no desesperada incredulidad registra una y otra vez el estuche (inútil testigo e incómodo recordatorio) donde falta el objeto robado, para comprobar que había quedado deshabitado. El disciplinado espíritu de la armonía y la composición había aprovechado el descuido para huir de su celda y sumarse al voluble espíritu de la belicosidad. O bien, el maquillado héroe del arte había clausurado la época de paz en que a regañadientes había sido educado —y a cuyo consuelo a regañadientes había decidido consagrar una vocación nacida a la salida de un cine— y con maneras, traje y gestos impropios se había tirado a la calle para seguir el impulso de su sangre. No se apresuró, eso fue lo malo y lo que tuvo que corregir después, con celo suplementario un tanto diferente del primer arrebato. Cuando llegó a la esquina, la manifestación ya había desfilado, unos pocos rezagados seguían con desgana su estela de papeles, trapos y octavillas, tímidamente se volvían a encender las luces de los balcones que daban a Génova, los espectadores volvían a ocupar y ordenar la calle (como los acomodadores al final de la proyección) y allá por Colón la voz de las siglas proletarias se habían unido al rugido de las mareas, de los vientos o de las cuevas. Un famélico héroe del arte, alimentado de aceitunas, volvió a casa sin apetito y sólo de reojo y con rencor miró el piano en el salón en penumbra apenas iluminado por el alumbrado público a través de los visillos, como una caja de yemas. Era la revolución y no tenía por qué pensar más, ni dedicar una hora más a aquel lacado tutor, siempre en traje de ceremonia. Lo había vuelto a abrir en La Mesquida, un día de cumpleaños cuando en una bolsa anteriormente repleta de ellas, aun quedaban unas pocas razones para acompañar la historia, el signo de los tiempos,

el espíritu del progreso, el ansia de libertad y la dignidad del hombre en la dirección unívoca que de consuno habían tomado. En el convento de las Clarisas de Macerta aún conservaba la bolsa y una única moneda en su fondo. No conocía su valor pero era sin duda la de más peso, la que había quedado en el fondo. Tal vez era falsa. Tal vez la falsedad era inherente a ella y por eso había quedado en el fondo avergonzada de su condición y a conciencia de su incapacidad para ser cambiada y canjeada. Pero era la única y la última que le quedaba. Y por si fuera poco, no podía entregarla, no era transitiva. Llevaba su nombre y su efigie en su cuño. Sólo tenía valor —y un valor desconocido— para él mismo. Por consiguiente era tanto como él mis-



JUAN BENET (Madrid, 1927-1993) es uno de los principales y más influyentes escritores de la literatura de posguerra. *Volverás a Región*, publicada hace más de treinta años, supuso un revulsivo que consolidó a este autor, editado fundamentalmente en Alfaguara. Obtuvo en 1969 el Premio Biblioteca Breve por *Una meditación* y en 1984 el de la Crítica por el primer volumen de *Herrumbrosas lanzas*. Su obra literaria comprende novelas, relatos, teatro y varios libros de ensayos.

# Notas

[1] Y hasta su muerte. <<



[2] Tal desavenencia fue una de las principales razones por las que en anteriores convocatorias alternaron sus ausencias, tanto para aducir luego su ignorancia del plan que los de Madrid deseaban poner sobre la mesa, cuanto para mediante reuniones semiclan destinadas a espaldas de ellos elaborar a uña de caballo unas propuestas que sirvieran para aglomerar su propia unanimidad y dar oportuna réplica a las proposiciones madrileñas. Cuando creyeron haberlas desarrollado —en la madrugada del domingo 6 de febrero, en casa de Mazón, entre éste, Julián Fernández, como portavoz de Constantino, Enrique Ruán y Estanis— decidieron su asistencia en pleno a la reunión del martes para verse a la postre engañados por una falsa confianza que pronto se había de volver contra ellos. <<

[3] Fue una conducta bastante extendida entre ambos beligerantes que, desde sus más altas esferas, suministraron abundantes indicios de que no habría amnistía para aquel vencido que no hubiera colaborado con el vencedor. <<

[4] Sin embargo se llegó a dar una explicación bastante consistente de su desaparición; se dijo que durante la espera preparó con esmero la función y la escenografía más idóneas —las oraciones, la mesa como altar, el archivero como tabernáculo, la silla como obstáculo— para atraer de inmediato la atención de los entrantes y cuando en su precipitación formaron de espaldas un corro salió de detrás de la puerta y, con unos toques a su cara, un afeitado y unos remiendos a su uniforme, se sumó a ellos (pues, ¿quién repara entre un grupo de hombres uniformados en que sólo están los que deben estar?, ¿quién cuenta?, ¿quién observa a su vecino?) para salir luego corriendo al pasillo presa de la misma turbación que se apoderó de todos.

<<

[5] El mismo muchacho del marlo, un poco más hecho y con una camisa azul, fue uno de los primeros en entrar en Región con las tropas de Gamallo, encaramado a la cabina de un camión, con el brazo en alto y dando vivas. <<

[6] Fue uno de tantos crímenes que nunca había de quedar esclarecido. Tras los sucesos de Borques y la desaparición de Anastasio Agulló sería imputado a su cuadrilla, sin ninguna clase de prueba, y muy posiblemente para cancelar cualquier investigación. <<

[7] Si así pensaba, bien equivocado estaba. <<

[8] Al término de la cual las tropas de Gamallo le encontraron en su despacho del colegio poniendo en orden los papeles que no había quemado. Sólo una enérgica intervención de uno de los propietarios de La Forestal le libró del paredón para arrojarlo a una celda de la cárcel de Macerta, donde falleció en 1946. <<

[9] Son numerosos los testimonios que avalan la veracidad de la historia; al parecer cuando el buen párroco, apocado y tímido, pronunció la indecible blasfemia recibió una inmediata descarga y un tiro de gracia del propio Agulló, orgulloso de despacharlo hacia el infierno de manera tan expedita. <<



[10] A la semana de terminar la guerra en Región, Tertuliano Herencia fue detenido y conducido a Valladolid donde fue juzgado por apoyo a la sedición. En el juicio se aireó su conducta como dirigente republicano y le cayeron dos penas de muerte que le fueron conmutadas por veinte años de prisión. De Valladolid fue trasladado a Cuéllar en cuyo castillo, convertido en prisión, cumplió su condena hasta el año 1947 en que por motivos de salud y gracias a su buena conducta y a ciertas influencias, le fue concedida la libertad vigilada, con prohibición expresa de volver a Región y con obligación de presentarse cada viernes en el cuartel de la Guardia Civil de Macerta, lugar que escogió como punto de residencia. Al fin, en 1953, volvió a Región con la salud acabada y donde murió en 1955.

En el juicio de Valladolid tuvo que oír que la principal acusación se basaba en el testimonio de Serafín Yarza, industrial y adicto a la Causa Nacional, que para despejar cualquier sospecha sobre su comportamiento en la zona republicana adujo su estancia en la cheka de La Forestal, dirigida según él por Agulló a las órdenes de Herencia pues —arguyó— solamente un hombre de la máxima influencia y autoridad pudo salvar la vida —a cambio de numerosas e irregulares exacciones— a quien tan sañudamente había sido perseguido por los enemigos de España. <<

[11] Alguno, con mala sombra, vendría a decir que fue el penúltimo intento de don Tertuliano para deshacerse de su criado a quien no podía sufrir. <<

[12] Tan sólo a principios del otoño volvió a su casa, requerido por su padre, Emilio Beltrán de Rodas, que en los primeros años de la República era tan sólo un adolescente.

Su hermano, siete u ocho años mayor que él, amigo de la infancia de Eugenio Mazón, se había convertido en un cabecilla de la juventud tradicionalista, en tanto que Emilio hizo una brillante carrera en el Ejército de la República. <<

[13] La fotografía fue uno de tantos documentos que no pudo quemar Juan de Tomé al final de la guerra. Pero emergió del olvido para aparecer en manos del oficial auditor, en el Tribunal de Valladolid, quien lejos de aceptarla como una prueba de la oposición de Herencia a la gente de La Forestal la exhibió como testimonio irrefutable de su criminal actividad. <<

[14] A unos veinte kilómetros de Región abandonaron los coches y se echaron al monte para cruzar las líneas, con la pretensión de presentarse a las autoridades nacionales como ex-reclusos de La Forestal, adictos a su causa, que hubieran aprovechado la confusión reinante para darse a la fuga. Uno de los desertores se llevó consigo en un hatillo, y entre otras cosas, una camisa azul que había pertenecido a un joven falangista que murió con ella, fusilado en los aciagos días de septiembre, y de la que fue despojado su cadáver, quién sabe si en previsión de su utilización para un caso más de transmutación. Se dijo que el hombre que la llevaba no era ni mucho menos un secuaz de Agulló, sino un pariente del fusilado que, tras recuperar su camisa, se había infiltrado entre la gente de La Forestal para cobrarse un día venganza en el mismo Agulló, ignorante de la existencia de aquella prenda cuando se echó al monte. Se dijo que cuando se hallaban próximos a los puestos nacionales surgió una discordia entre ellos y al ser descubierta la camisa Barroso o Agulló se apropió de ella para presentarse de esa guisa al jefe enemigo; pero, también según otra versión, es posible que se le cediera voluntariamente en su calidad de jefe para que hiciera el mejor uso de aquel singular salvoconducto. Como quiera que fuera, el artificio surtió el efecto deseado hasta que en la conducción a Macerta, en un momento propicio aquel ambiguo personaje vertió unas palabras al oído del jefe de la expedición que ordenó el inmediato cacheo de Agulló. En el bolsillo izquierdo de la camisa azul encontraron un documento plegado, arrugado y mugriento que iba a sellar aquella historia: el viejo carnet de Falange Española del joven fusilado en La Forestal. Una semana después Agulló, Barroso y tres de sus secuaces eran a su vez fusilados en el patio del cuartel de Ingenieros de Macerta. <<

[15] Posteriormente el cuarteto formado por Ruán, el camarada-señor Pou, Baldur y Cuarto Banderas constituiría el núcleo ejecutivo y directivo del llamado Batallón Dominó que incorporado a la Brigada CCIII bajo el mando de Eugenio Mazón, tomaría parte activa y decisiva en todas las campañas ulteriores. Fue una unidad que pese a su composición —más heteróclita e indisciplinada que cualquiera de las otras del Ejército de Región— demostró no sólo una incomprensible e innata aptitud para el combate, un denuedo que en numerosas ocasiones le condujo a tener que cubrir la retirada de otras formaciones y, viéndose cercada por el enemigo, a verse obligada a abrirse paso incluso con la lucha cuerpo a cuerpo para alcanzar las propias filas en un momento en que exhaustas las fuerzas de la República y sentenciado el fin de la guerra en un plazo de días o de semanas, una rendición honorable y voluntaria tan sólo le ahorraría unos pocos disparos y en contraste le podría haber deparado un cautiverio más llevadero e indulgente, sino también una astucia siempre alerta y un sentido del aprovechamiento de los beneficios tácticos nada común. El núcleo de aquella unidad se formó en aquellos días en la Casa del Perdón y en los sucesivos combates por la posesión del Puente de Doña Cautiva que se desarrollaron después. El romance recitado por Baldur, con numerosas variantes adecuadas a circunstancias específicas y con una tonadilla marchosa, se había de convertir en el himno del Batallón que tanto en la lucha como en la tregua, para alzar las copas o para saltar de las trincheras, en la mañana, en la tarde y en la noche, sería cantado en cualquier ocasión. En particular los dos primeros versos pasarían a ser una suerte de grito de guerra; en toda reunión, en la ciudad o en el campo, bastaba que uno gritara:

*Grandes fiestas se poblican,*

para que todo un coro le replicara:

*En Francia la naturale,*

Y aun cuando se cambiara «fiesta» o «Francia», el signo del reconocimiento sería el mismo.

Muchos años después, y después del cautiverio, en cualquier atiborrado y humeante cafetucho de la provincia, un solitario parroquiano tras ocupar un sitio en un extremo del mostrador, echar unos tragos entre vistazos a la concurrencia y sacudirse el frío, levantaría su copa para gritar a todo lo que diera su voz: «¡Grandes fiestas se poblican!» y, amparado en la inocencia de la consigna, buscar la réplica y el

reconocimiento que en la mayoría de las ocasiones no se produciría. Tan sólo provocaría el silencio instantáneo del cafetucho, la suspensión de las charlas y las partidas de juego, la inmovilización del camarero y la convergencia de todas las miradas sobre el extraño. [Una reacción muy semejante a la que provoca la ingenua pregunta del viajero inglés al inquirir al mesonero carpático sobre el camino que conduce al castillo del conde Drácula]. <<

[16] Alberto Pou Sintes, agricultor y ganadero, cayó en uno de los últimos encuentros de la lucha en torno a Feltre. Casi simultáneamente una granada le segó una pierna y una bala se alojó cerca de su columna vertebral, dejándole poco menos que inmóvil. Medio cubierto con una manta y detenida la hemorragia con un tosco torniquete obligó a los suyos a que le dejaran bajo un roble donde él mismo se dio muerte con una pequeña navaja de bolsillo. A causa de su obesidad tuvo que hacer numerosos intentos. Lo encontraron con la navaja clavada en el corazón, hundida hasta el mango, rodeada de no menos de ocho incisiones anteriores. <<



[17] De manera sorprendente y a causa de la escasez de sus efectivos ya en aquella ocasión improvisaron un tipo napoleónico de defensa puntal de la línea del río en el que, posteriormente, Mazón insistiría una y otra vez. <<

[18] Llamado Ausencio Maroto, hijo y nieto de Ausencio Maroto, padre de Ausencio Maroto de quien el autor obtuvo valiosas informaciones. <<

[19] Es posible que fuera la tercera o cuarta, a juzgar por uno de sus párrafos. En tal caso las escritas entre ésta y la primera no debieron llegar a su destino donde celosamente fueron conservadas y guardadas bajo llave y secreto. <<

[20] Con un rápido trazo el autor, siempre con una escritura pulcra y muy pocas enmiendas, tachó la palabra «gozáis» y la sustituyó por «gozan». <<

[21] Más exagerado aún era el caso de Beltrán de Rodas, cuyo hermano —una destacada figura del carlismo juvenil— se sabía que andaba escondido en cualquier cuartucho de las afueras —al cuidado de la hermana del cuñado de la sobrina de una antigua nodriza, o cosa parecida— y cuya casa se había convertido, desde el verano del 36, en el refugio de toda una generación de señores de casino, si no ardientes al menos locuaces defensores de los ideales patrios. <<

[22] ¿De qué sirven los visillos sino para ser descorridos? <<

[23] Tan sólo años después, en la posguerra, aparecería por aquellas tierras un individuo poco comunicativo y bastante enigmático, que ostentaba el mismo apellido en segundo lugar. A pesar de ser hombre culto y probablemente licenciado, hizo toda clase de trabajos manuales empleado como peón en diversas fincas de la ribera media del río, para terminar sus días en Mantua. <<

[24] Único documento que encontraron en su cuerpo sin vida, cuando fue descubierto su cadáver en enero de 1939. <<



[25] Sólo una explicación se dio al nuevo y persistente error: el señor Ponce, tras escribir correctamente marzo en el original y la primera copia, enviada a Madrid por el Comité, escribió mayo en la segunda destinada a Lamuedra, quien tras comprobar la corrección de las dos primeras no se molestó en leer su propia copia. <<

[26] De la biografía de un general americano había entresacado Mazón un método de marcha desconocido en los manuales españoles. Un principio de obligado cumplimiento consistía en andar cincuenta minutos de cada hora y descansar diez, fuera donde fuera. Renunciaba así a la posibilidad de hacer largas marchas a cambio de una diabólica fugacidad que le permitía situarse cada día a veinte kilómetros de donde le suponía el adversario. En un bolsillo de su guerrera llevaba Mazón un croquis a hecho por él mismo, de la campaña de Jackson en Shenandoah que le había dado toda la operación del Lerna. <<

[27] Desapareció sin dejar rastro en vísperas de la marcha hacia Santa Quiteria. Con la mayor desgana se había trasladado a Sepulcro Beltrán y, tras no comparecer un día en el Estado Mayor, nunca más se volvió a saber de él. <<

[28] En la retirada hacia El Tendre, fue el protagonista de uno de los actos de mayor coraje de toda la campaña. Permaneció junto a tres camaradas heridos que recogió y atendió en una cabaña de pastores que defendió él solo durante dos días y una noche, hasta ser abatido de un tiro por la espalda. <<

[29] Un hombre que la mayor parte de su tiempo vestía el mono no sintió la menor necesidad de vestirlo durante la revolución de julio del 36 y las semanas que siguieron.

Incluso no ocultó el desprecio que le merecían los que lo vistieron por primera vez en aquellas fechas y, por culpa de un marlo, tuvo una pelea y sufrió una agresión que le causó una herida en los dramáticos días del pillaje y la insurrección. Nunca habló de sus ideas, pero cualesquiera que fueran tal vez el hombre de Región que más trabajó durante toda la guerra, tanto en el foso como ante el torno, con las manos siempre ocupadas con la llave grifa o la autógena que a altas horas de la madrugada en un pueblo desierto era el único punto de luz del barrio del puente de Aragón donde tenía su pequeño taller. Pero en algunas circunstancias —muy escasas— no dejó de endomingarse, como antes de la guerra, con su terno de espiguilla y su corbata azul con rayas blancas. Una de esas circunstancias era toda excursión en el *Lagonda* en compañía de Mazón; desde que le encargara su reparación empezó a considerarlo, si no como cosa propia, al menos como cosa que involucraba su amor propio. Un año antes aquella encomienda habría sido imposible y a punto estuvo Mazón de suspender el encargo, tras el viaje con Kerrera y Pou, por temor a levantar suspicacias y malentendidos. Por eso no cejaba Mazón en su empeño de quedar amparado por un documento escrito. Fue Recio quien se empeñó en que Mazón hiciera la campaña con aquel vehículo —desplazado más tarde por un *Lancia*— de cuyo fin no quiso ser testigo. Tal vez llegó a atribuirle un valor más que simbólico, y vio en su torturada y efímera vida mecánica una paráfrasis de muchas otras cosas. Tres días antes de que concluyera la guerra en Región, durante aquel singular paréntesis sin un movimiento que precedió a la entrada del enemigo, muertos, perdidos o desaparecidos todos los hombres para los que había trabajado sin un desmayo durante dos años, echó el cierre de su taller y se encerró en la segunda planta para dormir por espacio de una semana. Le despertaron unos golpes, violentos y perentorios en la puerta metálica del taller. En la plaza un *Nash* modelo 1933 con el capó abierto se hallaba rodeado de arrogantes y eufóricos oficiales tocados con boinas rojas, pistola al cinto y el cuello de camisa azul oscuro que asomaba por encima de la guerrera kaki. De un tirón subió la persiana metálica e hizo un gesto para que introdujeran el vehículo en el taller, sobre el foso. <<

[30] Es decir, los juicios elaborados durante la niñez, según Dumarsais. <<

[31] Murió en combate en Feltre, el 17 de abril, en circunstancias nunca aclaradas. *Omniū consensu capax imperii nisi imperasset* (IL. I. *Historiarum*, P. CORNELII TACITI). <<

[32] Prisionero en Muchavilla; juzgado por sedición militar, condenado a la máxima pena y fusilado. <<



[33] Caído en los combates de Muchavilla. <<

[34] Prisionero, condenado a la máxima pena y fusilado. <<

[35] Caído en Feltre, el 4 de mayo de 1938. <<

[36] Desaparecido. <<

[37] Prisionero en Macerta, condenado a la máxima pena y muerto en prisión en 1941. <<

[38] Caído en el frente de Macerta, el 25 de Abril de 1938. <<

[39] Caído en el arrabal de Abajo, el 25 de Abril de 1938. <<

[40] Prisionero en Zafra, condenado a la máxima pena y fusilado. <<



[41] Caído en la acción de La Glez. <<

[42] Caído en la acción de El Balsador. <<

[43] Introducido posteriormente «siento», tras una tachadura. <<

[44] Tanto en el precedente como en sus sucesivos consecuentes hubieron de intervenir elementos comunes que sin duda se vieron las caras en diferentes escenarios. Entre las fuerzas de Bergonzoli —*barba elettrica*— que dejaron la segunda piel de sus pies entre Mersa Matruh y Bardia, en diciembre de 1940, corriendo delante de las avanzadas de O'Connor, figuraba aquella 2.<sup>a</sup> División de Camisas Negras que ya había dejado la primera en Brihuega. Al menos el teniente Thaone, de la mencionada división, y el conductor de carros Derek Alwyn, del 11.<sup>o</sup> de Húsares, se habían encontrado ya en la llanada de El Balsador. Posteriormente, en junio de 1942, en los momentos más críticos de la campaña de Cirenaica, en el box de Bir Hakeim vuelven a toparse, de un lado, los motorizados de la División Ariete que forman el flanco norte del ataque de Rommel y muchos de cuyos hombres lucen en el antebrazo la flecha verde del veterano voluntario en España; de otro, la 1.<sup>a</sup> Brigada de la France combattante, al mando de Koenig, incluye entre sus fuerzas la 13.<sup>a</sup> Subbrigada de la Legión Extranjera que, al mando de Dmitri Amilakvari, un bravo georgiano que había luchado en el ejército blanco, está formada casi exclusivamente por españoles que han terminado allí, tras la derrota de la República, siguiendo los más inesperados caminos: unos pocos atravesaron todo el norte de África, desde el Oranesado hasta los ergs del desierto libio; otros, supervivientes de la campaña de Francia, combatieron en Noruega y Siria para terminar en Bir Hakeim, la mayoría como servidores de las piezas antitanque de 25. Al menos había entre ellos dos regionatos: el sargento Montezuma, verdadero especialista del tiro rasante, y el legionario Atila —no Calvero—, todo un maestro de la botella de gasolina. <<

[45] M. P. MASSUET: *Histoire de la guerre presente et des negotiations pour la paix avec la vie du prince Eugène de Savoye*. Amsterdam, 1737. <<

[46] Identificado como Enzo Bertone, del 12.º Regimiento de Infantería de Brescia, antes de su incorporación a la División Littorio del CTV, fusilado en Herencia el 14 de abril de 1938. <<

[47] KENNETH MACKSEY: *The classic victory.* <<

[48] Sin el menor parecido con los nobles *six hundred*; nadie años más tarde tomará la pluma para recordar esa *half a league onward*, acaso porque en contraste con sus precursores teniendo una *reason why* se desvaneció para siempre con un resoplido y un chaparrón que alejaron la historia de aquel lugar. <<



[49] Se dice que solamente medio centenar llegó a ver el final de la guerra. También se afirma que en la marcha de Herencia a Región —un suceso que dio lugar a una investigación especial—, a lo largo de diez días, sin apenas alimentación, quedaron en el camino más de cien y otros tantos se perdieron para siempre en el monte. <<

[50] Un raro documento que guardado entre sus parejos —y nunca expuesto a los rayos del sol— perdió la mayoría de sus caracteres tal vez a causa de la mala calidad de la tinta utilizada, y del que sólo cabrá descifrar unas pocas palabras en el encabezamiento y en la despedida. <<

[51] Ni siquiera en un baile conmemorativo años después, en un local de alquiler, al otro lado del océano. <<

[52] Ni siquiera en un baile conmemorativo años después, en un local de alquiler, al otro lado del océano. <<

[53] Párrafo escrito, con toda probabilidad, con la vista puesta en la posible captura del mensaje por el enemigo. <<

[54] Sic, en el original. <<

[55] El instrumento mecánico salido de la inmovilidad y arrastrado al movimiento por un concurso de potenciales ninguno de los cuales por sí mismo pasará a la acción solamente parece satisfecho cuando está averiado. La materia inerte considera que el trabajo no le concierne. <<

[56] *Tanta torpedo inuaserat animum ut, si principem cum fuisse ceteri non meminissent, ipse obiisceretur* (LXIII. III. *Historiarum*. P. CORNELII TACITI). <<



[57] Posiblemente la del capitán Marzo Mediano. <<

[58] No existen al respecto documentos probatorios. <<